
NOVELA
DE
Cervant
I



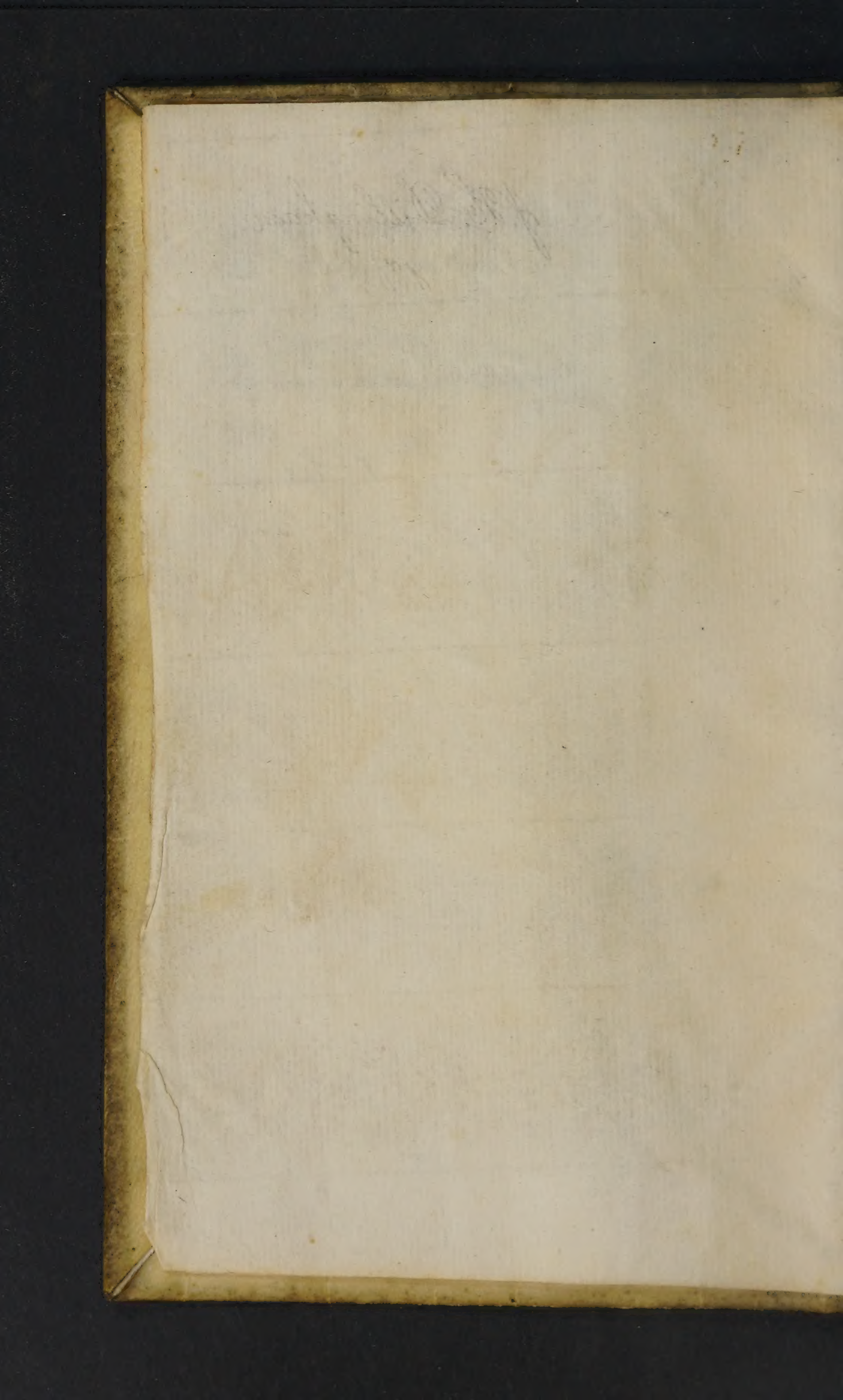




Se hallará en Valencia en el Despacho de la Imprenta de Oliveres, calle de Zaragoza, núm. 14.

J. H. Dillingham.
1868

4/13





RETRATO DE CERVANTES SAAVEDRA
POR EL MISMO   T. Planes. sp. 1769.

NOVELAS EXEMPLARES

DE

MIGUEL DE CERVANTES
SAAVEDRA.

NUEVA IMPRESION CORREGIDA
Y ADORNADA CON LAMINAS.

TOMO I.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

EN VALENCIA: POR SALVADOR FAULÍ,
AÑO 1797.

Á D. PEDRO FERNANDEZ DE CASTRO,
Conde de Lemos, de Andrade, y de Villalba &c.

En dos errores casi de ordinario caen los que dedican sus obras á algun Principe. El primero es que en la carta que llaman Dedicatoria, que ha de ser breve y sucinta, muy de proposito y espacio, ya llevados de la verdad ó de la lisonja, se dilatan en ella en traerle á la memoria no solo las hazañas de sus padres y abuelos, sino las de todos sus parientes, amigos, y bienhechores. Es el segundo decirles que las ponen debaxo de su proteccion y amparo; porque las lenguas maldicientes y murmuradoras no se atrevan á morderlas y lacerarlas. Yo pues huyendo de estos dos inconvenientes, paso en silencio aqui las grandezas y titulos de la antigua y Real casa de V.E., con sus infinitas virtudes asi naturales como adquiridas, dexandolas á que los nuevos Fidias y Lisipos busquen marmoles y bronces adonde grabarlas y esculpirlas, para que sean emulas á la duracion de los tiempos. Tampoco suplico á V. E. reciba en su tutela este libro, porque sé que si él no es

bueno, aunque le ponga debaxo de las alas del hipogrifo de Astolfo, y á la sombra de la clava de Hercules, no dexarán los Zoylos, los Cinicos, los Aretinos, y los Bernias de darse un filo en su vituperio, sin guardar respeto á nadie. Solo suplico que advierta V. E. que le envio, como quien no dice nada, trece cuentos, que á no haberse labrado en la oficina de mi entendimiento, presumieran ponerse al lado de los mas pintados. Tales quales son, allá van, y yo quedo aqui contentísimo por parecerme que voy mostrando en algo el deseo que tengo de servir á V. E. como á mi verdadero Señor y bienhechor mio. Guarde nuestro Señor &c. De Madrid á 13. de Julio de 1613.

Criado de V.Exc.ª

Miguel de Cervantes Saavedra.

PRO-

PROLOGO AL LECTOR.

QUisiera yo, si fuera posible (Lector amantisimo) excusarme de escribir este Prologo, porque no me fue tan bien con el que puse en mi Don Quixote, que quedase con gana de segundar con este. De esto tiene la culpa algun amigo de los muchos que en el discurso de mi vida he grangeado antes con mi condicion, que con mi ingenio: el qual amigo bien pudiera, como es uso y costumbre, grabarme y esculpirme en la primera hoja de este libro, pues le diera mi retrato el famoso Don Juan de Xaurigui, y con esto quedara mi ambicion satisfecha, y el deseo de algunos que querrian saber qué rostro y talle tiene quien se atreve á salir con tantas invenciones en la plaza del mundo á los ojos de las gentes, poniendo debaxo del retrato: Este que veis aqui de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos, y de

nariz corva aunque bien proporcionada, las barbas de plata que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos porque no tiene sino seis y esos mal acondicionados, y peor puestos porque no tienen correspondencia los unos con los otros, el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas, y no muy ligero de pies: este digo, que es el rostro del Autor de la Galatéa, y de Don Quixote de la Mancha, y del que hizo el Viage del Parnaso á imitacion del de Cesar Caporal Perusino, y otras obras que andan por ahí descarriadas, y quizá sin el nombre de su dueño: llamase comunmente MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA. Fue Soldado muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió á tener paciencia en las adversidades: perdió en la Batalla Naval de Lepanto la mano izquierda de un

un arcabuzazo, herida, que aunque parece fea, él la tiene por hermosa por haberla cobrado en la mas memorable y alta ocasion que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros, militando debaxo de las muy vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlos V. de felice memoria: y quando á la de este amigo, de quien me quejo, no ocurrieran otras cosas de las dichas que decir de mí, yo me levantara á mí mismo dos docenas de testimonios, y se los dixera en secreto, con que extendiera mi nombre y acreditara mi ingenio; porque pensar que dicen puntualmente la verdad los tales elogios, es disparate, por no tener punto preciso ni determinado las alabanzas ni los vituperios. En fin, pues ya esta ocasion se pasó, y yo he quedado en blanco y sin figura, será forzoso valerme por mi pico, que aunque tartamudo, no lo será para decir verdades, que dichas por señas suelen ser entendidas. Y

asi

asi te digo (otra vez Lector amable) que de estas Novelas que te ofrezco, en ningun modo podrás hacer pepitoria, porque no tienen pies, ni cabeza, ni entrañas, ni cosa que les parezca: quiero decir, que los requiebros amorosos que en algunas hallarás, son tan honestos y tan medidos con la razon y discurso christiano, que no podrán mover á mal pensamiento al descuidado ó cuidadoso que las leyere. Heles dado nombre de Exemplares, y si bien lo miras, no hay ninguna de quien no se pueda sacar algun exemplo provechoso: y si no fuera por no alargar este sugeto, quizá te mostrara el sabroso y honesto fruto que se podria sacar asi de todas juntas, como de cada una de por sí. Mi intento ha sido poner en la plaza de nuestra Republica una mesa de trucos, donde cada uno pueda llegar á entretenerse sin daño de barras: digo, sin daño del alma ni del cuerpo, porque los exercicios honestos y a-

gra-

gradables antes aprovechan que dañan. Sí, que no siempre se está en los Templos, no siempre se ocupan los Oratorios, no siempre se asiste á los negocios por calificados que sean: horas hay de recreacion, donde el afligido espiritu descanse: para este efecto se plantan las alamedas, se buscan las fuentes, se allanan las cuestas, y se cultivan con curiosidad los jardines. Una cosa me atreveré á decirte, que si por algun modo alcanzara que la leccion de estas Novelas pudiera inducir á quien las leyera á algun mal deseo ó pensamiento, antes me cortara la mano con que las escribí, que sacarlas en publico: mi edad no está ya para burlarse con la otra vida, que al cincuenta y cinco de los años gano por nueve mas, y por la mano. A esto se aplicó mi ingenio, por aqui me lleva mi inclinacion, y mas que me doy á entender (y es asi) que yo soy el primero que he novelado en lengua Castellana; que las muchas No-

ve-

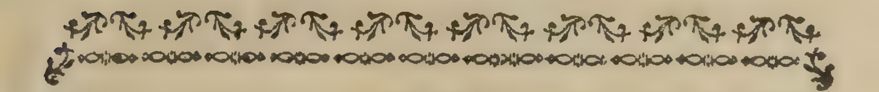
velas que en ella andan impresas, todas son traducidas de lenguas extrangeras, y estas son mias propias, no imitadas, ni hurtadas: mi ingenio las engendró, y las parió mi pluma, y van creciendo en los brazos de la estampa. Tras ellas, si la vida no me dexa, te ofrezco los Trabajos de Persiles, libro que se atreve á competir con Heliodoro, si ya por atrevido no sale con las manos en la cabeza: y primero verás, y con brevedad, dilatadas las hazañas de Don Quixote, y donayres de Sancho Panza: y luego las Semanas del Jardin. Mucho prometo con fuerzas tan pocas como las mias; pero quién pondrá rienda á los deseos? Solo esto quiero que consideres, que pues yo he tenido osadia de dirigir estas Novelas al gran Conde de Lemos, algun misterio tienen escondido, que las levanta. No mas, sino que Dios te guarde, y á mí me dé paciencia para llevar bien el mal que han de decir de mí mas de quatro sotiles y almidonados. Vale.

NO-

To. I. Pa. I.







NOVELA
de la Gitanilla.

Los Gitanos, y Gitanas, parece que solamente nacieron en el mundo para ser ladrones; nacen de padres ladrones, crianse con ladrones, estudian para ladrones, y finalmente salen con ser ladrones corrientes y molientes á todo ruedo; y la gana de hurtar, y el hurtar, son en ellos como accidentes inseparables, que no se quitan sino con la muerte. Una pues de esta nacion, Gitana vieja (que podia ser jubilada en la ciencia de Caco) crió una muchacha en nombre de nieta suya, á quien puso por nombre Preciosa, y á quien enseñó todas sus gitanerias, y modos de embelecos y trazas de hurtar. Salió la tal Preciosa la mas unica bayladora que se hallaba en todo el Gitanismo, y la mas hermosa y discreta que pudiera hallarse, no entre los Gitanos, sino entre quantas hermosas y discretas pudiera pregonar la fama. Ni los soles, ni los ayres, ni todas las inclemencias del Cielo (á quien mas que otras gentes están sujetos los Gitanos) pudieron deslustrar su rostro, ni curtir sus manos; y lo que es mas, que la crianza tos-

ca en que se criaba, no descubria en ella sino ser nacida de mayores prendas que de Gitana, porque era en extremo cortes, y bien razonada. Con todo esto era algo desenvuelta, pero no de modo que descubriese algun genero de deshonestidad; antes con ser aguda era tan honesta, que en su presencia no osaba alguna Gitana vieja, ni moza, cantar cantares lascivos, ni decir palabras no buenas; y finalmente la abuela conoció el tesoro que en la nieta tenia, y asi determinó el aguila vieja sacar á volar su aguilucho, y enseñarle á vivir por sus uñas. Salió Preciosa rica de villancicos, de coplas, seguidillas y zarabandas, y de otros versos, especialmente de romances, que los cantaba con especial donayre; porque su taymada abuela echó de ver, que tales juguetes y gracias en los pocos años y en la mucha hermosura de su nieta habian de ser felicisimos atractivos é incentivos para acrecentar su caudal; y asi se los procuró y buscó por todas vias que pudo, y no faltó Poeta que se los diese: que tambien hay Poetas que se acomodan con Gitanos, y les venden sus obras, como los hay para ciegos, que les fingen muchos milagros, y tambien van á la parte de la ganancia: de todo hay en el mundo, y esto de la hambre tal vez hace arrojar los ingenios á cosas que no están en el mapa. Crióse Preciosa en diversas partes de Castilla, y á los quince años de su edad su abuela putativa la volvió á la Corte, y á su antiguo rancho, que es donde ordinariamente le tienen

los

los Gitanos, en los campos de Santa Barbara, pensando en la Corte vender su mercaderia, donde todo se compra, y todo se vende. Y la primera entrada que hizo Preciosa en Madrid, fue un dia de Santa Ana, Patrona y Abogada de la Villa, con una danza en que iban ocho Gitanas, quatro ancianas, y quatro muchachas, y un Gitano gran baylarin que las guiaba; y aunque todas iban limpias, y bien aderezadas, el aseo de Preciosa era tal, que poco á poco fue enamorando los ojos de quantos la miraban. De entre el son del tamboril y castañetas, y fuga del bayle salió un rumor que encarecia la belleza y donayre de la Gitanilla, y corrian los muchachos á verla, y los hombres á mirarla; pero quando la oyeron cantar, por ser la danza cantada, alli fue ello, alli sí que cobró aliento la fama de la Gitanilla, y de comun consentimiento de los Diputados de la Fiesta desde luego le señalaron el premio y joya de la mejor danza, y quando llegaron á hacerla en la Iglesia de Santa Maria delante de la Imagen de la gloriosa Santa Ana, despues de haber baylado todas, tomó Preciosa unas sonajas, al son de las quales, dando en redondo largas y ligerisimas vueltas, cantó el Romance siguiente:

Arbol preciosisimo,
que tardó en dar fruto
años, que pudieron
cubrirle de luto,

Y hacer los deseos
del consorte puros,
contra su esperanza
no muy bien seguros:
De cuyo tardarse
nació aquel disgusto,
que lanzó del Templo
al Varon mas justo:
Santa Tierra esteril,
que al cabo produxo
toda la abundancia
que sustenta el mundo:
Casa de moneda,
do se forjó el cuño
que dió á Dios la forma,
que como Hombre tuvo:
Madre de una Hija,
en quien quiso, y pudo
mostrar Dios grandezas
sobre humano curso:
Por vos, y por ella
sois, Ana, el refugio
do van por remedio
nuestros infortunios.
En cierta manera
teneis (no lo dudo)
sobre el Nieto imperio
piadoso y justo.
Á ser comunera
del Alcazar sumo,
fueran mil parientes

con vos de consuno.
Qué Hija ! qué Nieto !
y qué Yerno ! al punto,
á ser causa justa,
cantarades triunfos.
Pero vos humilde
fuisteis el estudio,
donde vuestra Hija
hizo humildes cursos.
Y agora á su lado
á Dios el mas junto
gozais de la alteza,
que apenas barrunto.

El cantar de Preciosa fue para admirar á quantos la escuchaban. Unos decian : Dios te bendiga la muchacha ; otros , lastima es que esta mozuela sea Gitana : en verdad , en verdad que merecia ser hija de un gran Señor. Otros habia mas groseros , que decian : Dexen crecer á la rapaza , que ella hará de las suyas ; á fe que se va anudando en ella gentil red barredera para pescar corazones. Otro mas humano , mas basto y mas modorro (viendola andar tan ligera en el bayle) la dixo : Á ello , hija , á ello , andad, amores , y pisad el polvito á tan menudito. Y ella respondió sin dexar el bayle : Y pisarélo yo á tan menudito. Acabaronse las visperas , y la fiesta de Santa Ana , y quedó Preciosa algo cansada , pero tan celebrada de hermosa , de aguda , y de discreta , y de bayladora , que á cor-

ri-

rillos se hablaba de ella en toda la Corte. De alli á quince dias volvió á Madrid, como tenia de costumbre, con otras tres muchachas con sonajas, y con un bayle nuevo, todas apercebidas de romances y de cantarcillos alegres, pero todos honestos; que no consentia Preciosa, que las que fuesen en su compañia cantasen cantares descompuestos, ni ella los cantó jamas, y muchos miraron en ello, y la tuvieron en mucho. Nunca se apartaba de ella la Gitana vieja, hecha su Argos, temerosa no se la despabilasen y traspusiesen; llamabala nieta, y ella la tenia por abuela. Pusieronse á baylar á la sombra en la calle de Toledo por complacer á los que las miraban, y de los que las venian siguiendo se hizo luego un gran corro, y en tanto que baylaban, la vieja pedia limosna á los circunstantes, y llovian en ella ochavos, y quartos, como piedras á tablado; que tambien la hermosura tiene fuerza de despertar la caridad dormida. Acabado el bayle, dixo Preciosa: Si me dan quatro quartos, les cantaré un Romance yo sola, lindisimo en estremo, que trata de quando la Reyna nuestra Señora Doña Margarita salió á Misa de parida en Valladolid, y fue á San Lorente: digoles que es famoso, y compuesto por un Poeta de los del numero, como Capitan del Batallon. Apenas hubo dicho esto, quando casi todos los que en la rueda estaban, dixeron á voces: Cantale, Preciosa, y ves aqui mis quatro quartos; y asi granizaron sobre ella quartos, que

la vieja no podia cogerlos. Hecho pues su agosto, repicó Preciosa sus sonajas, y al tono corriente cantó este Romance:

Salió á Misa de parida
la mayor Reyna de Europa,
en el valor y en el nombre
rica y admirable joya.
Como los ojos se lleva,
se lleva las almas todas
de quantos miran y admiran
su devocion y su pompa.
Y para mostrar que es parte
del Cielo en la tierra toda,
á un lado lleva el Sol de Austria,
al otro la tierna Aurora.
Á sus espaldas la sigue
un Lucero, que á deshora
salió la noche del dia,
que el Cielo, y la tierra lloran.
Y si en el Cielo hay estrellas,
que lucientes carros forman,
en otros carros su Cielo
vivas estrellas adornan.
Aqui el anciano Saturno
la barba pule y remoza,
y aunque tardo, va ligero;
que el placer cura la gota.
El Dios parlero va en lenguas
lisongeras y amorosas,
y Cupido en cifras varias,

que

que rubíes y perlas bordan.
Alli va el furioso Marte
en la persona curiosa,
demas de un gallardo joven
que de su sombra se asombra.
Junto á la casa del Sol
va Jupiter; que no hay cosa
dificil á la privanza
fundada en prudentes obras.
Va la Luna en las mexillas
de una y otra humana Diosa,
Venus casta en la belleza
de las que este cielo forman.
Pequeñuelos Ganimedes
cruzan, van, vuelven y tornan
por el cinto tachonado
de esta esfera milagrosa.
Y para que todo admire,
y todo asombre, no hay cosa
que de liberal no pase
hasta el estremo de prodiga.
Milán con sus ricas telas
alli va en vista curiosa;
las Indias con sus diamantes,
y Arabia con sus aromas.
Con los mal intencionados
va la envidia mordedora,
y la bondad en los pechos
de la lealtad Española.
La alegria universal,
huyendo de la congoja,

ca-

calles y plazas discurre,
descompuesta y casi loca.
  Á mil mudas bendiciones
abre el silencio la boca,
y repiten los muchachos
lo que los hombres entonan,
  Qual dice: Fecunda vid,
crece, sube, abraza y toca
el olmo felice tuyo,
que mil siglos te haga sombra;
  Para gloria de tí misma,
para bien de España, y honra,
para arrimo de la Iglesia,
para asombro de Mahoma.
  Otra lengua clama y dice:
Vivas, ó blanca paloma,
que nos has dado por crias
Aguilas de dos Coronas,
  Para ahuyentar de los ayres
las de rapiña furiosas,
para cubrir con sus alas
á las virtudes medrosas.
  Otra mas discreta y grave,
mas aguda y mas curiosa,
dice, vertiendo alegria
por los ojos, y la boca:
  Esta perla que nos diste,
nacar de Austria, unica y sola,
qué de maquinas que rompe!
qué de designios que corta!
  Qué de esperanzas que infunde!

qué

qué de deseos malogra!
qué de temores aumenta!
qué de preñados aborta!
En esto se llegó al Templo
del Fenix Santo, que en Roma
fue abrasado, y quedó vivo
en la fama y en la gloria.
Á la imagen de la vida,
á la del Cielo Señora,
á la que por ser humilde
las estrellas pisa agora:
Á la Madre, y Virgen junto,
á la Hija, y á la Esposa
de Dios, hincada de hinojos
Margarita asi razona:
Lo que me has dado te doy,
mano siempre dadivosa,
que á do falta el favor tuyo
siempre la miseria sobra.
Las primicias de mis frutos
te ofrezco, Virgen hermosa;
tales, quales son las mias,
recibe, ampara y mejora.
Á su padre te encomiendo;
que humano Atlante se encorva
al peso de tantos reynos,
y de climas tan remotas.
Sé que el corazon del Rey
en las manos de Dios mora,
y sé que puedes con Dios
quanto pidieres piadosa.

Aca-

Acabada esta oracion,
otra semejante entonan
niños, y voces, que muestran
que está en el suelo su gloria.
Acabados los oficios
con reales ceremonias,
volvió á su punto este cielo,
y esfera maravillosa.

Apenas acabó Preciosa su Romance, quando del ilustre auditorio, y grave senado que la oía, de muchas se formó una voz sola, que dixo: Torna á cantar, Preciosa, que no faltarán quartos como tierra. Mas de ducientas personas estaban mirando el bayle, y escuchando el canto de las Gitanas, y en la mayor fuga de él acertó á pasar por alli uno de los Tenientes de la Villa, y viendo tanta gente junta, preguntó, qué era? y fuele respondido, que estaban escuchando á la Gitanilla hermosa que cantaba. Llegóse el Teniente (que debia ser curioso) y escuchó un rato, y por no ir contra su gravedad, no escuchó el Romance hasta el fin; pero habiendole parecido por extremo bien la Gitanilla, mandó á un criado suyo dixese á la Gitana vieja, que al anochecer fuese á su casa con las Gitanillas, porque queria que las oyese Doña Clara su muger. Hizolo asi el criado, y la vieja le dixo, que sí iria. Acabaron el bayle, y el canto, y mudaron lugar: y en esto llegó un Page muy bien aderezado á Preciosa, y dandole un papel do-

doblado, le dixo: Preciosa, canta el Romance que aqui va, porque es muy bueno, y yo te iré dando otros de quando en quando, con que cobres fama de la mejor romancera del mundo. Eso aprenderé yo de muy buena gana, respondió Preciosa, y mire, Señor, que no me dexe de dar los Romances que dice, con tal condicion que sean honestos; y si quiere que se los pague, concertemos por docenas, y docena cantada, docena pagada; porque pensar que le tengo de pagar adelantado, es pensar lo imposible. Para papel siquiera que me dé la Señora Preciosa, dixo el Page, estaré contento, y mas, que el Romance que no saliere bueno y honesto, no ha de entrar en cuenta. Á la mia quede el escogerlos, respondió Preciosa: y con esto se fueron la calle adelante, y desde una reja llamaron unos Caballeros á las Gitanas. Asomóse Preciosa á la reja que era baxa, y vió en una sala muy bien aderezada, y muy fresca muchos Caballeros, que unos paseandose, y otros jugando á diversos juegos, se entretenian. Quierenme dar barato, Ceñores? (dixo Preciosa, que como Gitana hablaba ceceosa, y esto es artificio en ellas, que no naturaleza.) Á la voz de Preciosa, y á su rostro dexaron los que jugaban el juego, y el paseo los paseantes, y los unos y los otros acudieron á la reja por verla, que ya tenian noticia de ella, y dixeron: Entren, entren las Gitanillas, que aqui les darémos barato. Caro sería ello, respondió Preciosa, si nos pellizcasen. No á fe de Caballeros

ros (respondió uno) bien puedes entrar, niña, segura que nadie te tocará á la vira de tu zapato, no por el habito que traygo en el pecho, y púsose la mano sobre uno de Calatrava. Si tú quieres entrar, Preciosa (dixo una de las tres Gitanillas que iban con ella) entra en hora buena, que yo no pienso entrar adonde hay tantos hombres. Mira, Christina (respondió Preciosa) de lo que te has de guardar es de un hombre solo, y á solas, y no de tantos juntos; porque antes el ser muchos quita el miedo y rezelo de ser ofendida: advierte, Christinica, y está cierta de una cosa, que la muger que se determina á ser honrada, entre un exercito de Soldados lo puede ser. Verdad es que es bueno huir de las ocasiones; pero han de ser de las secretas, y no de las publicas. Entremos, Preciosa (dixo Christina) que tú sabes mas que un sabio. Animólas la Gitana vieja, y entraron: y apenas hubo entrado Preciosa, quando el Caballero del habito vió el papel que traía en el seno, y llegandose á ella, se le tomó, y dixo Preciosa: No me lo tome, Señor, que es un Romance que me acaban de dar agora, que aun no lo he leido. Y sabes tú leer, hija? dixo uno. Y escribir, respondió la vieja, que á mi nieta hela criado yo, como si fuera hija de un letrado. Abrió el Caballero el papel, y vió que venia dentro de él un escudo de oro, y dixo: En verdad, Preciosa, que trae esta carta el porte dentro: toma este escudo que en el Romance viene. Basta, dixo Preciosa, que me ha

tra-

tratado de pobre el Poeta; pues cierto que es mas milagro darme á mí un Poeta un escudo, que yo recibirle: si con esta añadidura han de venir sus Romances, traslade todo el Romancero general, y enviemelos uno á uno, que yo les tentaré el pulso; y si vinieren duros, seré yo blanda en recibirlos. Admirados quedaron los que oían á la Gitanica, asi de su discrecion como del donayre con que hablaba. Lea, Señor, dixo ella, y lea alto, verémos si es tan discreto ese Poeta, como es liberal: leyó el Caballero asi:

Gitanica, que de hermosa
te pueden dar parabienes,
por lo que de piedra tienes
te llama el mundo Preciosa.
De esta verdad me asegura
esto, como en tí verás,
que no se aparta jamas
la esquivez, y la hermosura.
Si como en valor subido,
vas creciendo en arrogancia,
no le arriendo la ganancia
á la edad en que has nacido.
Que un basilisco se cria
en tí, que mata mirando,
y un imperio, que aunque blando,
nos parezca tirania.
Entre pobres, y aduares
cómo nació tal belleza?
ó cómo crió tal pieza

el

el humilde Manzanares?
  Por esto será famoso
al par del Tajo dorado,
y por Preciosa preciado
mas que el Ganges caudaloso.
  Dices la buenaventura,
y dasla mala contino;
que no van por un camino
tu intencion, y tu hermosura:
  Porque en el peligro fuerte
de mirarte ó contemplarte,
tu intencion va á disculparte,
y tu hermosura á dar muerte.
  Dicen que son hechiceras
todas las de tu nacion;
pero tus hechizos son
de mas fuerzas, y mas veras:
  Pues por llevar los despojos
de todos quantos te ven,
haces (ó maña!) que estén
los hechizos en tus ojos.
  En sus fuerzas te adelantas,
pues baylando nos admiras;
y nos matas, si nos miras;
y nos encantas, si cantas.
  De cien mil modos hechizas;
hables, calles, cantes, mires,
ó te acerques, ó retires,
el fuego de amor atizas.
  Sobre el mas exênto pecho
tienes mando y señorio;

de lo que es testigo el mio,
de tu imperio satisfecho.
Preciosa joya de amor,
esto humildemente escribe
el que por tí muere, y vive
pobre, aunque humilde amador.

En pobre acaba el ultimo verso (dixo á esta sazon Preciosa) mala señal; nunca los enamorados han de decir que están pobres, porque á los principios, á mi parecer, la pobreza es muy enemiga del amor. Quién te enseña eso, rapaza? (dixo uno) Quién me lo ha de enseñar? (respondió Preciosa) no tengo yo mi alma en mi cuerpo? no tengo ya quince años? y no soy manca, ni renga, ni estropeada del entendimiento. Los ingenios de las Gitanas van por otro norte que los de las demas gentes, siempre se adelantan á sus años; no hay Gitano necio, ni Gitana lerda; que como el sustentar su vida consiste en ser agudos, astutos y embusteros, despabilan el ingenio á cada paso, y no dexan que crie moho en ninguna manera. Ven estas muchachas mis compañeras que están callando, y parecen bobas? pues entrenles el dedo en la boca, y tientenlas las cordales, y verán lo que verán. No hay muchacha de doce, que no sepa lo de veinte y cinco, porque tienen por maestros y preceptores al diablo, y al uso, que les enseña en una hora lo que habian de aprender en un año. Con esto que la Gitanilla decia, tenia

sus-

suspensos á los oyentes, y los que jugaban la dieron barato, y aun los que no jugaban. Cogió la hucha de la vieja treinta reales, y mas rica y mas alegre que una Pasqua de Flores recogió sus corderas, y fuese en casa del Señor Teniente, quedando que otro dia volveria con su manada á dar contento á aquellos tan liberales Señores. Ya tenia aviso la Señora Doña Clara, muger del Señor Teniente, como habian de ir á su casa las Gitanillas, y estabalas esperando, como el agua de Mayo, ella, y sus doncellas, y dueñas, con las de otra Señora vecina suya, que todas se juntaron para ver á Preciosa: y apenas hubieron entrado las Gitanas, quando entre las demas resplandeció Preciosa, como la luz de una antorcha entre otras luces menores, y asi corrieron todas á ella; unas la abrazaban, otras la miraban; estas la bendecian, aquellas la alababan. Doña Clara decia: Estos sí que se pueden decir cabellos de oro; estos sí que son ojos de esmeraldas. La Señora su vecina la desmenuzaba toda, y hacia pepitoria de todos sus miembros y coyunturas; y llegando á alabar un pequeño hoyo que Preciosa tenia en la barba, dixo: Y qué hoyo! en este hoyo han de tropezar quantos ojos le miraren. Oyó esto un escudero de brazo de la Señora Doña Clara que alli estaba, de luenga barba, y largos años, y dixo: Ese llama Vm. hoyo, Señora mia? pues yo sé poco de hoyos, ó ese no es hoyo sino sepultura de deseos vivos: por Dios tan linda es la Gitanilla, que he-

cha de plata, ú de alcorza no podia ser mejor. Sabes decir la buenaventura, niña? De tres, ó quatro maneras, respondió Preciosa. Y eso mas? dixo Doña Clara, por vida del Teniente mi Señor que me la has de decir, niña de oro, y niña de plata, y niña de perlas, y niña de carbunclos, y niña del Cielo, que es lo mas que se puede decir. Denle, denle la palma de la mano á la niña, y con que haga la Cruz, dixo la vieja, y verán qué de cosas les dice, que sabe mas que un Dotor de Melecina. Echó mano á la faltriquera la Señora Tenienta, y halló que no tenia blanca; pidió un quarto á sus criadas, y ninguna le tuvo, ni la Señora vecina tampoco: lo qual visto por Preciosa, dixo: Todas las Cruces, en quanto Cruces, son buenas; pero las de plata, ú de oro son mejores, y el señalar la Cruz en la palma de la mano con moneda de cobre, sepan vuesas mercedes que menoscaba la buenaventura, á lo menos la mia: y asi tengo aficion á hacer la Cruz primero con algun escudo de oro, ó con algun real de á ocho, ó por lo menos de á quatro, que soy como los Sacristanes que quando hay buena ofrenda se regocijan. Donayre tienes niña, por tu vida, dixo la Señora vecina, y volviendose al escudero, le dixo: Vos, Señor Contreras, tendreis á mano algun real de á quatro? dadmele, que en viniendo el Doctor mi marido, os le volveré. Sí tengo, respondió Contreras, pero tengole empeñado en veinte y dos maravedis que cené anoche; denmelos, que

yo

yo iré por él en volandas. No tenemos entre todas un quarto, dixo Doña Clara, y pedís veinte y dos maravedis? Andad, Contreras, que siempre fuisteis impertinente. Una doncella de las presentes, viendo la esterilidad de la casa, dixo á Preciosa: Niña, hará algo al caso que se haga la Cruz con un dedal de plata? Antes, respondió Preciosa, se hacen las Cruces mejores del mundo con dedales de plata, como sean muchos. Uno tengo yo, replicó la doncella, si este basta, hele aqui, con condicion que tambien se me ha de decir á mí la buenaventura. Por un dedal tantas buenasventuras! dixo la Gitana vieja: nieta, acaba presto, que se hace noche. Tomó Preciosa el dedal, y la mano de la Señora Tenienta, y dixo:

Hermosita, hermosita,
la de las manos de plata,
mas te quiere tu marido
que al Rey de las Alpujarras.
Eres paloma sin hiel,
pero á veces eres brava
como Leona de Oran,
ó como Tigre de Hircania.
Pero en un tras, en un tris
el enojo se te pasa,
y quedas como alfeñique,
ó como cordera mansa.
Riñes mucho, y comes poco;
algo zelosita andas,

que es jugueton el Teniente,
y quiere arrimar la vara.
Quando doncella te quiso
uno de una buena cara,
que mal hayan los terceros
que los gustos desbaratan.
Si á dicha tú fueras Monja,
hoy tu Convento mandaras,
porque tienes de Abadesa
mas de quatrocientas rayas.
No te lo quiero decir,
pero poco importa, vaya;
enviudarás otra vez,
y otras dos serás casada.
No llores, Señora mia,
que no siempre las Gitanas
decimos el evangelio;
no llores, Señora, acaba.
Como te mueras primero
que el Señor Teniente, basta
para remediar el daño
de la viudez que amenaza.
Has de heredar y muy presto
hacienda en mucha abundancia,
tendrás un hijo Canonigo,
la Iglesia no se señala,
De Toledo no es posible:
una hija rubia y blanca
tendrás, que si es Religiosa,
tambien vendrá á ser Prelada.
Si tu esposo no se muere

den-

dentro de quatro semanas,
verásle Corregidor
de Burgos, ó Salamanca.
Un lunar tienes, qué lindo!
ay Jesus, qué luna clara!
qué Sol, que allá en los Antipodas
escuros valles aclara!
Mas de dos ciegos por verle
dieran mas de quatro blancas:
agora sí es la risica,
ay, que bien haya esa gracia!
Guardate de las caidas,
principalmente de espaldas,
que suelen ser peligrosas
en las principales damas.
Cosas hay mas que decirte,
si para el viernes me aguardas
las oirás, que son de gusto,
y algunas hay de desgracias.

Acabó su buenaventura Preciosa, y con ella encendió el deseo de todas las circunstantes en querer tambien saber la suya, y asi se lo rogaron todas; pero ella las remitió para el viernes venidero, prometiendola que tendrian reales de plata para hacer las Cruces. En esto vino el Señor Teniente, á quien contaron maravillas de la Gitanilla: él las hizo baylar un poco, y confirmó por verdaderas y bien dadas las alabanzas que á Preciosa habian dado: y poniendo la mano en la faltriquera, hizo señal de querer dar-

la algo ; y habiendola espulgado, sacudido, y rascado muchas veces, al cabo sacó la mano vacia, y dixo : Por Dios que no tengo blanca, dadle vos, Doña Clara, un real á Preciosita, que yo os le daré despues. Bueno es eso, Señor, por cierto ; si, ahí está el real de manifiesto : no hemos tenido entre todas nosotras un quarto para hacer la señal de la Cruz, y quiere que tengamos un real ? Pues dadle alguna valoncica vuestra, ó alguna cosita, que otro dia nos volverá á ver Preciosa, y la regalarémos mejor. Á lo qual dixo Doña Clara: Pues porque otra vez venga, no quiero dar nada ahora á Preciosa. Antes, si no me dan nada, dixo Preciosa, nunca mas volveré acá ; mas sí volveré á servir á tan principales Señores: pero traeré tragado que no me han de dar nada, y ahorraréme la fatiga de esperarlo. Coheche vuesa merced, Señor Teniente, coheche, y tendrá dineros, y no haga usos nuevos, que morirá de hambre. Mire, Señor, por ahí he oido decir (y aunque moza, entiendo que no son buenos dichos) que de los oficios se ha de sacar dinero para pagar las condenaciones de las residencias, y para pretender otros cargos. Asi lo dicen, y lo hacen los desalmados, replicó el Teniente ; pero el Juez que da buena residencia, no tendrá que pagar condenacion alguna, y el haber usado bien su oficio, será el valedor para que le den otro. Habla Vm. muy á lo santo, Señor Teniente, respondió Preciosa, andese á eso, y cortarémosle de los harapos para reliquias.

quias. Mucho sabes, Preciosa, dixo el Teniente: calla, que yo daré traza que sus Magestades te vean, porque eres pieza de Reyes. Querránme para truhana (respondió Preciosa) y yo no lo sabré ser, y todo irá perdido: si me quisieren para discreta, aun llevarmeïan; pero en algunos Palacios mas medran los truhanes que los discretos. Yo me hallo bien con ser Gitana, y pobre, y corra la suerte por donde el Cielo quisiere. Ea niña, (dixo la Gitana vieja) no hables mas, que ya has hablado mucho, y sabes mas de lo que yo te he enseñado; no te asotiles tanto, que te despuntarás; habla de aquello que tus años permiten, y no te metas en altanerias, que no hay ninguna que no amenace caida. El diablo tienen estas Gitanas en el cuerpo, dixo á esta sazon el Teniente. Despidieronse las Gitanas, y al irse dixo la doncella del dedal: Preciosa, dime la buenaventura, ó vuelveme mi dedal, que no me queda con que hacer labor. Señora doncella, (respondió Preciosa) haga cuenta que se la he dicho, y provease de otro dedal, ó no haga vaynillas hasta el viernes, que yo volveré, y le diré mas venturas, y aventuras, que las que tiene un libro de Caballerias. Fueronse, y juntaronse con las muchas Labradoras que á la hora de las Ave Marias suelen salir de Madrid, para volverse á sus aldeas; y entre otras volvian muchas, con quien siempre se acompañaban las Gitanas, y volvian seguras, porque la Gitana vieja vivia en continuo temor no le salteasen á su

Pre-

Preciosa. Sucedió pues que la mañana de un dia que volvian á Madrid á coger la garrama con las demas Gitanillas, en un valle pequeño que está obra de quinientos pasos antes que se llegue á la Villa, vieron un mancebo gallardo, y ricamente aderezado de camino: la espada y daga que traía, eran, como decir se suele, una ascua de oro: sombrero con rico cintillo, y con plumas de diversas colores adornado. Repararon las Gitanas en viendole, y pusieronsele á mirar muy de espacio, admiradas de que á tales horas un tan hermoso mancebo estuviese en tal lugar á pie, y solo. Él se llegó á ellas, y hablando con la Gitana mayor, le dixo: Por vuestra vida, amiga, que me hagais placer que vos, y Preciosa me oygais aqui aparte dos palabras, que serán de vuestro provecho. Como no nos desviemos mucho, ni nos tardemos mucho, sea en buen hora, respondió la vieja, y llamando á Preciosa, se desviaron de las otras obra de veinte pasos, y asi en pie como estaban, el mancebo les dixo: Yo vengo de manera rendido á la discrecion y belleza de Preciosa, que despues de haberme hecho mucha fuerza para excusar llegar á este punto, al cabo he quedado mas rendido, y mas imposibilitado de excusarlo. Yo, Señoras mias, (que siempre os he de dar este nombre, si el Cielo mi pretension favorece) soy Caballero, como lo puede mostrar este habito (y apartando el ferreruelo, descubrió en el pecho uno de los mas calificados que hay en España)

soy

soy hijo de Fulano (que por buenos respetos aqui no se declara su nombre) estoy debaxo de su tutela y amparo: soy hijo unico, y el que espera un razonable mayorazgo. Mi padre está aqui en la Corte pretendiendo un cargo, y ya está consultado, y tiene casi ciertas esperanzas de salir con él: y con ser de la calidad y nobleza que os he referido, y de la que casi se os debe ya de ir trasluciendo, con todo eso quisiera ser un gran Señor para levantar á mi grandeza la humildad de Preciosa, haciendola á mi igual, y mi Señora. Yo no la pretendo para burlarla, ni en las veras del amor que la tengo puede caber genero de burla alguna: solo quiero servirla de el modo que ella mas gustare, su voluntad es la mia: para con ella es de cera mi alma, donde podrá imprimir lo que quisiere: y para conservarlo y guardarlo, no será como impreso en cera, sino como esculpido en marmoles, cuya dureza se opone á la duracion de los tiempos. Si creeis esta verdad, no admitirá ningun desmayo mi esperanza; pero si no me creeis, siempre me tendrá temeroso vuestra duda: mi nombre es este (y dixole) el de mi padre ya os le he dicho: la casa donde vive es en tal calle, y tiene tales y tales señas: vecinos tiene, de los quales podreis informaros, y aun de los que no son vecinos tambien, que no es tan escura la calidad y el nombre de mi padre, y el mio, que no le sepan en los patios de Palacio, y aun en toda la Corte. Cien escudos traygo aqui en oro pa-

para daros en arras, y señal de lo que pienso daros; porque no ha de negar la hacienda el que da el alma. En tanto que el Caballero esto decia, le estaba mirando Preciosa atentamente, y sin duda que no le debieron de parecer mal ni sus razones, ni su talle; y volviendose á la vieja, le dixo: Perdoneme abuela, de que me tome licencia para responder á este tan enamorado Señor. Responde lo que quisieres, nieta (dixo la vieja) que yo sé que tienes discrecion para todo. Y Preciosa dixo: Yo, Señor Caballero, aunque soy Gitana pobre, y humildemente nacida, tengo un cierto espiritillo fantastico acá dentro, que á grandes cosas me lleva. Á mí ni me mueven promesas, ni me desmoronan dadivas, ni me inclinan sumisiones, ni me espantan finezas enamoradas; y aunque de quince años, que segun la cuenta de mi abuela para este San Miguel los haré, soy ya vieja en los pensamientos, y alcanzo mas de aquello que mi edad promete, mas por mi buen natural que por la esperiencia; pero con lo uno, ó con lo otro sé que las pasiones amorosas en los recien enamorados son como impetus indiscretos que hacen salir á la voluntad de sus quicios, la qual atropellando inconvenientes, desatinadamente se arroja tras su deseo, y pensando dar con la gloria de sus ojos, da con el infierno de sus pesadumbres: si alcanza lo que desea, mengua el deseo con la posesion de la cosa deseada, y quizá abriendose entonces los ojos de el entendimiento, se ve ser

bien

bien que se aborrezca lo que antes se adoraba. Este temor engendra en mí un recato tal, que ningunas palabras creo, y de muchas obras dudo. Una sola joya tengo, que la estimo mas que á la vida, que es la de mi entereza y virginidad, y no la tengo de vender á precio de promesas, ni de dadivas, porque en fin será vendida; y si puede ser comprada, será de muy poca estima: ni me la han de llevar trazas, ni embelecos, antes pienso irme con ella á la sepultura, y quizá al Cielo, que ponerla en peligro que quimeras y fantasias soñadas la embistan, ó manoseen. Flor es la de la virginidad, que á ser posible aun con la imaginacion no habia de dexar ofenderse. Cortada la rosa del rosal, con qué brevedad y facilidad se marchita! Este la toca, aquel la huele, el otro la deshoja, y finalmente entre las manos rusticas se deshace. Si vos, Señor, por sola esta prenda venís, no la habeis de llevar sino atada con las ligaduras y lazos de el matrimonio; que si la virginidad se ha de inclinar, ha de ser á este santo yugo, que entonces no sería perderla, sino emplearla en ferias, que felices ganancias prometen. Si quisieredes ser mi esposo, yo lo seré vuestra; pero han de preceder muchas condiciones, y averiguaciones primero. Primero tengo de saber si sois el que decís; luego hallada esta verdad, habeis de dexar la casa de vuestros padres, y la habeis de trocar con nuestros ranchos, y tomando el trage de Gitano, habeis de cursar dos años

en

en nuestras escuelas, en el qual tiempo me satisfaré yo de vuestra condicion, y vos de la mia: al cabo del qual, si vos os contentaredes de mí, y yo de vos, me entregaré por vuestra esposa; pero hasta entonces tengo de ser vuestra hèrmana en el trato, y vuestra humilde en serviros. Y habeis de considerar, que en el tiempo de este noviciado podria ser que cobrasedes la vista, que agora debeis de tener perdida, ó por lo menos turbada, ý viesedes que os convenia huir de lo que agora seguís con tanto ahinco: y cobrando la libertad perdída, con un buen arrepentimiento se perdona qualquier culpa. Si con estas condiciones quereis entrar á ser soldado de nuestra milicia, en vuestra mano está; pues faltando alguna de ellas, no habeis de tocar un dedo de la mia. Pasmóse el mozo á las razones de Preciosa, y pusose como embelesado mirando al suelo, dando muestras que consideraba lo que responder debia. Viendo lo qual Preciosa, tornó á decirle: No es este caso de tan poco momento, que en los que aqui nos ofrece el tiempo, pueda ni deba resolverse: volveos, Señor, á la Villa, y considerad de espacio lo que vieredes que mas os convenga, y en este mismo lugar me podreis hablar todas las fiestas que quisieredes, al ir, ó venir de Madrid. Á lo qual respondió el gentilhombre: Quando el Cielo me dispuso para quererte, Preciosa mia, determiné de hacer por tí quanto tu voluntad acertase á pedirme, aunque nunca cupo en mi pensamiento que me ha-

bias

bias de pedir lo que me pides ; pero pues es tu gusto , que el mio al tuyo se ajuste y acomode, cuentame por Gitano desde luego , y haz de mí todas las experiencias que mas quisieres , que siempre me has de hallar el mismo que ahora te significo : mira quando quieres que mude el trage , que yo querria que fuese luego , que con ocasion de ir á Flandes engañaré á mis padres, y sacaré dineros para gastar algunos dias , y será hasta ocho los que podré tardar en acomodar mi partida : á los que fueren conmigo , yo los sabré engañar de modo que salga con mi determinacion. Lo que te pido es (si es que ya puedo tener atrevimiento de pedirte y suplicarte algo) que si no es hoy donde te puedes informar de mi calidad , y de la de mis padres , que no vayas mas á Madrid , porque no querria que algunas de las demasiadas ocasiones que alli pueden ofrecerse , me saltease la buena ventura que tanto me cuesta. Eso no , Señor galan , respondió Preciosa , sepa que conmigo ha de andar siempre la libertad desenfadada , sin que la ahogue , ni turbe la pesadumbre de los zelos : y entienda, que no la tomaré tan demasiada, que no se eche de ver desde bien lejos , que llega mi honestidad á mi desenvoltura ; y en el primero cargo en que quiero estaros , es en el de la confianza que habeis de hacer de mí. Y mirad que los amantes que entran pidiendo zelos , ó son simples , ó desconfiados. Satanás tienes en tu pecho , muchacha (dixo á esta sazon la Gitana

vie-

vieja) mira que dices cosas que no las dirá un Colegial de Salamanca. Tú sabes de amor, tú sabes de zelos, tú de confianzas: cómo es esto? que me tienes loca, y te estoy escuchando como á una persona espiritada que habla latin sin saberlo. Calle abuela (respondió Preciosa) y sepa que todas las cosas que me oye son nonada, y son de burlas, para las muchas que de mas veras me quedan en el pecho. Todo quanto Preciosa decia, y toda la discrecion que mostraba, era añadir leña al fuego que ardia en el pecho del enamorado Caballero. Finalmente quedaron en que de alli á ocho dias se verian en aquel mismo lugar, donde él vendria á dar cuenta de el termino en que sus negocios estaban, y ellas habrian tenido tiempo de informarse de la verdad que les habia dicho. Sacó el mozo una bolsilla de brocado, donde dixo que iban cien escudos de oro, y dióselos á la vieja; pero no queria Preciosa que los tomase en ninguna manera, á quien la Gitana dixo: Calla niña, que la mejor señal que este Señor ha dado de estar rendido, es haber entregado las armas en señal de rendimiento; y el dar, en qualquiera ocasion que sea, siempre fue indicio de generoso pecho. Y acuerdate de aquel refran que dice: Al Cielo rogando, y con el mazo dando: y mas, que no quiero yo que por mí pierdan las Gitanas el nombre que por luengos siglos tienen adquirido de codiciosas y aprovechadas. Cien escudos quieres tú que deseche, Preciosa? y de

oro

oro en oro, que pueden andar cosidos en el alforza de una saya que no valga dos reales, y tenerlos alli como quien tiene un juro sobre las yerbas de Estremadura? Y si alguno de nuestros hijos, nietos, ó parientes cayere por alguna desgracia en manos de la justicia, habrá favor tan bueno que llegue á la oreja del Juez, y del Escribano, como el de estos escudos, si llega á sus bolsas? Tres veces por tres delitos diferentes me he visto casi puesta en el asno para ser azotada; y de la una me libró un jarro de plata, y de la otra una sarta de perlas, y de la otra quarenta reales de á ocho que habia trocado por quartos, dando veinte reales mas por el cambio. Mira niña, que andamos en oficio muy peligroso, y lleno de tropiezos, y de ocasiones forzosas, y no hay defensas que mas presto nos amparen y socorran, como las armas del gran Felipo: no hay pasar adelante de lo plus ultra. Por un doblon de dos caras se nos muestra alegre la triste del Procurador, y de todos los Ministros de la muerte, que son arpias de nosotras las pobres Gitanas, y mas precian pelarnos y desollarnos á nosotras, que á un salteador de caminos: jamas, por mas rotas y desastradas que nos vean, nos tienen por pobres, que dicen que somos como los jubones de los Gavachos de Belmonte, rotos, y grasientos, y llenos de doblones. Por vida suya, abuela, que no diga mas, que lleva termino de alargar tantas leyes en favor de quedarse con el dinero, que agote las de los Empera-

ra-

radores: quedese con ellos, y buen provecho le hagan, y plegue á Dios que los entierre en sepultura donde jamas tornen á ver la claridad del Sol, ni haya necesidad que la vean. Á estas nuestras compañeras será forzoso darles algo, que ha mucho que nos esperan, y ya deben de estar enfadadas. Asi verán ellas (replicó la vieja) moneda de estas, como ven al Gran Turco agora. Este buen Señor verá si le ha quedado alguna moneda de plata, ó quartos, y los repartirá entre ellas, que con poco quedarán contentas. Sí traygo (dixo el galan) y sacó de la faltriquera tres reales de á ocho, que repartió entre las tres Gitanillas, con que quedaron mas alegres y mas satisfechas, que suele quedar un Autor de Comedias quando en competencia de otro le suelen rotular por las esquinas Victor, Victor. En resolucion concertaron, como se ha dicho, la venida de alli á ocho dias, y que se habia de llamar, quando fuese Gitano, Andrés Caballero; porque tambien habia Gitanos entre ellos de este apellido. No tuvo atrevimiento Andrés (que asi le llamarémos de aqui adelante) de abrazar á Preciosa; antes enviandole con la vista el alma, sin ella, si asi decirse puede, las dexó, y se entró en Madrid, y ellas contentisimas hicieron lo mismo. Preciosa algo aficionada (mas con benevolencia que con amor) de la gallarda y gentil disposicion de Andrés, ya deseaba informarse si era el que habia dicho. Entró en Madrid, y á pocas calles andadas encontró con el

Pa-

Page Poeta de las coplas, y el escudo: y quando él la vió, se llegó á ella, diciendo: Vengas en buen hora; Preciosa, leiste por ventura las coplas que te di el otro dia? Á lo que Preciosa respondió: Primero que le responda palabra, me ha de decir una verdad por vida de lo que mas quiere. Conjuro es ese, respondió el Page, que aunque el decirla me costase la vida, no la negaré en ninguna manera. Pues la verdad que quiero que me diga (dixo Preciosa) es, si por ventura es Poeta? Á serlo, replicó el Page, forzosamente habia de ser por ventura; pero has de saber, Preciosa, que ese nombre de Poeta muy pocos le merecen, y asi yo no lo soy, sino un aficionado á la poesia: y para lo que he menester, no voy á pedir ni á buscar versos agenos, los que te di son mios, y estos que te doy ahora tambien; mas no por esto soy Poeta, ni Dios lo quiera. Tan malo es ser Poeta? replicó Preciosa. No es malo, dixo el Page; pero el ser Poeta á solas no lo tengo por muy bueno. Hase de usar de la poesia, como de una joya preciosisima, cuyo dueño no la trae cada dia, ni la muestra á todas gentes, ni á cada paso, sino quando convenga, y sea razon que la muestre. La poesia es una bellisima doncella, casta, honesta, discreta, aguda, retirada, y que se contiene en los limites de la discrecion mas alta. Es amiga de la soledad, las fuentes la entretienen, los prados la consuelan, los arboles la desenojan, las flores la alegran; y finalmente deleyta

y enseña á quantos con ella comunican. Con todo eso, respondió Preciosa, he oido decir que es pobrisima, y que tiene algo de mendiga. Antes es al reves, dixo el Page, porque no hay Poeta que no sea rico, pues todos viven contentos con su estado: Filosofia que la alcanzan pocos. Pero qué te ha movido, Preciosa, á hacer esta pregunta? Hame movido, respondió Preciosa, porque como yo tengo á todos, ó los mas Poetas por pobres, causóme maravilla aquel escudo de oro que me disteis entre vuestros versos envuelto; mas agora que sé que no sois Poeta, sino un aficionado á la poesia, podria ser que fuesedes rico, aunque lo dudo, á causa de que por aquella parte que os toca de hacer coplas, se ha de desaguar quanta hacienda tuvieredes: que no hay Poeta, segun dicen, que sepa conservar la hacienda que tiene, ni grangear la que no tiene. Pues yo no soy de esos, replicó el Page, versos hago, y no soy rico, ni pobre: y sin sentirlo, ni descontarlo, como hacen los Genoveses sus convites, bien puedo dar un escudo, y dos á quien yo quisiere. Tomad, preciosa perla, este segundo papel, y este segundo escudo que va en él, sin que os pongais á pensar si soy Poeta, ó no: solo quiero que penseis y creais, que quien os da esto, quisiera tener para daros las riquezas de Midas. Y en esto le dió el papel, y tentandole Preciosa, halló que dentro venia el escudo, y dixo: Este papel ha de vivir muchos años, porque trae dos almas consigo,

una la del escudo, y otra la de los versos, que siempre vienen llenos de almas, y de corazones. Pero sepa el Señor Page que no quiero tantas almas conmigo, y si no saca la una, no haya miedo que reciba la otra: por Poeta le quiero, y no por dadivoso, y de esta manera tendrémos amistad que dure: pues mas aina puede faltar un escudo por fuerte que sea, que la hechura de un Romance. Pues asi es, replicó el Page, que quieres Preciosa, que yo sea pobre por fuerza; no deseches el alma que en ese papel te envio, y vuelveme el escudo, que como le toques con la mano, le tendré por reliquia mientras la vida me durare. Sacó Preciosa el escudo de el papel, quedóse con este, y no le quiso leer en la calle. El Page se despidió, y se fue contentisimo, creyendo que ya Preciosa quedaba rendida, pues con tanta afabilidad le habia hablado. Y como ella llevaba puesta la mira en buscar la casa del padre de Andrés, sin querer detenerse á baylar en ninguna parte, en poco espacio se puso en la calle do estaba, que ella muy bien sabía: y habiendo andado hasta la mitad, alzó los ojos á unos balcones de hierro dorados, que le habian dado por señas, y vió en ellos á un Caballero de hasta edad de cincuenta años, con un habito de Cruz colorada en los pechos, de venerable gravedad y presencia; el qual apenas tambien hubo visto la Gitanilla, quando dixo: Subid, niñas, que aqui os darán limosna. Á esta voz acudieron al balcon otros

tres Caballeros, y entre ellos el enamorado Andrés, que quando vió á Preciosa perdió la color, y estuvo á punto de perder los sentidos: tanto fue el sobresalto que recibió con su vista. Subieron las Gitanillas todas, sino la grande que se quedó abaxo para informarse de los criados de las verdades de Andrés. Al entrar las Gitanillas en la sala, estaba diciendo el Caballero anciano á los demas: Esta debe de ser sin duda la Gitanilla hermosa, que dicen que anda por Madrid. Ella es, replicó Andrés, y sin duda es la mas hermosa criatura que se ha visto. Asi lo dicen, dixo Preciosa (que lo oyó todo entrando) pero en verdad que se deben de engañar en la mitad de el justo precio: bonita, bien creo que lo soy; pero tan hermosa como dicen, ni por pienso. Por vida de Don Juanico mi hijo, dixo el anciano, que aun sois mas hermosa de lo que dicen, linda Gitana. Y quién es Don Juanico su hijo, preguntó Preciosa? Ese galan que está á vuestro lado, respondió el Caballero. En verdad que pensé, dixo Preciosa, que juraba Vm. por vida de algun niño de dos años: mirad que Don Juanico, y que brinco. Á mi verdad que pudiera ya estar casado, y que segun tiene unas rayas en la frente, no pasarán tres años sin que lo esté, y muy á su gusto, si es que desde aqui allá no se le pierde, ó se le trueca. Basta (dixo uno) que sabe la Gitanilla de rayas. En esto las tres Gitanillas que iban con Preciosa, se arrimaron á un rincon, y cosiendose las bocas unas

con

con otras, se juntaron por no ser oidas. Dixo la Christina: Muchachas, este es el Caballero que nos dió esta mañana los tres reales de á ocho. Asi es verdad, dixeron ellas; pero no se lo mentemos, ni le digamos nada, si él no nos lo mienta: qué sabemos si quiere encubrirse? En tanto que esto entre las tres pasaba, respondió Preciosa á lo de las rayas: Lo que veo con los ojos, con el dedo lo adivino. Yo sé del Señor Don Juanico, sin rayas, que es algo enamoradizo, impetuoso, y acelerado, y gran prometedor de cosas que parecen imposibles: y plegue á Dios que no sea mentiroso, que sería lo peor de todo. Un viage ha de hacer agora muy lejos de aqui: y uno piensa el bayo, y otro el que le ensilla: el hombre pone, y Dios dispone: quizá pensará que va á Oñez, y dará en Gaviboa. Á esto respondió Don Juan: En verdad, Gitanica, que has acertado en muchas cosas de mi condicion; pero en lo de ser mentiroso vas fuera de la verdad, porque me precio de decirla en todo acontecimiento: en lo del viage largo has acertado, pues sin duda, siendo Dios servido, dentro de quatro ó cinco dias me partiré á Flandes, aunque tú me amenazas que he de torcer el camino, y no querria que en él me sucediese algun desman que lo estorbase. Calle, Señorito, respondió Preciosa, y encomiendese á Dios, que todo se hará bien, y sepa que yo no sé nada de lo que digo; y no es maravilla, que como hablo mucho á bulto, acierte en alguna cosa, y

yo

yo querria acertar en persuadirte á que no te partieses, sino que sosegases el pecho, y te estuvieses con tus padres, para darles buena vejez, porque no estoy bien con estas tus idas y venidas á Flandes, principalmente los mozos de tan tierna edad como la tuya. Dexate crecer un poco, para que puedas llevar los trabajos de la guerra, quanto mas que harta guerra tienes en tu casa, hartos combates amorosos te sobresaltan el pecho. Sosiega, sosiega, alborotadito, y mira lo que haces antes que te cases, y danos una limosna por Dios, y por quien tú eres: que en verdad que creo que eres bien nacido; y si á esto se junta el ser verdadero, yo cantaré la gala al vencimiento de haber acertado en quanto te he dicho. Otra vez te he dicho, niña (respondió Don Juan, que habia de ser Andrés Caballero) que en todo aciertas, sino en el temor que tienes, que no debo de ser muy verdadero, que en esto te engañas sin alguna duda: la palabra que yo doy en el campo, la cumpliré en la Ciudad, y adonde quiera, sin serme pedida; pues no se puede preciar de Caballero quien toca en el vicio de mentiroso. Mi padre te dará limosna por Dios, y por mí, que en verdad que esta mañana di quanto tenia á unas damas, que á ser tan lisongeras como hermosas, especialmente una de ellas, no me arriendo la ganancia. Oyendo esto Christina, con el recato de la otra vez dixo á las demas Gitanas, y niñas: Que me maten, si no lo dice por los tres reales de á ocho

ocho que nos dió esta mañana. No es asi, respondió una de las dos, porque dixo que eran damas, y nosotras no lo somos; y siendo él tan verdadero como dice, no habia de mentir en esto. No es mentira de tanta consideracion, respondió Christina, la que se dice sin perjuicio de nadie, y en provecho y credito del que la dice; pero con todo eso veo que no nos da nada, ni nos manda baylar. Subió en esto la Gitana vieja, y dixo: Nieta, acaba, que es tarde, y hay mucho que hacer, y mas que decir. Y qué hay, abuela, preguntó Preciosa, hay hijo, ó hija? Hijo, y muy lindo, respondió la vieja: ven, Preciosa, y oirás verdaderas maravillas. Plegue á Dios que no muera de sobreparto, dixo Preciosa. Todo se mirará muy bien, replicó la vieja, quanto mas que hasta aqui todo ha sido parto derecho, y el infante es como un oro. Ha parido alguna Señora? preguntó el padre de Andrés Caballero: Sí Señor, respondió la Gitana; pero ha sido el parto tan secreto, que no le sabe sino Preciosa, y yo, y otra persona; y asi no podemos decir quien es. Ni aqui lo queremos saber, dixo uno de los presentes; pero desdichada de aquella que en vuestras lenguas deposita su secreto, y en vuestra ayuda pone su honra. No todas somos malas, respondió Preciosa, quizá hay alguna entre nosotras que se precia de secreta, y de verdadera tanto quanto el hombre mas estirado que hay en esta sala: y vamonos, abuela, que aqui nos tienen en poco; pues en

ver-

verdad que no somos ladronas, ni rogamos á nadie. No os enojeis, Preciosa, dixo el Padre, que á lo menos de vos imagino que no se puede presumir cosa mala, que vuestro buen rostro os acredita y sale por fiador de vuestras buenas obras: por vida de Preciosita, que bayleis un poco con vuestras compañeras, que aqui tengo un doblon de oro de á dos caras, que ninguna es como la vuestra, aunque son de dos Reyes. Apenas hubo oido esto la vieja, quando dixo: Ea niñas, haldas en cinta, y dad contento á estos Señores. Tomó las sonajas Preciosa, y dieron sus vueltas, hicieron y deshicieron todos sus lazos con tanto donayre y desenvoltura, que tras los pies se llevaban los ojos de quantos las miraban, especialmente los de Andrés, que asi se iban entre los pies de Preciosa como si alli tuvieran el centro de su gloria; pero turbósela la suerte de manera que se la volvió en infierno: y fue el caso, que en la fuga del bayle se le cayó á Preciosa el papel que la habia dado el Page; y apenas hubo caido, quando le alzó el que no tenia buen concepto de las Gitanas, y abriendole al punto, dixo: Bueno, Sonetico tenemos, cese el bayle, y escuchenle, que segun el primer verso, en verdad que no es nada necio. Pesóle á Preciosa por no saber lo que en él venia, y rogó que no le leyesen, y que se le volviesen; y todo el ahinco que en esto ponia, eran espuelas que apremiaban el deseo de Andrés para oirle. Finalmente el Caballero le leyó en alta voz, y era este:

Quan-

Quando Preciosa el panderete toca,
Y hiere el dulce son los ayres vanos,
Perlas son que derrama con las manos,
Flores son que despide de la boca.
  Suspensa el alma, y la cordura loca
Queda á los dulces actos sobre humanos,
Que de limpios, de honestos, y de sanos
Su fama al Cielo levantado toca.
  Colgadas del menor de sus cabellos
Mil almas lleva, y á sus plantas tiene
Amor rendidas una y otra flecha:
  Ciega, y alumbra con sus soles bellos,
Su imperio amor por ellos le mantiene,
Y aun mas grandezas de su ser sospecha.

Por Dios, dixo el que leyó el Soneto, que tiene donayre el Poeta que le escribió. No es Poeta, Señor, sino un Page muy galan, y muy hombre de bien, dixo Preciosa. Mirad lo que habeis dicho, Preciosa, y lo que vais á decir, que esas no son alabanzas del Page, sino lanzas que traspasan el corazon de Andrés que las escucha: quereislo ver, niña? pues volved los ojos, y vereisle desmayado encima de la silla con un trasudor de muerte: no penseis, doncella, que os ama tan de burlas Andrés, que no le hiera y sobresalte el menor de vuestros descuidos. Llegaos á él en hora buena, y decidle algunas palabras al oido, que vayan derechas al corazon, y le vuelvan de su desmayo. No, sino andaos á

traer

traer Sonetos cada dia en vuestra alabanza, y vereis qual os le ponen. Todo esto pasó asi como se ha dicho, que Andrés en oyendo el Soneto, mil zelosas imaginaciones le sobresaltaron: no se desmayó, pero perdió la color de manera que viendole su padre, le dixo: Qué tienes, Don Juan, que parece que te vas á desmayar segun se te ha mudado el color? Esperense, dixo á esta sazon Preciosa, dexenmele decir unas ciertas palabras al oido, y verán como no se desmaya. Y llegandose á él, le dixo casi sin mover los labios: Gentil animo para Gitano! cómo podreis, Andrés, sufrir el tormento de toca, pues no podeis llevar el de un papel? y haciendole media docena de Cruces sobre el corazon, se apartó de él, y entonces Andrés respiró un poco, y dió á entender que las palabras de Preciosa le habian aprovechado: finalmente el doblon de dos caras se le dieron á Preciosa, y ella dixo á sus compañeras, que lo trocaria y repartiria con ellas hidalgamente. El padre de Andrés la dixo, que le dexase por escrito las palabras que habia dicho á Don Juan, que las queria saber en todo caso. Ella dixo, que las diria de muy buena gana, y que entendiesen, que aunque parecian cosa de burla, tenian gracia especial para preservar del mal de corazon, y los vaguidos de cabeza; y que las palabras eran:

Cabecita, cabecita,
Tente en tí, no te resbales,

Y apareja dos puntales
De la paciencia bendita.
Solicita
La bonita,
Confiancita,
No te inclines
Á pensamientos ruines,
Verás cosas
Que toquen en milagrosas,
Dios delante,
Y San Christoval Gigante.

Con la mitad de estas palabras que le digan, y con seis Cruces que le hagan sobre el corazon á qualquiera persona que tuviere vaguidos de cabeza, dixo Preciosa, quedará como una manzana. Quando la Gitana vieja oyó el ensalmo y el embuste, quedó pasmada; y mas lo quedó Andrés, que vió que todo era invencion de su agudo ingenio. Quedaronse con el Soneto, porque no quiso pedirle Preciosa por no dar otro tartago á Andrés, que ya sabía ella, sin ser enseñada, lo que era dar sustos, martelos, y sobresaltos zelosos á los rendidos amantes. Despidieronse las Gitanas, y al irse dixo Preciosa á Don Juan: Mire Señor, qualquiera dia de esta semana es prospero para partidas, y ninguno es aciago; apresure el irse lo mas presto que pudiere, que le aguarda una vida ancha, libre, y muy gustosa, si quiere acomodarse á ella. No es tan libre la del Soldado á mi parecer, respondió

dió Don Juan, que no tenga mas de sujecion que de libertad; pero con todo eso yo haré como viere. Mas vereis de lo que pensais, le respondió Preciosa, y ruego á Dios os lleve, y trayga con bien, como vuestra buena presencia merece. Con estas ultimas palabras quedó contento Andrés, y las Gitanas se fueron contentisimas: trocaron el doblon, repartieronle entre todas igualmente, aunque la vieja guardiana llevaba siempre parte y media de lo que se juntaba, asi por la mayoridad, como por ser ella la aguja por quien se guiaban en el maremagno de sus bayles, donayres, y aun de sus embustes. Llegóse en fin el dia que Andrés Caballero se apareció una mañana en el primer lugar de su aparecimiento sobre una mula de alquiler, sin criado alguno: halló en él á Preciosa, y á su abuela, de las quales conocido, le recibieron con mucho gusto. Él les dixo, que le guiasen al rancho antes que entrase el dia, y con él se descubriesen las señas que llevaba, si acaso le buscasen. Ellas, que como advertidas, vinieron solas, dieron la vuelta, y de alli á poco rato llegaron á sus barracas: entró Andrés en una que era la mayor del rancho, y luego acudieron á verle diez ó doce Gitanos, todos mozos gallardos, y bien hechos, á quien ya la vieja habia dado cuenta de el nuevo compañero que les habia de venir, sin tener necesidad de encomendarles el secreto, que como ya se ha dicho, ellos le guardan con sagacidad y puntualidad nunca vista; echaron luego ojo á la mula, y di-

xo

xo uno de ellos : Esta se podrá vender el jueves en Toledo. Eso no, dixo Andrés, porque no hay mula de alquiler que no sea conocida de todos los mozos de mulas que traginan por España. Par Dios, Señor Andrés, dixo uno de los Gitanos, que aunque la mula tuviera mas señales que las que han de preceder al dia tremendo, aqui la transformarémos de manera, que no la conociera la madre que la parió, ni el dueño que la ha criado. Con todo eso, respondió Andrés, por esta vez se ha de seguir y tomar el parecer mio: á esta mula se le ha de dar muerte, y ha de ser enterrada donde aun los huesos no parezcan. Pecado grande, dixo otro Gitano : á una inocente se ha de quitar la vida? No diga tal el buen Andrés, sino haga una cosa; mirela bien agora, de manera que se le queden estampadas todas sus señales en la memoria, y dexemela llevar á mí, y si de aqui á dos horas la conociere, que me lardeen como á negro fugitivo. En ninguna manera consentiré, dixo Andrés, que la mula no muera, aunque mas me aseguren su transformacion : yo temo ser descubierto si á ella no la cubre la tierra; y si se hace por el provecho que de venderla puede seguirse, no vengo tan desnudo á esta cofadria que no pueda pagar de entrada mas de lo que valen quatro mulas. Pues asi lo quiere el Señor Andrés Caballero, dixo otro Gitano, muera la sin culpa; y Dios sabe si me pesa, asi por su mocedad, pues aun no ha cerrado, cosa no usada entre mulas de alquiler,

co-

como porque debe de ser andariega, pues no tiene costras en las hijadas, ni llagas de la espuela. Dilatóse su muerte hasta la noche, y en lo que quedaba de aquel dia se hicieron las ceremonias de la entrada de Andrés á ser Gitano, que fueron: Desembarazaron luego un rancho de los mejores del aduar, y adornaronle de ramos y juncia, y sentandose Andrés sobre un medio alcornoque, pusieronle en las manos un martillo, y unas tenazas, y al son de dos guitarras que dos Gitanos tañian, le hicieron dar dos cabriolas; luego le desnudaron un brazo, y con una cinta de seda nueva, y un garrote, le dieron dos vueltas blandamente. Á todo se halló presente Preciosa, y otras muchas Gitanas viejas, y mozas, que las unas con maravilla, otras con amor le miraban: tal era la gallarda disposicion de Andrés, que hasta los Gitanos le quedaron aficionadisimos. Hechas pues las referidas ceremonias, un Gitano viejo tomó por la mano á Preciosa, y puesto delante de Andrés dixo: Esta muchacha, que es la flor y la nata de toda la hermosura de las Gitanas que sabemos que viven en España, te la entregamos, ó ya por esposa, ó ya por amiga, que en esto puedes hacer lo que fuere mas de tu gusto, porque la libre y ancha vida nuestra no está sujeta á melindres, ni á muchas ceremonias: mirala bien, y mira si te agrada, ó si ves en ella alguna cosa que te descontente, y si la ves, escoge entre las doncellas que aqui están, la que mas te contentare;

que

que la que escogieres te darémos; pero has de saber, que una vez escogida, no la has de dexar por otra, ni te has de empachar, ni entrometer, ni con las casadas, ni con las doncellas. Nosotros guardamos rigurosa é inviolablemente la ley de la amistad: ninguno solicita la prenda que es de el otro: libres vivimos de la amarga pestilencia de los zelos: entre nosotros, aunque hay muchos incestos, no hay ningun adulterio; y quando le hay en la muger propia, ó alguna bellaqueria en la amiga, no vamos á la justicia á pedir castigo, nosotros somos los jueces, y los verdugos de nuestras esposas, ó amigas; con la misma facilidad las matamos, y las enterramos por las montañas y desiertos, como si fueran animales nocivos: no hay pariente que las vengue, ni padres que nos pidan su muerte: con este temor y miedo ellas procuran ser castas, y nosotros (como ya he dicho) vivimos seguros. Pocas cosas tenemos que no sean comunes á todos, excepto la muger, ó la amiga, que queremos que cada una sea del que le cupo en suerte: entre nosotros asi hace divorcio la vejez como la muerte: el que quisiere, puede dexar la muger vieja como él sea mozo, y escoger otra que corresponda al gusto de sus años. Con estas, y con otras leyes y estatutos nos conservamos, y vivimos alegres: somos señores de los campos, de los sembrados, de las selvas, de los montes, de las fuentes, y de los rios. Los montes nos ofrecen leña de balde, los arboles frutas, las vi-

ñas

ñas uvas, las huertas hortaliza, las fuentes agua, los rios peces, y los vedados caza, sombra las peñas, ayre fresco las quiebras, y casas las cüevas. Para nosotros las inclemencias del Cielo son oreos, refrigerio las nieves, baños la lluvia, musicas los truenos, y hacha los relampagos. Para nosotros son los duros terrones colchones de plumas: el cuero curtido de nuestros cuerpos nos sirve de arnes impenetrable que nos defiende: á nuestra ligereza no la impiden grillos, ni la detienen barrancos, ni la contrastan paredes: á nuestro animo no le tuercen cordeles, ni le ahogan tocas, ni le doman potros. Del sí al no no hacemos diferencia quando nos conviene: siempre nos preciamos mas de Martires que de Confesores. Para nosotros se crian las bestias de carga en los campos, y se cortan las faltriqueras en las Ciudades. No hay Aguila, ni ninguna otra ave de rapiña que mas presto se abalance á la presa que se le ofrece, que nosotros nos abalanzamos á las ocasiones que algun interes nos señalen. Y finalmente tenemos muchas habilidades que felice fin nos prometen; porque en la carcel cantamos, en el potro callamos, de dia trabajamos, y de noche hurtamos, ó por mejor decir avisamos que nadie viva descuidado de mirar donde pone su hacienda. No nos fatiga el temor de perder la honra, ni nos desvela la ambicion de acrecentarla: ni sustentamos bandos, ni madrugamos á dar memoriales, ni á acompañar magnates, ni á solicitar favores. Por dora-

rados techos y suntuosos palacios estimamos estas barracas y movibles ranchos : por quadros y paises de Flandes los que nos da la naturaleza en esos levantados riscos y nevadas peñas, tendidos prados, y espesos bosques, que á cada paso á los ojos se nos muestran. Somos Astrologos rusticos, porque como casi siempre dormimos al cielo descubierto, á todas horas sabemos las que son del dia, y las que son de la noche : vemos como arrincona y barre la Aurora las estrellas del Cielo, y como ella sale con su compañera el Alba, alegrando el ayre, enfriando el agua, y humedeciendo la tierra, y luego tras ellas el Sol dorando cumbres (como dixo el Poeta) y rizando montes: ni tememos quedar helados por su ausencia quando nos hiere al soslayo con sus rayos, ni quedar abrasados quando con ellos perpendicularmente nos toca : un mismo rostro hacemos al Sol que al hielo, á la esterilidad que á la abundancia. En conclusion somos gente que vivimos por nuestra industria y pico, y sin entremeternos con el antiguo refran: Iglesia, Mar, ó Casa Real : tenemos lo que queremos ; pues nos contentamos con lo que tenemos. Todo esto he dicho, generoso mancebo, porque no ignoreis la vida á que habeis venido, y el trato que habeis de profesar, el qual os he pintado aqui en borron ; que otras muchas é infinitas cosas ireis descubriendo en él con el tiempo, no menos dignas de consideracion que las que habeis oido. Calló en diciendo esto el eloqüente, y vie-

jo Gitano, y el novicio dixo: Que se holgaba mucho de haber sabido tan loables estatutos, y que él pensaba hacer profesion en aquella orden tan puesta en razon y en politicos fundamentos, y que solo le pesaba no haber venido mas presto en conocimiento de tan alegre vida, y que desde aquel punto renunciaba la profesion de Caballero, y la vanagloria de su ilustre linage, y lo ponia todo debaxo del yugo, ó por mejor decir, debaxo de las leyes con que ellos vivian; pues con tan alta recompensa le satisfacian el deseo de servirlos, entregandole á la divina Preciosa, por quien él dexaria muchas coronas, y dilatados Imperios, y solo los desearia para servirla. Á lo qual respondió Preciosa: Puesto que estos Señores Legisladores han hallado por sus leyes que soy tuya, y que por tuya te me han entregado; yo he hallado por la ley de mi voluntad que es la mas fuerte de todas, que no quiero serlo sino es con las condiciones que antes que aqui vinieses entre los dos concertamos: dos años has de vivir en nuestra compañia primero que de la mia goces, porque tú no te arrepientas por ligero, ni yo quede engañada por presurosa. Condiciones rompen leyes, las que te he puesto sabes, si las quieres guardar, podrá ser que sea tuya, y tú seas mio; y donde no, aun no es muerta la mula, tus vestidos están enteros, y de tus dineros no te falta un ardite: la ausencia que has hecho, no ha sido aun de un dia, que de lo que de él falta te puedes servir,

y

y dar lugar que consideres lo que mas te conviene. Estos Señores bien pueden entregarte mi cuerpo, pero no mi alma que es libre, y nació libre, y ha de ser libre en tanto que yo quisiere. Si te quedas, te estimaré en mucho; si te vuelves, no te tendré en menos; porque á mi parecer los impetus amorosos corren á rienda suelta hasta que encuentran con la razon, ó con el desengaño: y no querria yo que fueras tú para conmigo como es el Cazador, que en alcanzando la liebre que sigue, la coge, y la dexa por correr tras otra que le huye: ojos hay engañados, que á la primera vista tan bien les parece el oropel como el oro; pero á poco rato bien conocen la diferencia que hay de lo fino á lo falso. Esta mi hermosura, que tú dices que tengo, que la estimas sobre el Sol, y la encareces sobre el oro, que sé yo si de cerca te parecerá sombra, y tocada caerás en que es de alquimia: dos años te doy de tiempo para que tantees y ponderes lo que será bien que escojas, ó será justo que deseches: que la prenda que una vez comprada, nadie se puede deshacer de ella sino con la muerte, bien es que haya tiempo, y mucho para mirarla, y ver en ella las faltas, ó las virtudes que tiene: que yo no me rijo por la barbara licencia que estos mis parientes se han tomado de dexar las mugeres, ó castigarlas quando se les antoja. Y como yo no pienso hacer cosa que llame al castigo, no quiero tomar compañia que por su gusto me des-

eche. Tienes razon, ó Preciosa, dixo á este punto Andrés; y asi, si quieres que asegure tus temores, y menoscabe tus sospechas, jurandote que no saldré un punto de las ordenes que me pusieres, mira qué juramento quieres que haga, ó qué otra seguridad puedo darte, que á todo me hallarás dispuesto. Los juramentos y promesas que hace el cautivo porque le den libertad, pocas veces se cumplen con ella, dixo Preciosa; y asi son segun pienso los del amante, que por conseguir su deseo, prometerá las alas de Mercurio, y los rayos de Jupiter, como me prometió á mí un cierto Poeta, y juraba por la laguna Estigia. No quiero juramentos, Señor Andrés, ni quiero promesas, solo quiero remitirlo todo á la esperiencia de este noviciado, y á mí se me quedará el cargo de guardarme, quando vos le tuvieredes de ofenderme. Sea asi, respondió Andrés: solo una cosa pido á estos Señores y compañeros mios, y es, que no me fuercen á que hurte ninguna cosa por tiempo de un mes siquiera, porque me parece que no he de acertar á ser ladron, si antes no preceden muchas y grandes liciones. Calla hijo, dixo el Gitano viejo, que aqui te industriarémos de manera que salgas un aguila en el oficio; y quando le sepas, has de gustar de él de modo que te comas las manos tras él. Ya es cosa de burla salir vacio por la mañana, y volver cargado á la noche al rancho. De azotes he visto yo volver á algunos de esos vacios, dixo Andrés. No se toman tru-

chas

chas á bragas enxutas, replicó el viejo: todas las cosas de esta vida están sujetas á diversos peligros, y las acciones del ladron al de las galeras, azotes, y horca; pero no porque corra un navio tormenta, ó se anegue, han de dexar los otros de navegar: bueno sería, que porque la guerra come los hombres, y los caballos, dexase de haber Soldados; quanto mas, que el ser azotado por justicia, entre nosotros es tener un habito en las espaldas, que le parece mejor que si le traxese en los pechos, y de los buenos. El toque está no acabar coceando al ayre en la flor de nuestra juventud, y á los primeros delitos; que el mosqueo de las espaldas, ni el apalear el agua en las Galeras, no lo estimamos en un cacao. Hijo Andrés, reposad agora en el nido debaxo de nuestras alas, que á su tiempo os sacarémos á volar, y en parte donde no volvais sin presa: y lo dicho dicho, que os habeis de lamer los dedos tras cada hurto. Pues para recompensar, dixo Andrés, lo que yo podia hurtar en este tiempo que se me da de venia, quiero repartir ducientos escudos de oro entre todos los del rancho. Apenas hubo dicho esto, quando arremetieron á él muchos Gitanos, y levantandole en los brazos, y sobre los hombros, le cantaban el Victor, Victor el grande Andrés, añadiendo: Y viva, viva Preciosa, amada prenda suya. Las Gitanas hicieron lo mismo con Preciosa, no sin envidia de Christina, y de otras Gitanillas que se hallaron presentes: que la envi-

vidia tambien se aloja en los aduares de los barbaros, y en las chozas de los pastores, como en palacios de Principes; y esto de ver medrar al vecino, que me parece que no tiene mas meritos que yo, fatiga. Hecho esto, comieron largamente, repartióse el dinero prometido con equidad y justicia, renovaronse las alabanzas de Andrés, y subieron al Cielo la hermosura de Preciosa. Llegó la noche, acocotaron la mula, y enterraronla de modo que quedó seguro Andrés de ser por ella descubierto, y tambien enterraron con ella sus alhajas, como fueron silla, freno, y cinchas, á uso de los Indios que sepultan con ellos sus mas ricas preseas. De todo lo que habia visto, y de los ingenios de los Gitanos quedó admirado Andrés, y con proposito de seguir su empresa, sin entremeterse nada en sus costumbres, ó á lo menos excusarlo por todas las vias que pudiese, pensando exêntarse de la jurisdiccion de obedecerlos en las cosas injustas que le mandasen, á costa de su dinero. Otro dia les rogó Andrés que mudasen de sitio, y se alejasen de Madrid, porque temia ser conocido si alli estaba: ellos dixeron que ya tenian determinado irse á los montes de Toledo, y desde alli correr y garramar toda la tierra circunvecina. Levantaron pues el rancho, y dieronle á Andrés una pollina en que fuese; pero él no la quiso, sino irse á pie, sirviendo de lacayo á Preciosa que sobre otra iba. Ella contentisima de ver como triunfaba de su gallardo Escudero; y él ni

mas

mas ni menos de ver junto á sí á la que habia hecho señora de su albedrio. O poderosa fuerza de este que llaman dulce dios de la amargura (titulo que le ha dado la ociosidad y el descuido nuestro) y con qué veras nos avasallas! Caballero es Andrés, y mozo de muy buen entendimiento, criado en la Corte, y con el regalo de sus ricos padres; y desde ayer acá ha hecho tal mudanza, que engañó á sus criados, y á sus amigos: defraudó las esperanzas que sus padres en él tenian: dexó el camino de Flandes, donde habia de exercitar el valor de su persona, y acrecentar la honra de su linage, y se vino á postrar á los pies de una muchacha, y á ser su lacayo, que puesto que hermosisima, en fin era Gitana. Privilegio de la hermosura, que trae al redopelo, y por la melena á sus pies á la voluntad mas exênta. De alli á quatro dias llegaron á una alegre y fresca aldea dos leguas de la gran Toledo, donde asentaron su aduar, dando primero algunas prendas de plata al Alcalde del Pueblo en fianzas de que en él, ni en todo su termino no hurtarian ninguna cosa, ni harian otro daño alguno, de que contra ellos se pudiese formar queja. Hecho esto, todas las Gitanas viejas, algunas mozas, y los Gitanos se esparcieron por todos los lugares, ó á lo menos apartados por quatro ó cinco leguas de aquel donde habian asentado su real. Fue con ellos Andrés á tomar la primera licion de ladron; pero aunque le dieron muchas en aquella salida,

nin-

ninguna se le asentó, antes correspondiendo á su buena sangre, con cada hurto que sus maestros hacian, se le arrancaba á él el alma, y tal vez hubo que pagó de su dinero los hurtos que sus compañeros habian hecho, conmovido de las lagrimas de sus dueños: de lo qual los Gitanos se desesperaban, diciendole que era contravenir á sus estatutos y ordenanzas, que prohibian la entrada á la caridad en sus pechos, la qual en teniendola, habian de dexar de ser ladrones, cosa que no les estaba bien en ninguna manera. Viendo pues esto Andrés, dixo que él queria hurtar por sí solo, sin ir en compañia de nadie; porque para huir del peligro tenia ligereza, y para cometerle no le faltaba el animo: asi que el premio, ó el castigo de lo que hurtase, queria que fuese solo suyo. Procuraron los Gitanos disuadirle de su buen proposito, diciendole que le podrian suceder ocasiones, donde fuese necesaria la compañia, asi para acometer, como para defenderse; y que una persona sola no podia hacer grandes presas. Pero por mas que dixeron, Andrés quiso ser ladron solo, con intencion de apartarse de la quadrilla, y comprar por su dinero alguna cosa que pudiese decir que la habia hurtado, y de este modo cargar lo menos que pudiese sobre su conciencia. Usando pues de esta industria, en menos de un mes traxo mas provecho á la compañia, que traxeron quatro de los mas estirados de ella, de que no poco se holgaba Preciosa, viendo á su tierno amante tan lin-

do

do y tan despejado ladron; pero con todo eso estaba tan temerosa de alguna desgracia, que no quisiera ella verle en afrenta por todo el tesoro de Venecia, obligada á tenerle aquella buena voluntad por los muchos servicios y regalos que su Andrés le hacia. Poco mas de un mes se estuvieron en los terminos de Toledo, donde hicieron su agosto, aunque era por el mes de Setiembre; y desde alli se entraron en Estremadura, por ser tierra rica, y caliente. Pasaba Andrés con Preciosa honestos y enamorados coloquios, y ella poco á poco se iba enamorando de la discrecion y buen trato de su amante; y en él de el mismo modo, si pudiera crecer su amor, fuera creciendo: tal era la honestidad, discrecion, y belleza de su Preciosa. Á do quiera que llegaban, él se llevaba el premio y las apuestas de corredor, y de saltar mas que ninguno: jugaba á los bolos, y á la pelota extremadamente: tiraba la barra con mucha fuerza y singular destreza: finalmente en poco tiempo voló su fama por toda Estremadura, y no habia lugar donde no se hablase de la gallarda disposicion del Gitano Andrés Caballero, y de sus gracias y habilidades; y al par de esta fama corria la de la hermosura de la Gitanilla, y no habia villa, lugar, ni aldea donde no los llamasen para regocijar las fiestas votivas suyas, ó para otros particulares regocijos. De esta suerte iba el aduar rico, prospero, y contento, y los amantes gozosos con solo mirarse. Sucedió pues que teniendo

do el aduar entre unas encinas algo apartado del camino, oyeron una noche, casi á la mitad de ella, ladrar sus perros con mucho ahinco, y mas de lo que acostumbraban: salieron algunos Gitanos, y con ellos Andrés á ver á quien ladraban, y vieron que se defendia de ellos un hombre vestido de blanco, á quien tenian los perros asido de una pierna: llegaron, quitaronle, y uno de los Gitanos le dixo: Quién diablos os traxo por aqui, hombre, á tales horas, y fuera de camino? venís á hurtar por ventura? porque en verdad que habeis llegado á buen puerto. No vengo á hurtar, dixo el mordido, ni sé si vengo ó no fuera de camino, aunque bien veo que vengo descaminado; pero decidme, Señores, está por aqui alguna venta, ó lugar donde pueda recogerme esta noche, y curarme de las heridas que estos perros me han hecho? No hay lugar, ni venta, donde podamos encaminaros, respondió Andrés; mas para curar vuestras heridas, y alojaros esta noche, no os faltará comodidad en nuestros ranchos: venios con nosotros, que aunque somos Gitanos, no lo parecemos en la caridad. Dios la use con vosotros, respondió el hombre, llevadme adonde quisieredes, que el dolor de esta pierna me fatiga mucho. Llegóse á él Andrés, y algunos de los otros Gitanos caritativos (que aun entre los demonios hay unos peores que otros, y entre muchos malos hombres suele haber alguno bueno) y entre ellos le llevaron. Hacia la noche clara

con

con la Luna, de manera que pudieron ver que el hombre era mozo de gentil rostro y talle: venia vestido todo de lienzo blanco, y atravesada por las espaldas, y ceñida á los pechos una como camisa ó talega de lienzo. Llegaron á la barraca, ó toldo de Andrés, y con presteza encendieron lumbre, y luz; y acudió luego la abuela de Preciosa á curar el herido, de quien ya le habian dado cuenta. Tomó algunos pelos de los perros, friólos en aceyte, y lavando primero con vino dos mordeduras que tenia en la pierna izquierda, le puso los pelos con el aceyte en ellas, y encima un poco de romero verde mascado: lióselo muy bien con unos paños limpios, y santiguóle las heridas, y dixole: Dormid, amigo, que con el ayuda de Dios no será nada. En tanto que curaban al herido, estaba Preciosa delante, y estuvole mirando ahincadamente, y lo mismo hacia él á ella, de modo que Andrés echó de ver en la atencion con que el mozo la miraba; pero echólo á que la mucha hermosura de Preciosa se llevaba tras sí los ojos. En resolucion, despues de curado el mozo, le dexaron solo sobre un lecho de heno seco: y por entonces no quisieron preguntarle nada de su camino, ni de otra cosa. Apenas se apartaron de él, quando Preciosa llamó á Andrés aparte, y le dixo: Acuerdaste, Andrés, de un papel que se me cayó en tu casa quando baylaba con mis compañeras, que segun creo te dió un mal rato? Sí acuerdo, respondió Andrés, y era un Soneto en tu ala-

alabanza, y no malo. Pues has de saber, Andrés (respondió Preciosa) que el que hizo aquel Soneto es ese mozo mordido que dexamos en la choza, y en ninguna manera me engaño, porque me habló en Madrid dos ó tres veces, y aun me dió un Romance muy bueno: alli andaba á mi parecer como Page, mas no de los ordinarios, sino de los favorecidos de algun Principe: y en verdad te digo, Andrés, que el mozo es discreto, bien razonado, y sobremanera honesto, y no sé que pueda imaginar de esta su venida, y en tal trage. Qué puedes imaginar, Preciosa? respondió Andrés; ninguna otra cosa, sino que la misma fuerza que á mí me ha hecho ser Gitano, le ha hecho á él parecer Molinero, y venir á buscarte. Ha Preciosa, Preciosa, y cómo se va descubriendo que te quieres preciar de tener mas de un rendido! y si esto es asi, acabame á mí primero, y luego matarás á ese otro, y no quieras sacrificarnos juntos en las aras de tu engaño, por no decir de tu belleza. Valgame Dios, respondió Preciosa, Andrés, y quán delicado andas, y quán de un sutil cabello tienes colgadas tus esperanzas, y mi credito, pues con tanta facilidad te ha penetrado el alma la dura espada de los zelos! Dime, Andrés, si esto tuviera artificio ó engaño alguno, no supiera yo callar y encubrir quien era este mozo? soy tan necia por ventura, que te habia de dar ocasion de poner en duda mi bondad y buen termino? Calla, Andrés, por tu vida, y mañana

pro-

procura sacar del pecho de este tu asombro, adonde va, ó á lo que viene; podria ser que estuviese engañada tu sospecha, como yo no lo estoy de que sea el que he dicho: y para mayor satisfacion tuya, pues ya he llegado á terminos de satisfacerte, de qualquier manera, y con qualquier intencion que este mozo venga, despidele luego, y haz que se vaya, pues todos los de nuestra parcialidad te obedecen, y no habrá ninguno que contra tu voluntad le quiera dar acogida en su rancho; y quando esto asi no suceda, yo te doy mi palabra de no salir del mio, ni dexarme ver de sus ojos, ni de todos aquellos que tú quisieres que no me vean. Mira, Andrés, no me pesa á mí de verte zeloso, pero pesarmeha mucho si te veo indiscreto. Como no me veas loco, Preciosa, respondió Andrés, qualquiera otra demostracion será poca, ó ninguna para dar á entender adonde llega, y quanto fatiga la amarga y dura presuncion de los zelos; pero con todo eso, yo haré lo que me mandas, y sabré qué es lo que este Señor Page, y Poeta quiere, adonde va, y qué es lo que busca: que podria ser que por algun hilo que sin cuidado muestre, sacase yo todo el ovillo con que temo viene á enredarme. Nunca los zelos á lo que imagino, dixo Preciosa, dexan el entendimiento desembarazado para que pueda juzgar las cosas como ellas son; siempre miran los zelosos con antojos de allende, que hacen grandes las cosas pequeñas, los enanos gigantes, y las sospe-

pe-

pechas verdades: por tu vida, y por la mia, Andrés, que procedas en esto y en todo lo que tocare á nuestros conciertos, cuerda y discretamente, que si asi lo hicieres, bien sé que me has de conceder la palma de honesta y recatada, y de verdadera en todo estremo. Con esto se despidió de Andrés, y él se quedó esperando el dia para tomar la confesion al herido, llena de turbacion el alma, y de mil contrarias imaginaciones: no podia creer sino que aquel Page habia venido alli atraido de la hermosura de Preciosa; porque piensa el ladron que todos son de su condicion. Por otra parte, la satisfaccion que Preciosa le habia dado, le parecia ser de tanta fuerza, que le obligaba á vivir seguro, y á dexar en las manos de su bondad toda su ventura. Llegó el dia, visitó al mordido, preguntóle cómo se llamaba, adonde iba, y cómo caminaba tan tarde, y tan fuera de camino; aunque primero le preguntó cómo estaba, y si se sentia sin dolor de las mordeduras? Á lo qual respondió el mozo, que se hallaba mejor y sin dolor alguno, de manera que podia ponerse en camino. Á lo de decir su nombre, y adónde iba, no dixo otra cosa sino que se llamaba Alonso Hurtado, y que iba á nuestra Señora de la Peña de Francia á un cierto negocio, y que por llegar con brevedad caminaba de noche, y que la pasada habia perdido el camino, y acaso habia dado con aquel aduar, donde los perros que le guardaban, le habian puesto de el modo que habia

bia

bia visto. No le pareció á Andrés legitima esta declaracion, sino muy bastarda, y de nuevo volvieron á hacerle cosquillas en el alma sus sospechas, y asi le dixo: Hermano, si yo fuera Juez, y hubierades caido debaxo de mi jurisdicion por algun delito, el qual pidiera que se os hicieran las preguntas que yo os he hecho, la respuesta que me habeis dado, obligara á que os apretara los cordeles: yo no quiero saber quien sois, cómo os llamais, ó adonde vais; pero adviertoos, que si os conviene mentir en este vuestro viage, mintais con mas apariencia de verdad. Decís que vais á la Peña de Francia, y la dexais á mano derecha mas atras de este lugar donde estamos bien treinta leguas: caminais de noche por llegar presto, y vais fuera de camino por entre bosques y encinares, que no tienen sendas apenas, quanto mas caminos. Amigo, levantaos, aprended á mentir, y andad en hora buena; pero por este buen aviso que os doy, no me direis una verdad? que sí direis, pues tan mal sabeis mentir. Decidme, sois por ventura uno que yo he visto muchas veces en la Corte entre Page, y Caballero, que tenia fama de ser gran Poeta, uno que hizo un Romance, y un Soneto á una Gitanilla que los dias pasados andaba por Madrid, y era celebrada por singular en la belleza? Decidmelo, que yo os prometo por la fe de Caballero Gitano de guardaros el secreto que vos vieredes que os conviene. Mirad que negarme la verdad de que

no

no sois el que yo digo, no llevaria camino, porque este rostro que yo veo aqui, es sin duda el que yo vi en Madrid: que la fama de vuestro entendimiento me hizo muchas veces que os mirase como á hombre raro é insigne; y asi se me quedó en la memoria tan estampada vuestra figura, que os he venido á conocer por ella, aun puesto en el diferente trage en que estais agora del en que yo os vi entonces. No os turbeis, animaos, y no penseis que habeis llegado á un pueblo de ladrones, sino á un asilo que os sabrá guardar y defender de todo el mundo. Mirad, yo imagino una cosa, y si es asi como la imagino, vos habeis topado con vuestra buena suerte en haber encontrado conmigo: lo que imagino es, que enamorado de Preciosa (aquella hermosa Gitanica á quien hicisteis los versos) habeis venido á buscarla, por lo que yo no os tendré en menos sino en mucho mas; que aunque Gitano, la esperiencia me ha mostrado adonde se estiende la poderosa fuerza de amor, y las transformaciones que hace hacer á los que coge debaxo de su jurisdicion y mando: si es esto asi, como creo que sin duda lo es, aqui está la Gitanica. Sí, aqui está, que yo la vi anoche, dixo el mordido: razon con que Andrés quedó como difunto, pareciendole que habia salido al cabo con la confirmacion de sus sospechas. Anoche la vi, tornó á decir el mozo; pero no me atreví á decirle quien era, porque no me convenia. De esa manera, dixo Andrés, vos sois el Poeta que

yo

yo he dicho. Sí soy, replicó el mancebo, que no lo puedo, ni quiero negar: quizá podria ser, que donde he pensado perderme, hubiese venido á ganarme, si es que hay fidelidad en las selvas, y buen acogimiento en los montes. Hayle sin duda, respondió Andrés, y entre nosotros los Gitanos el mayor secreto del mundo. Con esta confianza podeis, Señor, descubrirme vuestro pecho, que hallareis en el mio lo que vereis sin doblez alguna: la Gitanilla es parienta mia, y está sujeta á lo que yo quisiere hacer de ella; si la quisieredes por esposa, yo y todos sus parientes gustarémos de ello: y si por amiga, no usarémos de ningun melindre, con tal que tengais dineros, porque la codicia por jamas sale de nuestros ranchos. Dineros traygo, respondió el mozo; en estas mangas de camisa que traygo ceñida por el cuerpo, vienen quatrocientos escudos de oro. Este fue otro susto mayor que recibió Andrés, viendo que el traer tanto dinero no era sino para conquistar ó comprar su prenda; y con la lengua ya turbada dixo: Buena cantidad es esa, no hay sino descubriros, y manos á la labor, que la muchacha que no es nada boba, verá quan bien le está ser vuestra. Ay amigo! dixo á esta sazon el mozo: quiero que sepais, que la fuerza que me ha hecho mudar de trage, no es la del amor que vos decís, ni de desear á Preciosa, que hermosas tiene Madrid que pueden y saben robar los corazones, y rendir las almas tan bien y mejor que las mas her-

mosas Gitanas ; puesto que confieso , que la hermosura de vuestra parienta á todas las que yo he visto se aventaja : quien me tiene en este trage , á pie , y mordido de perros , no es amor sino desgracia mia. Con estas razones que el mozo decia , iba Andrés cobrando los espiritus perdidos , pareciendole que se encaminaba á otro paradero del que él se imaginaba , y deseoso de salir de aquella confusion volvió á reforzarle la seguridad con que podia descubrirse ; y asi él prosiguió diciendo : Yo estaba en Madrid en casa de un Titulo , á quien servia no como á Señor sino como á pariente : este tenia un hijo unico heredero suyo , el qual asi por el parentesco , como por ser ambos de una edad y de una condicion misma , me trataba con familiaridad y grande amistad : sucedió que este Caballero se enamoró de una doncella principal , á quien él escogiera de bonisima gana para su esposa , sino tuviera la voluntad sujeta como buen hijo á la de sus padres , que aspiraban á casarle mas altamente ; pero con todo eso la servia á hurto de todos los ojos que pudieran con las lenguas sacar á la plaza sus deseos , solo los mios eran testigos de sus intentos. Una noche que debia de haber escogido la desgracia para el caso que ahora os diré , pasando los dos por la puerta de esta Señora , vimos arrimados á ella dos hombres al parecer de buen talle : quiso reconocerlos mi pariente , y apenas se encaminó hácia ellos, quando echaron con mucha ligereza mano á las es-

pa-

padas y á los broqueles, y se vinieron á nosotros, que hicimos lo mismo, y con iguales armas nos acometimos: duró poco la pendencia, porque no duró mucho la vida de los dos contrarios, que de dos estocadas que guiaron los zelos de mi pariente, y la defensa que yo le hacia, las perdieron (caso extraño, y pocas veces visto): triunfando pues de lo que no quisieramos, volvimos á casa, y secretamente (tomando el dinero que pudimos) nos fuimos á San Geronimo, esperando el dia que descubriese lo sucedido, y las presunciones que se tenian de los matadores. Supimos que de nosotros no habia indicio alguno, y aconsejaronnos los prudentes Religiosos que nos volviesemos á casa, y que no diesemos, ni despertasemos con nuestra ausencia alguna sospecha contra nosotros. Y ya que estabamos determinados de seguir su parecer, nos avisaron que los Señores Alcaldes de Corte habian preso en su casa á los padres de la doncella, y á la misma doncella, y que entre otros criados á quien tomaron la confesion, una criada de la Señora dixo como mi pariente paseaba á su Señora de noche, y de dia; y que con este indicio habian acudido á buscarnos, y no hallandonos sino muchas señales de nuestra fuga, se confirmó en toda la Corte ser nosotros los matadores de aquellos dos Caballeros (que lo eran, y muy principales). Finalmente con parecer del Conde mi pariente, y del de los Religiosos, despues de quince dias que estuvimos escondidos en

el Monasterio, mi camarada en habito de Frayle con otro Frayle se fue la vuelta de Aragon, con intencion de pasarse á Italia, y desde alli á Flandes, hasta ver en qué paraba el caso. Yo quise dividir y apartar nuestra fortuna, y que no corriese nuestra suerte por una misma derrota: seguí otro camino diferente del suyo, y en habito de mozo de Frayle, á pie salí con un Religioso que me dexó en Talavera: desde alli á aqui he venido solo y fuera de camino, hasta que anoche llegué á este encinar, donde me ha sucedido lo que habeis visto; y si pregunté por el camino de la Peña de Francia, fue por responder algo á lo que me preguntaban, que en verdad que no sé donde cae la Peña de Francia, puesto que sé que está mas arriba de Salamanca. Asi es verdad, respondió Andrés, y ya la dexais á mano derecha casi veinte leguas de aqui, porque veais quan derecho camino llevabades, si allá fuerades. El que yo pensaba llevar, replicó el mozo, no es sino á Sevilla, que alli tengo un Caballero Genovés, grande amigo del Conde mi pariente, que suele enviar á Genova gran cantidad de plata, y llevo designio que me acomode con los que la suelen llevar, como uno de ellos, y con esta estratagema seguramente podré pasar hasta Cartagena, y de alli á Italia, porque han de venir dos Galeras muy presto á embarcar esta plata. Esta es, buen amigo, mi historia: mirad si puedo decir que nace mas de desgracia pura, que de amores aguados; pero si estos Se-

ño-

ñores Gitanos quisiesen llevarme en su compañia hasta Sevilla, si es que van allá, yo se lo pagaria muy bien, que me doy á entender que en su compañia iria mas seguro, y no con el temor que llevo. Sí llevarán, respondió Andrés, y si no fueredes en nuestro aduar, porque hasta agora no sé si va al Andalucia, ireis en otro que creo que habemos de topar dentro de dos dias, y con darles algo de lo que llevais, facilitareis con ellos otros imposibles mayores. Dexóle con esto Andrés, y vino á dar cuenta á los Gitanos de lo que el mozo le habia contado, y de lo que pretendia, con el ofrecimiento que le hacia de la buena paga y recompensa. Todos fueron de parecer que se quedase en el aduar, solo Preciosa tuvo el contrario; y la abuela dixo que ella no podria ir á Sevilla, ni á sus contornos, á causa que los años pasados habia hecho una burla á un gorrero llamado Truxillos, muy conocido en ella, al qual le habia hecho meter en una tinaja de agua hasta el cuello, desnudo en carnes, y en la cabeza puesta una corona de ciprés, esperando el filo de media noche para salir de la tinaja á cavar y sacar un gran tesoro, que ella le habia hecho creer que estaba en cierta parte de su casa: dixo mas, que como oyó el buen gorrero tocar á Maytines, por no perder la coyuntura se dió tanta priesa á salir de la tinaja, que dió con ella y con él en el suelo, y con el golpe y con los cascos se magulló las carnes, derramandose el agua, y él quedó nadando en ella,

y

y dando voces, que se anegaba. Acudieron su muger, y sus vecinos con luces, y hallaronle haciendo efectos de nadador, soplando y arrastrando la barriga por el suelo, y meneando brazos y piernas con mucha priesa, y diciendo á grandes voces: Socorro, Señores, que me ahogo; tal le tenia el miedo, que verdaderamente pensó que se ahogaba. Abrazaronse con él, sacaronle de aquel peligro, volviò en sí, contó la burla de la Gitana, y con todo eso cavó en la parte que le señalé, mas de un estado en hondo á pesar de todos quantos le decian que era embuste mio; y si no se lo estorbara un vecino suyo, que tocaba ya en los cimientos de su casa, él diera con entrambas en el suelo, si le dexaran cavar todo quanto él quisiera. Supose este cuento por toda la Ciudad, y hasta los muchachos le señalaban con el dedo, y cantaban su credulidad, y mi embuste. Esto contó la Gitana vieja, y esto dió por excusa de no ir á Sevilla. Los Gitanos que ya sabian de Andrés Caballero, que el mozo traía dineros en cantidad, con facilidad le acogieron en su compañia, y se ofrecieron de guardarle y encubrirle todo el tiempo que él quisiese, y determinaron de torcer el camino á mano izquierda, y entrarse en la Mancha, y en el Reyno de Murcia: llamaron al mozo, y dieronle cuenta de lo que pensaban hacer por él, él se lo agradeció, y dió cien escudos de oro para que los repartiesen entre todos. Con esta dadiva quedaron mas blandos que unas martas, solo á

Pre-

Preciosa no contentó la quedada de Don Sancho (que asi dixo el mozo que se llamaba); pero los Gitanos se le mudaron en el de Clemente, y asi le llamaron desde alli adelante. Tambien quedó un poco torcido Andrés, y no bien satisfecho de haberse quedado Clemente, por parecerle que con poco fundamento habia dexado sus primeros designios; mas Clemente, como si le leyera la intencion, entre otras cosas le dixo que se holgaria de ir al Reyno de Murcia por estar cerca de Cartagena, adonde si viniesen las Galeras, como él pensaba que habian de venir, pudiese con facilidad pasar á Italia. Finalmente por traerle mas ante los ojos, y mirar sus acciones, y escudriñar sus pensamientos, quiso Andrés que fuese Clemente su camarada, y Clemente tuvo esta amistad por gran favor que se le hacia: andaban siempre juntos, gastaban largo, llovian escudos, corrian, saltaban, baylalaban, y tiraban la barra mejor que ninguno de los Gitanos, y eran de las Gitanas mas que medianamente queridos, y de los Gitanos en todo extremo respetados. Dexaron pues á Estremadura, entraronse en la Mancha, y poco á poco fueron caminando al Reyno de Murcia. En todas las aldeas y lugares que pasaban, habia desafios de pelota, de esgrima, de correr, de saltar, de tirar la barra, y de otros exercicios de fuerza, maña y ligereza, y de todos salian vencedores Andrés, y Clemente, como de solo Andrés queda dicho. En todo este tiempo que fueron mas

de

de mes y medio, nunca tuvo Clemente ocasion, ni él la procuró de hablar á Preciosa, hasta que un dia estando juntos Andrés y ella, llegó él á la conversacion, porque le llamaron, y Preciosa le dixo: Desde la vez primera que llegaste á nuestro aduar, te conocí, Clemente, y se me vinieron á la memoria los versos que en Madrid me diste; pero no quise decir nada por no saber con que intento venias á estas estancias, y quando supe tu desgracia, me pesó en el alma, y se aseguró mi pecho que estaba sobresaltado, pensando que como habia Don Juanes en el mundo que se mudaban en Andreses, asi podia haber Don Sanchos que se mudasen en otros nombres: hablote de esta manera, porque Andrés me ha dicho que te ha dado cuenta de quien es, y de la intencion con que se ha vuelto Gitano (y asi era á la verdad, que Andrés le habia hecho sabedor de toda su historia por poder comunicar con él sus pensamientos): y no pienses que te fue de poco provecho el conocerte, pues por mi respeto, y por lo que yo de tí dixe, se facilitó el acogerte y admitirte en nuestra compañia, donde plegue á Dios te suceda todo el bien que acertares á desearte. Este buen deseo quiero que me pagues en que no afees á Andrés la baxeza de su intento, ni le pintes quan mal le está perseverar en este estado; que puesto que yo imagino que debaxo de los candados de mi voluntad está la suya, todavia me pesaria de verle dar muestras por minimas que fuesen, de algun are-

repentimiento. Á esto respondió Clemente : No pienses, Preciosa unica, que Don Juan con ligereza de animo me descubrió quien era ; primero le conocí yo : primero me descubrieron sus ojos sus intentos : primero le dixe yo quien era, y primero le adiviné la prision de su voluntad que tú señalas : y él dandome el credito que era razon que me diese, fió de mi secreto el suyo, y él es buen testigo si alabé su determinacion y escogido empleo, que no soy, ó Preciosa, de tan corto ingenio que no alcance hasta donde se estiendan las fuerzas de la hermosura ; y la tuya, por pasar de los limites de los mayores estremos de belleza, es disculpa bastante de mayores yerros, si es que pueden llamarse yerros los que se hacen por tan forzosa causa. Agradezcote, Señora, lo que en mi credito dixiste, y yo pienso pagartelo en desear que estos enredos amorosos salgan á fines felices, y que tú goces de tu Andrés, y Andrés de su Preciosa en conformidad y gusto de sus padres, porque de tan hermosa junta veamos en el mundo los mas bellos renuevos que pueda formar la bien intencionada naturaleza : esto desearé yo, Preciosa, y esto le diré siempre á tu Andrés, y no cosa que le divierta de sus bien colocados pensamientos. Con tales afectos dixo Clemente estas razones, que estuvo en duda Andrés si las habia dicho como enamorado, ó como comedido, que la infernal enfermedad zelosa es tan delicada, que en los atomos del Sol se pega, y de los que to-

can

can á la cosa amada se fatiga el amante, y se desespera; pero con todo eso no tuvo zelos confirmados, mas fiado de la bondad de Preciosa que de la ventura suya: que siempre los enamorados se tienen por infelices mientras no alcanzan lo que desean. En fin Andrés, y Clemente eran camaradas y amigos, asegurandolo todo la buena intencion de Clemente, y el recato y prudencia de Preciosa, que jamas dió ocasion á que Andrés tuviese de ella zelos. Tenia Clemente sus puntas de Poeta como lo demostró en los versos que dió á Preciosa, y Andrés se picaba un poco, y entrambos eran aficionados á la musica: sucedió pues que estando el aduar alojado en un valle quatro leguas de Murcia, una noche por entretenerse, sentados los dos, Andrés al pie de un alcornoque, y Clemente al de una encina, cada uno con una guitarra, convidados del silencio de la noche, comenzando Andrés, y respondiendo Clemente, cantaron estos versos:

And. Mira, Clemente, el estrellado velo
con que esta noche fria
compite con el dia,
de luces bellas adornado el Cielo;
y en esta semejanza,
si tanto tu divino ingenio alcanza,
aquel rostro figura
donde asiste el estremo de hermosura.

Clem. Donde asiste el estremo de hermosura,
y adonde la preciosa

ho-

honestidad hermosa
con todo estremo de bondad se apura;
en un sugeto cabe,
que no hay humano ingenio que le alabe,
si no toca en divino,
en alto, en raro, en grave, en peregrino.
And. En alto, en raro, en grave, en peregrino
estilo nunca usado,
al Cielo levantado,
por dulce al mundo y sin igual camino;
tu nombre, ó Gitanilla,
causando asombro, espanto y maravilla,
la fama yo quisiera
que le llevara hasta la octava esfera.
Clem. Que le llevara hasta la octava esfera,
fuera decente y justo,
dando á los Cielos gusto
quando el son de tu nombre allá se oyera;
y en la tierra causara,
por donde el dulce nombre resonara,
musica en los oídos,
paz en las almas, gloria en los sentidos.
And. Paz en las almas, gloria en los sentidos
se siente quando canta
la sirena que encanta,
y adormece á los mas apercibidos;
y tal es mi Preciosa,
que es lo menos que tiene, el ser hermosa:
dulce regalo mio,
corona del donayre, honor del brio.
Clem. Corona del donayre, honor del brio
eres,

eres, bella Gitana,
frescor de la mañana,
zefiro blando en el ardiente estio:
rayo con que amor ciego
convierte el pecho mas de nieve en fuego:
fuerza, que si la hace,
suavemente mata y satisface.

Señales iban dando de no acabar tan presto el libre y el cautivo, sino sonara á sus espaldas la voz de Preciosa que las suyas habia escuchado: suspendiólos el oirla, y sin moverse, prestandola maravillosa atencion, la escucharon: ella (no sé si de improviso, ó si en algun tiempo los versos que cantaba le compusieron) con extremada gracia, como si para responderles fueran hechos, cantó los siguientes:

En esta empresa amorosa
donde el amor entretengo,
por mayor ventura tengo
el ser honesta que hermosa.
La que es mas humilde planta,
si la subida endereza
por gracia ó naturaleza,
á los Cielos se levanta.
En este mi baxo cobre,
siendo honestidad su esmalte,
no hay buen deseo que falte,
ni riqueza que no sobre.
No me causa alguna pena

no

no quererme, ó no estimarme;
que yo pienso fabricarme
mi suerte y ventura buena.
Haga yo lo que en mí es,
que á ser buena me encamine,
y haga el Cielo y determine
lo que quisiere despues.
Quiero ver si la belleza
tiene tal prerogativa,
que me encumbre tan arriba
que aspire á mayor alteza.
Si las almas son iguales,
podrá la de un labrador
igualarse por valor
con las que son imperiales.
De la mia lo que siento
me sube á grado mayor,
porque magestad y amor
no tienen un mismo asiento.

Aqui dió fin Preciosa á su canto, y Andrés, y Clemente se levantaron á recibirla; pasaron entre los tres discretas razones, y Preciosa descubrió en las suyas su entendimiento, su honestidad y su agudeza, de tal manera que en Clemente halló disculpa la intencion de Andrés, que aun hasta entonces no la habia hallado, juzgando mas á mocedad que á cordura su arrojada determinacion. Aquella mañana se levantó el aduar, y se fueron á alojar en un lugar de la jurisdiccion de Murcia tres leguas de la Ciudad, don-

donde le sucedió á Andrés una desgracia que le puso á punto de perder la vida; y fue que despues de haber dado en aquel lugar algunas prendas de plata en fianzas como tenian de costumbre, Preciosa, y su abuela, y Christina con otras dos Gitanillas, y los dos, Clemente, y Andrés, se alojaron en el meson de una viuda rica, la qual tenia una hija de edad de diez y siete ó diez y ocho años, algo mas desenvuelta que hermosa, por mas señas que se llamaba Juana Carducha. Esta habiendo visto baylar á las Gitanas, y Gitanos, la tomó el diablo, y se enamoró de Andrés tan fuertemente, que propuso de decirselo, y tomarle por marido, si él quisiese, aunque á todos sus parientes les pesase; y asi buscó coyuntura para decirselo, y hallóla en un corral donde Andrés habia entrado á requerir dos pollinos. Llegóse á él, y con priesa, por no ser vista, le dixo: Andrés (que ya sabía su nombre) yo soy doncella y rica, que mi madre no tiene otro hijo sino á mí, este meson es suyo, y sin esto tiene muchos majuelos, y otros dos pares de casas; hasme parecido bien, si me quieres por esposa, á tí te está bien; respondeme presto, y si eres discreto quedate, y verás que vida nos damos. Admirado quedó Andrés de la resolucion de la Carducha, y con la presteza que ella pedia, le respondió: Señora doncella, yo estoy apalabrado para casarme, y los Gitanos no nos casamos sino con Gitanas; guardela Dios por la merced que me queria hacer, de que yo no soy

dig-

digno. No estuvo en dos dedos de caerse muerta la Carducha con la aceda respuesta de Andrés, á quien replicara, sino viera que entraban en el corral otras Gitanas: salióse corrida, y de buena gana se vengara si pudiera. Andrés como discreto determinó de poner tierra en medio, y desviarse de aquella ocasion; que bien leyó en los ojos de la Carducha, que sin los lazos matrimoniales se le entregara á toda su voluntad, y no quiso verse pie á pie, y solo en aquella estacada: y asi pidió á todos los Gitanos que aquella noche se partiesen de aquel lugar. Ellos que siempre le obedecian, lo pusieron luego por obra, y cobrando sus fianzas aquella tarde, se fueron. La Carducha que vió, que en irse Andrés se le iba la mitad de su alma, y que no le quedaba tiempo para solicitar el cumplimiento de sus deseos, ordenó de hacer quedar á Andrés por fuerza, ya que de grado no podia: y asi con la industria, sagacidad y secreto que su mal intento le enseñó, puso entre las alhajas de Andrés que ella conoció por suyas, unos ricos corales, y dos patenas de plata con otros brincos suyos; y apenas habian salido del meson, quando dió voces diciendo, que aquellos Gitanos le llevaban robadas sus joyas: á cuyas voces acudió la Justicia, y toda la gente del Pueblo. Los Gitanos hicieron alto, y todos juraban que no llevaban cosa hurtada, y que ellos harian patentes todos los sacos y ropa de su aduar. De esto se congojó mucho la Gitana vieja, temiendo no se manifesta-

sen

sen en aquel escrutinio los dixes de la hermosa Preciosa, y los vestidos de Andrés, que ella con gran cuidado y recato guardaba; pero la buena de la Carducha lo remedió con grande brevedad, porque al segundo envoltorio que miraron, dixo, que preguntasen qual era el de aquel Gitano gran baylador, que ella le habia visto entrar en su aposento dos veces, y que podria ser que aquel las llevase. Entendió Andrés que por él lo decia, y riendose dixo: Señora doncella, esta es mi recamara, y este ès mi pollino; si vos hallaredes en ella, ni en él lo que os falta, yo os lo pagaré con las setenas, fuera de sujetarme al castigo que la ley da á los ladrones. Acudieron luego los Ministros de justicia á desvalijar el pollino, y á pocas vueltas dieron con todo el hurto, de que quedó tan espantado Andrés y tan absorto, que no pareció sino estatua sin voz de piedra dura. No sospeché yo mal, dixo á esta sazon la Carducha, mirad con qué buena cara se encubre un tan grande ladron. El Alcalde que estaba presente, comenzó á decir mil injurias á Andrés y á todos los Gitanos, llamandolos de publicos ladrones y salteadores de caminos. Á todo callaba Andrés, suspenso é imaginativo, y no acababa de caer en la traicion de la Carducha. En esto se llegó á él un soldado bizarro, sobrino del Alcalde, diciendo: No veis qual se ha quedado el Gitano pudrido de hurtar? apostaré yo que hace melindres, y que niega el hurto, con habersele cogido en las manos, que

bien

bien haya quien os echa en galeras á todos: mirad si estuviera mejor este bellaco en ellas, sirviendo á su Magestad, que no andarse baylando de lugar en lugar, y hurtando de venta en monte. Á fe de soldado, que estoy por darle una bofetada que le derribe á mis pies; y diciendo esto, sin mas ni mas alzó la mano, y le dió un bofeton tal, que le hizo volver de su embelesamiento, y le hizo acordar de que no era Andrés Caballero, sino Don Juan, y Caballero; y arremetiendo al soldado con mucha presteza y mas colera le arrancó la espada de la vayna, y se la envaynó en el cuerpo, dando con él muerto en tierra. Aqui fue el gritar del Pueblo; aqui el amohinarse el Alcalde; aqui el desmayarse Preciosa, y el turbarse Andrés de verla desmayada; aqui el acudir todos á las armas, y dar tras el matador. Creció la confusion, creció la grita; y por acudir Andrés al desmayo de Preciosa, dexó de acudir á su defensa: y quiso la suerte que Clemente no se hallase al desastrado suceso, que con los bagages habia ya salido del pueblo: finalmente tantos cargaron sobre Andrés, que le prendieron y le aherrojaron con muy gruesas cadenas. Bien quisiera el Alcalde ahorcarle luego, si estuviera en su mano; pero hubo de remitirle á Murcia por ser de su jurisdiccion: no le llevaron hasta otro dia, y en el que alli estuvo pasó Andrés muchos y muy grandes martirios y vituperios, que el indignado Alcalde, y sus Ministros, y todos los del lugar le hicieron. Pren-

dió luego el Alcalde á todos los mas Gitanos, y Gitanas que pudo, porque los mas huyeron, y entre ellos Clemente, que temió ser cogido y descubierto. Finalmente con la sumaria del caso, y con una cafila de Gitanos entraron el Alcalde, y sus Ministros con mucha gente armada en Murcia, entre los quales iba Preciosa, y el pobre Andrés ceñido de cadenas sobre un macho, y con esposas, y pie de amigo. Salió toda Murcia á ver los presos, que ya se tenia noticia de la muerte del soldado; pero la hermosura de Preciosa fue aquel dia tanta, que ninguno la miraba que no la bendecia. Llegó la nueva de su belleza á los oídos de la Señora Corregidora, que deseosa de verla hizo que el Corregidor su marido mandase que aquella Gitanica no entrase en la carcel, y todos los demas sí. Á Andrés le pusieron en un estrecho calabozo, cuya escuridad y la falta de la luz de Preciosa le trataron de manera, que bien pensó no salir de alli sino para la sepultura. Llevaron á Preciosa con su abuela á que la Corregidora la viese, y asi como la vió, dixo: Con razon la alaban de hermosa; y llegandola á sí la abrazó tiernamente, y no se hartaba de mirarla; y preguntó á su abuela que qué edad tendria aquella niña? Quince años, respondió la Gitana, dos meses mas ó menos. Esos tuviera ahora la desdichada de mi Constanza: ay amigas! que esta niña me ha renovado mi desventura, dixo la Corregidora. Tomó en esto Preciosa las manos de la Corregidora, y besan-

sandoselas muchas veces, se las bañaba con lagrimas, y le decia: Señora mia, el Gitano preso no tiene culpa, porque fue provocado; llamaronle ladron, y no lo es; dieronle un bofeton en su rostro, que es tal que en él se descubre la bondad de su animo: por Dios, y por quien vos sois, Señora, que le hagais guardar su justicia, y que el Señor Gorregidor no se dé priesa á executar en él el castigo con que las leyes le amenazan; y si algun agrado os ha dado mi hermosura, entretenedla con entretener el preso, porque en el fin de su vida está el de la mia: él ha de ser mi esposo, y justos y honestos impedimentos han estorbado, que aun hasta agora no nos habemos dado las manos. Si dineros fueren menester para alcanzar perdon de la parte, todo nuestro aduar se venderá en publica almoneda, y se dará aun mas de lo que pidieren. Señora mia, si sabeis qué es amor, y algun tiempo le tuvisteis, y agora le teneis á vuestro querido esposo; doleos de mí, que amo tierna y honestamente al mio. En todo el tiempo que esto decia, nunca la dexó las manos, ni apartó los ojos de mirarla atentamente, derramando amargas y piadosas lagrimas en mucha abundancia; y asimismo la Corregidora la tenia á ella asida de las suyas, mirandola ni mas ni menos con no menor ahinco, y con no menos lagrimas. Estando en esto entró el Corregidor, y hallando á su muger, y á Preciosa tan llorosas y tan encadenadas, quedó suspenso, asi de su llan-

to como de su hermosura: preguntó la causa de aquel sentimiento; y la respuesta que dió Preciosa, fue soltar las manos de la Corregidora, y asirse de los pies del Corregidor, diciendole: Señor, misericordia, misericordia, porque si mi esposo muere, yo tambien soy muerta, él no tiene culpa; pero si la tiene, deseme á mí la pena: y si esto no puede ser, á lo menos entretengase el pleyto en tanto que se procuran y buscan los remedios posibles para su libertad, que podria ser que al que no pecó de malicia, le enviase el Cielo la salud de gracia. Con nueva suspension quedó el Corregidor de oir las discretas razones de la Gitanilla, y que ya, sino fuera por no dar indicio de flaqueza, la acompañara en sus lagrimas. En tanto que esto pasaba, estaba la Gitana vieja considerando muchas y diversas cosas, y al cabo de toda esta suspension é imaginacion dixo: Esperenme vuesas mercedes, Señores mios, un poco, que yo haré que estos llantos se conviertan en gusto, aunque á mí me cueste la vida; y asi con ligero paso se salió de donde estaba, dexando á los presentes confusos con lo que dicho habia. En tanto pues que ella volvia, nunca dexó Preciosa las lagrimas ni los ruegos de que se entretuviese la causa de su esposo, con intencion de avisar á su padre que viniese á entender en ella. Volvió la Gitana con un pequeño cofre debaxo del brazo, y dixo al Corregidor, que con su muger y ella se entrasen en un aposento, que tenia grandes cosas que de-

cir–

cirles en secreto. El Corregidor creyendo que algunos hurtos de los Gitanos queria descubrirle por tenerle propicio en el pleyto del preso, al momento se retiró con ella y con su muger en su recamara, adonde la Gitana, hincandose de rodillas ante los dos, dixo: Si las buenas nuevas que os quiero dar, Señores, no merecieren alcanzar en albricias el perdon de un grande pecado mio, aqui estoy para recibir el castigo que mereciere; pero antes que le confiese, quiero que me digais, Señores, si conoceis estas joyas, y descubriendo el cofrecito donde venian las de Preciosa, se le puso en las manos al Corregidor, y en abriendole vió aquellos dixes pueriles, pero no cayó en lo que podian significar. Mirólos tambien la Corregidora, pero tampoco dió en la cuenta, solo dixo: Estos son adornos de alguna pequeña criatura. Asi es verdad, respondió la Gitana, y de qué criatura sean lo dice este escrito que está en ese papel doblado. Abrióle con gran priesa el Corregidor, y leyó, que decia de esta suerte: *Llamábase la niña Doña Constanza de Acevedo y de Meneses; su madre Doña Guiomar de Meneses; y su padre Don Fernando de Acevedo, Caballero del habito de Calatrava; desparecila dia de la Ascension del Señor á las ocho de la mañana de el año mil quinientos noventa y cinco: traía la niña puestos estos brincos que en este cofre están guardados.* Apenas hubo oido la Corregidora las razones del papel, quando conoció los brincos, se los puso á la boca, y dandoles infinitos besos

se

se cayó desmayada ; acudió el Corregidor á ella antes que á preguntar á la Gitana por su hija: y habiendo vuelto en sí , dixo : Muger buena, antes Angel que Gitana , adónde está el dueño, digo la criatura cuyos eran estos dixes ? Adónde, Señora ? respondió la Gitana , en vuestra casa la teneis : aquella Gitanica que os sacó las lagrimas de los ojos , es su dueño , y es sin duda alguna vuestra hija , que yo la hurté en Madrid de vuestra casa el dia y hora que ese papel dice. Oyendo esto la turbada Señora , soltó los chapines , y desalada y corriendo salió á la sala adonde habia dexado á Preciosa , y hallóla rodeada de sus doncellas y criadas , todavia llorando; arremetió á ella , y sin decir nada con gran priesa le desabrochó el pecho , y miró si tenia debaxo de la teta izquierda una señal pequeña á modo de lunar blanco con que habia nacido , y hallóle ya grande , que con el tiempo se habia dilatado : luego con la misma celeridad la descalzó , y descubrió un pie de nieve y de marfil hecho á torno , y vió en él lo que buscaba , que era que los dos dedos ultimos de el pie derecho se trababan el uno con el otro por medio con un poquito de carne , la qual quando niña nunca se la habian querido cortar por no darla pesadumbre. El pecho , los dedos , los brincos , el dia señalado del hurto , la confesion de la Gitana , y el sobresalto y alegria que habian tenido sus padres quando la vieron , con toda verdad confirmaron en el alma de la Corregidora ser Preciosa

su

su amada hija : y asi cogiendola en brazos, se volvió con ella adonde el Corregidor, y la Gitana estaban. Iba Preciosa confusa, que no sabía á qué efecto se habian hecho con ella aquellas diligencias, y mas viendose llevar en brazos de la Corregidora, y que la daba de un beso hasta ciento. Llegó en fin la Corregidora cargada con Preciosa á la presencia de su marido, y pasandola de sus brazos á los del Corregidor, le dixo: Recibid, Señor, á vuestra hija Constanza, que esta es sin duda alguna, porque la señal de los dedos juntos y la del pecho he visto ; y mas que á mí me lo está diciendo el alma desde el instante que mis ojos la vieron. No lo dudo, respondió el Corregidor, teniendo en sus brazos á Preciosa, que los mismos efectos han pasado por la mia que por la vuestra ; y mas que tantas particularidades juntas cómo podian suceder si no fuera por milagro ? Toda la gente de casa andaba absorta, preguntandose unos á otros, qué sería aquello ? y todos daban bien lejos del blanco; porque quién habia de imaginar, que aquella Gitanilla era hija de sus Señores ? El Corregidor dixo á su muger, á su hija, y á la Gitana vieja, que aquel caso estuviese secreto hasta que él le descubriese : y asimismo dixo á la Gitana vieja, que él la perdonaba el agravio que le habia hecho en hurtarle la mitad de su alma, pues la recompensa de habersela vuelto mayores albricias merecia, y que solo le pesaba, que sabiendo ella la calidad de Preciosa, la hubiese des-

po-

posado con un Gitano, y mas con un ladron homicida. Ay! (dixo á esto Preciosa) Señor mio, que ni es Gitano, ni ladron, puesto que es matador; pero fuelo del que le quitó la honra, y no pudo hacer menos de mostrar quien era, y matarle. Cómo? qué no es Gitano, hija mia? dixo Doña Guiomar. Entonces la Gitana vieja contó brevemente la historia de Andrés Caballero, y que era hijo de Don Francisco de Carcamo, Caballero del habito de Santiago, y que se llamaba Don Juan de Carcamo, tambien del habito, cuyos vestidos ella tenia de quando los mudó en los de Gitano. Contó el concierto que entre Preciosa, y Don Juan estaba hecho de guardar dos años de aprobacion para desposarse, ó no: puso en su punto la honestidad de entrambos, y la agradable condicion de Don Juan. Tanto se admiraron de esto como del hallazgo de su hija; y mandó el Corregidor á la Gitana, que fuese por los vestidos de Don Juan: ella lo hizo asi, y volvió con otro Gitano que los traxo. En tanto que ella fue y volvió, hicieron sus padres á Preciosa cien mil preguntas, á quienes respondió con tanta discrecion y gracia, que aunque no la hubieran reconocido por hija, los enamorara. Preguntandola si tenia alguna aficion á Don Juan, respondió, que no mas de aquella que le obligaba á ser agradecida á quien se habia querido humillar á ser Gitano por ella; pero que ya no se estenderia á mas el agradecimiento de aquello que sus señores padres quisiesen. Ca-

lla,

lla, hija Preciosa, dixo su padre, que este nombre de Preciosa quiero que se te quede en memoria de tu pérdida y de tu hallazgo, que yo como tu padre tomo á cargo el ponerte en estado que no desdiga de quien eres. Suspiró oyendo esto Preciosa, y su madre como era discreta entendió que suspiraba de enamorada de Don Juan, y dixo á su marido: Señor, siendo tan principal Don Juan de Carcamo como lo es, y queriendo tanto á nuestra hija, no nos estaria mal darsela por esposa. Y él respondió: Aun apenas hoy la habemos hallado, y ya quereis que la perdamos? Dexad que primero la gocemos algun tiempo, que en casandola no será nuestra sino de su marido. Razon teneis, Señor, respondió ella; pero dad orden de sacar á Don Juan que debe de estar en algun calabozo metido, pasando las penalidades que se pueden considerar de sus prisiones, sin las humedades y sabandijas inmundas que inquietan á los pobres pacientes que están en él, esperando salga el dia para gozarle, y verse libres de tanta opresion y mala vecindad como padecen. Sí estará, dixo Preciosa, que á un ladron matador, y sobre todo Gitano, no le habrán dado mejor estancia. Yo quiero ir á verle, como que le voy á tomar la confesion, respondió el Corregidor, y de nuevo os encargo, Señora, que nadie sepa esta historia hasta que yo lo quiera descubrir, que asi conviene á mi oficio: y abrazando á Preciosa, fue luego á la carcel, y entró en el calabozo donde

Don

Don Juan de Carcamo estaba, y no quiso que nadie entrase con él. Hallóle con entrambos pies en un cepo, y con las esposas á las manos, y que aun no le habian quitado el pie de amigo. Era la estancia escura; pero hizo que por arriba abriesen una lumbrera, por donde entraba una luz escasa; y asi como le vió, le dixo: Cómo está, buena pieza? que asi tuviera yo atraillados quantos Gitanos hay en España, para acabar con todos ellos en un dia, como Neron quisiera en otro con toda Roma, sin dar mas de un golpe. Sabed, ladron puntoso, que yo soy el Corregidor de esta Ciudad, y vengo á saber de mí á vos, si es verdad que es vuestra esposa una Gitanilla que viene con vosotros? Oyendo esto Andrés, imaginó que el Corregidor se debia de haber enamorado de Preciosa, que los zelos son de cuerpos sutiles, y se entran por otros cuerpos sin romperlos ni dividirlos; pero con todo esto respondió: Si ella ha dicho que yo soy su esposo, es mucha verdad: y si ha dicho que no lo soy, tambien ha dicho verdad; porque no es posible que Preciosa diga mentira. Tan verdadera es? (dixo el Corregidor) no es poco serlo para ser Gitana: ahora bien, mancebo, ella ha dicho que es esposa vuestra, pero que nunca os ha dado la mano. Ha sabido que segun es vuestra culpa, habeis de morir por ella, y hame pedido que antes de vuestra muerte la despose con vos, porque se quiere honrar con quedar viuda de un tan grande ladron como vos. Pues hagalo

Vm.

Vm., Señor, como ella lo suplica, que como yo me despose con ella, iré contento á la otra vida como parta de esta con nombre de ser suyo. Mucho la debeis de querer (dixo el Corregidor). Tanto, respondió el preso, que á poderlo decir, no fuera nada. En efecto, Señor Corregidor, mi causa se concluya: yo maté al que me quiso afrentar, yo adoro á esa Gitanica, moriré contento si muero en su gracia, y tambien sé que no nos ha de faltar la de Dios, pues entrambos habemos guardado honestamente y con puntualidad lo que nos prometimos. Pues esta noche enviaré por vos, dixo el Corregidor, y en mi casa os desposareis con Preciosa, y mañana estareis en la horca: con que yo habré cumplido con lo que pide la justicia, y con el deseo de entrambos. Agradecióselo Andrés: y el Corregidor volvió á su casa, y dió cuenta á su muger de lo que con Don Juan habia pasado. En el tiempo que él faltó de su casa, dió cuenta Preciosa á su madre de todo el discurso de su vida, y de como siempre habia creido ser Gitana, y ser nieta de aquella vieja; pero que siempre se habia estimado en mucho mas de lo que de ser Gitana se esperaba. Apretóla su madre que la dixese la verdad, si queria bien á Don Juan? Ella con mucha vergüenza y con los ojos en el suelo la dixo, que por haberse considerado Gitana, y que mejoraba su suerte en casarse con un Caballero de habito, y tan principal como Don Juan de Carcamo, y por haber visto por esperiencia

su buena condicion y honesto trato, alguna vez le habia mirado con ojos aficionados; pero que en resolucion ya habia dicho que no tenia otra voluntad de aquella que ellos quisiesen. Llegó la noche, y siendo casi las diez sacaron á Andrés de la carcel sin las esposas y el pie de amigo; pero no sin una gran cadena que desde los pies todo el cuerpo le ceñia. Llegó de este modo, sin ser visto de nadie sino de los que le traian, en casa del Corregidor, y con silencio y recato le entraron en un aposento donde le dexaron solo: de alli á un rato entró un Clerigo, y le dixo que se confesase, porque habia de morir al otro dia. Á lo qual respondió Andrés: De muy buena gana me confesaré; pero cómo no me desposan primero? Y si me han de desposar, por cierto que es muy malo el talamo que me espera. Doña Guiomar que todo esto sabía, dixo á su marido que eran demasiados los sustos que á Don Juan daba, que los moderase, porque podria ser perdiese la vida con ellos. Parecióle buen consejo al Corregidor, y asi entró á llamar al que le confesaba, y dixole, que primero habian de desposar al Gitano con Preciosa, y que despues se confesaria, y que se encomendase á Dios de todo corazon, que muchas veces suele llover sus misericordias en el tiempo que están mas secas las esperanzas. En efecto Andrés salió á una sala donde estaban solamente Doña Guiomar, el Corregidor, Preciosa, y otros dos criados de casa; pero quando Preciosa vió á Don Juan ceñido

con

con una cadena, descolorido, y los ojos tiernos, con muestras de haber llorado, se le cubrió el corazon, y se arrimó al brazo de su madre, la qual abrazandola consigo, le dixo: Vuelve en tí, niña, que todo lo que ves ha de redundar en tu gusto y provecho. Ella que estaba ignorante de aquello, no sabía como consólarse: la Gitana vieja estaba turbada, y los circunstantes colgados de el fin de aquel caso. El Corregidor dixo: Señor Tenientecura, este Gitano, y esta Gitana son los que Vm. ha de desposar. Eso no podré yo hacer, si no preceden primero las circunstancias que para tal caso se requieren: dónde se han hecho las amonestaciones? adónde está la licencia de mi Superior, para que con ella se haga el desposorio? Inadvertencia ha sido mia, respondió el Corregidor; pero yo haré que el Vicario la dé. Pues hasta que la vea, respondió el Tenientecura, estos señores perdonen: y sin replicar mas palabra, porque no sucediese algun escandalo, se salió de casa, y los dexó á todos confusos. El padre ha hecho muy bien, dixo á esta sazon el Corregidor, y podria ser fuese providencia del Cielo esta para que el suplicio de Andrés se dilate, porque en efecto él se ha de desposar con Preciosa, y han de preceder primero las amonestaciones, donde se dará tiempo al tiempo, que suele dar dulce salida á muchas amargas dificultades: y con todo esto queria saber de Andrés, si la suerte encaminase sus sucesos de manera que sin estos sustos y sobresal-

tos se hallase esposo de Preciosa, si se tendria por dichoso, ya siendo Andrés Caballero, ó ya Don Juan de Carcamo? Asi como oyó Andrés nombrarse por su nombre, dixo: Pues Preciosa no ha querido contenerse en los limites del silencio, y ha descubierto quien soy, aunque esa buena dicha me hallara hecho Monarca del mundo; la tuviera en tanto que pusiera termino á mis deseos, sin osar desear otro bien sino el del Cielo. Pues por ese buen animo que habeis mostrado, Señor Don Juan de Carcamo, á su tiempo haré que Preciosa sea vuestra legitima consorte, y ahora os la doy y entrego en esperanza por la mas rica joya de mi casa, de mi vida, y de mi alma: y estimadla en lo que decís, porque en ella os doy á Doña Constanza de Acevedo y Meneses, mi unica hija, la qual si os iguala en el amor, no os desdice nada en el linage. Atonito quedó Andrés, viendo el amor que le mostraban; y en breves razones Doña Guiomar contó la pérdida de su hija, y su hallazgo, con las certisimas señas que la Gitana vieja habia dado de su hurto, con que acabó Don Juan de quedar atonito y suspenso; pero muy alegre sobre todo encarecimiento abrazó á sus suegros, llamólos padres y señores suyos, besó las manos á Preciosa que con lagrimas le pedia las suyas. Rompióse el secreto, salió la nueva del caso con la salida de los criados que habian estado presentes: el qual sabido por el Alcalde, tio del muerto, vió tomados los caminos de su venganza,

za,

za, pues no habia de tener lugar el rigor de la justicia, para executarla en el yerno del Corregidor. Vistióse Don Juan los vestidos de camino que alli habia traido la Gitana: volvieronse las prisiones y cadenas de hierro en libertad y cadenas de oro: la tristeza de los Gitanos presos en alegria; pues al otro dia se la dieron en fiado. Recibió el tio del muerto la promesa de dos mil ducados que le hicieron, porque se baxase de la querella, y perdonase á Don Juan, el qual no olvidandose de su camarada Clemente, le hizo buscar; pero no le hallaron, ni supieron de él hasta que desde alli á quatro dias hubo nuevas ciertas que se habia embarcado en una de dos Galeras de Genova que estaban en el Puerto de Cartagena, y ya se habian partido. Dixo el Corregidor á Don Juan, que tenia por nueva cierta que su padre Don Francisco de Carcamo estaba proveido por Corregidor de aquella Ciudad, y que sería bien esperarle, para que con su beneplacito y consentimiento se hiciesen las bodas. Don Juan dixo que no saldria de lo que él ordenase; pero que ante todas cosas se habia de desposar con Preciosa. Concedió licencia el Arzobispo para que con sola una amonestacion se hiciese. Hizo fiesta la Ciudad, por ser muy bien quisto el Corregidor, con luminarias, toros, y cañas el dia del desposorio. Quedóse la Gitana vieja en casa, que no se quiso apartar de Preciosa. Llegaron las nuevas del caso á la Corte, supo Don Francisco de Carcamo ser su hijo el

el Gitano, y ser Preciosa la Gitanilla que él habia visto, cuya hermosura disculpó con él la liviandad de su hijo, que ya le tenia por perdido, por saber que no habia ido á Flandes; y mas porque vió quan bien le estaba el casarse con hija de tan gran Caballero, y tan rico como era Don Fernando de Acevedo. Dió priesa á su partida por llegar presto á ver á sus hijos, y dentro de veinte dias ya estaba en Murcia, con cuya llegada se renovaron los gustos, se hicieron las bodas, se contaron las vidas; y los Poetas de aquella Ciudad, que hay algunos y muy buenos, tomaron á su cargo celebrar el extraño caso juntamente con la sin igual belleza de la Gitanilla: y de tal manera escribió el famoso Licenciado Pozo, que en sus versos durará la fama de Preciosa mientras los siglos duraren. Olvidabaseme de decir como la enamorada Mesonera descubrió á la justicia no ser verdad lo del hurto de Andrés, y confesó su amor, y culpa, á quien no respondió pena alguna, porque con la alegria del hallazgo de los desposados se enterró la venganza, y resucitó la clemencia.

El



To.1. Pa.97



El Amante Liberal.

O lamentables ruinas de la desdichada Nicosia, apenas enxutas de la sangre de vuestros valerosos y mal afortunados defensores! Si como careceis de sentido, le tuvierades ahora en esta soledad donde estamos, pudieramos lamentar juntas nuestras desgracias, y quizá el haber hallado compañia en ellas aliviara nuestro tormento. Esta esperanza os puede haber quedado, mal derribados torreones, que otra vez (aunque no para tan justa defensa, como la en que os derribaron) os podeis ver levantados; mas yo desdichado qué bien podré esperar en la miserable estrechez en que me hallo, aunque vuelva al estado en que estaba antes de este en que ahora me veo? Tal es mi desdicha, que en la libertad fui sin ventura, y en el cautiverio no la espero.

Estas razones decia un cautivo Christiano, mirando desde un recuesto las murallas derribadas de la ya perdída Nicosia, y asi hablaba con ellas, y hacia comparacion de sus miserias á las suyas, como si ellas fueran capaces de entenderle (propia condicion de afligidos, que llevados de sus imaginaciones hacen y dicen cosas agenas

de toda razon y buen discurso). En esto salió de un pabellon ó tienda, de quatro que estaban en aquella campaña puestas, un Turco, mancebo de muy buena disposicion y gallardia, y llegandose al Christiano, le dixo: Apostaría yo, Ricardo amigo, que te traen por estos lugares tus continuos pensamientos. Sí traen, respondió Ricardo (que este era el nombre del cautivo); mas qué aprovecha, si en ninguna parte adonde voy hallo tregua ni descanso en ellos, antes me los han acrecentado estas ruinas que desde aqui se descubren? Por las de Nicosia dirás, dixo el Turco. Pues por quáles quieres que diga, repitió Ricardo, sino hay otras que á los ojos por aqui se ofrezcan? Bien tendrás que llorar, replicó el Turco, si en esas contemplaciones entras: porque los que vieron habrá dos años á esta nombrada y rica Isla de Chipre en su tranquilidad y sosiego, gozando sus moradores en ella de todo aquello que la felicidad humana puede conceder á los hombres; y ahora los ve ó contempla desterrados de ella, ó en ella cautivos y miserables, cómo podrá dexar de no dolerse de su calamidad y desventura? Pero dexemos estas cosas, pues no llevan remedio, y vengamos á las tuyas, que quiero ver si le tienen: y asi te ruego por lo que debes á la buena voluntad que te he mostrado, y por lo que te obliga el ser entrambos de una misma patria, y habernos criado en nuestra niñez juntos, que me digas qué es la causa que te trae tan demasiadamente triste?

te? que puesto caso que sola la del cautiverio es bastante para entristecer el corazon mas alegre del mundo, todavia imagino que de mas atras traen la corriente tus desgracias; porque los generosos animos como el tuyo no suelen rendirse á las comunes desdichas tanto, que den muestras de extraordinarios sentimientos: y haceme creer esto, el saber yo que no eres tan pobre que te falte para dar quanto pidieren por tu rescate: ni estás en las Torres del mar Negro, como cautivo de consideracion que tarde ó nunca alcanza la deseada libertad. Asi que no habiendote quitado la mala suerte las esperanzas de verte libre, y con todo esto verte rendido á dar miserables muestras de tu desventura, no es mucho que imagine, que tu pena procede de otra causa que de la libertad que perdiste, la qual causa te suplico me digas, ofreciendote quanto puedo y valgo; y quizá para que yo te sirva ha traido la fortuna este rodeo de haberme hecho vestir de este habito que aborrezco. Ya sabes, Ricardo, que es mi amo el Cadí de esta Ciudad (que es lo mismo que ser Obispo): sabes tambien lo mucho que vale, y lo mucho que con él puedo: juntamente con esto no ignoras el deseo encendido que tengo de no morir en este estado que parece que profeso, pues quando mas no pueda, tengo de confesar y publicar á voces la Fe de Jesuchristo, de quien me apartó mi poca edad, y menos entendimiento; puesto que sé que tal confesion me ha de costar la vida, que

á trueque de no perder la del alma daré por bien empleado perder la del cuerpo. De todo lo dicho quiero que infieras, y que consideres, que te puede ser de algun provecho mi amistad, y que para saber qué remedios ó alivios puede tener tu desdicha, es menester que me la cuentes, como ha menester el Medico la relacion del enfermo, asegurandote que la depositaré en lo mas escondido del silencio. Á todas estas razones estuvo callando Ricardo, y viendose obligado de ellas y de la necesidad, le respondió con estas: Si asi como has acertado, ó amigo Mahamut (que asi se llamaba el Turco) en lo que de mi desdicha imaginas, acertaras en su remedio, tuviera por bien perdída mi libertad, y no trocara mi desgracia con la mayor ventura que imaginarse pudiera; mas yo sé que ella es tal, que todo el mundo podrá saber bien la causa de donde procede, mas no habrá persona que se atreva, no solo á hallarle remedio, pero ni aun alivio: y para que quedes satisfecho de esta verdad, te la contaré en las menos razones que pudiere; pero antes que entre en el confuso laberinto de mis males, quiero que me digas, qué es la causa que Azam Baxá mi amo ha hecho plantar en esta campaña estas tiendas y pabellones antes de entrar en Nicosia, adonde viene proveido por Virrey, ó por Baxá, como los Turcos llaman á los Virreyes? Yo te satisfaré brevemente, respondió Mahamut: y asi has de saber que es costumbre entre los Turcos, que los

que

que van por Virreyes de alguna Provincia no entran en la Ciudad donde su antecesor habita, hasta que él salga de ella, y dexe hacer libremente al que viene la residencia; y en tanto que el Baxá nuevo la hace, el antiguo se está en la campaña esperando lo que resulta de sus cargos, los quales se le hacen sin que él pueda intervenir á valerse de sobornos ni amistades, si ya primero no lo ha hecho. Hecha pues la residencia, se la dan al que dexa el cargo en un pergamino cerrado y sellado, y con ella se presenta á la puerta del Gran Señor, que es como decir en la Corte ante el Gran Consejo del Turco: la qual vista por el Visir Baxá, y por los otros quatro Baxaes menores (como si dixesemos ante el Presidente del Real Consejo, y Oidores) ó le premian, ó le castigan segun la relacion de la residencia; puesto que si viene culpado, con dineros rescata y excusa el castigo. Sino viene culpado, y no le premian como sucede de ordinario, con dadivas y presentes alcanza el cargo que mas se le antoja; porque no se dan alli los cargos y oficios por merecimientos sino por dineros: todo se vende, y todo se compra. Los Proveedores de los cargos roban á los proveidos en ellos y los desuellan; pero de este oficio comprado sale substancia para comprar otro que mas ganancia promete. Todo va como digo, todo este Imperio es violento, señal que prometia no ser durable; pero á lo que yo creo, y asi debe de ser verdad, le tienen sobre sus hombros nuestros

pe-

pecados, quiero decir, los de aquellos que descaradamente y á rienda suelta ofenden á Dios como yo hago: él se acuerde de mí por quien es él. Por la causa que he dicho pues, tu amo Azam Baxá ha estado en esta campaña quatro dias, y si el de Nicosia no ha salido como debia, ha sido por haber estado muy malo, pero ya está mejor, y saldrá hoy ó mañana sin duda alguna, y se ha de alojar en unas tiendas que están detras de este recuesto que tú no has visto, y tu amo entrará luego en la Ciudad: y esto es lo que hay que saber de lo que me preguntaste. Escucha pues, dixo Ricardo, mas no sé si podré cumplir lo que antes dixe, que en breves razones te contaria mi desventura, por ser ella tan larga y desmedida, que no se puede medir con razon alguna; con todo eso haré lo que pudiere, y lo que el tiempo diere lugar. Y asi te pregunto primero, si conoces en nuestro lugar de Trapana una doncella, á quien la fama daba nombre de la mas hermosa muger que habia en toda Sicilia? Una doncella digo, por quien decian todas las curiosas lenguas, y afirmaban los mas raros entendimientos, que era la de mas perfecta hermosura que tuvo la edad pasada, tiene la presente, y espera tener la que está por venir? Una de quien los Poetas cantaban que tenia los cabellos de oro, que eran sus ojos dos resplandecientes soles, y sus mexillas purpureas rosas, sus dientes perlas, sus labios rubíes, su garganta alabastro; y que sus partes con el todo,

do, y el todo con sus partes hacian una maravillosa y concertada armonia y consonancia, esparciendo naturaleza sobre todo una suavidad de colores tan natural y perfecta, que jamas pudo la envidia hallar cosa en que ponerla tacha? Qué es posible, Mahamut, que ya no me has dicho quien es, y cómo se llama? sin duda creo, ó que no me oyes, ó que quando en Trapana estabas, carecias de sentido. En verdad, Ricardo, respondió Mahamut, que si la que has pintado con tantos extremos de hermosura, no es Leonisa, la hija de Rodulfo Florencio, no sé quien sea, que esta sola tenia la fama que dices. Esa es, ó Mahamut, dixo Ricardo, esa es, amigo, la causa principal de todo mi bien y de toda mi desventura: esa es, que no la perdída libertad, por quien mis ojos han derramado, derraman, y derramarán lagrimas sin cuento, y la por quien mis suspiros encienden el ayre cerca y lejos, y la por quien mis razones cansan al Cielo que las escucha, y á los oidos que las oyen: esa es, por quien tú me has juzgado por loco, ó por lo menos por de poco valor y menos animo. Esta Leonisa, para mí leona, y mansa cordera para otro, es la que me tiene en este miserable estado; porque has de saber que desde mis tiernos años, ó á lo menos desde que tuve uso de razon, no solo la amé, mas la adoré y serví con tanta solicitud como sino tuviera en la tierra otra deidad á quien sirviese ni adorase. Sabian sus deudos, y sus padres mis deseos, y

ja-

jamas dieron muestra de que les pesase, considerando que iban encaminados á fin honesto y virtuoso, y asi muchas veces sé yo que se lo dixeron á Leonisa, para disponerla la voluntad á que por su esposo me recibiese; mas ella que tenia puestos los ojos en Cornelio, el hijo de Ascanio Rotulo que tú bien conoces (mancebo galan, atildado, de blancas manos, y rizos cabellos, de voz meliflua, y de amorosas palabras, y finalmente todo hecho de ambar y de alfeñique, guarnecido de telas y adornado de brocados) no quiso ponerlos en mi rostro no tan delicado como el de Cornelio, ni quiso agradecer siquiera mis muchos y continuos servicios, pagando mi voluntad con desdeñarme y aborrecerme: y á tanto llegó el extremo de amarla, que tomara por partido dichoso que me acabara á pura fuerza de desdenes y desagradecimientos, con que no diera descubiertos aunque honestos favores á Cornelio. Mira pues, llegandose á la angustia del desden y aborrecimiento la mayor y mas cruel rabia de los zelos, quál estaria mi alma de dos tan mortales pestes combatida! Disimulaban los padres de Leonisa los favores que á Cornelio hacia, creyendo (como estaba en razon que creyesen) que atraido el mozo de su incomparable y bellisima hermosura, la escogeria por su esposa, y en ello grangearian yerno mas rico que conmigo: y bien pudiera ser, si asi fuera; pero no le alcanzarán (sin arrogancia se ha dicho) de mejor condicion que la mia, ni

de

de mas altos pensamientos, ni de mas conocido valor que el mio. Sucedió pues que en el discurso de mi pretension alcancé á saber que un dia del mes pasado de Mayo, que este de hoy hace un año, Leonisa, y sus padres, y Cornelio, y los suyos se iban todos á solazar con toda su parentela y criados al jardin de Ascanio, que está muy cerca de la marina en el camino de las Salinas. Bien lo sé, dixo Mahamut, pasa adelante, Ricardo, que mas de quatro dias tuve en él, quando Dios quiso, mas de quatro buenos ratos. Supelo (continuó Ricardo) y al mismo instante que lo supe, me ocupó el alma una furia, una rabia y un infierno de zelos con tanta vehemencia y rigor, que me sacó de mis sentidos como lo verás por lo que luego hice, que fue irme al jardin donde me dixeron que estaban, y hallé á la mas de la gente solazandose, y debaxo de un nogal sentados á Cornelio, y á Leonisa, aunque desviados un poco. Qual ellos quedaron con mi vista no lo sé, de mí sé decir que quedé tal con la suya, que perdí la de mis ojos, y me quedé como estatua sin voz, ni movimiento alguno; pero no tardó mucho en despertar el enojo á la colera, y la colera á la sangre del corazon, y la sangre á la ira, y la ira á las manos, y á la lengua: puesto que las manos se ataron con el respeto á mi parecer debido al hermoso rostro que tenia delante; pero la lengua rompió el silencio con estas razones: contenta estarás, ó enemiga mortal de mi descanso, en tener con tanto

to sosiego delante de tus ojos la causa que hará que los mios vivan en perpetuo y doloroso llanto. Llegate, llegate cruel un poco mas, y enrede tu hiedra á ese inutil tronco que te busca. Peyna ó ensortija aquesos cabellos de ese tu nuevo Ganimedes que tibiamente te solacea. Acaba ya de entregarte á los banderizos años de ese mozo en quien estás contemplando; porque perdiendo yo la esperanza de alcanzarte, acabe con ella la vida que aborrezco. Piensas por ventura, soberbia y mal considerada doncella, que contigo sola se han de romper y faltar las leyes y fueros que en semejantes casos en el mundo se usan? Piensas (quiero decir) que ese mozo altivo por su riqueza, arrogante por su gallardia, inexperto por su edad poca, confiado por su linage, ha de querer, ni poder, ni saber guardar firmeza en sus amores, ni estimar lo inestimable, ni conocer lo que conocen los maduros y experimentados años? No lo pienses, si lo piensas, porque no tiene otra cosa buena el mundo, sino hacer sus acciones siempre de una misma manera, porque no se engañe nadie sino por su propia ignorancia: en los pocos años está la inconstancia mucha, en los ricos la soberbia, la vanidad en los arrogantes, y en los hermosos el desden, y en los que todo esto tienen, la necedad que es madre de todo mal suceso. Y tú, ó mozo, que tan á tu salvo piensas llevar el premio mas debido á mis buenos deseos que á los ociosos tuyos, por qué no te levantas de

ese

ese estrado de flores donde yaces, y vienes á sacarme el alma que tanto la tuya aborrece? Y no porque me ofendas en lo que haces, sino porque no sabes estimar el bien que la ventura te concede; y veese claro que le tienes en poco, en que no quieres moverte á defenderle por no ponerte á riesgo de descomponer la afectada compostura de tu gallardo vestido: si esa tu reposada condicion tuviera Aquiles, bien seguro estuviera Ulises de no salir con su empresa, aunque mas le mostrara resplandecientes armas y acerados alfanges. Vete, vete, y recreate entre las doncellas de tu madre, y alli ten cuidado de tus cabellos, y de tus manos, mas dispuestas á devanar sirgo, que á empuñar la dura espada. Á todas estas razones jamas se levantó Cornelio del lugar donde le hallé sentado; antes se estuvo quedo, mirandome como embelesado sin moverse. Á las levantadas voces con que le dixe lo que has oido, se fue llegando la gente que por la huerta andaba, y se pusieron á escuchar otros muchos oprobrios que á Cornelio dixe, el qual tomando animo con la gente que acudió, porque todos ó los mas eran sus parientes, criados, ó allegados, dió muestra de levantarse; mas antes que se pusiese en pie puse mano á mi espada, y acometíle no solo á él, sino á todos quantos alli estaban. Pero apenas vió Leonisa relucir mi espada, quando la tomó un recio desmayo, cosa que me puso en mayor corage y mayor despecho: y no te sabré decir, si los muchos

que

que me acometieron, atendian no mas de á defenderse, como quien se defiende de un loco furioso, ó si fue mi buena suerte y diligencia, ó el Cielo que para mayores males queria guardarme, porque en efecto herí siete ú ocho de los que hallé mas á mano: á Cornelio le valió su buena diligencia, pues fue tanta la que puso en los pies huyendo, que se escapó de mis manos. Estando en este tan manifiesto peligro, cercado de mis enemigos, que ya como ofendidos procuraban vengarse, me socorrió la ventura con un remedio, que fuera mejor haber dexado alli la vida, que no restaurandola por tan no pensado camino, venir á perderla cada hora mil y mil veces: y fue que de improviso dieron en el jardin mucha cantidad de Turcos de dos Galeras de Cosarios de Viserta, que en una cala que alli cerca estaba, habian desembarcado sin ser sentidos de las centinelas de las torres de la marina, ni descubiertos de los corredores, ó atajadores de la costa. Quando mis contrarios los vieron, dexandome solo, con presta celeridad se pusieron en cobro: de quantos en el jardin estaban, no pudieron los Turcos cautivar mas de á tres personas, y á Leonisa que aun estaba desmayada: á mí me cogieron con quatro disformes heridas, vengadas antes por mi mano con quatro Turcos que de otras quatro dexé sin vida tendidos en el suelo. Este asalto hicieron los Turcos con su acostumbrada diligencia, y no muy contentos del suceso por ser tan á costa

su-

suya, se fueron á embarcar, y luego se hicieron á la vela, y en breve tiempo se pusieron en la Fabiana. Alli hicieron reseña por ver qué gente era la que les faltaba, y hallando que los muertos eran quatro soldados de aquellos que ellos llaman Levantes, y de los mejores y mas estimados que traian, quisieron tomar en mí la venganza, y asi mandó el Arraez de la Capitana baxar la entena para ahorcarme. Todo esto miraba Leonisa, que ya habia vuelto en sí, y viendose en poder de los Cosarios derramaba abundancia de hermosas lagrimas, y torciendo sus manos delicadas, sin hablar palabra estaba atenta á ver si entendia lo que los Turcos decian; mas uno de los Christianos del remo le dixo en italiano como el Arraez mandaba ahorcar aquel Christiano, señalandome á mí, porque habia muerto en su defensa quatro de los mejores soldados de las Galeotas. Lo qual oido por Leonisa (la vez primera que se mostró para mí piadosa) dixo al cautivo que dixese á los Turcos que no me ahorcasen, porque perderian un gran rescate, y que les rogaba volviesen á Trapana, que luego me rescatarian: esta digo fue la primera, y aun será la ultima caridad que usó conmigo Leonisa, y todo para mayor mal mio. Oyendo pues los Turcos lo que el cautivo les decia, le creyeron, y mudóles el interés la colera. Otro dia por la mañana alzando bandera de paz, volvieron á Trapana: aquella noche la pasé con el dolor que imaginarse puede, no tanto

to por el que mis heridas me causaban, quanto por imaginar el peligro en que la cruel enemiga mia entre aquellos barbaros estaba. Llegados pues como digo á la Ciudad, entró en el Puerto la una Galeota, y la otra se quedó fuera; coronóse luego todo el Pueblo y la ribera toda de Christianos; y el lindo de Cornelio desde lejos estaba mirando lo que en la Galeota pasaba. Acudió luego un Mayordomo mio á tratar de mi rescate, al qual dixe que en ninguna manera tratase de mi libertad sino de la de Leonisa, y que diese por ella todo quanto valia mi hacienda; y mas le ordené que volviese á tierra, y dixese á los padres de Leonisa que le dexasen á él tratar de la libertad de su hija, y que no se pusiesen en trabajo por ella. Hecho esto, el Arraez principal que era un renegado Griego llamado Izuf, pidió por Leonisa seis mil escudos, y por mí quatro mil, añadiendo que no daria el uno sin el otro. Pidió esta gran suma, segun despues supe, porque estaba enamorado de Leonisa, y no quisiera él rescatarla sino darle al Arraez de la otra Galeota, con quien habia de partir las presas que se hiciesen por mitad, á mí en precio de quatro mil escudos, y mil en dinero, que hacian cinco mil, y quedarse con Leonisa por otros cinco mil: y esta fue la causa porque nos apreció á los dos en diez mil escudos. Los padres de Leonisa no ofrecieron de su parte nada, atenidos á la promesa que de mi parte mi Mayordomo les habia hecho: ni

Cor-

Cornelio movió los labios en este negocio ; y asi despues de muchas demandas y respuestas , concluyó mi Mayordomo en dar por Leonisa cinco mil , y por mí tres mil escudos. Aceptó Izuf este partido , forzado de las persuasiones de su compañero , y de lo que todos sus soldados le decian ; mas como mi Mayordomo no tenia junta tanta cantidad de dineros , pidió tres dias de termino para juntarlos , con intencion de malbaratar mi hacienda hasta cumplir el rescate. Holgóse de esto Izuf , pensando hallar en este tiempo ocasion para que el concierto no pasase adelante ; y volviendose á la Isla de Fabiana, dixo que llegado el termino de los tres dias volveria por el dinero. Pero la ingrata fortuna , no cansada de maltratarme , ordenó que estando de lo mas alto de la Isla puesta á la guarda una centinela de los Turcos , bien dentro á la mar descubrió seis Velas Latinas , y entendió (como fue verdad) que debian ser , ó la Esquadra de Malta , ó alguna de las de Sicilia : baxó corriendo á dar la nueva , y en un pensamiento se embarcaron los Turcos que estaban en tierra , qual guisando de comer , qual lavando su ropa ; y zarpando con no vista presteza dieron al agua los remos , y al viento las velas , y puestas las proas en Berberia , en menos de dos horas perdieron de vista las Galeras : y asi cubiertos con la Isla , y con la noche que venia cerca , se aseguraron del miedo que habian cobrado. Á tu buena consideracion dexo , ó Mahamut amigo,

que

que consideres qual iria mi animo en aquel viage tan contrario del que yo esperaba ; y mas quando otro dia habiendo llegado las dos Galeotas á la Isla de Pantanalea por la parte del Mediodia , los Turcos saltaron en tierra á hacer leña , y carne , como ellos dicen ; y mas quando vi que los Arraeces saltaron en tierra , y se pusieron á hacer las partes de todas las presas que habian hecho : cada accion de estas fue para mí una dilatada muerte. Viniendo pues á la particion mia , y de Leonisa , Izuf dió á Fetalia (que asi se llamaba el Arraez de la otra Galeota) seis Christianos , los quatro para el remo , y dos muchachos hermosisimos de nacion Corzos , y á mí con ellos , por quedarse con Leonisa , de lo qual se contentó Fetalia ; y aunque estuve presente á todo esto , nunca pude entender lo que decian, aunque sabía lo que hacian , ni entendiera por entonces el modo de la particion , si Fetalia no se llegara á mí , y me dixera en italiano : Christiano , ya eres mio , en dos mil escudos de oro te me han dado , si quieres libertad, has de dar quatro mil , si no acá morir. Preguntéle si era tambien suya la Christiana ? dixome que no , sino que Izuf se quedaba con ella con intencion de volverla Mora , y casarse con ella : y asi era á la verdad , porque me lo dixo uno de los cautivos del remo que entendia bien el turquesco, y se lo habia oido tratar á Izuf , y á Fetalia. Dixele á mi amo que hiciese de modo que se quedase con la Christiana , y que le daria por

su

su rescate solo diez mil escudos de oro en oro. Respondióme no ser posible ; pero que haria que Izuf supiese la gran suma que le ofrecia por la Christiana, que quizá llevado del interes, mudaria de intencion, y la rescataria. Hizolo asi, y mandó que todos los de su Galeota se embarcasen luego, porque se queria ir á Tripol de Berberia, de donde él era. Izuf asimismo determinó irse á Viserta : y asi se embarcaron con la misma priesa que suelen quando descubren ó Galeras de quien temer, ó Baxeles á quien robar : movióles á darse priesa, por parecerles que el tiempo mudaba con muestras de borrasca. Estaba Leonisa en tierra, pero no en parte que yo la pudiese ver, sino fue que al tiempo de embarcarnos llegamos juntos á la marina. Llevabala de la mano su nuevo amo y su mas nuevo amante, y al entrar por la escala que estaba puesta desde tierra á la Galeota, volvió los ojos á mirarme, y los mios que no se quitaban de ella, la miraron con tan tierno sentimiento y dolor, que sin saber como, se me puso una nube ante ellos que me quitó la vista, y sin ella y sin sentido alguno di conmigo en el suelo : lo mismo me dixeron despues que habia sucedido á Leonisa, porque la vieron caer de la escala á la mar, y que Izuf se habia echado tras de ella, y la sacó en brazos. Esto me contaron dentro de la Galeota de mi amo, donde me habian puesto sin que yo lo sintiese ; mas quando volví de mi desmayo, y me vi solo en la Galeota, y

que la otra tomando otra derrota, se apartaba de nosotros, llevandose consigo la mitad de mi alma, ó por mejor decir toda ella, cubrióseme el corazon de nuevo, y de nuevo maldixe mi ventura, y llamé la muerte á voces, y eran tales los sentimientos que hacia, que mi amo enfadado de oirme, con un grueso palo me amenazó que sino callaba me maltrataria. Reprimí las lagrimas, recogí los suspiros, creyendo que con la fuerza que les hacia reventarian por parte que abriesen puerta al alma que tanto deseaba desamparar este miserable cuerpo; mas la suerte, aun no contenta de haberme puesto en tan encogido estrecho, ordenó de acabar con todo, quitandome las esperanzas de todo mi remedio, y fue que en un instante se declaró la borrasca que ya se temia, y el viento que de la parte de Mediodia soplaba, y nos embestia por la proa, comenzó á reforzar con tanto brio, que fue forzoso volverle la popa, y dexar correr el Baxel por donde el viento queria llevarle. Llevaba designio el Arraez de despuntar la Isla, y tomar abrigo en ella por la banda del Norte; mas sucediósele al reves su pensamiento, porque el viento cargó con tanta furia, que todo lo que hasta alli habiamos navegado, que fueron dos dias continuos con sus noches, en poco mas de catorce horas nos vimos á seis millas ó siete de la propia Isla de donde habiamos partido, y sin remedio alguno ibamos á embestir en ella, y no en alguna playa, sino en unas muy levantadas pe-

peñas que á la vista se nos ofrecian, amenazando inevitable muerte á nuestras vidas. Vimos á nuestro lado la Galeota de nuestra conserva, donde estaba Leonisa, y á todos sus Turcos, y Cautivos remeros haciendo fuerza con los remos para entretenerse, y no dar en las peñas: lo mismo hicieron los de la nuestra con mas ventaja y esfuerzo, á lo que pareció, que los de la otra, los quales cansados del trabajo, y vencidos del teson del viento y de la tormenta, soltando los remos se abandonaron y se dexaron ir á vista de nuestros ojos á embestir en las peñas, donde dió la Galeota tan grande y terrible golpe, que toda se hizo pedazos. Comenzaba á cerrar la noche, y fue tamaña la grita de los que se perdian, y el sobresalto de los que en nuestro Baxel temian perderse, que ninguna cosa de las que nuestro Arraez mandaba, se entendia ni se hacia; solo se atendia á no dexar los remos de las manos, tomando por remedio volver la proa al viento, y echar dos ancoras á la mar para entretener con esto algun tiempo la muerte que por cierta tenian: y aunque el miedo de morir era general en todos, en mí era todo al contrario, porque con la esperanza engañosa de ver en el otro mundo á la que habia tan poco que de este se habia partido, cada punto que la Galeota tardaba en anegarse ó en embestir en las peñas, era para mí un siglo de mas penosa muerte. Las levantadas olas que por encima del Baxel y de mi cabeza pasaban, me hacian estar

atento á ver si en ellas venia el cuerpo de la desdichada Leonisa. No quiero detenerme ahora, ó Mahamut, en contarte por menudo los sobresaltos, los temores, las ansias, los pensamientos que en aquella luenga y amarga noche tuve y pasé, por no ir contra lo que primero propuse de contarte brevemente mi desventura; basta decirte que fueron tantos y tales, que si la muerte viniera en aquel tiempo, tuviera bien poco que hacer en quitarme la vida. Vino el dia con muestras de mayor tormenta que la pasada, y hallamos que el Baxel habia birado un gran trecho, habiendose desviado de las peñas un buen espacio, y llegadose á una punta de la Isla; y viendose tan á pique de doblarla Turcos, y Christianos, con nueva esperanza y fuerzas nuevas al cabo de seis horas doblamos la punta, y hallamos mas blando el mar y mas sosegado, de modo que mas facilmente nos aprovechamos de los remos, y abrigados con la Isla tuvieron lugar los Turcos de saltar en tierra para ir á ver si habia quedado alguna reliquia de aquella Galeota que la noche antes dió en las peñas; mas aun no quiso el Cielo concederme el alivio que esperaba tener, de ver en mis brazos el cuerpo de Leonisa, que aunque muerto y despedazado holgara de verle por romper aquel imposible que mi estrella me puso, de juntarme con él, como mis buenos deseos merecian: y asi rogué á un Renegado que queria desembarcarse, que le buscase, y viese si la mar lo habia arrojado

á

á la orilla. Pero como ya he dicho, todo esto me negó el Cielo, pues al mismo instante tornó á embravecerse el viento de manera que el amparo de la Isla no fue de algun provecho. Viendo esto Fetalia, no quiso contrastar contra la fortuna que tanto le perseguia; y asi mandó poner el trinquete al arbol, y hacer un poco de vela, volvió la proa á la mar, y la popa al viento, y tomando él mismo el cargo del timon, se dexó correr por el ancho mar, seguro que ningun impedimento le estorbaria su camino. Iban los remos igualados en la cruxía, y toda la gente sentada por los bancos y ballesteras, sin que en toda la Galeota se descubriese otra persona que la del Comitre, que por mas seguridad suya se hizo atar fuertemente al Estanterol. Volaba el Baxel con tanta ligereza, que en tres dias y tres noches, pasando á la vista de Trapana, de Melazo, y de Palermo, embocó por el Faro de Mecina con maravilloso espanto de los que iban dentro, y de aquellos que desde la tierra los miraban. En fin por no ser tan prolixo en contar la tormenta como ella lo fue en su porfia, digo que cansados, hambrientos, y fatigados con tan largo rodeo, como fue boxar casi toda la Isla de Sicilia, llegamos á Tripol de Berberia, adonde á mi amo (antes de haber hecho con sus Levantes la cuenta del despojo, y dadoles lo que les tocaba, y su quinto al Rey como es costumbre) le dió un dolor de costado tal, que dentro de tres dias dió con él en el Infierno. Pusose luego

el

el Rey de Tripol en toda su hacienda, y el Alcayde de los muertos que alli tiene el Gran Turco (que como sabes, es heredero de los que no le dexan en su muerte) estos dos tomaron toda la hacienda de Fetalia mi amo, y yo cupe á este que entonces era Virrey de Tripol; y de alli á quince dias le vino la patente de Virrey de Chipre, con el qual he venido hasta aqui sin intento de rescatarme, y aunque él me ha dicho muchas veces que me rescate, pues soy hombre principal como se lo dixeron los soldados de Fetalia, jamas he acudido á ello, antes le he dicho que le engañaron los que le dixeron grandezas de mi posibilidad. Y si quieres, Mahamut, que te diga todo mi pensamiento, has de saber que no quiero volver á parte donde por alguna via pueda tener cosa que me consuele, y quiero que juntandose á la vida del cautiverio los pensamientos y memorias que jamas me dexan de la muerte de Leonisa, vengan á ser parte para que yo no la tenga jamas de gusto alguno: y si es verdad que los continuos dolores forzosamente se han de acabar, ó acabar á quien los padece, los mios no podrán dexar de hacerlo, porque pienso darles rienda de manera que en pocos dias den alcance á la miserable vida que tan contra mi voluntad sostengo. Este es, ó Mahamut hermano, el triste suceso mio, esta es la causa de mis suspiros y de mis lagrimas, mira tú ahora y considera si es bastante para sacarlos de lo profundo de mis entrañas, y para engendrarlos

en

en la sequedad de mi lastimado pecho. Leonisa murió, y con ella mi esperanza, que puesto que la que tenia, viviendo ella, se sustentaba de un delgado cabello, todavia, todavia ::: y en este todavia se le pegó la lengua al paladar de manera, que no pudo hablar mas palabra, ni detener las lagrimas que (como suele decirse) hilo á hilo le corrian por el rostro en tanta abundancia que llegaron á humedecer el suelo. Acompañóle en ellas Mahamut; pero pasandose aquel parasismo causado de la memoria renovada en el amargo cuento, quiso Mahamut consolar á Ricardo con las mejores razones que supo, mas él se las atajó, diciendole: Lo que has de hacer, amigo, es aconsejarme qué haré yo para caer en desgracia de mi amo, y de todos aquellos con quien yo comunicare, para que siendo aborrecido de él y de ellos, los unos y los otros me maltraten y persigan de suerte, que añadiendo dolor á dolor, y pena á pena, alcance con brevedad lo que tanto deseo, que es acabar la vida.

Ahora he hallado ser verdad (dixo Mahamut) lo que suele decirse, que lo que se sabe sentir se sabe decir, puesto que algunas veces el sentimiento enmudece la lengua; pero como quiera que ello sea, amigo Ricardo (ora llegue tu dolor á tus palabras, ora ellas se le aventajen) siempre has de hallar en mí un verdadero amigo, ó para ayuda ó para consejo, que aunque mis pocos años, y el desatino que he hecho en vestirme este habito, están dando voces que de nin-

ninguna de estas dos cosas que te ofrezco se puede fiar ni esperar alguna, yo procuraré que no salga verdadera esta sospecha, ni pueda tenerse por cierta tal opinion: y puesto que tú no quieras ni ser aconsejado, ni favorecido, no por eso dexaré de hacer lo que te conviniere, como suele hacerse con el enfermo que pide lo que no le dan, y le dan lo que le conviene. No hay en toda esta Ciudad quien pueda, ni valga mas que el Cadí mi amo, ni aun el tuyo que viene por Visorrey de ella, ha de poder tanto: y siendo esto asi, como lo es, yo puedo decir que soy el que mas puede en la Ciudad, pues puedo con mi patron todo lo que quiero. Digo esto, porque podria ser dar traza con él para que vinieses á ser suyo, y estando en mi compañia, el tiempo nos dirá lo que habemos de hacer, á tí para consolarte si quisieres ó pudieres tener consuelo; y á mí para salir de esta á mejor vida, ó á lo menos á parte donde la tenga mas segura quando la dexe. Yo te agradezco, Mahamut, respondió Ricardo, la amistad que me ofreces, aunque estoy cierto que con quanto hicieres, no has de poder cosa que en mi provecho resulte; pero dexemos ahora esto, y vamos á las tiendas, porque á lo que veo, sale de la Ciudad mucha gente, y sin duda es el antiguo Virrey que sale á estarse en la campaña por dar lugar á mi amo á que entre en la Ciudad á hacer la residencia. Asi es, dixo Mahamut; ven pues, Ricardo, y verás las ceremonias con que se reciben, que sé

que

que gustarás de verlas. Vamos en buen hora, dixo Ricardo, quizá te habré menester, si acaso el Guardian de los Cautivos de mi amo me ha echado menos, que es un Renegado Corzo de nacion, y de no piadosas entrañas. Con esto dexaron la platica, y llegaron á las tiendas á tiempo que llegaba el antiguo Baxá, y el nuevo le salia á recibir á la puerta de la tienda.

Venia acompañado Ali Baxá (que asi se llamaba el que dexaba el gobierno) de todos los Genizaros, que de ordinario están de presidio en Nicosia despues que los Turcos la ganaron, que serian hasta quinientos. Venian en dos alas ó hileras, los unos con escopetas, y los otros con alfanges desnudos, llegaron á la puerta del nuevo Baxá Azam, la rodearon todos, y Ali Baxá inclinando el cuerpo, hizo reverencia á Azam, y él con menos inclinacion le saludó. Luego se entró Ali en el pabellon de Azam, y los Turcos le subieron sobre un poderoso caballo ricamente aderezado, y trayendole á la redonda de las tiendas y por todo un buen espacio de la campaña, daban voces y gritos diciendo en su lengua: Viva, viva Soliman Sultan, y Azam Baxá en su nombre: repitieron esto muchas veces, reforzando las voces y los alaridos, y luego le volvieron á la tienda, donde habia quedado Ali Baxá, el qual con el Cadí, y Azam se encerraron en ella por espacio de una hora solos. Dixo Mahamut á Ricardo, que se habian encerrado á tratar de lo que convenia hacer en la Ciudad acerca

de

de las obras que Ali dexaba comenzadas. De alli á poco tiempo salió el Cadí á la puerta de la tienda, y dixo á voces en lengua turquesca, arabiga, y griega, que todos los que quisieran entrar á pedir justicia, ú otra cosa contra Ali Baxá, podrian entrar libremente, que alli estaba Azam Baxá, á quien el Gran Señor enviaba por Virrey de Chipre, que les guardaria toda razon y justicia. Con esta licencia los Genizaros dexaron desocupada la puerta de la tienda, y dieron lugar á que entrasen los que quisiesen. Mahamut hizo que entrase con él Ricardo, que por ser esclavo de Azam, no se le impidió la entrada. Entraron á pedir justicia, asi Griegos Christianos como algunos Turcos, y todos de cosa de tan poca importancia, que las mas despachó el Cadí sin dar traslado á la parte, sin autos, demandas, ni respuestas; que todas las causas (sino son las matrimoniales) se despachan en pie, y en un punto, mas á juicio de buen varon, que por ley alguna: y entre aquellos barbaros (si lo son en esto) el Cadí es el Juez competente de todas las causas, que las abrevia en la uña, y las sentencia en un soplo, sin que haya apelacion de su sentencia para otro Tribunal. En esto entró un Chauz (que es como Alguacil) y dixo que estaba á la puerta de la tienda un Judio que traía á vender una hermosisima Christiana: mandó el Cadí que le hiciese entrar: salió el Chauz, y volvió á entrar luego, y con él un venerable Judio que traía de la mano á una

mu-

muger vestida en habito Berberisco, tan bien aderezada y compuesta, que no lo pudiera estar tan bien la mas rica Mora de Fez, ni de Marruecos, que en aderezarse llevan la ventaja á todas las Africanas, aunque entren las de Argel con sus perlas tantas. Venia cubierto el rostro con un tafetan carmesí; por las gargantas de los pies que se descubrian, parecian dos carcaxes (que asi se llaman las manillas en arabigo) al parecer de puro oro; y en los brazos que asimismo por una camisa de cendal delgado se descubrian y traslucian, traía otros carcaxes de oro, sembrados de muchas perlas: en resolucion, en quanto al trage, ella venia rica y gallardamente aderezada. Admirados de esta primera vista el Cadí, y los demas Baxaes, antes que otra cosa dixesen ni preguntasen, mandaron al Judio que hiciese que se quitase la Christiana el antifaz: hizolo asi, y descubrió un rostro que asi deslumbró los ojos, y alegró los corazones de los circunstantes, como el Sol que por entre cerradas nubes despues de mucha escuridad se ofrece á los ojos de los que le desean. Tal era la belleza de la cautiva Christiana, y tal su brio y gallardia; pero en quien con mas efecto hizo impresion la maravillosa luz que habia descubierto, fue en el lastimado Ricardo, como en aquel que mejor que otro la conocia, pues era su cruel y amada Leonisa, que tantas veces y con tantas lagrimas por él habia sido tenida y llorada por muerta. Quedó á la improvisa vista de la sin igual be-

belleza de la Christiana, traspasado el corazon de Ali, y en el mismo grado y con la misma herida se halló el de Azam, sin quedarse exênto de la amorosa llaga el del Cadí, que mas suspenso que todos no quitaba los ojos de los de Leonisa. Y para encarecer las poderosas fuerzas de amor, se ha de saber que en aquel mismo punto nació en los corazones de los tres una, á su parecer, firme esperanza de alcanzarla: y asi, sin querer saber el cómo, ni el dónde, ni el quándo habia venido á poder del Judio, le preguntaron el precio que por ella queria? El Judio respondió que quatro mil doblas, que vienen á ser dos mil escudos. Apenas hubo declarado el precio, quando Ali Baxá dixo que él los daba por ella, y que fuese luego á contar el dinero á su tienda: empero Azam Baxá que estaba de parecer de no dexarla, aunque aventurase en ello la vida, dixo: Yo asimismo doy por ella las quatro mil doblas que el Judio pide, y no las diera, ni me pusiera á ser contrario de lo que Ali ha dicho, sino me forzara lo que él mismo dirá que es razon que me obligue y fuerce, y es que esta gentil Esclava no pertenece para nosotros, sino para el Gran Señor solamente; y asi digo que en su nombre la compro; veamos ahora quién será el atrevido que me la quite? Yo seré, replicó Ali, porque para el mismo efecto la pretendo comprar de este Judio: y eso me está á mí mas á cuenta hacer al Gran Señor este presente por la comodidad de llevarla luego

go

go á Constantinopla, grangeando con él la voluntad del Gran Señor, que como hombre que quedo (Azam como tú ves) sin cargo alguno, he menester buscar medios de tenerle, de lo que tú estás seguro por tres años, pues hoy comienzas á mandar y á gobernar este riquisimo Reyno de Chipre: asi que por estas razones, y por haber sido yo el primero que ofrecí el precio por la Cautiva, está puesto en razon, ó Azam, que me la dexes. Tanto mas es de agradecerme á mí, respondió Azam, el procurarla y enviarla al Gran Señor, quanto lo hago sin moverme á ello interes alguno; y en lo de la comodidad de llevarla, una Galeota armaré con sola mi chusma y mis esclavos, que la lleve. Azoróse con estas razones Alí, y levantandose en pie, empuñó el alfange, diciendo: Siendo, ó Azam, nuestros intentos unos, que es presentar y llevar esta Christiana al Gran Señor, y habiendo sido yo el comprador primero, está puesto en razon y en justicia, que me la dexes á mí; y quando otra cosa pensares, este alfange que empuño, defenderá mi derecho, y castigará tu atrevimiento. El Cadí que á todo estaba atento, y que no menos que los dos ardia, temeroso de quedar sin la Christiana, imaginó cómo podria atajar el gran fuego que se habia encendido, y juntamente quedarse con la Cautiva sin dar alguna sospecha de su dañada intencion; y asi levantandose en pie, se puso entre los dos que ya tambien lo estaban, y dixo: Sosiegate, Azam,

y

y tú, Ali, estate quedo, que yo estoy aqui que sabré y podré componer vuestras diferencias, de manera que los dos consigais vuestros intentos, y el Gran Señor, como deseais, sea servido, y quede juntamente agradecido y obligado á ambos. Á las palabras del Cadí obedecieron luego, y aun si otra cosa mas dificultosa les mandara, hicieran lo mismo (tanto es el respeto que tienen á sus canas los de aquella dañada secta) prosiguió pues el Cadí, diciendo: Tú dices, Ali, que quieres esta Christiana para el Gran Señor; y Azam dice lo mismo: tú alegas que por ser el primero en ofrecer el precio, ha de ser tuya; y Azam te lo contradice, y aunque él no sabe fundar su razon, yo hallo que tiene la misma que tú tienes, y es la intencion que sin duda debió de nacer á un tiempo mismo que la tuya, en querer comprar la Esclava para el mismo efecto, solo le llevaste tú la ventaja en haberte declarado primero, y esto no ha de ser parte para que de todo en todo quede defraudado de su buen deseo, y asi me parece será bien concertaros en esta forma: que la Esclava sea de entrambos, y pues el uso de ella ha de quedar á la voluntad del Gran Señor para quien se compró, á él toca disponer de ella; y en tanto pagarás tú, Azam, dos mil doblas, y Ali otras dos mil, y quedese la Cautiva en poder mio para que en nombre de entrambos yo la envie á Constantinopla, porque no quede sin algun premio, siquiera por haberme hallado presente: y asi me ofrez-

ofrezco de enviarla á mi costa, con la autoridad y decencia que se debe á quien se envia, escribiendo al Gran Señor todo lo que aqui ha pasado, y la voluntad que los dos habeis mostrado á su servicio. No supieron, ni pudieron, ni quisieron contradecirle los dos enamorados Turcos; y aunque vieron que por aquel camino no conseguian su deseo, hubieron de pasar por el parecer de el Cadí, formando y criando cada uno allá en su animo una esperanza que aunque dudosa, les prometia poder llegar al fin de sus encendidos deseos. Azam que se quedaba por Virrey en Chipre, pensaba dar tantas dadivas al Cadí, que vencido y obligado le diese la cautiva. Ali imaginó de hacer un hecho que le aseguró salir con lo que deseaba, y teniendo por cierto cada qual su designio, vinieron con facilidad en lo que el Cadí quiso; y de consentimiento y voluntad de los dos se la entregaron luego, y luego pagaron al Judio cada uno dos mil doblas. Dixo el Judio que no la habia de dar con los vestidos que tenia, porque valian otras dos mil doblas; y asi era la verdad, á causa que en los cabellos (que parte por las espaldas sueltos traía, y parte atados y enlazados por la frente) se parecian algunas hileras de perlas que con extremada gracia se enredaban con ellos: las manillas de los pies, y manos asimismo venian llenas de gruesas perlas: el vestido era una almalafa de raso verde, toda bordada y llena de trencillas de oro: en fin les pareció á todos que

el

el Judio anduvo corto en el precio que pidió por el vestido, y el Cadí, por no mostrarse menos liberal que los dos Baxaes, dixo que él queria pagarle, porque de aquella manera se presentase al Gran Señor la Christiana: tuvieronlo por bien los dos competidores, creyendo cada uno que todo habia de venir á su poder. Falta ahora por decir lo que sintió Ricardo de ver andar en almoneda su alma, y los pensamientos que en aquel punto le vinieron, y los temores que le sobresaltaron, viendo que el haber hallado á su querida prenda, era para mas perderla: no sabía darse á entender si estaba dormido ó despierto, no dando credito á sus ojos de lo que veian; porque le parecia cosa imposible ver tan impensadamente delante de ellos á la que pensaba que para siempre los habia cerrado. Llegóse en esto á su amigo Mahamut, y dixole: No la conoces, amigo? No la conozco, dixo Mahamut. Pues has de saber, replicó Ricardo, que es Leonisa. Qué es lo que dices Ricardo? dixo Mahamut. Lo que has oido, dixo Ricardo. Pues calla, y no la descubras, dixo Mahamut; que la ventura va ordenando que la tengas buena y prospera, porque ella va á poder de mi amo. Parecete, dixo Ricardo, que será bien ponerme en parte donde pueda ser visto? No, dixo Mahamut, porque no la sobresaltes, ni des á entender que la has visto, que podria ser que redundase en perjuicio de mi designio. Seguiré tu parecer, respondió Ricardo; y asi anduvo huyendo de que

sus

sus ojos se encontrasen con los de Leonisa, la qual tenia los suyos, en tanto que esto pasaba entre Mahamut, y Ricardo, clavados en el suelo, y derramando algunas lagrimas. Allegóse en este tiempo el Cadí á ella, y asiendola de la mano, se la entregó á Mahamut, mandando que la llevase á la Ciudad, y se la entregase á su Señora Halima, y le dixese la tratase como á Esclava del Gran Señor. Hizolo asi Mahamut, y dexó solo á Ricardo, que con los ojos fue siguiendo á su estrella hasta que se le encubrió con los muros de Nicosia. Llegóse al Judio y preguntóle, que adónde habia comprado, ó en qué modo habia venido á su poder aquella cautiva Christiana? El Judio le respondió que en la Isla de Pantanalea la habia comprado á unos Turcos que alli habian dado al través. Y queriendo proseguir adelante, lo estorbó el venirle á llamar de parte de los Baxaes que querian preguntarle lo mismo que Ricardó tanto deseaba saber, y con tanta diligencia procuraba; y con esto se despidió de él. En el largo trecho de camino que habia desde las tiendas á la Ciudad, y en el espacio con que fue gozando de la sin par hermosura y gracia de Leonisa, tuvo lugar Mahamut de preguntarla en lengua italiana que de qué lugar era? La qual le respondió que de la Ilustre Ciudad de Trapana, de padres nobles y ricos, aunque ella por sí en todo mal afortunada. Preguntóla asimismo Mahamut, si conocia en aquella Ciudad á un Caballero rico y noble por su per-

sona y partes, dotado de no menos riqueza, que se llamaba Ricardo? Oyendo lo qual Leonisa, dió un gran suspiro, salido de lo intimo del corazon, y dixo: Sí conozco por mi mal y desgraciada suerte. Cómo por vuestro mal? dixo Mahamut. Porque él me conoció á mí por el suyo, y por mi desventura, respondió Leonisa. Y por ventura, preguntó Mahamut, conocisteis tambien en la misma Ciudad á otro Caballero de gentil disposicion, hijo de padres muy ricos, y él por su persona muy valiente, muy liberal, y muy discreto, que se llamaba Cornelio? Tambien le conozco, respondió Leonisa, y podré decir mas por mi mal que no á Ricardo; mas quién sois vos, Señor, que los conoceis, y por ellos me preguntais? que sin duda el Cielo condolido de quantos trabajos y fortunas hasta aqui he pasado, me ha echado á parte donde, ya que no se acaben, halle con quien me consuele en ellos. Soy, dixo Mahamut, natural de la Ciudad de Palermo, que por varios accidentes estoy en este trage y vestido diferente del que yo solia traer, y mi alma profesa, aunque disimulada y encubiertamente: y conozcolos, porque no ha muchos dias que estuvieron en mi poder, que á Cornelio le cautivaron unos Moros de Tripol de Berberia, y le vendieron á un Turco que le traxo á esta Isla, donde vino con mercancias, porque es Mercader de Rodas, el qual tenia tanta satisfaccion y credito de la verdad de Cornelio, y estaba tan confiado de su persona, que le fia-

fiaba toda su hacienda. Bien se la sabrá guardar, dixo Leonisa, porque sabe guardar muy bien la suya; pero decidme, Señor, cómo ó con quién vino Ricardo á esta Isla? Vino, respondió Mahamut, con un Cosario que le cautivó estando en un jardin de la marina de Trapana, y con él dixo que habian cautivado á una doncella que nunca me quiso decir su nombre, aunque muchas veces me alabó su hermosura. Estuvo aqui algunos dias con su amo que iba á visitar el sepulcro de Mahoma (que está en la Ciudad de Almedina) y al tiempo de la partida cayó Ricardo tan enfermo é indispuesto, que su amo me lo dexó por ser de mi tierra, para que le curase y tuviese cargo de él hasta su vuelta; ó que si por aqui no volviese, se le enviase á Constantinopla, que él me avisaria quando allá estuviese. Pero el Cielo lo ordenó de otra manera, pues al sin ventura Ricardo sin tener accidente alguno en pocos dias se le acabaron los de su vida, siempre llamando entre sí á una Leonisa, á quien él me habia dicho que queria mas que á su vida, y á su alma: la qual Leonisa me dixo, que en una Galeota que habia dado al través en la Isla de Pantanalea, se habia ahogado, cuya muerte siempre lloraba y siempre plañia hasta que le traxo á termino de perder la vida, que yo no le sentí enfermedad en el cuerpo, sino muestras de dolor en el alma. Decidme, Señor, replicó Leonisa, ese mozo que decís, en las platicas que trató con vos (que co-

mo de una patria debieron ser muchas) nombró alguna vez á esa Leonisa, contó el modo con que á ella, y á Ricardo cautivaron? Sí nombró, dixo Mahamut, y me preguntó, si habia aportado por esta Isla una Christiana de ese nombre, de tales y tales señas, á la qual holgaria de hallar para rescatarla, si es que su amo se habia ya desengañado de que no era tan rica como él pensaba, aunque podia ser que por haberla gozado, la tuviese en menos; que como no pasasen de trecientos, ó quatrocientos escudos, él los daria de muy buena gana por ella, porque un tiempo la habia tenido alguna aficion. Bien poca debia de ser, dixo Leonisa, pues no pasaba de quatrocientos escudos; mas liberal era Ricardo y mas valiente y comedido; Dios perdone á quien fue causa de su muerte, que fui yo, que soy la sin ventura que él lloró por muerta, y sabe Dios si holgara de que él fuera vivo para pagarle con el sentimiento que viera que tenia de su desgracia, el que él mostró de la mia. Yo, Señor, como ya os he dicho, soy la poco querida de Cornelio, y la bien llorada de Ricardo, que por muchos y varios casos he venido á este miserable estado en que me veo; y aunque es tan peligroso, siempre por favor del Cielo he conservado en él la entereza de mi honor, con la qual vivo contenta en mi miseria: ahora ni sé donde estoy, ni quien es mi dueño, ni adonde han de dar conmigo mis contrarios hados; por lo qual os ruego, Señor, siquiera por

la

la sangre que de Christiano teneis, me aconsejeis en mis trabajos, que puesto que el ser muchos me han hecho algo advertida, sobrevienen cada momento tantos y tales, que no sé cómo me he de avenir con ellos. Á lo qual respondió Mahamut, que él haria lo que pudiese en servirla, aconsejandola con su ingenio y con sus fuerzas: advirtióla de la diferencia que por su causa habian tenido los dos Baxaes, y como quedaba en poder del Cadí su amo, para llevarla presentada al Gran Turco Celin á Constantinopla; pero que antes que esto tuviese efecto, tenia esperanza en el verdadero Dios en quien él creía, aunque mal Christiano, que lo habia de disponer de otra manera; y que la aconsejaba se hubiese bien con Halima la muger del Cadí su amo, en cuyo poder habia de estar hasta que la enviasen á Constantinopla, advirtiendola de la condicion de Halima: y con estas le dixo otras cosas de su provecho, hasta que la dexó en su casa y en poder de Halima, á quien dixo el recado de su amo. Recibióla bien la Mora por verla tan bien aderezada y tan hermosa. Mahamut se volvió á las tiendas á contar á Ricardo lo que con Leonisa le habia pasado, y hallandole, se lo contó todo punto por punto, y quando llegó al del sentimiento que Leonisa habia hecho quando le dixo que era muerto, casi se le vinieron las lagrimas á los ojos: dixole como habia fingido el cuento del cautiverio de Cornelio por ver lo que ella sentia: advirtióle la tibieza y malicia con

que de Cornelio habia hablado : todo lo qual fue víctima para el afligido corazon de Ricardo, el qual dixo á Mahamut : Acuerdome, amigo Mahamut, de un cuento que me contó mi padre que ya sabes quan curioso fue, y oiste quanta honra le hizo el Emperador Carlos Quinto, á quien siempre sirvió en honrosos cargos de paz, y de guerra. Digo pues que me contó, que quando el Emperador estuvo sobre Tunez, y la tomó con la fuerza de la Goleta, estando un dia en campaña y en su tienda, le traxeron á presentar una Mora por cosa singular en belleza, y que al tiempo que se la presentaron entraban algunos rayos del Sol por la tienda, y daban en los cabellos de la Mora, que con los mismos del Sol en ser rubios competian : cosa nueva en las Moras que siempre se precian de tenerlos negros. Contaba que en aquella ocasion se hallaron en la tienda entre otros muchos dos Caballeros Españoles, el uno era Andaluz, y el otro era Catalán, ambos muy discretos, y ambos Poetas; y habiendola visto el Andaluz, comenzó con admiracion á decir unos versos que ellos llaman coplas, con unas consonancias ó consonantes dificultosos, y parando en los cinco versos de la copla, se detuvo sin darle fin ni á la copla, ni á la sentencia, por no ofrecersele tan de improviso los consonantes necesarios para acabarla; mas el otro Caballero que estaba á su lado, y habia oido los versos, viendole suspenso, como si le hurtara la media copla de la boca, la pro-

si-

siguió y acabó con las mismas consonancias. Y esto mismo se me vino á la memoria quando vi entrar á la hermosisima Leonisa por la tienda del Baxá, no solamente escureciendo los rayos del Sol si la toçaran, sino á todo el Cielo con sus estrellas. Paso, no mas, dixo Mahamut, detente amigo Ricardo, que á cada paso temo que has de pasar tanto la raya en las alabanzas de tu bella Leonisa, que dexando de parecer Christiano, parezcas Gentil: dime si quieres esos versos, ó coplas, que despues hablarémos en otras cosas de mas gusto, y aun quizá de mas provecho. En buen hora, dixo Ricardo, y vuelvote á advertir, que cinco versos dixo el uno, y los otros cinco el otro, todos de improviso, y son estos:

Como quando el Sol asoma
Por una montaña baxa,
Y de supito nos toma,
Y con su vista nos doma
Nuestra vista, y la relaxa:
Como la piedra Balaxa
Que no consiente carcoma;
Tal es el tu rostro, Aja,
Dura lanza de Mahoma,
Que las mis entrañas raja.

Bien me suenan al oido, dixo Mahamut, y mejor me suena y me parece que estés para decir versos, Ricardo; porque el decirlos, ó el

ha-

hacerlos requiere animos muy desapasionados. Tambien se suelen, respondió Ricardo, llorar endechas, como cantar himnos, y todo es decir versos: pero dexando esto aparte, dime qué piensas hacer en nuestro negocio? que puesto que no entendí lo que los Baxaes trataron en la tienda, en tanto que tú llevaste á Leonisa me lo contó un renegado de mi amo, Veneciano, que se halló presente, y entiende bien la lengua turquesca: y yo lo que he menester ante todas cosas, es buscar trazas como Leonisa no vaya á manos del Gran Señor. Lo primero que se ha de hacer, respondió Mahamut, es que tú vengas á poder de mi amo, que esto hecho despues nos aconsejarémos en lo que mas nos conviniere. En esto vino el Guardian de los cautivos Christianos de Azam, y llevó consigo á Ricardo. El Cadí volvió á la Ciudad con Azam, que en breves dias hizo la residencia de Ali, y se la dió cerrada, y sellada, para que se fuese á Constantinopla: él se fue luego, dexando muy encargado al Cadí, que con brevedad enviase la cautiva, escribiendo al Gran Señor de modo que le aprovechase para sus pretensiones. Prometióselo el Cadí con traydoras entrañas, porque las tenia hechas ceniza por la cautiva. Ido Ali lleno de falsas esperanzas, y quedando Azam no vacio de ellas, Mahamut hizo de modo que Ricardo vino á poder de su amo. Ibanse los dias, y el deseo de ver á Leónisa apretaba tanto á Ricardo, que no alcanzaba un punto de sosiego: mu-

dó-

dóse Ricardo el nombre en el de Mario, porque no llegase el suyo á oidos de Leonisa antes que él la viese, y el verla era muy dificultoso á causa que los Moros son en extremo zelosos, y encubren de todos los hombres los rostros de sus mugeres; puesto que el mostrarse ellas á los Christianos no se les hace de mal, quizá debe de ser que por ser cautivos no los tienen por hombres cabales. Sucedió pues que un dia la Señora Halima vió á su esclavo Mario, y tan visto y tan mirado fue, que se le quedó grabado en el corazon, y fixo en la memoria: y quizá poco contenta de los floxos abrazos de su anciano marido, con facilidad dió lugar á un mal deseo, y con la misma dió cuenta de él á Leonisa, á quien ya queria mucho por su agradable condicion, y tratabala con mucho amor y respeto, por ser prenda del Gran Señor: dixola como el Cadí habia traido á casa un cautivo Christiano de tan gentil donayre y parecer, que á sus ojos no habia visto mas lindo hombre en toda su vida, y que decian que era Chilibi (que quiere decir Caballero) y de la misma tierra de Mahamut su renegado, y que no sabía como darle á entender su voluntad sin que el Christiano la tuviese en poco por habersela declarado. Preguntóla Leonisa, cómo se llamaba el cautivo? Y dixola Halima, que se llamaba Mario. Á lo qual replicó Leonisa: Si él fuera Caballero, y del lugar que dicen, yo le conociera, mas de ese nombre Mario no hay ninguno en Trapana; pero

haz,

haz, Señora, que le vea y hable, que yo te diré quien es, y lo que de él se puede esperar. Asi será, dixo Halima, porque el viernes, quando esté el Cadí haciendo la zalá en la Mezquita, le haré entrar acá dentro, donde le podrás hablar á solas; y si te pareciere darle indicios de mi deséo, harásio por el mejor modo que pudieres. Esto dixo Halima á Leonisa, y no habian pasado dos horas, quando el Cadí llamó á Mahamut, y á Mario, y con no menos eficacia que Halima habia descubierto su pecho á Leonisa, descubrió el enamorado viejo el suyo á sus dos esclavos, pidiendoles consejo en lo que haria para gozar de la Christiana, y cumplir con el Gran Señor, cuya ella era, diciendoles, que antes pensaba morir mil muertes que entregarla al Gran Turco. Con tales afectos decia su pasion el religioso Moro, que la puso en los corazones de sus dos esclavos, que todo lo contrario de lo que él pensaba, pensaban. Quedó puesto entre ellos, que Mario como hombre de su tierra (aunque habia dicho que no la conocia) tomase la mano en solicitarla y en declararla la voluntad suya, y quando por este modo no la pudiese alcanzar, que usaria él de la fuerza, pues estaba en su poder: y esto hecho, con decir que era muerta se excusarian de enviarla á Constantinopla. Contentisimo quedó el Cadí con el parecer de sus esclavos, y con la imaginada alegria ofreció desde luego libertad á Mahamut, mandandole la mitad de su hacienda despues de sus dias: y asimis-

mismo prometió á Mario, si alcanzase lo que queria, libertad y dineros con que volviese á su tierra rico, honrado y contento. Si él fue liberal en prometer, sus cautivos fueron prodigos, ofreciendole de alcanzar la Luna del Cielo, quanto mas á Leonisa, como él diese comodidad para hablarla: esa daré yo á Mario quanta él quisiere, respondió el Cadí, porque haré que Halima se vaya en casa de sus padres, que son Griegos Christianos, por algunos dias; y estando fuera, mandaré al portero que dexe entrar á Mario dentro de casa todas las veces que él quisiere; y diré á Leonisa que bien puede hablar con su paisano quando le diere gusto: de esta manera comenzó á volver el viento de la ventura de Ricardo, soplando en su favor sin saber lo que hacian sus mismos amos. Tomado pues entre los tres este apuntamiento, quien primero le puso en platica fue Halima, bien asi como muger cuya naturaleza es facil y arrojadiza para todo aquello que es de su gusto. Aquel mismo dia dixo el Cadí á Halima, que quando quisiese podria irse á casa de sus padres á holgarse con ellos los dias que gustase; pero como ella estaba alborozada con las esperanzas que Leonisa le habia dado, no solo á casa de sus padres, sino al fingido paraiso de Mahoma no quisiera irse; y asi le respondió que por entonces no tenia tal voluntad, y que quando ella la tuviese lo diria, mas que habia de llevar consigo á la cautiva Christiana. Eso no, replicó el Cadí, que no es

bien

bien que la prenda del Gran Señor sea vista de nadie, y mas que se le ha de quitar que converse con Christianos; pues sabeis que en llegando á poder del Gran Señor, la han de encerrar en el Serrallo, y volverla Turca, quiera ó no quiera. Como ella ande conmigo, replicó Halima, no importa que esté en casa de mis padres, ni que comunique con ellos, que mas comunico yo, y no dexo por eso de ser buena Turca; y mas, que lo mas que pienso estar en su casa serán quatro ó cinco dias, porque el amor que os tengo no me dará licencia para estar tanto ausente, y sin veros. No la quiso replicar el Cadí, por no darla ocasion de engendrar alguna sospecha de su intencion. Llegóse en esto el viernes, y él se fue á la Mezquita, de la qual no podia salir en casi quatro horas: y apenas le vió Halima apartado de los umbrales de casa, quando mandó llamar á Mario; mas no le dexara entrar un Christiano Corzo que servia de portero en la puerta del patio, si Halima no diera voces que le dexase, y asi entró confuso y temblando, como si fuera á pelear con un exercito de enemigos. Estaba Leonisa del mismo modo y trage que quando entró en la tienda del Baxá, sentada al pie de una escalera grande de marmol que á los corredores subia: tenia la cabeza inclinada sobre la palma de la mano derecha, y el brazo sobre las rodillas, los ojos á la parte contraria de la puerta por donde entró Mario, de manera que aunque él iba hácia

la

la parte donde ella estaba, ella no le veía. Asi como entró Ricardo, paseó toda la casa con los ojos, y no vió en toda ella sino un mudo y sosegado silencio, hasta que paró la vista donde Leonisa estaba. En un instante al enamorado Ricardo le sobrevinieron tantos pensamientos, que le suspendieron y alegraron, considerandose veinte pasos á su parecer, ó poco mas desviado de su felicidad y contento: considerabase cautivo, y á su gloria en poder ageno. Estas cosas revolviendo entre sí mismo, se movia poco á poco, y con temor y sobresalto, alegre y triste, temeroso y esforzado se iba llegando al centro donde estaba el de su alegria, quando á deshora volvió el rostro Leonisa, y puso los ojos en los de Mario que con atencion la miraba: mas quando la vista de los dos se encontraron, con diferentes efectos dieron señal de lo que sus almas habian sentido. Ricardo se paró, y no pudo echar pie adelante: Leonisa que por la relacion de Mahamut tenia á Ricardo por muerto, y el verle vivo tan no esperadamente la llenó de temor y espanto, sin quitar de él los ojos, ni volver las espaldas, volvió atrás quatro ó cinco escalones, y sacando una pequeña Cruz del seno, la besaba muchas veces, y se santiguó infinitas, como si alguna cosa del otro mundo estuviera mirando. Volvió Ricardo de su embelesamiento, y conoció por lo que Leonisa hacia, la verdadera causa de su temor, y asi la dixo: Á mí me pesa, ó hermosa Leonisa, que no hayan sido ver-

dad

dad las nuevas que de mi muerte te dió Mahamut, porque con ella excusara los temores que ahora tengo, de pensar si todavia está en su entereza el rigor que continuo has usado conmigo. Sosiegate, Señora, y baxa, y si te atreves á hacer lo que nunca hiciste, que es llegar á mí, llega, y verás que no soy cuerpo fantastico: Ricardo soy, Leonisa, Ricardo el de tanta ventura, quanta tú quisieres que tenga. Pusose Leonisa en esto el dedo en la boca, por lo qual entendió Ricardo que era señal de que callase, ó hablase mas quedo; y tomando algun poco de animo, se fue llegando á ella en distancia que pudo oir estas razones: Habla paso, Mario (que asi me parece que te llamas ahora) y no trates de otra cosa de la que yo te tratare: y advierte que podria ser que el habernos oido fuese parte para que nunca nos volviesemos á ver. Halima nuestra ama creo que nos escucha, la qual me ha dicho que te adora: hame puesto por intercesora de su deseo: si á él quieres corresponder, aprovecharteha mas para el cuerpo que para el alma: y quando no quieras, es forzoso que lo finjas, siquiera porque yo te lo ruego, y por lo que merecen deseos de muger declarados. Á esto respondió Ricardo: Jamas pensé, ni pude imaginar, hermosa Leonisa, que cosa que me pidieras, traxera consigo imposible de cumplirla; pero la que me pides me ha desengañado. Es por ventura la voluntad tan ligera, que se pueda mover y llevar adonde quisieren llevarla?

la? ó estarále bien al varon honrado y verdadero fingir en cosas de tanto peso? Si á tí te parece que alguna de estas cosas se debe ó puede hacer, haz lo que mas gustares, pues eres Señora de mi voluntad; mas ya sé que tambien me engañas en esto, pues jamas la has conocido, y asi no sabes lo que has de hacer de ella. Pero á trueque que no digas que en la primera cosa que me mandaste, dexaste de ser obedecida, yo perderé del derecho que debo á ser quien soy, y satisfaré tu deseo y el de Halima fingidamente como dices, si es que se ha de grangear con esto el bien de verte; y asi finge tú las respuestas á tu gusto; que desde aqui las firma y confirma mi fingida voluntad: y en pago de esto que por tí hago (que es lo mas que á mi parecer podré hacer, aunque de nuevo te dé el alma que tantas veces te he dado) te ruego que brevemente me digas cómo escapaste de las manos de los Cosarios, y cómo veniste á las del Judio que te vendió? Mas espacio, respondió Leonisa, pide el cuento de mis desgracias; pero con todo eso te quiero satisfacer en algo. Sabrás pues que á cabo de un dia que nos apartamos, volvió el Baxel de Izuf con un recio viento á la misma Isla de Pantanalea, donde tambien vimos á vuestra Galeota; pero la nuestra sin poderlo remediar embistió en las peñas. Viendo pues mi amo tan á los ojos su perdicion, vació con gran presteza dos barriles que estaban llenos de agua, tapólos muy bien, y atólos con cuerdas el uno con

el

el otro, pusome á mí entre ellos, desnudóse luego, y tomando otro barril entre los brazos, se ató con un cordel el cuerpo, y con el mismo cordel dió cabo á mis barriles, y con grande animo se arrojó á la mar, llevandome tras sí: yo no tuve animo para arrojarme, que otro Turco me impelió, y me arrojó tras Izuf, donde caí sin ningun sentido, ni volví en mí hasta que me hallé en tierra en brazos de dos Turcos, que vuelta la boca al suelo me tenian, derramando gran cantidad de agua que habia bebido. Abrí los ojos atonita y espantada, y vi á Izuf junto á mí, hecha la cabeza pedazos, que segun despues supe, al llegar á tierra dió con ella en las peñas, donde acabó la vida. Los Turcos asimismo me dixeron, que tirando de la cuerda, me sacaron á tierra casi ahogada: solas ocho personas escaparon de la desdichada Galeota: ocho dias estuvimos en la Isla, guardandome los Turcos el mismo respeto que si fuera su hermana. Estabamos escondidos en una cueva, temerosos ellos que no baxasen de una fuerza de Christianos que está en la Isla, y los cautivasen: sustentaronse con el bizcocho mojado que la mar echó á la orilla, de lo que llevaban en la Galeota, lo qual salian á coger de noche. Ordenó la suerte para mayor mal mio, que la fuerza estuviese sin Capitan que pocos dias habia que era muerto, y en la fuerza no habia sino veinte soldados: esto se supo de un muchacho que los Turcos cautivaron, que baxó de la fuerza á co-

coger conchas á la marina. Á los ocho dias llegó á aquella costa un Baxel de Moros que ellos llaman Caramuzales, vieronle los Turcos, y salieron de donde estaban, haciendo señas al Baxel que estaba cerca de tierra, tanto que conoció ser Turcos los que llamaban: ellos contaron sus desgracias, y los Moros los recibieron en su Baxel, en el qual venia un Judio, riquisimo Mercader, que toda la mercancia del Baxel ó la mas era suya; era de barraganes, alquiceles, y otras cosas que de Berberia se llevan á Levante, en que ordinariamente tratan los Judios: los Turcos se fueron en el Baxel á Tripol, y en el camino me vendieron al Judio que dió por mí dos mil doblas, precio excesivo, si no lo hiciera liberal el amor que el Judio me descubrió. Dexando pues los Turcos en Tripol, tornó el Baxel á hacer su viage, y el Judio dió en solicitarme descaradamente; yo le hice la cara que merecian sus torpes deseos. Viendose pues desesperado de alcanzarlos, determinó de deshacerse de mí en la primera ocasion que se le ofreciese; y sabiendo que los dos Baxaes, Ali, y Azam, estaban en aquella Isla, donde podia vender su mercaderia tan bien como en Xio, en quien pensaba venderla, se vino aqui con intencion de venderme á alguno de los Baxaes, y por eso me vistió de la manera que ahora me ves, por aficionarles la voluntad á que me comprasen. He sabido que me ha comprado este Cadí para llevarme á presentar al Gran Turco, de que estoy

no poco temerosa : aqui he sabido de tu fingida muerte, y te sé decir, si lo quieres creer, que me pesó en el alma, y que te tuve mas envidia que lastima; y no por quererte mal, que ya que soy desamorada, no soy ingrata ni desconocida, sino porque habias acabado con la tragedia de tu vida. No dices mal, Señora, respondió Ricardo, si la muerte no me hubiera estorbado el bien de volver á verte; que ahora en mas estimo este instante de gloria que gozo en mirarte, que otra ventura (como no fuera la eterna) que en la vida, ó en la muerte pudiera asegurarme mi deseo : el que tiene mi amo el Cadí, á cuyo poder he venido por no menos varios accidentes que los tuyos, es el mismo para contigo que para conmigo lo es el de Halima. Hame puesto á mí por interprete de sus pensamientos, acepté la empresa no por darle gusto, sino por el que grangeaba en la comodidad de hablarte; porque veas, Leonisa, el termino á que nuestras desgracias nos han traido, á tí á ser medianera de un imposible que en lo que me pides conoces : á mí á serlo tambien de la cosa que menos pensé, y de la que daré por no alcanzarla la vida, que ahora estimo en lo que vale la alta ventura de verte. No sé qué te diga, Ricardo, respondió Leonisa, ni qué salida se tome al laberinto donde (como dices) nuestra corta ventura nos tiene puestos: solo sé decir, que es menester usar en esto lo que de nuestra condicion no se puede esperar, que es el fingimiento y engaño, y asi digo, que de

tí

tí daré á Halima algunas razones, que antes la entretengan que desesperen. Tú de mí podrás decir al Cadí lo que para seguridad de mi honor, y de su engaño vieres que mas convenga; y pues yo pongo mi honor en tus manos, bien puedes creer de él, que le tengo con la entereza y verdad que podian tener en duda tantos caminos como he andado, y tantos combates como he sufrido: el hablarnos será facil, y á mí será de grandisimo gusto el hacerlo, con presupuesto que jamas me has de tratar cosa que á tu declarada pretension pertenezca, que en la hora que tal hicieres, en la misma me despediré de verte; porque no quiero que pienses que es de tan pocos quilates mi valor, que ha de hacer con él la cautividad, lo que la libertad no pudo: como el oro tengo de ser con el favor del Cielo, que mientras mas se acrisola, queda con mas pureza y mas limpio. Contentate con que he dicho que no me dará, como solia, fastidio tu vista; porque te hago saber, Ricardo, que siempre te tuve por desabrido y arrogante, y que presumias de tí algo mas de lo que debias: confieso tambien que me engañaba, y que podria ser que á hacer ahora la experiencia, me pusiese la verdad delante de los ojos el desengaño, y estando desengañada, fuese con ser honesta, mas humana. Vete con Dios, que temo no nos haya escuchado Halima, la qual entiende algo de la lengua christiana, ó á lo menos de aquella mezcla de lenguas que se usa, con que todos nos entendemos. Dices muy

bien, Señora, respondió Ricardo, y agradezcote infinito el desengaño que me has dado, que le estimo en tanto como la merced que me haces en dexarme verte, y como tú dices, quizá la experiencia te dará á entender quan llana es mi condicion y quan humilde, especialmente para adorarte; y sin que pusieras termino ni raya á mi trato, fuera él tan honesto para contigo, que no acertaras á desearle mejor. En lo que toca á entretener al Cadí vive descuidada, haz tú lo mismo con Halima, y entiende, Señora, que despues que te he visto, ha nacido en mí una esperanza tal, que me asegura que presto hemos de alcanzar la libertad deseada: y con esto quedate á Dios, que otra vez te contaré los rodeos por donde la fortuna me traxo á este estado despues que de tí me aparté, ó por mejor decir me apartaron. Con esto se despidieron, y quedó Leonisa contenta y satisfecha del llano proceder de Ricardo, y él contentisimo de haber oido una palabra á Leonisa sin aspereza. Estaba Halima cerrada en su aposento, rogando á Mahoma traxese Leonisa buen despacho de lo que le habia encomendado: el Cadí estaba en la Mezquita, recompensando con los suyos los deseos de su muger, teniendolos solicitos, y colgados de la respuesta que esperaba oir de su esclavo, á quien habia dexado encargado hablase á Leonisa, pues para hacerlo le daria comodidad Mahamut, aunque Halima estuviese en casa. Leonisa acrecentó en Halima el torpe deseo y deshonesto amor, dan-

dandole muy buenas esperanzas que Mario haria todo lo que pidiese; pero que habia de dexar pasar primero dos lunas, antes que concediese con lo que deseaba él mucho mas que ella: y que este tiempo y termino pedia á causa que hacia una plegaria á Dios para que le diese libertad. Contentóse Halima de la disculpa, y de la relacion de su querido Mario, á quien ella diera libertad antes del termino del voto, como él condescendiera con su voluntad y deseo: y asi rogó á Leonisa le rogase dispensase con el tiempo, y acortase la dilacion, que ella desde luego le ofrecia quanto el Cadí le pidiese por su rescate. Antes que Ricardo respondiese á su amo, se aconsejó con Mahamut de qué le responderia: y acordaron entre los dos que le desesperase, y aconsejase que lo mas presto que pudiese la llevase á Constantinopla, y que en el camino ó por grado ó por fuerza alcanzaria su deseo; y que para el inconveniente que se podia ofrecer de cumplir con el Gran Señor, sería bueno comprar otra esclava, y en el viage fingir, ó hacer de modo como Leonisa cayese enferma, y que una noche con el secreto posible echarian la Christiana comprada á la mar, diciendo que era Leonisa la cautiva del Gran Señor que se habia muerto; y que esto se podia hacer, y se haria de modo que jamas la verdad fuese descubierta en algun tiempo, y él quedase sin culpa con el Gran Señor, y con el cumplimiento de su voluntad; y que para la duracion de su gusto des-

pues

pues se daria traza conveniente y mas provechosa. Estaba tan ciego el misero y anciano Cadí, que si otros mil disparates le dixeran (como fueran encaminados á cumplir sus esperanzas) todos los creyera, quanto mas que le pareció que todo lo que le decian llevaba buen camino, y prometia prospero suceso: y asi era la verdad, si la intencion de los dos consejeros no fuera levantarse con el Baxel, y darle á él la muerte en pago de sus locos pensamientos. Ofreciósele al Cadí otra dificultad á su parecer mayor de las que en aquel caso se le podian ofrecer, y era pensar que su muger Halima no le habia de dexar ir á Constantinopla, si no la llevaba consigo; pero presto la facilitó, diciendo, que en cambio de la Christiana que habia de comprar para que muriese por Leonisa, serviria Halima, de quien deseaba librarse mas que de la muerte. Con la misma facilidad que lo pensó, con la misma se lo concedieron Mahamut, y Ricardo: y quedando firmes en esto, aquel mismo dia dió cuenta el Cadí á Halima del viage que pensaba hacer á Constantinopla á llevar la Christiana al Gran Señor, de cuya grandeza y liberalidad esperaba que le hiciese Gran Cadí de el Cayro, ó de Constantinopla. Halima le dixo muy alegre: Que le parecia muy bien su determinacion, creyendo que se dexaria á Mario en casa; mas quando el Cadí la certificó que le habia de llevar consigo, y á Mahamut tambien, tornó á mudar de parecer, y á desaconsejarle lo que primero le habia

bia aconsejado: en resolucion concluyó, que si no la llevaba consigo, no pensaba dexarle ir en ninguna manera. Contentóse el Cadí de hacer lo que ella queria, porque pensaba sacudir presto de su cuello aquella para él tan pesada carga. No se descuidaba en este tiempo Azam Baxá de solicitar al Cadí le entregase la esclava, ofreciendole montes de oro; y habiendole dado á Ricardo de balde, cuyo rescate apreciaba en dos mil escudos, facilitabale la entrega con la misma industria que él se habia imaginado de hacer muerta la cautiva, quando el Gran Turco enviase por ella. Todas estas dadivas y promesas aprovecharon con el Cadí no mas de ponerle en la voluntad que abreviase su partida; y asi solicitado de su deseo, y de las importunaciones de Azam, y aun de las de Halima, que tambien fabricaba en el ayre vanas esperanzas, dentro de veinte dias aderezó un Bergantin de quince bancos, y le armó de buenas boyas Moros, y de algunos Christianos Griegos; embarcó en él toda su riqueza, y Halima no dexó en su casa cosa de momento, y rogó á su marido que la dexase llevar consigo á sus padres para que viesen á Constantinopla. Era la intencion de Halima la misma que la de Mahamut, hacer con él, y con Ricardo, que en el camino se alzasen con el Bergantin; pero no les quiso declarar su pensamiento hasta verse embarcada, y esto con voluntad de irse á tierra de Christianos, y volverse á lo que primero habia sido, y casarse con Ricardo: pues

pues era de creer, que llevando tantas riquezas consigo, y volviendose Christiana, no dexaria de tomarla por muger. En este tiempo habló otra vez Ricardo con Leonisa, y la declaró toda su intencion; y ella le dixo la que tenia Halima, que con ella la habia comunicado: encomendaronse los dos el secreto, y encomendandose á Dios, esperaban el dia de la partida; el qual llegado, salió Azam acompañandolos hasta la marina con todos sus Soldados, y no los dexó hasta que se hicieron á la vela, ni aun quitó los ojos del Bergantin hasta perderle de vista; y parece que el ayre de los suspiros que el enamorado Moro arrojaba, impelia con mayor fuerza las velas que le apartaban y llevaban el alma. Mas como aquel á quien el amor habia tanto tiempo que sosegar no le dexaba, pensando en lo que habia de hacer para no morir á manos de sus deseos, puso luego por obra lo que con largo discurso y resuelta determinacion tenia pensado: y asi en un Baxel de diez y siete bancos que en otro Puerto habia hecho armar, puso cincuenta Soldados, todos amigos y conocidos suyos, á quienes él tenia obligados con muchas dadivas y promesas, y dióles orden que saliesen al camino, y tomasen el Baxel del Cadí, y sus riquezas, pasando á cuchillo quantos en él iban, sino fuese á Leonisa la cautiva, que á ella sola queria por despojo aventajado á los muchos haberes que el Bergantin llevaba. Ordenóles tambien que le echasen á fondo, de manera que ninguna cosa

que-

quedase que pudiese dar indicio de su perdicion. La codicia del saco les puso alas en los pies, y mas viendo quan poca defensa habian de hallar en los del Bergantin, segun iban desarmados, y sin sospecha de semejante acontecimiento. Dos dias habia que el Bergantin caminaba, que al Cadí se le hicieron dos siglos, porque luego en el primero quisiera poner en efecto su determinacion; mas aconsejaronle sus esclavos, que convenia primero hacer de suerte que Leonisa cayese mala para dar color á su muerte, y que esto habia de ser con algunos dias de enfermedad: él no quisiera sino decir que habia muerto de repente, y acabar presto con todo, y despachar á su muger, y aplacar el gran fuego que las entrañas poco á poco le iba consumiendo; pero en efecto hubo de condescender con el parecer de los dos. Ya en esto habia Halima declarado su intento á Mahamut, y á Ricardo, y ellos estaban en ponerlo por obra al pasar de las Cruces de Alexandria, ó al entrar de los Castillos de la Natolia; pero fue tanta la priesa que el Cadí les daba, que se ofrecieron de hacerlo en la primera comodidad que se les ofreciese: y un dia al cabo de seis que navegaban, y que ya le parecia al Cadí que bastaba el fingimiento de la enfermedad de Leonisa, importunó á sus esclavos que otro dia concluyesen con Halima, y la arrojasen al mar amortajada, diciendo ser la cautiva del Gran Señor. Amaneciendo pues el dia en que segun la intencion de Mahamut, y de

Ri-

Ricardo habia de ser el cumplimiento de sus deseos, ó el fin de sus dias, descubrieron un Baxel que á vela y remo los venia dando caza: temieron fuese de cosarios Christianos, de los quales ni unos ni otros podian esperar ningun buen suceso, porque de serlo, se temian ser los Moros cautivos, y los Christianos, aunque quedasen con libertad, quedarian desnudos y robados; pero Mahamut, y Ricardo con la libertad de Leonisa, y de la de entrambos se contentaran: con todo esto que se imaginaban, temian la insolencia de la gente cosaria, pues jamas la que se da á tales exercicios, de qualquiera ley ó nacion que sea, dexa de tener un animo cruel, y una condicion insolente. Pusieronse en defensa, sin dexar los remos de las manos, y hacer todo quanto pudiesen; pero pocas horas tardaron, que vieron que les iban entrando de modo que en menos de dos se les pusieron á tiro de cañon: viendo esto amaynaron, soltaron los remos, tomaron las armas, y los esperaron, aunque el Cadí dixo que no temiesen, porque el Baxel era Turquesco, y que no les haria daño alguno. Mandó poner luego una bandera blanca de paz en el peñol de la popa, porque la viesen los que ya ciegos y codiciosos venian con gran furia á embestir al mal defendido Bergantin. Volvió en esto la cabeza Mahamut, y vió que de la parte de Poniente venia una Galeota á su parecer de veinte bancos, dixoselo al Cadí, y algunos Christianos que iban al remo, dixeron que el Baxel

que

que se descubria era de Christianos : todo lo qual les dobló la confusion y el miedo, y estaban suspensos sin saber lo que harian, temiendo y esperando el suceso que Dios quisiese darles. Pareceme que diera el Cadí en aquel punto por hallarse en Nicosia, toda la esperanza de su gusto: tanta era la confusion en que se hallaba; aunque le quitó presto de ella el Baxel primero, que sin respeto de las banderas de paz, ni de lo que á su religion debian, embistieron con el del Cadí con tanta furia, que estuvo poco en echarle á fondo : luego conoció el Cadí los que le acometian, y vió que eran Soldados de Nicosia, y adivinó lo que podia ser, y dióse por perdido y muerto; y si no fuera que los codiciosos Soldados se dieron antes á robar que á matar, ninguno quedara con vida; mas quando ellos andaban mas encendidos, y mas atentos en su robo, dió un Turco voces, diciendo: Arma, Soldados, que un Baxel de Christianos nos embiste: y asi era la verdad, porque el Baxel que descubrió el Bergantin del Cadí, venia con insignias y banderas Christianescas, el qual llegó con toda furia á embestir al Baxel de Azam; pero antes que llegase, preguntó uno desde la proa en lengua turquesca, qué Baxel era aquel? Respondieronle que de Azam Baxá, Virrey de Chipre. Pues cómo, replicó el Turco, siendo vosotros Mosolimanes, embestís y robais á ese Baxel, que nosotros sabemos que va en él el Cadí de Nicosia? Á lo qual respondieron: Que ellos no sabian

bian otra cosa mas de que el Baxá les habia ordenado le tomasen, y que ellos como sus Soldados y obedientes habian hecho su mandamiento. Satisfecho de lo que saber queria el Capitan del segundo Baxel que venia á la Christianesca, dexó de embestir al de Azam, y acudió al del Cadí, y á la primera rociada mató mas de diez Turcos de los que dentro estaban, y luego le entró con grande animo y presteza; mas apenas hubieron puesto los pies dentro, quando el Cadí conoció que el que le embestia no era Christiano, sino Ali Baxá, el enamorado de Leonisa, el qual con el mismo intento que Azam habia estado esperando su venida, y por no ser conocido habia hecho vestidos á sus Soldados como Christianos, para que con esta industria fuese mas encubierto su hurto. El Cadí que conoció las intenciones de los amantes, y traydores, comenzó á grandes voces á decir su maldad, diciendo: Qué es esto traydor Ali Baxá? cómo siendo tú Mosoliman (que quiere decir Turco) me salteas como Christiano? y vosotros, traydores Soldados de Azam, qué demonio os ha movido á cometer tan grande insulto? cómo por cumplir el apetito lascivo del que aqui os envia, quereis ir contra vuestro natural Señor? Á estas palabras suspendieron todos las armas, y unos á otros se miraron, y se conocieron, porque todos habian sido Soldados de un mismo Capitan, y militado debaxo de una bandera, y confundiendose con las razones de el Cadí, y con su

mis-

mismo maleficio, se les embotaron los filos de los alfanges, y se les desmayaron los animos: solo Ali cerró los ojos y los oidos á todo, y arremetiendo al Cadí, le dió una tal cuchillada en la cabeza, que sino fuera por la defensa que hicieron cien varas de toca con que venia ceñida, sin duda se la partiera por medio; pero con todo le derribó entre los bancos del Baxel, y al caer dixo el Cadí: O cruel renegado, enemigo de mi Profeta, es posible que no ha de haber quien castigue tu crueldad y tu grande insolencia! Cómo, maldito, has osado poner las manos y las armas en tu Cadí, y en un Ministro de Mahoma? Estas palabras añadieron fuerza á las primeras, las quales oidas de los Soldados de Azam, y movidos de temor que los Soldados de Ali les habian de quitar la presa que ya ellos por suya tenian, determinaron de ponerlo todo en aventura: y comenzando uno, y siguiendole todos, dieron en los Soldados de Ali con tanto animo, que en poco espacio los pararon tales, que aunque eran muchos mas que ellos, los reduxeron á numero pequeño; pero los que quedaron, volviendo sobre sí, vengaron á sus compañeros, no dexando de los de Azam apenas quatro con vida, y esos muy mal heridos. Estabanlos mirando Ricardo, y Mahamut, que de quando en quando sacaban la cabeza por el escotillon de la camara de popa, por ver en qué paraba aquella grande herreria que sonaba; y viendo que los Turcos estaban casi todos muertos, y

los

los vivos mal heridos, y quan facilmente se podia dar cabo de todos, llamó Mahamut á dos sobrinos de Halima que ella habia hecho embarcar consigo, para que ayudasen á levantar el Baxel, y con ellos, y con su padre, tomando alfanges de los muertos, saltaron en cruxía, y apellidando libertad, libertad, y ayudados de las buenas boyas Christianos Griegos, con facilidad los degollaron á todos, y rindieron: y pasando sobre la Galeota de Ali que sin defensa estaba, facilmente la rindieron y ganaron con quanto en ella venia. De los que en el segundo encuentro murieron, fue de los primeros Ali Baxá, que un Turco en venganza del Cadí le mató á cuchilladas. Dieronse luego todos por consejo de Ricardo á pasar quantas cosas habia de precio en su Baxel, y en el de Azam á la Galeota de Ali, por ser Baxel mayor, y acomodado para qualquier carga ó viage, y ser los remeros Christianos, los quales contentos con la alcanzada libertad, y con muchas cosas que Ricardo repartió entre todos, se ofrecieron de llevarle hasta Trapana, y aun hasta el cabo del mundo, si quisiese: y con esto Mahamut, y Ricardo llenos de gozo por el buen suceso, se fueron á Halima, y la dixeron que si queria volverse á Chipre, que con las buenas boyas le armarian su mismo Baxel, y le darian la mitad de las riquezas que habia embarcado; mas ella, que en tanta calamidad aun no habia perdido el cariño y amor que á Ricardo tenia, dixo que queria irse con ellos á tier-

tierra de Christianos, de lo qual sus padres se holgaron en extremo. El Cadí volvió en su acuerdo, y le curaron como la ocasion les dió lugar, á quien tambien dixeron que escogiese una de dos: ó que se dexase llevar á tierra de Christianos, ó volviese en su mismo Baxel á Nicosia. Él respondió, que ya que la fortuna le habia traido á tales terminos, les agradecia la libertad que le daban, y que queria ir á Constantinopla á quejarse al Gran Señor del agravio que de Azam, y de Ali habia recibido; mas quando supo que Halima le dexaba, y se queria volver Christiana, estuvo en poco de perder el juicio. En resolucion le armaron su mismo Baxel, y le proveyeron de todas las cosas necesarias para su viage, y aun le dieron algunos zequies de los que habian sido suyos; y despidiendose de todos con determinacion de volverse á Nicosia, pidió antes que se hiciese á la vela, que Leonisa le abrazase, que aquella merced y favor sería bastante para poner en olvido toda su desventura. Todos suplicaron á Leonisa diese aquel favor á quien tanto la queria, pues en ello no iria contra el decoro de su honestidad: hizo Leonisa lo que le rogaron, y el Cadí le pidió le pusiese las manos sobre la cabeza, porque él llevase esperanzas de sanar de su herida: en todo le contentó Leonisa. Hecho esto, y habiendo dado un barreno al Baxel de Azam, favoreciendoles un Levante fresco que parecia que llamaba las velas para entregarse en ellas, se las die-

dieron, y en breves horas perdieron de vista el Baxel de el Cadí, el qual con lagrimas en los ojos estaba mirando como se llevaban los vientos su hacienda, su gusto, su muger, y toda su alma. Con bien diferentes pensamientos de los que llevaba el Cadí, navegaban Ricardo, y Mahamut: y asi, sin querer tocar en tierra en ninguna parte, pasaron á la vista de Alexandria de Golfo lanzado, y sin amaynar velas, y sin tener necesidad de aprovecharse de los remos, llegaron á la Isla de Corfú, donde hicieron agua, y luego sin detenerse pasaron por los infamados riscos Acroceraunos, y desde lejos descubrieron á Paquino, promontorio de la fertilisima Tinacria, á vista de la qual y de la insigne Isla de Malta volaron, que no con menos ligereza navegaba el dichoso leño. En resolucion, boxando la Isla, de alli á quatro dias descubrieron la Lampadosa, y luego la Isla donde se perdieron, con cuya vista se enterneció Leonisa, viniendole á la memoria el peligro en que en ella se habia visto. Otro dia vieron delante de sí la deseada y amada patria: renovóse la alegria en sus corazones, y alborotaronse sus espiritus con el nuevo contento, que es uno de los mayores que en esta vida se puede tener, llegar despues de luengo cautiverio, salvo y sano á su patria: y al que á este se le puede igualar, es el que se recibe de la victoria alcanzada de los enemigos. Habiase hallado en la Galeota una caxa llena de banderetas, y flamulas de diversas colores de sedas,

con las quales hizo Ricardo adornar la Galeota. Poco despues de amanecer se hallaron á menos de una legua de la Ciudad, y bogando á quarteles, y alzando de quando en quando alegres voces y gritos, se iban llegando al Puerto, en el qual en un instante pareció infinita gente del pueblo, que habiendo visto como aquel bien adornado Baxel tan de espacio se llegaba á tierra, no quedó gente en toda la Ciudad, que dexase de salir á la marina. En este entretanto habia Ricardo pedido y suplicado á Leonisa, que se adornase y vistiese de la misma manera que quando entró en la tienda de los Baxaes; porque queria hacer una graciosa burla á sus padres. Hizolo asi, y añadiendo galas á galas, perlas á perlas, y belleza á belleza (que suele acrecentarse con el contento) se vistió de modo, que de nuevo causó admiracion y maravilla: vistióse asimismo Ricardo á la Turquesca, y lo mismo hizo Mahamut, y todos los Christianos del remo, que para todos hubo en los vestidos de los Turcos muertos. Quando llegaron al Puerto serian las ocho de la mañana, que tan serena y clara se mostraba, que parecia que estaba atenta mirando aquella alegre entrada. Antes de entrar en el Puerto, hizo Ricardo disparar las piezas de la Galeota, que eran un cañon de cruxía, y dos falconetes: respondió la Ciudad con otras tantas. Estaba toda la gente confusa, esperando llegase el bizarro Baxel; pero quando vieron de cerca que era Turquesco, porque se divisaban

los blancos turbantes de los que Moros parecian, temerosos y con sospecha de algun engaño, tomaron las armas, y acudieron al Puerto todos los que en la Ciudad son de Milicia, y la gente de á caballo se tendió por la marina: de todo lo qual recibieron gran contento los que poco á poco se fueron llegando hasta entrar en el Puerto, dando fondo junto á tierra, y arrojando en ella la plancha, soltaron los remos, y todos uno á uno como en procesion salieron á tierra, la qual con lagrimas de alegria besaron una y muchas veces: señal clara que dió á entender ser Christianos que con aquel Baxel se habian alzado. Á la postre de todos salieron el padre, y madre de Halima, y sus dos sobrinos, todos (como está dicho) vestidos á la Turquesca: hizo fin y remate la hermosa Leonisa, cubierto el rostro con un tafetan carmesí. Traianla en medio Ricardo, y Mahamut: cuyo espectaculo llevó tras sí los ojos de toda aquella multitud que los miraba. En llegando á tierra, hicieron como los demas, besandola postrados en el suelo. En esto llegó á ellos el Capitan y Gobernador de la Ciudad, que bien conoció que eran los principales de todos; mas apenas hubo llegado, quando conoció á Ricardo, y corrió con los brazos abiertos y con señales de grandisimo contento á abrazarle. Llegaron con el Gobernador Cornelio y su padre, y los de Leonisa con todos sus parientes, y los de Ricardo, que todos eran los mas principales de la Ciudad: abrazó Ricardo al Gobernador,

y

y respondió á todos los parabienes que le daban: trabó de la mano á Cornelio (el qual como le conoció, y se vió asido de él, perdió la color del rostro, y casi comenzó á temblar de miedo) y teniendo asimismo de la mano á Leonisa, dixo: Por cortesia os ruego, Señores, que antes que entremos en la Ciudad, y en el Templo á dar las gracias tan justamente debidas á nuestro Señor de las grandes mercedes que en nuestra desgracia nos ha hecho, me escucheis ciertas razones que deciros quiero. Á lo qual el Gobernador respondió, que dixese lo que quisiese, que todos le escucharian con gusto y con silencio. Rodearonle luego todos los mas de los principales, y él alzando un poco la voz, dixo de esta manera: Bien se os debe acordar, Señores, de la desgracia que algunos meses ha en el jardin de las Salinas me sucedió con la pérdida de Leonisa: tambien no se os habrá caido de la memoria la diligencia que yo puse en procurar su libertad, pues olvidandome de la mia ofrecí por su rescate toda mi hacienda, aunque esta que al parecer fue liberalidad, no puede ni debe redundar en mi alabanza, pues la daba por el rescate de mi alma: lo que despuès acá á los dos ha sucedido, requiere para mas tiempo otra sazon y coyuntura, y otra lengua no tan turbada como la mia; baste deciros por ahora, que despues de varios y extraños acaecimientos, y despues de mil perdídas esperanzas de alcanzar remedio de nuestras desdichas, el piadoso Cielo

sin ningun merecimiento nuestro nos ha vuelto á la deseada patria, quanto llenos de contento, colmados de riquezas: y no nace de ellas, ni de la libertad alcanzada el sin igual gusto que tengo, sino del que imagino que tiene esta en paz y en guerra dulce enemiga mia, asi por verse libre, como por ver, como ve, el retrato de su alma: todavia me alegro de la general alegria que tienen los que me han sido compañeros en la miseria: y aunque los tristes acontecimientos suelen mudar las condiciones, y aniquilar los animos valerosos; no ha sido asi con el verdugo de mis buenas esperanzas, porque con mas valor y entereza que buenamente decirse puede, ha pasado el naufragio de sus desdichas, y los encuentros de mis ardientes quanto honestas importunaciones: en lo qual se verifica que mudan el Cielo, y no las costumbres los que en ellas tal vez hicieron asiento. De todo esto que he dicho, quiero inferir, que yo la ofrecí mi hacienda en rescate, y la di mi alma en mis deseos: di traza en su libertad, y aventuré por ella mas que por la mia la vida; y todos estos que en otro sugeto mas agradecido pudieran ser cargos de algun momento, no quiero yo que lo sean, solo quiero lo sea este en que te pongo ahora; y diciendo esto alzó la mano, y con honesto comedimiento quitó el antifaz del rostro de Leonisa, que fue como quitarse la nube que tal vez cubre la claridad del Sol; y prosiguió diciendo: Ves aqui, ó Cornelio, te entrego la prenda que tú

tú debes de estimar sobre todas las cosas que son dignas de estimarse; y ves aqui tú, hermosa Leonisa, te doy al que tú siempre has tenido en la memoria: esta sí quiero que se tenga por liberalidad, en cuya comparacion dar la hacienda, la vida, y la honra, no es nada. Recibela, ó venturoso mancebo, recibela; y si tu conocimiento llega á tanto que llegue á conocer valor tan grande, estimate por el mas venturoso de la tierra: con ella te daré asimismo todo quanto me tocare de parte en lo que á todos el Cielo nos ha dado, que bien creo que pasará de treinta mil escudos: de todo puedes gozar á tu sabor con libertad, quietud y descanso; y plegue al Cielo que sea por luengos y felices años: yo sin ventura, pues quedo sin Leonisa, gusto de quedar pobre, que á quien Leonisa le falta, la vida le sobra. Y en diciendo esto calló, como si al paladar se le hubiera pegado la lengua; pero desde alli á un poco, antes que ninguno hablase, dixo: Valgame Dios, y cómo los apretados trabajos turban los entendimientos! Yo, Señores, con el deseo que tengo de hacer bien, no he mirado lo que he dicho; porque no es posible que nadie pueda mostrarse liberal de lo ageno. Que jurisdiccion tengo yo en Leonisa para darla á otro? ó cómo puedo ofrecer lo que está tan lejos de ser mio? Leonisa es suya, y tan suya, que á faltarle sus padres (que felices años vivan) ningun oposito tuviera su voluntad; y aunque se pudieran oponer las obligaciones que

co-

como discreta debe de pensar que me tiene, desde aqui las cancelo, y doy por ningunas; y asi de lo dicho me desdigo, y no doy á Cornelio nada, pues no puedo, solo confirmo la manda de mi hacienda hecha á Leonisa, sin querer otra recompensa sino que tenga por verdaderos mis honestos pensamientos, y que crea de ellos que nunca se encaminaron á otro punto, que el que pide su incomparable honestidad, su valor, é infinita hermosura. Calló Ricardo en diciendo esto, á lo qual Leonisa respondió en esta manera: Si algun favor, ó Ricardo, imaginas que yo hice á Cornelio en el tiempo que tú andabas de mí enamorado y zeloso, imagina que fue tan honesto, como guiado por la voluntad y orden de mis padres, que atentos á que le moviesen á ser mi esposo, permitian que se los diese: si quedas de esto satisfecho, bien lo estarás de lo que de mí te ha mostrado la experiencia cerca de mi honestidad y recato: esto digo por darte á entender, Ricardo, que siempre fui mia, sin estar sujeta á otro que á mis padres, á quien ahora humildemente como es razon suplico me den licencia y libertad para disponer la que tu mucha valentia y liberalidad me ha dado. Sus padres dixeron que se la daban, porque fiaban de su mucha discrecion que usaria de ella de modo que siempre redundase en su honra, y en su provecho. Pues con esta licencia, prosiguió la discreta Leonisa, quiero que no se me haga de mal mostrarme desenvuelta á trueque de no mos-

trar-

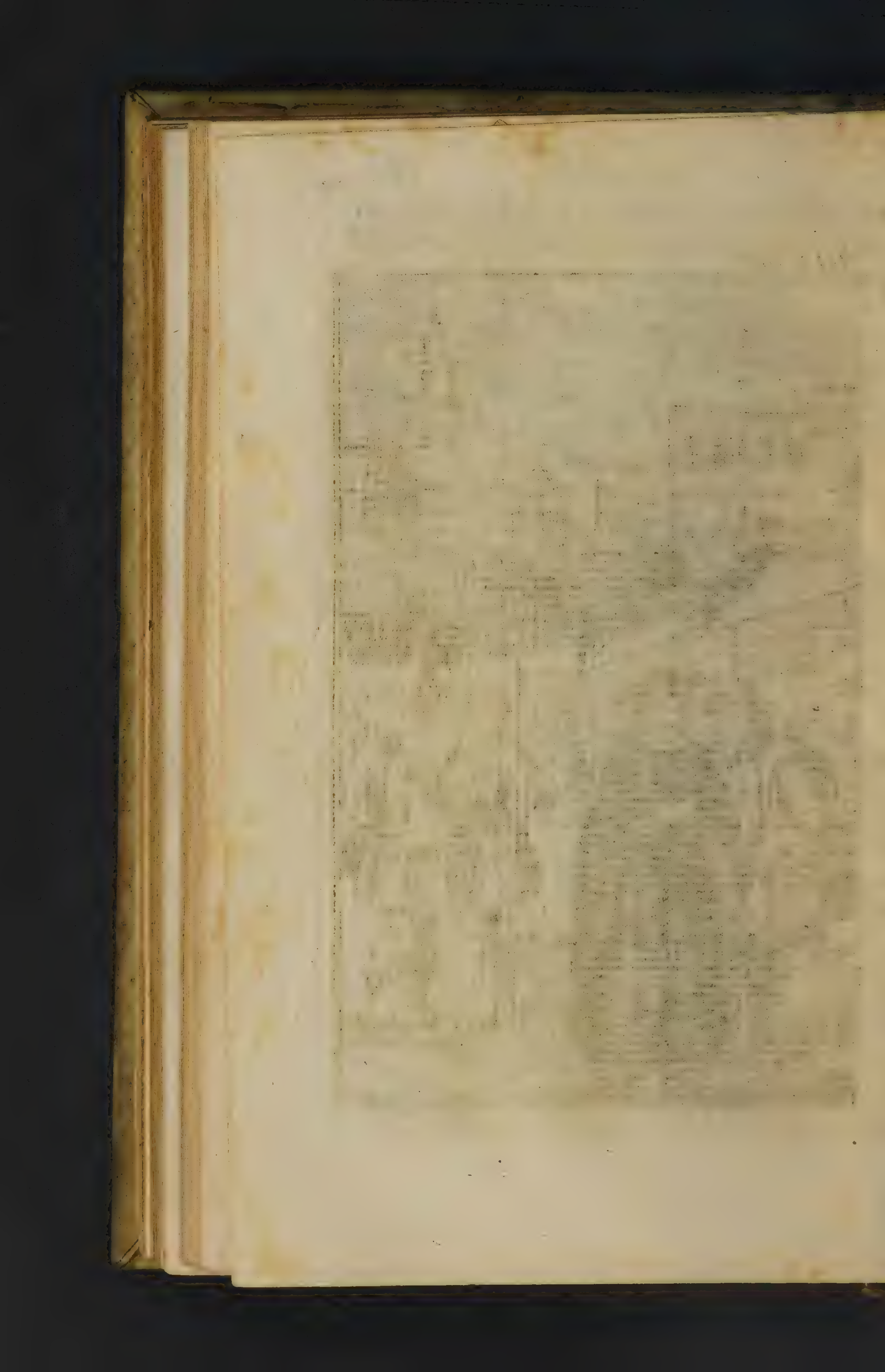
trarme desagradecida: y asi, ó valiente Ricardo, mi voluntad hasta aqui recatada, perplexa y dudosa se declara en favor tuyo; porque sepan los hombres, que no todas las mugeres son ingratas, mostrandome yo siquiera agradecida: tuya soy, Ricardo, y tuya seré hasta la muerte, si ya otro mejor conocimiento no te mueve á negar la mano, que de mi esposo te pido. Quedó como fuera de sí á estas razones Ricardo, y no supo ni pudo responder con otras á Leonisa, que con hincarse de rodillas ante ella, y besarle las manos que le tomó por fuerza muchas veces, bañandoselas en tiernas y amorosas lagrimas. Derramólas Cornelio de pesar, de alegria los padres de Leonisa, y de admiracion y de contento todos los circunstantes. Hallóse presente el Obispo ó Arzobispo de la Ciudad, y con su bendicion y licencia los llevó al Templo, y dispensando en el tiempo, los desposó en el mismo punto. Derramóse la alegria por toda la Ciudad, de la qual dieron muestras aquella noche infinitas luminarias, y otros muchos dias la dieron muchos juegos y regocijos que hicieron los parientes de Ricardo, y de Leonisa. Reconciliaronse con la Iglesia Mahamut, y Halima, la qual imposibilitada de cumplir su deseo de verse esposa de Ricardo, se contentó con serlo de Mahamut. Á sus padres, y á los sobrinos de Halima dió la liberalidad de Ricardo de las partes que le cupieron del despojo, suficientemente con que viviesen. Todos en fin quedaron muy con-

contentos, libres, y satisfechos; y la fama de Ricardo, saliendose de los terminos de Sicilia, se extendió por todos los de Italia, y de otras muchas partes, debaxo del nombre del Amante Liberal, y aun hasta hoy dura en los muchos hijos que tuvo en Leonisa, que fue exemplo raro de discrecion, honestidad, recato y hermosura.



To I P. 169.







Rinconete, y Cortadillo.

En la Venta de el Molinillo que está puesta en los fines de los campos de Alcudia como vamos de Castilla á la Andalucia, un dia de los calorosos del Verano se hallaron en ella acaso dos muchachos, de hasta edad de catorce á quince años el uno, y el otro no pasaba de diez y siete, ambos de buena gracia, pero muy descosidos, rotos y maltratados: capa no la tenian, los calzones eran de lienzo, y las medias de carne; bien es verdad que lo enmendaban los zapatos, porque los del uno eran alpargates, tan traidos como llevados, y los del otro picados y sin suelas, que mas le servian de cormas, que de zapatos. Traía el uno montera, el otro un mal sombrero, baxo de copa, y ancho de falda. Á la espalda, y ceñida por los pechos traía el uno una camisa de color de camuza, encerrada y recogida toda en una manga: el otro venia escueto, puesto que en el seno se le parecia un gran bulto, que á lo que despues pareció, era un cuello de los que llaman balonas almidonadas, almidonado con grasa, y tan deshilado de roto, que todo parecia hilachas: venian en él en-

envueltos y guardados unos naypes de figura ovada, porque de exercitarlos se les habian gastado las puntas, y porque durasen mas, se las cercenaron, y los dexaron de aquel talle. Estaban los dos quemados del Sol, las uñas cayreladas, y las manos no limpias. El uno tenia una media espada, y el otro un cuchillo de cachas amarillas; salieronse los dos á sestear en un portal ó cobertizo, que delante de la Venta se hace, y sentandose frontero el uno del otro, el que parecia de mas edad dixo al mas pequeño: De qué tierra es Vm. señor gentilhombre, y para dónde bueno camina? Mi tierra, señor caballero, respondió el preguntado, no la sé, ni para dónde camino tampoco. Pues en verdad, dixo el mayor, que no parece Vm. del Cielo, y que este no es lugar para hacer su asiento en él, que por fuerza se ha de pasar adelante. Asi es, respondió el mediano; pero yo he dicho verdad en lo que he dicho, porque mi tierra no es mia, pues no tengo en ella mas de un padre que no me tiene por hijo, y una madrastra que me trata como andado: el camino que llevo es á la ventura, y alli le daria fin donde hallase quien me diese lo necesario para pasar esta miserable vida. Y sabe Vm. algun oficio? preguntó el grande; y el menor respondió: No sé otro sino que corro como una liebre, y salto como un gamo, y corto de tixera muy delicadamente. Todo eso es muy bueno, util y provechoso, dixo el grande, porque habrá Sacristan que le dé á Vm. la ofrenda

da de todos Santos , porque para el jueves Santo le corte florones de papel para el Monumento. No es mi corte de esa manera , respondió el menor , sino que mi padre por la misericordia del Cielo es Sastre , y Calcetero , y me enseñó á cortar antiparas , que como Vm. bien sabe , son medias calzas con avampies , que por su propio nombre se suelen llamar polaynas , y cortolas tan bien , que en verdad que me podria exâminar de maestro , sino que la corta suerte me tiene arrinconado. Todo eso y mas acontece por los buenos , respondió el grande , y siempre he oido decir que las buenas habilidades son las mas perdídas ; pero aun edad tiene Vm. para enmendar su ventura : mas si yo no me engaño, y el ojo no me miente , otras gracias tiene Vm. secretas, y no las quiere manifestar. Sí tengo, respondió el pequeño; pero no son para en público, como Vm. ha muy bien apuntado. Á lo qual replicó el grande : Pues yo le sé decir que soy uno de los mas secretos mozos que en gran parte se puedan hallar ; y para obligar á Vm. que descubra su pecho y descanse conmigo , le quiero obligar con descubrirle el mio primero , porque imagino que no sin misterio nos ha juntado aqui la suerte, y pienso que habemos de ser desde ahora hasta el ultimo dia de nuestra vida verdaderos amigos. Yo , señor hidalgo , soy natural de Fuenfrida, lugar conocido y famoso por los ilustres pasageros que por él de continuo pasan : mi nombre es Pedro del Rincon , mi padre

es

es persona de calidad, porque es ministro de la Santa Cruzada, quiero decir que es Bulero, ó Buldero, como los llama el vulgo. Algunos dias le acompañé en el oficio, y le aprendí de manera, que no daria ventaja en echar las Bulas al que mas presumiese en ello; pero habiendome un dia aficionado mas al dinero de las Bulas, que á las mismas Bulas, me abracé con un talego, y di conmigo y con él en Madrid, donde con las comodidades que alli de ordinario se ofrecen, en pocos dias saqué las entrañas al talego, y le dexé con mas dobleces que pañizuelo de desposado. Vino el que tenia á cargo el dinero tras mí, prendieronme, tuve poco favor, aunque viendo aquellos señores mi poca edad, se contentaron con que me arrimasen á la aldabilla, y me mosqueasen las espaldas por un rato, y con que saliese desterrado por quatro años de la Corte: tuve paciencia, encogí los hombros, sufrí la tanda y mosqueo, y salí á cumplir mi destierro con tanta priesa, que no tuve lugar de buscar cabalgaduras. Tomé de mis alhajas las que pude, y las que me parecieron mas necesarias, y entre ellas saqué estos naypes (y á este tiempo descubrió los que se han dicho, que en el cuello traía) con los quales he ganado mi vida por los mesones y ventas que hay desde Madrid aqui, jugando á la veinte y una: y aunque Vm. los ve tan astrosos y maltratados, usan de una maravillosa virtud con quien los entiende, que no alzará que no quede un as debaxo; y si

Vm.

Vm. es versado en este juego, verá quanta ventaja lleva el que sabe que tiene cierto un as á la primera carta, que le puede servir de un punto, y de once, que con esta ventaja, siendo la veinte y una envidada, el dinero se queda en casa. Fuera de esto aprendí de un cocinero de un cierto embaxador ciertas tretas de quinolas y del parar, á quien tambien llaman el andaboba; que asi como Vm. se puede exâminar en el corte de sus antiparas, asi puedo ser yo maestro en la ciencia villanesca: con esto voy seguro de no morir de hambre, porque aunque llegue á un cortijo, hay quien quiera pasar el tiempo jugando un rato, y de esto hemos de hacer luego la experiencia los dos: armemos la red, y veamos si cae algun paxaro de estos arrieros que aqui hay; quiero decir, que juguemos los dos á la veinte y una como si fuese de veras, que si alguno quisiere ser tercero, él será el primero que dexe la pecunia. Sea en buen hora, dixo el otro, y en merced muy grande tengo la que Vm. me ha hecho en darme cuenta de su vida, con que me ha obligado á que yo no le encubra la mia, que diciendola mas breve, es esta: Yo nací en el Pedroso, lugar puesto entre Salamanca, y Medina del Campo: mi padre es Sastre, enseñóme su oficio, y de corte de tixera con mi buen ingenio salté á cortar bolsas: enfadóme la vida estrecha de la aldea, y el desamorado trato de mi madrastra: dexé mi pueblo, vine á Toledo á exercitar mi oficio, y en él he hecho ma-

ra-

ravillas; porque no pende relicario de toca, ni hay faltriquera tan escondida, que mis dedos no visiten, ni mis tixeras no corten, aunque le estén guardando con los de Argos: y en quatro meses que alli estuve, nunca fui cogido entre puertas, ni sobresaltado, ni corrido de corchetes, ni soplado de ningun cañuto: bien es verdad, que habrá ocho dias que una espia doble dió noticia de mi habilidad al Corregidor, el qual aficionado á mis buenas partes quisiera verme; mas yo que por ser humilde no quiero tratar con personas tan graves, procuré de no verme con él, y asi salí de la Ciudad con tanta priesa que no tuve lugar de acomodarme de cabalgaduras, ni blancas, ni de algun coche de retorno, ó por lo menos de un carro. Esto se borre, dixo Rincon, y pues ya nos conocemos, no hay para que aquesas grandezas, ni altiveces: confesemos llanamente que no teniamos blanca, ni aun zapatos. Sea asi, respondió Diego Cortado (que asi dixo el menor que se llamaba) y pues nuestra amistad, como Vm. señor Rincon, ha dicho, ha de ser perpetua, comencemosla con santas y loables ceremonias: y levantandose Diego Cortado, abrazó á Rineon, y Rincon á él tierna y estrechamente, y luego se pusieron los dos á jugar á la veinte y una con los ya referidos naypes, limpios de polvo y de paja, mas no de grasa y malicia; y á pocas manos alzaba tan bien por el as Cortado, como Rincon su maestro. Salió en esto al portal un

ar–

arriero, y pidió querer hacer tercio; acogieronle de buena gana, y en menos de media hora le ganaron doce reales y veinte y dos maravedis, que fue darle doce lanzadas, y veinte y dos mil pesadumbres: y creyendo el arriero que por ser muchachos no se lo defenderian, quiso quitarles el dinero; mas ellos poniendo el uno mano á su media espada, y el otro al de las cachas amarillas, le dieron tanto que hacer, que á no salir sus compañeros, sin duda lo pasara harto mal. Á esta sazon pasaron acaso por el camino una tropa de caminantes á caballo, que iban á sestear á la Venta del Alcalde que está media legua mas adelante, los quales viendo la pendencia del arriero con los dos muchachos, los apaciguaron, y les dixeron que si acaso iban á Sevilla, que se viniesen con ellos. Allá vamos, dixo Rincon, y servirémos á vuesas mercedes en todo quanto nos mandaren: y sin mas detenerse saltaron delante de las mulas, y se fueron con ellos, dexando al arriero agraviado y muy enojado, y á la ventera admirada de la buena crianza de los picaros, que les habia estado oyendo su platica, sin que ellos advirtiesen en ello; y quando dixo al arriero, que les habia oido decir que los naypes que traian eran falsos, se pelaba las barbas, y quisiera ir á la Venta tras ellos á cobrar su hacienda, porque decia que era grandisima afrenta y caso de menos valer, que dos muchachos hubiesen engañado á un hombrazo tan grande como él: sus compañe-

ñeros le detuvieron, y le aconsejaron que no fuese, siquiera por no publicar su inhabilidad y grande simpleza. En fin tales razones le dixeron, que aunque no le consolaron, le obligaron á quedarse. En esto Cortado, y Rincon se dieron tan buena maña en servir á los caminantes, que lo mas del camino los llevaban á las ancas; y aunque se les ofrecian algunas ocasiones de tentar las balijas de sus medios amos, no las admitieron por no perder la ocasion tan buena del viage de Sevilla, donde ellos tenian grande deseo de verse: con todo esto á la entrada de la Ciudad, que fue á la Oracion, y por la puerta de la Aduana á causa del registro y almoxarifazgo que se paga, no se pudo contener Cortado de no cortar la balija ó maleta que á las ancas traía un Frances de la camarada; y asi con el de sus cachas le dió tan larga y profunda herida, que se parecian patentemente las entrañas, y sutilmente sacó dos camisas buenas, un relox de Sol, y un librito de memoria, cosas que quando las vieron, no les dieron mucho gusto; y pensando que pues el Frances llevaba á las ancas aquella maleta, no la habia de haber ocupado con tan poco peso como era el que tenian aquellas preseas, quisieran volver á darle otro tiento; pero no lo hicieron, imaginando que ya lo habrian echado menos, y puesto en recaudo lo que quedaba. Habianse despedido antes que el salto hiciesen, de los que hasta alli los habian sustentado; y otro dia vendieron las

ca-

camisas en el malbaratillo que se hace fuera de la puerta del Arenal, y de ellas hicieron veinte reales. Hecho esto, se fueron á ver la Ciudad, y admiróles la grandeza y suntuosidad de su Mayor Iglesia, el gran concurso de gente del rio, porque era tiempo de flota, y habia en él seis Galeras, cuya vista les hizo suspirar y aun temer el dia que sus culpas les habian de traer á morar en ellas: echaron de ver los muchos muchachos de la esportilla que por alli andaban; informandose de uno de ellos qué oficio era aquel, y si era de mucho trabajo, y de qué ganancia? Un muchacho Asturiano, que fue á quien le hicieron la pregunta, respondió que el oficio era descansado, y de que no se pagaba alcabala, y que algunos dias salia con cinco y con seis reales de ganancia, con que comia, y bebia, y triunfaba como cuerpo de Rey, libre de buscar amo á quien dar fianzas, y seguro de comer á la hora que quisiese, pues á todas lo hallaba en el mas minimo bodegon de toda la Ciudad. No les pareció mal á los dos amigos la relacion del Asturiano, ni les descontentó el oficio, por parecerles que venia como de molde para poder usar el suyo con cubierta y seguridad, por la comodidad que ofrecia de entrar en todas las casas; y luego determinaron de comprar los instrumentos necesarios para usarle, pues lo podian usar sin exâmen. Y preguntandole al Asturiano qué habian de comprar? les respondió que sendos costales pequeños, limpios, ó nuevos, y cada

uno tres espuertas de palma, dos grandes, y una pequeña, en las quales se repartia la carne, pescado, y fruta, y en el costal el pan, y él los guió donde lo vendian, y ellos del dinero de la galima del Francés lo compraron todo; y dentro de dos horas pudieran estar graduados en el nuevo oficio segun les ensayaban las esportillas, y asentaban los costales. Avisóles su adalid de los puestos donde habian de acudir: por las mañanas á la carniceria, y á la plaza de San Salvador; los dias de pescado á la pescaderia, y á la costanilla; por las tardes al rio; los jueves á la feria. Toda esta leccion tomaron bien de memoria, y otro dia bien de mañana se plantaron en la plaza de San Salvador, y apenas hubieron llegado, quando los rodearon otros mozos del oficio, que por lo flamante de los costales y espuertas vieron ser nuevos en la plaza; hicieronles mil preguntas, y á todas respondieron con gran discrecion: en esto llegaron un medio Estudiante y un Soldado, y aficionados de la limpieza de las espuertas de los dos novatos, el que parecia Estudiante llamó á Cortado, y el Soldado á Rincon. En nombre sea de Dios, dixeron ambos: para bien se comience el oficio, dixo Rincon, que Vm. me estrena, Señor mio. Á lo qual respondió el Soldado: La estrena no será mala, porque estoy de ganancia, y soy enamorado, y tengo de hacer hoy banquete á unas amigas de mi señora. Pues cargue Vm. á su gusto, que animo tengo y fuerzas para llevarme

to-

toda esta plaza, y aun si fuere menester que ayude á guisarlo, lo haré de muy buena voluntad. Contentóse el Soldado de la buena gracia del mozo, y dixole que si queria servir, que él le sacaria de aquel abatido oficio: á lo qual respondió Rincon, que por ser aquel dia el primero que le usaba, no le queria dexar tan presto hasta ver á lo menos lo que tenia de malo ó bueno; y quando no le contentase, él daba su palabra de servirle antes á él que á un Canonigo. Rióse el Sòldado, cargóle muy bien, mostróle la casa de su dama para que la supiese de alli adelante, y él no tuviese necesidad, quando otra vez le enviase, de acompañarle. Rincon prometió fidelidad, y buen trato: dióle el Soldado tres quartos, y en un vuelo volvió á la plaza por no perder coyuntura, porque tambien de esta diligencia les advirtió el Asturiano, y de que quando llevasen pescado menudo, conviene á saber, albures, sardinas, ó acedias, bien podian tomar algunas, y hacerlas la salva, siquiera para el gasto de aquel dia; pero que esto habia de ser con toda sagacidad, porque no se perdiese el credito que era lo que mas importaba en aquel oficio. Por presto que volvió Rincon, ya halló en el mismo puesto á su compañero Cortado. Llegóse Cortado á Rincon, y preguntóle que cómo le habia ido? Rincon abrió la mano, y mostróle los tres quartos. Cortado entró la suya en el seno, y sacó una bolsilla que mostraba haber sido de ambar en los tiempos

pasados; venia algo hinchada, y dixo: Con esta me pagó su reverencia del Estudiante, y con dos quartos; mas tomadla vos, Rincon, por lo que puede suceder. Y habiendosela ya dado secretamente, veis aqui do vuelve el Estudiante trasudando y turbado de muerte, y viendo á Cortado, le dixo si acaso habia visto una bolsa de tales y tales señas, que con quince escudos de oro en oro, y con tres reales de á dos, y tantos maravedis en quartos y en ochavos le faltaba, y que le dixese si la habia tomado en el entretanto que con él habia andado comprando? Á lo qual con gran disimulo, sin alterarse ni demudarse en nada, respondió Cortado: Lo que yo sabré decir de esa bolsa, es que no debe de estar perdída, si ya no es que Vm. la puso á mal recaudo. Eso es ello, pecador de mí, respondió el Estudiante, que la debí de poner á mal recaudo, pues me la hurtaron. Lo mismo digo yo, dixo Cortado; pero para todo hay remedio sino para la muerte, y el que Vm. podrá tomar, es lo primero y principal tener paciencia, que de menos nos hizo Dios, y un dia viene tras otro dia, y donde las dan las toman, y podria ser que con el tiempo el que llevó la bolsa se viniese á arrepentir, y se la volviese á vuesa merced sahumada. El sahumerio le perdonariamos, respondió el Estudiante, y Cortado prosiguió diciendo: Quanto mas, que cartas de descomunion hay, paulinas, y buena diligencia, que es madre de la buenaventura; aunque á la

ver-

verdad no quisiera yo ser el llevador de tal bolsa, porque si es que Vm. tiene algun Orden Sacro, parecermeïa á mí que habia cometido algun grande incesto ó sacrilegio. Y cómo que ha cometido sacrilegio? dixo á esto el dolorido Estudiante; que puesto que yo no soy Sacerdote sino Sacristan de unas Monjas, el dinero de la bolsa era del tercio de una Capellania que me dió á cobrar un Sacerdote amigo mio, y es dinero sagrado y bendito. Con su pan se lo coma, dixo Rincon á este punto, no le arriendo la ganancia, dia del juicio hay donde todo saldrá en la colada, y entonces se verá quien fue Callejas, y el atrevido que se atrevió á hurtar y menoscabar el tercio de la Capellania. Y quánto renta cada año, digame señor Sacristan por su vida? Renta la puta que me parió; y estoy yo ahora para decir lo que renta? respondió el Sacristan con algun tanto de demasiada colera: decidme, hermano, si sabeis algo, si no quedad con Dios, que yo la quiero hacer pregonar. No me parece mal remedio ese, dixo Cortado; pero advierta Vm. no se le olviden las señas de la bolsa, ni la cantidad puntualmente del dinero que va en ella, que si yerra en un ardite, no parecerá en dias del mundo, y esto le doy por hado. No hay que temer de eso, dixo el Sacristan, que lo tengo mas en la memoria que el tocar de las campanas, no me erraré en un atomo. Sacó en esto de la faltriquera un pañuelo randado para limpiarse el sudor que le llovia de

su

su rostro como de alquitara; y apenas le hubo visto Cortado, quando lo marçó por suyo: y habiendose ido el Sacristan, Cortado le siguió y le alcanzó en las gradas, donde le llamó aparte, y alli le comenzó á decir tantos disparates al modo de lo que llaman bernardinas, cerca del hurto, y hallazgo de su bolsa, dandole buenas esperanzas sin concluir jamas razon que comenzase, que el pobre Sacristan estaba embelesado escuchandole; y como no acababa de entender lo que le decia, hacia que le repitiese la razon dos y tres veces. Estabale mirando Cortado á la cara atentamente, y no quitaba los ojos de sus ojos: el Sacristan le miraba de la misma manera, estando colgado de sus palabras. Este tan grande embelesamiento dió lugar á Cortado que concluyese su obra, y sutilmente le sacó el pañuelo de la faltriquera, y despidiendose de él, le dixo que á la tarde procurase de verle en aquel puesto; porque él traía entre ojos que un muchacho de su mismo oficio y de su mismo tamaño, que era algo ladroncillo, le habia tomado la bolsa, y que él se obligaba á saberlo dentro de pocos ú de muchos dias. Con esto se consoló algo el Sacristan, y se despidió de Cortado, el qual se vino donde estaba Rincon que todo lo habia estado mirando un poco apartado de él; y mas abaxo estaba otro mozo de la esportilla que vió todo lo que habia pasado, y como Cortado daba el pañuelo á su camarada Rincon, y llegandose á ellos les dixo asi: Diganme, Señores

res

res galanes, voacedes son de mala entrada ó no? No entendemos esa razon, Señor galan, respondió Rincon. Qué no entreban, Señores murcios? respondió el otro: No somos de Teba, ni de Murcia, dixo Cortado; si otra cosa quiere, digala, si no vayase con Dios. No lo entienden? dixo el mozo, pues yo se lo daré á entender y á beber con una cuchara: quiero decir, Señores, si son vuesas mercedes ladrones, mas no sé para qué les pregunto esto, pues sé ya que lo son; mas diganme, cómo no han ido al aduana del Señor Monipodio? Pagase en esta tierra almoxarifazgo de ladrones, Señor galan? dixo Rincon. Si no se paga, respondió el mozo, á lo menos registranse ante el Señor Monipodio, que es su padre, su maestro, y su amparo; y asi les aconsejo que se vengan conmigo á darle la obediencia con tiempo, ó si no, no se atrevan á hurtar sin su señal que les costará caro. Yo pensé, dixo Cortado, que el hurtar era oficio libre, horro de pecho y alcabala, y que si se paga es por junto, dando por fiadores á la garganta, y á las espaldas; pero pues asi es, y en cada tierra hay su uso, guardemos nosotros el de esta, que por ser la mas principal del mundo será el mas acertado de todo él: y asi puede vuesa merced guiarnos donde está ese caballero que dice, que ya yo tengo barruntos de que es muy calificado, y generoso, y ademas habil en el oficio. Y cómo que es calificado, habil, y suficiente? respondió el mozo: eslo tanto, que en

qua-

quatro años que ha que tiene el cargo de ser nuestro mayor y padre, no han padecido sino quatro en el in finibus terræ, y obra de treinta envesados, y de sesenta y dos en gurapas. En verdad, Señor, dixo Rincon, que asi entendemos esos nombres, como volar. Comencemos á andar, que yo los iré declarando por el camino, respondió el mozo, con otros algunos que asi les conviene el saberlos, como el pan de la boca: y asi les fue diciendo y declarando otros nombres de los que ellos llaman Germanescos ú de la Germania, en el discurso de su platica que no fue corta, porque el camino era largo, en el qual dixo Rincon á su guia: Es vuesa merced por ventura ladron? Sí, respondió él, para servir á Dios, y á la buena gente; aunque no de los muy cursados, que todavia estoy en el año del noviciado. Á lo qual respondió Cortado: Cosa nueva es para mí, que haya ladrones en el mundo para servir á Dios, y á la buena gente. Á lo qual respondió el mozo: Señor, yo no me meto en teologias, lo que sé es, que cada uno en su oficio puede alabar á Dios, y mas con la orden que tiene dada Monipodio á todos sus ahijados. Sin duda, dixo Rincon, debe de ser buena y santa, pues hace que los ladrones sirvan á Dios. Es tan santa y buena, replicó el mozo, que no sé yo si se podrá mejorar en nuestro arte. Él tiene ordenado que de lo que hurtaremos demos alguna cosa ó limosna á él para aceyte de la lampara de una devota Imagen que está en

es-

esta Ciudad, y en verdad que hemos visto grandes cosas por esta buena obra; que los dias pasados dieron tres ansias á un quatrero que habia murciado dos roznos, y con estar flaco y quartanario, asi las sufrió sin cantar como si fueran nada, y esto atribuimos los de el arte á su buena devocion, porque sus fuerzas no eran bastantes para sufrir el primer desconcierto del verdugo: y porque sé que me han de preguntar algunos vocablos de los que he dicho, quiero curarme en salud, y decirselo antes que me lo pregunten. Sepan voacedes que quatrero es ladron de bestias; ansia es el tormento; roznos los asnos hablando con perdon; primer desconcierto es las primeras vueltas del cordel que da el verdugo. Tenemos mas, que rezamos nuestro Rosario, repartido en toda la semana, y algunos de nosotros no hurtamos el dia de viernes, ni tenemos conversacion con muger que se llame Maria el dia del sabado. De perlas me parece todo eso, dixo Cortado; pero digame Vm. hacese otra restitucion, ó otra penitencia mas de la dicha? En eso de restituir no hay que hablar, respondió el mozo, porque es cosa imposible por las muchas partes en que se divide lo hurtado, llevando cada uno de los ministros y contrayentes la suya, y asi el primer hurtador no puede restituir nada; quanto mas, que no hay quien nos mande hacer esta diligencia á causa que nunca nos confesamos, y si sacan cartas de excomunion, jamas llegan á nuestra noticia,

por-

porque jamas vamos á la Iglesia al tiempo que se leen, sino es los dias de Jubileo por la ganancia que nos ofrece el concurso de tanta gente. Y con solo eso que hacen, dicen esos Señores, dixo Cortado, que su vida es santa y buena? Pues qué tiene de mala? replicó el mozo; no es peor ser herege, ó matar á su padre, y madre, ó ser solomico? Sodomita querrá decir Vm., respondió Rincon. Eso digo, dixo el mozo. Todo es malo, replicó Cortado; pero pues nuestra suerte ha querido que entremos en esta cofradia, Vm. alargue el paso, que muero por verme con el Señor Monipodio, de quien tantas virtudes se cuentan. Presto se les cumplirá su deseo, dixo el mozo, que ya desde aqui se descubre su casa: vuesas mercedes se queden á la puerta, que yo entraré á ver si está desocupado, porque estas son las horas quando él suele dar audiencia. En buena sea, dixo Rincon; y adelantandose un poco el mozo, entró en una casa no muy buena, sino de muy mala apariencia, y los dos se quedaron esperando á la puerta: él salió luego y los llamó, y ellos entraron, y su guia les mandó esperar en un pequeño patio ladrillado que de puro limpio y aljofifado parecia que vertia carmin de lo mas fino: al un lado estaba un banco de tres pies, y al otro un cantaro desbocado con un jarrillo encima no menos falto que el cantaro: á otra parte estaba una estera de enea, y en el medio un tiesto que en Sevilla llaman maceta de albahaca. Miraban los mozos atentamente

te

te las alhajas de la casa en tanto que baxaba el Señor Monipodio, y viendo que tardaba, se atrevió Rincon á entrar en una sala baxa de dos pequeñas que en el patio estaban, y vió en ella dos espadas de esgrima, y dos broqueles de corcho pendientes de quatro clavos, y una arca grande sin tapa ni cosa que la cubriese, y otras tres esteras de enea tendidas por el suelo: en la pared frontera estaba pegada una Imagen de nuestra Señora de estas de mala estampa, y mas abaxo pendia una esportilla de palma, y encaxada en la pared una almofia blanca, por do coligió Rincon que la esportilla servia de cepo para limosna, y la almofia de tener agua bendita; y asi era la verdad. Estando en esto entraron en la casa dos mozos de hasta veinte años cada uno, vestidos de estudiantes, y de alli á poco dos de la esportilla, y un ciego, y sin hablar palabra ninguna, se comenzaron á pasear por el patio. No tardó mucho quando entraron dos viejos de bayeta con anteojos que los hacia graves y dignos de ser respetados, con sendos Rosarios de sonadoras cuentas en las manos: luego entró una vieja halduda, y sin decir nada se fue á la sala, y habiendo tomado agua bendita con gran devocion, se puso de rodillas ante la Imagen, y al cabo de una buena pieza, habiendo primero besado tres veces el suelo, y levantado los brazos y los ojos al Cielo otras tantas, se levantó y echó su limosna en la esportilla, y se salió con los demas al patio. En resolucion en poco espa-

cio

cio se juntaron en el patio hasta catorce personas de diferentes trages y oficios. Llegaron tambien de los postreros dos bravos y bizarros mozos, de bigotes largos, sombreros de grande falda, cuellos á la valona, medias de color, ligas de gran balumba, espadas de mas de marca, sendos pistoletes cada uno en lugar de dagas, y sus broqueles pendientes de la pretina: los quales asi como entraron, pusieron los ojos de través en Rincon, y Cortado, á modo de que los extrañaban y no conocian; y llegandose á ellos, les preguntaron si eran de la cofradia? Rincon respondió que sí, y muy servidores de sus mercedes. Llegóse en esto la sazon y punto en que baxó el Señor Monipodio, tan esperado como bien visto de toda aquella virtuosa compañia. Parecia de edad de quarenta y cinco años, alto de cuerpo, moreno de rostro, cejijunto, barbinegro muy espeso, los ojos hundidos. Venia en camisa, y por la abertura de delante descubria un bosque, tanto era el bello que tenia en el pecho: traía cubierta una capa de bayeta casi hasta los pies, en los quales traía unos zapatos enchancletados; cubrianle las piernas unos zaragüelles de lienzo anchos y largos hasta los tobillos; el sombrero era de los de la hampa, campanudo de copa y tendido de falda; atravesabale un tahalí por espalda y pechos, á do colgaba una espada ancha y corta á modo de las del perrillo; las manos eran cortas y pelosas, los dedos gordos, y las uñas hembras y rema-

cha-

chadas; las piernas no se le parecian, pero los pies eran descomunales de anchos, y ajuanetados. En efecto él representaba el mas rustico y disforme barbaro del mundo. Baxó con él la guia de los dos, y trabandoles de las manos, los presentó á Monipodio, diciendole: estos son los dos buenos mancebos que á Vm. dixe, mi Seor Monipodio, Vm. los desamine, y verá como son dignos de entrar en nuestra congregacion. Eso haré yo de muy buena gana, respondió Monipodio. Olvidabaseme de decir que asi como Monipodio baxó, al punto todos los que aguardandole estaban, le hicieron una larga reverencia, excepto los dos bravos, que á medio mogate (como entre ellos se dice) se quitaron los capelos, y luego volvieron á su paseo. Por una parte del patio y por la otra se paseaba Monipodio, el qual preguntó á los nuevos el exercicio, la patria, y padres. Rincon respondió: El exercicio ya está dicho, pues venimos ante Vm.: la patria no me parece de mucha importancia decirla, ni los padres tampoco, pues no se ha de hacer informacion para recibir algun habito. Á lo qual respondió Monipodio: Vos, hijo, estais en lo cierto, y es cosa muy acertada encubrir eso que decís, porque si la suerte no corriere como debe, no es bien que quede asentado debaxo de signo de Escribano ni en el libro de las entradas: fulano hijo de fulano, vecino de tal parte, tal dia le ahorcaron, ó le azotaron, ó otra cosa semejante, que por lo menos suena

mal

mal á los buenos oidos: y así torno á decir que es provechoso documento callar la patria, encubrir los padres, y mudar los nombres; aunque para entre nosotros no ha de haber nada encubierto, y solo ahora quiero saber los nombres de los dos. Rincon dixo el suyo, y Cortado tambien. Pues de aqui adelante, respondió Monipodio, quiero y es mi voluntad que vos, Rincon, os llameis Rinconete; y vos, Cortado, Cortadillo, que son nombres que asientan como de molde á vuestra edad, y á nuestras ordenanzas, debaxo de las quales cae tener necesidad de saber el nombre de los padres de nuestros cofrades; porque tenemos de costumbre de hacer decir cada año ciertas Misas por las animas de nuestros difuntos y bienhechores, sacando el estipendio para la limosna de quien las dice, de alguna parte de lo que se garbea; y estas tales Misas asi dichas como pagadas, dicen que aprovechan á las tales animas por via de naufragio: y caen debaxo de nuestros bienhechores el procurador que nos defiende, el guro que nos avisa, el verdugo que nos tiene lastima, el que quando alguno de nosotros va huyendo por la calle, y detras le van dando voces, al ladron, al ladron, detenganle, detenganle, uno se pone en medio, y se opone al raudal de los que le siguen, diciendo: Dexenle al cuitado, que harta mala ventura lleva, allá se lo haya, castiguele su pecado. Son tambien bienhechoras nuestras las socorridas, que de su sudor nos socor-

ren

ren asi en la trena como en las guras; y tambien lo son nuestros padres, y madres que nos echan al mundo; y el Escribano que si anda de buena, no hay delito que sea culpa, ni culpa á quien se dé mucha pena: y por todos estos que he dicho, hace nuestra hermandad cada año su adversario con la mayor popa y soledad que podemos. Por cierto, dixo Rinconete (ya confirmado con este nombre) que es obra digna del altisimo y profundisimo ingenio que hemos oido decir que Vm., Señor Monipodio, tiene; pero nuestros padres aun gozan de la vida, si en ella les alcanzaremos, darémos luego noticia á esta felicisima y abonada confraternidad para que por sus almas se les haga ese naufragio ó tormenta, ó ese adversario que Vm. dice, con la solemnidad y pompa acostumbrada; si ya no es que se hace mejor con popa y soledad, como tambien apuntó Vm. en sus razones. Asi se hará, ó no quedará pedazo de mí, replicó Monipodio, y llamando á la guia, le dixo: Ven acá, Ganchuelo, están puestas las postas? Sí, dixo la guia, que Ganchuelo era su nombre, tres centinelas quedan avizorando, y no hay que temer que nos cojan de sobresalto. Volviendo pues á nuestro proposito, dixo Monipodio: Querria saber, hijos, lo que sabeis, para daros el oficio y exercicio conforme á vuestra inclinacion y habilidad. Yo, respondió Rinconete, sé un poquito de floreo de Vilhano; entiendeseme el reten; tengo buena vista para el humillo; juego bien de la

so-

sola, de las quatro, y de las ocho; no se me va por pies el raspadillo, berrugueta, y el colmillo; entrome por la boca del lobo como por mi casa, y atreveriame á hacer un tercio de chanza mejor que un tercio de Napoles, y á dar un astillazo al mas pintado mejor que dos reales prestados. Principios son, dixo Monipodio, pero todas esas son flores de cantueso viejas y tan usadas que no hay principiante que no las sepa, y solo sirven para alguno que sea tan blanco, que se dexe matar de media noche abaxo; pero andará el tiempo, y vernos hemos, que asentando sobre ese fundamento media docena de liciones, yo espero en Dios que habeis de salir oficial famoso, y aun quizá maestro. Todo será para servir á Vm., y á los Señores Cofrades, respondió Rinconete. Y vos, Cortadillo, qué sabeis? preguntó Monipodio. Yo, respondió Cortadillo, sé la treta que dicen metedos, y sacacinco, y sé dar tiento á una faltriquera con mucha puntualidad y destreza. Sabeis mas? dixo Monipodio. No por mis grandes pecados, respondió Cortadillo. No os aflijais, hijo, replicó Monipodio, que á puerto y á escuela habeis llegado, donde ni os anegareis, ni dexareis de salir muy aprovechado en todo aquello que mas os conviene. Y en esto del animo cómo os vá, hijos? Cómo nos ha de ir, respondió Rinconete, sino muy bien? animo tenemos para acometer qualquiera empresa de las que tocaren á nuestro arte y exercicio. Está bien, replicó Monipodio;

pe-

pero querria yo que tambien le tuviesedes para sufrir, si fuese menester, media docena de ansias, sin desplegar los labios, y sin decir esta boca es mia. Ya sabemos aqui, dixo Cortadillo, Señor Monipodio, qué quiere decir ansias, y para todo tenemos animo, porque no somos tan ignorantes, que no se nos alcance que lo que dice la lengua, paga la gorja; y harta merced le hace el Cielo al hombre atrevido (por no darle otro titulo) que le dexa en su lengua su vida, ó su muerte, como si tuviese mas letras un no que un sí. Alto, no es menester mas, dixo á esta sazon Monipodio: digo que sola esa razon me convence, me obliga, me persuade, y me fuerza á que desde luego asenteis por cofrades mayores, y que se os sobrelleve el año de el noviciado. Yo soy de ese parecer, dixo uno de los bravos, y á una voz lo confirmaron todos los presentes que toda la platica habian estado escuchando, y pidieron á Monipodio que desde luego les concediese y permitiese gozar de las inmunidades de su cofradia, porque su presencia agradable y su buena platica lo merecia todo. Él respondió que por darles contento á todos, desde aquel punto se las concedia, advirtiendoles que las estimasen en mucho, porque era no pagar media anata del primer hurto que hiciesen; no hacer oficios menores en todo aquel año, es á saber, no llevar recaudo de ningun hermano mayor á la carcel, ni á la casa de parte de sus contribuyentes; piar el turco puro;

hacer banquete quando, como y adonde quisieren, sin pedir licencia á su mayoral; entrar á la parte desde luego con lo que entruxasen los hermanos mayores como uno de ellos: y otras cosas que ellos tuvieron por merced señaladisima, y los demas con palabras muy comedidas las agradecieron mucho. Estando en esto, entró un muchacho corriendo y desalentado, y dixo: El Alguacil de vagamundos viene encaminado á esta casa; pero no trae consigo gurullada. Nadie se alborote, dixo Monipodio, que es amigo, y nunca viene por nuestro daño: sosieguense, que yo le saldré á hablar. Todos se sosegaron, que ya estaban algo alborotados, y Monipodio salió á la puerta, do halló al Alguacil, con el qual estuvo hablando un rato, y luego volvió á entrar Monipodio, y preguntó: Á quién le cupo hoy la plaza de San Salvador? Á mí, dixo el de la guia. Pues cómo, dixo Monipodio, no se me ha manifestado una bolsa de ambar, que esta mañana en aquel parage dió al traste con quince escudos de oro y dos reales de á dos, y no sé quantos quartos? Verdad es, dixo la guia, que hoy faltó esa bolsa; pero yo no la he tomado, ni puedo imaginar quien la tomase. No hay levas conmigo, replicó Monipodio, la bolsa ha de parecer, porque la pide el Alguacil, que es amigo y nos hace mil placeres al año: tornó á jurar el mozo que no sabía de ella: comenzó á encolerizarse Monipodio de manera, que parecia que fuego vivo lanzaba por los ojos, diciendo:

do: Nadie se burle con quebrantar la mas minima cosa de nuestra orden, que le costará la vida: manifiestese la cica, y si se encubre por no pagar los derechos, yo le daré enteramente lo que le toca, y pondré lo demas de mi casa, porque en todas maneras ha de ir contento el Alguacil. Tornó de nuevo á jurar el mozo, y á maldecirse, diciendo que él no habia tomado tal bolsa, ni vistola de sus ojos: todo lo qual fue poner mas fuego á la colera de Monipodio, y dar ocasion á que toda la junta se alborotase, viendo que se rompian sus estatutos y buenas ordenanzas. Viendo pues Rinconete tanta disension y alboroto, parecióle que sería bien sosegarle, y dar contento á su mayor que reventaba de rabia; y aconsejandose con su amigo Cortadillo, con parecer de entrambos sacó la bolsa del Sacristan, y dixo: Cese toda qüestion, mis Señores, que esta es la bolsa, sin faltarle nada de lo que el Alguacil manifiesta, que hoy mi camarada Cortadillo le dió alcance con un pañuelo que al mismo dueño se le quitó por añadidura: luego sacó Cortadillo el pañizuelo, y lo puso de manifiesto. Viendo lo qual Monipodio, dixo: Cortadillo el bueno (que con este titulo y renombre ha de quedar de aqui adelante) se quede con el pañuelo, y á mi cuenta se quede la satisfaccion de este servicio, y la bolsa se ha de llevar el Alguacil, que es de un Sácristan pariente suyo, y cumplase aquel refran que dice: No es mucho que á quien te da la gallina entera,

ra, tú des una pierna de ella; mas disimula este buen Alguacil en un dia, que nosotros le podemos ni solemos dar en ciento. De comun consentimiento aprobaron todos la hidalguia de los dos modernos, y la sentencia y parecer de su mayoral, el qual salió á dar la bolsa al Alguacil, y Cortadillo se quedó confirmado con el renombre de bueno, bien como si fuera Don Alonso Perez de Guzman el Bueno, que arrojó el cuchillo por los muros de Tarifa para degollar á su unico hijo. Al volver que volvió Monipodio, entraron con él dos mozas, afeytados los rostros, llenos de color los labios, y de albayalde los pechos, cubiertas con medios mantos de anascote, llenas de desenfado y desvergüenza: señales claras por donde en viendolas Rinconete, y Cortadillo, conocieron que eran de la casa llana, y no se engañaron en nada; y asi como entraron se fueron con los brazos abiertos la una á Chiquiznaque, y la otra á Maniferro, que estos eran los nombres de los dos bravos, y el de Maniferro era porque traía una mano de hierro en lugar de otra que le habian cortado por justicia: ellos las abrazaron con gran regocijo, y les preguntaron si traían algo con que remojar la canal maestra? Pues habia de faltar, diestro mio? respondió la una que se llamaba la Gananciosa, no tardará mucho en venir Silvatillo tu trainel con la canasta de colar atestada de lo que Dios ha sido servido: y asi fue verdad, porque al instante vino un muchacho con una canasta de

co-

colar cubierta con una sabana. Alegraronse todos con la entrada de Silvato, y al momento mandó sacar Monipodio una de las esteras de enea que estaban en el aposento, y tenderla en medio del patio: y ordenó asimismo que todos se sentasen á la redonda, porque en cortando la colera se trataria de lo que mas conviniese. Á esto dixo la vieja que habia rezado á la Imagen: Hijo Monipodio, yo no estoy para fiestas, porque tengo un vaguido de cabeza dos dias ha que me trae loca; y mas que antes que sea mediodia tengo de ir á cumplir mis devociones, y poner mis candelicas á nuestra Señora de las Aguas, y al Santo Crucifixo de San Agustin, que no lo dexaria de hacer, si nevase y ventiscase: á lo que he venido es, que anoche el Renegado, y Centopies llevaron á mi casa una canasta de colar algo mayor que la presente, llena de ropa blanca, y en Dios y en mi anima que venia con su cernada y todo, que los pobretes no debieron de tener lugar de quitarla, y venian sudando la gota tan gorda, que era una compasion verlos entrar jadeando, y corriendo agua de sus rostros, que parecian unos Angelicos. Dixeronme que iban en seguimiento de un ganadero que habia pesado ciertos carneros en la carniceria, por ver si le podian dar un tiento en un grandisimo gato de reales que llevaba: no desembanastaron ni contaron la ropa, fiados en la entereza de mi conciencia, y asi me cumpla Dios mis buenos deseos, y nos libre de poder de justi-

ti-

ticia, que no he tocado á la canasta, y que se está tan entera como quando nació. Todo se le cree, Señora Madre, respondió Monipodio, y estése asi la canasta, que yo iré allá á boca de sorna, y haré cala y cata de todo lo que tiene, y daré á cada uno lo que le tocare, bien y fielmente como tengo de costumbre. Sea como vos lo ordenaredes, hijo, respondió la vieja, y porque se me hace tarde, dadme un traguillo si teneis, para consolar este estomago que tan desmayado anda de contino. Y qué tal lo bebereis, madre mia? dixo á esta sazon la Escalanta (que asi se llamaba la compañera de la Gananciosa): y descubriendo la canasta, se manifestó una bota á modo de cuero con hasta dos arrobas de vino, y un corcho que podria caber sosegadamente y sin apremio hasta una azumbre, y llevandole la Escalanta se le puso en las manos á la devotisima vieja, la qual tomandole con ambas manos, y habiendole soplado un poco de espuma, dixo: Mucho echaste, hija Escalanta, pero Dios dará fuerzas para todo; y aplicandosele á los labios, de un tiron y sin tomar aliento lo trasegó del corcho al estomago, y acabó diciendo: De Guadalcanal es, y aun tiene un es no es de yeso el señorico; Dios te consuele, hija, que asi me has consolado, sino que temo que me ha de hacer mal, porque no me he desayunado. No hará, madre, respondió Monipodio, que es tresañejo. Asi lo espero yo en la Virgen, respondió la vieja, y añadió: Mirad, niñas, si teneis aca-

so

so algun quarto para comprar las candelicas de mi devocion, porque con la priesa y gana que tenia de venir á traer las nuevas de la canasta, se me olvidó en casa la escarcela. Yo sí tengo, Señora Pipota (que este era el nombre de la buena vieja) respondió la Gananciosa, tome dos quartos, del uno le ruego que compre una para mí, y se la ponga al Señor San Miguel, y si puede comprar dos, ponga la otra al Señor San Blas, que son mis abogados; quisiera que pusiera otra á la Señora Santa Lucia, que por lo de los ojos tambien le tengo devocion, pero no tengo trocado, mas otro dia habrá donde se cumpla con todos. Muy bien harás, hija, y mira no seas miserable, que es de mucha importancia llevar la persona las candelas delante de sí antes que se muera, y no aguardar á que las pongan los herederos ó albaceas. Bien dice la madre Pipota, dixo la Escalanta, y echando mano á la bolsa, le dió otro quarto, y le encargó que pusiese otras dos candelicas á los Santos que á ella le pareciesen que eran de los mas aprovechados y agradecidos. Con esto se fue la Pipota, diciendoles: Holgaos, hijos, ahora que teneis tiempo, que vendrá la vejez, y llorareis en ella los ratos que perdisteis en la mocedad como yo los lloro, y encomendadme á Dios en vuestras oraciones, que yo voy á hacer lo mismo por mí y por vosotros, porque él nos libre y conserve en nuestro trato peligroso sin sobresaltos de justicia; y con esto se fue. Ida la vieja, se sentaron todos al rededor

de

de la estera, y la Gananciosa tendió la sabana por manteles; y lo primero que sacó de la cesta, fue un grande haz de rabanos, y hasta dos docenas de naranjas y limones, y luego una cazuela muy grande llena de tajadas de bacallao frito: manifestó luego medio queso de Flandes, y una olla de famosas aceytunas, y un plato de camarones, y gran cantidad de cangrejos con su llamativo de alcaparrones ahogados en pimiento, y tres hogazas blanquisimas de Gandul. Serian los del almuerzo hasta catorce, y ninguno de ellos dexó de sacar su cuchillo de cachas amarillas, sino fue Rinconete que sacó su media espada. Á los dos viejos de bayeta, y á la guia tocó el escanciar con el corcho de colmena; mas apenas habian comenzado á dar asalto á las naranjas, quando les dió á todos gran sobresalto los golpes que dieron á la puerta. Mandóles Monipodio que se sosegasen, y entrando en la sala baxa, y descolgando un broquel, puesto mano á la espada, llegó á la puerta, y con voz hueca y espantosa preguntó: Quién llama? Respondieron de fuera: Yo soy, que no es nadie, Señor Monipodio, Tagarote soy, centinela de esta mañana, y vengo á decir que viene aqui Juliana la Cariharta, toda desgreñada y llorosa que parece haberle sucedido algun desastre. En esto llegó la que decia, sollozando, y sintiendola Monipodio, abrió la puerta, y mandó á Tagarote que se volviese á su posta, y que de alli adelante avisase lo que viese con menos ruido; él dixo que

asi

asi lo haria. Entró la Cariharta, que era una moza del jaez de las otras, y de el mismo oficio: venia descabellada, y la cara llena de tolondrones, y asi como entró en el patio, se cayó en el suelo desmayada: acudieron á socorrerla la Gananciosa, y la Escalanta, y desabrochandole el pecho, la hallaron toda denegrida y como magullada: echaronle agua en el rostro, y ella volvió en sí diciendo á voces: La justicia de Dios y del Rey venga sobre aquel ladron desuellacaras, sobre aquel cobarde baxamanero, sobre aquel picaro lendroso que le he quitado mas veces de la horca que tiene pelos en las barbas: desdichada de mí, mirad por quien he perdido y gastado mi mocedad, y la flor de mis años, sino por un bellaco desalmado, facineroso, é incorregible. Sosiegate, Cariharta, dixo á esta sazon Monipodio, que aqui estoy yo que te haré justicia; cuentanos tu agravio, que mas estarás tú en contarle, que yo en hacerte vengada; dime si has havido algo con tu respeto, que si asi es, y quieres venganza, no has menester mas que boquear. Qué respeto? respondió Juliana, respetada me vea yo en los Infiernos, si mas lo fuere de aquel leon con las ovejas, y cordero con los hombres: con aquel habia yo de comer mas pan á manteles, ni yacer en uno? primero me vea yo comida de adivas estas carnes, que me ha parado de la manera que ahora vereis; y alzandose las faldas hasta las rodillas, y aun un poco mas, las descubrió llenas de carde-

na-

nales. De esta manera, prosiguió, me ha parado aquel ingrato de el Repolido, debiendome mas que á la madre que le parió; y por qué pensais que lo ha hecho? pensais que le di yo ocasion para ello? No por cierto, no lo hizo mas sino porque estando jugando y perdiendo, me envió á pedir con Cabrillas su trainel treinta reales, y no le envié mas de veinte y quatro, que el trabajo y afan con que yo los habia ganado, ruego yo á los Cielos que vaya en descuento de mis pecados; y en pago de esta cortesia y buena obra, creyendo él que yo le sisaba algo de la cuenta que él allá en su imaginacion habia hecho de lo que yo podia tener, esta mañana me sacó al campo detrás de la huerta del Rey, y alli entre unos olivares me desnudó, y con la pretina, sin recoger los hierros, que en malos grillos y hierros le vea yo, me dió tantos azotes, que me dexó por muerta, de la qual verdadera historia son buenos testigos estos cardenales que mirais: aqui tornó á levantar las voces, aqui volvió á pedir justicia, y aqui se la prometió de nuevo Monipodio, y todos los bravos que alli estaban. La Gananciosa tomó la mano á consolarla, diciendole, que ella diera de muy buena gana una de las mejores preseas que tenia, porque le hubiera pasado otro tanto con su querido; porque quiero, dixo, que sepas hermana Cariharta, si no lo sabes, que á lo que se quiere bien se castiga, y quando estos bellacones nos dan, azotan y acocean, entonces nos

ado-

adoran: si no, confiesame una verdad por tu vida, despues que te hubo Repolido castigado y brumado, no te hizo alguna caricia? Cómo una? respondió la llorosa, cien mil me hizo, y diera él un dedo de la mano porque me fuera con él, y aun me parece que casi se le saltaron las lagrimas de los ojos despues de haberme molido. No hay dudar en eso, replicó la Gananciosa, y lloraria él de pena de ver qual te habia puesto, que en estos tales hombres y en tales casos no han cometido la culpa, quando les viene el arrepentimiento: y tú verás, hermana, sino viene á buscarte antes que de aqui nos vamos, y á pedirte perdon de todo lo pasado, rindiendosete como un cordero. En verdad, respondió Monipodio, que no ha de entrar por estas puertas el cobarde envesado, si primero no hace una manifiesta penitencia del cometido delito: las manos habia él de ser osado ponerlas en el rostro de la Cariharta ni en sus carnes, siendo persona que puede competir en limpieza y ganancia con la misma Gananciosa que está delante, que no lo puedo mas encarecer? Ay! dixo á esta sazon la Juliana, no diga Vm., Señor Monipodio, mal de aquel maldito, que con quan malo es, le quiero mas que á las telas de mi corazon, y hanme vuelto el alma al cuerpo las razones que en su abono me há dicho mi amiga la Gananciosa, y en verdad que estoy por ir á buscarle. Eso no harás tú por mi consejo, replicó la Gananciosa, porque se extenderá y ensan-

sanchará, y hará tretas en tí como en cuerpo muerto. Sosiegate, hermana, que antes de mucho le verás venir tan arrepentido como he dicho, y si no viniere, escribiremosle un papel en coplas que le amargue. Eso sí, dixo la Cariharta, que tengo mil cosas que escribirle. Yo seré el secretario quando sea menester, dixo Monipodio, que aunque no soy nada Poeta, todavia, si el hombre se arremanga, se atreverá á hacer dos mil coplas en daca las pajas; y quando no salieren como deben, yo tengo un Barbero amigo, gran Poeta, que nos henchirá las medidas á todas horas, y en la de ahora acabemos lo que teniamos comenzado del almuerzo, que despues todo se andará. Fue contenta la Juliana de obedecer á su mayor; y asi todos volvieron á su gaudeamus, y en poco tiempo vieron el fondo de la canasta, y las heces del cuero. Los viejos bebieron sine fine, los mozos adunia, las señoras los Kiries: los viejos pidieron licencia para irse, diósela luego Monipodio, encargandoles viniesen á dar noticia con toda puntualidad de todo aquello que viesen ser util y conveniente á la comunidad: respondieron que ellos se lo tenian bien en cuidado, y fueronse. Rinconete que de suyo era curioso, pidiendo primero perdon y licencia, preguntó á Monipodio que de qué servian en la cofradia dos personages tan canos, tan graves, y apersonados? Á lo que le respondió Monipodio; que aquellos en su germania y manera de hablar se llamaban Avispones, y que ser-

servian de andar de dia por la Ciudad, avispando en qué casa se podia dar tiento de noche, y en seguir los que sacaban dinero de la contratacion ó casa de la moneda, para ver donde lo llevaban, y aun donde lo ponian; y en sabiendolo, tanteaban la groseza de el muro de la tal casa, y diseñaban el lugar mas conveniente para hacer los guzpataros (que son agujeros) para facilitar la entrada. En resolucion dixo que era la gente de mas ó de tanto provecho, que habia en su hermandad, y que de todo aquello que por su industria se hurtaba, llevaban el quinto, como su Magestad de los tesoros, y que con todo esto eran hombres de mucha verdad, y de buena vida y fama, temerosos de Dios, y de sus conciencias, que cada dia oian Misa con extraña devocion; y hay de ellos tan comedidos, especialmente estos dos que de aqui se van ahora, que se contentan con mucho menos de lo que por nuestros aranceles les toca: otros dos hay, que son Palanquines, los quales como por momentos mudan casas, saben las entradas y salidas de todas las de la Ciudad, y quales pueden ser de provecho, y quales no. Todo me parece de perlas, dixo Rinconete, y querria ser de algun provecho á tan famosa cofradia. Siempre favorece el Cielo á los buenos deseos, dixo Monipodio. Estando en esta plática llamaron á la puerta; salió Monipodio á ver quien era, y preguntandolo, respondieron: Abra voace Seor Monipodio, que el Repolido soy. Oyó esta voz

Ca-

Cariharta, y alzando al Cielo la suya, dixo: No le abra Vm., Seor Monipodio, no le abra á ese Marinero de Tarpeya, á ese Tigre de Ocaña. No dexó por esto Monipodio de abrir á Repolido; pero viendo la Cariharta que le abria, se levantó corriendo y se entró en la sala de los broqueles, y cerrando tras sí la puerta, desde dentro á grandes voces decia: Quitenmele de delante á ese gesto de por demas, á ese verdugo de inocentes, asombrador de palomas duendas. Maniferro, y Chiquiznaque tenian á Repolido, que por todas maneras queria entrar donde la Cariharta estaba; pero como no le dexaban, decia desde afuera: No haya mas, enojada mia, por tu vida que te sosiegues, y asi te veas casada. Casada yo? maligno, respondió la Cariharta: mira en qué tecla toca; ya quisieras tú que lo fuera contigo, y antes lo sería yo con una notomia de muerte que contigo. Ea boba, replicó Repolido, acabemos ya, que es tarde, y mire no se ensanche por verme hablar tan manso, y venir tan rendido, porque vive el dador, si se me sube la colera al campanario, que sea peor la recaida que la caida; humillese, y humillemonos todos, y no demos de comer al diablo: y aun de cenar le daria yo, dixo la Cariharta, porque te llevase adonde nunca mas mis ojos te viesen. No os digo yo? dixo Repolido, por Dios que voy oliendo, Señora Trinquete, que lo tengo de echar todo á doce, aunque nunca se venda. Á esto dixo Monipodio: En mi presen-

sen-

sencia no ha de haber demasias: la Cariharta saldrá no por amenazas, sino por amor mio, y todo se hará bien, que las riñas entre los que bien se quieren, son causa de mayor gusto quando se hacen las paces. Ha Juliana, ha niña, ha Cariharta mia, sal acá fuera por mi amor, que yo haré que el Repolido te pida perdon de rodillas. Como él eso haga, dixo la Escalanta, todas serémos en su favor, y en rogar á Juliana salga acá fuera. Si esto ha de ir por via de rendimiento que huela á menoscabo de la persona, dixo el Repolido, no me rendiré á un Exercito formado de Esguizaros; mas si es por via de que la Cariharta gusta de ello, no digo yo hincarme de rodillas, pero un clavo me hincaré por la frente en su servicio. Rieronse de esto Chiquiznaque, y Maniferro, de lo qual se enojó Repolido pensando que hacian burla de él, y dixo con muestras de infinita colera: Qualquiera que se riere ó se pensare reir de lo que la Cariharta ó contra mí, ó yo contra ella hemos dicho ó dixeremos, digo que miente y mentirá todas las veces que se riere ó lo pensare, como ya tengo dicho. Miraronse Chiquiznaque, y Maniferro de tan mal garbo y talle, que advirtió Monipodio que pararia en un gran mal, si no lo remediaba; y asi poniendose luego en medio de ellos, dixo: No pasen mas adelante, caballeros, cesen aqui palabras mayores, y deshaganse entre los dientes; y pues las que se han dicho no llegan á la cintura, nadie las tome por sí. Bien segu-

guros estamos, respondió Chiquiznaque, que no se dixeron ni se dirán semejantes monitorios por nosotros; que si se hubiera imaginado que se decian, en manos estaba el pandero que lo supiera bien tañer. Tambien tenemos acá pandero, Seor Chiquiznaque, replicó el Repolido, y tambien si fuere menester sabremos tocar los cascabeles, y ya he dicho que el que se huelga, miente; y quien otra cosa pensare, sigame, que con un palmo de espada menos hará el hombre que sea lo dicho dicho: y diciendo esto, se iba á salir por la puerta afuera. Estabalo escuchando la Cariharta, y quando sintió que se iba enojado, salió diciendo: Tenganle, no se vaya, que hará de las suyas: no ven que va enojado, y es un Judas Macatelo en esto de la valentia? Vuelve acá, valenton del mundo y de mis ojos; y cerrando con él, le asió fuertemente de la capa, y acudiendo tambien Monipodio, le detuvieron. Chiquiznaque, y Maniferro no sabian si enojarse, ó si no, y estuvieronse quedos esperando lo que Repolido haria; el qual viendose rogar de la Cariharta, y de Monipodio, volvió diciendo: Nunca los amigos han de dar enojo á los amigos, ni hacer burla de los amigos, y mas quando ven que se enojan los amigos. No hay aqui amigo, respondió Maniferro, que quiera enojar ni hacer burla de otro amigo; y pues todos somos amigos, dense las manos los amigos. Á esto dixo Monipodio: Todos voacedes han hablado como buenos amigos, y como tales amigos se

den

den las manos de amigos. Dieronselas luego; y la Escalanta quitandose un chapin, comenzó á tañer en él como en un pandero: la Gananciosa tomó una escoba de palma nueva que alli se halló acaso, y rascandola hizo un son, que aunque ronco y aspero, se concertaba con el de el chapin. Monipodio rompió un plato, y hizo dos tejoletas, que puestas entre los dedos y repicadas con gran ligereza, llevaba el contrapunto al chapin y á la escoba. Espantaronse Rinconete, y Cortadillo de la nueva invencion de la escoba, porque hasta entonces nunca la habian visto. Conociólo Maniferro, y dixoles: Admiranse de la escoba? pues bien hacen; pues musica mas presta y mas sin pesadumbre, ni mas barata no se ha inventado en el mundo: y en verdad que oí decir el otro dia á un Estudiante, que ni el Negrofeo que sacó á la Arauz del Infierno, ni el Marion que subió sobre el Delfin, y salió del mar como si viniera caballero sobre una mula de alquiler, ni el otro gran Musico, que hizo una Ciudad que tenia cien puertas y otros tantos postigos, nunca inventaron mejor genero de musica tan facil de deprender, tan mañera de tocar, tan sin trastes, clavijas, ni cuerdas, y tan sin necesidad de templarse; y aun voto á tal, que dicen que la inventó un galan de esta Ciudad que se pica de ser un Hector en la musica. Eso creo yo muy bien, respondió Rinconete; pero escuchemos lo que quieren cantar nuestros musicos, que parece que la Gananciosa

sa ha escupido, señal de que quiere cantar: y asi era la verdad, porque Monipodio le habia rogado que cantase algunas seguidillas de las que se usaban; mas la que comenzó primero fue la Escalanta, y con voz sutil y quebradiza cantó lo siguiente:

Por un Sevillano, rufo á lo valon,
Tengo socarrado todo el corazon.

Siguió la Gananciosa cantando:

Por un morenico de color verde,
Quál es la fogosa que no se pierde?

Y luego Monipodio, dandose gran priesa al meneo de sus tejoletas, dixo:

Riñen dos amantes, hacese la paz,
Si el enojo es grande, es el gusto mas.

No quiso la Cariharta pasar su gusto en silencio, porque tomando otro chapin, se metió en danza, y acompañó á las demas, diciendo:

Detente enojado, no me azotes mas,
Que si bien lo miras, á tus carnes das.

Cantese á lo llano, dixo á esta sazon Repolido, y no se toquen historias pasadas, que no hay para que: lo pasado sea pasado, tomese

otra

otra vereda, y basta. Talle llevaban de no acabar tan presto el comenzado cantico, sino sintieran que llamaban á la puerta apriesa, y con ella salió Monipodio á ver quien era, y la centinela le dixo como al cabo de la calle habia asomado el Alcalde de la Justicia, y que delante de él venian el Tordillo, y el Cernicalo, Corchetes neutrales. Oyeronlo los de dentro, y alborotaronse todos, de manera que la Cariharta, y la Escalanta se calzaron sus chapines al revés: dexó la escoba la Gananciosa: Monipodio sus tejoletas, y quedó la musica en turbado silencio: enmudeció Chiquiznaque, pasmóse el Repolido, y suspendióse Maniferro, y todos qual por una, y qual por otra parte desaparecieron, subiendose á las azoteas y texados para escaparse, y pasar por ellos á otra calle. Nunca ha disparado arcabuz á deshora, ni trueno repentino espantó asi á bandada de descuidadas palomas, como puso en alboroto y espanto á toda aquella recogida compañia y buena gente la nueva de la venida del Alcalde de la Justicia, y su Corchetada: los dos novicios Rinconete, y Cortadillo no sabian qué hacerse, y estuvieronse quedos, esperando ver en qué paraba aquella repentina borrasca, que no paró en mas de volver la centinela á decir que el Alcalde de la Justicia se habia pasado de largo sin dar muestras ni resabio de mala sospecha alguna. Y estando diciendo esto á Monipodio, llegó un Caballero mozo á la puerta, vestido como se suele decir de barrio:

Monipodio le entró consigo, y mandó llamar á Chiquiznaque, á Maniferro, y al Repolido, y que de los demas no baxase alguno. Como se habian quedado en el patio Rinconete, y Cortadillo, pudieron oir toda la platica que pasó Monipodio con el Caballero recien venido, el qual dixo á Monipodio: Que por qué se habia hecho tan mal lo que le habia encomendado? Monipodio respondió que aun no sabía lo que se habia hecho; pero que alli estaba el oficial á cuyo cargo estaba su negocio, y que él daria muy buena cuenta de sí. Baxó en esto Chiquiznaque, y preguntóle Monipodio si habia cumplido con la obra que se le encomendó de la cuchillada de á catorce? quál? respondió Chiquiznaque: es la de aquel Mercader de la encrucijada? Esa es, dixo el Caballero. Pues lo que en eso pasa, respondió Chiquiznaque, es que yo le aguardé anoche á la misma puerta de su casa, y él vino antes de la Oracion: lleguéme bien cerca de él, miréle con atencion, marquéle el rostro con la vista, y vi que le tenia tan pequeño que era imposible de toda imposibilidad caber en él cuchillada de catorce puntos; y hallandome imposibilitado de poder cumplir lo prometido, y de hacer lo que llevaba en mi destruicion... Instruccion querrá Vm. decir, dixo el Caballero, que no destruicion: eso quise decir, respondió Chiquiznaque: digo que viendo que en la estrecheza y poca cantidad de aquel rostro no cabian los puntos propuestos, porque no fuese mi ida en bal-

balde, di la cuchillada á un Lacayo suyo, que á buen seguro que la pueden poner por mayor de marca. Mas quisiera, dixo el Caballero, que se le hubiera dado al amo una de á siete, que al criado la de á catorce: en efecto conmigo no se ha cumplido como era razon; pero no importa, poca mella me harán los treinta ducados que dexé en señal: beso á vuesas mercedes las manos; y diciendo esto se quitó el sombrero, y volvió las espaldas para irse: pero Monipodio le asió de la capa de mezcla que traía puesta, diciendole: Voace se detenga, y cumpla su palabra, pues nosotros hemos cumplido la nuestra con mucha honra y con mucha ventaja: veinte ducados faltan, y no ha de salir de aqui voace sin darlos, ó prendas que lo valgan. Pues á esto llama Vm. cumplimiento de palabra, respondió el Caballero, dar la cuchillada al mozo, habiendose de dar al amo? Qué bien está en la cuenta el Señor! dixo Chiquiznaque; bien parece que no se acuerda de aquel refran que dice: Quien bien quiere á Beltran, bien quiere á su can. Pues en qué modo puede venir aqui á proposito ese refran? replicó el Caballero. Pues no es lo mismo, prosiguió Chiquiznaque, decir: Quien mal quiere á Beltran, mal quiere á su can? y asi Beltran es el Mercader, voace le quiere mal, su Lacayo es su can, y dando al can se da á Beltran, y la deuda queda liquida, y trae aparejada execucion: por eso no hay mas sino pagar luego sin apercibimiento de remate. Eso juro yo

bien,

bien, añadió Monipodio, y de la boca me quitaste, Chiquiznaque amigo, todo quanto aqui has dicho: y asi voace, señor galan, no se meta en puntillos con sus servidores y amigos, sino tome mi consejo, y pague luego lo trabajado; y si fuere servido que se le dé otra al amo, de la cantidad que puede llevar su rostro, haga cuenta qũe ya se la están curando. Como eso sea, respondió el galan, de muy entera voluntad pagaré la una y la otra por entero. No dude en esto, dixo Monipodio, mas que en ser Christiano, que Chiquiznaque se la dará pintiparada, de manera que parezca que alli se le nació. Pues con esa seguridad y promesa, respondió el Caballero, recibase esta cadena en prendas de los veinte ducados atrasados, y de quarenta que ofrezco por la venidera cuchillada: pesa mil reales, y podria ser que se quedase rematada, porque traygo entre ojos que serán menester otros catorce puntos antes de mucho. Quitóse en esto una cadena de vueltas menudas del cuello, y diósela á Monipodio, que al tocar y al peso bien vió que no era de alquimia. Monipodio la recibió con mucho contento y cortesia, porque era en extremo bien criado: la execucion quedó á cargo de Chiquiznaque, que solo tomó termino de aquella noche. Fuese muy satisfecho el Caballero, y luego Monipodio llamó á todos los ausentes y azorados: baxaron todos, y poniendose Monipodio en medio de ellos, sacó un libro de memoria que traía en la capilla de la capa,

y

y dióselo á Rinconete que lo leyese, porque él no sabía leer. Abrióle Rinconete, y en la primera hoja vió que decia:

Memoria de las cuchilladas que se han de dar esta semana.

La primera al Mercader de la encrucijada: vale cincuenta escudos; están recibidos treinta á buena cuenta. Secutor Chiquiznaque.

No creo que hay otra, hijo, dixo Monipodio, pasa adelante, y mira donde dice: *Memoria de palos.* Volvió la hoja Rinconete, y vió que en otra estaba escrito: *Memoria de palos.* Y mas abaxo decia:

Al Bodegonero de la alfalfa doce palos de mayor quantia, á escudo cada uno: están dados á buena cuenta ocho: el termino seis dias. Secutor Maniferro.

Bien podia borrarse esa partida, dixo Maniferro, porque esta noche traeré finiquito de ella. Hay mas, hijo? dixo Monipodio. Sí otra, respondió Rinconete, que dice asi:

Al Sastre corcovado que por mal nombre se llama el Silguero, seis palos de mayor quantia á pedimento de la dama que dexó la gargantilla. Secutor el Desmochado.

Ma-

Maravillado estoy, dixo Monipodio, como todavia está esa partida en ser: sin duda alguna debe de estar mal dispuesto el Desmochado, pues son dos dias pasados del termino, y no ha dado puntada en esta obra. Yo le topé ayer, dixo Maniferro, y me dixo que por haber estado retirado por enfermo el Corcovado, no habia cumplido con su debito. Eso creo yo bien, dixo Monipodio, porque tengo por buen oficial al Desmochado, que sino fuera por tan justo impedimento, ya él hubiera dado al cabo con mayores empresas. Hay mas, mocito? No Señor, respondió Rinconete. Pues pasad adelante, dixo Monipodio, y mirad donde dice: *Memorial de agravios comunes.* Pasó adelante Rinconete, y en otra hoja halló escrito:

Memorial de agravios comunes: conviene á saber, redomazos, untos de miera, clavazon de sambenitos y cuernos, matracas, espantos, alborotos, y cuchilladas fingidas, publicacion de nivelos, &c.

Qué dice mas abaxo? dixo Monipodio. Dice, dixo Rinconete: *Unto de miera en la casa...* No se lea la casa, que ya yo sé donde es, respondió Monipodio, y yo soy el tuautem y secutor de esa niñeria, y están dados á buena cuenta quatro escudos, y el principal es ocho. Asi es la verdad, dixo Rinconete, que todo está aqui escrito; y aun mas abaxo dice: *Clavazon de cuer-*

nos.

nos. Tampoco se lea, dixo Monipodio, la casa, ni adonde, que basta que se les haga el agravio, sin que se diga en publico, que es gran cargo de conciencia: á lo menos mas querria yo clavar cien cuernos, y otros tantos sambenitos como se me pagase mi trabajo, que decirlo sola una vez, aunque fuese á la madre que me parió. El secutor de esto es, dixo Rinconete, el Narigueta. Ya está eso hecho y pagado, dixo Monipodio; mirad si hay mas, que si mal no me acuerdo, ha de haber ahí un espanto de veinte escudos: está dada la mitad, y el secutor es la comunidad toda, y el termino es todo el mes en que estamos, y cumpliráse al pie de la letra, sin que falte tilde, y será una de las mejores cosas que hayan sucedido en esta Ciudad de muchos tiempos á esta parte. Dadme el libro, mancebo, que yo sé que no hay mas, y sé tambien que anda muy flaco el oficio; pero tras este tiempo vendrá otro, y habrá que hacer mas de lo que quisieremos, que no se mueve la hoja sin la voluntad de Dios, y no hemos de hacer nosotros que se vengue nadie por fuerza: quanto mas, que cada uno en su casa suele ser valiente, y no quiere pagar las hechuras de la obra que él se puede hacer por sus manos. Asi es, dixo á esto el Repolido; pero mire Vm., Señor Monipodio, lo que nos ordena y manda, que se va haciendo tarde, y va entrando el calor mas que de paso. Lo que se ha de hacer, respondió Monipodio, es que todos se vayan á sus puestos, y nadie se mu-

mude hasta el domingo, que nos juntarémos en este mismo lugar, y se repartirá todo lo que hubiere caido, sin agraviar á nadie. Á Rinconete el bueno, y á Cortadillo se les da por distrito hasta el domingo desde la Torre del Oro por de fuera de la Ciudad hasta el postigo del Alcazar, donde se puede trabajar á sentadillas con sus flores, que yo he visto á otros de menos habilidad que ellos salir cada dia con mas de veinte reales en menudos amen de la plata, con una baraja sola, y esa con quatro naypes menos: este distrito os enseñará Ganchoso; y aunque os extendais hasta San Sebastian, y Santelmo, importa poco, puesto que es justicia mera mixta, que nadie se entre en pertenencia de nadie. Besaronle la mano los dos por la merced que les hacia, y ofrecieronse á hacer su oficio con toda diligencia y recato. Sacó en esto Monipodio un papel doblado de la capilla de la capa, donde estaba la lista de los cofrades, y dixo á Rinconete que pusiese alli su nombre y el de Cortadillo; mas porque no habia tintero, le dió el papel para que lo llevase, y en el primer Boticario que hallase, los escribiese, poniendo: Rinconete, y Cortadillo cofrades: noviciado ninguno: Rinconete floreo: Cortadillo baxon; y el dia, mes, y año, callando padres, y patria. Estando en esto entró uno de los viejos Avispones, y dixo: Vengo á decir á vuesas mercedes como ahora, ahora topé en Gradas á Lobillo el de Malaga, y diceme que viene mejorado en su arte

de

de tal manera, que con naype limpio quitará el dinero al mismo Satanás, y que por venir maltratado, no viene luego á registrarse, y á dar la solita obediencia; pero que el domingo será aqui sin falta. Siempre se me asentó á mí, dixo Monipodio, que este Lobillo habia de ser unico en su arte, porque tiene las mejores y mas açomodadas manos para ello que se pueden desear; que para ser uno buen oficial en su oficio, ó arte, tanto ha menester los buenos instrumentos con que le exercita, como el ingenio con que le aprende. Tambien topé, dixo el viejo, en una casa de posadas en la calle de Tintores al Judio en habito de Clerigo que se ha ido á posar alli, por tener noticia que dos Peruleros viven en la misma casa, y querria ver si pudiese trabar juego con ellos, aunque fuese de poca cantidad, que de alli podria venir á mucha: dice tambien que el domingo no faltará de la junta, y dará cuenta de su persona. Ese Judio tambien, dixo Monipodio, es gran sacre, dias ha que no le he visto, y no lo hace bien; pues á fe que si no se enmienda, que yo le deshaga la corona, que no tiene mas ordenes el ladron que las que tiene el Turco, ni sabe mas latin que mi madre. Hay mas de nuevo? No, dixo el viejo, á lo menos que yo sepa. Pues sea en buen hora, dixo Monipodio; voacedes tomen esta miseria (y repartió entre todos hasta quarenta reales) y el domingo no falte nadie, que no faltará nada de lo corrido. Todos le volvieron las gracias: torna-

ron-

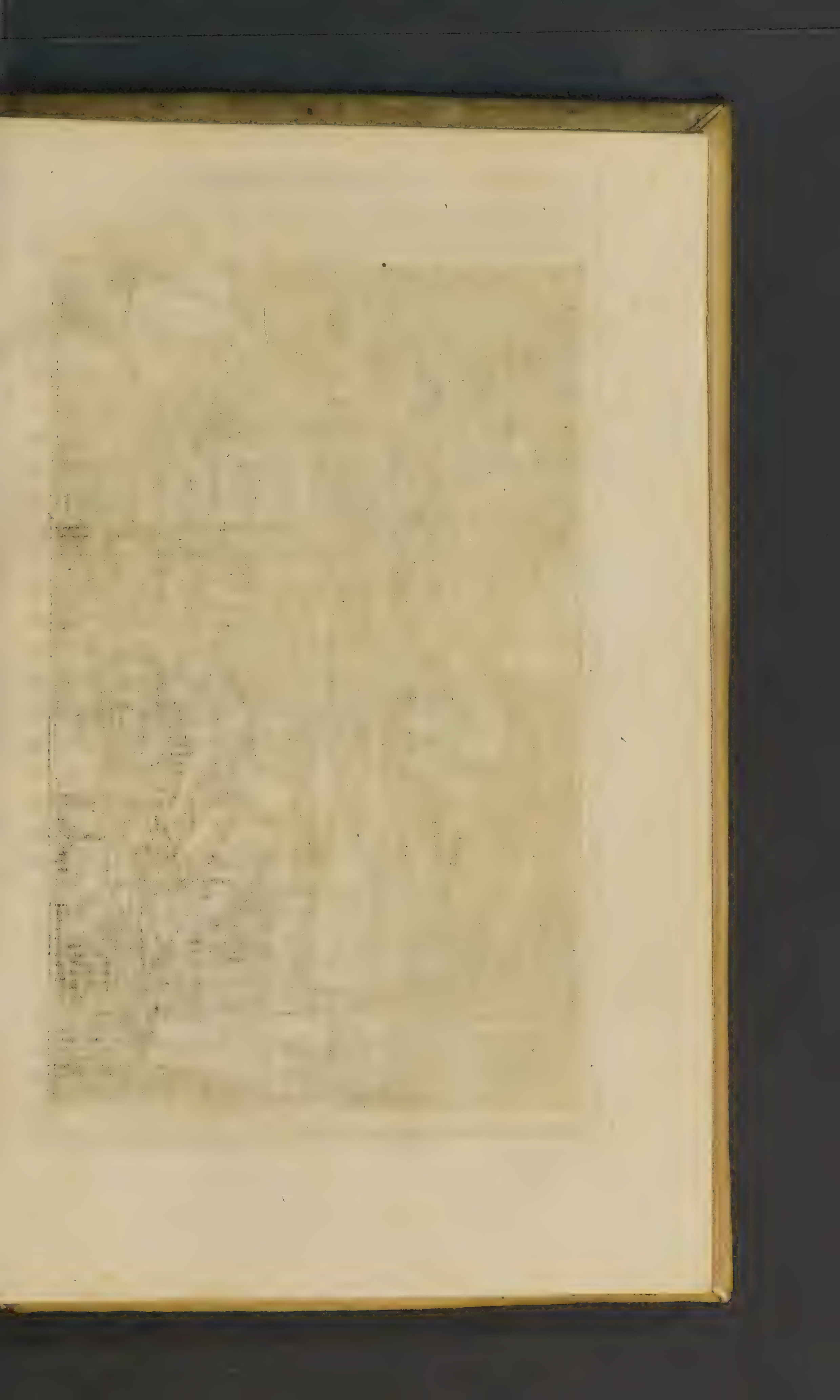
ronse á abrazar Repolido, y la Cariharta: la Escalanta con Maniferro, y la Gananciosa con Chiquiznaque, concertando que aquella noche, despues de haber alzado de obra en la casa, se viesen en la de la Pipota, donde tambien dixo que iria Monipodio al registro de la canasta de colar, y que luego habia de ir á cumplir y borrar la partida de la miera: abrazó á Rinconete, y á Cortadillo, y echandoles su bendicion los despidió, encargandoles que no tuviesen jamas posada cierta, ni de asiento, porque asi convenia á la salud de todos. Acompañólos Ganchoso hasta enseñarles sus puestos, acordandoles que no faltasen el domingo, porque á lo que creía, Monipodio habia de leer una licion de oposicion acerca de las cosas concernientes á su arte. Con esto se fue, dexando á los dos compañeros admirados de lo que habian visto. Era Rinconete aunque muchacho de muy buen entendimiento, y tenia buen natural, y como habia andado con su padre en el exercicio de las Bulas, sabía algo de buen lenguage, y dabale gran risa pensar en los vocablos que habia oido á Monipodio, y á los demas de su compañia y bendita comunidad; y mas quando por decir per modum suffragii, habia dicho por modo de naufragio; y que sacaban el estupendo, por decir estipendio, de lo que se garbeaba; y quando la Cariharta dixo que era Repolido como un Marinero de Tarpeya, y un Tigre de Ocaña, por decir de Hircania, con otras mil impertinencias: especialmente

te le cayó en gracia quando dixo que el trabajo que habia pasado en ganar los veinte y quatro reales, lo recibiese el Cielo en descuento de sus pecados: y sobre todo le admiraba la seguridad que tenian de irse al Cielo con no faltar á sus devociones, estando tan llenos de hurtos, y de ofensas de Dios. Y reíase de la otra buena vieja de la Pipota que dexaba la canasta de colar hurtada, guardada en su casa, y se iba á poner las candelicas de cera á las Imagenes, y con ello pensaba irse al Cielo calzada y vestida. No menos le suspendia la obediencia y respeto que todos tenian á Monipodio, siendo un hombre barbaro, rustico, y desalmado: consideraba lo que habia leido en su libro de memoria, y los exercicios en que se ocupaban: finalmente exâgeraba quan descuidada justicia habia en aquella tan famosa Ciudad de Sevilla, pues casi al descubierto vivia en ella gente tan perniciosa, y tan contraria á la misma naturaleza; y propuso en sí de aconsejar á su compañero no durasen mucho en aquella vida tan perdída. Pero con todo eso, llevado de sus pocos años y de su poca experiencia, pasó con ella adelante algunos meses, en los quales le sucedieron cosas que piden mas luenga escritura, y asi se dexa para otra ocasion contar su vida y milagros con los de su maestro Monipodio, y otros famosos sucesos de aquellos de la infame academia, que todos serán de grande consideracion, y que podrán servir de exemplo y aviso á los que los leyeren.

La

La Española Inglesa.

Entre los despojos que los Ingleses llevaron de la Ciudad de Cadiz, Clotaldo un Caballero Ingles, Capitan de una Esquadra de Navios, llevó á Londres una niña de edad de siete años, poco mas ó menos; y esto contra la voluntad y sabiduria de el Conde de Essex, que con toda diligencia hizo buscar la niña para volversela á sus padres que ante él se quejaron de la falta de su hija, pidiendole que pues se contentaba con las haciendas y dexaba libres las personas, no fuesen ellos tan desdichados, que ya que quedaban pobres, quedasen sin su hija que era la lumbre de sus ojos. Mandó el Conde echar un bando por toda su Armada, que so pena de la vida volviese la niña qualquiera que la tuviese; mas ningunas penas ni temores fueron bastantes á que Clotaldo le obedeciese, que la tenia escondida en su Nave, aficionado aunque christianamente á la incomparable hermosura de Isabela (que asi se llamaba la niña). Finalmente sus padres se quedaron sin ella, tristes y desconsolados, y Clotaldo alegre sobre modo llegó á Londres, y entregó por riquisimo despojo á su muger



To. I. Pa. 222.



ger la hermosa niña. Quiso la buena suerte que todos los de la casa de Clotaldo eran Catolicos secretos, aunque en lo publico mostraban seguir la opinion de su Reyno. Tenia Clotaldo un hijo llamado Ricaredo de edad de doce años, enseñado de sus padres á amar y temer á Dios, y á estar muy entero en las verdades de la Fe Catolica. Catalina la muger de Clotaldo, noble, Christiana, y prudente Señora, tomó tanto amor á Isabela, que como si fuera su hija la criaba, regalaba, é industriaba; y la niña era de tan buen natural, que con facilidad aprendia todo quanto le enseñaban: con el tiempo, y con los regalos fue olvidando los que sus padres verdaderos le habian hecho, pero no tanto que dexase de acordarse y de suspirar por ellos muchas veces; y aunque iba aprendiendo la lengua inglesa, no perdia la española, porque Clotaldo tenia cuidado de traerle á casa secretamente Españoles que hablasen con ella: de esta manera, sin olvidar la suya (como está dicho) hablaba la lengua inglesa como si hubiera nacido en Londres. Despues de haberle enseñado todas las cosas de labor que puede y debe saber una doncella bien nacida, la enseñaron á leer y escribir mas que medianamente; pero en lo que tuvo extremo fue en tañer todos los instrumentos que á una muger son licitos, y esto con toda perfeccion de musica, acompañada con una voz que le dió el Cielo tan extremada, que encantaba quando cantaba. Todas estas gracias, adqui-

quiridas y puestas sobre la natural suya, poco á poco fueron encendiendo el pecho de Ricaredo, á quien ella como á hijo de su Señor queria y servia: al principio le salteó amor con un modo de agradarse y complacerse de ver la sin igual belleza de Isabela, y de considerar sus infinitas virtudes y gracias, amandola como si fuera su hermana, sin que sus deseos saliesen de los terminos honrados y virtuosos. Pero como fue creciendo Isabela, que ya quando Ricaredo ardia, tenia doce años, aquella benevolencia primera, y aquella complacencia, y agrado de mirarla se volvió en ardentisimos deseos de gozarla y de poseerla, no porque aspirase á esto por otros medios que por los honestos de ser su verdadero esposo; pues de la incomparable honestidad de Isabela (que asi la llamaban ellos) no se podia esperar otra cosa, ni aun él quisiera esperarla aunque pudiera, porque su noble condicion y la grande estimacion en que á Isabela tenia, no consentian que ningun mal pensamiento echase raices en su alma. Mil veces determinó manifestar su amorosa voluntad á sus padres, y otras tantas reprobó su determinacion, porque él sabía que le tenian dedicado para ser esposo de una muy rica y principal doncella Escocesa, asimismo secreta Christiana como ellos; y estaba claro, segun él decia, que no habian de querer dar á una esclava (si este nombre se podia dar á Isabela) lo que ya tenian concertado de dar á una Señora: y asi pensativo, sin

sa-

saber qué camino tomar, ni con quién comunicar su pasion para venir al fin de su buen deseo, pasaba una vida tal, que le puso á punto de perderla; pero pareciendole ser gran cobardia dexarse morir sin intentar algun genero de remedio á su dolencia, se animó y esforzó á declarar su intento á Isabela. Andaban todos los de casa tristes y alborotados por la enfermedad de Ricaredo, que de todos era querido, y de sus padres con el extremo posible, asi por no tener otro, como porque lo merecia su mucha virtud, y su gran valor y entendimiento: no le acertaban los Medicos la enfermedad, ni él osaba ni queria descubrirsela. En fin puesto en romper por las dificultades que él se imaginaba, un dia que entró Isabela á servirle, viendola sola, con desmayada voz y lengua turbada la dixo: Hermosa Isabela, tu valor, tu mucha virtud, y grande hermosura me tienen como me ves; sino quieres que dexe la vida en manos de las mayores penas que pueden imaginarse, responda el tuyo á mi buen deseo, que no es otro que el de recibirte por mi esposa á hurto de mis padres, de los quales temo que por no conocer lo que yo conozco que mereces, me han de negar el bien que tanto me importa: si me das la palabra de ser mia, yo te la doy desde luego, como verdadero y Catolico Christiano, de ser tuyo: que puesto que no llegue á gozarte, como no llegaré hasta que con bendicion de la Iglesia y de mis padres sea; aquel imaginar que con seguridad

eres mia, será bastante á darme salud, y á mantenerme alegre y contento hasta que llegue el feliz punto que deseo. En tanto que esto dixo Ricaredo, estuvo escuchandole Isabela los ojos baxos, mostrando en aquel punto que su honestidad se igualaba á su hermosura, y á su mucha discrecion su recato; y asi viendo que Ricaredo callaba, honesta, hermosa y discreta le respondió de esta suerte: Despues que quiso el rigor, ó la clemencia del Cielo (que no sé á qual de estos extremos lo atribuya) quitarme á mis padres, Señor Ricaredo, y darme á los vuestros, agradecida á las infinitas mercedes que me han hecho, determiné que jamas mi voluntad saliese de la suya, y asi sin ella tendria no por buena, sino por mala fortuna la inestimable merced que quereis hacerme; si con su sabiduria fuere yo tan venturosa que os merezca, desde aqui os ofrezco la voluntad que ellos me dieren, y en tanto que esto se dilatare, ó no fuere, entretenga vuestros deseos saber que los mios serán eternos y limpios en desearos el bien que el Cielo puede daros. Aqui puso silencio Isabela á sus honestas y discretas razones, y alli comenzó la salud de Ricaredo, y comenzaron á revivir las esperanzas de sus padres, que en su enfermedad muertas estaban. Despidieronse los dos cortesmente: él con lagrimas en los ojos, ella con admiracion en el alma de ver tan rendida á su amor la de Ricaredo; el qual levantado del lecho al parecer de sus padres por milagro, no quiso

te-

tenerles mas tiempo ocultos sus pensamientos: y asi un dia se los manifestó á su madre, diciendole en el fin de su platica que fue larga, que sino le casaban con Isabela, que el negarsela y darle la muerte era todo una misma cosa. Con tales razones, con tales encarecimientos subió al Cielo las virtudes de Isabela Ricaredo, que le pareció á su madre que Isabela era la engañada en llevar á su hijo por esposo: Dió buenas esperanzas á su hijo de disponer á su padre á que con gusto viniese en lo que ya ella tambien venia; y asi fue, que diciendo á su marido las mismas razones que á ella habia dicho su hijo, con facilidad le movió á querer lo que tanto su hijo deseaba, fabricando excusas que impidiesen el casamiento que casi tenia concertado con la doncella de Escocia. Á esta sazon tenia Isabela catorce años, y Ricaredo veinte; y en esta tan verde y florida edad su mucha discrecion y conocida prudencia los hacia ancianos. Quatro dias faltaban para llegarse aquel en el qual los padres de Ricaredo querian que su hijo inclinase el cuello al yugo santo del matrimonio, teniendose por prudentes y dichosisimos de haber escogido á su prisionera por su hija, teniendo en mas la dote de sus virtudes que la mucha riqueza que con la Escocesa se les ofrecia: las galas estaban ya á punto, los parientes y los amigos convidados, y no faltaba otra cosa sino hacer á la Reyna sabedora de aquel concierto, porque sin su voluntad y consentimien-

to entre los de sangre ilustre no se efectua casamiento alguno ; pero no dudaron de la licencia , y asi se detuvieron en pedirla. Estando ya todo en este estado , quando faltaban los quatro dias hasta el de la boda , una tarde turbó su regocijo un Ministro de la Reyna que dió un recaudo á Clotaldo , que su Magestad mandaba que otro dia por la mañana llevasen á su presencia á su prisionera la Española de Cadiz. Respondióle Clotaldo que de muy buena gana haria lo que su Magestad le mandaba. Fuese el Ministro , y dexó llenos los pechos de todos de turbacion , sobresalto y miedo. Ay, decia la Señora Catalina , si sabe la Reyna que yo he criado á esta niña á lo Catolico , y de aqui viene á inferir que todos los de esta casa somos Christianos! Pues si la Reyna le pregunta qué es lo que ha deprendido en ocho años que ha que es nuestra prisionera , qué ha de responder la cuitada que no nos condene , por mas discrecion que tenga ? Oyendolo Isabela , le dixo : No le dé pena alguna , Señora mia , ese temor , que yo confio en el Cielo que me ha de dar palabras en aquel instante por su Divina bondad y misericordia, que no solo no os condenen , sino que redunden en provecho vuestro. Temblaba Ricaredo casi como adivino de algun mal suceso : Clotaldo buscaba modos que pudiesen dar animo á su mucho temor , y no los hallaba sino en la mucha confianza que en Dios tenia , y en la prudencia de Isabela , á quien encomendó mucho que por

to-

todas las vias que pudiese, excusase el condenarlos por Catolicos; que puesto que estaban prontos con el espiritu á recibir martirio, todavia la carne enferma rehusaba su amarga carrera. Una y muchas veces les aseguró Isabela estuviesen seguros que por su causa no sucederia lo que temian y sospechaban; porque aunque ella entonces no sabía lo que habia de responder á las preguntas que en tal caso le hiciesen, tenia viva y cierta esperanza que habia de responder de modo, que como otra vez habia dicho, sus respuestas les sirviesen de abono. Discurrieron aquella noche en muchas cosas, especialmente en que si la Reyna supiera que eran Catolicos, no les enviaria recaudo tan manso, por donde se podia inferir que solo queria ver á Isabela, cuya sin igual hermosura y habilidad habria llegado á sus oidos como á todos los de la Ciudad; pero ya en no habersela presentado se hallaban culpados, de lo qual hallaron sería bien disculparse con decir que desde el punto que entró en su poder, la escogieron para esposa de su hijo Ricaredo; pero tambien en esto se culpaban, por haber hecho el casamiento sin licencia de la Reyna, aunque esta culpa no les pareció digna de gran castigo. Con esto se consolaron, y acordaron que Isabela no fuese vestida humildemente como prisionera, sino como esposa, pues ya lo era de tan principal esposo como su hijo. Resueltos en esto, otro dia vistieron á Isabela á la española, con una saya en-

te-

tera de raso verde acuchillada, y aforrada en tela de oro, tomadas las cuchilladas con unas eses de perlas, y toda ella bordada de ricas piedras: collar, y cintura de diamantes, y con abanico á modo de las Señoras Damas Españolas: sus mismos cabellos que eran muchos, rubios y largos, entretexidos y sembrados de diamantes y perlas, le servian de tocado. Con este adorno riquisimo, y con su gallarda disposicion y milagrosa belleza, se mostró aquel dia á Londres en una hermosa carroza, llevando colgados de su vista las almas y los ojos de quantos la miraban. Iban con ella Clotaldo, y su muger, y Ricaredo en la carroza, y á caballo muchos ilustres parientes suyos. Toda esta honra quiso hacer Clotaldo á su prisionera por obligar á la Reyna la tratase como á esposa de su hijo. Llegados pues á Palacio, y á una gran sala donde la Reyna estaba, entró por ella Isabela, dando de sí la mas hermosa muestra que pudo caber en humana imaginacion. Era la sala grande y espaciosa, y á dos pasos se quedó el acompañamiento, y se adelantó Isabela, y como quedó sola, pareció lo mismo que parece la estrella ó exhalacion que por la region del fuego en serena y sosegada noche suele moverse; ó bien asi como rayo del Sol que al salir del dia, por entre dos montañas se descubre: todo esto pareció, y aun Cometa que pronosticó el incendio de mas de una alma de los que alli estaban, á quien amor abrasó con los rayos de los hermosos soles

de

de Isabela : la qual llena de humildad y cortesia se fue á poner de hinojos ante la Reyna, y en lengua inglesa la dixo : Dé vuestra Magestad las manos á esta su sierva que desde hoy mas se tendrá por Señora, pues ha sido tan venturosa que ha llegado á ver la grandeza vuestra. Estuvo la Reyna mirandola por un buen espacio sin hablarle palabra, pareciendole, como despues dixo á su Camarera, que tenia delante un cielo estrellado, cuyas estrellas eran las muchas perlas y diamantes que Isabela traía; su bello rostro y sus ojos el Sol y la Luna; y toda ella una nueva maravilla de hermosura. Las Damas que estaban con la Reyna, quisieran hacerse todas ojos, porque no les quedase cosa por mirar en Isabela : qual alababa la viveza de los ojos, qual la color del rostro, qual la gallardia del cuerpo, y qual la dulzura de la habla; y tal hubo que de pura envidia dixo : Buena es la Española, pero no me contenta el trage. Despues de pasada la suspension de la Reyna, haciendo levantar á Isabela, le dixo : Habladme en español, doncella, que yo le entiendo bien, y gustaré de ello; y volviendose á Clotaldo, dixo: Clotaldo, agravio me habeis hecho en tenerme este tesoro tantos años encubierto, mas él es tal que os habrá movido á codicia : obligado estais á restituirmele, porque de derecho es mio. Señora, respondió Clotaldo, mucha verdad es lo que V. Mag. dice : confieso mi culpa, si lo es haber guardado este tesoro á que estuviese en

la

la perfeccion que convenia para parecer ante los ojos de V. Mag. y ahora que lo está, pensaba traerle mejorado, pidiendo licencia á V. Mag. para que Isabela fuese esposa de mi hijo Ricaredo, y daros, alta Magestad, en los dos todo quanto puedo daros. Hasta el nombre me contenta, respondió la Reyna, no le faltaba mas sino llamarse Isabela la Española, para que no me quedase nada de perfeccion que desear en ella; pero advertid, Clotaldo, que sé que sin mi licencia la teniades prometida á vuestro hijo. Asi es verdad, Señora, respondió Clotaldo; pero fue en la confianza de que los muchos y relevados servicios que yo y mis pasados tenemos hechos á esta Corona, alcanzarian de V. Mag. otras mercedes mas dificultosas que las de esta licencia: quanto mas que aun no está desposado mi hijo. Ni lo estará, dixo la Reyna, con Isabela hasta que por sí mismo lo merezca; quiero decir, que no quiero que para eso le aprovechen vuestros servicios, ni los de sus pasados: él por sí mismo se ha de disponer á servirme, y á merecer por sí esta prenda, que yo la estimo como si fuese mi hija. Apenas oyó esta ultima palabra Isabela quando se volvió á hincar de rodillas ante la Reyna, diciendole en lengua castellana: Las desgracias que tales descuentos traen, Serenisima Señora, antes se han de tener por dichas que por desventuras: ya V. Mag. me ha dado nombre de hija, sobre tal prenda qué males podré temer, ó qué bienes no podré esperar? Con tanta

ta gracia y donayre decia quanto decia Isabela, que la Reyna se le aficionó en extremo, y mandó que se quedase en su servicio, y se la entregó á una gran Señora su Camarera mayor para que la enseñase el modo de vivir suyo. Ricaredo que se vió quitar la vida en quitarle á Isabela, estuvo á pique de perder el juicio; y asi temblando y con sobresalto se fue á poner de rodillas ante la Reyna, á quien dixo: Para servir yo á V. Mag. no es menester obligarme con otros premios, que con aquellos que mis padres y mis pasados han alcanzado por haber servido á sus Reyes; pero pues V. Mag. gusta que yo la sirva con nuevos deseos y pretensiones, querria saber en qué modo, y en qué exercicio podré mostrar que cumplo con la obligacion en que V. Mag. me pone. Dos Navios, respondió la Reyna, están para partirse en corso, de los quales he hecho General al Baron de Lansac; del uno de ellos os hago á vos Capitan, porque la sangre de donde venís me asegura que ha de suplir la falta de vuestros años, y advertid á la merced que os hago, pues os doy ocasion en ella á que correspondiendo á quien sois, sirviendo á vuestra Reyna, mostreis el valor de vuestro ingenio y de vuestra persona, y alcanceis el mejor premio, que á mi parecer vos mismo podeis acertar á desearos: yo misma os seré guarda de Isabela, aunque ella da muestras que su honestidad será su mas vervadera guarda. Id con Dios, que pues vais enamorado, como imagino, grandes

co-

cosas me prometo de vuestras hazañas: felice fuera el Rey batallador que tuviera en su Exercito diez mil Soldados amantes, que esperaran que el premio de sus victorias habia de ser gozar de sus amadas: levantaos, Ricaredo, y mirad si teneis que decir algo á Isabela, porque mañana ha de ser vuestra partida. Besó las manos Ricaredo á la Reyna, estimando en mucho la merced que le hacia, y luego se fue á hincar de rodillas ante Isabela, y queriendola hablar no pudo, porque se le puso un nudo en la garganta, que le ató la lengua, y las lagrimas acudieron á los ojos, y él acudió á disimularlas lo mas que le fue posible; pero con todo eso no se pudieron encubrir á los ojos de la Reyna, pues dixo: No os afrenteis, Ricaredo, de llorar, ni os tengais en menos por haber dado en este trance tan tiernas muestras de vuestro corazon, que una cosa es pelear con los enemigos, y otra despedirse de quien bien se quiere: abrazad, Isabela, á Ricaredo, y dadle vuestra bendicion, que bien lo merece su sentimiento. Isabela que estaba suspensa y atonita de ver la humildad y dolor de Ricaredo, que como á su esposo le amaba, no entendió lo que la Reyna le mandaba, antes comenzó á derramar lagrimas tan sin pensar lo que hacia, y tan ciega, y tan sin movimiento alguno, que no parecia sino que lloraba una estatua de alabastro. Estos afectos de los dos amantes tan tiernos y tan enamorados hicieron verter lagrimas á muchos de los circuns-

cunstantes ; y sin hablar mas palabra Ricaredo, y sin haberle hablado alguna Isabela, haciendo Clotaldo, y los que con él venian, reverencia á la Reyna, se salieron de la sala, llenos de compasion, de despecho, y de lagrimas. Quedó Isabela como huerfana que acaban de enterrar sus padres ; y con temor que la nueva Señora quisiese que mudase las costumbres en que la primera la habia criado. En fin se quedó, y de alli á dos dias Ricaredo se hizo á la vela, combatido entre otros muchos de dos pensamientos que le tenian fuera de sí : era el uno considerar que le convenia hacer hazañas que le hiciesen merecedor de Isabela ; y el otro que no podia hacer ninguna, si habia de responder á su catolico intento que le impedia no desenvaynar la espada contra Catolicos, y si no la desenvaynaba, habia de ser notado de Christiano, ú de cobarde, y todo esto redundaba en perjuicio de su vida, y en obstaculo de su pretension : pero en fin determinó de posponer el gusto de enamorado al que tenia de ser Catolico, y en su corazon pedia al Cielo le deparase ocasiones, donde con ser valiente cumpliese con ser Christiano, dexando á su Reyna satisfecha, y á Isabela merecida. Seis dias navegaron los dos Navios con prospero viento, siguiendo la derrota de las Islas Terceras, parage donde nunca faltan ó Naves Portuguesas de las Indias Orientales, ó algunas derrotadas de las Occidentales. Y al cabo de los seis dias les dió de costado un recisimo vien-

viento, que en el mar Oceano tiene otro nombre que en el Mediterraneo, donde se llama Mediodia, el qual viento fue tan durable y tan recio, que sin dexarles tomár las Islas, les fue forzoso correr á España, y junto á su costa á la boca del Estrecho de Gibraltar descubrieron tres Navios, uno poderoso y grande, y los dos pequeños: arribó la Nave de Ricaredo á su Capitana para saber de su General, si queria embestir á los tres Navios que se descubrian; y antes que á ella llegase, vió poner sobre la gavia mayor un estandarte negro, y llegandose mas cerca, oyó que tocaban en la Nave clarines y trompetas roncas, señales claras ó que el General era muerto, ó alguna otra principal persona de la Nave. Con este sobresalto llegaron á poderse hablar, que no lo habian hecho despues que salieron del Puerto; dieron voces de la Nave Capitana, diciendo que el Capitan Ricaredo pasase á ella, porque el General la noche antes habia muerto de una apoplegia. Todos se entristecieron, sino fue Ricaredo que se alegró no por el daño de su General, sino por ver que quedaba él libre para mandar en los dos Navios; que asi fue la orden de la Reyna, que faltando el General, lo fuese Ricaredo, el qual con presteza se pasó á la Capitana, donde halló que unos lloraban por el General muerto, y otros se alegraban con el vivo: finalmente los unos y los otros le dieron luego la obediencia, y le aclamaron por su General con breves ceremonias,

no

no dando lugar á otra cosa dos de los tres Navios que habian descubierto, los quales desviandose del grande, á las dos Naves se venian. Luego conocieron ser Galeras Turquescas por las medias lunas que en las banderolas traían, de que recibió gran gusto Ricaredo, pareciendole que aquella presa, si el Cielo se la concediese, sería de consideracion, sin haber ofendido á ningun Catolico. Las dos Galeras llegaron á reconocer los Navios Ingleses, los quales no traían insignias de Inglaterra, sino de España, por desmentir á quien llegase á reconocerlos, y no los tuviesen por Navios de Cosarios. Creyeron los Turcos ser Naves derrotadas de las Indias, y que con facilidad las rendirian. Fueronse entrando poco á poco, y de industria dexólos llegar Ricaredo hasta tenerlos á gusto de su artilleria, la qual mandó disparar á tan buen tiempo, que con cinco balas dió en la mitad de una de las Galeras con tanta furia, que la abrió por medio toda; dió luego á la banda, y comenzó á irse á pique sin poderse remediar. La otra Galera viendo tan mal suceso, con mucha priesa la dió cabo, y la llevó á poner debaxo del costado del gran Navio; pero Ricaredo que tenia los suyos prestos y ligeros, que salian y entraban como si tuvieran remos, mandando cargar de nuevo la artilleria, los fue siguiendo hasta la Nave, lloviendo sobre ellos infinidad de balas. Los de la Galera abierta, asi como llegaron á la Nave, la desampararon, y con gran priesa

pro-

procuraban acogerse á la Nave. Lo qual visto por Ricaredo, y que la Galera sana se ocupaba con la rendida, cargó sobre ella con sus dos Navios, y sin dexarla rodear ni valerse de los remos, la puso en estrecho, que los Turcos se aprovecharon asimismo del refugio de acogerse á la Nave no para defenderse en ella, sino para escapar las vidas por entonces. Los Christianos de quien venian armadas las Galeras, arrancando las branzas y rompiendo las cadenas, mezclados con los Turcos, tambien se acogieron á la Nave, y como iban subiendo por su costado, con la arcabuceria de los Navios les iban tirando como al blanco: á los Turcos no mas, que á los Christianos mandó Ricaredo que nadie les tirase. De esta manera casi todos los mas Turcos fueron muertos, y los que en la Nave entraron, por los Christianos que con ellos se mezclaron, aprovechandose de sus mismas armas, fueron hechos pedazos; que la fuerza de los valientes quando caen, se pasa á la flaqueza de los que se levantan: y asi con el calor que les daba á los Christianos pensar que los Navios Ingleses eran Españoles, hicieron por su libertad maravillas. Finalmente habiendo muerto casi todos los Turcos, algunos Españoles se pusieron á bordo del Navio, y á grandes voces llamaron á los que pensaban ser Españoles, entrasen á gozar el premio del vencimiento. Preguntóles Ricaredo en español, que qué Navio era aquel? Respondieronle que era una Nave que venia de

la

la India de Portugal, cargada de especieria, y con tantas perlas y diamantes, que valia mas de un millon de oro, y que con tormenta habia arribado á aquella parte, toda destruida y sin artilleria, por haberla echado á la mar, la gente enferma y casi muerta de sed y de hambre, y que aquellas dos Galeras, que eran del Cosario Arnaute Mami, el dia antes la habian rendido, sin haberse puesto en defensa; y que á lo que habian oido decir, por no poder pasar tanta riqueza á sus dos Baxeles, la llevaban á jorro para meterla en el rio Larache que estaba alli cerca. Ricaredo les respondió, que si ellos pensaban que aquellos dos Navios eran de Españoles, se engañaban, que no eran sino de la Señora Reyna de Inglaterra: cuya nueva dió que pensar y que temer á los que la oyeron, pensando, como era razon que pensasen, que de un lazo habian caido en otro; pero Ricaredo les dixo que no temiesen algun daño, y que estuviesen ciertos de su libertad, con tal que no se pusiesen en defensa. Ni es posible ponernos en ella, respondieron, porque como ya tenemos dicho, este Navio no tiene artilleria, ni nosotros armas: asi que nos es forzoso acudir á la gentileza y liberalidad de vuestro General; pues será justo que quien nos ha librado del insufrible cautiverio de los Turcos, lleve adelante tan gran merced y beneficio, pues le podrá hacer famoso en todas las partes, que serán infinitas, donde llegare la nueva de esta memorable vic-

to-

toria y de su liberalidad, mas de nosotros esperada que temida. No le parecieron mal á Ricaredo las razones del Español, y llamando á consejo los de su Navio, les preguntó cómo haria para enviar todos los Christianos á España, sin ponerse á peligro de algun siniestro suceso, si el ser tantos les daba animo para levantarse ? Pareceres hubo, que los hiciese pasar uno á uno á su Navio, y asi como fuesen entrando debaxo de cubierta, matarle, y de esta manera matarlos á todos, y llevar la gran Nave á Londres sin temor ni cuidado alguno. Á esto respondió Ricaredo: Pues que Dios nos ha hecho tan gran merced en darnos tanta riqueza, no quiero corresponder con animo cruel y desagradecido, ni es bien que lo que puedo remediar con la industria, lo remedie con la espada; y asi soy de parecer que ningun Christiano Catolico muera, no porque los quiero bien, sino porque me quiero á mí muy bien, y querria que esta hazaña de hoy ni á mí ni á vosotros que en ella me habeis sido compañeros, nos diese mezclado con el nombre de valientes el renombre de crueles, porque nunca dixo bien la crueldad con la valentia: lo que se ha de hacer es, que toda la artilleria de un Navio de estos se ha de pasar á la gran Nave Portuguesa, sin dexar en el Navio otras armas, ni otra cosa mas del bastimento, y pasando á la Nave nuestra gente, la llevarémos á Inglaterra, y los Españoles se irán á España en nuestro Baxel. Nadie osó contradecir

lo

lo que Ricaredo habia propuesto, y algunos le tuvieron por valiente, y magnanimo, y de buen entendimiento; otros le juzgaron en sus corazones por mas Catolico que debia. Resuelto pues en esto Ricaredo, pasó con cincuenta Arcabuceros á la Nave Portuguesa, todos alerta y con las cuerdas encendidas: halló en la Nave casi trecientas personas, de las que habian escapado de las Galeras: pidió luego el registro de la Nave, y respondióle aquel mismo que desde el borde le habló la vez primera, que el registro le habia tomado el Cosario de los Baxeles, que con ellos se habia ahogado. Al instante puso el torno en orden, y acostando su segundo Baxel á la gran Nave, con mucha presteza y con fuerza de fortisimos cabestrantes pasaron la artilleria del pequeño Baxel á la gran nave: luego haciendo una breve platica á los Christianos, les mandó pasar al Baxel desembarazado, donde hallaron bastimentos en abundancia para mas de un mes y para mas gente; y asi como se iban embarcando, dió á cada uno quatro escudos de oro españoles que hizo traer de su Navio, para remediar en parte su necesidad quando llegasen á tierra, que estaba tan cerca que las altas montañas de Avila, y Calpe desde alli se parecian. Todos le dieron infinitas gracias por la merced que les hacia; y el ultimo que se iba á embarcar, fue aquel que por los demas habia hablado, el qual le dixo: Por mas ventura tuviera, valeroso Caballero, que me llevaras con-

tigo á Inglaterra, que no que me enviaras á España; porque aunque es mi patria, y no habrá sino seis dias que de ella partí, no he de hallar en ella otra cosa que no sea de ocasiones de tristezas y soledades mias. Sabrás, Señor, que en la pérdida de Cadiz que sucedió habrá quince años, perdí una hija que los Ingleses debieron de llevar á Inglaterra, y con ella perdí el descanso de mi vejez y la luz de mis ojos, que despues que no la vieron, nunca han visto cosa que de su gusto sea: el grave descontento en que me dexó su pérdida y la de la hacienda que tambien me faltó, me pusieron de manera, que ni mas quise ni mas pude exercitar la mercancia, cuyo trato me habia puesto en opinion de ser el mas rico Mercader de toda la Ciudad; y asi era la verdad, pues fuera del credito que pasaba de muchos centenares de millares de escudos, valia mi hacienda mas de cincuenta mil ducados: todo lo perdí, y no hubiera perdido nada, como no hubiera perdido á mi hija: tras esta general desgracia, y tan particular mia, acudió la necesidad á fatigarme hasta tanto que no pudiendola resistir, yo y mi muger, que es aquella triste que alli está sentada, determinamos irnos á las Indias, comun refugio de los pobres generosos, y habiendonos embarcado en un Navio de aviso seis dias ha, á la salida de Cadiz dieron con el Navio estos dos Baxeles de Cosarios, y nos cautivaron, donde se renovó nuestra desgracia y se confirmó nuestra desventura; y fuera mayor, si

si los Cosarios no hubieran tomado á esta Nave Portuguesa, que los entretuvo hasta haber sucedido lo que habeis visto. Preguntóle Ricaredo cómo se llamaba su hija? y respondió que Isabela. Con esto se acabó de confirmar Ricaredo en lo que ya habia sospechado, que era que el que se lo contaba, era el padre de su querida Isabela; y sin darle algunas nuevas de ella, le dixo que de muy buena gana llevaria á él y á su muger á Londres, donde podria ser hallasen nuevas de la que deseaban: hizolos pasar luego á su Capitana, poniendo Marineros y guardas bastantes en la Nao Portuguesa. Aquella noche alzaron velas, y se dieron priesa á apartarse de las costas de España, temiendo ser descubiertos por el Navio de los cautivos libres, entre los quales tambien iban hasta veinte Turcos, á quien tambien Ricaredo dió libertad por mostrar que mas por su buena condicion y generoso animo se mostraba liberal, que por forzarle amor que á los Catolicos tuviese, y rogó á los Españoles que en la primera ocasion que se ofreciese, diesen entera libertad á los Turcos, que asimismo se le mostraron agradecidos. El viento que daba señales de ser prospero y largo, comenzó á calmar un tanto, cuya calma levantó gran tormenta de temor en los Ingleses, que culpaban á Ricaredo y á su liberalidad, diciendole que los libres podian dar aviso en España de aquel suceso, y que si acaso habia Galeones de armada en el Puerto, podian salir en su busca, y po-

nerlos en aprieto, y en terminos de perderse. Bien conocia Ricaredo que tenian razon, pero venciendolos á todos con buenas razones, los sosegó; pero mas los quietó el viento que volvió á refrescar de modo, que dandole en todas las velas, sin tener necesidad de amaynarlas ni aun de templarlas, dentro de nueve dias se hallaron á la vista de Londres, y quando á él victoriosos volvieron, habria treinta que de él faltaban. No quiso Ricaredo entrar en el Puerto con muestras de alegria por la muerte de su General, y asi mezcló las señales alegres con las tristes: unas veces sonaban clarines regocijados, otras trompetas roncas: unas tocaban los tambores alegres y sobresaltadas armas, á quien con señas lamentables respondian los pifanos: de una gavia colgaba puesta al revés una bandera de medias lunas sembrada: en otras se veía un luengo estandarte de tafetan negro cuyas puntas besaban el agua. Finalmente con estos tan contrarios extremos entró en el rio de Londres con su Navio, porque la Nave no tuvo fondo en él que la sufriese; y asi se quedó en la mar á lo largo. Estas tan contrarias muestras y señales tenian suspenso el infinito pueblo que desde la ribera les miraba. Bien conocieron por algunas insignias que aquel Navio menor era la Capitana del Baron de Lansac, mas no podian alcanzar cómo el otro Navio se hubiese cambiado con aquella poderosa Nave, que en la mar se quedaba; pero sacólos de esta duda haber saltado en el

Es-

Esquife, armado de todas armas, ricas y resplandecientes, el valeroso Ricaredo, que á pie, sin esperar otro acompañamiento que aquel de un innumerable vulgo que le seguia, se fue á Palacio, donde ya la Reyna puesta á unos corredores estaba esperando la nueva de los Navios: estaba con la Reyna y las Damas Isabela vestida á la inglesa, y parecia tan bien como á la castellana: antes que Ricaredo llegase, llegó uno que dió las nuevas á la Reyna de como Ricaredo venia. Alborotóse Isabela, oyendo el nombre de Ricaredo, y en aquel instante temió y esperó malos y buenos sucesos de su venida. Era Ricaredo alto de cuerpo, gentil hombre, y bien proporcionado; y como venia armado de peto, espaldar, y gola, brazaletes, y escarcelas, con unas armas milanesas de once listas, grabadas, y doradas, parecia en extremo bien á quantos le miraban: no le cubria la cabeza morrion alguno, sino un sombrero de gran falda de color leonado, con muchas plumas terciadas á la valona; la espada ancha, los tiros ricos, las calzas á la esguizara. Con este adorno, y con el paso brioso que llevaba, algunos hubo que le compararon á Marte, Dios de las Batallas; y otros llevados de la hermosura de su rostro, dicen que le compararon á Venus, que para hacer alguna burla á Marte, de aquel modo se habia disfrazado. En fin él llegó ante la Reyna, y puesto de rodillas le dixo: Alta Magestad, en fuerza de vuestra ventura, y en consecucion de

mi

mi gran deseo, despues de haber muerto de una apoplegia el General de Lansac, quedando yo en su lugar, merced á la liberalidad vuestra, me deparó la suerte dos Galeras Turquescas que llevaban remolcando aquella gran Nave que alli se parece: acometilas, pelearon vuestros Soldados con muy grande animo como siempre: echaronse á fondo los Baxeles de los Cosarios: en el uno de los nuestros en vuestro Real nombre di libertad á los Christianos que del poder de los Turcos escaparon: solo traxe conmigo á un hombre y á una muger, Españoles, que por su gusto quisieron venir á ver la grandeza vuestra: aquella gran Nave es de las que vienen de la India de Portugal, la qual por tormenta vino á dar en poder de los Turcos, que con poco trabajo, ó por mejor decir sin ninguno la rindieron, y segun dixeron algunos Portugueses de los que en ella venian, pasa de un millon de oro el valor de la especieria, y otras mercancias de perlas y diamantes que en ella vienen: á ninguna cosa se ha tocado, ni los Turcos habian llegado á ella, porque todo lo dedicó el Cielo, y yo lo mandé guardar para V. Mag., que con una joya sola que se me dé, quedaré en deuda de otras diez Naves; la qual joya V. Mag. me la tiene prometida, que es á mi Isabela: con ella quedaré rico y premiado no solo de este servicio, qual él sea, que á V. Mag. he hecho, sino de otros muchos que pienso hacer por pagar alguna parte de el todo casi infinito que en esta joya V. Mag.

me ofrece. Levantaos, Ricaredo, respondió la Reyna, y creedme que si por precio os hubiera de dar á Isabela, segun yo la estimo, no la pudierades pagar ni con lo que trae esa Nave, ni con lo que queda en las Indias: yo os la doy, porque os la prometí, y porque ella es digna de vos, y vos lo sois de ella: vuestro valor solo la merece: si vos habeis guardado las joyas de la Nave para mí, yo os he guardado la joya vuestra para vos; y aunque os parezca que no hago mucho en volveros lo que es vuestro, yo sé que os hago mucha merced en ello, que las prendas que se compran á deseos y tienen su estimacion en el alma del comprador, aquello valen que vale una alma, que no hay precio en la tierra con que apreciarla: Isabela es vuestra, veisla alli, quando quisieredes podeis tomar su entera posesion, y creo será con su gusto, porque es discreta, y sabrá ponderar la amistad que le haceis, que no la quiero llamar merced sino amistad; porque me quiero alzar con el nombre de que yo sola puedo hacerle mercedes: idos á descansar, y venidme á ver mañana, que quiero mas particularmente oir vuestras hazañas, y traedme esos dos que decís que de su voluntad han querido venir á verme, que se lo quiero agradecer. Besóle la mano Ricaredo por las muchas mercedes que le hacia. Entróse la Reyna en una sala, y las Damas rodearon á Ricaredo, y una de ellas que habia tomado grande amistad con Isabela, llamada la Señora Tansi, tenida

por

por la mas discreta, desenvuelta y graciosa de todas, dixo á Ricaredo: Qué es esto, Señor Ricaredo? qué armas son estas? pensabades por ventura que veniades á pelear con vuestros enemigos? pues en verdad que aqui todas somos vuestras amigas, sino es la Señora Isabela, que como Española está obligada á no teneros buena voluntad. Acuerdese ella, Señora Tansi, de tenerme alguna, que como yo esté en su memoria, dixo Ricaredo, yo sé que la voluntad será buena, pues no puede caber en su mucho valor, y entendimiento, y rara hermosura la fealdad de ser desagradecida. Á lo qual respondió Isabela: Señor Ricaredo, pues he de ser vuestra, á vos toca tomar de mí toda la satisfaccion que quisieredes para recompensaros de las alabanzas que me habeis dado, y de las mercedes que pensais hacerme. Estas y otras honestas razones pasó Ricaredo con Isabela, y con las Damas, entre las quales habia una doncella de pequeña edad la qual no hizo sino mirar á Ricaredo mientras alli estuvo: alzabale las escarcelas por ver qué traía debaxo de ellas; tentabale la espada, y con simplicidad de niña queria que las armas le sirviesen de espejo, llegandose á mirar de muy cerca en ellas; y quando se hubo ido, volviendose á las Damas, dixo: Ahora, Señoras, yo imagino que debe de ser cosa hermosisima la guerra, pues aun entre mugeres parecen bien los hombres armados. Y cómo si parecen? respondió la Señora Tansi, si no mirad á Ricare-

do,

do, que no parece sino que el Sol se ha baxado á la tierra, y en aquel habito va caminando por la calle. Rieron todas de el dicho de la doncella, y de la disparatada semejanza de Tansi; y no faltaron murmuradores que tuvieron por impertinencia el haber venido armado Ricaredo á Palacio, puesto que halló disculpa en otros que dixeron, que como Soldado lo pudo hacer para mostrar su gallarda bizarria. Fue Ricaredo de sus padres, amigos, parientes, y conocidos con muestras de entrañable amor recibido. Aquella noche se hicieron generales alegrias en Londres por el buen suceso. Ya los padres de Isabela estaban en casa de Clotaldo, á quien Ricaredo habia dicho quien eran; pero que no les diesen nueva ninguna de Isabela hasta que él mismo se la diese. Este aviso tuvo la Señora Catalina su madre, y todos los criados, y criadas de su casa. Aquella misma noche con muchos baxeles, lanchas, y barcos, y con no menos ojos que lo miraban, se comenzó á descargar la gran Nave, que en ocho dias no acabó de dar la mucha pimienta y otras riquisimas mercaderias que en su vientre encerradas tenia. El dia que siguió á esta noche fue Ricaredo á Palacio, llevando consigo al padre y madre de Isabela, vestidos de nuevo á la inglesa, diciendoles que la Reyna queria verlos. Llegaron todos donde la Reyna estaba en medio de sus Damas, esperando á Ricaredo, á quien quiso lisonjear y favorecer con tener junto á sí á Isabela, vestida con aquel mismo vesti-

tido que llevó la vez primera, mostrandose no menos hermosa y bizarra ahora que entonces. Los padres de Isabela quedaron admirados y suspensos de ver tanta grandeza y gallardia junta. Pusieron los ojos en Isabela, y no la conocieron, aunque el corazon, presagio del bien que tan cerca tenian, les comenzó á saltar en el pecho no con sobresalto que les entristeciese, sino con un no sé qué de gusto, que ellos no acertaban á entenderlo. No consintió la Reyna que Ricaredo estuviese de rodillas ante ella; antes le hizo levantar y sentar en una silla rasa que para esto solo alli puesta tenian: inusitada merced para la altiva condicion de la Reyna; y alguno dixo á otro: Ricaredo no se sienta hoy sobre la silla que le han dado, sino sobre la pimienta que él traxo. Otro acudió, y dixo: Ahora se verifica lo que comunmente se dice, que dadivas quebrantan peñas; pues las que ha traido Ricaredo, han ablandado el duro corazon de nuestra Reyna. Y otro dixo: Ahora que está tan bien ensillado, mas de dos se atreverán á correrle. En efecto de aquella nueva honra que la Reyna hizo á Ricaredo, tomó ocasion la envidia para nacer en muchos pechos de aquellos que mirandolo estaban; porque no hay merced que el Principe haga á su privado, que no sea una lanza que atraviese el corazon del envidioso. Quiso la Reyna saber de Ricaredo menudamente como habia pasado la batalla con los Baxeles de los Cosarios: él la contó de nuevo, atribuyendo la

vic-

victoria á Dios y á los brazos valerosos de sus Soldados, encareciendolos á todos juntos, y particularizando algunos hechos de algunos, que mas que los otros se habian señalado, con que obligó á la Reyna á hacer á todos merced, y en particular á los particulares; y quando llegó á decir la libertad que en nombre de su Magestad habia dado á los Turcos, y Christianos, dixo: Aquella muger y aquel hombre que alli están (señalando á los padres de Isabela) son los que dixe ayer á V. Mag., que con deseo de ver vuestra grandeza, encarecidamente me pidieron los traxese conmigo: ellos son de Cadiz, y de lo que ellos me han contado, y de lo que en ellos he visto y notado, sé que son gente principal y de valor. Mandóles la Reyna que se llegasen cerca: alzó los ojos Isabela á mirar los que decian ser Españoles y mas de Cadiz, con deseo de saber si por ventura conocian á sus padres. Asi como Isabela alzó los ojos, los puso en ella su madre, y detuvo el paso para mirarla mas atentamente; y en la memoria de Isabela se comenzaron á despertar unas confusas noticias, que le querian dar á entender que en otro tiempo ella habia visto aquella muger que delante tenia. Su padre estaba en la misma confusion, sin osar determinarse á dar credito á la verdad que sus ojos le mostraban. Ricaredo estaba atentisimo á ver los efectos y movimientos que hacian las tres dudosas y perplexas almas, que tan confusas estaban entre el sí y el no de conocerse. Conoció

la

la Reyna la suspension de entrambos, y aun el desasosiego de Isabela, porque la vió trasudar, y levantar la mano muchas veces á componerse el cabello. En esto deseaba Isabela que hablase la que pensaba ser su madre, quizá los oidos la sacarian de la duda en que sus ojos la habian puesto. La Reyna dixo á Isabela, que en lengua española dixese á aquella muger y á aquel hombre, le dixesen qué causa les habia movido á no querer gozar de la libertad que Ricaredo les habia dado, siendo la libertad la cosa mas amada no solo de la gente de razon, mas aun de los animales que carecen de ella. Todo esto preguntó Isabela á su madre: la qual sin responderle palabra, desatentadamente y medio tropezando se llegó á Isabela, y sin mirar á respeto, temores, ni miramientos cortesanos, alzó la mano á la oreja derecha de Isabela, y descubrió un lunar negro que alli tenia, la qual señal acabó de certificar su sospecha; y viendo claramente ser Isabela su hija, abrazandose con ella dió una gran voz, diciendo: O hija de mi corazon! ó prenda cara del alma mia! Y sin poder pasar adelante, se cayó desmayada en los brazos de Isabela. Su padre, no menos tierno que prudente, dió muestras de su sentimiento no con otras palabras, que con derramar lagrimas, que sesgamente su venerable rostro y barbas le bañaron. Juntó Isabela su rostro con el de su madre; y volviendo los ojos á su padre, de tal manera le miró, que le dió á entender el gusto

y el contento que de verlos alli su alma tenia. La Reyna admirada de tal suceso, dixo á Ricaredo: Yo pienso, Ricaredo, que con vuestra discrecion se han ordenado estas vistas, y no sé si diga que han sido acertadas, pues sabemos que asi suele matar una subita alegria como mata una tristeza; y diciendo esto, se volvió á Isabela y la apartó de su madre, la qual habiendole rociado el rostro, volvió en sí, y estando ya un poco mas en su acuerdo, puesta de rodillas delante de la Reyna, la dixo: Perdone V. Mag. mi atrevimiento, que no es mucho perder los sentidos con la alegria del hallazgo de esta amada prenda. Respondióla la Reyna, que tenia razon, sirviendola de interprete para que lo entendiese, Isabela; la qual de la manera que se ha contado conoció á sus padres, y sus padres á ella, á los quales mandó la Reyna quedar en Palacio, para que de espacio pudiesen ver, y hablar á su hija Isabela, y regocijarse con ella: de lo qual Ricaredo se holgó mucho, y de nuevo pidió á la Reyna le cumpliese la palabra que le habia dado de darsela, si es que acaso la merecia; y de no merecerla, le suplicaba le mandase ocupar en cosas que le hiciesen digno de alcanzar lo que tanto deseaba. Bien entendió la Reyna que estaba Ricaredo satisfecho de sí mismo y de su mucho valor, y que no habia necesidad de nuevas pruebas para calificarle; y asi le dixo que de alli á quatro dias le entregaria á su querida Isabela, haciendo á los dos la honra que

á

á ella fuese posible. Con esto se despidió Ricaredo contentisimo con la esperanza propinqua que llevaba de tener en su poder á Isabela, sin sobresalto de perderla, que es el ultimo deseo de los amantes. Corrió el tiempo, y no con la ligereza que él quisiera: que los que viven con esperanzas de promesas venideras, siempre imaginan que no vuela el tiempo, sino que anda sobre los pies de la pereza misma; pero en fin llegó el dia, no donde pensó Ricaredo poner fin á sus deseos, sino de hallar en Isabela gracias nuevas que le moviesen á quererla mas, si mas pudiese. Mas en aquel breve tiempo, donde él pensaba que la nave de su buena fortuna corria con prospero viento hácia el deseado puerto, la contraria suerte levantó en su mar tal tormenta, que mil veces temió anegarse. Es pues el caso, que la Camarera Mayor de la Reyna, á cuyo cargo estaba Isabela, tenia un hijo de edad de veinte y dos años llamado el Conde Arnesto. Hacianle la grandeza de su estado, la alteza de su sangre, el mucho favor que su madre con la Reyna tenia: hacianle, digo, estas cosas mas de lo justo arrogante, altivo, y confiado. Este Arnesto pues se enamoró de Isabela tan encendidamente, que en la luz de los ojos de Isabela tenia abrasada el alma; y aunque en el tiempo que Ricaredo habia estado ausente, con algunas señales le habia descubierto su deseo, nunca de Isabela fue admitido: y puesto que la repugnancia y los desdenes en los principios de los amo-

res

res suelen hacer desistir de la empresa á los enamorados, en Arnesto obraron lo contrario los muchos y conocidos desdenes que le hizo Isabela, porque con sus zelos ardia, y con su honestidad se abrasaba: y como vió que Ricaredo segun el parecer de la Reyna tenia merecida á Isabela, y que en tan poco tiempo se la habia de entregar por muger, quiso desesperarse; pero antes que llegase á tan infame y tan cobarde remedio, habló á su madre, diciendola pidiese á la Reyna le diese á Isabela por esposa, donde no, que pensase que la muerte estaba llamando á las puertas de su vida. Quedó la Camarera admirada de las razones de su hijo, y como conocia la aspereza de su arrojada condicion y la tenacidad con que se le pegaban los deseos en el alma, temió que sus amores habian de parar en algun infeliz suceso. Con todo eso, como madre á quien es natural desear y procurar el bien de sus hijos, prometió al suyo de hablar á la Reyna no con esperanza de alcanzar de ella el imposible de romper su palabra, sino por no dexar de intentar como no salir desahuciada de los ultimos remedios. Y estando aquella mañana Isabela vestida por orden de la Reyna tan ricamente, que no se atreve la pluma á contarlo; y habiendole echado la misma Reyna al cuello una sarta de perlas de las mejores que traía la Nave, que las apreciaron en veinte mil ducados, y puestole un anillo de un diamante que se apreció en seis mil escudos; y estando alborozadas las Damas por

la

la fiesta que esperaban del cercano desposorio: entró la Camarera Mayor á la Reyna, y de rodillas le suplicó suspendiese el desposorio de Isabela por otros dos dias, que con esta merced sola que su Magestad le hiciese, se tendria por satisfecha y pagada de todas las mercedes que por sus servicios merecia y esperaba. Quiso saber la Reyna primero por qué le pedia con tanto ahinco aquella suspension, que tan derechamente iba contra la palabra que tenia dada á Ricaredo; pero no se la quiso dar la Camarera hasta que le hubo otorgado que haria lo que le pedia: tanto deseo tenia la Reyna de saber la causa de aquella demanda. Y asi despues que la Camarera alcanzó lo que por entonces deseaba, contó á la Reyna los amores de su hijo, y como temia que sino le daban por muger á Isabela, ó se habia de desesperar, ó hacer algun hecho escandaloso; y que si habia pedido aquellos dos dias, era por dar lugar á que su Magestad pensase qué medio sería á proposito y conveniente para dar á su hijo remedio. La Reyna respondió que si su Real palabra no estuviera de por medio, que ella hallara salida á tan cerrado laberinto; pero que no la quebrantaria ni defraudaria las esperanzas de Ricaredo por todo el interes del mundo. Esta respuesta dió la Camarera á su hijo, el qual sin detenerse un punto, ardiendo en amor y en zelos, se armó de todas armas, y sobre un fuerte y hermoso caballo se presentó ante la casa de Clotaldo, y á grandes

vo-

voces pidió que se asomase Ricaredo á la ventana, el qual á aquella sazon estaba vestido de galas de desposado, y á punto para ir á Palacio con el acompañamiento que tal acto requeria; mas habiendo oido las voces, y sabiendo quien las daba, y del modo que venia, con algun sobresalto se asomó á una ventana, y como le vió Arnesto, dixo: Ricaredo, estame atento á lo que decirte quiero: La Reyna mi Señora te mandó fueses á servirla, y á hacer hazañas que te hiciesen merecedor de la sin par Isabela: tú fuiste, y volviste cargadas las Naves de oro, con el qual piensas haber comprado y merecido á Isabela; y aunque la Reyna mi Señora te la ha prometido, ha sido creyendo que no hay ninguno en su Corte, que mejor que tú la sirva, ni quien con mejor titulo merezca á Isabela, y en esto bien podrá ser se haya engañado: y asi llegandome á esta opinion que yo tengo por verdad averiguada, digo que ni tú has hecho cosas tales que te hagan merecer á Isabela, ni ninguna podrás hacer, que á tanto bien te levante; y en razon de que no la mereces, si quieres contradecirme, te desafio á todo trance de muerte. Calló el Conde, y le respondió Ricaredo: En ninguna manera me toca salir á vuestro desafio, porque yo confieso no solo que no merezco á Isabela, sino que no la merece ninguno de los que hoy viven en el mundo: asi que confesando yo lo que vos decís, otra vez digo que no me toca vuestro desafio; pero le acepto por el atre-

vimiento que habeis tenido en desafiarme. Con esto se quitó de la ventana, y pidió sus armas. Alborotaronse sus parientes, y todos aquellos que para ir á Palacio habian venido á acompañarle. De la mucha gente que habia oido el desafio, no faltó quien lo fue á contar á la Reyna, la qual mandó al Capitan de su Guardia que fuese á prender á Arnesto. El Capitan se dió tanta priesa, que llegó á tiempo que ya Ricaredo salia de su casa, armado con las ricas armas con que se habia desembarcado, y puesto sobre un hermoso caballo. Quando el Conde vió al Capitan, luego imaginó á lo que venia, y determinó de no dexarse prender, y alzando la voz contra Ricaredo, le dixo: Ya ves, Ricaredo, el impedimento que nos viene, si tuvieres gana de castigarme, tú me buscarás; y por la que yo tengo de castigarte, tambien te buscaré; y pues dos que se buscan, facilmente se hallan, dexemos para entonces la execucion de nuestros deseos. Soy contento, respondió Ricaredo. En esto llegó el Capitan con toda su Guardia, y dixo al Conde que fuese preso en nombre de su Magestad. Respondió el Conde que se daba; pero no para que le llevasen á otra parte que á la presencia de la Reyna. Contentóse con esto el Capitan, y cogiendole en medio de la Guardia, le llevó á Palacio ante la Reyna, la qual ya de su Camarera estaba informada del amor grande que su hijo tenia á Isabela, y con lagrimas habia suplicado á la Reyna perdonase al Conde, que como

mo mozo y enamorado á mayores yerros estaba sujeto. Llegó Arnesto ante la Reyna, la qual sin entrar con él en razones, le mandó quitar la espada, y que le llevasen preso á una Torre. Todas estas cosas atormentaban el corazon de Isabela, y de sus padres que tan presto veían turbado el mar de su sosiego. Aconsejó la Camarera á la Reyna, que para sosegar el mal que podia suceder entre su parentela y la de Ricaredo, que se quitase la causa de por medio, que era Isabela, enviandola á España, y asi cesarian los efectos que debian de temerse: añadiendo á estas razones decir que Isabela era Catolica, y tan Christiana, que ninguna de sus persuasiones que habian sido muchas, la habian podido torcer en nada de su catolico intento. Á lo qual respondió la Reyna que por eso la estimaba en mas, pues tan bien sabía guardar la ley que sus padres la habian enseñado; y que en lo de enviarla á España no tratase, porque su hermosa presencia, y sus muchas gracias y virtudes le daban mucho gusto; y que sin duda, si no aquel dia, otro se la habia de dar por esposa á Ricaredo, como se lo tenia prometido. Con esta resolucion de la Reyna quedó la Camarera tan desconsolada, que no le replicó palabra, y pareciendole lo que ya le habia parecido, que si no era quitando á Isabela de por medio, no habia de haber remedio alguno que la rigurosa condicion de su hijo ablandase ni reduxese á tener paz con Ricaredo, determinó de hacer una de

las mayores crueldades que pudo caber jamas en pensamiento de muger principal, y tanto como ella lo era; y fue su determinacion matar con tosigo á Isabela: y como por la mayor parte sea la condicion de las mugeres ser prestas y determinadas, aquella misma tarde atosigó á Isabela en una conserva que le dió, forzandola á que la tomase por ser buena contra las ansias de corazon que sentia. Poco espacio pasó despues de haberla tomado, quando á Isabela se le comenzó á hinchar la lengua, y la garganta, y á ponersele denegridos los labios, y á enronquecersele la voz, turbarsele los ojos, y apretarsele el pecho: todas conocidas señales de haberle dado veneno. Acudieron las Damas á la Reyna, contandole lo que pasaba, y certificandole que la Camarera habia hecho aquel mal recaudo. No fue menester mucho para que la Reyna lo creyese; y asi fue á ver á Isabela que ya casi estaba espirando. Mandó llamar la Reyna con priesa á sus Medicos, y en tanto que tardaban, la hizo dar cantidad de polvos de Unicornio, con otros muchos antidotos que los grandes Principes suelen tener prevenidos para semejantes necesidades. Vinieron los Medicos, y esforzaron los remedios, y pidieron á la Reyna hiciese decir á la Camarera qué genero de veneno le habia dado; porque no se dudaba, que otra persona alguna sino ella la hubiese envenenado. Ella lo descubrió, y con esta noticia los Medicos aplicaron tantos remedios y tan eficaces, que con

ellos

ellos y con el ayuda de Dios quedó Isabela con vida, ó á lo menos con esperanza de tenerla. Mandó la Reyna prender á su Camarera, y encerrarla en un aposento estrecho de Palacio con intencion de castigarla como su delito merecia; puesto que ella se disculpaba diciendo, que en matar á Isabela hacia sacrificio al Cielo quitando de la tierra á una Catolica, y con ella la ocasion de las pendencias de su hijo. Estas tristes nuevas oidas de Ricaredo, le pusieron en terminos de perder el juicio: tales eran las cosas que hacia, y las lastimosas razones con que se quejaba. Finalmente Isabela no perdió la vida, que el quedar con ella, la naturaleza lo conmutó en dexarla sin cejas, pestañas, y sin cabello, el rostro hinchado, la tez perdída, los cueros levantados, y los ojos lagrimosos. Quedó tan fea, que como hasta alli habia parecido un milagro de hermosura, entonces parecia un monstruo de fealdad. Por mayor desgracia tenian los que la conocian, haber quedado de aquella manera, que si la hubiera muerto el veneno. Con todo esto Ricaredo se la pidió á la Reyna, y le suplicó se la dexase llevar á su casa, porque el grande amor que la tenia pasaba del cuerpo al alma, y que si Isabela habia perdido su belleza, no podia haber perdido sus infinitas virtudes. Asi es, dixo la Reyna, llevaosla, Ricaredo, y haced cuenta que llevais una riquisima joya encerrada en una caxa de madera tosca: Dios sabe si quisiera darosla como me la entregasteis, pero pues

no

no es posible, perdonadme, quizá el castigo que diere á la cometedora del delito, satisfará en algo el deseo de la venganza. Muchas cosas dixo Ricaredo á la Reyna disculpando á la Camarera, y suplicandola la perdonase, pues las disculpas que daba eran bastantes para perdonar mayores insultos. Finalmente le entregaron á Isabela y á sus padres, y Ricaredo los llevó á su casa, digo á la de sus padres: y á las ricas perlas y al diamante añadió otras joyas la Reyna y otros vestidos tales, que descubrieron el mucho amor que á Isabela tenia, la qual duró dos meses en su fealdad, sin dar indicio alguno de poder reducirse á su primera hermosura; pero al cabo de este tiempo comenzó á caersele el cuero, y á descubrirse su hermosa tez. En este tiempo los padres de Ricaredo, pareciendoles no ser posible que Isabela en sí volviese, determinaron de enviar por la doncella Escocesa, con quien primero tenian concertado de casarlo, y esto sin que él lo supiese, no dudando que la hermosura presente de la nueva esposa hiciese olvidar á su hijo la ya pasada de Isabela: á la qual pensaban enviar á España con sus padres, dandoles tanto haber y riquezas, que recompensasen sus pasadas pérdidas. No pasó mes y medio, quando sin sabiduria de Ricaredo la nueva esposa se le entró por las puertas, acompañada como quien ella era, y tan hermosa que despues de la Isabela, que solia ser, no habia otra tan bella en todo Londres. Sobresaltóse Ricaredo con la im-

pro-

provisa vista de la doncella, y temió que el sobresalto de su venida habia de acabar la vida á Isabela, y asi para templar este temor se fue al lecho donde Isabela estaba, y hallóla con sus padres, delante de los quales dixo: Isabela de mi alma, mis padres con el grande amor que me tienen, aun no bien enterados del mucho que yo te tengo, han traido á casa una doncella Escocesa, con quien ellos tenian concertado de casarme antes que yo conociese lo que vales; y esto, á lo que creo, con intencion que la mucha belleza de esta doncella borre de mi alma la tuya, que en ella estampada tengo. Yo, Isabela, desde el punto que te quise, fue con otro amor de aquel que tiene su fin y paradero en el cumplimiento del sensual apetito, que puesto que tu corporal hermosura me cautivó los sentidos, tus infinitas virtudes me aprisionaron el alma de manera, que si hermosa te quise, fea te adoro; y para confirmar esta verdad, dame esa mano, y dandole ella la derecha, y asiendola él con la suya, prosiguió diciendo: Por la Fe catolica, que mis Christianos padres me enseñaron, la qual sino está en la entereza que se requiere, por aquella juro que guarda el Pontifice Romano, que es la que yo en mi corazon confieso, creo y tengo; y por el verdadero Dios que nos está oyendo, te prometo, ó Isabela, mitad de mi alma! de ser tu esposo, y lo soy desde luego, si tú quieres levantarme á la alteza de ser tuyo. Quedó suspensa Isabela con las razones de Rica-

caredo, y sus padres atonitos y pasmados. Ella no supo que decir ni hacer otra cosa, que besar muchas veces la mano de Ricaredo, y decirle con voz mezclada con lagrimas que ella le aceptaba por suyo, y se entregaba por su esclava. Besóla Ricaredo en el rostro feo, no habiendo tenido jamas atrevimiento de llegarse á él quando hermoso: los padres de Isabela solemnizaron con tiernas lagrimas las fiestas del desposorio: Ricaredo les dixo que él dilataria el casamiento de la Escocesa que ya estaba en casa, del modo que despues verian, y quando su padre los quisiese enviar á España á todos tres, no lo rehusasen, sino que se fuesen, y le aguardasen en Cadiz, ó en Sevilla dos años, dentro de los quales les daba su palabra de ser con ellos, si el Cielo tanto tiempo le concediese de vida; y que si de este termino pasase, tuviesen por cosa certisima que algun grande impedimento, ó la muerte, que era lo mas cierto, se habia opuesto á su camino. Isabela respondió que no solos dos años le aguardaria, sino todos aquellos de su vida hasta estar enterada que él no la tenia; porque en el punto que esto supiese, sería el mismo de su muerte. Con estas tiernas palabras se renovaron las lagrimas en todos, y Ricaredo salió á decir á sus padres como en ninguna manera se casaria, ni daria la mano á su esposa la Escocesa, sin haber primero ido á Roma á asegurar su conciencia. Tales razones supo decir á ellos y á los parientes que habian venido con Clister-

na (que asi se llamaba la Escocesa) que como todos eran Catolicos, facilmente las creyeron; y Clisterna se contentó de quedar en casa de su suegro hasta que Ricaredo volviese, el qual pidió de termino un año. Esto asi puesto y concertado, Clotaldo dixo á Ricaredo como determinaba enviar á España á Isabela y á sus padres, si la Reyna le daba licencia: quizá los ayres de la patria apresurarian y facilitarian la salud que ya comenzaba á tener. Ricaredo por no dar indicio de sus designios, respondió tibiamente á su padre que hiciese lo que mejor le pareciese, solo le suplicó que no quitase á Isabela ninguna cosa de las riquezas que la Reyna le habia dado : prometióselo Clotaldo, y aquel mismo dia fue á pedir licencia á la Reyna asi para casar á su hijo con Clisterna, como para enviar á Isabela y á sus padres á España. De todo se contentó la Reyna, y tuvo por acertada la determinacion de Clotaldo : y aquel mismo dia sin acuerdo de Letrados y sin poner á su Camarera en tela de juicio, la condenó en que no sirviese mas su oficio, y en diez mil escudos de oro para Isabela ; y al Conde Arnesto por el desafio le desterró por seis años de Inglaterra. No pasaron quatro dias, quando ya Arnesto se puso á punto de salir á cumplir su destierro, y los dineros estuvieron juntos. La Reyna llamó á un Mercader rico que habitaba en Londres, y era Frances, el qual tenia correspondencia en Francia, Italia, y España, al qual entregó los diez mil

es-

escudos, y le pidió cedulas para que se los entregasen al padre de Isabela en Sevilla, ó en otra playa de España. El Mercader, descontados sus intereses y ganancias, dixo á la Reyna que las daria ciertas y seguras para Sevilla sobre otro Mercader Frances su correspondiente, en esta forma: Que él escribiria á París, para que alli se hiciesen las cedulas por otro correspondiente suyo, á causa que rezasen las fechas de Francia, y no de Inglaterra, por el contrabando de la comunicacion de los dos Reynos, y que bastaba llevar una letra de aviso suya sin fecha con sus contraseñas, para que luego diese el dinero el Mercader de Sevilla que ya estaria avisado del de París. En resolucion la Reyna tomó tales seguridades del Mercader, que no dudó de ser cierta la paga: y no contenta con esto, mandó llamar al Patron de una Nave Flamenca que estaba para partirse á Francia á solo tomar en algun Puerto de ella testimonio para poder entrar en España á titulo de partir de Francia, al qual pidió encarecidamente llevase en su Nave á Isabela, y á sus padres, y con toda seguridad y buen tratamiento los pusiese en un Puerto de España, el primero adonde llegase. El Patron que deseaba contentar á la Reyna, dixo que sí haria, y que los pondria en Lisboa, Cadiz, ó Sevilla. Tomados pués los recaudos del Mercader, envió la Reyna á decir á Clotaldo no quitase á Isabela nada de lo que ella le habia dado asi de joyas como de vestidos. Otro dia vino Isabe-

bela, y sus padres á despedirse de la Reyna, que los recibió con mucho amor. Dióles la Reyna la carta del Mercader, y otras muchas dadivas asi de dineros, como de otras cosas de regalo para el viage. Con tales razones se lo agradeció Isabela, que de nuevo dexó obligada á la Reyna para hacerle siempre mercedes: despidióse de las Damas, las quales como estaba fea, no quisieran ya que se partiera, viendose libres de la envidia que á su hermosura tenian, y contentas de gozar de sus gracias y discreciones. Abrazó la Reyna á los tres, y encomendandolos á la buena ventura y al Patron de la Nave, y pidiendo á Isabela la avisase de su llegada á España, y siempre de su salud por la via del Mercader Frances; se despidió de Isabela, y de sus padres, los quales aquella misma tarde se embarcaron no sin lagrimas de Clotaldo, y de su muger, y de todos los de su casa, de quien era en extremo querida. No se halló á esta despedida presente Ricaredo, que por no dar muestras de tiernos sentimientos, aquel dia hizo con unos amigos suyos le llevasen á caza. Los regalos que la Señora Catalina dió á Isabela para el viage, fueron muchos, los abrazos infinitos, las lagrimas en abundancia, las encomiendas de que la escribiese, sin numero, y los agradecimientos de Isabela y de sus padres correspondieron á todo; de suerte que aunque llorando, los dexaron satisfechos. Aquella noche se hizo el Baxel á la vela, y habiendo con prospero viento tocado en

Fran-

Francia, y tomado en ella los recaudos necesarios para entrar en España, de alli á treinta dias entró por la Barra de Cadiz, donde desembarcaron Isabela y sus padres; y siendo conocidos de todos los de la Ciudad, los recibieron con muestras de mucho contento. Recibieron mil parabienes del hallazgo de Isabela, y de la libertad que habian alcanzado asi de los Moros que los habian cautivado (habiendo sabido todo su suceso de los cautivos que dió libertad la liberalidad de Ricaredo) como de la que habian alcanzado de los Ingleses. Ya Isabela en este tiempo comenzaba á dar grandes esperanzas de volver á cobrar su primera hermosura. Poco mas de un mes estuvieron en Cadiz restaurando los trabajos de la navegacion, y luego se fueron á Sevilla por ver si salia cierta la paga de los diez mil escudos, que librados sobre el Mercader Frances traían. Dos dias despues de llegar á Sevilla le buscaron, y le hallaron, y le dieron la carta del Mercader Frances de la Ciudad de Londres: él la reconoció, y dixo que hasta que de París le viniesen las letras y carta de aviso, no podia dar el dinero; pero que por momentos aguardaba el aviso. Los padres de Isabela alquilaron una casa grande y principal frontero de Santa Paula por ocasion que estaba Monja en aquel santo Monasterio una sobrina suya, unica, y extremada en el arte de la musica; y asi por tenerla cerca, como por haber dicho Isabela á Ricaredo que si viniese á buscarla la hallaria

en

en Sevilla, y le diria su casa su prima la Monja de Santa Paula, y que para conocerla no habia menester mas de preguntar por la Monja que tenia la mejor voz en el Monasterio, porque estas señas no se le podian olvidar. Otros quarenta dias tardaron de venir los avisos de París, y á dos que llegaron, el Mercader Frances entregó los diez mil escudos á Isabela, y ella á sus padres, y con ellos, y con algunos mas que hicieron vendiendo algunas de las muchas joyas de Isabela, volvió su padre á exercitar su oficio de Mercader no sin admiracion de los que sabian sus grandes pérdidas. En fin en pocos meses fue restaurando su perdido credito, y la belleza de Isabela volvió á su sér primero, de tal manera que en hablando de hermosas, todas daban el lauro á la Española Inglesa, que tanto por este nombre como por su hermosura era de toda la Ciudad conocida. Por la orden del Mercader Frances de Sevilla escribieron Isabela y sus padres á la Reyna de Inglaterra su llegada, con los agradecimientos y sumisiones que requerian las muchas mercedes de ella recibidas: asimismo escribieron á Clotaldo y á su Señora Catalina, llamandolos Isabela padres, y sus padres Señores. De la Reyna no tuvieron respuesta, pero de Clotaldo y de su muger sí, donde les daban el parabien de la llegada á salvo, y los avisaban como su hijo Ricaredo otro dia despues que ellos se hicieron á la vela, se habia partido á Francia, y de alli á otras partes, donde le convenia

ir para seguridad de su conciencia: añadiendo á estas otras razones y cosas de mucho amor y de muchos ofrecimientos. Á la qual carta respondieron con otra no menos cortes y amorosa, que agradecida. Luego imaginó Isabela que el haber dexado Ricaredo á Inglaterra, sería para venirla á buscar á España; y alentada con esta esperanza, vivia la mas contenta del mundo, y procuraba vivir de manera, que quando Ricaredo llegase á Sevilla, antes le diese en los oidos la fama de sus virtudes, que el conocimiento de su casa. Pocas ó ninguna vez salia de su casa sino para el Monasterio: no ganaba otros Jubileos, que aquellos que en el Monasterio se ganaban. Desde su casa y desde su oratorio andaba con el pensamiento los viernes de Quaresma la santisima Estacion de la Cruz, y los siete venideros del Espiritu Santo. Jamas visitó el rio, ni pasó á Triana, ni vió el comun regocijo en el campo de Tablada y puerta de Xerez el dia (si le hace claro) de San Sebastian, celebrado de tanta gente que apenas se puede reducir á numero: finalmente no vió regocijo publico, ni otra fiesta en Sevilla: todo lo libraba en su recogimiento y oraciones, esperando á Ricaredo. Este su grande retraimiento tenia abrasados y encendidos los deseos no solo de los pisaverdes del barrio, sino de todos aquellos que una vez la hubiesen visto: de aqui nacieron musicas de noche en su calle, y carreras de dia. De este no dexar verse, y desearlo muchos, crecieron las al-

alhajas de las terceras, que prometieron mostrarse primas y unicas en solicitar á Isabela, y no faltó quien se quiso aprovechar de lo que llaman hechizos, que no son sino embustes y disparates; pero á todo esto estaba Isabela como roca en mitad de la mar, que la tocan pero no la mueven las olas ni los vientos. Año y medio era ya pasado, quando la esperanza propinqua de los dos años por Ricaredo prometidos comenzó con mas ahinco que hasta alli á fatigar el corazon de Isabela; y quando ya le parecia que su esposo llegaba, y que le tenia ante los ojos, y le preguntaba qué impedimentos le habian detenido tanto; quando ya llegaban á sus oidos las disculpas de su esposo; y quando ya ella le perdonaba y le abrazaba, y como á mitad de su alma le recibia; llegó á sus manos una carta de la Señora Catalina, fecha en Londres cincuenta dias habia: venia en lengua inglesa; pero leyendola en español, vió que asi decia:

»Hija de mi alma, bien conociste á Guillar»te el Page de Ricaredo: este se fue con él al »viage, que por otra te avisé que Ricaredo á »Francia y á otras partes habia hecho el segun»do dia de tu partida; pues este mismo Gui»llarte á cabo de diez y seis meses que no ha»biamos sabido de mi hijo, entró ayer por nues»tra puerta con nuevas que el Conde Arnesto »habia muerto á traicion en Francia á Ricaredo. »Considera, hija, qual quedariamos su padre y »yo, y su esposa con tales nuevas: tales digo,

„que aun no nos dexaron poner en duda nues-„tra desventura. Lo que Clotaldo y yo te roga-„mos otra vez, hija de mi alma, es que enco-„miendes muy de veras á Dios la de Ricaredo, „que bien merece este beneficio el que tanto te „quiso como tú sabes: tambien pedirás á nuestro „Señor nos dé á nosotros paciencia y buena muer-„te, á quien nosotros tambien pedirémos y su-„plicarémos te dé á tí y á tus padres largos años „de vida.

Por la letra y por la firma no le quedó que dudar á Isabela para no creer la muerte de su esposo: conocia muy bien al Page Guillarte, y sabía que era verdadero, y que de suyo no habria querido ni tenia para que fingir aquella muerte, ni menos su madre la Señora Catalina la habria fingido por no importarle nada enviarle nuevas de tanta tristeza, y para ella de tanto pesar: finalmente ningun discurso que hizo, ninguna cosa que imaginó, le pudo quitar del pensamiento no ser verdadera la nueva de su desventura. Acabada de leer la carta, sin derramar lágrimas, ni dar señales de doloroso sentimiento, con sesgo rostro y al parecer con sosegado pecho se levantó de un estrado donde estaba sentada, y se entró en un oratorio, y hincandose de rodillas ante la Imagen de un devoto Crucifixo, hizo voto de ser Monja, pues lo podia ser teniendose por viuda. Sus padres disimularon y encubrieron con discrecion la pena que les habia dado aquella triste nueva, por poder consolar

á

á Isabela en la amarga que sentia: la qual casi como satisfecha de su dolor, templandole con la santa y christiana resolucion que habia tomado, ella consolaba á sus padres, á los quales descubrió su intento, y ellos la aconsejaron que no le pusiese en execucion hasta que pasasen los dos años que Ricaredo habia puesto por termino á su venida, que con esto se confirmaria la verdad de la muerte de Ricaredo, y ella con mas seguridad podria mudar de estado. Asi lo hizo Isabela, y los seis meses y medio que quedaban para cumplirse los dos años, los pasó en exercicios de Religiosa, y en concertar la entrada del Monasterio, habiendo elegido el de Santa Paula donde estaba su prima. Pasóse el termino de los dos años, y llegóse el dia de tomar el habito, cuya nueva se extendió por la Ciudad, y de los que conocian de vista á Isabela, y de aquellos que por sola su fama, se llenó el Monasterio y la poca distancia que desde la casa de Isabela habia; y convidando su padre á sus amigos, y aquellos á otros, hicieron á Isabela uno de los mas honrados acompañamientos que en semejantes actos se habia visto en Sevilla. Hallóse en él el Asistente, y el Provisor de la Iglesia, y Vicario del Arzobispo, con todas las Señoras y Señores de Titulo que habia en la Ciudad: tal era el deseo que en todos habia de ver el sol de la hermosura de Isabela, que tantos meses se les habia eclipsado: y como es costumbre de las doncellas que van á tomar el habito, ir lo posi-

ble galanas y bien compuestas, como quien en aquel punto echa el resto de la bizarria y se descarta de ella; quiso Isabela ponerse lo mas bizarra que le fue posible, y asi se vistió con aquel vestido mismo que llevó quando fue á ver á la Reyna de Inglaterra, que ya se ha dicho quan rico y quan vistoso era: salieron á luz las perlas, y el famoso diamante, con el collar, y cintura que asimismo era de mucho valor. Con este adorno y con su gallardia, dando ocasion para que todos alabasen á Dios en ella, salió Isabela de su casa á pie, que el estar tan cerca el Monasterio, excusó los coches: el concurso de la gente fue tanto, que les pesó de no haber entrado en los coches, porque no les daban lugar de llegar al Monasterio. Unos bendecian á sus padres, otros al Cielo que de tanta hermosura la habia dotado; unos se empinaban por verla, otros habiendola visto una vez, corrian adelante por verla otra; y el que mas solicito se mostró en esto, y tanto que muchos lo echaron de ver, fue un hombre vestido en habito de los que vienen rescatados de cautivos, con una insignia de la Trinidad en el pecho en señal que han sido rescatados por la limosna de sus Redentores. Este cautivo pues al tiempo que ya Isabela tenia un pie dentro de la porteria del Convento, donde habian salido á recibirla como es uso la Priora y las Monjas con la Cruz, á grandes voces dixo: Detente Isabela, detente. Á estas voces Isabela y sus padres volvieron los ojos,

y

y vieron que hendiendo por la gente hácia ellos venia aquel cautivo, que habiendosele caido un bonete azul que en la cabeza traía, descubrió una confusa madexa de cabellos de oro ensortijados, y un rostro como el carmin y como la nieve colorado y blanco, señales que luego le hicieron conocer y juzgar por extrangero de todos. En efecto cayendo y levantando llegó donde Isabela estaba, y asiendola de la mano le dixo: Conocesme, Isabela? Mira que yo soy Ricaredo tu esposo. Sí conozco, dixo Isabela, si ya no eres fantasma que viene á turbar mi reposo. Sus padres le asieron, y atentamente le miraron, y en resolucion conocieron ser Ricaredo aquel cautivo: el qual con lagrimas en los ojos, hincando las rodillas delante de Isabela, le suplicó que no impidiese la extrañeza del trage en que estaba su buen conocimiento, ni estorbase su baxa fortuna, que ella no correspondiese á la palabra que entre los dos se habian dado. Isabela á pesar de la impresion que en su memoria habia hecho la carta de la madre de Ricaredo, dandole nuevas de su muerte, quiso dar mas credito á sus ojos y á la verdad que presente tenia; y asi abrazandose con el cautivo, le dixo: Vos sin duda, Señor mio, sois el que solo podria impedir mi christiana determinacion: vos, Señor, sois sin duda la mitad de mi alma, pues sois mi verdadero esposo: estampado os tengo en mi memoria, y guardado en mi alma: las nuevas que de vuestra muerte me escribió mi

Señora y vuestra madre, ya que no me quitaron la vida, me hicieron escoger la de la Religion, que en este punto queria entrar á vivir en ella; mas pues Dios con tan justo impedimento muestra querer otra cosa, ni podemos ni conviene que por mi parte se impida: venid, Señor, á la casa de mis padres que es vuestra, y alli os entregaré mi posesion por los terminos que pide nuestra santa Fe Catolica. Todas estas razones oyeron los circunstantes, y el Asistente, y Vicario, y Provisor del Arzobispo, y de oirlas todos se admiraron y suspendieron, y quisieron que luego se les dixese qué historia era aquella, qué Extrangero aquel, y de qué casamiento trataban. Á todo lo qual respondió el padre de Isabela, diciendo que aquella historia pedia otro lugar y algun termino para decirse; y asi suplicaba á todos aquellos que quisiesen saberla, diesen la vuelta á su casa pues estaba tan cerca, que alli se la contarian de modo que con la verdad quedasen satisfechos, y con la grandeza y extrañeza de aquel suceso admirados. En esto uno de los presentes alzó la voz, diciendo: Señores, este mancebo es un gran Cosario Ingles, que yo le conozco, y es aquel que habrá poco mas de dos años tomó á los Cosarios de Argel la Nave de Portugal que venia de las Indias: no hay duda sino que es él, que yo le conozco; porque él me dió libertad y dineros para venirme á España, y no solo á mí, sino á otros trecientos cautivos. Con estas razones se alboro-

rotó la gente, y se avivó el deseo que todos tenian de saber y ver la claridad de tan intrincadas cosas. Finalmente la gente mas principal con el Asistente y aquellos dos Señores Eclesiasticos volvieron á acompañar á Isabela á su casa, dexando á las Monjas tristes, confusas, y llorando por lo que perdian en no tener en su compañia á la hermosa Isabela: la qual estando en su casa, en una gran sala de ella, hizo que aquellos Señores se sentasen; y aunque Ricaredo quiso tomar la mano en contar su historia, todavia le pareció que era mejor fiarlo de la lengua y discrecion de Isabela, y no de la suya, que no muy expertamente hablaba la lengua Castellana. Callaron todos los presentes, y teniendo las almas pendientes de las razones de Isabela, ella asi comenzó su cuento: el qual le reduzgo yo á que dixo todo aquello que desde el dia que Clotaldo la robó de Cadiz hasta que entró y volvió á él, la habia sucedido, contando asimismo la batalla que Ricaredo habia tenido con los Turcos; la liberalidad que habia usado con los Christianos; la palabra que entrambos á dos se habian dado de ser marido y muger; la promesa de los dos años; y las nuevas que habia tenido de su muerte tan ciertas á su parecer que la pusieron en el termino que habian visto de ser Religiosa: engrandeció la liberalidad de la Reyna, la christiandad de Ricaredo, y de sus padres; y acabó con decir que dixese Ricaredo lo que le habia sucedido despues que salió de Lon-

Londres hasta el punto presente, donde le veían con habito de cautivo, y con una señal de haber sido rescatado por limosna. Asi es, dixo Ricaredo, y en breves razones sumaré los inmensos trabajos mios. Despues que me partí de Londres por excusar el casamiento que no podia hacer con Clisterna, aquella doncella Escocesa Catolica con quien ha dicho Isabela que mis padres me querian casar, llevando en mi compañia á Guillarte, aquel Page que mi madre escribe que llevó á Londres las nuevas de mi muerte, atravesando por Francia llegué á Roma, donde se alegró mi alma y se fortaleció mi Fe: besé los pies al Sumo Pontifice, confesé mis pecados con el mayor Penitenciario, absolvióme de ellos, y dióme los recaudos necesarios que diesen fe de mi confesion, y penitencia, y de la reduccion que habia hecho á nuestra madre la Iglesia. Hecho esto visité los lugares tan santos como innumerables que hay en aquella Ciudad santa, y de dos mil escudos que tenia en oro, di los mil y seiscientos á un cambio, que me los libró en esta Ciudad sobre un tal Roqui, Florentin: con los quatrocientos que me quedaron, con intencion de venir á España me partí para Genova, donde habia tenido nuevas que estaban dos Galeras de aquella Señoria de partida para España. Llegué con Guillarte á un lugar que se llama Aquapendente, que viniendo de Roma á Florencia es el ultimo que tiene el Papa, y en una hosteria donde me apeé, hallé al Conde Arnesto, mi mor-

mortal enemigo, que con quatro criados disfrazado y encubierto, mas por ser curioso que por ser Catolico, entendí que iba á Roma: creí que no me habia conocido, encerréme en un aposento con mi criado Guillarte, y estuve con cuidado y con determinacion de mudarme luego á otra posada en cerrando la noche: no lo hice asi, porque el descuido grande que noté que tenia el Conde y sus criados, me aseguró que no me habian conocido: cené en mi aposento, cerré la puerta, apercebí mi espada, encomendéme á Dios, y no quise acostarme. Durmióse mi criado, y yo sobre una silla me quedé medio dormido; mas poco despues de media noche me despertaron para hacerme dormir el eterno sueño quatro pistoletes que como despues supe dispararon contra mí el Conde y sus criados, y dexandome por muerto, teniendo ya á punto los caballos se fueron, diciendo al huesped de la posada que me enterrase, porque era hombre principal. Mi criado, segun dixo despues el huesped, despertó al ruido, y con el miedo se arrojó por una ventana que caía á un patio, diciendo: Desventurado de mí, que han muerto á mi Señor! se salió del meson, y debió de ser con tal miedo, que no debió de parar hasta Londres, pues él fue el que llevó las nuevas de mi muerte. Subieron los de la hosteria, y hallaronme atravesado con quatro balas, y con muchos perdigones; pero todas por partes, que de ninguna fue mortal la herida. Pedí confesion, y

to-

todos los Sacramentos como Catolico Christiano, dieronmelos, curaronme, y no estuve para ponerme en camino en dos meses, al cabo de los quales vine á Genova, donde no hallé otro pasage, sino en dos Falucas que fletamos yo y otros dos principales Españoles, la una para que fuese delante descubriendo, y la otra donde nosotros fuesemos. Con esta seguridad nos embarcamos, navegando tierra á tierra con intencion de no engolfarnos; pero llegando á un parage que llaman las Tres Marias, que es en la costa de Francia, yendo nuestra primera Faluca descubriendo, á deshora salieron de una cala dos Galeotas Turquescas, y tomandonos la una la mar, y la otra la tierra, quando ibamos á embestir en ella nos cortaron el camino, y nos cautivaron: en entrando en la Galeota nos desnudaron hasta dexarnos en carnes: despojaron las Falucas de quanto llevaban, y dexaronlas embestir en tierra sin echarlas á fondo, diciendo que aquellas servirian otra vez de traer otra galima, que con este nombre llaman ellos á los despojos que de los Christianos toman. Bien se me podrá creer, si digo que sentí en el alma mi cautiverio, y sobre todo la pérdida de los recaúdos de Roma, donde en una caxa de lata los traía, con la cedula de los mil y seiscientos ducados; mas la buena suerte quiso que viniese á manos de un Christiano cautivo Español, que la guardó, que si viniera á poder de los Turcos, por lo menos habia de dar por mi rescate lo

lo que rezaba la cedula, que ellos averiguarian cuya era. Traxeronnos á Argel, donde hallé que estaban rescatando los Padres de la Santisima Trinidad: hablélos, dixeles quien era, y movidos de caridad, aunque yo era extrangero me rescataron en esta forma: que dieron por mí trecientos ducados, los ciento luego, y los ducientos quando volviese el Baxel de la limosna á rescatar al Padre de la Redencion, que se quedaba en Argel empeñado en quatro mil ducados que habia gastado mas de los que traía; porque á toda esta misericordia y liberalidad se extiende la caridad de estos Padres, que dan su libertad por la agena, y se quedan cautivos por rescatar los cautivos. Por añadidura del bien de mi libertad hallé la caxa perdída con los recaudos y la cedula: mostrésela al bendito Padre que me habia rescatado, y ofrecíle quinientos ducados mas de los de mi rescate para ayuda de su empeño. Casi un año se tardó en volver la Nave de la limosna; y lo que en este año me pasó, á poderlo contar ahora, fuera otra nueva historia: solo diré que fui conocido de uno de los veinte Turcos, que di libertad con los demas Christianos ya referidos, y fue tan agradecido y tan hombre de bien que no quiso descubrirme; porque á conocerme los Turcos por aquel que habia echado á fondo sus dos Baxeles, y quitadoles de las manos la gran Nave de la India, ó me presentaran al gran Turco, ó me quitaran la vida: y de presentarme al Gran Se-

ñor

ñor redundara no tener libertad en mi vida. Finalmente el Padre Redentor vino á España conmigo, y con otros cincuenta Christianos rescatados. En Valencia hicimos la Procesion General, y desde alli cada uno se partió donde mas le plugo, con las insignias de su libertad que son estos habitos: yo llegué hoy á esta Ciudad con tanto deseo de ver á Isabela mi esposa, que sin detenerme á otra cosa, pregunté por este Monasterio, donde me habian de dar nuevas de mi esposa: lo que en él me ha sucedido ya se ha visto; lo que queda por ver son estos recaudos, para que se pueda tener por verdadera mi historia, que tiene tanto de milagrosa como de verdadera: y luego en diciendo esto, sacó de una caxa de lata los recaudos que decia, y se los puso en las manos al Provisor, que los vió junto con el Señor Asistente, y no halló en ellos cosa que le hiciese dudar de la verdad que Ricaredo habia contado. Y para mas confirmacion de ella, ordenó el Cielo que se hallase presente á todo esto el Mercader Florentin, sobre quien venia la cedula de los mil y seiscientos ducados, el qual pidió que se le mostrase la cedula, y mostrandosela la reconoció, y la aceptó para luego, porque él muchos meses habia que tenia aviso de esta partida: todo esto fue añadir admiracion á admiracion, y espanto á espanto. Ricaredo dixo que de nuevo ofrecia los quinientos ducados que habia prometido. Abrazó el Asistente á Ricaredo, y á los padres de Isabela, y

á

á ella, ofreciendoseles á todos con corteses razones. Lo mismo hicieron los dos Señores Eclesiasticos, y rogaron á Isabela pusiese toda aquella historia por escrito, para que la leyese su Señor el Arzobispo, y ella lo prometió. El grande silencio que todos los circunstantes habian tenido, escuchando el èxtraño caso, se rompió en dar alabanzas á Dios por sus grandes maravillas, y dando desde el mayor hasta el mas pequeño el parabien á Isabela, á Ricaredo, y á sus padres, los dexaron: y ellos suplicaron al Asistente honrase sus bodas, que de alli á ocho dias pensaban hacerlas. Holgó de hacerlo asi el Asistente, y de alli á ocho dias acompañado de los mas principales de la Ciudad se halló en ellas. Por estos rodeos, y por estas circunstancias los padres de Isabela cobraron su hija, y restauraron su hacienda; y ella favorecida del Cielo y ayudada de sus muchas virtudes, á despecho de tantos inconvenientes halló marido tan principal como Ricaredo, en cuya compañia se piensa que aun hoy vive en las casas que alquilaron frontero de Santa Paula, que despues las compraron de los herederos de un hidalgo Burgalés, que se llamaba Hernando Cifuentes. Esta Novela nos podria enseñar quanto puede la virtud, y quanto la hermosura, pues son bastantes juntas, y cada una de por sí á enamorar aun hasta los mismos enemigos, y de como sabe el Cielo sacar de las mayores adversidades nuestras nuestros mayores provechos.

El

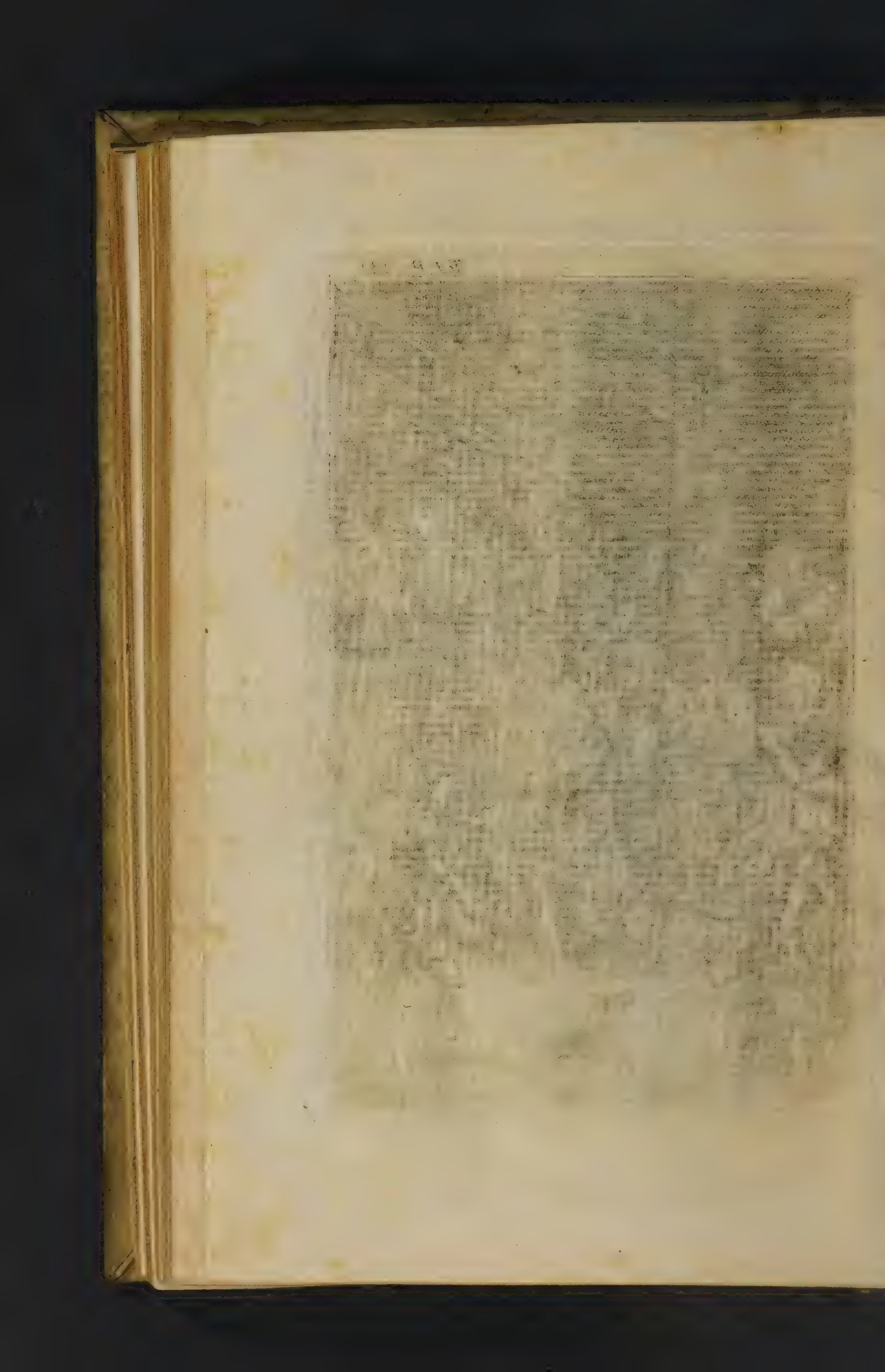
El Licenciado Vidriera.

Paseandose dos Caballeros Estudiantes por las riberas del Tormes, hallaron en ellas debaxo de un arbol durmiendo á un muchacho de hasta edad de once años, vestido como Labrador: mandaron á un criado que le despertase: despertó, y preguntaronle de dónde era, y qué hacia durmiendo en aquella soledad? Á lo qual el muchacho respondió: que el nombre de su tierra se le habia olvidado, y que iba á la Ciudad de Salamanca á buscar un amo á quien servir, por solo que le diese estudio. Preguntaronle si sabía leer? respondió que sí, y escribir tambien. De esa manera, dixo uno de los Caballeros, no es por falta de memoria habersete olvidado el nombre de tu patria. Sea por lo que fuere, respondió el muchacho, ni el de ella, ni el de mis padres sabrá ninguno hasta que yo pueda honrarlos á ellos, y á ella. Pues de qué suerte los piensas honrar? preguntó el otro Caballero. Con mis estudios, respondió el muchacho, siendo famoso por ellos; porque yo he oido decir que de los hombres se hacen los Obispos. Esta respuesta movió á los Caballeros á que

le

To.1. Pa 284.





le recibiesen y llevasen consigo como lo hicieron, dandole estudio de la manera que se usa dar en aquella Universidad á los criados que sirven. Dixo el muchacho que se llamaba Tomás Rodaja, de donde infirieron sus amos por el nombre y por el vestido, que debia de ser hijo de algun labrador pobre. Á pocos dias le vistieron de negro, y á pocas semanas dió Tomás muestras de raro ingenio, sirviendo á sus amos con tanta fidelidad, puntualidad y diligencia, que con no faltar un punto á sus estudios, parecia que solo se ocupaba en servirlos: y como el buen servir del siervo mueve la voluntad del Señor á tratarle bien, ya Tomás no era criado de sus amos, sino compañero. Finalmente en ocho años que estuvo con ellos se hizo tan famoso en la Universidad por su buen ingenio y notable habilidad, que de todo genero de gentes era estimado y querido. Su principal estudio fue de Leyes; pero en lo que mas se mostraba, era en letras humanas: y tenia tan felice memoria, que era cosa de espanto, é ilustrabala tanto con su buen entendimiento, que no era menos famoso por él que por ella. Sucedió que se llegó el tiempo que sus amos acabaron sus estudios, y se fueron á su lugar, que era una de las mejores Ciudades de la Andalucia: llevaronse consigo á Tomás, y estuvo con ellos algunos dias; pero como le fatigasen los deseos de volver á sus estudios y á Salamanca (que hechiza la voluntad de volver á ella á todos los que de la apaci-

cibilidad de su vivienda han gustado) pidió á sus amos licencia para volverse. Ellos corteses y liberales se la dieron, acomodandole de suerte que con lo que le dieron se pudiera sustentar tres años. Despidióse de ellos, mostrando en sus palabras su agradecimiento, y salió de Malaga (que esta era la patria de sus Señores) y al baxar de la cuesta de la Zambra, camino de Antequera, se topó con un gentilhombre á caballo, vestido bizarramente de camino, con dos criados tambien á caballo. Juntóse con él, y supo como llevaba su mismo viage: hicieron camarada, trataron de diversas cosas, y á pocos lances dió Tomás muestras de su raro ingenio, y el Caballero las dió de su bizarria y cortesano trato: y dixo que era Capitan de Infanteria por su Magestad, y que su Alferez estaba haciendo la compañia en tierra de Salamanca. Alabó la vida de la soldadesca, pintóle muy al vivo la belleza de la Ciudad de Napoles, las holguras de Palermo, la abundancia de Milán, los festines de Lombardia, las esplendidas comidas de las hosterias: dibuxóle dulce y puntualmente el aconcha patron, pasa acá manigoldo, venga la macarela, li polastri, é li macarroni: puso las alabanzas en el Cielo de la vida libre del Soldado, y de la libertad de Italia; pero no le dixo nada del frio de las centinelas, del peligro de los asaltos, del espanto de las batallas, de la hambre de los cercos, de la ruina de las minas, con otras cosas de este jaez, que algunos las tienen por aña-

añadiduras del peso de la soldadesca, y son la carga principal de ella. En resolucion tantas cosas le dixo, y tan bien dichas, que la discrecion de nuestro Tomás Rodaja comenzó á titubear, y la voluntad á aficionarse á aquella vida que tan cerca tiene la muerte. El Capitan, que Don Diego de Valdivia se llamaba, contentisimo de la buena presencia, ingenio, y desenvoltura de Tomás, le rogó que se fuese con él á Italia, siquiera por curiosidad de verla, que él le ofrecia su mesa, y aun si fuese necesario su Bandera, porque su Alferez la habia de dexar presto. Poco fue menester para que Tomás aceptase el convite, haciendo consigo en un instante un breve discurso, de que sería bueno ver á Italia, y Flandes, y otras diversas tierras y paises; pues las luengas peregrinaciones hacen á los hombres discretos; y que en esto á lo mas largo podia gastar tres ó quatro años, que añadidos á los pocos que él tenia, no serian tantos, que impidiesen volver á sus estudios: y como si todo hubiera de suceder á la medida de su gusto, dixo al Capitan que era contento de irse con él á Italia; pero habia de ser con condicion que no se habia de sentar debaxo de Bandera, ni poner en lista de Soldado, por no obligarse á seguir su Bandera. Y aunque el Capitan le dixo que no importaba ponerse en lista, que asi gozaria de los socorros y pagas que á la Compañia se diesen, porque él le daria licencia todas las veces que se la pidiese. Eso sería, dixo Tomás, ir con-

tra

tra mi conciencia y contra la del Señor Capitan; y asi mas quiero ir suelto que obligado. Conciencia tan escrupulosa, dixo Don Diego, mas es de Religioso que de Soldado; pero como quiera que sea, ya somos camaradas. Llegaron aquella noche á Antequera, y en pocos dias y grandes jornadas se pusieron donde estaba la Compañia, ya acabada de hacer, y que comenzaba á marchar la vuelta de Cartagena, alojandose ella, y otras quatro por los lugares que les venian á mano. Alli notó Tomás la autoridad de los Comisarios, la comodidad de algunos Capitanes, la solicitud de los Aposentadores, la industria y cuenta de los Pagadores, las quejas de los pueblos, el rescatar de las boletas, las insolencias de los bisoños, y el pedir bagages mas de los necesarios; finalmente la necesidad casi precisa de hacer todo aquello que notaba, y mal le parecia. Habiase vestido Tomás de papagayo, renunciando los habitos de estudiante, y pusose á lo de Dios es Christo como se suele decir. Los muchos libros que tenia los reduxo á unas Horas de nuestra Señora, y á un Garcilaso sin comento, que en las dos faltriqueras llevaba. Llegaron mas presto de lo que quisieran á Cartagena, porque la vida de los alojamientos es ancha y varia, y cada dia se topan cosas nuevas y gustosas. Alli se embarcaron en quatro Galeras de Napoles, y alli notó Tomás la extraña vida de aquellas maritimas casas, adonde lo mas del tiempo maltratan las chinches, roban los forza-

zados, enfadan los marineros, destruyen los ratones, y fatigan las maretas. Pusieronle temor las borrascas y tormentas, especialmente en el Golfo de Leon, que tuvieron dos: que la una los echó en Corcega, y la otra los volvió á Tolon en Francia. En fin trasnochados, mojados, y con ojeras llegaron á la hermosa y bellisima Ciudad de Genova, y desembarcandose en su recogido Mandrache, despues de haber visitado una Iglesia, dió el Capitan con sus camaradas en una hosteria, donde pusieron en olvido las borrascas pasadas con el presente gaudeamus. Alli conocieron la suavidad del Treviano, el valor del monte Frascon, la ninerca del Asperino, la generosidad de los dos Griegos Candia y Soma, la grandeza del de las cinco viñas, la dulzura y apacibilidad de la Señora Garnacha, la rusticidad de la Chentola, sin que entre todos estos señores osase parecer la baxeza del Romanesco. Y habiendo hecho el huesped la reseña de tantos y tan diferentes vinos, se ofreció de hacer parecer alli, sin usar de tropelia, ni como pintados en mapa, sino real y verdaderamente á Madrigal, Coca, Alarejos, y á la Imperial mas que Real Ciudad, Recamara del Dios de la Risa: ofreció á Esquivias, á Alanis, á Cazalla, á Guadalcanal, y á la Membrilla, sin que se olvidase de Ribadavia, y de Descargamaria. Finalmente mas vinos nombró el huesped, y mas les dió que pudo tener en sus bodegas el mismo Baco. Admiraronle tambien al buen Tomás los rubios cabe-

llos de las Genovesas, y la gentileza y gallarda disposicion de los hombres, la admirable belleza de la Ciudad, que en aquellas peñas parece que tiene las casas engastadas como diamantes en oro. Otro dia se desembarcaron todas las Compañias que habian de ir al Piamonte; pero no quiso Tomás hacer este viage, sino irse desde alli por tierra á Roma, y á Napoles, como lo hizo, quedando de volver por la gran Venecia, y por Loreto á Milán, y al Piamonte, donde dixo Don Diego de Valdivia que le hallaria, si ya no los hubiesen llevado á Flandes segun se decia. Despidióse Tomás del Capitan de alli á dos dias, y en cinco llegó á Florencia, habiendo visto primero á Luca, Ciudad pequeña, pero muy bien hecha, y en la que mejor que en otras partes de Italia son bien vistos y agasajados los Españoles. Contentóle Florencia en extremo asi por su agradable asiento, como por su limpieza, suntuosos edificios, fresco rio, y apacibles calles: estuvo en ella quatro dias, y luego se partió á Roma, reyna de las Ciudades, y señora del mundo. Visitó sus templos, adoró sus reliquias, y admiró su grandeza; y asi como por las uñas del Leon se viene en conocimiento de su grandeza y ferocidad, asi él sacó la de Roma por sus despedazados marmoles, medias y enteras estatuas, por sus rotos arcos, y derribadas termas, por sus magnificos porticos, y anfiteatros grandes, por su famoso y santo rio, que siempre llena sus margenes de agua, y las beatifica con las infinitas

re-

reliquias de cuerpos de Santos gloriosos Martires que en ellas tuvieron sepultura: por sus puentes que parece que se están mirando unas á otras, y por sus anchurosas calles que con solo el nombre cobran autoridad sobre todas las de las otras Ciudades del mundo: la via Apia, la Flaminia, la Julia, con otras de este jaez. Pues no le admiraba menos la division de sus montes dentro de sí misma: el Celio, el Quirinal, y el Vaticano, con los otros quatro cuyos nombres manifiestan la grandeza y magestad romana. Notó tambien la autoridad del Colegio de los Cardenales, la magestad del Sumo Pontifice, el concurso y variedad de gentes y naciones: todo lo miró, y notó, y puso en su punto. Y habiendo andado la Estacion de las siete Iglesias, y confesadose con un Penitenciario, y besado el pie á su Santidad, lleno de Agnusdeis y Cuentas, determinó de irse á Napoles, y por ser tiempo de mutacion, malo y dañoso para todos los que en él entran ó salen de Roma, como hayan caminado por tierra, se fue por mar á Napoles, donde á la admiracion que traía de haber visto á Roma, añadió la que le causó ver á Napoles, Ciudad á su parecer la mejor de Europa, y aun de todo el mundo. Desde alli se fue á Sicilia, y vió á Palermo, y despues á Mecina: de Palermo le pareció bien el asiento; y de Mecina el puerto; y de toda la Isla la abundancia, por quien propiamente y con verdad es llamada granero de Italia. Volvióse á Napoles, y á Roma, y de alli fue

á nuestra Señora de Loreto, en cuyo santo templo no vió paredes ni murallas, porque todas estaban cubiertas de muletas, de mortajas, de cadenas, de grillos, de esposas, de cabelleras, de medios bultos de cera, y de pinturas y retratos, que daban manifiesto indicio de las innumerables mercedes que muchos habian recibido de la mano de Dios por intercesion de su Divina Madre, que aquella sacrosanta Imagen suya quiso engrandecer y autorizar con muchedumbre de milagros en recompensa de la devocion que le tienen aquellos que con semejantes doseles tienen adornados los muros de su Casa. Vió el mismo aposento y estancia donde se relató la mas alta embaxada y de mas importancia que vieron y no entendieron todos los Cielos, y todos los Angeles, y todos los moradores de las moradas sempiternas. Desde alli embarcandose en Ancona, fue á Venecia, Ciudad, que á no haber nacido Colon en el mundo, no tuviera en él semejante: merced al Cielo y al gran Hernando Cortés, que conquistó la gran Mexico, para que la gran Venecia tuviese en alguna manera quien se le opusiese. Estas dos famosas Ciudades se parecen en las calles, que son todas de agua: la de Europa admiracion del mundo antiguo; la de America espanto del mundo nuevo. Parecióle que su riqueza era infinita, su gobierno prudente, su sitio inexpugnable, su abundancia mucha, sus contornos alegres; y finalmente toda ella en sí y en sus partes digna de la fama, que

de

de su valor por todas las partes del orbe se extiende : dando causa de acreditar mas esta verdad la maquina de su famoso Arsenal, que es el lugar donde se fabrican Galeras con otros Baxeles que no tienen numero. Por poco fueran los de Calipso los regalos y pasatiempos que halló nuestro curioso viagero en Venecia, pues casi le hacian olvidar de su primer intento ; pero habiendo estado un mes en ella, por Ferrara, Parma, y Plasencia volvió á Milán, oficina de Vulcano, ojeriza del Reyno de Francia, Ciudad en fin de quien se dice, que puede decir y hacer, haciendola magnifica la grandeza suya, y de su Templo, y su maravillosa abundancia de todas las cosas á la vida humana necesarias. Desde alli se fue á Aste, y llegó á tiempo que otro dia marchaba el Tercio á Flandes : fue muy bien recibido de su amigo el Capitan, y en su compañia y camarada pasó á Flandes, y llegó á Amberes, Ciudad no menos para maravillar, que las que habia visto en Italia. Vió á Gante, y á Bruselas, y vió que todo el pais se disponia á tomar las armas para salir en campaña el Verano siguiente : y habiendo cumplido con el deseo que le movió á ver lo que habia visto, determinó volverse á España, y á Salamanca á acabar sus estudios ; y como lo pensó lo puso luego por obra con pesar grandisimo de su camarada que le rogó al tiempo del despedirse, le avisase de su salud, llegada, y suceso. Prometióselo asi como lo pedia, y por Francia volvió á España sin haber

ber visto á París por estar puesta en armas. En fin llegó á Salamanca, donde fue bien recibido de sus amigos, y con la comodidad que ellos le hicieron prosiguió sus estudios hasta graduarse de Licenciado en Leyes. Sucedió que en este tiempo llegó á aquella Ciudad una Dama de todo rumbo y manejo: acudieron luego á la añagaza y reclamo todos los paxaros del lugar, sin quedar vademecum que no la visitase. Dixeronle á Tomás que aquella Dama decia que habia estado en Italia, y en Flandes, y por ver si la conocia fue á visitarla, de cuya visita y vista quedó ella muy enamorada de Tomás: y él sin echar de ver en ello, si no era por fuerza y llevado de otros no queria entrar en su casa. Finalmente ella le descubrió su voluntad, y le ofreció su hacienda: pero como él atendia mas á sus libros, que á otros pasatiempos, en ninguna manera respondia al gusto de la Señora, la qual como se vió desdeñada, y á su parecer aborrecida, y que por medios ordinarios y comunes no podia conquistar la roca de la voluntad de Tomás, acordó de buscar otros modos á su parecer mas eficaces, y bastantes para salir con el cumplimiento de sus deseos; y asi aconsejada de una Morisca, en un membrillo toledano dió á Tomás unos de estos que llaman hechizos, creyendo que le daba cosa que le forzase la voluntad á quererla, como si hubiese en el mundo yerbas, encantos, ni palabras suficientes á forzar el libre albedrio: y asi las que dan estas be-

bi-

bidas, ó comidas amatorias, se llaman Veneficas, porque no es otra cosa lo que hacen, sino dar veneno á quien las toma, como lo tiene mostrado la experiencia en muchas ocasiones. Comió en tan mal punto Tomás el membrillo, que al momento comenzó á herir de pie y de mano como si tuviera alferecia, y sin volver en sí estuvo muchas horas, al cabo de las quales volvió como atontado, y dixo con lengua turbada y tartamuda que un membrillo que habia comido le habia muerto; y declaró quien se lo habia dado. La Justicia que tuvo noticia del caso, fue á buscar la malhechora; pero ya ella viendo el mal suceso, se habia puesto en cobro, y no pareció mas. Seis meses estuvo en la cama Tomás, en los quales se secó y se puso, como suele decirse, en los huesos, y mostraba tener turbados todos los sentidos: y aunque le hicieron los remedios posibles, solo le sanaron la enfermedad del cuerpo, pero no la del entendimiento; porque quedó sano, y loco de la mas extraña locura que entre las locuras hasta entonces se habia visto. Imaginóse el desdichado que era todo hecho de vidrio, y con esta imaginacion, quando algunos se llegaban á él, daba terribles voces, pidiendo y suplicando con palabras y razones concertadas que no se le acercasen, porque le quebrarian, que real y verdaderamente él no era como los otros hombres, que todo era de vidrio de pies á cabeza. Para sacarle de esta extraña imaginacion, muchos sin atender á sus voces y

ro-

rogativas, arremetieron á él y le abrazaron, diciendole que advirtiese y mirase como no se quebraba. Pero lo que se grangeaba en esto era que el pobre se echaba en el suelo, dando mil gritos, y luego le tomaba un desmayo, del qual no volvia en sí en quatro horas, y quando volvia era renovando las plegarias y rogativas de que otra vez no llegasen: decia que le hablasen desde lejos, y le preguntasen lo que quisiesen, porque á todo les responderia con mas entendimiento por ser hombre de vidrio y no de carne; que el vidrio, por ser de materia sutil y delicada, obraba por ella el alma con mas prontitud y eficacia, que no por la del cuerpo pesada y terrestre. Quisieron algunos experimentar si era verdad lo que decia, y asi le preguntaron muchas cosas dificiles, á las quales respondió espontaneamente con mucha agudeza de ingenio: cosa que causó admiracion á los mas letrados de la Universidad, y á los profesores de la Medicina, y Filosofia, viendo que en un sugeto, donde se contenia tan extraordinaria locura como era el pensar que fuese de vidrio, se encerrase tan grande entendimiento, que respondiese á toda pregunta con propiedad y agudeza. Pidió Tomás le diesen alguna funda donde pusiese aquel vaso quebradizo de su cuerpo, porque al vestirse algun vestido estrecho no se quebrase; y asi le dieron una ropa parda, y una camisa muy ancha, que él se vistió con mucho tiento, y se ciñó con una cuerda de algodon: no quiso

cal-

calzarse zapatos en ninguna manera ; y el orden que tuvo para que le diesen de comer sin que á él llegasen, fue poner en la punta de una vara una vasera de orinal, en la qual le ponian alguna cosa de fruta, de las que la sazon del tiempo ofrecia : carne ni pescado no lo queria : no bebia sino en fuente, ó en rio, y esto con las manos. Quando andaba por las calles, iba por la mitad de ellas, mirando á los tejados, temeroso no le cayese alguna teja encima, y le quebrase. Los Veranos dormia en el campo á Cielo abierto, y los Inviernos se metia en algun meson, y en el pajar se enterraba hasta la garganta, diciendo que aquella era la mas propia y mas segura cama que podian tener los hombres de vidrio. Quando tronaba, temblaba como un azogado, y se salia al campo, y no entraba en poblado hasta haber pasado la tempestad. Tuvieronle encerrado sus amigos mucho tiempo; pero viendo que su desgracia pasaba adelante, determinaron de condescender con lo que él les pedia, que era le dexasen andar libre, y asi le dexaron, y él salió por la Ciudad, causando admiracion y lastima á todos los que le conocian. Cercaronle luego los muchachos ; pero él con la vara los detenia, y les rogaba le hablasen apartados, porque no se quebrase, que por ser hombre de vidrio era muy tierno y quebradizo. Los muchachos, que son la mas traviesa generacion del mundo, á despecho de sus ruegos y voces le comenzaron á tirar trapos y aun piedras,

dras, por ver si era de vidrio como él decia; pero él daba tantas voces, y hacia tales extremos, que movia á los hombres á que riñesen á los muchachos, porque no le tirasen. Mas un dia que le fatigaron mucho, se volvió á ellos, diciendo: Qué me quereis, muchachos, porfiados como moscas, sucios como chinches, atrevidos como pulgas? soy yo por ventura el monte Testacho de Roma, para que me tireis tantos tiestos y tejas? Por oirle reñir, y responder á todos, le seguian siempre muchos, y los muchachos tomaron y tuvieron por mejor partido, antes oirle que tirarle. Pasando pues una vez por la Roperia de Salamanca, le dixo una Ropera: En mi anima, Señor Licenciado, que me pesa de su desgracia; pero qué haré, que no puedo llorar? Él se volvió á ella, y muy mesurado le dixo: *Filiæ Hierusalem, plorate super vos, & super filios vestros.* Entendió el marido de la Ropera la malicia del dicho, y dixole: Hermano Licenciado Vidriera (que asi decia él que se llamaba) mas teneis de bellaco, que de loco. No se me da un ardite, respondió él, como no tenga nada de necio. Pasando un dia por la casa llana y venta comun, vió que estaban á la puerta de ella muchas de sus moradoras, y dixo que eran bagages del Exercito de Satanás, que estaban alojados en el meson del Infierno. Preguntóle uno que qué consejo, ó consuelo daria á un amigo suyo que estaba muy triste, porque su muger se le habia ido con otro? Á lo qual respondió: Dile que dé gra-

cias

cias á Dios por haber permitido le llevasen de casa á su enemigo. Luego no irá á buscarla? dixo el otro: ni por pienso, replicó Vidriera, porque sería el hallarla, hallar un perpetuo y verdadero testigo de su deshonra. Ya que eso sea asi, dixo el mismo, qué haré yo para tener paz con mi muger? Respondió: Dale lo que hubiere menester: dexala que mande á todos los de tu casa; pero no sufras que ella te mande á tí. Dixole un muchacho: Señor Licenciado Vidriera, yo me quiero ir de con mi padre, porque me azota. Y respondióle: Advierte, niño, que los azotes que los padres dan á sus hijos, honran, y los del verdugo afrentan. Estando á la puerta de una Iglesia, vió que entraba en ella un Labrador de los que siempre blasonan de Christianos viejos, y detras de él venia uno que no estaba en tan buena reputacion como el primero, y el Licenciado dió grandes voces al Labrador, diciendo: Esperad, Domingo, á que pase el sabado. De los Maestros de Escuela decia que eran dichosos, pues trataban siempre con Angeles; y que fueran dichosisimos, si los Angelitos no fueran mocosos. Otro le preguntó, que qué le parecia de las alcahuetas? Respondió que no lo eran las apartadas, sino las vecinas. Las nuevas de su locura, y de sus respuestas y dichos se extendió por toda Castilla, y llegando á noticia de un Principe, ó Señor que estaba en la Corte, quiso enviar por él, y encargóselo á un Caballero amigo suyo que estaba en Salamanca, que se lo envia-

viase ; y topandole el Caballero un dia, le dixo: Sepa el Señor Licenciado Vidriera, que un gran personage de la Corte le quiere ver, y envia por él. Á lo qual respondió : Vm. me excuse con ese Señor, que yo no soy bueno para Palacio, porque tengo vergüenza, y no sé lisonjear. Con todo esto el Caballero le envió á la Corte, y para llevarle usaron con él de esta invencion : Pusieronle en unas argueñas de paja, como aquellas donde llevan el vidrio, igualando los tercios con piedras, y entre paja puestos algunos vidrios, porque se diese á entender que como vaso de vidrio le llevaban. Llegó á Valladolid, entró de noche, y desembanastaronle en la casa del Señor que habia enviado por él, de quien fue muy bien recibido, diciendole : Sea muy bien venido el Señor Licenciado Vidriera : cómo ha ido en el camino ? cómo va de salud ? Á lo qual respondió : Ningun camino hay malo como se acabe, sino es el que va á la horca : de salud estoy neutral, porque están encontrados mis pulsos con mi celebro. Otro dia, habiendo visto en muchas alcandaras muchos neblies, y azores, y ótros paxaros de volateria, dixo que la caza de altaneria era digna de Principes y de grandes Señores ; pero que advirtiesen, que con ella echaba el gusto censo sobre el provecho á mas de dos mil por uno. La caza de liebres dixo que era mas gustosa, y mas quando se cazaba con galgos prestados. El Caballero gustó de su locura, y dexóle salir por la Ciudad debaxo del amparo y

guar-

guarda de un hombre, que tuviese cuenta que los muchachos no le hiciesen mal, de los quales y de toda la Corte fue conocido en seis dias; y á cada paso en cada calle, y en qualquiera esquina respondia á todas las preguntas que le hacian. Entre las quales le preguntó un Estudiante, si era Poeta? porque le parecia que tenia ingenio para todo. Á lo qual respondió: Hasta ahora no he sido tan necio ni tan venturoso. No entiendo eso de necio y venturoso, dixo el Estudiante; y respondió Vidriera: No he sido tan necio que diese en Poeta malo, ni tan venturoso que haya merecido serlo bueno. Preguntóle otro Estudiante que en qué estimacion tenia á los Poetas? Respondió que á la ciencia en mucha; pero que á los Poetas en ninguna. Replicaronle, que por qué decia aquello? Respondió que del infinito numero de Poetas que habia, eran tan pocos los buenos, que casi no hacian numero; y asi como sino hubiese Poetas, no los estimaba: pero que admiraba y reverenciaba la ciencia de la poesia, porque encerraba en sí todas las demas ciencias; porque de todas se sirve, de todas se adorna, y pule y saca á luz sus maravillosas obras, con que llena el mundo de provecho, de deleyte, y de maravilla. Añadió mas: Yo bien sé en lo que se debe estimar un buen Poeta, porque se me acuerda de aquellos versos de Ovidio que dicen:

Cura ducum fuerant olim Regumque Poetæ:

Præ-

Præmiaque antiqui magna tulere chori.
Sanctaque majestas, & erat venerabile nomen
Vatibus: & largæ sæpè dabantur opes.

Y menos se me olvida la alta calidad de los Poetas, pues los llama Platon interpretes de los Dioses; y de ellos dice Ovidio:

Est Deus in nobis, agitante calescimus illo.

Y tambien dice:

At sacri vates, & Divûm cura vocamur.

Esto se dice de los buenos Poetas: que de los malos, de los churrulleros qué se ha de decir sino que son la idiotez y la arrogancia del mundo? Y añadió mas: Qué es ver á un Poeta de estos de la primera impresion, quando quiere decir un Soneto á otros que le rodean, las salvas que les hace, diciendo: Vuesas mercedes escuchen un Sonetillo que anoche á cierta ocasion hice, que á mi parecer, aunque no vale nada, tiene un no sé que de bonito? y en esto tuerce los labios, pone en arco las cejas, se rasca la faltriquera, y de entre otros papeles mugrientos y medio rotos, donde queda otro millar de Sonetos, saca el que quiere relatar, y al fin le dice con tono melifluo y alfeñicado; y si acaso los que le escuchan, de socarrones ó de ignorantes no se le alaban, dice: Ó vuesas mercedes no han en-

entendido el Soneto, ó yo no le he sabido decir, y asi será bien recitarle otra vez, y que vuesas mercedes le presten mas atencion, porque en verdad en verdad que el Soneto lo merece; y vuelve como primero á recitarle con nuevos ademanes y nuevas pausas. Pues qué es verlos censurar los unos á los otros? qué diré del ladrar que hacen los cachorros y modernos á los mastinazos antiguos y graves? qué de los que murmuran de algunos ilustres y excelentes sugetos, donde resplandece la verdadera luz de la poesia, que tomandola por alivio y entretenimiento de sus muchas y graves ocupaciones, muestran la divinidad de sus ingenios, y la alteza de sus conceptos, á despecho y pesar del circunspecto ignorante que juzga de lo que no sabe, y aborrece lo que no entiende? y del que quiere que se estime y tenga en grande precio la necedad que se sienta debaxo de doseles, y la ignorancia que se arrima á los sitiales? Otra vez le preguntaron qué era la causa de que los Poetas por la mayor parte eran pobres? Y respondió, que porque ellos querian, pues estaba en su mano ser ricos, si se sabian aprovechar de la ocasion que por momentos traían entre las manos, que eran las de sus damas que todas eran riquisimas por extremo, pues tenian los cabellos de oro, la frente de plata bruñida, los ojos de verdes esmeraldas, los dientes de marfil, los labios de coral, y la garganta de cristal transparente, y que lo que lloraban eran liquidas perlas;

las; y mas que lo que sus plantas pisaban, por dura y esteril tierra que fuese, al momento producia jazmines y rosas, que su aliento era de puro ambar, almizcle, y algalia; y que todas estas cosas eran señales y muestras de su mucha riqueza. Estas, y otras cosas decia de los malos Poetas; que de los buenos siempre dixo bien, y los levantó sobre el cuerno de la Luna. Vió un dia en la acera de San Francisco unas figuras pintadas de mala mano, y dixo que los buenos Pintores imitaban á la naturaleza; pero que los malos la vomitaban. Arrimóse un dia, con grandisimo tiento porque no se quebrase, á la tienda de un Librero, y dixole: Este oficio me contentara mucho, si no fuera por una falta que tiene. Preguntóle el Librero se la dixese. Respondióle: Los melindres que hacen quando compran el privilegio de un libro, y la burla que hacen á su autor si acaso le imprime á su costa, pues en lugar de mil y quinientos imprimen tres mil libros, y quando el autor piensa que se venden los suyos, se despachan los agenos. Acaeció este mismo dia, que pasaron por la plaza seis azotados, y diciendo el pregon: al primero por ladron; dió grandes voces á los que estaban delante de él, diciendoles: Apartaos, hermanos, no comience aquella cuenta por alguno de vosotros. Y quando el pregonero llegó á decir: al trasero; dixo: Aquel por ventura debe de ser el fiador de los muchachos. Un muchacho le dixo: Hermano Vidriera, mañana sacan á azotar

á

una alcahueta. Respondióle : Si dixeras que sacaban á azotar á un alcahuete , entendiera que sacaban á azotar á un coche. Hallóse alli uno de estos que llevan sillas de manos , y dixole : De nosotros , Licenciado , no teneis qué decir ? No, respondió Vidriera , sino que sabe cada uno de vosotros mas pecados que un Confesor ; mas es con esta diferencia , que el Confesor los sabe para tenerlos secretos , y vosotros para publicarlos por las tabernas. Oyó esto un mozo de mulas (porque de todo genero de gente le estaba escuchando continuo) y dixole : De nosotros, Señor Redoma, poco ó nada hay que decir, porque somos gente de bien , y necesaria en la Republica. Á lo qual respondió Vidriera : La honra del amo descubre la del criado; segun esto mira á quien sirves, y verás quan honrado eres: mozos sois vosotros de la mas ruin canalla que sustenta la tierra. Una vez , quando no era de vidrio , caminé una jornada en una mula de alquiler , tal que le conté ciento y veinte y una tachas , todas capitales y enemigas del genero humano. Todos los mozos de mulas tienen su punta de rufianes , su punta de cacos , y su es no es de truhanes. Si sus amos (que asi llaman ellos á los que llevan en sus mulas) son boquimuelles, hacen mas suertes en ellos , que las que echaron en esta Ciudad los años pasados; si son Extrangeros , los roban ; si Estudiantes , los maldicen; si Religiosos , los reniegan ; y si Soldados , los tiemblan : estos , y los Marineros, Carreteros, y

Arrieros tienen un modo de vivir extraordinario, y solo para ellos. El Carretero pasa lo mas de la vida en espacio de vara y media de lugar, que poco mas debe de haber del yugo de las mulas á la boca del carro; canta la mitad del tiempo, y la otra mitad reniega, y en decir: haganse á zaga; se les pasa otra muy gran parte: y si acaso les queda por sacar alguna rueda de algun atolladero, mas se ayudan de dos pesetes, que de tres mulas. Los Marineros son gente inurbana, que no sabe otro lenguage, que el que se usa en los Navios: en la bonanza son diligentes, y en la borrasca perezosos: en la tormenta mandan muchos, y obedecen pocos: su Dios es su arca y su rancho, y su pasatiempo el ver mareados á los pasageros. Los Arrieros son gente que ha hecho divorcio con las sabanas, y se ha casado con las enxalmas: son tan diligentes y presurosos, que á trueque de no perder la jornada, perderán el alma: su musica es la del mortero, su salsa la hambre, sus Maytines levantarse á dar sus piensos, y sus Misas no oir ninguna. Quando esto decia estaba á la puerta de un Boticario, y volviendose al dueño, le dixo: Vuesa merced tiene un saludable oficio, si no fuese tan enemigo de sus candiles. En qué modo soy enemigo de mis candiles? preguntó el Boticario; y respondió Vidriera: esto digo, porque en faltando qualquiera aceyte, lo suple el del candil que está mas á mano; y aun tiene otra cosa este oficio, bastante á quitar el credi-

to al mas acertado Medico del mundo. Preguntóle por qué? Respondió, que habia Boticario que por no decir que faltaba en su botica lo que recetaba el Medico, por las cosas que le faltaban ponia otras, que á su parecer tenian la misma virtud y calidad, no siendo asi: y con esto la medicina mal compuesta obraba al reves de lo que habia de obrar la bien ordenada. Preguntóle uno que qué sentia de los Medicos? y respondió esto: *Honora Medicum propter necessitatem, etenim creavit eum Altissimus; à Deo enim est omnis medela, & à Rege accipiet donationem: disciplina Medici exaltavit caput illius, & in conspectu Magnatum collaudabitur: Altissimus de terra creavit medicinam, & vir prudens non abhorrebit illam.* Esto dice el Eclesiastico de la medicina y de los buenos Medicos, y de los malos se podria decir todo al reves; porque no hay gente mas dañosa á la Republica que ellos. El Juez nos puede torcer, ó dilatar la justicia: el Letrado sustentar por su interes nuestra injusta demanda: el Mercader chuparnos la hacienda: finalmente todas las personas con quien de necesidad tratamos, nos pueden hacer daño; pero quitarnos la vida, sin temor del castigo, ninguno: solo los Medicos nos pueden matar, y nos matan sin temor y á pie quedo, y sin mas espada que un recipe, y no hay descubrirse sus delitos, porque al momento los meten debaxo de la tierra. Acuerdaseme que quando yo era hombre de carne, y no de vidrio como ahora

soy, que á un Medico de estos de segunda clase le despidió un enfermo por curarse con otro, y el primero de alli á quatro dias acertó á pasar por la botica, donde recetaba el segundo, y preguntó al Boticario que cómo le iba al enfermo que él habia dexado, y que si le habia recetado alguna purga el otro Medico? El Boticario le respondió que alli tenia una receta de purga, que el dia siguiente habia de tomar el enfermo; dixo que se la mostrase, y vió que al fin de ella estaba escrito: *Sumat diluculo*; y dixo: Todo lo que lleva esta purga me contenta, sino es este *diluculo*, porque es humedo demasiadamente. Por estas y otras cosas que decia de todos los oficios se andaban tras él sin hacerle mal, y sin dexarle sosegar; pero con todo esto, no se pudiera defender de los muchachos, si su guardian no le defendiera. Preguntóle uno qué haria para no tener envidia á nadie? Respondióle: Duerme, que todo el tiempo que durmieres, serás igual al que envidias. Otro le preguntó qué remedio tendria para salir con una comision, que habia dos años que la pretendia? Y dixole: Parte á caballo, y á la mira de quien la lleva, y acompañale hasta salir de la Ciudad, y asi saldrás con ella. Pasó ácaso una vez por delante donde él estaba un Juez de comision que iba de camino á una causa criminal, y llevaba mucha gente consigo, y dos Alguaciles; preguntó quién era? y como se lo dixeron, dixo: Yo apostaré que lleva aquel Juez vivoras en el seno, pisto-

le-

letes en la tinta, y rayos en las manos para destruir todo lo que alcanzare su comision. Yo me acuerdo haber tenido un amigo, que en una comision criminal que tuvo, dió una sentencia tan exôrbitante, que excedia en muchos quilates á la culpa de los delinqüentes: preguntéle que por qué habia dado aquella tan cruel sentencia, y hecho tan manifiesta injusticia? Respondióme que pensaba otorgar la apelacion, y que con esto dexaba campo abierto á los Señores del Consejo para mostrar su misericordia, moderando y poniendo aquella su rigurosa sentencia en su punto y debida proporcion. Yo le respondí, que mejor fuera haberla dado de manera que les quitara de aquel trabajo, pues con esto le tuvieran á él por Juez recto y acertado. En la rueda de la mucha gente, que como se ha dicho siempre le estaba oyendo, estaba un conocido suyo en habito de Letrado, al qual otro le llamó Señor Licenciado; y sabiendo Vidriera que el tal á quien llamaron Licenciado, no tenia ni aun titulo de Bachiller, le dixo: Guardaos, compadre, no encuentren con vuestro titulo los Frayles de la Redencion de Cautivos, que os le llevarán por mostrenco. Á lo qual dixo el amigo: Tratemonos bien, Señor Vidriera, pues ya sabeis que soy hombre de altas y de profundas letras. Respondióle Vidriera: Ya yo sé que sois un Tantalo en ellas, porque se os van por altas, y no las alcanzais de profundas. Estando una vez arrimado á la tienda de un Sastre, vióle que estaba

ma-

mano sobre mano, y dixole: Sin duda, Señor Maeso, que estais en camino de salvacion. En qué lo veis? preguntó el Sastre. En qué lo veo? respondió Vidriera; veolo en que pues no teneis que hacer, no tendreis ocasion de mentir; y añadió: Desdichado del Sastre que no miente, y cose las fiestas: cosa maravillosa es, que casi en tados los de este oficio apenas se hallará uno que haga un vestido justo, habiendo tantos que los hagan pecadores. De los Zapateros decia, que jamas hacian conforme á su parecer zapato malo: porque si al que se le calzaban venia estrecho y apretado, le decian que asi habia de ser por ser de galanes calzar justo, y que en trayendolos dos horas, vendrian mas anchos que alpargates; y si le venian anchos, decian que asi habian de venir por amor de la gota. Un muchacho agudo que escribia en un Oficio de Provincia, le apretaba mucho con preguntas y demandas, y le traía nuevas de lo que en la Ciudad pasaba, porque sobre todo discantaba, y á todo respondia. Este le dixo una vez: Vidriera, esta noche se murió en la carcel un Bandolero que estaba condenado á ahorcar. Á lo qual respondió: Él hizo bien en darse priesa á morir, antes que el Verdugo se sentase sobre él. En la acera de San Francisco estaba un corro de Genoveses, y pasando por alli, uno de ellos le llamó, y le dixo: Lleguese acá el Señor Vidriera, y cuentenos un cuento. Él respondió: no quiero, porque no me le paseis á Genova. Topó una

vez

vez á una Tendera que llevaba delante de sí una hija suya muy fea, pero muy llena de dixes, de galas, y de perlas, y dixole á la madre: Muy bien habeis hecho en empedrarla, porque se pueda pasear. De los Pasteleros dixo, que habia muchos años que jugaban á la dobladilla, sin que les llevasen la pena, porque habian hecho el pastel de á dos de á quatro; el de á quatro de á ocho; y el de á ocho de á medio real por solo su albedrio y beneplacito. De los Titereros decia mil males: decia que era gente vagamunda y que trataba con indecencia de las cosas Divinas, porque con las figuras que mostraban en sus retratos, volvian la devocion en risa, y que les acontecia envasar en un costal todas ó las mas figuras del Testamento Viejo, y Nuevo, y sentarse sobre él á comer y beber en los bodegones y tabernas: en resolucion decia que se maravillaba de como quien podia, no les ponia perpetuo silencio en sus retablos, ó los desterraba del Reyno. Acertó á pasar una vez por donde él estaba un Comediante vestido como un Principe, y en viendole dixo: Yo me acuerdo haber visto á este salir al teatro enharinado el rostro, y vestido un zamarro del reves; y con todo eso á cada paso fuera del tablado jura á fe de hijodalgo. Debelo de ser, respondió uno, porque hay muchos Comediantes, que son muy bien nacidos y hijosdalgos. Asi será verdad, replicó Vidriera, pero lo que menos ha menester la farsa es personas bien nacidas; galanes sí, gentiles hom-

hombres, y de expeditas lenguas: tambien sé decir de ellos, que con el sudor de su cara ganan su pan, y con intolerable trabajo, tomando continuo de memoria, hechos perpetuos Gitanos de lugar en lugar, y de meson en venta, desvelandose en contentar á otros, porque en el gusto ageno consiste su bien propio: tiene mas, que con su oficio no engañan á nadie, pues por momentos sacan su mercaderia á publica plaza, al juicio, y á la vista de todos: el trabajo de los Autores es increible, y su cuidado extraordinario, y han de ganar mucho para que al cabo del año no salgan tan empeñados, que les sea forzoso hacer pleyto de acreedores; y con todo esto son necesarios en la Republica, como lo son las florestas, las alamedas, y las vistas de recreacion, y como lo son las cosas que honestamente recrean. Decia que habia sido opinion de un amigo suyo, que el que servia á una Comedianta, en sola una servia á muchas damas juntas, como era á una Reyna, á una Ninfa, á una Diosa, á una Fregona, á una Pastora, y muchas veces caía la suerte en que sirviese en ella á un Page y á un Lacayo, que todas estas y mas figuras suele hacer una farsanta. Preguntóle uno que quál habia sido el mas dichoso del mundo? Respondió que *nemo*; porque *nemo novit patrem*, *nemo sine crimine vivit*, *nemo sua sorte contentus*, *nemo ascendit in cœlum*. De los diestros dixo una vez, que eran maestros de una ciencia que quando la habian menester no la sabian,

bian, y que tocaban algo en presuntuosos, pues querian reducir á demostraciones matematicas que son infalibles, los movimientos y pensamientos colericos de sus contrarios. Con los que se teñian las barbas tenia particular enemistad; y riñendo una vez delante de él dos hombres, que el uno era Portugues, este dixo al Castellano (asiendose de las barbas que tenia muy teñidas): Por istas barbas que teño no rosto: á lo qual acudió Vidriera, y dixo: Olhay, home, naon digais teño sino tiño. Otro traía las barbas jaspeadas y de muchas colores (culpa de la mala tinta) á quien dixo Vidriera, que tenia las barbas de muladar overo. Á otro que traía las barbas por mitad blancas y negras por haberse descuidado, y los cañones crecidos, le dixo que procurase de no porfiar ni reñir con nadie, porque estaba aparejado á que le dixesen, que mentia por la mitad de la barba. Una vez contó que una doncella discreta y bien entendida, por acudir á la voluntad de sus padres, dió el sí de casarse con un viejo todo cano, el qual la noche antes del dia del desposorio se fue no al rio Jordan como dicen las viejas, sino á la redomilla del agua fuerte y plata, con que renovó de manera su barba, que la acostó de nieve, y la levantó de pez. Llegóse la hora de darse las manos, y la doncella conoció por la pinta y por la tinta la figura, y dixo á sus padres, que le diesen el mismo esposo que ellos le habian mostrado, que no queria otro. Ellos le dixeron, que

aquel

aquel que tenia delante era el mismo que le habian mostrado y dado por esposo. Ella replicó que no era, y traxo testigos como el que sus padres le dieron era un hombre grave y lleno de canas, y que pues el presente no las tenia, no era él, y se llamaba á engaño: atuvose á esto, corrióse el teñido, y deshizose el casamiento. Con las Dueñas tenia la misma ojeriza, que con los escabechados; decia maravillas de su permafoy, de las mortajas de sus tocas, de sus muchos melindres, de sus escrupulos, y de su extraordinaria miseria: amohinabanle sus flaquezas de estomago, sus vaguidos de cabeza, su modo de hablar con mas repulgos que sus tocas; y finalmente su inutilidad y sus vaynillas. Uno le dixo: Qué es esto, Señor Licenciado, que os he oido decir mal de muchos oficios, y jamas lo habeis dicho de los Escribanos, habiendo tanto que decir? Á lo qual respondió: Aunque de vidrio, no soy tan fragil que me dexe ir con la corriente del vulgo, las mas veces engañado. Pareceme á mí que la gramatica de los murmuradores, y el, la, la, la, de los que cantan, son los Escribanos; porque asi como no se puede pasar á otras ciencias, sino es por la puerta de la Gramatica, y como el musico primero murmura que canta, asi los maldicientes por donde comienzan á mostrar la malignidad de sus lenguas, es por decir mal de los Escribanos, y Alguaciles, y de los otros Ministros de Justicia, siendo un oficio el del Escribano, sin el qual andaria la verdad por

el

el mundo á sombra de tejados, corrida y maltratada; y asi dice el Eclesiastico: *In manu Dei potestas hominis est, & super faciem Scribæ imponet honorem.* Es el Escribano persona publica, y el oficio del Juez no se puede exercitar comodamente sin el suyo. Los Escribanos han de ser libres, y no esclavos, ni hijos de esclavos, legitimos, no bastardos, ni de ninguna mala raza nacidos: juran secreto y fidelidad, y que no harán escritura usuraria: que ni amistad, ni enemistad, provecho, ó daño les moverá á no hacer su oficio con buena y christiana conciencia. Pues si este oficio tantas buenas partes requiere, por qué se ha de pensar que de mas de veinte mil Escribanos que hay en España, se lleve el diablo la cosecha, como si fuesen cepas de su majuelo? No lo quiero creer, ni es bien que ninguno lo crea; porque finalmente digo, que es la gente mas necesaria que hay en las Republicas bien ordenadas; y que si llevan demasiados derechos, tambien hacen demasiados tuertos, y que de estos dos extremos podia resultar un medio que les hiciese mirar por el virote. De los Alguaciles dixo, que no era mucho que tuviesen algunos enemigos, siendo su oficio ó prenderte, ó sacarte la hacienda de casa, y comer á tu costa. Tachaba la negligencia é ignorancia de los Procuradores y solicitadores, comparandolos á los Medicos, los quales, que sane, ó no sane el enfermo, ellos llevan su propina; y los Procuradores y solicitadores lo mismo, salgan,

ó

ó no salgan con el pleyto que ayudan. De los Musicos, y de los Correos de á pie decia, que tenian las esperanzas y las suertes limitadas; porque los unos la acaban con llegar á serlo de á caballo, y los otros con alcanzar á ser Musicos del Rey. De las Damas que llaman cortesanas, decia que todas ó las mas tenian mas de corteses que de sanas. Estando un dia en una Iglesia vió que traian á enterrar á un viejo, á bautizar á un niño, y á velar á una muger, todo á un mismo tiempo, y dixo: que los Templos eran campos de batalla, donde los viejos acaban, los niños vencen, y las mugeres triunfan. Acertó á picarle una vez una abispa en el cuello, y no se la osaba sacudir por no quebrarse; pero con todo eso se quejaba: preguntóle uno, que cómo habia sentido aquella abispa, si era su cuerpo de vidrio? Y respondió que aquella abispa debia de ser murmuradora, y que las lenguas y picos de los murmuradores eran bastantes á desmoronar cuerpos de bronce, quanto mas de vidrio. Pasando acaso un Religioso muy gordo por donde él estaba, dixo uno de sus oyentes: De etico no se puede mover el Padre. Enojóse Vidriera, y dixo: Nadie se olvide de lo que dice el Espiritu Santo: *Nolite tangere Christos meos*; y subido mas en colera, dixo: que mirasen en ello, y verian que de muchos Santos, que de pocos años á esta parte habia canonizado la Iglesia, ninguno se llamaba el Capitan Don Fulano, ni el Secretario Don tal de Don tales, ni el

Con-

Conde, Marques, ó Duque de tal parte, sino Fray Diego, Fray Jacinto, &c. todos Frayles y Religiosos; porque las Religiones son los Aranjueces del Cielo, cuyos frutos de ordinario se ponen en la mesa de Dios. Decia que las lenguas de los murmuradores eran como las plumas del Aguila, que hieren y menoscaban todas las de las otras aves que á ellas se juntan. De los gariteros y tahures decia milagros: decia que los gariteros eran publicos prevaricadores, porque en sacando el barato del que iba haciendo suertes, deseaban que perdiese, y pasase el naype adelante, porque el contrario las hiciese, y él cobrase sus derechos. Alababa mucho la paciencia de un tahur, que estaba toda una noche jugando y perdiendo; y con ser de condicion colerico y endemoniado, á trueque de que su contrario no se alzase, no descosia la boca, y sufria lo que un martir de Barrabás. Alababa tambien las conciencias de algunos honrados gariteros, que ni por imaginacion consentian que en su casa se jugasen otros juegos, que polla y cientos; y con esto á fuego lento, sin temor y nota de malsines sacaban al cabo del mes mas barato, que los que consentian los juegos de estocada, del reparolo, siete y llevar, y pinta en la del punto. En resolucion él decia tales cosas, que si no fuera por los grandes gritos que daba quando le tocaban ó á él se arrimaban, por el habito que traía, por la estrecheza de su comida, por el modo con que bebia, por el no querer dor-

mir

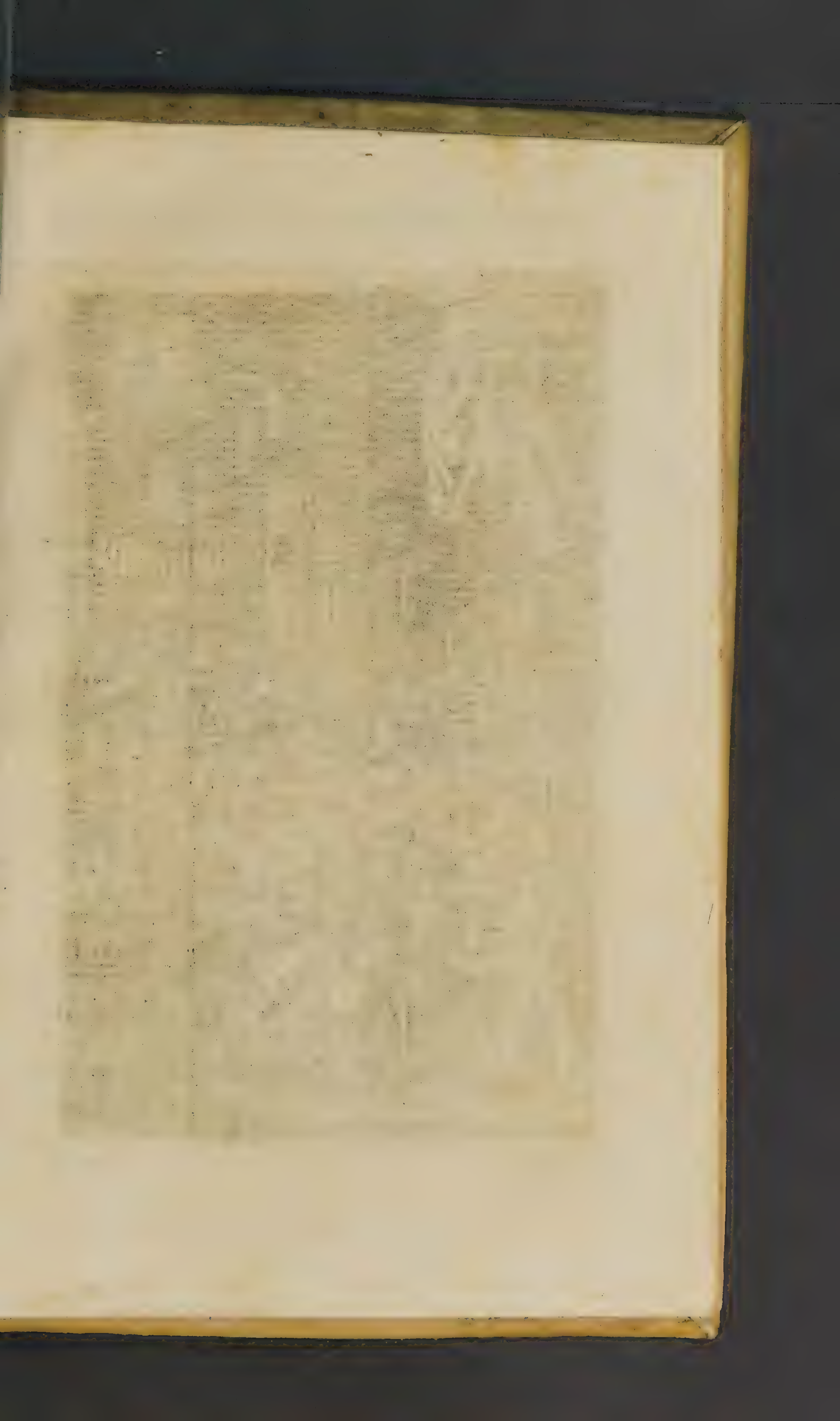
mir sino al Cielo abierto en el Verano, y en el Invierno en los pajares como queda dicho, con que daba tan claras señales de su locura, ninguno pudiera creer sino que era uno de los mas cuerdos del mundo. Dos años ó poco mas duró en esta enfermedad, porque un Religioso de la Orden de San Geronimo que tenia gracia y ciencia particular en hacer que los mudos entendiesen y en cierta manera hablasen, y en curar locos, tomó á su cargo de curar á Vidriera, movido de caridad, y le curó y sanó, y volvió á su primer juicio, entendimiento, y discurso; y asi como le vió sano, le vistió como á Letrado, y le hizo volver á la Corte, donde con dar tantas muestras de cuerdo, como las habia dado de loco, podia usar su oficio, y hacerse famoso por él. Hizolo asi, y llamandose el Licenciado Rueda, y no Rodaja, volvió á la Corte, donde apenas hubo entrado, quando fue conocido de los muchachos: mas como le vieron en tan diferente habito del que solia, no le osaron dar grita ni hacer preguntas; pero seguianle, y decian unos á otros: Este no es el loco Vidriera? á fe que es él; ya viene cuerdo; pero tambien puede ser loco bien vestido como mal vestido: preguntemosle algo, y salgamos de esta confusion. Todo esto oía el Licenciado, y callaba, y iba mas confuso y corrido que quando estaba sin juicio. Pasó el conocimiento de los muchachos á los hombres, y antes que el Licenciado llegase al patio de los Consejos, llevaba tras sí mas de ducien-

tas

tas personas de todas suertes. Con este acompañamiento, que era mas que el de un Catedratico, llegó al patio, donde le acabaron de circundar quantos en él estaban. Él viendose con tanta turba á la redonda, alzó la voz, y dixo: Señores, yo soy el Licenciado Vidriera, pero no el que solia; soy ahora el Licenciado Rueda: sucesos y desgracias que acontecen en el mundo por permision del Cielo, me quitaron el juicio, y las misericordias de Dios me le han vuelto: por las cosas que dicen que dixe quando loco, podeis considerar las que diré quando cuerdo. Yo soy graduado en Leyes por Salamanca, adonde estudié con pobreza, y adonde llevé segundo en licencias, de donde se puede inferir, que mas la virtud que el favor me dió el grado que tengo. Aqui he venido á este gran mar de la Corte para abogar y ganar la vida, pero si no me dexais, habré venido á bogar y grangear la muerte: por amor de Dios que no hagais que el seguirme sea perseguirme, y que lo que alcancé por loco, que es el sustento, lo pierda por cuerdo: lo que soliades preguntarme en las plazas, preguntadmelo ahora en mi casa, y vereis que el que os respondia bien, segun dicen, de improviso, os responderá mejor de pensado. Escucharonle todos, y dexaronle algunos. Volvióse á su posada con poco menos acompañamiento que habia llevado. Salió otro dia, y fue lo mismo: hizo otro sermon, y no sirvió de nada: perdia mucho, y no ganaba cosa; y viendose

mo-

morir de hambre, determinó de dexar la Corte, y volverse á Flandes, donde pensaba valerse de las fuerzas de su brazo, pues no se podia valer de las de su ingenio; y poniendolo en efecto, dixo al salir de la Corte: Ó Corte, que alargas las esperanzas de los atrevidos pretendientes, y acortas las de los virtuosos encogidos! sustentas abundantemente á los truhanes desvergonzados, y matas de hambre á los discretos vergonzosos! Esto dixo, y se fue á Flandes, donde la vida que habia comenzado á eternizar por las letras, la acabó de eternizar por las armas en compañia de su buen amigo el Capitan Valdivia, dexando fama en su muerte de prudente, y valentisimo Soldado.



To: 1. P. 321.





La Fuerza de la Sangre.

Una noche de las calorosas del Verano volvian de recrearse del rio en Toledo un anciano Hidalgo con su muger, un niño pequeño, una hija de edad de diez y seis años, y una criada. La noche era clara, la hora las once, el camino solo, y el paso tardo, por no pagar con cansancio la pension que traen consigo las holguras que en el rio, ó en la vega se toman en Toledo. Con la seguridad que promete la mucha justicia y bien inclinada gente de aquella Ciudad, venia el buen Hidalgo con su familia lejos de pensar en desastre que sucederles pudiese; pero como las mas de las desdichas que vienen, no se piensan, contra todo su pensamiento les sucedió una que les turbó la holgura, y les dió que llorar muchos años. Hasta veinte y dos tendria un Caballero de aquella Ciudad, á quien la riqueza, la sangre ilustre, la inclinacion torcida, la libertad demasiada, y las compañias libres le hacian hacer cosas que desdecian de su calidad, y le daban renombre de atrevido. Este Caballero pues (que por ahora por buenos respetos encubriendo su nombre le llamarémos con el de

Rodolfo) con otros quatro amigos suyos, todos mozos, todos alegres, y todos insolentes, baxaba por la misma cuesta que el Hidalgo subia. Encontraronse los dos esquadrones, el de las ovejas con el de los lobos; y con deshonesta desenvoltura Rodolfo y sus camaradas, cubiertos los rostros, miraron los de la madre, y de la hija, y de la criada. Alborotóse el viejo, reprochóles, y afeóles su atrevimiento: ellos le respondieron con muecas, y burla, y sin desmandarse á mas, pasaron adelante. Pero la mucha hermosura del rostro que habia visto Rodolfo, que era el de Leocadia (que asi quieren se llamase la hija del Hidalgo) comenzó de tal manera á imprimirsele en la memoria, que le llevó tras sí la voluntad, y despertó en él un deseo de gozarla á pesar de todos los inconvenientes que sucederle pudiesen: y en un instante comunicó su pensamiento con sus camaradas, y en otro instante se resolvieron de volver y robarla, por dar gusto á Rodolfo, que siempre los ricos que dan en liberales, hallan quien canonice sus desafueros, y califique por buenos sus malos gustos; y asi el nacer el mal proposito, el comunicarle, y el aprobarle, y el determinarse de robar á Leocadia, y el robarla casi todo fue en un punto. Pusieronse los pañizuelos en los rostros, y desenvaynadas las espadas, volvieron, y á pocos pasos alcanzaron á los que no habian acabado de dar gracias á Dios, que de las manos de aquellos atrevidos les habia li-

librado. Arremetió Rodolfo con Leocadia, y cogiendola en brazos, dió á huir con ella: la qual no tuvo fuerzas para defenderse, y el sobresalto le quitó la voz para quejarse, y aun la luz de los ojos, pues desmayada y sin sentido ni vió quien la llevaba, ni adonde la llevaban. Dió voces su padre, gritó su madre, lloró su hermanico, arañóse la criada; pero ni las voces fueron oidas, ni los gritos escuchados, ni movió á compasion el llanto, ni los araños fueron de provecho alguno; porque todo lo cubria la soledad del lugar, y el callado silencio de la noche, y las crueles entrañas de los malhechores. Finalmente alegres se fueron los unos, y tristes se quedaron los otros. Rodolfo llegó á su casa sin impedimento alguno, y los padres de Leocadia llegaron á la suya lastimados, afligidos, y desesperados; ciegos sin los ojos de su hija, que era la lumbre de los suyos; solos, porque Leocadia era su dulce y agradable compañia; confusos sin saber si sería bien dar noticia de su desgracia á la Justicia, temerosos no fuesen ellos el principal instrumento de publicar su deshonra: veíanse necesitados de favor, como hidalgos pobres; no sabian de quien quejarse, sino de su corta ventura. Rodolfo en tanto sagaz y astuto, tenia ya en su casa y en su aposento á Leocadia, á la qual, puesto que sintió que ya iba desmayada quando la llevaba, la habia cubierto los ojos con un pañuelo, porque no viese las calles por donde la llevaba, ni la casa, ni el aposen-

to donde estaba, en el qual sin ser visto de nadie, á causa que él tenia un quarto aparte en la casa de su padre que aun vivia, y tenia de su estancia la llave y las de todo el quarto (inadvertencia de padres que quieren tener sus hijos recogidos) antes que de su desmayo volviese Leocadia, habia cumplido su deseo Rodolfo; que los impetus no castos de la mocedad pocas veces, ó ninguna reparan en comodidades y requisitos, que mas los inciten y levanten. Ciego de la luz del entendimiento, á escuras robó la mejor prenda de Leocadia: y como los pecados de la sensualidad por la mayor parte no tiran mas allá la barra del termino del cumplimiento de ellos, quisiera luego Rodolfo, que de alli se desapareciera Leocadia, y le vino á la imaginacion de ponerla en la calle asi desmayada como estaba, y yendolo á poner en obra, sintió que volvia en sí, diciendo: Adónde estoy desdichada? qué escuridad es esta? qué tinieblas me rodean? estoy en el limbo de mi inocencia, ó en el infierno de mis culpas? Jesus, quién me toca? yo en cama? yo lastimada? escuchasme, madre y Señora mia? oyesme, querido padre? ay sin ventura de mí! que bien advierto que mis padres no me escuchan, y que mis enemigos me tocan. Venturosa sería yo si esta escuridad durase para siempre, sin que mis ojos volviesen á ver la luz del mundo; y que este lugar donde ahora estoy, qualquiera que él fuese, sirviese de sepultura á mi honra, pues es mejor la deshon-

ra

ra que se ignora, que la honra que está puesta en opinion de las gentes. Ya me acuerdo (nunca yo me acordara!) que ha poco que venia en la compañia de mis padres; ya me acuerdo que me saltearon; ya me imagino y veo que no es bien que me vean las gentes: ó tú, qualquiera que seas, que aqui estás conmigo (y en esto tenia asido de las manos á Rodolfo) si es que tu alma admite genero de ruego alguno, te ruego que ya que has triunfado de mi fama, triunfes tambien de mi vida; quitamela al momento, que no es bien que la tenga la que no tiene honra; mira que el rigor de la crueldad que has usado conmigo en ofenderme, se templará con la piedad que usarás en matarme; y asi en un mismo punto vendrás á ser cruel, y piadoso.

Confuso dexaron las razones de Leocadia á Rodolfo, y como mozo poco experimentado ni sabía qué decir, ni qué hacer, cuyo silencio admiraba mas á Leocadia, la qual con las manos procuraba desengañarse si era fantasma ó sombra la que con ella estaba; pero como tocaba cuerpo, y se le acordaba de la fuerza que se le habia hecho viniendo con sus padres, caía en la verdad del cuento de su desgracia: y con este pensamiento tornó á anudar las razones, que los muchos sollozos y suspiros habian interrumpido, diciendo: Atrevido mancebo, que de poca edad hacen tus hechos que te juzgue, yo te perdono la ofensa que me has hecho, con solo que me prometas y jures que como la has cubier-

bierto con esta escuridad, la cubrirás con perpetuo silencio sin decirla á nadie: poca recompensa te pido de tan grande agravio; pero para mí será la mayor que yo sabré pedirte, ni tú querrás darme. Advierte en que yo nunca he visto tu rostro, ni quiero verle; porque ya que me acuerde de mi ofensa, no quiero acordarme de mi ofensor, ni guardar en la memoria la imagen del autor de mi daño: entre mí y el Cielo pasarán mis quejas, sin querer que las oyga el mundo, el qual no juzga por los sucesos las cosas, sino conforme á él se le asienta en la estimacion. No sé como te digo estas verdades, que se suelen fundar en la experiencia de muchos casos y en el discurso de muchos años, no llegando los mios á diez y siete, por donde me doy á entender, que el dolor de una misma manera ata y desata la lengua del afligido: unas veces exâgerando su mal para que se le crean; otras veces no diciendole porque no se le remedien: de qualquier manera que yo calle ó hable, creo que he de moverte á que me creas, y á que me remedies; pues el no creerme será ignorancia, y el remediarme imposible de tener algun alivio: no quiero desesperarme, porque te costará poco el darmele, y es este: mira, no aguardes ni confies que el discurso del tiempo temple la justa saña que contra tí tengo, ni quieras amontonar los agravios mientras menos me gozares, y habiendome ya gozado, menos se encenderán tus malos deseos: haz cuenta que me

ofen-

ofendiste por accidente sin dar lugar á ningun buen discurso, yo la haré de que no nací en el mundo, ó que si nací, fue para ser desdichada. Ponme luego en la calle, ó á lo menos junto á la Iglesia Mayor, porque desde alli bien sabré volverme á mi casa; pero tambien has de jurar de no seguirme, ni saberla, ni preguntar el nombre de mis padres, ni el mio, ni el de mis parientes, que á ser tan ricos como nobles, no fueran por mí tan desdichados: respondeme á esto, y si temes que te pueda conocer en la habla, hagote saber, que fuera de mi padre y de mi Confesor, no he hablado con hombre alguno en mi vida, y á pocos he oido hablar con tanta comunicacion, que pueda distinguirles por el sonido de la habla. La respuesta que dió Rodolfo á las discretas razones de la lastimada Leocadia, no fue otra que abrazarla, dando muestras que queria volver á confirmar en él su gusto, y en ella su deshonra. Lo qual visto por Leocadia, con mas fuerzas de las que su tierna edad prometia, se defendió con los pies, con las manos, con los dientes, y con la lengua, diciendole: Haz cuenta, traydor y desalmado hombre, quien quiera que seas, que los despojos que de mí has llevado, son los que pudiste tomar de un tronco ú de una coluna sin sentido, cuyo vencimiento y triunfo ha de redundar en tu infamia y menosprecio; pero el que ahora pretendes, no le has de alcanzar sino con mi muerte: desmayada me pisaste y aniquilaste, mas ahora

que

que tengo brios, antes podrás matarme, que vencerme; que si ahora despierta sin resistencia concediese con tu abominable gusto, podrias imaginar que mi desmayo fue fingido, quando te atreviste á destruirme. Finalmente tan gallarda y porfiadamente se resistió Leocadia, que las fuerzas y los deseos de Rodolfo se enflaquecieron, y como la insolencia que con Leocadia habia usado, no tuvo otro principio que de un ímpetu lascivo, del qual nunca nace el verdadero amor que permanece, en lugar del ímpetu que se pasa, queda si no el arrepentimiento, á lo menos una tibia voluntad de segundarle. Frio pues y cansado Rodolfo sin hablar palabra alguna, dexó á Leocadia en su cama, y en su casa, y cerrando el aposento, se fue á buscar á sus camaradas para aconsejarse con ellos de lo que hacer debia. Sintió Leocadia que quedaba sola y encerrada, y levantandose del lecho, anduvo todo el aposento, tentando las paredes con las manos por ver si hallaba puerta por donde irse, ó ventana por donde arrojarse: halló la puerta, pero bien cerrada, y topó una ventana que pudo abrir, por donde entró el resplandor de la Luna tan clara que pudo distinguir Leocadia las colores de unos damascos que el aposento adornaban. Vió que era dorada la cama, y tan ricamente compuesta, que mas parecia lecho de Principe, que de algun particular Caballero: contó las sillas, y los escritorios, notó la parte donde la puerta estaba, y aunque vió pendien-

dientes de las paredes algunas tablas, no pudo alcanzar á ver las pinturas que contenian. La ventana era grande, guarnecida y guardada de una gruesa reja, la vista de la qual caía á un jardin que tambien se cerraba con paredes altas: dificultades que se opusieron á la intencion, que de arrojarse á la calle tenia. Todo lo que vió y notó de la capacidad y ricos adornos de aquella estancia, le dió á entender que el dueño de ella debia de ser hombre principal y rico, y no como quiera, sino aventajadamente: en un escritorio que estaba junto á la ventana, vió un Crucifixo pequeño todo de plata, el qual tomó, y se le puso en la manga de la ropa no por devocion ni por hurto, sino llevada de un discreto designio: hecho esto, cerró la ventana como antes estaba, y volvióse al lecho, esperando qué fin tendria el mal principio de su suceso. No habria pasado á su parecer media hora, quando sintió abrir la puerta del aposento, y que á ella se llegó una persona, y sin hablarla palabra con un pañuelo le vendó los ojos, y tomandola del brazo la sacó fuera de la estancia, y sintió que volvia á cerrar la puerta. Esta persona era Rodolfo, el qual aunque habia ido á buscar á sus camaradas, no quiso hallarlos, pareciendole que no le estaba bien hacerlos testigos de lo que con aquella doncella habia pasado, antes se resolvió en decirles, que arrepentido del mal hecho y movido de sus lagrimas la habia dexado en la mitad del camino. Con este acuerdo volvió tan pres-

presto á poner á Leocadia junto á la Iglesia Mayor, como ella se lo habia pedido, antes que amaneciese y el dia le estorbase de echarla, y le forzase á tenerla en su aposento hasta la noche venidera, en el qual espacio de tiempo, ni él queria volver á usar de sus fuerzas, ni dar ocasion á ser conocido. Llevóla pues hasta la plaza del Ayuntamiento, y alli en voz trocada y en lengua medio portuguesa y castellana le dixo, que seguramente podia irse á su casa, porque de nadie sería seguida: y antes que ella tuviese lugar de quitarse el pañuelo, ya él se habia puesto en parte donde no pudiese ser visto. Quedó sola Leocadia, quitóse la venda, reconoció el lugar donde la dexaron, miró bien á todas partes, no vió á persona; pero sospechosa que desde lejos la siguiesen, á cada paso se detenia, dandolos hácia su casa que no muy lejos de alli estaba: y por desmentir las espias, si acaso la seguian, se entró en una casa que halló abierta, y de alli á poco se fue á la suya, donde halló á sus padres atonitos, y sin desnudarse, y aun sin tener pensamiento de tomar descanso alguno. Quando la vieron, corrieron á ella con los brazos abiertos, y con lagrimas en los ojos la recibieron. Leocadia llena de sobresalto y alboroto, hizo á sus padres que se retirasen con ella aparte, como lo hicieron, y alli en breves palabras les dió cuenta de todo su desastrado suceso, con todas las circunstancias de él, y de la ninguna noticia que traía del salteador,

dor, y robador de su honra. Dixoles lo que habia visto en el teatro donde se representó la tragedia de su desventura: la ventana, el jardin, la reja, los escritorios, la cama, los damascos, y á lo ultimo les mostró el Crucifixo que habia traido, ante cuya Imagen se renovaron las lagrimas, se hicieron deprecaciones, se pidieron venganzas, y desearon milagrosos castigos. Dixo asimismo, que aunque ella no deseaba venir en conocimiento de su ofensor, que si á sus padres les parecia ser bien conocerle, que por medio de aquella Imagen podrian, haciendo que los Sacristanes dixesen en los pulpitos de todas las Parroquias de la Ciudad, que el que hubiese perdido tal Imagen, la hallaria en poder del Religioso que ellos señalasen; y que asi sabiendo el dueño de la Imagen, se sabria la casa y aun la persona de su enemigo. Á esto replicó el padre: Bien habias dicho, hija mia, si la malicia ordinaria no se opusiera á tu discreto discurso, pues está claro que esta Imagen hoy en este dia se ha de echar menos en el aposento que dices, y el dueño de ella ha de tener por cierto que la persona que con él estuvo se la llevó, y de llegar á su noticia que la tiene algun Religioso, antes ha de servir de conocer quien se la dió al tal que la tiene, que no de declarar el dueño que la perdió; porque puede hacer que venga por ella otro á quien el dueño haya dado las señas: y siendo esto asi, antes quedarémos confusos que informados, puesto que podamos usar

del

del mismo artificio que sospechamos, dandola al Religioso por tercera persona. Lo que has de hacer, hija, es guardarla, y encomendarte á ella, que pues ella fue testigo de tu desgracia, permitirá que haya Juez que vuelva por tu justicia: y advierte, hija, que mas lastíma una onza de deshonra publica, que una arroba de infamia secreta; y pues puedes vivir honrada con Dios en publico, no te pene de estar deshonrada contigo en secreto. La verdadera deshonra está en el pecado, y la verdadera honra en la virtud: con el dicho, con el deseo, y con la obra se ofende á Dios; y pues tú, ni en dicho, ni en pensamiento, ni en hecho le has ofendido, tente por honrada, que yo por tal te tendré, sin que jamas te mire sino como verdadero padre tuyo. Con estas prudentes razones consoló su padre á Leocadia; y abrazandola de nuevo su madre, procuró tambien consolarla: ella gimió, y lloró de nuevo, y se reduxo á cubrir la cabeza como dicen, y á vivir recogida debaxo del amparo de sus padres, con vestido tan honesto como pobre. Rodolfo en tanto vuelto á su casa, echando menos la imagen del Crucifixo, imaginó quien podia haberla llevado; pero no se le dió nada, y como rico no hizo cuenta de ello, ni sus padres se la pidieron quando de alli á tres dias que se partió á Italia, entregó por cuenta á una Camarera de su madre todo lo que en el aposento dexaba. Muchos dias habia que tenia Rodolfo determinado de pasar á

Ita-

Italia, y su padre que habia estado en ella, se lo persuadia, diciendole que no eran Caballeros los que solo lo eran en su patria, que era menester serlo tambien en las agenas. Por estas y otras razones se dispuso la voluntad de Rodolfo de cumplir la de su padre, el qual le dió credito de muchos dineros para Barcelona, Genova, Roma, y Napoles, y él con dos de sus camaradas se partió luego, goloso de lo que habia oido decir á algunos Soldados de la abundancia de las hosterias de Italia, y Francia, y de la libertad que en los alojamientos tenian los Españoles. Sonabale bien aquel: eco li buoni polastri, picioni, presuto, & salcicie, con otros nombres de este jaez, de quien los Soldados se acuerdan quando de aquellas partes vienen á estas de España. Finalmente él se fue con tan poca memoria de lo que con la hermosa Leocadia le habia sucedido, como si no hubiera pasado. Ella en este entretanto pasaba la vida en casa de sus padres con el recato y recogimiento posible, sin dexar verse de persona alguna, temerosa que su desgracia se la habian de leer en la frente; pero á pocos meses vió serle forzoso hacer por fuerza lo que hasta alli de grado hacia: vió que le convenia vivir retirada y escondida, porque se sintió preñada, suceso por el qual las algun tanto olvidadas lagrimas volvieron á sus ojos, y los suspiros y lamentos comenzaron de nuevo á herir los vientos, sin ser parte la discrecion de su buena madre á consolarla. Voló el tiempo, y lle-

llegóse el punto del parto, y con tanto secreto, que aun no se osó fiar de la partera, usurpando este oficio la madre, dió á la luz del mundo un niño de los hermosos que pudieran imaginarse. Con el mismo recato y secreto que habia nacido, le llevaron á una aldea, donde se crió quatro años, al cabo de los quales, con nombre de sobrino le traxo su abuelo á su casa, donde se criaba si no muy rica, á lo menos muy virtuosamente. Era el niño (á quien pusieron nombre Luis por llamarse asi su abuelo) de rostro hermoso, de condicion mansa, de ingenio agudo, y en todas las acciones que en aquella edad tierna podia hacer, daba señales de ser de algun noble padre engendrado; y de tal manera su gracia, belleza, y discrecion enamoraron á sus abuelos, que vinieron á tener por dicha la desdicha de su hija por haberles dado tal nieto. Quando iba por la calle, llovian sobre él millares de bendiciones: unos bendecian su hermosura; otros la madre que lo habia parido: estos el padre que lo engendró; aquellos á quien tan bien criado le criaba. Con este aplauso de los que le conocian y no conocian, llegó el niño á la edad de siete años, en la qual ya sabía leer latin y romance, y escribir formada y muy buena letra; porque la intencion de sus abuelos era hacerle virtuoso y sabio, ya que no le podian hacer rico, como si la sabiduria y la virtud no fuesen las riquezas sobre quien no tienen jurisdiccion los ladrones, ni la que llaman fortuna.

Su-

Sucedió pues que un dia que el niño fue con un recaudo de su abuela á una parienta suya, acertó á pasar por una calle donde habia carrera de caballos, pusose á mirar, y por mejorarse de puesto, pasó de una parte á otra á tiempo que no pudo huir de ser atropellado de un caballo, á cuyo dueño no fue posible detenerle en la furia de su carrera: pasó por encima de él, y dexóle como muerto, tendido en el suelo, derramando mucha sangre de la cabeza. Apenas esto hubo sucedido, quando un Caballero anciano que estaba mirando la carrera, con no vista ligereza se arrojó de su caballo, y fue donde estaba el niño, y quitandole de los brazos de uno que ya le tenia, le puso en los suyos, y sin tener cuenta con sus canas, ni con su autoridad, que era mucha, á paso largo se fue á su casa, ordenando á sus criados que le dexasen, y fuesen á buscar un Cirujano que al niño curase. Muchos Caballeros le siguieron, lastimados de la desgracia de tan hermoso niño, porque luego salió la voz, que el atropellado era Luisico, el sobrino del tal Caballero, nombrando á su abuelo. Esta voz corrió de boca en boca hasta que llegó á los oidos de sus abuelos y de su encubierta madre: los quales certificados bien del caso, como desatinados y locos salieron á buscar á su querido, y por ser tan conocido y tan principal el Caballero que le habia llevado, muchos de los que encontraron, les dixeron su casa, á la qual llegaron á tiempo que ya estaba

el

el niño en poder del Cirujano. El Caballero y su muger, dueños de la casa, pidieron á los que pensaron ser sus padres que no llorasen ni alzasen la voz á quejarse, porque no le sería al niño de ningun provecho. El Cirujano que era famoso, habiendole curado con grandisimo tiento y maestria, dixo que no era tan mortal la herida como al principio habia temido. En la mitad de la cura volvió Luis en su acuerdo, que hasta alli habia estado sin él, y alegróse en ver á sus tios, los quales le preguntaron llorando, que cómo se sentia? Respondió que bueno, sino que le dolia mucho el cuerpo y la cabeza. Mandó el Medico que no hablasen con él, sino que le dexasen reposar: hizose asi, y su abuelo comenzó á agradecer al Señor de la casa la caridad que con su sobrino habia usado. Á lo qual respondió el Caballero, que no tenia que agradecerle; porque le hacia saber que quando vió al niño caido y atropellado, le pareció que habia visto el rostro de un hijo suyo, á quien él queria tiernamente, y que esto le movió á tomarle en sus brazos, y traerle á su casa, donde estaria todo el tiempo que la cura durase, con el regalo que fuese posible y necesario. Su muger que era una noble Señora, dixo lo mismo, y hizo aun mas encarecidas promesas. Admirados quedaron de tanta christiandad los abuelos; pero la madre quedó mas admirada, porque habiendo con las nuevas del Cirujano sosegadose algun tanto su alborotado espiritu, miró atenta-

tamente el aposento donde su hijo estaba, y claramente por muchas señales conoció que aquella era la estancia donde se habia dado fin á su honra, y principio á su desventura, y aunque no estaba adornada de los damascos que entonces tenia, conoció la disposicion de ella, vió la ventana de la reja que caía al jardin, y por estar cerrada á causa del herido, preguntó si aquella ventana correspondia á algun jardin? y fuele respondido que sí; pero lo que mas conoció fue, que aquella era la misma cama que tenia por tumba de su sepultura; y mas, que el propio escritorio sobre el qual estaba la Imagen que habia traido, se estaba en el mismo lugar. Finalmente sacaron á luz la verdad de todas sus sospechas, los escalones que ella habia contado, quando la sacaron del aposento tapados los ojos, digo los escalones que habia desde alli á la calle, que con advertencia discreta contó; y quando volvió á su casa, dexando á su hijo, los volvió á contar, y halló cabal el numero: y confiriendo unas señales con otras, de todo punto certificó por claro y verdadero lo que tenia en su imaginacion, de lo qual dió por extenso cuenta á su madre, que como discreta se informó si el Caballero donde su nieto estaba, habia tenido, ó tenia algun hijo, y halló que el que llamamos Rodolfo, lo era, y que estaba en Italia; y tanteando el tiempo que le dixeron que habia que faltaba de España, vió que eran los mismos siete años que el nieto tenia. Dió aviso de

todo esto á su marido, y entre los dos, y su hija acordaron de esperar lo que Dios hacia del herido, el qual dentro de quince dias estuvo fuera de peligro, y á los treinta se levantó, en todo el qual tiempo fue visitado de la madre y de la abuela, y regalado de los dueños de la casa como si fuera su mismo hijo; y algunas veces hablando con Leocadia Doña Estefanía (que asi se llamaba la muger del Caballero) le decia que aquel niño se parecia tanto á un hijo suyo que estaba en Italia, que ninguna vez le miraba que no le pareciese ver á su hijo. De estas razones tomó ocasion de decirle una vez que se halló sola con ella, las que con acuerdo de sus padres habia determinado de decirle, que fueron estas: El dia, Señora, que mis padres oyeron decir que su sobrino estaba tan mal parado, creyeron y pensaron que se les habia cerrado el Cielo, y caido todo el mundo á cuestas: imaginaron que ya les faltaba la lumbre de sus ojos, y el baculo de su vejez, faltandoles este sobrino á quien ellos de tal manera tienen amor, que con muchas ventajas excede al que suelen tener otros padres á sus hijos; mas como decirse suele, que quando Dios da la llaga, da la medicina, la halló el niño en esta casa, y yo asimismo en ella el recuerdo de unas memorias que no las podré olvidar mientras la vida me durare. Yo, Señora, soy noble porque mis padres lo son, y lo han sido todos mis antepasados, que con una mediania de los bienes de fortuna han sustentado

su honra felizmente, donde quiera que han vivido. Admirada y suspensa estaba Doña Estefanía, escuchando las razones de Leocadia, y no podia creer, aunque lo veía, que tanta discrecion pudiese encerrarse en tan pocos años, puesto que á su parecer la juzgaba por de veinte poco mas á menos, y sin decirle ni replicarle palabra, esperó todas las que quiso decirle, que fueron aquellas que bastaron para contarle la travesura de su hijo, la deshonra suya, el robo, el cubrirle los ojos, el traerla á aquel aposento, las señales en que habia conocido ser aquel el mismo que sospechaba; para cuya confirmacion sacó del pecho la imagen del Crucifixo que habia llevado, á quien dixo: Tú, Señor, que fuiste testigo de la fuerza que se me hizo, sé Juez de la enmienda que se me debe hacer: de encima de aquel escritorio te llevé con proposito de acordarte siempre mi agravio, no para pedirte venganza de él, que no la pretendo, sino para rogarte me dieses algun consuelo con que llevar en paciencia mi desgracia. Este niño, Señora, con quien habeis mostrado el extremo de vuestra gran caridad, es vuestro verdadero nieto: permision fue del Cielo el haberle atropellado, para que trayendole á vuestra casa, hallase yo en ella, como espero que he de hallar, si no el remedio que mejor convenga con mi desventura, á lo menos el medio con que pueda sobrellevarla. Diciendo esto, abrazada con el Crucifixo cayó desmayada en los brazos de Doña Estefanía,

la qual en fin, como muger y noble, en quien la compasion y misericordia suele ser tan natural como la crueldad en el hombre, apenas vió el desmayo de Leocadia, quando juntó su rostro con el suyo, derramando sobre él tantas lagrimas, que no fue menester esparcirle otra agua encima para que Leocadia en sí volviese. Estando las dos de esta manera, acertó á entrar el Caballero, marido de Doña Estefanía, que traía á Luisico de la mano, y viendo el llanto de Estefanía, y el desmayo de Leocadia, preguntó á gran priesa le dixesen la causa de do procedia. El niño abrazaba á su madre por su prima, y á su abuela por su bienhechora; y asimismo preguntaba, por qué lloraban? Grandes cosas, Señor, hay que deciros, respondió Doña Estefanía á su marido, cuyo remate se acabará con deciros, que hagais cuenta que esta desmayada es hija vuestra, y este niño vuestro nieto. Esta verdad que os digo me ha dicho esta niña, y la ha confirmado, y confirma el rostro de este niño en el qual entrambos habemos visto el de nuestro hijo. Si mas no os declarais, Señora, yo no os entiendo, replicó el Caballero. En esto volvió en sí Leocadia, y abrazada del Crucifixo, parecia estar convertida en un mar de llanto. Todo lo qual tenia puesto en gran confusion al Caballero, de la qual salió contandole su muger todo aquello que Leocadia le habia contado; y él lo creyó por divina permision del Cielo, como si con muchos y verdaderos testigos se lo

hu-

hubieran probado. Consoló y abrazó á Leocadia, besó á su nieto; y aquel mismo dia despacharon un correo á Napoles, avisando á su hijo se viniese luego, porque le tenian concertado casamiento con una muger muy hermosa, y tal qual para él convenia. No consintieron que Leocadia, ni su hijo volviesen mas á la casa de sus padres, los quales contentisimos del buen suceso de su hija, daban infinitas gracias á Dios por ello. Llegó el correo á Napoles, y Rodolfo con la golosina de gozar tan hermosa muger, como su padre le significaba, de alli á dos dias que recibió la carta, ofreciendosele ocasion de quatro Galeras que estaban á punto de venir á España, se embarcó en ellas con sus dos camaradas, que aun no le habian dexado; y con prospero suceso en doce dias llegó á Barcelona, y de alli por la posta en otros siete se puso en Toledo, y entró en casa de su padre tan galan y tan bizarro, que los extremos de la gala y de la bizarria estaban en él todos juntos. Alegraronse sus padres con la salud y bienvenida de su hijo: suspendióse Leocadia, que de parte escondida le miraba por no salir de la traza y orden que Doña Estefanía le habia dado. Los camaradas de Rodolfo quisieran irse á sus casas luego, pero no lo consintió Estefanía por haberlos menester para su designio. Estaba cerca la noche, quando Rodolfo llegó, y en tanto que se aderezaba la cena, Estefanía llamó aparte los camaradas de su hijo, creyendo que ellos debian

de

de ser los dos de los tres que Leocadia habia dicho que iban con Rodolfo la noche que la robaron, y con grandes ruegos les pidió le dixesen si se acordaban que su hijo habia robado á una muger tal noche, tantos años habia; porque el saber la verdad de esto importaba la honra y el sosiego de todos sus parientes: y con tales y tantos encarecimientos se los supo rogar, y de tal manera les aseguró que de descubrir este robo no les podia suceder daño alguno, que ellos tuvieron por bien de confesar ser verdad que una noche de Verano, yendo ellos dos y otro amigo con Rodolfo, robaron en la misma que ella señalaba, á una muchacha, y que Rodolfo se habia venido con ella mientras ellos detenian la gente de su familia, que con voces la querian defender, y que otro dia les habia dicho Rodolfo que la habia llevado á su casa; y solo esto era lo que podian responder á lo que les preguntaba. La confesion de estos dos fue echar la llave á todas las dudas que en tal caso se podian ofrecer; y asi determinó de llevar al cabo su buen pensamiento, que fue este: Poco antes que se sentasen á cenar, se entró en un aposento á solas su madre con Rodolfo, y poniendole un retrato en las manos, le dixo: Yo quiero, Rodolfo, darte una gustosa cena con mostrarte tu esposa: este es su retrato; pero quiero advertirte que lo que le falta de belleza, le sobra de virtud: es noble, y discreta, y medianamente rica; y pues tu padre y yo te la hemos escogi-

gido, asegurate que es la que te conviene. Atentamente miró Rodolfo el retrato, y dixo: Si los Pintores que ordinariamente suelen ser prodigos de la hermosura con los rostros que retratan, lo han sido tambien con este, sin duda creo que el original debe de ser la misma fealdad: á la fe, Señora y madre mia, justo es y bueno que los hijos obedezcan á sus padres en quanto les mandaren; pero tambien es conveniente y mejor que los padres den á sus hijos el estado de que mas gustaren: y pues el del matrimonio es nudo que no le desata sino la muerte, bien será que sus lazos sean iguales, y de unos mismos hilos fabricados. La virtud, la nobleza, la discrecion, y los bienes de fortuna bien pueden alegrar el entendimiento de aquel á quien le cupieron en suerte con su esposa; pero que la fealdad de ella alegre los ojos del esposo, pareceme imposible: mozo soy, pero bien se me entiende que se compadece con el Sacramento del Matrimonio el justo y debido deleyte que los casados gozan; y que si él falta, coxea el matrimonio y desdice de su segunda intencion: pues pensar que un rostro feo, que se ha de tener á todas horas delante de los ojos, en la sala, en la mesa, y en la cama pueda deleytar, otra vez digo que lo tengo por casi imposible. Por vida de Vmd., madre mia, que me dé compañera que me entretenga, y no enfade; porque sin torcer á una ó á otra parte, igualmente y por camino derecho llevemos ambos á dos el yugo donde el

Cie-

Cielo nos pusiere: si esta Señora es noble, discreta, y rica, como Vmd. dice, no le faltará esposo que sea de diferente humor que el mio. Unos hay que buscan nobleza, otros discrecion, otros dineros, y otros hermosura, y yo soy de estos ultimos; porque nobleza, gracias al Cielo, y á mis pasados, y á mis padres, que me la dexaron por herencia: discrecion, como una muger no sea necia, tonta, ó boba, bastale que ni por aguda despunte, ni por boba no aproveche: de las riquezas, tambien las de mis padres me hacen no estar temeroso de venir á ser pobre: la hermosura busco, la belleza quiero no con otro dote, que con la honestidad y buenas costumbres; que si esto trae mi esposa, yo serviré á Dios con gusto, y daré buena vejez á mis padres. Contentisima quedó su madre de las razones de Rodolfo, por haber conocido por ellas que iba saliendo bien con su designio: respondióle que ella procuraria casarle conforme á su deseo, que no tuviese pena alguna, que era facil deshacerse los conciertos que de casarle con aquella Señora estaban hechos. Agradeciósela Rodolfo, y por ser llegada la hora de cenar, se fueron á la mesa; y habiendose ya sentado á ella el padre y la madre, Rodolfo y sus camaradas, dixo Doña Estefanía al descuido: Pecadora de mí, y qué bien que trato á mi huespeda! andad vos, dixo á un criado, decid á la Señora Doña Leocadia, que sin entrar en cuentas con su mucha honestidad, nos venga á honrar

rar

rar esta mesa, que los que á ella están todos son mis hijos y sus servidores. Todo esto era traza suya, y de todo lo que habia de hacer estaba ya avisada Leocadia. Poco tardó en salir Leocadia, y dar de sí la mas hermosa muestra que pudo dar la mas compuesta y natural hermosura. Venia vestida, por ser Invierno, de una saya entera de terciopelo negro, llovida de botones de oro y perlas, cintura y collar de diamantes: sus cabellos que eran largos y no demasiadamente rubios, le servian de adorno y tocas; cuya invencion de lazos y rizos, y vislumbres de diamantes que con ellos se entretexian, turbaban la luz de los ojos que los miraban. Era Leocadia de gentil disposicion y brio: traía de la mano á su hijo, y delante de ella venian dos doncellas alumbrandola con dos velas de cera en dos candeleros de plata. Levantaronse todos á hacer la reverencia, como si fuera alguna cosa del Cielo que alli milagrosamente se habia aparecido. Ninguno de los que alli estaban embebecidos mirandola, parece que de atonitos no acertaron á decirle palabra. Leocadia con ayrosa gracia y discreta crianza se humilló á todos, y tomandola de la mano Estefanía, la sentó junto á sí frontero de Rodolfo: al niño sentaron junto á su abuelo. Rodolfo que de cerca miraba la incomparable belleza de Leocadia, decia entre sí: Si la mitad de esta hermosura tuviera la que mi madre me tiene escogida por esposa, tuvierame yo por el mas dicho-

so

so hombre del mundo. Valgame Dios, qué es esto que veo! es por ventura algun angel humano el que estoy mirando? y en esto se le iba entrando por los ojos á tomar posesion de su alma la hermosa imagen de Leocadia: la qual en tanto que la cena venia, viendo tambien tan cerca de sí al que ya queria mas que á la luz de los ojos con que alguna vez á hurto le miraba, comenzó á revolver en su imaginacion lo que con Rodolfo le habia pasado: comenzaron á enflaquecerse en su alma las esperanzas que de ser su esposo su madre le habia dado, temiendo que á la cortedad de su ventura habian de corresponder las promesas de su madre: consideraba quan cerca estaba de ser dichosa ó sin dicha para siempre; y fue la consideracion tan intensa, y los pensamientos tan revueltos, que le apretaron el corazon de manera, que comenzó á sudar y á perderse de color en un punto, sobreviniendole un desmayo que le forzó á reclinar la cabeza en los brazos de Doña Estefanía, que como asi la vió, con turbacion la recibió en ellos. Sobresaltaronse todos, y dexando la mesa, acudieron á remediarla; pero el que dió mas muestras de sentirlo fue Rodolfo, pues por llegar presto á ella, tropezó y cayó dos veces. Ni por desabrocharla, ni echarla agua en el rostro volvia en sí, antes el levantado pecho, y el pulso que no se le hallaba, iban dando señales de su muerte; y las criadas y criados de casa, como menos considerados, dieron voces,

y

y la publicaron por muerta. Estas amargas nuevas llegaron á los oidos de los padres de Leocadia, que para mas gustosa ocasion los tenia Doña Estefanía escondidos: los quales con el Cura de la Parroquia que asimismo con ellos estaba, rompiendo el orden de Estefanía, salieron á la sala. Llegó el Cura presto, por ver si por algunas señales daba indicios de arrepentirse de sus pecados para absolverla de ellos; y donde pensó hallar un desmayado, halló dos, porque ya estaba Rodolfo puesto el rostro sobre el pecho de Leocadia. Dióle su madre lugar de que á ella llegase como á cosa que habia de ser suya, pero quando vió que tambien estaba sin sentido, estuvo á pique de perder el suyo, y le perdiera, si no viera que Rodolfo tornaba en sí como volvió, corrido de que le hubiesen visto hacer tales extremos; pero su madre, casi como adivina de lo que su hijo sentia, le dixo: No te corras, hijo, de los extremos que has hecho, sino correte de los que no hicieres, quando sepas lo que no quiero tenerte mas encubierto, puesto que pensaba dexarlo hasta mas alegre coyuntura: has de saber, hijo de mi alma, que esta desmayada que en los brazos tengo, es tu verdadera esposa; llamo verdadera, porque yo y tu padre te la teniamos escogida, que la del retrato es falsa. Quando esto oyó Rodolfo, llevado de su amoroso y encendido deseo, y quitandole el nombre de esposo todos los estorbos que la honestidad y decencia del lugar le podian poner,

ñer, se abalanzó al rostro de Leocadia, y juntando su boca con la de ella, estaba como esperando que se le saliese el alma para darle acogida en la suya; pero quando mas las lagrimas de todos por lastima crecian, y por dolor las voces se aumentaban, volvió en sí Leocadia, y con su vuelta volvió la alegria y el contento que de los pechos de todos se habia ausentado. Hallóse Leocadia entre los brazos de Rodolfo, y quisiera con honesta fuerza desasirse de ellos; pero él le dixo: No, Señora, no ha de ser asi, no es bien que pugneis por apartaros de los brazos de aquel que os tiene en el alma. Á esta razon acabó de todo en todo de cobrar Leocadia sus sentidos, y Doña Estefanía de no llevar mas adelante su determinacion primera, diciendo al Cura que luego desposase á su hijo con Leocadia: él lo hizo asi, que por haber sucedido este caso en tiempo quando con sola la voluntad de los contrayentes, sin las diligencias y prevenciones justas y santas que ahora se usan, quedaba hecho el matrimonio, no hubo dificultad que impidiese el desposorio. El qual hecho, dexese á otra pluma y á otro ingenio mas delicado que el mio el contar la alegria de todos los que en él se hallaron: los abrazos que los padres de Leocadia dieron á Rodolfo: las gracias que dieron al Cielo y á sus padres: los ofrecimientos de las partes: la admiracion de los camaradas de Rodolfo que tan impensadamente vieron la misma noche de su llegada tan hermoso desposorio, y

mas

mas quando supieron, por contarlo delante de todos Doña Estefanía, que Leocadia era la doncella que en su compañia su hijo habia robado, de que no menos suspenso quedó Rodolfo; y por certificarse mas de aquella verdad, preguntó á Leocadia le dixese alguna señal por donde viniese en conocimiento entero de lo que no dudaba, por parecerle que sus padres lo tendrian bien averiguado. Ella respondió: Quando yo recordé y volví en mí de otro desmayo, me hallé, Señor, en vuestros brazos sin honra; pero yo lo doy por bien empleado, pues al volver del que ahora he tenido, asimismo me hallé en los brazos del de entonces, pero honrada: y si esta señal no basta, baste la de una imagen de un Crucifixo, que nadie os la pudo hurtar sino yo: si es que por la mañana le echastes menos, y si es el mismo que tiene mi Señora... Vos lo sois de mi alma, y lo sereis los años que Dios ordenare, dixo Rodolfo; y abrazandola de nuevo, de nuevo volvieron las bendiciones y parabienes que les dieron. Vino la cena, y vinieron Musicos, que para esto estaban prevenidos. Vióse Rodolfo á sí mismo en el espejo del rostro de su hijo: lloraron sus quatro abuelos de gusto: no quedó rincon en toda la casa que no fuese visitado del jubilo, del contento, y de la alegria; y aunque la noche volaba con sus ligeras y negras alas, le parecia á Rodolfo que iba y caminaba no con alas, sino con muletas: tan grande era el deseo de verse á solas con su querida

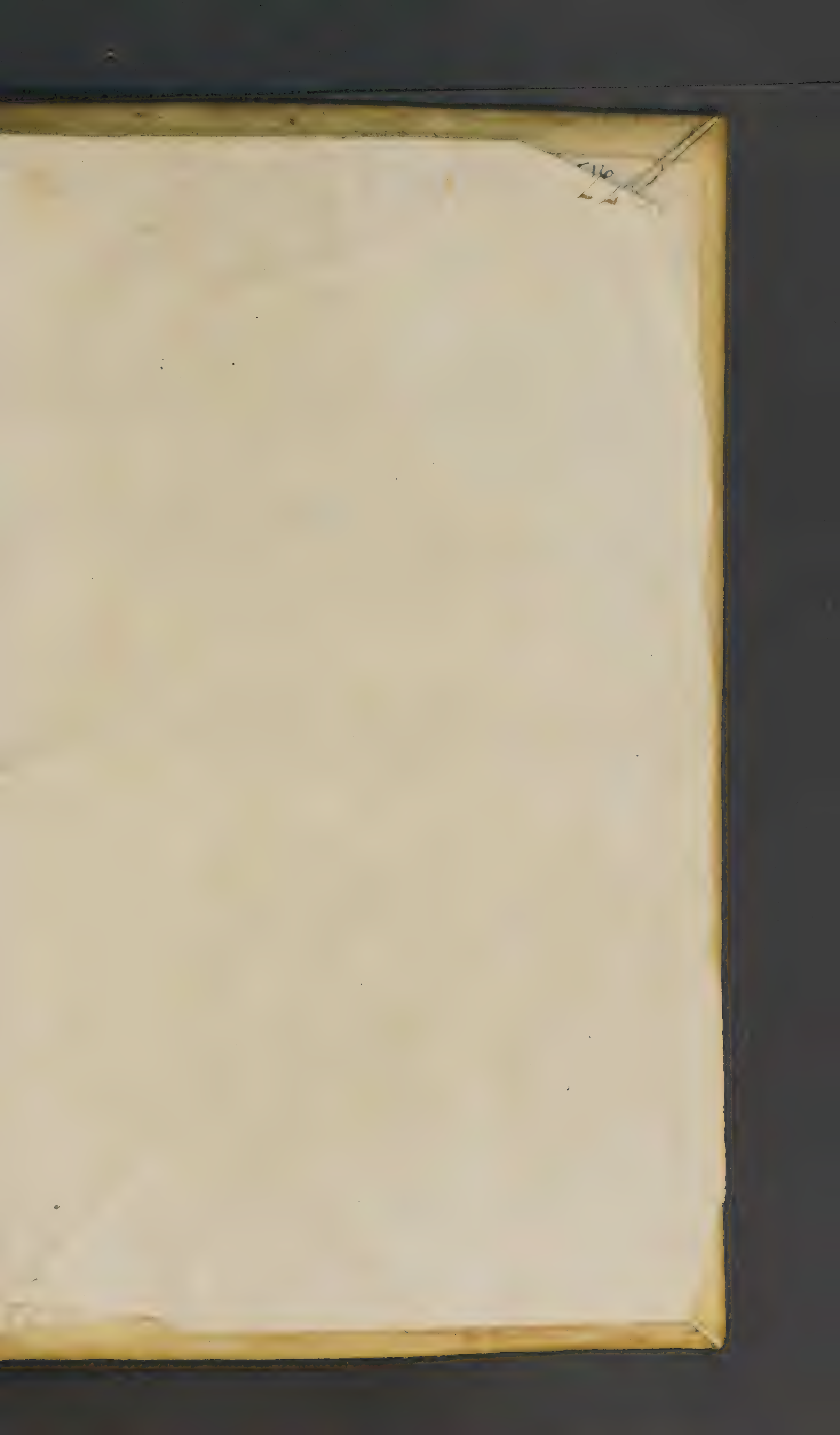
es-

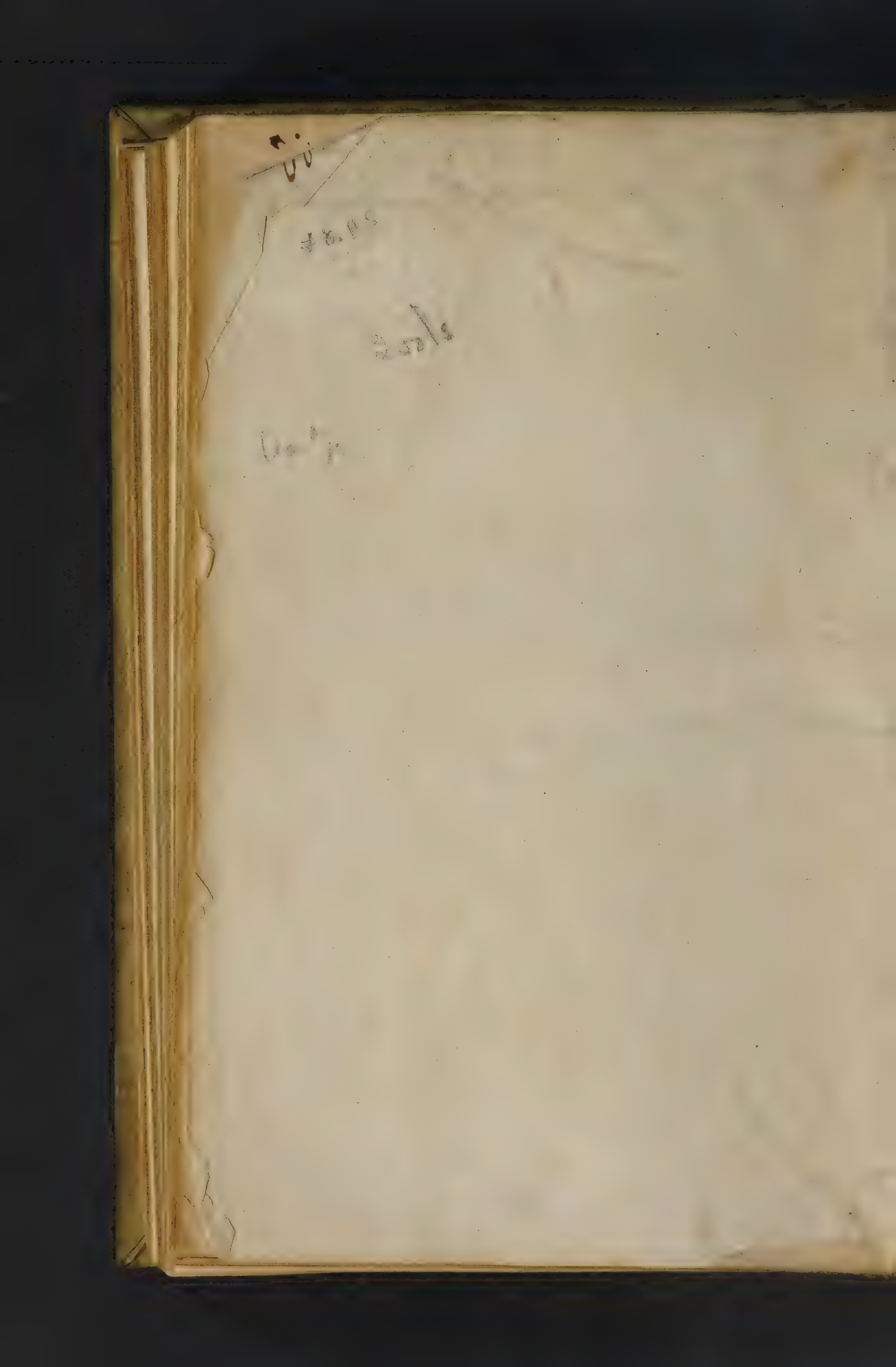
esposa Llegóse en fin la hora deseada, porque no hay fin que no le tenga: fueronse á acostar todos, quedó toda la casa sepultada en silencio, en el qual no quedará la verdad de este cuento, pues no le consentirán los muchos hijos y la ilustre descendencia que en Toledo dexaron, y ahora viven estos dos venturosos desposados, que muchos y felices años gozaron de sí mismos, de sus hijos, y de sus nietos, permitido todo por el Cielo y por la Fuerza de la Sangre que vió derramada en el suelo el valeroso, ilustre, y christiano abuelo de Luisico.

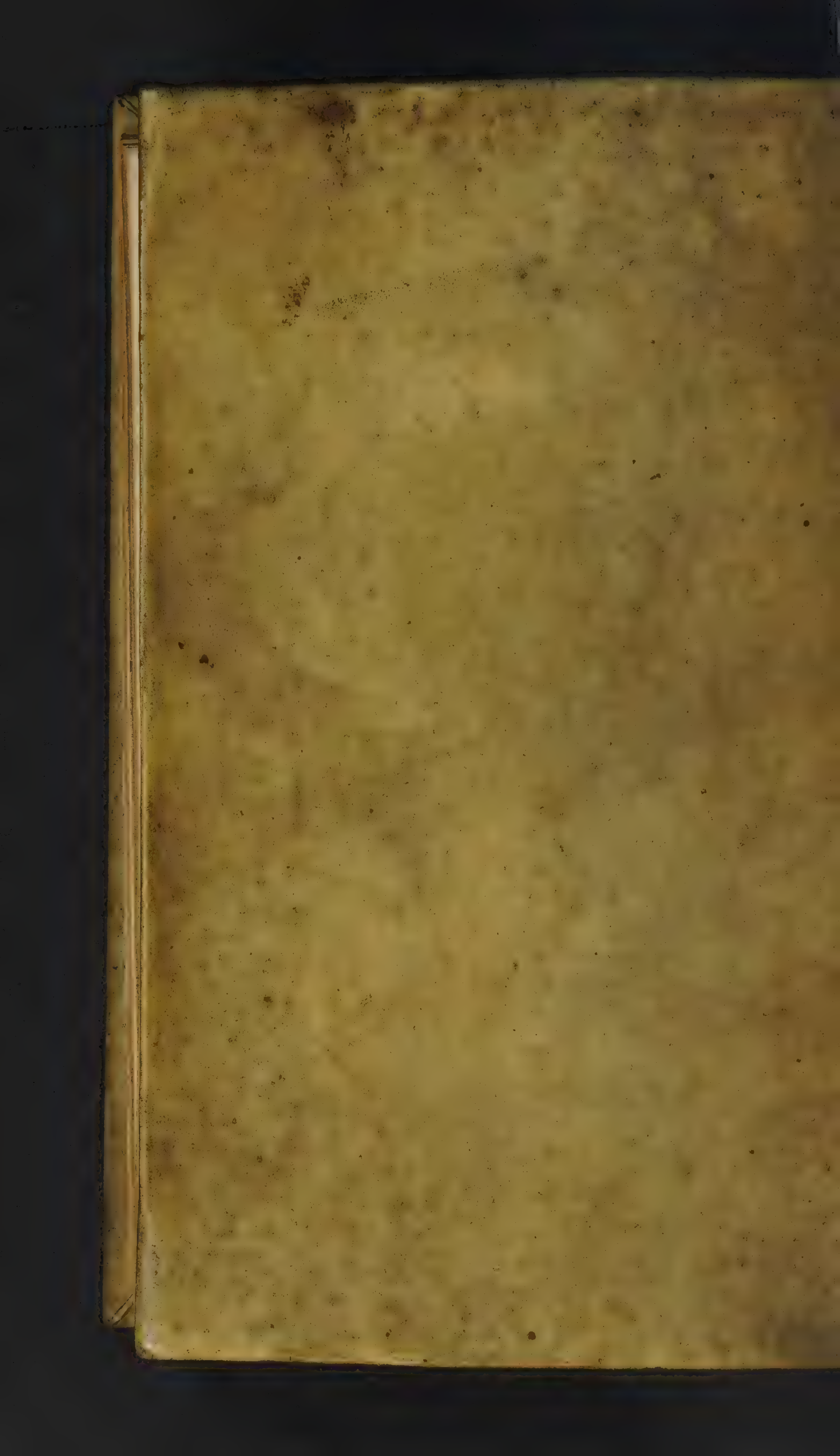
FIN DEL PRIMER TOMO.

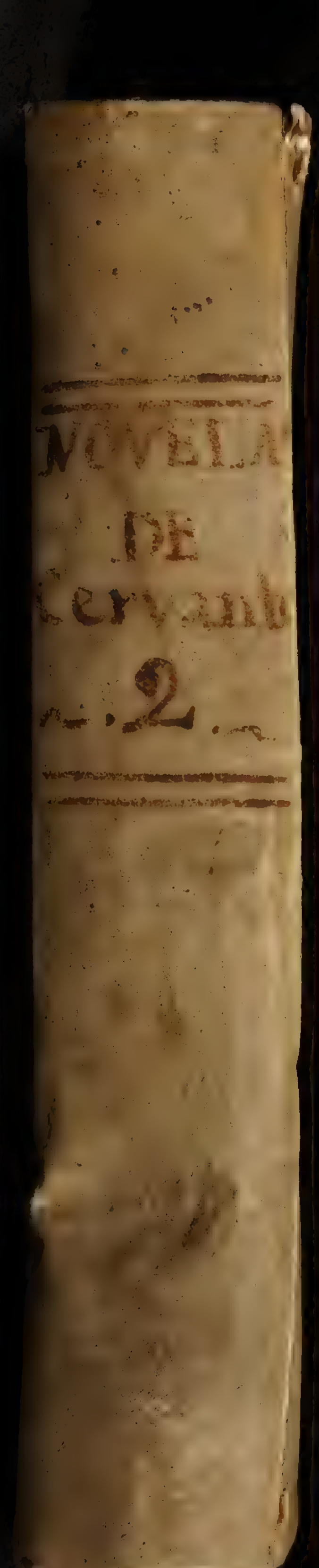
TA-

TABLA
DE LAS NOVELAS
DE ESTE PRIMER TOMO.



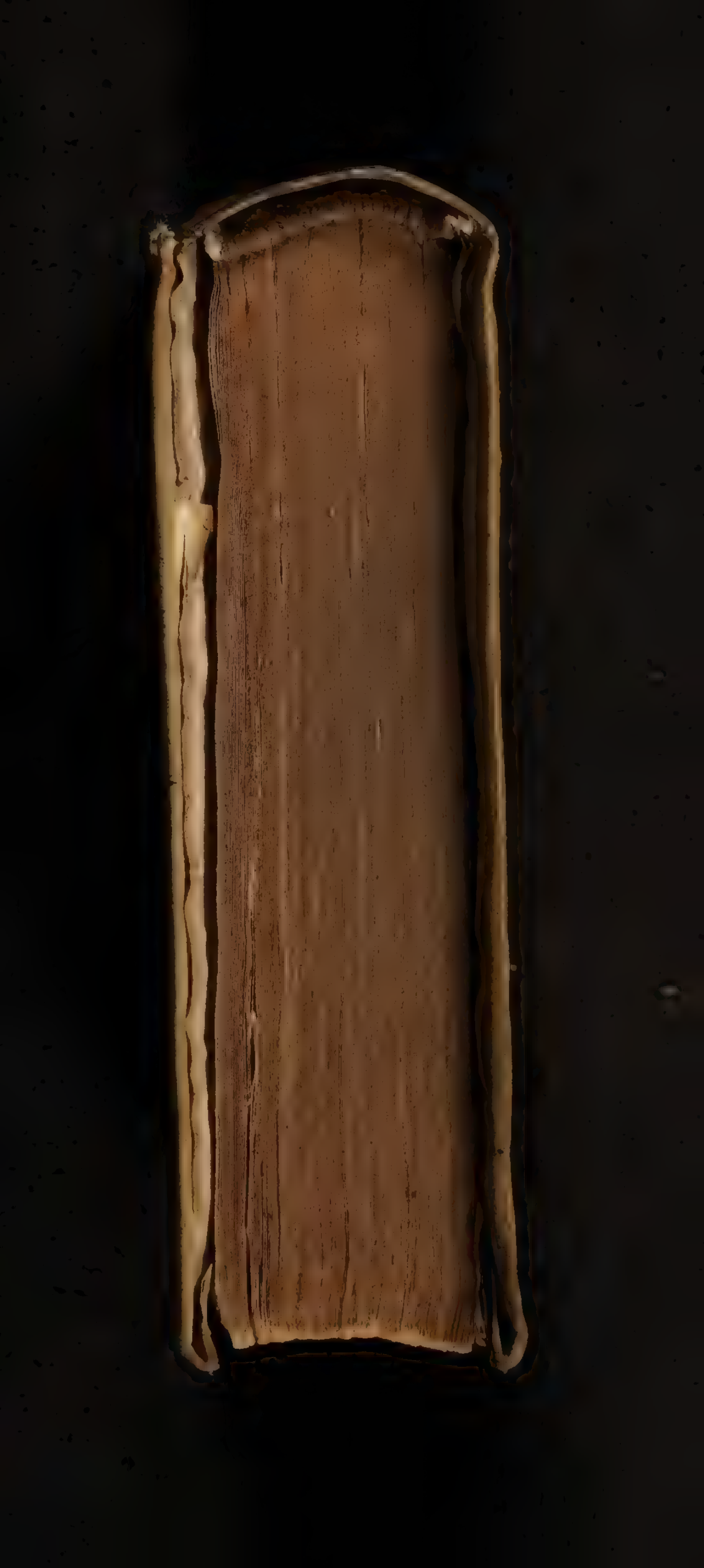




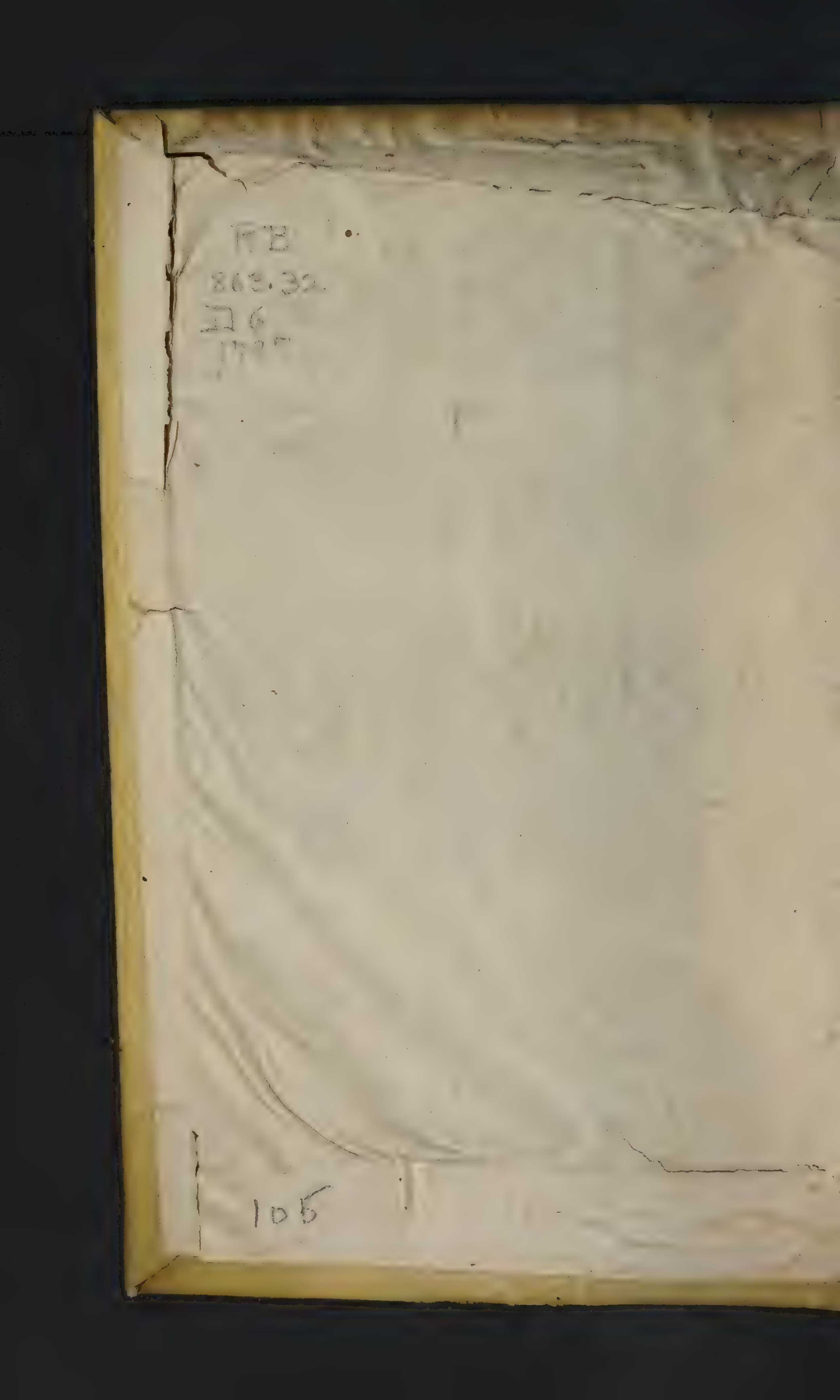


DE
2









105

4/13

J. H. Dillingham.
1868.

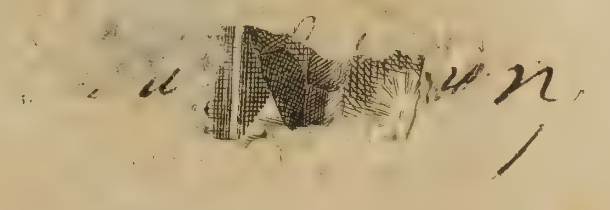
NOVELAS EXEMPLARES

DE

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

NUEVA IMPRESION CORREGIDA
Y ADORNADA CON LAMINAS.

TOMO II.



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

EN VALENCIA: POR SALVADOR FAULÍ,

AÑO 1797.

To. II. P. 3.

El Zeloso Estremeño.

No ha muchos años que de un lugar de Estremadura salió un Hidalgo, nacido de padres nobles, el qual como otro Prodigo por diversas partes de España, Italia, y Flandes anduvo gastando asi los años como la hacienda; y al fin de muchas peregrinaciones (muertos ya sus padres, y gastado su patrimonio) vino á parar á la gran Ciudad de Sevilla, donde halló ocasion muy bastante para acabar de consumir lo poco que le quedaba. Viendose pues tan falto de dineros, y aun no con muchos amigos, se acogió al remedio á que otros muchos perdidos en aquella Ciudad se acogen, que es el pasarse á las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores (á quien llaman Ciertos los peritos en el arte) añagaza general de mugeres libres, engaño comun de muchos, y remedio particular de muy pocos. En fin llegado el tiempo en que una Flota partia para Tierrafirme, acomodandose con el Almirante de ella, aderezó su matalotage, y su mortaja de esparto, y em-

barcandose en Cadiz, echando la bendicion á España, con intento de no volver mas á ella, zarpó la Flota, y con general alegria dieron las velas al viento que blando y prospero soplaba, el qual en muy breve tiempo les encubrió la tierra, y les descubrió las anchas y espaciosas llanuras del gran padre de las aguas el mar Oceano. Iba nuestro pasagero muy pensativo, revolviendo en su memoria los muchos y diversos peligros que en los años de su peregrinacion havia pasado, y el mal gobierno que en todo el discurso de su vida habia tenido; y sacaba de la cuenta que á sí mismo se iba tomando, una firme resolucion de mudar modo de vida, y de tener otro estilo en guardar la hacienda que Dios fuese servido de darle, y de proceder con mas recato que hasta alli con las mugeres. La Flota estaba como en calma, quando pasaba consigo esta tormenta Felipe de Carrizales (que este es el nombre del que ha dado materia á nuestra Novela). Tornó á soplar el viento, impeliendo con tanta fuerza los Navios, que no dexó á nadie en sus asientos, y asi le fue forzoso á Carrizales dexar sus imaginaciones, y dexarse llevar de solos los cuidados que el viage le ofrecia, el qual viage fue tan prospero, que sin recibir algun reves ni contraste, llegaron al Puerto de Cartagena: y por concluir con todo lo que no hace á nuestro proposito, digo que la edad que tenia Felipe quando pasó á las Indias, sería de quarenta y ocho años, y en vein-

te

te que en ellas estuvo, ayudado de su industria y diligencia alcanzó á tener mas de ciento y cincuenta mil pesos ensayados. Viendose pues rico y prospero, tocado del natural deseo que todos tienen de volver á su patria, pospuestos grandes intereses que se le ofrecian, dexando el Perú donde habia grangeado tanta hacienda, trayendola toda en barras de oro y plata, y registrada por quitar inconvenientes, se volvió á España; desembarcó en San Lucar; llegó á Sevilla tan lleno de años como de riquezas; sacó sus partidas sin zozobras; buscó sus amigos, hallólos todos muertos; quiso partirse á su tierra, aunque ya habia tenido nuevas que ningun pariente le habia dexado la muerte: y si quando iba á Indias pobre y menesteroso, le iban combatiendo muchos pensamientos sin dexarle sosegar un punto en mitad de las ondas del mar, no menos ahora en el sosiego de la tierra le combatian, aunque por diferente causa; que si entonces no dormia por pobre, ahora no podia sosegar de rico: que tan pesada carga es la riqueza al que no está usado á tenerla ni sabe usar de ella, como lo es la pobreza al que continuo la tiene. Cuidados acarrea el oro, y cuidados la falta de él; pero los unos se remedian con alcanzar una mediana cantidad, y los otros se aumentan mientras mas parte se alcanza. Contemplaba Carrizales en sus barras no por miserable, porque en algunos años que fue Soldado aprendió á ser liberal, sino en lo que habia de

ha-

hacer de ellas, á causa que tenerlas en sér, era cosa infructuosa; y tenerlas en casa, cebo para los codiciosos y despertador para los ladrones. Habiase muerto en él la gana de volver al inquieto trato de las mercancias, y pareciale que conforme á los años que tenia, le sobraban dineros para pasar la vida, y quisiera pasarla en su tierra, y dar en ella su hacienda á tributo, pasando en ella los años de su vejez en quietud y sosiego, dando á Dios lo que podia, pues habia dado al mundo mas de lo que debia: por otra parte consideraba que la estrecheza de su patria era mucha, y la gente muy pobre, y que el irse á vivir á ella, era ponerse por blanco de todas las importunidades que los pobres suelen dar al rico que tienen por vecino, y mas quando no hay otro en el lugar á quien acudir con sus miserias. Quisiera tener á quien dexar sus bienes despues de sus dias, y con este deseo tomaba el pulso á su fortaleza, y pareciale que aun podia llevar la carga del matrimonio; y en viniendole este pensamiento, le sobresaltaba un tan gran miedo, que asi se le desbarataba y deshacia, como hace á la niebla el viento, porque de su natural condicion era el mas zeloso hombre del mundo, aun sin estar casado, pues con solo la imaginacion de serlo, le comenzaban á ofender los zelos, á fatigar las sospechas, y á sobresaltar las imaginaciones, y esto con tanta eficacia y vehemencia, que de todo en todo propuso de no casarse. Y estando resuelto en esto,

y

y no lo estando en lo que habia de hacer de su vida, quiso su suerte que pasando un dia por una calle, alzase los ojos y viese á una ventana puesta una doncella al parecer de edad de trece á catorce años, de tan agradable rostro y tan hermosa, que sin ser poderoso para defenderse el buen viejo Carrizales, rindió la flaqueza de sus muchos años á los pocos de Leonora, que asi era el nombre de la hermosa doncella; y luego sin mas detenerse, comenzó á hacer un gran monton de discursos, y hablando consigo mismo, decia: Esta muchacha es hermosa, y á lo que muestra la presencia de esta casa, no debe de ser rica, y ella es niña, sus pocos años pueden asegurar mis sospechas: casarmehe con ella, encerraréla, haréla á mis mañas, y con esto no tendrá otra condicion, que aquella que yo le enseñare; yo no soy tan viejo, que pueda perder las esperanzas de tener hijos que me hereden: de que tenga dote ó no, no hay para que hacer caso, pues el Cielo me dió para todo, y los ricos no han de buscar en sus matrimonios hacienda, sino gusto, que el gusto alarga la vida, y los disgustos entre los casados la acortan: alto pues, echada está la suerte, y esta es la que el Cielo quiere que yo tenga. Y asi hecho este soliloquio, no una vez, sino ciento, al cabo de algunos dias habló con los padres de Leonora, y supo como aunque pobres, eran nobles; y dandoles cuenta de su intento y de la calidad de su persona y hacienda, les rogó muy encare-

re-

recidamente le diesen por muger á su hija. Ellos le pidieron tiempo para informarse de lo que decia, y que él tambien le tendria para enterarse ser verdad lo que de su nobleza le habian dicho. Despidieronse, informaronse las partes, y hallaron ser asi lo que entrambos dixeron; y finalmente Leonora quedó por esposa de Carrizales, habiendola dotado primero en veinte mil ducados: tal estaba de abrasado el pecho del zeloso viejo. El qual apenas dió el sí de esposo, quando de golpe le embistió un tropel de rabiosos zelos, y comenzó sin causa alguna á temblar, y á tener mayores cuidados que jamas habia tenido: y la primera muestra que dió de su condicion zelosa, fue no querer que Sastre alguno tomase la medida á su esposa de los muchos vestidos que pensaba hacerle; y asi anduvo mirando qual otra muger tendria poco mas á menos el talle y cuerpo de Leonora, y halló una pobre á cuya medida hizo hacer una ropa, y probandosela su esposa, halló que le venia bien, y por aquella medida hizo los demas vestidos, que fueron tantos y tan ricos, que los padres de la desposada se tuvieron por mas que dichosos en haber acertado con tan buen yerno para remedio suyo y de su hija. La niña estaba asombrada de ver tantas galas, á causa que las que ella en su vida se habia puesto, no pasaban de una saya de raja, y una ropilla de tafetan. La segunda señal que dió Felipe, fue no querer juntarse con su esposa hasta tenerla puesta ca-

casa aparte, la qual aderezó en esta forma: Compró una en doce mil ducados en un barrio principal de la Ciudad, que tenia agua de pie y jardin con muchos naranjos: cerró todas las ventanas que miraban á la calle, y dióles vista al Cielo, y lo mismo hizo de todas las otras de casa: en el portal de la calle, que en Sevilla llaman casapuerta, hizo una caballeriza para una mula, y encima de ella un pajar y apartamiento, donde estuviese el que habia de curar de ella, que fue un negro viejo y eunuco: levantó las paredes de las azoteas de tal manera, que el que entraba en la casa, habia de mirar al Cielo por linea recta, sin que pudiese ver otra cosa: hizo torno, que de la casapuerta respondia al patio: compró un rico menage para adornar la casa, de modo que por tapicerias, estrados y doseles ricos mostraba ser de un gran Señor: compró asimismo quatro esclavas blancas, y herrólas en el rostro, y otras dos negras bozales: concertóse con un despensero que le traxese y comprase de comer, con condicion que no durmiese en casa, ni entrase en ella sino hasta el torno, por el qual habia de dar lo que traxese: hechó esto, dió parte de su hacienda á censo, situado en diversas y buenas partes: otra puso en el Banco, y quedóse con alguna para lo que se le ofreciese: hizo asimismo llave maestra para toda la casa, y encerró en ella todo lo que suele comprarse en junto y en sus sazones para la provision de todo el año; y teniendolo

to-

todo asi aderezado y compuesto, se fue á casa de sus suegros, y pidió á su muger, que se la entregaron no con pocas lagrimas, porque les pareció que la llevaban á la sepultura. La tierna Leonora aun no sabía lo que le habia acontecido, y asi llorando con sus padres, les pidió su bendicion, y despidiendose de ellos, rodeada de sus esclavas y criadas, asida de la mano de su marido se vino á su casa, y entrando en ella les hizo Carrizales un sermon á todas, encargandoles la guarda de Leonora, y que por ninguna via ni en ningun modo dexasen entrar á nadie de la segunda puerta adentro, aunque fuese al Negro eunuco; y á quien mas encargó la guarda y regalo de Leonora, fue á una Dueña de mucha prudencia y gravedad, que recibió como para aya de Leonora, y para que fuese superintendente de todo lo que en la casa se hiciese, y para que mandase á las esclavas y á otras dos doncellas de la misma edad de Leonora, que para que se entretuviese con las de sus mismos años, asimismo habia recibido: prometióles que las trataria y regalaria á todas de manera, que no sintiesen su encerramiento, y que los dias de fiesta todos sin faltar ninguno irian á oir Misa; pero tan de mañana, que apenas tuviese la luz lugar de verlas. Prometieronle las criadas y esclavas de hacer todo aquello que les mandaba, sin pesadumbre, con pronta voluntad, y animo: y la nueva esposa encogiendo los hombros, baxó la cabeza, y dixo que

ella

ella no tenia otra voluntad, que la de su esposo y Señor, á quien estaba siempre obediente. Hecha esta prevencion, y recogido el buen Estremeño en su casa, comenzó á gozar como pudo los frutos del matrimonio, los quales á Leonora, como no tenia experiencia de otros, ni eran gustosos ni desabridos; y asi pasaba el tiempo con su Dueña, doncellas y esclavas, y ellas por pasarle mejor dieron en ser algun tanto golosas, y pocos dias se pasaban sin hacer muchas cosas, á quien la miel y el azucar hacen sabrosas. Sobrabales para esto en grande abundancia lo que habian menester, y no menos sobraba en su amo la voluntad de darselo, pareciendole que con ello las tenia entretenidas y ocupadas, sin tener lugar donde ponerse á pensar en su encerramiento. Leonora andaba á lo igual con sus criadas, y se entretenia en lo mismo que ellas, y aun dió con su simplicidad en hacer muñecas, y en otras niñerias que mostraban la llaneza de su condicion y la terneza de sus años: todo lo qual era de grandisima satisfaccion para el zeloso marido, pareciendole que habia acertado á escoger la vida mejor que se la supo imaginar, y que por ninguna via la industria ni la malicia humana podia perturbar su sosiego; y asi solo se desvelaba en traer regalos á su esposa, y en acordarle le pidiese todos quantos le viniesen al pensamiento, que de todos sería servida. Los dias que iba á Misa, que como está dicho era entre dos luces, venian sus padres y en la

Igle-

Iglesia hablaban á su hija delante de su marido, el qual les daba tantas dadivas, que aunque tenian lastima á su hija por la estrecheza en que vivia, la templaban con las muchas dadivas que Carrizales su liberal yerno les daba. Levantabase de mañana, y aguardaba á que el despensero viniese, á quien de la noche antes por una cedula que ponian en el torno, le avisaban lo que habia de traer otro dia; y en viniendo el despensero, salia de casa Carrizales las mas veces á pie, dexando cerradas las dos puertas, la de la calle, y la de en medio, y entre las dos quedaba el Negro. Ibase á sus negocios que eran pocos, y con brevedad daba la vuelta, y encerrandose, se entretenia en regalar á su esposa y acariciar á sus criadas, que todas le querian bien por ser de condicion llana y agradable; y sobre todo, por mostrarse tan liberal con todas. De esta manera pasaron un año de noviciado, y hicieron profesion en aquella vida, determinandose de llevarla hasta el fin de las suyas: y así fuera, si el sagaz perturbador del genero humano no lo estorbara, como ahora oireis.

Digame ahora el que se tuviere por mas discreto y recatado, qué mas prevenciones para su seguridad podia haber hecho el anciano Felipe, pues aun no consintió que dentro de su casa hubiese algun animal que fuese varon? Á los ratones de ella jamas los persiguió gato, ni en ella se oyó ladrido de perro, todos eran del genero femenino. De dia pensaba, y de noche no dormia:

mia : él era la ronda y centinela de su casa , y el Argos de lo que bien queria : jamas entró hombre de la puerta adentro del patio : con sus amigos negociaba en la calle : las figuras de los paños que sus salas y quadras adornaban , todas eran hembras , flores y boscages : toda su casa olia á honestidad , recogimiento y recato ; aun hasta en las consejas que en las largas noches del Invierno en la chimenea sus criadas contaban , por estar él presente en ninguna ningun genero de lascivia se descubria. La plata de las canas del viejo á los ojos de Leonora parecian cabellos de oro puro ; porque el amor primero que las doncellas tienen , se les imprime en el alma como el sello en la cera : su demasiada guarda le parecia advertido recato : pensaba y creía que lo que ella pasaba , pasaban todas las recien casadas : no se desmandaban sus pensamientos á salir de las paredes de su casa , ni su voluntad deseaba otra cosa mas de aquella que la de su marido queria : solos los dias que iba á Misa veía las calles , y esto era tan de mañana, que sino era al volver de la Iglesia , no habia luz para mirarlas. No se vió Monasterio tan cerrado , ni Monjas mas recogidas , ni manzanas de oro tan guardadas ; y con todo esto , no pudo en ninguna manera prevenir ni excusar de caer en lo que rezelaba : á lo menos en pensar que habia caido.

Hay en Sevilla un genero de gente ociosa y holgazana , á quien comunmente suelen llamar gen-

gente de barrio: estos son los hijos de vecino de cada Colacion y de los mas ricos de ella, gente baldia, atildada y meliflua: de la qual, de su trage y manera de vivir, de su condicion y de las leyes que guardan entre sí, habia mucho que decir; pero por buenos respetos se dexa. Uno de estos galanes pues que entre ellos es llamado Virote, mozo soltero (que á los recien casados llaman Matones) acertó á mirar la casa del recatado Carrizales, y viendola siempre cerrada, le tomó gana de saber quien vivia dentro, y con tanto ahinco y curiosidad hizo la diligencia, que de todo en todo vino á saber lo que deseaba. Supo la condicion del viejo, la hermosura de su esposa, y el modo que tenia en guardarla: todo lo qual le encendió el deseo de ver si sería posible expugnar por fuerza, ó por industria fortaleza tan guardada: y comunicandolo con dos Virotes y un Maton sus amigos, acordaron que se pusiese por obra; que nunca para tales obras faltan consejeros y ayudadores. Dificultaban el modo que se tendria para intentar tan dificil hazaña; y habiendo entrado en bureo muchas veces, convinieron en esto: que fingiendo Loaysa (que asi se llamaba el Virote) que iba fuera de la Ciudad por algunos dias, se quitase de los ojos de sus amigos, como lo hizo; y hecho esto, se puso unos calzones de lienzo, y camisa limpia, pero encima se puso unos vestidos tan rotos y remendados, que ningun pobre en toda la Ciudad los traía tan astrosos: quitóse un poco
de

de barba que tenia, cubrióse un ojo con un parche, vendóse una pierna estrechamente, y arrimandose á dos muletas, se convirtió en un pobre tullido, tal que el mas verdadero estropeado no se le igualaba. Con este talle se ponia cada noche á la Oracion á la puerta de la casa de Carrizales, que ya estaba cerrada, quedando el Negro, que Luis se llamaba, cerrado entre las dos puertas. Puesto alli Loaysa, sacaba una guitarrilla, algo grasienta y falta de algunas cuerdas, y como él era algo musico, comenzaba á tañer algunos sones alegres y regocijados, mudando la voz por no ser conocido. Con esto se daba priesa á cantar romances de Moros y Moras á la loquesca, con tanta gracia que quantos pasaban por la calle se ponian á escucharle, y siempre en tanto que cantaba, estaba rodeado de muchachos; y Luis el negro poniendo los oidos por entre las puertas, estaba colgado de la musica del Virote, y diera un brazo por poder abrir la puerta y escucharle mas á su placer: tal es la inclinacion que los Negros tienen á ser musicos. Y quando Loaysa queria que los que le escuchaban, le dexasen, dexaba de cantar, y recogia su guitarra, y acogiendose á sus muletas, se iba. Quatro ó cinco veces habia dado musica al Negro (que por solo él la daba) pareciendole que por donde se habia de comenzar á desmoronar aquel edificio, habia y debia ser por el Negro, y no le salió vano su pensamiento; porque llegandose una noche como so-

lia

lia á la puerta, comenzó á templar su guitarra, y sintió que el Negro estaba ya atento, y llegandose al quicio de la puerta, con voz baxa dixo: Será posible, Luis, darme un poco de agua, que perezco de sed, y no puedo cantar? No, dixo el Negro, porque no tengo la llave de esta puerta, ni hay agujero por donde darosla. Pues quién tiene la llave? preguntó Loaysa. Mi amo, respondió el Negro, que es el mas zeloso hombre del mundo, y si él supiese que yo estoy ahora aqui hablando con alguien, no sería mas mi vida; pero quién sois vos que me pedís el agua? Yo, respondió Loaysa, soy un pobre estropeado de una pierna, que gano mi vida pidiendo por Dios á la buena gente, y juntamente con esto enseño á tañer á algunos Morenos, y á otra gente pobre, y ya tengo tres negros esclavos de tres veintiquatros, á quien he enseñado de modo, que pueden cantar y tañer en qualquier bayle, y en qualquier taberna, y me lo han pagado muy rebien. Harto mejor os lo pagara yo, dixo Luis, á tener lugar de tomar licion; pero no es posible, á causa que mi amo en saliendo por la mañana cierra la puerta de la calle, y quando vuelve hace lo mismo, dexandome emparedado entre dos puertas. Por Dios, Luis, replicó Loaysa (que ya sabía el nombre del Negro) que si vos diesedes traza á que yo entrase algunas noches á daros licion, en menos de quince dias os sacaria tan diestro en la guitarra, que pudiesedes tañer sin ver-

vergüenza alguna en qualquiera esquina ; porque os hago saber que tengo grandisima gracia en el enseñar, y mas que he oido decir que vos teneis muy buena habilidad, y á lo que siento y puedo juzgar por el organo de la voz que es atiplada, debeis de cantar muy bien. No canto mal, respondió el Negro ; pero qué aprovecha? pues no sé tonada alguna, sino es la de la Estrella de Venus, y la de : *Por un verde prado*; y aquella que ahora se usa, que dice : *Á los hierros de una reja la turbada mano asida.* Todas esas son ayre, dixo Loaysa, para las que yo os pudiera enseñar ; porque sé todas las del Moro Abindarraez, con las de su dama Xarifa, y todas las que se cantan de la historia del Gran Sofí Tomunibeyo, con las de la zarabanda á lo divino, que son tales, que hacen pasmar á los mismos Portugueses, que son los que mas las usan : y esto enseño con tales modos y con tanta facilidad, que aunque no os deis priesa á aprender, apenas habreis comido tres ó quatro moyos de sal, quando ya os veais musico corriente y moliente en todo genero de guitarra. Á esto suspiró el Negro, y dixo : Qué aprovecha todo eso, sino sé cómo meteros en casa! Buen remedio, dixo Loaysa, procurad vos tomar las llaves á vuestro amo, y yo os daré un pedazo de cera, donde las imprimais de manera, que queden señaladas las guardas en la cera, que por la aficion que os he tomado, yo haré que un Cerrajero amigo mio haga las llaves, y asi

podré entrar dentro de noche, y enseñaros mejor que al Preste Juan de las Indias; porque veo ser gran lastima que se pierda una tal voz como la vuestra, faltandole el arrimo de la guitarra: que quiero que sepais, hermano Luis, que la mejor voz del mundo pierde de sus quilates, quando no se acompaña con el instrumento, ahora sea de guitarra, ó clavicimbalo, de organos, ó de harpa; pero el que mas á vuestra voz le conviene, es el instrumento de la guitarra por ser el mas mañero y menos costoso de los instrumentos. Bien me parece eso, replicó el Negro; pero no puede ser, pues jamas entran las llaves en mi poder, ni mi amo las suelta de la mano: de dia y de noche duermen debaxo de su almohada. Pues haced otra cosa, Luis, dixo Loaysa, si es que teneis gana de ser musico consumado; que si no la teneis, no hay para que cansarme en aconsejaros. Y cómo si tengo gana? replicó Luis, y tanta, que ninguna cosa dexaré de hacer, como sea posible salir con ella, á trueco de salir con ser musico. Pues asi es, dixo el Virote, yo os daré por entre estas puertas, haciendo vos lugar quitando alguna tierra del quicio, digo que os daré unas tenazas y un martillo, con que podais de noche quitar los clavos de la cerradura de loba con mucha facilidad, y con la misma volverémos á poner la chapa, de modo que no se eche de ver que ha sido desclavada; y estando yo dentro encerrado con vos en vuestro pajar, ó adonde dormís, me daré

tal

tal priesa á lo que tengo de hacer, que vos veais aun mas de lo que os he dicho, con aprovechamiento de mi persona, y aumento de vuestra suficiencia: y de lo que hubieremos de comer no tengais cuidado, que yo llevaré matalotage para entrambos y para mas de ocho dias, que discipulos tengo y amigos que no me dexarán mal pasar. De la comida, replicó el Negro, no habrá que temer, que con la racion que me da mi amo, y con los relieves que me dan las esclavas, sobrará para otros dos: venga ese martillo y tenazas que decís, que yo haré por junto á este quicio lugar por donde quepa, y le volveré á cubrir y tapar con barro, que puesto que dé algunos golpes en quitar la chapa, mi amo duerme tan lejos de esta puerta, que será milagro ó gran desgracia nuestra, si los oye. Pues á la mano de Dios, dixo Loaysa, que de aqui á dos dias tendreis, amigo Luis, todo lo necesario para poner en execucion vuestro virtuoso proposito; y advertid en no comer cosas flemosas, porque no hacen ningun provecho, sino mucho daño á la voz. Ninguna cosa me enronquece tanto, respondió el Negro, como el vino; pero no me lo quitaré yo por todas quantas voces tiene el suelo. No digo tal, dixo Loaysa, ni Dios tal permita: bebed, hijo Luis, bebed, y buen provecho os haga, que el vino que se bebe con medida, jamas fue causa de daño alguno. Con medida lo bebo, replicó el Negro, aqui tengo un jarro que cabe una azumbre justa y cabal: este

me llenan las esclavas sin que mi amo lo sepa, y el despensero á solapo me trae una botilla que tambien caben justas dos azumbres, con que se suplen las faltas del jarro. Digo, dixo Loaysa, que tal sea mi vida como eso me parece, porque la seca garganta ni gruñe, ni canta. Andad con Dios, dixo el Negro; pero mirad, que no dexeis de venir á cantar aqui las noches que tardaredes en traer lo que habeis de hacer para entrar acá dentro, que ya me como los dedos por verlos puestos en la guitarra. Y cómo si vendré, respondió Loaysa, y aun con tonadicas nuevas. Eso pido, dixo Luis, y ahora no me dexeis de cantar algo, porque me vaya á acostar con gusto; y en lo de la paga entienda el Señor pobre que le he de pagar mejor que un rico. No reparo en eso, dixo Loaysa, que segun yo os enseñaré, asi me pagareis; y por ahora escuchad esta tonadilla, que quando esté dentro vereis milagros. Sea en buen hora, respondió el Negro: y acabado este largo coloquio, cantó Loaysa un romancito agudo, con que dexó al Negro tan contento y satisfecho, que ya no veía la hora de abrir la puerta. Apenas se quitó Loaysa de la puerta, quando con mas ligereza que el traer de sus muletas prometia, se fue á dar cuenta á sus consejeros de su buen comienzo, adivino del buen fin que por él esperaba: hallólos, contó lo que con el Negro quedaba concertado, y otro dia hallaron los instrumentos tales, que rompian qualquier clavo como si fuera de palo.

No

No se descuidó el Virote de volver á dar musica al Negro, ni menos tuvo descuido el Negro en hacer el agujero por donde cupiese lo que su maestro le diese, cubriendolo de manera, que á no ser mirado con malicia, no se podia caer en el agujero. La segunda noche le dió los instrumentos Loaysa, y Luis probó sus fuerzas, y casi sin poner alguna se halló rompidos los clavos y con la chapa de la cerradura en las manos: abrió la puerta y recogió dentro á su Orfeo y Maestro; y quando le vió con sus dos muletas, y tan andrajoso, y tan faxada su pierna, quedó admirado. No llevaba Loaysa el parche en el ojo, por no ser necesario, y asi como entró, abrazó á su buen discipulo, y le besó en el rostro, y luego le puso una gran bota de vino en las manos, y una caxa de conserva, y otras cosas dulces, de que llevaba unas alforjas bien proveidas: y dexando las muletas, como sino tuviera mal alguno comenzó á hacer cabriolas; de lo qual se admiró mas el Negro, á quien Loaysa dixo: Sabed, hermano Luis, que mi coxera y estropeamiento no nace de enfermedad, sino de industria, con la qual gano de comer pidiendo por amor de Dios, y ayudandome de ella y de mi musica paso la mejor vida del mundo, en el qual todos aquellos que no fueren industriosos y tracistas morirán de hambre: y esto lo vereis en el discurso de nuestra amistad. Ello dirá, respondió el Negro; pero demos orden de volver esta chapa á su lugar, de modo que no

se

se eche de ver su mudanza. En buen hora, dixo Loaysa, y sacando clavos de sus alforjas asentaron la cerradura de suerte, que estaba tan bien como de antes, de lo qual quedó contentisimo el Negro; y subiendose Loaysa al aposento que en el pajar tenia el Negro, se acomodó lo mejor que pudo. Encendió luego Luis un torzal de cera, y sin mas aguardar sacó su guitarra Loaysa, y tocandola baxa y suavemente, suspendió al pobre Negro de manera, que estaba fuera de sí escuchandole: habiendo tañido un poco, sacó de nuevo colacion, y dióla á su discipulo, y aunque con dulce, bebió con tan buen talante de la bota, que le dexó mas fuera de sentido, que la musica. Pasado esto, ordenó que luego tomase licion Luis, y como el pobre Negro tenia quatro dedos de vino sobre los sesos, no acertaba traste, y con todo eso le hizo creer Loaysa que ya sabía por lo menos dos tonadas; y era lo bueno que el Negro se lo creía, y en toda la noche no hizo otra cosa que tañer con la guitarra destemplada y sin las cuerdas necesarias. Durmieron lo poco que de la noche les quedaba; y á obra de las seis de la mañana baxó Carrizales, y abrió la puerta de en medio, y tambien la de la calle, y estuvo esperando al despensero, el qual vino de alli á un poco, y dando por el torno la comida, se volvió á ir, y llamó al Negro que baxase á tomar cebada para la mula y su racion, y en tomandola se fue el viejo Carrizales, dexando cerradas ambas puertas

sin

sin echar de ver lo que en la de la calle se habia hecho, de que no poco se alegraron maestro y discipulo. Apenas salió el amo de casa, quando el Negro arrebató la guitarra, y comenzó á tocar de tal manera, que todas las criadas le oyeron, y por el torno le preguntaron: Qué es esto, Luis? de quándo acá tienes tú guitarra, ó quién te la ha dado? Quién me la ha dado? respondió Luis, el mejor musico que hay en el mundo, y el que me ha de enseñar en menos de seis dias mas de seis mil sones. Y dónde está ese musico? preguntó la dueña. No está muy lejos de aqui, respondió el Negro, y si no fuera por vergüenza y por el temor que tengo á mi Señor, quizá os le enseñara luego, y á fe que os holgarades de verle. Y adónde puede él estar que nosotras le podamos ver, replicó la dueña, si en esta casa jamás entró otro hombre, que nuestro dueño? Ahora bien, dixo el Negro, no os quiero decir nada hasta que veais lo que yo sé, y él me ha enseñado en el breve tiempo que he dicho. Por cierto, dixo la dueña, que si no es algun demonio el que te ha de enseñar, que yo no sé quien te pueda sacar musico con tanta brevedad. Andad, dixo el Negro, que lo oireis, y lo vereis algun dia. No puede ser eso, dixo otra doncella, porque no tenemos ventanas á la calle para poder ver ni oir á nadie. Bien está, dixo el Negro, que para todo hay remedio, sino es para excusar la muerte; y mas si vosotras sabeis, ó quereis callar. Y cómo que callarémos?

her-

hermano Luis, dixo una de las esclavas, callarémos mas que si fuesemos mudas; porque te prometo, amigo, que me muero por oir una buena voz, que despues que aqui nos emparedaron, ni aun el canto de los paxaros habemos oido. Todas estas platicas estaba escuchando Loaysa con grandisimo contento, pareciendole que todas se encaminaban á la consecucion de su gusto, y que la buena suerte habia tomado la mano en guiarlas á la medida de su voluntad. Despidieronse las criadas con prometerles el Negro, que quando menos se pensasen las llamaria á oir una muy buena voz; y con temor que su amo volviese, y le hallase hablando con ellas, las dexó y se recogió á su estancia y clausura. Quisiera tomar licion, pero no se atrevió á tocar de dia, porque su amo no le oyese: el qual vino de alli á poco espacio, y cerrando las puertas segun su costumbre, se encerró en casa. Y al dar aquel dia de comer por el torno al Negro, dixo Luis á una Negra que se lo daba, que aquella noche despues de dormido su amo baxasen todas al torno á oir la voz que les habia prometido, sin falta alguna: verdad es, que antes que dixese esto habia pedido con muchos ruegos á su maestro fuese contento de cantar y tañer aquella noche al torno, porque él pudiese cumplir la palabra que habia dado de hacer oir á las criadas una voz extremada, asegurandole que sería en extremo regalado de todas ellas. Algo se hizo de rogar el maes-

tro

tro de hacer lo que él mas deseaba ; pero al fin dixo que haria lo que su buen discipulo pedia, solo por darle gusto, sin otro interes alguno. Abrazóle el Negro, y dióle un beso en el carrillo en señal del contento que le habia causado la merced prometida ; y aquel dia dió de comer á Loaysa tan bien como si comiera en su casa, y aun quizá mejor, pues pudiera ser que en su casa le faltara. Llegóse la noche, y en la mitad de ella ó poco menos comenzaron á cecear en el torno ; y luego entendió Luis que era la cafila que habia llegado, y llamando á su maestro, baxaron del pajar con la guitarra bien encordada y mejor templada. Preguntó Luis, quién y quántas eran las que escuchaban ? Respondieronle que todas, sino su Señora que quedaba durmiendo con su marido, de que le pesó á Loaysa, pero con todo eso quiso dar principio á su designio, y contentar á su discipulo ; y tocando mansamente la guitarra, tales sones hizo, que dexó admirado al Negro, y suspenso el rebaño de las mugeres que le escuchaban. Pues qué diré de lo que ellas sintieron quando le oyeron tocar el *pesame de ello*, y acabar con el endemoniado són de la zarabanda, nuevo entonces en España ? No quedó vieja por baylar, ni moza que no se hiciese pedazos, todo á la sorda y con silencio extraño, poniendo centinelas y espias que avisasen si el viejo despertaba. Cantó asimismo Loaysa coplillas de la seguida, con que acabó de echar el sello al gusto de las es-

cu-

cuchantes, que ahincadamente pidieron al Negro les dixese quién era tan milagroso musico. El Negro les dixo que era un pobre mendicante, el mas galan y gentil hombre que habia en toda la pobreria de Sevilla. Rogaronle que hiciese de suerte que ellas le viesen, y que no le dexase ir en quince dias de casa, que ellas le regalarian muy bien, y darian quanto hubiese menester. Preguntaronle qué modo habia tenido para meterle en casa? Á esto no les respondió palabra: á lo demas dixo que para poderle ver hiciesen un agujero pequeño en el torno, que despues lo taparian con cera; y que á lo de tenerle en casa, que él lo procuraria. Hablólas tambien Loaysa, ofreciendoseles á su servicio con tan buenas razones, que ellas echaron de ver que no salian de ingenio de pobre mendicante: rogaronle que otra noche viniese al mismo puesto, que ellas harian con su Señora que baxase á escucharle á pesar del ligero sueño de su Señor, cuya ligereza no nacia de sus muchos años, sino de sus muchos zelos. Á lo qual dixo Loaysa, que si ellas gustaban de oirle sin sobresalto del viejo, que él les daria unos polvos que le echasen en el vino, que le harian dormir con pesado sueño mas tiempo del ordinario. Jesus valme! dixo una de las doncellas, y si eso fuese verdad, qué buena ventura se nos habia entrado por las puertas sin sentirlo y sin merecerlo! No serian ellos polvos de sueño para él, sino polvos de vida para todas nosotras

y

y para la pobre de mi Señora Leonora su muger, que no la dexa á sol ni á sombra, ni la pierde de vista un solo momento. Ay, Señor mio de mi alma! trayga esos polvos, asi Dios le dé todo el bien que desea: vaya, no tarde un punto, traygalos, Señor mio, que yo me ofrezco á mezclarlos en el vino y á ser la escanciadora; y pluguiese á Dios que durmiese el viejo tres dias con sus noches, que otros tantos tendriamos nosotras de gloria. Pues yo los traeré, dixo Loaysa, y son tales que no hacen otro mal ni daño á quien los toma, sino es provocarle á sueño pesadisimo. Todas le rogaron que los traxese con brevedad; y quedando de hacer otra noche con una barrena el agujero en el torno, y de traer á su Señora para que le viese y oyese, se despidieron: y el Negro, aunque era casi el alba, quiso tomar licion, la qual le dió Loaysa, y le hizo entender que no habia mejor oido que el suyo en quantos discipulos tenia; y no sabía el pobre Negro ni lo supo jamas hacer un cruzado. Tenian los amigos de Loaysa muy particular cuidado de venir de noche á escuchar por entre las puertas de la calle, y ver si su amigo les decia algo ó si habia menester alguna cosa; y haciendo una señal que dexaron concertada, conoció Loaysa que estaban á la puerta, y por el agujero del quicio les dió breve cuenta del buen termino en que estaba su negocio, pidiendoles encarecidamente buscasen alguna cosa que provocase á sueño para

dar-

darsela á Carrizales, que él habia oido decir que habia unos polvos para este efecto: dixeronle, que tenian un Medico amigo que les daria el mejor remedio que supiese, si es que le habia, y animandole á proseguir la empresa, y prometiendole de volver la noche siguiente con el recaudo, se despidieron. Vino la noche, y la bandada de las palomas acudió al reclamo de la guitarra: con ellas vino la simple Leonora, temerosa, y temblando de que no despertase su marido, que aunque ella vencida de este temor no habia querido venir, tantas cosas le dixeron sus criadas, especialmente la dueña, de la suavidad de la musica y de la gallarda disposicion del musico pobre, que sin haberle visto le alababa y le subia sobre Absalon, y sobre Orfeo, que la pobre Señora convencida y persuadida de ellas, hubo de hacer lo que no tenia, ni tuviera jamas en voluntad. Lo primero que hicieron fue barrenar el torno para ver al musico, el qual no estaba ya en habitos de pobre, sino con unos calzones grandes de tafetan leonado, anchos á la marinesca, un jubon de lo mismo con trencillas de oro, y una montera de raso de la misma color, con cuello almidonado con grandes puntas y encaxe, que de todo vino proveido en las alforjas, imaginando que se habia de ver en ocasion que le conviniese mudar de trage. Era mozo, y de gentil disposicion, y buen parecer; y como habia tanto tiempo que todas tenian hecha la vista á mirar al viejo de su amo,

pa-

parecióles que miraban á un Angel. Poniase una al agujero para verle, y luego otra; y porque le pudiesen ver mejor, andaba el Negro paseandole el cuerpo de arriba abaxo con el torzal de cera encendido: y despues que todas le hubieron visto hasta las Negras bozales, tomó Loaysa la guitarrilla, y cantó aquella noche tan extremadamente, que las acabó de dexar suspensas y atonitas á todas, asi á la vieja como á las mozas, y todas rogaron á Luis diese orden y traza como el Señor su Maestro entrase allá dentro, para oirle y verle de mas cerca, y no tan por bruxula como por el agujero, y sin el sobresalto de estar tan apartadas de su Señor, que las podia coger de sobresalto y con el hurto en las manos, lo qual no sucederia, si le tuviesen escondido dentro. Á esto contradixo su Señora con muchas veras, diciendo que no se hiciese la tal cosa, ni la tal entrada, porque le pesaria en el alma, pues desde alli le podian ver, y oir á su salvo, y sin peligro de su honra. Qué honra? dixo la dueña, el Rey tiene harta: estese Vmd. encerrada con su Matusalen, y dexenos á nosotras holgar como pudieremos: quanto mas, que parece este Señor tan honrado, que no querrá otra cosa de nosotras mas de lo que nosotras quisieremos. Yo, Señoras mias, dixo á esta sazon Loaysa, no vine aqui sino con intencion de servir á todas vuesas mercedes con el alma y con la vida, condolido de su no vista clausura, y de los ratos que en este estrecho ge-

ne-

nero de vida se pierden : hombre soy yo por vida de mi padre , tan sencillo , tan manso , y de tan buena condicion , y tan obediente , que no haré mas de aquello que se me mandare ; y si alguna de vuesas mercedes dixere : Maestro sientese aqui , Maestro pasese alli , echaos acá , pasaos acullá ; asi lo haré yo como el mas domestico y enseñado perro que salta por el Rey de Francia. Si eso ha de ser asi , dixo la ignorante Leonora , qué medio se dará para que entre acá dentro el Señor Maestro ? Bueno , dixo Loaysa, vuesas mercedes pugnen por sacar en cera la llave de esta puerta de en medio , que yo haré que mañana en la noche venga hecha otra tal que nos pueda servir. En sacar esta llave , dixo una doncella , se sacan las de toda la casa , porque es llave maestra. No por eso será peor , replicó Loaysa. Asi es verdad , dixo Leonora ; pero ha de jurar este Señor primero , que no ha de hacer otra cosa quando esté acá dentro , sino cantar y tañer quando se lo mandaren , y que ha de estar encerrado y quedito donde le pusieremos. Sí juro , dixo Loaysa. No vale nada ese juramento , respondió Leonora ; que ha de jurar por vida de su padre , y ha de jurar la Cruz , y besarla , que lo veamos todas. Por vida de mi padre juro , dixo Loaysa , y por esta señal de Cruz que la beso con mi boca sucia ; y haciendo la Cruz con dos dedos , la besó tres veces. Esto hecho , dixo otra de las doncellas: Mire, Señor , que no se le olvide aquello de los

pol-

polvos, que es el tuautem de todo. Con esto cesó la platica de aquella noche, quedando todos muy contentos del concierto. Y la suerte que de bien en mejor encaminaba los negocios de Loaysa, traxo á aquellas horas que eran dos despues de la media noche, por la calle á sus amigos, los quales haciendo la señal acostumbrada que era tocar una trompa de París, Loaysa los habló, y les dió cuenta del termino en que estaba su pretension, y les pidió si traian los polvos, ó otra cosa como se la habia pedido, para que Carrizales durmiese; dixoles asimismo lo de la llave maestra. Ellos le dixeron, que los polvos, ó un unguento vendria la siguiente noche de tal virtud, que untados los pulsos y las sienes con él, causaba un sueño profundo, sin que de él se pudiese despertar en dos dias, sino era lavandose con vinagre todas las partes que se habian untado, y que se les diese la llave en cera, que asimismo la harian hacer con facilidad. Con esto se despidieron, y Loaysa y su discipulo durmieron lo poco que de la noche les quedaba, esperando Loaysa con gran deseo la venidera por ver si le cumplian la palabra prometida de la llave. Y puesto que el tiempo parece tardio y perezoso á los que en él esperan, en fin corre á las parejas con el mismo pensamiento, y llega al termino que quieren, porque nunca pára ni sosiega. Vino pues la noche, y la hora acostumbrada de acudir al torno, donde vinieron todas las criadas de casa, grandes

y

y chicas, negras y blancas, porque todas estaban deseosas de ver dentro de su Serrallo al Señor musico; pero no vino Leonora: y preguntando Loaysa por ella, le respondieron que estaba acostada con su velado, el qual tenia cerrada la puerta del aposento donde dormia con llave, y despues de haber cerrado, se la ponia debaxo de la almohada, y que su Señora les habia dicho, que en durmiendose el viejo haria por tomarle la llave, y sacarla en cera, y que de alli á un poco habian de ir á requerirla por una gatera. Maravillado quedó Loaysa del gran recato del viejo; pero no por esto se le desmayó el deseo: y estando en esto oyó la trompa de París, acudió al puesto, y halló á sus amigos que le dieron un botecillo de unguento de la propiedad que le habian significado: tomólo Loaysa, y dixoles que esperasen un poco, que les daria la muestra de la llave: volvióse al torno, y dixo á la dueña que era la que con mas ahinco mostraba desear su entrada, que se lo llevase á la Señora Leonora, diciendole la propiedad que tenia, y que procurase untar á su marido con tal tiento que no lo sintiese, y que veria maravillas. Hizolo asi la dueña, y llegandose á la gatera, halló que estaba Leonora esperando tendida en el suelo de largo á largo, puesto el rostro en la gatera. Llegó la dueña, y tendiendose de la misma manera, puso la boca en el oido de su Señora, y con voz baxa le dixo que traía el unguento, y de la manera que ha-

habia de probar su virtud. Ella tomó el ungüento, y respondió á la dueña como en ninguna manera podia tomar la llave á su marido, porque no la tenia debaxo de la almohada como solia, sino entre los colchones y casi debaxo de la mitad de su cuerpo; pero que dixese al Maestro, que si el unguento obraba como él decia, con facilidad sacaria la llave todas las veces que quisiese, y asi no sería necesario sacarla en cera: dixo que fuese á decirlo luego, y volviese á ver lo que el ungüento obraba, porque luego luego le pensaba untar á su velado. Baxó la dueña á decirlo al Maestro Loaysa, y él despidió á sus amigos que esperando la llave estaban. Temblando, y pasito, y casi sin osar despedir el aliento de la boca, llegó Leonora á untar los pulsos del zeloso marido, y asimismo le untó las ventanas de las narices, y quando á ellas llegó, le parecia que se estremecia, y ella quedó mortal, pareciendole que la habia cogido en el hurto. En efecto como mejor pudo le acabó de untar todos los lugares que le dixeron ser necesarios, que fue lo mismo que haberle embalsamado para la sepultura. Poco espacio tardó el apropiado ungüento en dar manifiestas señales de su virtud, porque luego comenzó á dar el viejo tan grandes ronquidos, que se pudieran oir en la calle, musica á los oidos de su esposa mas acordada que la del Maestro de su Negro; y aun mal segura de lo que veía, se llegó á él, y le estremeció un poco, y luego mas, y luego otro po-

poquito mas por ver si despertaba; y á tanto se atrevió, que le volvió de una parte á otra sin que despertase: como vió esto, se fue á la gatera de la puerta, y con voz no tan baxa como la primera llamó á la dueña que alli estaba esperando, y le dixo: Dame albricias, hermana, que Carrizales duerme mas que un muerto. Pues á qué aguardas á tomar la llave, Señora? dixo la dueña, mira que está el musico aguardandola mas ha de una hora. Espera, hermana, que ya voy por ella, respondió Leonora, y volviendo á la cama, metió la mano por entre los colchones, y sacó la llave de en medio de ellos, sin que el viejo lo sintiese; y tomandola en sus manos, comenzó á dar brincos de contento, y sin mas esperar abrió la puerta, y la entregó á la dueña que la recibió con la mayor alegria del mundo. Mandó Leonora que fuese á abrir al musico, y que le traxese á los corredores, porque ella no osaba quitarse de alli por lo que podia suceder; pero que ante todas cosas hiciese que de nuevo ratificase el juramento que habia hecho, de no hacer mas de lo que ellas le ordenasen, y que si no le quisiese confirmar y hacer de nuevo, en ninguna manera le abriesen. Asi será, dixo la dueña, y á fe que no ha de entrar si primero no jura y rejura, y besa la Cruz seis veces. No le pongas tasa, dixo Leonora, besela él, y sean las veces que quisiere; pero mira que jure por la vida de sus padres, y por todo aquello que bien quiere, porque con esto

es-

estarémos seguras, y nos hartarémos de oirle cantar y tañer, que en mi anima que lo hace delicadamente: anda, no te detengas mas, porque no se nos pase la noche en platicas. Alzóse las faldas la bueña dueña, y con no vista ligereza se puso en el torno, donde estaba toda la gente de casa esperándo, y habiendoles mostrado la llave que traía, fue tanto el contento de todas, que la alzaron en peso como á Catedratico, diciendo: Viva, viva; y mas quando les dixo que no habia necesidad de contrahacer la llave, porque segun el untado viejo dormia, bien podian aprovecharse de la de casa todas las veces que la quisiesen. Ea pues, amiga, dixo una de las doncellas, abrase esa puerta, y entre ese Señor, que ha mucho que aguarda, y demonos un verde de musica, que no haya mas que ver. Mas ha de haber que ver, replicó la dueña, que le hemos de tomar juramento como la otra noche. Él es tan bueno, dixo una de las esclavas, que no reparará en juramentos. Abrió en esto la dueña la puerta, y teniendola entreabierta, llamó á Loaysa que todo lo habia estado escuchando por el agujero del torno, el qual llegandose á la puerta, quiso entrarse de golpe; mas poniendole la dueña la mano en el pecho, le dixo: Sabrá Vmd. Señor mio, que en Dios y en mi conciencia todas las que estamos dentro de las puertas de esta casa somos doncellas como las madres que nos parieron, excepto mi Señora, y aunque yo debo de parecer de quarenta

años, no teniendo treinta cumplidos, porque me faltan dos meses y medio, tambien lo soy, mal pecado; y si acaso parezco vieja, corrimientos, trabajos y desabrimientos echan un cero á los años, y á veces dos, segun se les antoja: y siendo esto asi, como lo es, no sería razon, que por oir dos ó tres cantares, nos pusiesemos á perder tanta virginidad como aqui se encierra. Asi que, Señor de mi corazon, Vmd. nos ha de hacer primero que entre en este nuestro reyno, un muy solemne juramento y promesa de que no ha de hacer mas de lo que nosotras le ordenaremos, y si le parece que es mucho lo que se le pide, considere y mire que es mucho mas lo que se aventura: y si es que Vmd. viene con buena y sana intencion, poco le ha de doler el jurar, que al buen pagador no le duelen prendas. Bien y rebien ha dicho la Señora Marialonso, dixo una de las doncellas, en fin como persona discreta y que está en las cosas como se debe; y si es que el Señor no quiere jurar, no entre acá dentro. Á esto dixo Guiomar la Negra, que no era muy ladina: Por mí, mas que nunca jura, entre con todo lo diablo, que aunque mas jura, si acá estás, todo olvida. Oyó con gran sosiego Loaysa la arenga de la Señora Marialonso, y con grave reposo y autoridad respondió: Por cierto, Señoras hermanas y compañeras mias, que nunca mi intento fue, es, ni será otro que daros gusto y contento en quanto mis fuerzas alcanzaren, y asi no

se me hará cuesta arriba este juramento que me piden ; pero quisiera yo que se fiara algo de mi palabra , porque dada de tal persona como yo soy, era lo mismo que hacer una obligacion guarentigia , y quiero hacer saber á Vmd. que debaxo del sayal hay al, y que debaxo de mala capa hay un buen bebedor. Mas para que todas estén seguras de mi buen deseo, determino de jurar como Catolico y buen varon : y asi juro por la intemerata eficacia donde mas santa y largamente se contiene , y por las entradas y salidas del santo monte Libano , y por todo aquello que en su proemio encierra la verdadera historia de Carlo Magno con la muerte del Gigante Fierabras , de no salir ni pasar del juramento hecho , y del mandamiento de la mas minima y desechada de estas Señoras , so pena que si otra cosa hiciere ó quisiere hacer , desde ahora para entonces , y desde entonces para ahora lo doy por nulo , y no hecho ni valedero. Aqui llegaba con su juramento el buen Loaysa, quando una de las doncellas que con atencion le habia estado escuchando , dió una gran voz , diciendo : Este sí que es juramento para enternecer las piedras : mal haya yo si mas quiero que jures , pues con solo lo jurado podias entrar en la misma sima de Cabra ; y asiendole de los gregüescos , le metió dentro , y luego todas las demas se le pusieron á la redonda. Luego fue una á dar las nuevas á su Señora , la qual estaba haciendo centinela al sueño de su esposo , y quan-

do

do la mensagera le dixo que ya subia el musico, se alegró y se turbó en un punto, y preguntó si habia jurado ? Respondióle que sí, y con la mas nueva forma de juramento, que en su vida habia visto. Pues si ha jurado, dixo Leonora, asido le tenemos : ó qué avisada que anduve en hacerle que jurase ! En esto llegó toda la caterva junta, y el musico en medio, alumbrandolos el Negro, y Guiomar la negra ; y viendo Loaysa á Leonora, hizo muestras de arrojarsele á los pies para besarle las manos. Ella callando y por señas le hizo levantar, y todas estaban como mudas sin osar hablar, temerosas que su Señor las oyese ; lo qual considerado por Loaysa, les dixo que bien podian hablar alto, porque el unguento con que estaba untado su Señor, tenia tal virtud, que fuera de quitar la vida, ponia á un hombre como muerto. Asi lo creo, dixo Leonora, que si asi no fuera, ya él hubiera despertado veinte veces, segun le hacen de sueño ligero sus muchas indisposiciones ; pero despues que le unté, ronca como un animal. Pues si eso es asi, dixo la dueña, vamos á aquella sala frontera, donde podrémos oir cantar aqui al Señor, y regocijarnos un poco. Vamos, dixo Leonora ; pero quedese aqui Guiomar por guarda, que nos avise si Carrizales despierta. Á lo qual respondió Guiomar : Yo negra quedo, blancas van, Dios perdone á todas. Quedóse la Negra, fueronse á la sala, donde habia un rico estrado, y cogiendo al Señor en medio, se sentaron todas;

das; y tomando la buena Marialonso una vela, comenzó á mirar de arriba abaxo al bueno del musico; y una decia: Ay, qué copete que tiene tan lindo! otra: ay qué blancura de dientes! mal año para piñones mondados, que mas blancos ni mas lindos sean! otra: ay qué ojos tan grandes y tan rasgados! por el siglo de mi madre que son verdes, que no parecen sino que son esmeraldas. Esta alababa la boca, aquella los pies, y todas juntas hicieron de él una menuda anotomia y pepitoria: sola Leonora callaba, y le miraba, y le iba pareciendo de mejor talle que su velado. En esto la dueña tomó la guitarra que tenia el Negro, y la puso en las manos de Loaysa, rogandole que la tocase, y que cantase unas coplillas que entonces andaban muy validas en Sevilla, que decian: *Madre la mi madre, guardas me poneis.* Cumplióle Loaysa su deseo: levantaronse todas, y se comenzaron á hacer pedazos baylando. Sabía la dueña las coplas, y cantólas con mas gusto que buena voz, y fueron estas:

Madre la mi madre,
guardas me poneis,
que si yo no me guardo,
mal me guardareis.
Dicen que está escrito,
y con gran razon,
ser la privacion
causa de apetito:

cre-

crece en infinito
encerrado amor;
por eso es mejor
que no me encerreis:
que si yo &c.

Si la voluntad
por sí no se guarda,
no la harán la guarda
miedo ó calidad:
romperá en verdad
por la misma muerte,
hasta hallar la suerte
que vos entendeis:
que si yo &c.

Quien tiene costumbre
de ser amorosa,
como mariposa
se irá tras su lumbre:
aunque muchedumbre
de guardas le pongan,
y aunque mas propongan
de hacer lo que haceis:
que si yo &c.

Es de tal manera
la fuerza amorosa,
que á la mas hermosa
la vuelve en quimera,
el pecho de cera,
de fuego la gana,
las manos de lana,
de fieltro los pies;

que

que si yo no me guardo,
mal me guardareis.

Al fin llegaban de su canto y bayle el corro de las mozas, guiado por la buena dueña, quando llegó Guiomar la centinela, toda turbada, hiriendo de pies y de manos, como si tuviera alferecia, y con voz entre ronca y baxa dixo: Despierto Señor, Señora; y Señora, despierto Señor, y levantas, y viene. Quien ha visto bandada de palomas estar comiendo en el campo sin miedo lo que agenas manos sembraron, que al furioso estrepito de disparada escopeta se azora y levanta, y olvidada del pasto, confusa y atonita cruza por los ayres: tal se imagine que quedó la bandada y corro de las bayladoras pasmadas y temerosas, oyendo la no esperada nueva que Guiomar habia traido; y procurando cada una su disculpa, y todas juntas su remedio, qual por una, y qual por otra parte se fueron á esconder por los desvanes y rincones de la casa, dexando solo al musico, el qual dexando la guitarra y el canto, lleno de turbacion no sabía qué hacerse. Torcia Leonora sus hermosas manos: abofeteabase el rostro, aunque blandamente, la Señora Marialonso. En fin todo era confusion, sobresalto, y miedo; pero la dueña como mas astuta y reportada dió orden que Loaysa se entrase en un aposento suyo, y que ella y su Señora se quedarian en la sala, que no faltaria excusa que dar á su Señor si alli

las

las hallase. Escondióse Loaysa, y la dueña se puso atenta á escuchar si su amo venia, y no sintiendo rumor alguno, cobró animo, y poco á poco, paso ante paso se fue llegando al aposento donde su Señor dormia, y oyó que roncaba como primero; y asegurada de que dormia, alzó las faldas y volvió corriendo á pedir albricias á su Señora del sueño de su amo, la qual se las mandó de muy entera voluntad. No quiso la buena dueña perder la coyuntura que la suerte le ofrecia, de gozar primero que todas, las gracias que ella se imaginaba que debia de tener el musico; y asi diciendole á Leonora que esperase en la sala en tanto que iba á llamarlo, la dexó, y se entró donde él estaba no menos confuso que pensativo, esperando las nuevas de lo que hacia el viejo untado: maldecia la falsedad del unguento, y quejabase de la credulidad de sus amigos, y del poco advertimiento que habia tenido en no hacer primero la experiencia en otro, antes de hacerla en Carrizales. En esto llegó la dueña, y le aseguró que el viejo dormia á mas y mejor: sosegó el pecho, y estuvo atento á muchas palabras amorosas que Marialonso le dixo, de las quales coligió la mala intencion suya, y propuso en sí de ponerla por anzuelo para pescar á su Señora. Y estando los dos en sus platicas, las demas criadas que estaban escondidas por diversas partes de la casa, una de aqui, otra de alli, volvieron á ver si era verdad que su amo habia despertado, y viendo

que

que todo estaba sepultado en silencio, llegaron á la sala donde habian dexado á su Señora, de la qual supieron el sueño de su amo, y preguntandole por el musico y por la dueña, les dixo donde estaban: todas con el mismo silencio que habian traido, se llegaron á escuchar por entre las puertas lo que entrambos trataban. No faltó de la junta Guiomar la negra, el Negro sí; porque asi como oyó que su amo habia despertado, se abrazó con su guitarra, y se fue á esconder en su pajar, donde cubierto con la manta de su pobre cama, sudaba y trasudaba de miedo; y con todo eso no dexaba de tentar las cuerdas de la guitarra: tanta era (encomendado él sea á Satanás) la aficion que tenia á la musica. Entreoyeron las mozas los requiebros de la vieja, y cada una le dixo el nombre de las Pasquas: ninguna la llamó vieja que no fuese con su epiteto y adjetivo de hechicera, y de barbuda, de antojadiza, y de otros que por buen respeto se callan; pero lo que mas risa causara á quien entonces las oyera, eran las razones de Guiomar la negra, que por ser Portuguesa, y no muy ladina, era extraña la gracia con que la vituperaba. En efecto la conclusion de la platica de los dos fue, que él condescenderia con la voluntad de ella, quando ella primero le entregase á toda su voluntad á su Señora. Cuesta arriba se le hizo á la dueña ofrecer lo que el musico pedia; pero á trueque de cumplir el deseo que ya se le habia apoderado del alma, y de los

hue-

huesos y medulas del cuerpo, le prometiera los imposibles que pudieran imaginarse: dexóle, y salió á hablar á su Señora; y como vió su puerta rodeada de todas las criadas, les dixo que se recogiesen á sus aposentos, que otra noche habria lugar para gozar con menos, ó con ningun sobresalto del musico, que ya aquella noche el alboroto les habia aguado el gusto. Bien entendieron todas, que la vieja se queria quedar sola; pero no pudieron dexar de obedecerla, porque las mandaba á todas. Fueronse las criadas, y ella acudió á la sala á persuadir á Leonora acudiese á la voluntad de Loaysa, con una larga y tan concertada arenga, que pareció que de muchos dias la tenia estudiada. Encarecióle su gentileza, su valor, su donayre, y sus muchas gracias: pintóle de quanto mas gusto le serian los abrazos del amante mozo, que los del marido viejo, asegurandole el secreto y la duracion del deleyte, con otras cosas semejantes á estas, que el demonio le puso en la lengua, llenas de colores retoricos, tan demonstrativos y eficaces, que movieran no solo el corazon tierno y poco advertido de la simple é incauta Leonora, sino el de un endurecido marmol. Ó dueñas, nacidas y usadas en el mundo para perdicion de mil recatadas y buenas intenciones! ó luengas y repulgadas tocas, escogidas para autorizar las salas y los estrados de Señoras principales, y quán al reves de lo que debiades, usais de vuestro casi ya forzoso oficio! En fin tanto

la

la dixo la dueña, y tanto la persuadió, que Leonora se rindió, Leonora se engañó, y Leonora se perdió, dando en tierra con todas las prevenciones del discreto Carrizales que dormia el sueño de la muerte de su honra. Tomó Marialonso por la mano á su Señora, y casi por fuerza, preñados de lagrimas los ojos, la llevó donde Loaysa estaba, y echandoles la bendicion con una risa falsa de demonio, cerrando tras sí la puerta, los dexó encerrados, y ella se puso á dormir en el estrado, ó por mejor decir á esperar su contento y gozo de recudida; pero como el desvelo de las pasadas noches la venciese, sin poder resistirse, se quedó con un profundo sueño dormida en el estrado. Bueno fuera en esta sazon preguntar á Carrizales, á no saber que dormia, que adónde estaban sus advertidos recatos, sus rezelos, sus advertimientos, sus persuasiones, los altisimos muros de su casa, el no haber entrado en ella ni aun en sombra alguien que tuviese nombre de varon? El torno tan estrecho, las paredes tan gruesas, las ventanas sin luz alguna, el encerramiento tan notable, el gran dote en que á Leonora habia dotado, los regalos continuos que la hacia, el buen tratamiento de sus criadas y esclavas, el no faltar un punto á todo aquello que él imaginaba que habian menester, y que podian desear? Pero ya queda dicho que no habia para que preguntarselo, porque dormia mas de aquello que fuera menester. Y si él lo oyera, y acaso respondiera,

no podia dar mejor respuesta que encoger los hombros, enarcar las cejas, y decir: Todo aqueso derribó por los fundamentos la astucia, á lo que yo creo, de un mozo holgazan y vicioso, y la malicia de una falsa dueña, con la inadvertencia de una muchacha rogada y persuadida: libre Dios á cada uno de tales enemigos, contra los quales no hay escudo de prudencia que defienda, ni espada de recato que corte. Pero con todo esto el valor de Leonora fue tal, que en el tiempo que mas le convenia, le mostró contra las fuerzas villanas de su astuto engañador, pues no fueron bastantes á vencerla, y él se cansó en balde, y ella quedó vencedora, y entrambos dormidos. Y en esto ordenó el Cielo que á pesar del unguento Carrizales despertase, y como tenia de costumbre, tentó la cama por todas partes, y no hallando en ella á su querida esposa, saltó de la cama despavorido y atonito, con mas ligereza y denuedo que sus muchos años prometian, y quando en el aposento no halló á su esposa, y le vió abierto, y que le faltaba la llave de entre los colchones, pensó perder el juicio; pero reportandose un poco, salió al corredor, y de alli andando pie ante pie por no ser sentido, llegó á la sala donde la dueña dormia, y viendola sola sin Leonora, fue al aposento de la dueña, y abriendo la puerta muy quedo, vió lo que nunca quisiera haber visto: vió lo que diera por bien empleado no tener ojos para verlo: vió á Leonora

en

en brazos de Loaysa, durmiendo tan á sueño suelto, como si en ellos obrara la virtud del unguento, y no en el zeloso anciano. Sin pulsos quedó Carrizales con la amarga vista de lo que miraba, la voz se le pegó á la garganta, los brazos se le cayeron de desmayo, y quedó hecho una estatua de marmol frio; y aunque la colera hizo su natural oficio, avivandole los casi muertos espiritus, pudo tanto el dolor, que no le dexó tomar aliento; y con todo eso tomara la venganza que aquella grande maldad requeria, si se hallara con armas para poder tomarla: y asi determinó volver á su aposento por una daga, y sacar las manchas de su honra con sangre de sus dos enemigos, y aun con toda aquella de toda la gente de su casa. Con esta determinacion volvió con el mismo silencio y recato que habia venido á su estancia, donde le apretó el corazon tanto el dolor y la angustia, que sin ser poderoso á otra cosa, se dexó caer desmayado sobre el lecho. Llegóse en esto el dia, y cogió á los nuevos adulteros enlazados en la red de sus brazos. Despertó Marialonso, y quiso acudir por lo que á su parecer le tocaba; despertó á Leonora, la qual viendo tan entrado el dia, maldixo su descuido, y el de la maldita dueña; y las dos con sobresaltados pasos fueron donde estaba su esposo, rogando entre dientes al Cielo que le hallasen todavia roncando, y quando le vieron encima de la cama callando, creyeron que todavia o-

bra-

braba la untura, pues dormia, y con gran regocijo se abrazaron la una á la otra. Llegóse Leonora á su marido, y asiendole de un brazo le volvió de un lado á otro por ver si despertaba, sin ponerles en necesidad de lavarle con vinagre, como decian era menester para que en sí volviese; pero con el movimiento volvió Carrizales de su desmayo, y dando un profundo suspiro con una voz lamentable y desmayada, dixo: Desdichado de mí, y á qué tristes terminos me ha traido mi fortuna! No entendió bien Leonora lo que dixo su esposo, mas como le vió despierto y que hablaba, admirada de ver que la virtud del ungüento no duraba tanto como habian significado, se llegó á él, y poniendo su rostro con el suyo, teniendolo estrechamente abrazado, le dixo: Qué teneis, Señor mio, que me parece que os estais quejando? Oyó la voz de la dulce enemiga suya el desdichado viejo, y abriendo los ojos desencaxadamente, como atonito y embelesado los puso en ella, y con grande ahinco, sin mover pestaña la estuvo mirando una gran pieza, al cabo de la qual le dixo: Hacedme placer, Señora, que luego, luego envieis á llamar á vuestros padres de mi parte, porque siento no sé qué en el corazon que me da grandisima fatiga, y temo que brevemente me ha de quitar la vida, y querrialos ver antes que muriese. Sin duda creyó Leonora ser verdad lo que su marido le decia, pensando antes, que la fortaleza del ungüento, y

no

no lo que habia visto, le tenia en aquel trance; y respondiendole que haria lo que mandaba, dixo al Negro que luego al punto fuese á llamar á sus padres, y abrazandose con su esposo, le hacia las mayores caricias que jamas le habia hecho, preguntandole qué era lo que sentia, con tan tiernas y amorosas palabras, como si fuera la cosa que en el mundo mas amaba. Él la miraba con el embelesamiento que se ha dicho, siendole cada palabra ó caricia que le hacia, una lanzada que le atravesaba el alma. Ya la dueña habia dicho á la gente de casa y á Loaysa la enfermedad de su amo, encareciendoles que debia de ser de momento, pues se le habia olvidado de mandar cerrar las puertas de la calle, quando el Negro salió á llamar á los padres de su Señora: de la qual embaxada asimismo se admiraron, por no haber entrado ninguno de ellos en aquella casa despues que casaron á su hija. En fin todos andaban callados y suspensos, no dando en la verdad de la causa de la indisposicion de su amo, el qual de rato en rato tan profunda y dolorosamente suspiraba, que con cada suspiro parecia arrancarsele el alma. Lloraba Leonora por verle de aquella suerte, y reíase él con una risa de persona que estaba fuera de sí, considerando la falsedad de sus lagrimas. En esto llegaron los padres de Leonora, y como hallaron la puerta de la calle y la del patio abiertas, y la casa sepultada en silencio y sola, quedaron admirados y con no pequeño sobre-

salto. Fueron al aposento de su yerno, y hallaronle como se ha dicho, siempre clavados los ojos en su esposa, á la qual tenia asida de las manos, derrámando los dos muchas lagrimas: ella con no mas ocasion de verlas derramar á su esposo, él por ver quan fingidamente ella las derramaba. Asi como sus padres entraron, habló Carrizales, y dixo: Sientense aqui vuesas mercedes, todos los demas dexen desocupado este aposento, y solo quede la Señora Marialonso. Hicieronlo asi, y quedando solos los cinco, sin esperar que otro hablase, con sosegada voz, limpiandose los ojos, de esta manera dixo Carrizales: Bien seguro estoy, padres y Señores mios, que no será menester traeros ningunos testigos para que me creais una verdad que quiero yo ahora deciros: Bien se os debe acordar (que no es posible se os haya caido de la memoria) con quanto amor, con quan tiernas entrañas hace hoy un año, un mes, cinco dias, y nueve horas, que me entregasteis á vuestra hija por legitima muger mia: tambien sabeis con quanta liberalidad la doté, pues fue tal el dote que mas de tres de su calidad se pudieran casar con opinion de ricas: asimismo se os debe acordar la diligencia que puse en vestirla y adornarla de todo aquello que ella se acertó á desear, y yo alcancé á saber que le convenia: ni mas ni menos habeis visto, Señores, como llevado de mi natural condicion, y temeroso del mal de que sin duda he de morir, y experimentado por mi mu-

cha

cha edad en los extraños y varios acaecimientos del mundo, quise guardar esta joya que yo escogí, y vosotros me disteis, con el mayor recato que me fue posible; alcé las murallas de esta casa, quité la vista á todas las ventanas que salen á la calle, doblé las cerraduras de las puertas, pusele torno como á Monasterio de Monjas, desterré perpetuamente de ella todo aquello que sombra ó nombre de varon tuviese, dile criadas y esclavas que la sirviesen, ni les negué á ellas, ni á ella quanto quisieron pedirme, hicela mi igual, comuniquéle mis mas secretos pensamientos, y entreguéla toda mi hacienda. Todas estas eran obras para que si bien lo considerara, yo viviera seguro de gozar sin sobresalto lo que tanto me habia costado, y ella procurara no darme ocasion á que ningun genero de temor zeloso entrara en mi pensamiento; mas como no se puede prevenir con diligencia humana el castigo que la voluntad divina quiere dar á los que en ella no ponen del todo en todo sus deseos y esperanzas, no es mucho que yo quede defraudado en las mias, y que yo mismo haya sido el fabricador del veneno que me va quitando la vida: pero porque veo la suspension en que todos estais, colgados de las palabras de mi boca, quiero concluir los largos preambulos de esta platica, con deciros en una palabra lo que no es posible decirse en millares de ellas. Digo pues, Señores mios, que todo lo que he dicho y hecho, ha parado en que esta madrugada ha-

llé á esta nacida en el mundo para perdicion de mi sosiego, y fin de mi vida (y esto señalando á su esposa) en los brazos de un gallardo mancebo, que en la estancia de esta pestifera dueña ahora está encerrado. Apenas acabó estas ultimas palabras Carrizales, quando á Leonora se le cubrió el corazon, y en las mismas rodillas de su marido se cayó desmayada. Perdió la color Marialonso, y á las gargantas de los padres de Leonora se les atravesó uń nudo que no les dexaba hablar palabra; pero prosiguiendo adelante Carrizales, dixo: La venganza que pienso tomar de esta afrenta, no es ni ha de ser de las que ordinariamente suelen tomarse; pues quiero que asi como yo fui extremado en lo que hice, asi sea la venganza que tomare, tomandola de mi mismo como del mas culpado en este delito, que debiera considerar que mal podian estar ni compadecerse en uno los quince años de esta muchacha con los casi ochenta mios: yo fui el que como el gusano de seda me fabriqué la casa donde muriese: y á tí no te culpo, ó niña mal aconsejada (y diciendo esto se inclinó y besó el rostro de la desmayada Leonora) no te culpo, digo, porque persuasiones de viejas taymadas y requiebros de mozos enamorados facilmente vencen y triunfan del poco ingenio, que los pocos años encierran; mas porque todo el mundo vea el valor de los quilates de la voluntad y fe con que te quise, en este ultimo trance de mi vida quiero mostrarlo de modo, que quede

de en el mundo por exemplo sino de bondad, á lo menos de simplicidad jamas oida ni vista: y asi quiero que se trayga luego aqui un Escribano para hacer de nuevo mi testamento, en el qual mandaré doblar la dote á Leonora, y le rogaré que despues de mis dias, que serán bien breves, disponga su voluntad, pues lo podrá hacer sin fuerza, á casarse con aquel mozo á quien nunca ofendiéron las canas de este lastimado viejo; y asi verá, que si viviendo, jamas salí un punto de lo que pude pensar ser su gusto, en la muerte hago lo mismo, y quiero que le tenga con el que ella debe de querer tanto: la demas hacienda mandaré á otras obras pias, y á vosotros, Señores mios, dexaré con que vivais honradamente lo que de la vida os queda: la venida del Escribano sea luego, porque la pasion que tengo me aprieta de manera, que á mas andar me va acortando los pasos de la vida. Esto dicho, le sobrevino un terrible desmayo, y se dexó caer tan junto de Leonora, que se juntaron los rostros: extraño y triste espectaculo para los padres que á su muy querida hija y á su amado yerno miraban! No quiso la mala dueña esperar á las reprehensiònes que pensó le darian los padres de su Señora; y asi se salió del aposento, y fue á decir á Loaysa todo lo que pasaba, aconsejandole que luego al punto se fuese de aquella casa, que ella tendria cuidado de avisarle con el Negro todo lo que sucediese, pues ya no habia puertas ni llaves que lo impidiesen.

Ad-

Admiróse Loaysa con tales nuevas, y tomando el consejo, volvió á vestirse como pobre, y fuese á dar cuenta á sus amigos del extraño y nunca visto suceso de sus amores. En tanto pues que los dos estaban transportados, el padre de Leonora envió á llamar á un Escribano amigo suyo, el qual vino á tiempo que ya habian vuelto hija y yerno en su acuerdo. Hizo Carrizales su testamento en la manera que habia dicho, sin declarar el yerro de Leonora, mas de que por buenos respetos le pedia y rogaba se casase, si acaso él muriese, con aquel mancebo que él la habia dicho en secreto. Quando esto oyó Leonora, se arrojó á los pies de su marido, y saltandole el corazon en el pecho, le dixo: Vivid vos muchos años, mi Señor y mi bien todo, que puesto caso que no estais obligado á creerme ninguna cosa de las que os dixere, sabed que no os he ofendido sino con el pensamiento; y comenzando á disculparse y á contar por extenso la verdad del caso, no pudo mover la lengua, y volvió á desmayarse. Abrazóla asi desmayada el lastimado viejo, abrazaronla sus padres, llorando todos tan amargamente, que obligaron y aun forzaron á que en ellas les acompañase el Escribano que hacia el testamento, en el qual dexó de comer á todas las criadas de casa, horras las esclavas y el Negro, y á la falsa de Marialonso no le mandó otra cosa, que la paga de su salario; mas sea lo que fuere, el dolor le apretó de manera, que al seteno dia le llevaron

á

á la sepultura. Quedó Leonora viuda, llorosa, y rica; y quando Loaysa esperaba que cumpliese lo que ya él sabía que su marido en su testamento dexaba mandado, vió que dentro de una semana se entró Monja en uno de los mas recogidos Monasterios de la Ciudad: él despechado y casi corrido se pasó á las Indias. Quedaron los padres de Leonora tristisimos, aunque se consolaron con lo que su yerno les habia dexado, y mandado en su testamento. Las criadas se consolaron con lo mismo, y las esclavas y esclavo con la libertad; la malvada de la dueña, pobre y defraudada de todos sus malos pensamientos; y yo quedé con el deseo de llegar al fin de este suceso, exemplo y espejo de lo poco que hay que fiar de llaves, tornos, y paredes, quando queda la voluntad libre; y de lo menos que hay que confiar de verdes y pocos años, si les andan al oido exhortaciones de estas dueñas de mongil negro y tendido, y tocas blancas y luengas. Solo no sé qué fue la causa que Leonora no puso mas ahinco en disculparse, y dar á entender á su zeloso marido quan limpia y sin ofensa habia quedado en aquel suceso; pero la turbacion le ató la lengua, y la priesa que se dió á morir su marido, no dió lugar á dar su disculpa.

La Ilustre Fregona.

En Burgos, Ciudad ilustre y famosa, no ha muchos años que en ella vivian dos Caballeros principales y ricos: el uno se llamaba Don Diego de Carriazo, y el otro Don Juan de Avendaño. El Don Diego tuvo un hijo, á quien llamó de su mismo nombre; y el Don Juan otro, á quien puso Don Tomás de Avendaño. Á estos dos Caballeros mozos, como quien han de ser las principales personas de este cuento, por excusar y ahorrar letras les llamarémos con solos los nombres de Carriazo, y de Avendaño. Trece años ó poco mas tendria Carriazo, quando llevado de una inclinacion picaresca, sin forzarle á ello algun mal tratamiento que sus padres le hiciesen, solo por su gusto y antojo se desgarró como dicen los muchachos, de casa de sus padres y se fue por ese mundo adelante, tan contento de la vida libre, que en la mitad de las incomodidades y miserias que trae consigo, no echaba menos la abundancia de la casa de su padre, ni el andar á pie le cansaba, ni el frio le ofendia, ni el calor le enfadaba: para él todos los tiempos del año eran dulce y templada

Pri-

To. II. P. 56.

Primavera: tan bien dormia en parvas, como en colchones: con tanto gusto se soterraba en un pajar de un meson, como si se acostara entre dos sabanas de holanda: finalmente él salió tan bien con el asunto de picaro, que pudiera leer catedra en la facultad al famoso de Alfarache. En tres años que tardó en parecer y volver á su casa, aprendió á jugar á la taba en Madrid, y al rentoy en las ventillas de Toledo, y á presa y pinta en pie en las barbacanas de Sevilla; pero con serle anexô á este genero de vida la miseria y estrecheza, mostraba Carriazo ser un Principe en sus obras: á tiro de escopeta en mil señales descubria ser bien nacido, porque era generoso y bien partido con sus camaradas: visitaba pocas veces las ermitas de Baco; y aunque bebia vino, era tan poco, que nunca pudo entrar en el numero de los que llaman desgraciados, que con alguna cosa que beban demasiado, luego se les pone el rostro como si le hubiesen jalbegado con bermellon y almagre. En fin en Carriazo vió el mundo un picaro virtuoso, limpio, bien criado, y mas que medianamente discreto: pasó por todos los grados de picaro, hasta que se graduó de maestro en las almadrabas de Zahara, donde es el finibusterræ de la picaresca. Ó picaros de cocina, sucios, gordos y lucios: pobres fingidos, tullidos falsos, cicateruelos de Zocodover, y de la plaza de Madrid, vistosos oracioneros, esportilleros de Sevilla, mandilejos de la hampa, con toda la

ca–

caterva innumerable que se encierra debaxo de este nombre picaros! baxad el toldo, amaynad el brio, no os llameis picaros sino habeis cursado dos cursos en la academia de la pesca de los atunes. Alli, alli está en su centro el trabajo junto con la poltroneria: alli está la suciedad limpia, la gordura rolliza, la hambre pronta, la hartura abundante, sin disfraz el vicio, el juego siempre, las pendencias por momentos, las muertes por puntos, las pullas á cada paso, los bayles como en bodas, las seguidillas como en estampa, los romances con estribos, la poesia sin acciones: aqui se canta, alli se reniega, acullá se riñe, acá se juega, y por todo se hurta: alli campea la libertad y luce el trabajo, alli van ó envian muchos padres principales á buscar á sus hijos, y los hallan; y tanto sienten sacarlos de aquella vida, como si los llevaran á dar la muerte. Pero toda esta dulzura que he pintado, tiene un amargo acibar que la amarga; y es no poder dormir sueño seguro sin el temor de que en un instante los trasladen de Zahara á Berberia: por esto las noches se recogen á unas torres de la marina, y tienen sus atajadores y centinelas, en confianza de cuyos ojos cierran ellos los suyos; puesto que tal vez ha sucedido, que centinelas y atajadores, picaros, mayorales, barcos y redes, con toda la turbamulta que alli se ocupa, han anochecido en España, y amanecido en Tetuan. Pero no fue parte este temor para que nuestro Carriazo dexase de acudir alli

tres

tres Veranos á darse buen tiempo : el ultimo Verano le dixo tan bien la suerte, que ganó á los naypes cerca de setecientos reales, con los quales quiso vestirse, y volverse á Burgos, y á los ojos de su madre que habian derramado por él muchas lagrimas. Despidióse de sus amigos, que los tenia muchos y muy buenos : prometióles que el Verano siguiente sería con ellos, si enfermedad ó muerte no lo estorbase : dexó con ellos la mitad de su alma, y todos sus deseos entregó á aquellas secas arenas, que á él le parecian mas frescas y verdes, que los campos Eliseos : y por estar ya acostumbrado de caminar á pie, tomó el camino en la mano, y sobre dos alpargates se llegó desde Zahara hasta Valladolid, cantando las tres anades madre : estuvose alli quince dias para reformar la color del rostro, sacandola de mulata á flamenca, y para trastejarse y sacarse del borrador de picaro, y ponerse en limpio de Caballero. Todo esto hizo segun y como le dieron comodidad quinientos reales con que llegó á Valladolid, y aun de ellos reservó ciento para alquilar una mula y un mozo, con que se presentó á sus padres honrado y contento. Ellos le recibieron con mucha alegria, y todos sus amigos y parientes vinieron á darle el parabien de la buena venida del Señor Don Diego de Carriazo su hijo. Es de advertir que en su peregrinacion Don Diego mudó el nombre de Carriazo en el de Vidiales, y con este nombre se hizo llamar de los que el suyo no sabian.

En-

Entre los que vinieron á ver el recien llegado fueron Don Juan de Avendaño, y su hijo Don Tomás, con quien Carriazo por ser ambos de una misma edad y vecinos, trabó y confirmó una amistad estrechisima. Contó Carriazo á sus padres y á todos mil magnificas y luengas mentiras de cosas que le habian sucedido en los tres años de su ausencia; pero nunca tocó ni por pienso en las almadrabas, puesto que en ellas tenia de continuo la imaginacion, especialmente quando vió que se llegaba el tiempo donde habia prometido á sus amigos la vuelta: ni le divertia la caza en què su padre le entretenia, ni los muchos, honestos, y gustosos convites que en aquella Ciudad se usan, le daban gusto; todo pasatiempo le cansaba, y á todos los mayores que se le ofrecian, anteponia el que habia recibido en las almadrabas. Avendaño su amigo, viendole muchas veces melancolico é imaginativo, fiado en su amistad se atrevió ă preguntarle la causa, y se obligó á remediarla si pudiese y fuese menester, con su misma sangre. No quiso Carriazo tenersela encubierta por no hacer agravio á la grande amistad que profesaban; y asi le contó punto por punto la vida de la xabega, y como todas sus tristezas y pensamientos nacian del deseo que tenia de volvèr á ella: pintósela de modo, que Avendaño, quando le acabó de oir, antes alabó que vituperó su gusto. En fin el de la platica fue disponer Carriazo la voluntad de Avendaño de manera, que de-

determinó de irse con él á gozar un Verano de aquella felicisima vida que le habia descrito, de lo qual quedó sobre modo contento Carriazo, por parecerle que habia ganado un testigo de abono que calificase su baxa determinacion: trazaron asimismo de juntar todo el dinero que pudiesen, y el mejor modo que hallaron fue, que de alli á dos meses habia de ir Avendaño á Salamanca, donde por su gusto tres años habia estado estudiando las lenguas Griega, y Latina, y su padre queria que pasase adelante, y estudiase la facultad que él quisiese; y que del dinero que le diese, habria para lo que deseaban. En este tiempo propuso Carriazo á su padre que tenia voluntad de irse con Avendaño á estudiar á Salamanca. Vino su padre con tanto gusto en ello, que hablando al de Avendaño, ordenaron de ponerles juntos casa en Salamanca, con todos los requisitos que pedian ser hijos suyos. Llegóse el tiempo de la partida, proveyeronles de dineros, y enviaron con ellos un ayo que los gobernase, que tenia mas de hombre de bien que de discreto. Los padres dieron documentos á sus hijos de lo que habian de hacer, y de como se habian de gobernar, para salir aprovechados en la virtud y en las ciencias, que es el fruto que todo Estudiante debe pretender sacar de sus trabajos y vigilias, principalmente los bien nacidos. Mostraronse los hijos humildes y obedientes: lloraron las madres: recibieron la bendicion de todos: pusieronse en camino con mulas pro-

propias, y con dos criados de casa, amen del ayo que se habia dexado crecer la barba, porque diese autoridad á su cargo. En llegando á la Ciudad de Valladolid, dixeron al ayo que querian estarse en aquel lugar dos dias para verle, porque nunca le habian visto ni estado en él. Reprehendióles mucho el ayo severa y asperamente la estada, diciendoles que los que iban á estudiar con tanta priesa como ellos, no se habian de detener una hora á mirar niñerias, quanto mas dos dias, y que él formaria muy grande escrupulo, si los dexaba detener un solo punto, y que se partiesen luego, y sino, que sobre eso morena. Hasta aqui se extendia la habilidad del Señor ayo, ó mayordomo, como mas nos diere gusto llamarle. Los mancebitos que tenian ya hecho su agosto y su vendimia, pues habian ya sacado quatrocientos escudos de oro que llevaba su mayordomo, dixeron que solo los dexase aquel dia, en el qual querian ir á ver la fuente de Argales, que la comenzaban á conducir á la Ciudad por grandes y espaciosos aqüeductos. En efecto, aunque con dolor de su anima, les dió licencia, porque él quisiera excusar el gasto de aquella noche, y hacerle en Valdeastillas, y repartir las diez y ocho leguas que hay desde Valdeastillas hasta Salamanca en dos dias, y no las veinte y dos que hay desde Valladolid; pero como uno piensa el bayo, y otro el que le ensilla, todo le sucedió al reves de lo que él quisiera. Los mancebos con solo un cria-

do,

do, y á caballo en dos muy buenas y caseras mulas salieron á ver la fuente de Argales, famosa por su antigüedad y sus aguas á despecho del Caño dorado, y de la reverenda Priora; con paz sea dicho de Leganitos, y de la extremadisima fuente Castellana; en cuya competencia pueden callar Corpa y la Pizarra de la Mancha. Llegaron á Argales, y quando creyó el criado que sacaba Avendaño de las bolsas del coxin alguna cosa con que beber, vió que sacó una carta cerrada, diciendole que luego al punto volviese á la Ciudad, y se la diese á su ayo, y que en dandosela les esperase en la puerta del Campo. Obedeció el criado, tomó la carta, volvió á la Ciudad, y ellos volvieron las riendas, y aquella noche durmieron en Mojados, y de alli á dos dias en Madrid, y en otros quatro se vendieron las mulas en publica plaza, y hubo quien les fiase por seis escudos de prometido, y aun quien les diese el dinero en oro por sus cabales. Vistieronse á lo payo, con capotillos de dos haldas, zahones, ó zaragüelles y medias de paño pardo. Ropero hubo que por la mañana les compró sus vestidos, y á la noche los habia mudado de manera, que no los conociera la propia madre que los habia parido. Puestos pues á la ligera y del modo que Avendaño quiso y supo, se pusieron en camino de Toledo ad pedem litteræ y sin espadas, que tambien el Ropero, aunque no atañian á su menester, se las habia comprado. Dexemoslos ir por ahora, pues van contentos y ale-

alegres, y volvamos á lo que el ayo hizo quando abrió la carta que el criado le llevó, y halló que decia de esta manera: Vmd. será servido, Señor Pedro Alonso, de tener paciencia y dar la vuelta á Burgos, donde dirá á nuestros padres, que habiendo nosotros sus hijos con madura consideracion considerado quan mas propias son de los Caballeros las armas que las letras, habemos determinado de trocar á Salamanca por Bruselas, y á España por Flandes: los quatrocientos escudos llevamos; las mulas pensamos vender: nuestra hidalga intencion y el largo camino es bastante disculpa de nuestro yerro, aunque nadie le juzgará por tal, si no es cobarde: nuestra partida es ahora, la vuelta será quando Dios fuere servido, el qual guarde á Vmd. como puede, y estos sus menores discipulos deseamos. De la fuente de Argales, puesto ya el pie en el estribo para caminar á Flandes. = Carriazo, y Avendaño. = Quedó Pedro Alonso suspenso en leyendo la epistola, y acudió presto á su balija, y el hallarla vacia le acabó de confirmar la verdad de la carta, y luego al punto en la mula que le habia quedado, se partió á Burgos á dar las nuevas á sus amos con toda presteza, porque con ella pusiesen remedio, y diesen traza de alcanzar á sus hijos; pero de estas cosas no dice nada el Autor de esta Novela, porque asi como dexó puesto á caballo á Pedro Alonso, volvió á contar lo que les sucedió á Avendaño, y á Carriazo á la entrada

de

de Illescas, diciendo: Que al entrar de la puerta de la Villa encontraron dos mozos de mulas, al parecer Andaluces, en calzones de lienzo anchos, jubones acuchillados de angeo, sus coletos de ante, dagas de gancho, y espadas sin tiros; al parecer el uno venia de Sevilla, y el otro iba á ella: el que iba, estaba diciendo al otro: Si no fueran mis amos tan adelante, todavia me detuviera algo mas á preguntarte mil cosas que deseo saber, porque me has maravillado mucho con lo que has contado de que el Conde ha ahorcado á Alonso Ginés, y á Ribera, sin querer otorgarles la apelacion. Ó pecador de mí! replicó el Sevillano, armóles el Conde zancadilla, y cogiólos debaxo de su jurisdiccion, que eran Soldados, y por contrabando se aprovechó de ellos, sin que la Audiencia se los pudiese quitar. Sabete, amigo, que tiene un Bercebú en el cuerpo este Conde de Puñonrostro, que nos mete los dedos de su puño en el alma: barrida está Sevilla y diez leguas á la redonda de xacaros: no pára ladron en sus contornos: todos le temen como al fuego, aunque ya se suena que dexará presto el cargo de Asistente, porque no tiene condicion para verse á cada paso en dimes y diretes con los Señores de la Audiencia. Vivan ellos mil años, dixo el que iba á Sevilla, que son padres de los miserables y amparo de los desdichados: quántos pobretes están mascando barro, no mas de por la colera de un Juez absoluto, de un Corregidor ó mal informado, ó

bien apasionado? Mas ven muchos ojos, que dos: no se apodera tan presto el veneno de la injusticia de muchos corazones, como se apodera de uno solo. Predicador te has vuelto, dixo el de Sevilla, y segun llevas la retahila, no acabarás tan presto, y yo no te puedo aguardar; y esta noche no vayas á posar donde sueles, sino en la posada del Sevillano, porque verás en ella la mas hermosa fregona que se sabe: Marinilla la de la venta Tejada es asco en su comparacion: no te digo mas sino que hay fama, que el hijo del Corregidor bebe los vientos por ella: uno de esos mis amos que allá van, jura que al volver que vuelva al Andalucia, se ha de estar dos meses en Toledo y en la misma posada solo por hartarse de mirarla. Ya le dexo yo en señal un pellizco, y me llevo en contracambio un gran torniscon: es dura como un marmol, y zahareña como villana de Sayagon, y aspera como una hortiga; pero tiene una cara de pasqua, y un rostro de buen año: en una mexilla tiene el Sol, y en la otra la Luna: la una es hecha de rosas, y la otra de claveles, y en entrambas hay tambien azucenas y jazmines: no te digo mas, sino que la veas, y verás que no te he dicho nada, segun lo que te pudiera decir, acerca de su hermosura: en las dos mulas rucias, que sabes que tengo mias, la dotara de buena gana, si me la quisieran dar por muger; pero yo sé que no me la darán, que es joya para un Arcipreste, ó para un Conde: y otra

vez

vez torno á decir que allá lo verás, y á Dios que me mudo. Con esto se despidieron los dos mozos de mulas, cuya platica y conversacion dexó mudos á los dos amigos que escuchado la habian, especialmente Avendaño, en quien la simple relacion que el mozo de mulas habia hecho de la hermosura de la fregona, despertó en él un intenso deseo de verla: tambien le despertó en Carriazo, pero no de manera, que no desease mas llegar á sus almadrabas, que detenerse á ver las piramides de Egipto, ú otra de las siete Maravillas del mundo, ó todas juntas. En repetir las palabras de los mozos, y en remedar y contrahacer el modo y los ademanes con que las decian, entretuvieron el camino hasta Toledo, y luego siendo la guia Carriazo que ya otra vez habia estado en aquella Ciudad, baxando por la Sangre de Christo, dieron con la posada del Sevillano; pero no se atrevieron á pedirla alli, porque su trage no lo pedia. Era ya anochecido, y aunque Carriazo importunaba á Avendaño que fuesen á otra parte á buscar posada, no le pudo quitar de la puerta de la del Sevillano, esperando si acaso parecia la tan celebrada fregona. Entrabase la noche, y la fregona no salia: desesperabase Carriazo, y Avendaño se estaba quedo: el qual por salir con su intencion, con excusa de preguntar por unos Caballeros de Burgos que iban á la Ciudad de Sevilla, se entró hasta el patio de la posada; y apenas hubo entrado, quando de una sala que

en el patio estaba, vió salir una moza, al parecer de quince años poco mas ó menos, vestida como Labradora, con una vela encendida en un candelero. No puso Avendaño los ojos en el vestido y trage de la moza, sino en su rostro, que le parecia ver en él los que suelen pintar de los Angeles: quedó suspenso y atonito de su hermosura, y no acertó á preguntarle nada: tal era su suspension y embelesamiento. La moza viendo aquel hombre delante de sí, le dixo: Qué busca, hermano? es por ventura criado de alguno de los huespedes de casa? No soy criado de ninguno, sino vuestro, respondió Avendaño, todo lleno de turbacion y sobresalto. La moza, que de aquel modo le vió responder, dixo: Vaya, hermano, norabuena, que las que servimos no hemos menester criados; y llamando á su Señor le dixo: Mire, Señor, lo que busca este mancebo. Salió su amo, y preguntóle qué buscaba? Él respondió que á unos Caballeros de Burgos que iban á Sevilla, uno de los quales era su Señor, el qual le habia enviado delante por Alcalá de Henares, donde habia de hacer un negocio que les importaba; y que junto con esto le mandó que se viniese á Toledo, y le esperase en la posada del Sevillano, donde vendria á apearse, y que pensaba que llegaria aquella noche ú otro dia á mas tardar. Tan buen color dió Avendaño á su mentira, que á la cuenta del huesped pasó por verdad, pues le dixo: Quedese, amigo, en la posada, que aqui podrá espe-

perar á su Señor hasta que venga. Muchas mercedes, Señor huesped, respondió Avendaño, y mande Vmd. que se me dé un aposento para mí, y un compañero que viene conmigo que está alli fuera, que dineros traemos para pagarlo tan bien como otro. En buen hora, respondió el huesped, y volviendose á la moza dixo: Costancica, di á la Arguello que lleve á estos dos galanes al aposento del rincon, y que les eche sabanas limpias. Sí haré, Señor, respondió Costanza, que asi se llamaba la doncella, y haciendo una reverencia á su amo, se les quitó de delante, cuya ausencia fue para Avendaño lo que suele ser al caminante ponerse el Sol, y sobrevenir la noche lobrega y obscura. Con todo esto salió á dar cuenta á Carriazo de lo que habia visto, y de lo que dexaba negociado: el qual por mil señales conoció como su amigo venia herido de la amorosa pestilencia; pero no le quiso decir nada por entonces, hasta ver si lo merecia la causa de quien nacian las extraordinarias alabanzas y grandes hiperboles, con que la belleza de Costanza sobre los mismos Cielos levantaba. Entraron en fin en la posada, y la Arguello, que era una muger de hasta quarenta y cinco años, superintendente de las camas y aderezo de los aposentos, los llevó á uno que ni era de Caballeros, ni de criados, sino de gente que podia hacer medio entre los dos extremos. Pidieron de cenar, respondióles la Arguello que en aquella posada no daban de comer

mer

mer á nadie, puesto que guisaban y aderezaban lo que los huespedes traian de fuera comprado; pero que bodegones y casas de estado habia cerca, donde sin escrupulo de conciencia podian ir á cenar lo que quisiesen. Tomaron los dos el consejo de la Arguello, y dieron con sus cuerpos en un bodegon, donde Carriazo cenó lo que le dieron, y Avendaño lo que con él llevaba, que fueron pensamientos é imaginaciones. Lo poco ó nada que Avendaño comia, admiraba mucho á Carriazo. Por enterarse del todo de los pensamientos de su amigo, al volverse á la posada, le dixo: Conviene que mañana madruguemos, porque antes que entre la calor estemos ya en Orgáz. No estoy en eso, respondió Avendaño, porque pienso antes que de esta Ciudad me parta, ver lo que dicen que hay famoso en ella, como es el Sagrario, el artificio de Juanelo, las vistillas de San Agustin, la huerta del Rey, y la vega. Norabuena, respondió Carriazo, eso en dos dias se podrá ver. En verdad que lo he de tomar de espacio, que no vamos á Roma á alcanzar alguna vacante. Ta, ta, replicó Carriazo, á mí me maten, amigo, sino estais vos con mas deseo de quedaros en Toledo, que de seguir nuestra comenzada romeria. Asi es la verdad, respondió Avendaño, y tan imposible será apartarme de ver el rostro de esta doncella, como no es posible ir al Cielo sin buenas obras. Gallardo encarecimiento, dixo Carriazo, y determinacion digna de un tan gene-

ro-

roso pecho como el vuestro! Bien quadra un Don Tomás de Avendaño, hijo de Don Juan de Avendaño, Caballero lo que es bueno, rico lo que basta, mozo lo que alegra, discreto lo que admira, con enamorado y perdido por una fregona que sirve en el meson del Sevillano! Lo mismo me parece á mí que es, respondió Avendaño, considerar un Don Diego de Carriazo, hijo del mismo Caballero del habito de Alcantara el padre, y el hijo á pique de heredarle con su mayorazgo, no menos gentil en el cuerpo, que en el animo, y con todos estos generosos atributos, verle enamorado, de quién si pensais? de la Reyna Ginebra? no por cierto, sino de la almadraba de Zahara, con los picaros de ella, que es mas fea á lo que creo, que un miedo de San Anton. Pata es la traviesa, amigo, respondió Carriazo, por los filos que te herí me has muerto, quedese aqui nuestra pendencia, y vamos á dormir, y amanecerá Dios, y medrarémos. Mira, Carriazo, hasta ahora no has visto á Costanza, en viendola te doy licencia para que me digas todas las injurias, ó reprehensiones que quisieres. Ya sé yo en que ha de parar esto, dixo Carriazo. En qué? replicó Avendaño. En que yo me iré con mi almadraba, y tú te quedarás con tu fregona, dixo Carriazo. No seré yo tan venturoso, dixo Avendaño: ni yo tan necio, respondió Carriazo, que por seguir tu mal gusto, dexe de conseguir el bueno mio. En estas platicas llegaron á la posada, y aun se

les

les pasó en otras semejantes la mitad de la noche ; y habiendo dormido á su parecer poco mas de una hora , los despertó el son de muchas chirimias que en la calle sonaban. Sentaronse en la cama , y estuvieron atentos , y dixo Carriazo: Apostaré que es ya de dia , y que debe de hacerse alguna fiesta en un Monasterio de nuestra Señora del Carmen que está aqui cerca , y por eso tocan esas chirimias. No es eso , respondió Avendaño , porque no ha tanto que dormimos que pueda ser ya de dia. Estando en esto , sintieron llamar á la puerta de su aposento , y preguntando quién llamaba ? respondieron de fuera , diciendo : Mancebos, si quereis oir una brava musica , levantaos , y asomaos á una reja que sale á la calle , que está en aquella sala frontera , que no hay nadie en ella. Levantaronse los dos , y quando abrieron no hallaron persona, ni supieron quien les habia avisado ; mas porque oyeron el son de una arpa , creyeron ser verdad la musica , y asi en camisa como se hallaron , se fueron á la sala donde ya estaban otros tres ó quatro huespedes puestos á las rejas: hallaron lugar , y de alli á poco , al son de la arpa con maravillosa voz oyeron cantar este Soneto , que no se le pasó de la memoria á Avendaño.

Raro humilde sugeto , que levantas
Á tan excelsa cumbre la belleza,
Que en ella se excedió naturaleza

Á

Á sí misma, y al Cielo la adelantas:
Si hablas, ó si ries, ó si cantas,
Si muestras mansedumbre, ó aspereza,
(Efecto solo de tu gentileza)
Las potencias del alma nos encantas.
Para que pueda ser mas conocida
La sin par hermosura que contienes,
Y la alta honestidad de que blasonas,
Dexa el servir, pues debes ser servida
De quantos ven sus manos y sus sienes
Resplandecer con cetros y coronas.

No fue menester que nadie les dixese á los dos que aquella musica se daba por Costanza, pues bien claro lo habia descubierto el Soneto, que sonó de tal manera en los oidos de Avendaño, que diera por bien empleado, por no haberle oido, haber nacido sordo, y estarlo todos los dias de la vida que le quedaba; porque desde aquel punto la comenzó á tener tan mala, como quien se halló traspasado el corazon de la rigurosa lanza de los zelos, y era lo peor que no sabía de quien debia, ó podia tenerlos: pero presto le sacó de este cuidado uno de los que á la reja estaban, diciendo: Qué tan simple sea este hijo del Corregidor, que se ande dando musicas á una fregona! Verdad es que ella es una de las mas hermosas muchachas que yo he visto, y he visto muchas, mas no por esto habia de solicitarla con tanta publicidad. Á lo qual añadió otro de los de la reja: Pues en verdad que he oido

yo

yo decir por cosa muy cierta, que asi hace ella cuenta de él, como si no fuese nadie: apostaré que se está ella ahora durmiendo á sueño suelto detrás de la cama de su ama, donde dicen que duerme, sin acordarsele de musicas, ni canciones. Asi es la verdad, replicó el otro, porque es la mas honesta doncella que se sabe, y es maravilla, que con estar en esta casa de tanto trafago, y donde hay cada dia gente nueva, y andar por todos los aposentos, no se sabe de ella el menor desman del mundo. Con esto que oyó Avendaño, tornó á revivir y á cobrar aliento para poder escuchar otras muchas cosas, que al son de diversos instrumentos los musicos cantaron, todas encaminadas á Costanza, la qual, como dixo el huesped, se estaba durmiendo sin ningun cuidado. Por venir el dia se fueron los musicos, despidiendose con las chirimias. Avendaño y Carriazo se volvieron á su aposento, donde durmió el que pudo hasta la mañana, la qual venida, se levantaron los dos, entrambos con deseo de ver á Costanza; pero el deseo del uno era deseo curioso, y el del otro deseo enamorado: pero á entrambos se los cumplió Costanza, saliendo de la sala de su amo tan hermosa, que á los dos les pareció que todas quantas alabanzas le habia dado el mozo de mulas, eran cortas y de ningun encarecimiento. Su vestido era una saya y corpiños de paño verde, con unos ribetes del mismo paño. Los corpiños eran baxos, pero la camisa alta, plegado el cuello con un

ca-

cabezon labrado de seda negra, puesta una gargantilla de estrellas de azabache sobre un pedazo de una coluna de alabastro, que no era menos blanca su garganta: ceñida con un cordon de San Francisco, y de una cinta pendiente al lado derecho un gran manojo de llaves: no traía chinelas, sino zapatos de dos suelas colorados, con unas calzas que no se le parecian sino quanto por un perfil mostraban tambien ser coloradas: traía trenzados los cabellos con unas cintas blancas de hiladillo, pero tan largo el trenzado, que por las espaldas le pasaba de la cintura: el color salia de castaño, y tocaba en rubio, pero al parecer tan limpio, tan igual, y tan peynado, que ninguno, aunque fuera de hebras de oro, se le pudiera comparar: pendianle de las orejas dos calabacillas de vidrio, que parecian perlas: los mismos cabellos le servian de garbin y de tocas. Quando salió de la sala, se persignó y santiguó, y con mucha devocion y sosiego hizo una profunda reverencia á una imagen de nuestra Señora, que en una de las paredes del patio estaba colgada; y alzando los ojós vió á los dos que mirandola estaban, y apenas los hubo visto, quando se retiró y volvió á entrar en la sala, desde la qual dió voces á la Arguello, que se levantase. Resta ahora por decir, qué es lo que le pareció á Carriazo de la hermosura de Costanza; que de lo que le pareció á Avendaño, ya está dicho, quando la vió la vez primera: no digo mas, sino que á Carriazo le pa-
re-

reció tan bien como á su compañero ; pero enamoróle mucho menos, y tan menos, que quisiera no anochecer en la posada, sino partirse luego para sus almadrabas. En esto á las voces de Costanza salió á los corredores la Arguello con otras dos mocetonas, tambien criadas de la casa, de quien se dice que eran Gallegas, y el haber tantas lo requeria la mucha gente que acude á la posada del Sevillano, que es una de las mejores y mas freqüentadas que hay en Toledo. Acudieron tambien los mozos de los huespedes á pedir cebada : salió el huesped de casa á darsela, maldiciendo á sus mozas, que por ellas se le habia ido un mozo que la solia dar con muy buena cuenta y razon, sin que le hubiese hecho menos á su parecer un solo grano. Avendaño que oyó esto, dixo : No se fatigue, Señor huesped, deme el libro de la cuenta, que los dias que hubiere de estar aqui, yo la tendré tan buena en dar la cebada y paja que pidieren, que no eche menos al mozo que dice que se le ha ido. En verdad que os lo agradezca, mancebo, respondió el huesped, porque yo no puedo atender á esto, que tengo otras muchas cosas á que acudir dentro y fuera de casa : baxad, y os daré el libro, y mirad que estos mozos de mulas son el mismo diablo, y hacen trampantojos un celemin de cebada con menos conciencia, que si fuese de paja. Baxó al patio Avendaño, y entregóse del libro, y comenzó á despachar celemines como agua, y asentarlos

con

con tan buena orden, que el huesped que lo estaba mirando, quedó contento, y tanto que dixo: Pluguiese á Dios, que vuestro amo no viniese, y que á vos os diese gana de quedaros en casa, que á fe que otro gallo os cantase, porque el mozo que se me fue, vino á mi casa habrá ocho meses roto y flaco, y ahora lleva dos pares de vestidos muy buenos, y va gordo como una nutria; porque quiero que sepais, hijo, que en esta casa hay muchos provechos amen de los salarios. Si yo me quedase, replicó Avendaño, no repararia mucho en la ganancia, que con qualquiera cosa me contentaria á trueque de estar en esta Ciudad, que me dicen que es la mejor de España. Á lo menos, respondió el huesped, es de las mejores y mas abundantes que hay en ella; mas otra cosa nos falta ahora, que es buscar quien vaya por agua al rio, que tambien se me fue otro mozo que con un asno que tengo famoso, me tenia rebosando las tinajas, y hecha un lago de agua la casa: y una de las causas porque los mozos de mulas se huelgan de traer sus amos á mi posada, es por la abundancia de agua que hallan siempre en ella, porque no llevan sù ganado al rio, sino dentro de casa beben las cabalgaduras en grandes barreños. Todo esto estaba oyendo Carriazo, el qual viendo que ya Avendaño estaba acomodado y con oficio en casa, no quiso él quedarse á buenas noches, y mas que consideró el gran gusto que haria á su amigo Avendaño, si le seguia el humor;

mor ; y asi dixo al huesped : Venga el asno , Señor huesped , que tambien sabré yo cincharle y cargarle , como sabe mi compañero asentar en el libro su mercancia. Sí , dixo Avendaño , mi compañero Lope Asturiano servirá de traer agua como un principe , y yo le fio. La Arguello que estaba atenta desde el corredor á todas estas platicas , oyendo decir á Avendaño , que él fiaba á su compañero , dixo : Digame , gentil hombre, y quién le ha de fiar á él ? que en verdad que me parece que mas necesidad tiene de ser fiado, que de ser fiador. Calla , Arguello , dixo el huesped , no te metas donde no te llaman , yo los fio á entrambos , y por vida de vosotras , que no tengais dares ni tomares con los mozos de casa, que por vosotras se me van todos. Pues qué (dixo otra moza) ya se quedan en casa ? para mi santiguada , que si yo fuera camino con ellos, nunca les fiara la bota. Dexexe de chocarrerias, Señora Gallega , respondió el huesped , y haga su hacienda , y no se entrometa con los mozos, que la moleré á palos. Por cierto sí , replicó la Gallega , mirad que joyas para codiciallas ! pues en verdad que no me ha hallado el Señor mi amo tan juguetona con los mozos de casa , ni menos con los de fuera para tenerme en la mala piñon que me tiene : ellos son bellacos , y se van quando se les antoja, sin que nosotras les demos ocasion alguna : bonica gente es ella por cierto , para tener necesidad de apetites que les inciten á dar un madrugon á sus amos quando me-

menos se percatan. Mucho hablais, Gallega hermana, respondió su amo: punto en boca, y atended á lo que teneis á vuestro cargo. Ya en esto tenia Carriazo enjaezado el asno, y subiendo en él de un brinco, se encaminó al rio, dexando á Avendaño muy alegre de haber visto su gallarda resolucion. He aqui tenemos ya (en buena hora se cuente) á Avendaño hecho mozo de meson con nombre de Tomás Pedro, que asi dixo que se llamaba; y á Carriazo con el de Lope Asturiano hecho aguador: transformaciones dignas de anteponerse á las del narigudo Poeta. Á malas penas acabó de entender la Arguello que los dos se quedaban en casa, quando hizo designio sobre el Asturiano, y le marcó por suyo, determinandose á regalarle de suerte, que aunque él fuese de condicion esquiva y retirada, le volviese mas blando que un guante. El mismo discurso hizo la Gallega melindrosa sobre Avendaño: y como las dos por trato, y conversacion, y por dormir juntas fuesen grandes amigas, al punto declaró la una á la otra su determinacion amorosa, y desde aquella noche determinaron de dar principio á la conquista de sus dos desapasionados amantes; pero lo primero que advirtieron fue, en que les habian de pedir que no les habian de pedir zelos por cosas que las viesen hacer de sus personas: porque mal pueden regalar las mozas á los de dentro, sino hacen tributarios á los de fuera de casa. Callad, hermanos, decian ellas (como si los tuvieran

ran presentes, y fueran ya sus verdaderos mancebos ó amancebados) callad y tapaos los ojos, y dexad tocar el pandero á quien sabe, y que guie la danza quien la entiende, y no habrá par de Canonigos en esta Ciudad mas regalados, que vosotros lo sereis de estas tributarias vuestras. Estas y otras razones de esta substancia y jaez dixeron la Gallega y la Arguello: y en tanto caminaba nuestro buen Lope Asturiano la vuelta del rio por la cuesta del Carmen, puestos los pensamientos en sus almadrabas y en la subita mutacion de su estado: ó ya fuese por esto, ó porque la suerte asi lo ordenase, en un paso estrecho al baxar de la cuesta encontró con un asno de un aguador que subia cargado, y como él descendia, y su asno era gallardo, bien dispuesto, y poco trabajado, tal encuentro dió al cansado y flaco que subia, que dió con él en el suelo, y por haberse quebrado los cantaros, se derramó tambien el agua, por cuya desgracia el aguador antiguo despechado y lleno de colera arremetió al aguador moderno que aun se estaba caballero, y antes que se desenvolviese y apease, le habia pegado y asentado una docena de palos tales, que no le supieron bien al pobre Asturiano. Apeóse en fin, pero con tan malas entrañas, que arremetió á su enemigo, y asiendole con ambas manos por la garganta, dió con él en el suelo, y tal golpe dió con la cabeza sobre una piedra, que se la abrió por dos partes, saliendo tanta sangre que pensó

que

que le habia muerto. Otros muchos aguadores que alli venian, como vieron á su compañero tan mal parado, arremetieron á Lope, y tuvieronle asido fuertemente, gritando: Justicia, justicia, que este aguador ha muerto á un hombre; y á vuelta de estas razones y gritos le molian á mogicones y á palos: otros acudieron al caido, y vieron que tenia hendida la cabeza, y que casi estaba espirando. Subieron las voces de boca en boca por la cuesta arriba, y en la plaza del Carmen dieron en los oidos de un Alguacil, el qual con dos corchetes con mas ligereza que si volara, se puso en el lugar de la pendencia á tiempo que ya el herido estaba atravesado sobre su asno, y el de Lope asido, y Lope rodeado de mas de veinte aguadores que no le dexaban menear, antes le brumaban las costillas de manera, que mas se pudiera temer de su vida que de la del herido, segun menudeaban sobre él los puños y las varas aquellos vengadores de la agena injuria. Llegó el Alguacil, apartó la gente, entregó á sus corchetes al Asturiano, y antecogiendo á su asno, y al herido sobre el suyo, dió con ellos en la carcel, acompañado de tanta gente y de tantos muchachos que le seguian, que apenas podia hender por las calles. Al rumor de la gente salió Tomás Pedro y su amo á la puerta de casa á ver de qué procedia tanta grita, y descubrieron á Lope entre los dos corchetes, lleno de sangre el rostro y la boca: miró luego por su asno el huesped, y vióle en

poder de otro corchete que ya se les habia juntado: preguntó la causa de aquellas prisiones, fuele respondida la verdad del suceso, pesóle por su asno, temiendo que le habia de perder, ó á lo menos de hacer mas costas por cobrarle, que él valia. Tomás siguió á su compañero, sin que le dexasen llegar á hablarle una palabra: tanta era la gente que lo impedia, y el recato de los corchetes, y del Alguacil que le llevaba. Finalmente no le dexó hasta verle poner en la carcel, y en un calabozo con dos pares de grillos, y al herido en la enfermeria, donde se halló á verle curar, y vió que la herida era peligrosa y mucho, y lo mismo dixo el Cirujano. El Alguacil se llevó á su casa los dos asnos, y mas cinco reales de á ocho, que los corchetes habian quitado á Lope. Volvióse á la posada lleno de confusion y de tristeza; halló al que ya tenia por amo con no menos pesadumbre que él traía, á quien dixo de la manera que quedaba su compañero, y del peligro de muerte en que estaba el herido, y del suceso de su asno. Dixole mas, que á su desgracia se le habia añadido otra de no menor fastidio, y era que un amigo de su Señor le habia encontrado en el camino, y le habia dicho que su Señor por ir muy de priesa y ahorrar dos leguas de camino, desde Madrid habia pasado por la barca de Aceca, y que aquella noche dormia en Orgáz, y que le habia dado doce escudos que le diese, con orden de que se fuese á Sevilla donde le esperaba; pero no pue-

de ser así, añadió Tomás, pues no será razon que yo dexe á mi amigo y camarada en la carcel y en tanto peligro: mi amo me podrá perdonar por ahora; quanto mas que él es tan bueno y honrado, que dará por bien qualquier falta que le hiciere á trueque que no la haga á mi camarada. Vmd., Señor amo, me la haga de tomar este dinero y acudir á este negocio; y en tanto que este se gasta, yo escribiré á mi Señor lo que pasa, y sé que me enviará dineros que basten á sacarnos de qualquier peligro. Abrió los ojos de un palmo el huesped, alegre de ver que en parte iba saneando la perdida de su asno: tomó el dinero, y consoló á Tomás, diciendole que él tenia personas en Toledo de tal calidad, que valian mucho con la Justicia, especialmente una Señora Monja, parienta del Corregidor, que le mandaba con el pie, y que una lavandera del Monasterio de la tal Monja tenia una hija, que era grandisima amiga de una hermana de un Frayle muy familiar y conocido del Confesor de la dicha Monja, la qual lavandera lavaba la ropa en casa; y como esta pida á su hija, que sí pedirá, hable á la hermana del Frayle, que hable á su hermano que hable al Confesor, y el Confesor á la Monja, y la Monja guste de dar un villete (que será cosa muy facil) para el Corregidor, en que le pida mire por el negocio de Lope, sin duda alguna se podrá esperar buen suceso: y esto ha de ser con tal, que el aguador no muera, y con que no falte ungüento para

untar á todos los Ministros de la justicia, porque si no están untados, gruñen mas que carretas de bueyes. En gracia le cayó á Tomás los ofrecimientos del favor que su amo le habia hecho, y los infinitos y revueltos arcaduces por donde le habia derivado; y aunque conoció que antes lo habia dicho de socarron, que de inocente, con todo eso le agradeció su buen animo, y le entregó el dinero con promesa que no faltaria mucho mas, segun él tenia la confianza en su Señor como ya le habia dicho. La Arguello que vió atraillado á su nuevo cuyo, acudió luego á la carcel á llevarle de comer; mas no se le dexaron ver, de que ella volvió muy sentida y mal contenta, pero no por esto desistió de su buen proposito. En resolucion dentro de quince dias estuvo fuera de peligro el herido, y á los veinte declaró el Cirujano que estaba del todo sano: y ya en este tiempo habia dado traza Tomás como le viniesen cincuenta escudos de Sevilla, y sacandolos él de su seno, se los entregó al huesped con cartas fingidas de su amo; y como al huesped le iba poco en averiguar la verdad de aquella correspondencia, cogia el dinero, que por ser en escudos de oro le alegraba mucho. Por seis ducados se apartó de la querella el herido: en diez, y en el asno, y las costas sentenciaron al Asturiano. Salió de la carcel, pero no quiso volver á estar con su compañero, dandole por disculpa que en los dias que habia estado preso, le habia visitado la Arguello y requeridole

le de amores, cosa para él de tanta molestia y enfado, que antes se dexara ahorcar, que corresponder con el deseo de tan mala hembra: que lo que pensaba hacer en aquel caso era, ya que él estaba determinado de seguir y pasar adelante con su proposito, comprar un asno y usar el oficio de aguador en tanto que estuviesen en Toledo, que con aquella cubierta no sería juzgado ni preso por vagamundo, y sin eso era oficio que con mucho descanso y comodidad suya podia usar, pues con sola una carga de agua se podia andar todo el dia por la Ciudad mirando bobas. Antes mirarás hermosas que bobas en esta Ciudad, que tiene fama de tener las mas discretas mugeres de España, y que andan á una su discrecion con su hermosura; y si no miralo por Costanza, de cuyas sobras de belleza puede enriquecer no solo á las hermosas de esta Ciudad, sino á las de todo el mundo. Paso, Señor Tomás, replicó Lope, vamos poco á poco en esto de las alabanzas de la señora fregona, si no quiere que como le tengo por loco, le tenga por herege. Fregona has llamado á Costanza, hermano Lope? respondió Tomás: Dios te lo perdone y te trayga á verdadero conocimiento de tu yerro. Pues no es fregona? replicó el Asturiano. Hasta ahora la tengo por ver fregar el primer plato. No importa, dixo Lope, no haberle visto fregar el primer plato, si le has visto fregar el segundo, y aun el centesimo. Yo te digo, hermano, replicó Tomás, que ella no friega,

ga,

ga, ni entiende en otra cosa que en su labor, y en ser guarda de la plata labrada que hay en casa, que es mucha. Pues cómo la llaman por toda la Ciudad, dixo Lope, la Fregona ilustre, si es que no friega? mas sin duda debe de ser que como friega plata, y no loza, le dan nombre de ilustre; pero dexando esto aparte, dime Tomás, en qué estado están tus esperanzas? En el de perdicion, respondió Tomás, porque en todos estos dias que has estado preso, nunca la he podido hablar una palabra, y á muchas que los huespedes le dicen, con ninguna otra cosa responde, que con baxar los ojos, y no desplegar los labios; tal es su honestidad y su recato, que no menos enamora con su recogimiento, que con su hermosura: lo que me trae alcanzado de paciencia, es saber que el hijo del Corregidor, que es mozo brioso y algo atrevido, muere por ella y la solicita con musicas, que pocas noches se pasan sin darsela, y tan al descubierto, que en lo que cantan la nombran, la alaban, y la solemnizan; pero ella no las oye, ni desde que anochece hasta la mañana no sale del aposento de su ama, escudo que no dexa que me pase el corazon la dura saeta de los zelos. Pues qué piensas hacer con el imposible que se te ofrece en la conquista de esta Porcia, de esta Minerva, y de esta nueva Penelope, que en figura de doncella y de fregona te enamora, te acobarda, y te desvanece? Haz la burla que de mí quisieres, amigo Lope, que yo sé que estoy

toy

toy enamorado del mas hermoso rostro que pudo formar naturaleza, y de la mas incomparable honestidad que ahora se puede usar en el mundo. Costanza se llama, y no Porcia, Minerva, ó Penelope: en un meson sirve, que no lo puedo negar; pero qué puedo yo hacer, si me parece que el destino con oculta fuerza me inclina, y la eleccion con claro discurso me mueve á que la adore! Mira, amigo, no sé cómo te diga (prosiguió Tomás) de la manera con que amor el baxo sugeto de esta fregona (que tú llamas) me le encumbra y levanta tan alto, que viendole no le vea; y conociendole, le desconozca. No es posible que, aunque lo procuro, pueda un breve termino contemplar, si asi se puede decir, en la baxeza de su estado, porque luego acuden á borrarme este pensamiento su belleza, su donayre, su sosiego, su honestidad, y recogimiento, y me dan á entender, que debaxo de aquella rustica corteza debe de estar encerrada y escondida alguna mina de gran valor y merecimiento grande. Finalmente sea lo que se fuere, yo la quiero bien, y no con aquel amor vulgar con que á otras he querido, sino con amor tan limpio, que no se extiende á mas que á servir y á procurar que ella me quiera, pagandome con honesta voluntad lo que á la mia tambien honesta se debe. Á este punto dió una gran voz el Asturiano, y como exclamando, dixo: Ó amor platonico! ó Fregona ilustre! ó felicisimos tiempos los nuestros, donde vemos que

la

la belleza enamora sin malicia, la honestidad enciende sin que abrase, el donayre da gusto sin que incite, y la baxeza del estado humilde obliga y fuerza á que le suban sobre la rueda de la que llaman fortuna! Ó pobres atunes mios, que os pasais este año sin ser visitados de este tan enamorado y aficionado vuestro! pero el que viene yo haré la enmienda de manera, que no se quejen de mí los Mayorales de las mis deseadas almadrabas. Á esto dixo Tomás: Ya veo, Asturiano, quan al descubierto te burlas de mí: lo que podias hacer, es irte norabuena á tu pesqueria, que yo me quedaré en mi casa, y aqui me hallarás á la vuelta: si quisieres llevarte contigo el dinero que te toca, luego te lo daré, y vete en paz, y cada uno siga la senda por donde su destino le guiare. Por mas discreto te tenia, replicó Lope, y tú no ves que lo que digo es burlando? Pero ya que sé que tú hablas de veras, de veras te serviré en todo aquello que fuere de tu gusto. Una cosa sola te pido en recompensa de las muchas que pienso hacer en tu servicio, y es que no me pongas en ocasion de que la Arguello me requiebre ni solicite, porque antes romperé con tu amistad, que ponerme á peligro de tener la suya: vive Dios, amigo, que habla mas que un Relator, y que le huele el aliento á rasuras desde una legua: todos los dientes de arriba son postizos, y tengo para mí que los cabellos son cabellera; y para adobar y suplir estas faltas, despues que me des-

cu-

cubrió su mal pensamiento, ha dado en afeytarse con albayalde, y asi se jalbega el rostro, que no parece sino mascaron de yeso puro. Todo eso es verdad, replicó Tomás, y no es tan mala la Gallega que á mí me martiriza: lo que se podrá hacer, es que esta noche sola estés en la posada, y mañana comprarás el asno que dices, y buscarás donde estar, y asi huirás los encuentros de la Arguello, yo quedaré sujeto á los de la Gallega, y á los de los rayos de la vista de mi Costanza. En esto se convinieron los dos amigos, y se fueron á la posada, adonde de la Arguello fue con muestras de mucho amor recibido el Asturiano. Aquella noche hubo un bayle á la puerta de la posada de muchos mozos de mulas, que en ella y en las convecinas habia. El que tocó la guitarra fue el Asturiano: las bayladoras, amen de las dos Gallegas y de la Arguello, fueron otras tres mozas de otra posada: juntaronse muchos embozados con mas deseo de ver á Costanza, que el bayle; pero ella no pareció, ni salió á verle, con que dexó burlados muchos deseos. De tal manera tocaba la guitarra Lope, que decian que la hacia hablar. Pidieronle las mozas, y con mas ahinco la Arguello, que cantase algun romance: él dixo, que como ellas le baylasen al modo como se canta y bayla en las comedias, que le cantaria; y que para que no lo errasen, que hiciesen todo aquello que él dixese cantando, y no otra cosa. Habia entre los mozos de mulas baylarines, y

en-

entre las mozas ni mas ni menos. Mondó el pecho Lope escupiendo dos veces, en el qual tiempo pensó lo que diria, y como era de presto, facil, y lindo ingenio, con una felicisima corriente de improviso comenzó á cantar de esta manera:

Salga la hermosa Arguello
moza, una vez y no mas,
y haciendo una reverencia
dé dos pasos hácia atrás.
De la mano la arrebate
el que llaman Barrabás,
Andaluz mozo de mulas,
canonigo del compas.
De las dos mozas Gallegas
que en esta posada están,
salga la mas carigorda
en cuerpo, y sin devantal.
Engarrafela Torote,
y todos quatro á la par
con mudanzas y meneos
den principio á un contrapas.

Todo lo que iba cantando el Asturiano hicieron al pie de la letra ellos y ellas; mas quando llegó á decir que diesen principio á un contrapas, respondió Barrabás (que asi le llamaban por mal nombre al baylarin mozo de mulas): Hermano musico, mire lo que canta, y no moteje á nadie de mal vestido, porque aqui no hay na-

nadie con trapos, y cada uno se viste como Dios le ayuda. El huesped que oyó la ignorancia del mozo, le dixo: Hermano mozo, contrapas es un bayle extrangero, y no motejo de mal vestido. Si eso es, replicó el mozo, no hay para que nos metan en dibuxos: toquen sus zarabandas, chaconas, y folias al uso, y escudillen como quisieren, que aqui hay personas que les sabrán llenar las medidas hasta el gollete. El Asturiano sin replicar palabra, prosiguió su canto, diciendo:

Entren pues todas las ninfas
y los ninfos que han de entrar;
que el bayle de la Chacona
es mas ancho que la mar.
Requieran las castañetas,
y baxense á refregar
las manos por esa arena,
ó tierra del muladar.
Todos lo han hecho muy bien,
no tengo que les retar:
santigüense, y den al diablo
dos higas de su higueral.
Escupan al hi de puta,
porque nos dexe holgar,
puesto que de la Chacona
nunca se suele apartar.
Cambio el son, divina Arguello,
mas bella que un hospital,
pues eres mi nueva musa,

tu

tu favor me quieras dar.
El bayle de la Chacona
encierra la vida bona.
Hallase alli el exercicio
que la salud acomoda,
sacudiendo de los miembros
á la pereza poltrona.
Bulle la risa en el pecho
del que bayla y del que toca,
del que mira y del que escucha
bayle y musica sonora.
El brio y la ligereza
en los viejos se remoza,
y en los mancebos se ensalza
y sobre modo se entona.
Que *el bayle de la Chacona*
encierra la vida bona.
Qué de veces ha intentado
aquesta noble Señora
con la alegre zarabanda,
el pesame, y perramora
Entrarse por los resquicios
de las casas religiosas,
á inquietar la honestidad
que en las santas celdas mora!
Quántas fue vituperada
de los mismos que la adoran!
porque imagina el lascivo,
y al que es necio se le antoja
que *el bayle de la Chacona*
encierra la vida bona.

Es-

Esta Indiana amulatada
de quien la fama pregona
que ha hecho mas sacrilegios
é insultos, que hizo Arova:
Esta, á quien es tributaria
la turba de las fregonas,
la caterva de los pages,
y de lacayos la tropa,
Dice, jura, y no rebienta,
que á pesar de la persona
del soberbio zampapalo,
ella es la flor de la olla;
Y que sola la Chacona
encierra la vida bona.

En tanto que Lope cantaba, se hacian rajas baylando la turbamulta de los mulantes y fregatrices del bayle, que llegaban á doce; y en tanto que Lope se acomodaba á pasar adelante cantando otras cosas de mas tomo, substancia, y consideracion de las cantadas, uno de los muchos embozados que el bayle miraban, dixo sin quitarse el embozo: Calla borracho, calla cuero, calla odrina, Poeta de viejo, musico falso. Tras esto acudieron otros diciendole tantas injurias y muecas, que Lope tuvo por bien de callar; pero los mozos de mulas lo tomaron tan á mal, que sino fuera por el huesped que con buenas razones los sosegó, alli fuera la de Mazagatos, y aun con todo eso no dexaran de menear las manos, si á aquel punto

no llegara la Justicia, y los hiciera recoger á todos. Apenas se habian retirado, quando llegó á los oidos de todos los que en el barrio despiertos estaban, una voz de un hombre que sentado sobre una piedra frontero de la posada del Sevillano cantaba con tan maravillosa y suave armonia, que los dexó suspensos, y les obligó á que le escuchasen hasta el fin; pero el que mas atento estuvo, fue Tomás Pedro, como aquel á quien mas le tocaba no solo oir la musica, sino entender la letra, que para él no fue oir canciones, sino cartas de excomunion que le congojaban el alma, porque lo que el musico cantó, fue este Romance:

Dónde estás, que no pareces,
esfera de la hermosura,
belleza á la vida humana
de divina compostura?
Cielo impireo, donde amor
tiene su estancia segura;
primer moble que arrebata
tras sí todas las venturas:
Lugar cristalino, donde
transparentes aguas puras
enfrian de amor las llamas,
las acrecientan y apuran:
Nuevo hermoso firmamento,
donde dos estrellas juntas,
sin tomar la luz prestada,
al Cielo y al suelo alumbran:

Ale-

Alegria, que se opone
á las tristezas confusas
del padre que da á sus hijos
en su vientre sepultura:
Humildad, que se resiste
de la alteza con que encumbran
el gran Jove, á quien influye
su benignidad, que es mucha:
Red invisible y sutil,
que pone en prisiones duras
al adultero guerrero
que de las batallas triunfa:
Quarto Cielo, y Sol segundo,
que el primero dexa á escuras
quando acaso dexa verse,
que el verle es caso y ventura:
Grave embaxador, que hablas
con tan extraña cordura,
que persuades callando
aun mas de lo que procuras:
Del segundo Cielo tienes
no mas que la hermosura,
y del primero no mas
que el resplandor de la Luna.
Esta esfera sois, Costanza,
puesta por corta fortuna
en lugar que por indigno
vuestras venturas deslumbra.
Fabricad vos vuestra suerte,
consintiendo se reduzga
la entereza á trato al uso,

la

la esquividad á blandura.
Con esto vereis, Señora,
que envidian vuestra fortuna
las soberbias por linage,
las grandes por hermosura.
Si quereis ahorrar camino,
la mas rica y la mas pura
voluntad en mí os ofrezco,
que vió amor en alma alguna.

El acabar estos ultimos versos, y el llegar volando dos medios ladrillos, fue todo uno, que si como dieron junto á los pies del musico, le dieran en mitad de la cabeza, con facilidad le sacaran de los cascos la musica y la poesia. Asombróse el pobre, y dió á correr por aquella cuesta arriba con tanta priesa, que no le alcanzara un galgo: infelice estado de los musicos murciegalos y lechuzos, siempre sujetos á semejantes lluvias y desmanes! Á todos los que escuchado habian la voz del apedreado, les pareció bien; pero á quien mejor, fue á Tomás Pedro que admiró la voz y el Romance: mas quisiera él que de otra que Costanza naciera la ocasion de tantas musicas, puesto que á sus oidos jamas llegó ninguna. Contrario de este parecer fue Barrabás el mozo de mulas que tambien estuvo atento á la musica, porque asi como vió huir al musico, dixo: Allá irás, mentecato, trobador de Judas, que pulgas te coman los ojos: y quién diablos te enseñó á cantar á una Fregona

co-

cosas de esferas y de Cielos, llamandola lunes, martes, y ruedas de fortuna? dixerasla noramala para tí y para quien le hubiere parecido bien tu trova, que es tiesa como un esparrago, entonada como un plumage, blanca como una leche, honesta como un Frayle novicio, melindrosa y zahareña como una mula de alquiler, y mas dura que un pedazo de argamasa, que como esto le dixeras, ella lo entendiera, y se holgara; pero llamarla embaxador, y red, y moble, y alteza, y baxeza, mas es para decirlo á un niño de la Doctrina, que á una Fregona. Verdaderamente que hay Poetas en el mundo, que escriben trovas que no hay diablo que las entienda; yo á lo menos aunque soy Barrabás, estas que ha cantado este musico, de ninguna manera las entiendo; miren que hará Costancica: pero ella lo hace mejor, que se está en su cama haciendo burla del mismo Preste Juan de las Indias: este musico á lo menos no es de los del hijo del Corregidor, que aquellos son muchos, y una vez que otra se dexan entender; pero este, voto á tal, que me dexa mohino. Todos los que escucharon á Barrabás recibieron gran gusto, y tuvieron su censura y parecer por muy acertado. Con esto se acostaron todos, y apenas estaba sosegada la gente, quando sintió Lope que llamaban á la puerta de su aposento muy paso; y preguntando, quién llama? fuele respondido con voz baxa: La Arguello, y la Gallega somos; abranos, que nos morimos de

frio. Pues en verdad, respondió Lope, que estamos en la mitad de los Caniculares. Dexate de gracias, amigo Lope, replicó la Gallega, levantate y abre, que venimos hechas unas Archiduquesas. Archiduquesas, y á tal hora? respondió Lope, no creo en ellas, antes entiendo que sois bruxas, ó unas grandisimas bellacas: idos de ahí luego al punto, si no por vida de... hago juramento, que si me levanto, que con los hierros de mi pretina os tengo de poner las posaderas como unas amapolas. Ellas, que se vieron responder tan acerbamente y tan fuera de aquello que primero se imaginaron, temieron la furia del Asturiano, y defraudadas sus esperanzas y borrados sus designios se volvieron tristes y melancolizadas á sus lechos; aunque antes de apartarse de la puerta, dixo la Arguello, poniendo los hocicos por el agujero de la llave: No es la miel para la boca del asno; y con esto como si hubiera dicho una gran sentencia, y tomado una justa venganza, se volvió como se ha dicho á su triste cama. Lope que sintió que se habian vuelto, dixo á Tomás Pedro que estaba despierto: Mirad, Tomás, ponedme vos á pelear con dos Gigantes, y en ocasion que me sea forzoso desquixarar por vuestro servicio media docena ó una de Leones, que yo lo haré con mas facilidad que beber una taza de vino; pero que me pongais en necesidad, que me tome á brazo partido con la Arguello, no lo consentiré, si me asaeteasen: mirad qué doncellas de

Di-

Dinamarca nos habia ofrecido la suerte esta noche. Ahora bien, amanecerá Dios, y medrarémos. Ya te he dicho, amigo, respondió Tomás, que puedes hacer tu gusto, ó ya en irte á tu romeria, ó ya en comprar el asno, y hacerte aguador como tienes determinado. En lo de ser aguador me afirmo, respondió Lope, y durmamos lo poco que queda hasta venir el dia, que tengo esta cabeza mayor que una cuba, y no estoy para ponerme ahora á departir contigo. Durmieronse, vino el dia, levantaronse, y acudió Tomás á dar cebada, y Lope se fue al mercado de las bestias que es alli junto, á comprar un asno que fuese tal como bueno. Sucedió pues que Tomás llevado de sus pensamientos, y de la comodidad que le daba la soledad de las fiestas, habia compuesto en algunas unos versos amorosos, y escritolos en el mismo libro do tenia la cuenta de la cebada, con intencion de sacarlos aparte en limpio, y romper ó borrar aquellas hojas; pero antes que esto hiciese, estando él fuera de casa, y habiendose dexado el libro sobre el caxon de la cebada, le tomó su amo, y abriendole para ver como estaba la cuenta, dió con los versos, que leidos le turbaron y sobresaltaron. Fuese con ellos á su muger, y antes que se los leyese llamó á Costanza, y con grandes encarecimientos mezclados con amenazas, le dixo le dixese si Tomás Pedro el mozo de la cebada le habia dicho algun requiebro, ó alguna palabra descompuesta, ó que diese indi-

cio de tenerla aficion. Costanza juró que la primera palabra en aquella ó en otra materia alguna estaba aun por hablarla, y que jamas ni aun con los ojos le habia dado muestras de pensamiento malo alguno. Creyeronla sus amos por estar acostumbrados á oirla siempre decir verdad en todo quanto le preguntaban. Dixeronla que se fuese de alli, y el huesped dixo á su muger: No sé que me diga de esto: habreis de saber, Señora, que Tomás tiene escritas en este libro de la cebada unas coplas, que me ponen mala espina, que está enamorado de Costancica. Veamos las coplas, respondió la muger, que yo os diré lo que en eso debe de haber. Asi será sin duda alguna, replicó su marido, que como sois Poeta, luego dareis en su sentido. No soy Poeta, respondió la muger, pero ya sabeis vos que tengo buen entendimiento, y que sé rezar en latin las quatro oraciones. Mejor hariades de rezallas en romance, que ya os dixo vuestro tio el Clerigo que deciades mil gazapatones quando rezabades en latin, y que no rezabades nada. Esa flecha de la aljaba de su sobrina ha salido, que está envidiosa de verme tomar las Horas de latin en la mano, y irme por ellas como por viña vendimiada. Sea como vos quisieredes, respondió el huesped, estad atenta, que las coplas son estas:

Quién de amor venturas halla?
El que calla.

Quién

Quién triunfa de su aspereza?
  La firmeza.
Quién da alcance á su alegria?
  La porfia.
De ese modo bien podria
  Esperar dichosa palma,
  Si en esta empresa mi alma
  Calla, está firme, y porfia.
Con qué se sustenta amor?
  Con favor.
Y con qué mengua su furia?
  Con la injuria.
Antes con desdenes crece?
  Desfallece.
Claro en esto se parece
  Que mi amor será inmortal;
  Pues la causa de mi mal
  Ni injuria, ni favorece.
Quien desespera, qué espera?
  Muerte entera.
Pues qué muerte el mal remedia?
  La que es media.
Luego bien será morir?
  Mejor sufrir;
Porque se suele decir
  (Y esta verdad se reciba):
  Que tras la tormenta esquiva
  Suele la calma venir.
Descubriré mi pasion?
  En ocasion.
Y si jamas se me dá?

Sí

Sí hará.
Llegará la muerte en tanto.
Llegue á tanto
Tu limpia fe y esperanza,
Que en sabiendolo Costanza
Convierta en risa tu llanto.

Hay mas ? preguntó la huespeda. No, respondió el marido; pero qué os parece de estos versos ? Lo primero, dixo ella, es menester averiguar si son de Tomás. En eso no hay que poner duda, replicó el marido, porque la letra de la cuenta de la cebada y la de las coplas toda es una, sin que se pueda negar. Mirad, marido, dixo la huespeda, á lo que yo veo, puesto que las coplas nombran á Costancica, por donde se puede pensar que se hicieron para ella, no por eso lo habemos de afirmar nosotros por verdad como si se las vieramos escribir, quanto mas, que otras Costanzas que la nuestra hay en el mundo; pero ya que sea por esta, ahí no le dice nada que la deshonre, ni la pide cosa que le importe. Estemos á la mira, y avisemos á la muchacha, que si él está enamorado de ella, á buen seguro que él haga mas coplas y que procure darselas. No sería mejor, dixo el marido, quitarnos de esos cuidados, y echarle de casa ? Eso, respondió la huespeda, en vuestra mano está; pero en verdad que segun vos decís, el mozo sirve de manera, que sería conciencia el despedirle por tan liviana ocasion. Ahora bien, dixo el

el marido, estarémos alerta, como vos decís, y el tiempo nos dirá lo que habemos de hacer. Quedaron en esto, y tornó á poner el huesped el libro donde lo habia hallado. Volvió Tomás ansioso á buscar su libro, hallóle, y porque no le diese otro sobresalto, trasladó las coplas, rasgó aquellas hojas, y propuso de aventurarse á descubrir su deseo á Costanza en la primera ocasion que se le ofreciese. Pero como ella andaba siempre sobre los estribos de su honestidad y recato, á ninguno daba lugar de mirarla, quanto mas de ponerse á platicas con ella; y como habia tanta gente y tantos ojos de ordinario en la posada, se aumentaba mas la dificultad de hablarla, de que se desesperaba el pobre enamorado. Mas habiendo salido aquel dia Costanza con una toca ceñida por las mexillas, y dicho á quien le preguntó que por qué se la habia puesto, que tenia un gran dolor de muelas; Tomás, á quien sus deseos avivaban el entendimiento, en un instante discurrió lo que sería bueno que hiciese, y dixo: Señora Costanza, yo le daré una oracion en escrito que á dos veces que la reze, se le quitará como con la mano su dolor. Norabuena, respondió Costanza, yo la rezaré, porque sé leer. Ha de ser con condicion, dixo Tomás, que no la ha de enseñar á nadie, porque la estimo en mucho, y no será bien que por saberla muchos se menosprecie. Yo le prometo, dixo Costanza, Tomás, que no la dé á nadie, y demela luego, porque me fatiga mucho el do-

lor.

lor. Yo la trasladaré de la memoria, respondió Tomás, y luego se la daré. Estas fueron las primeras razones que Tomás dixo á Costanza, y Costanza á Tomás en todo el tiempo que habia que estaba en casa, que ya pasaban de veinte y quatro dias. Retiróse Tomás, y escribió la oracion, y tuvo lugar de darsela á Costanza sin que nadie lo viese, y ella con mucho gusto y mas devocion se entró en un aposento á solas, y abriendo el papel, vió que decia de esta manera:

Señora de mi alma, yo soy un Caballero natural de Burgos: si alcanzo de dias á mi padre, heredo un mayorazgo de seis mil ducados de renta. Á la fama de vuestra hermosura que por muchas leguas se extiende, dexé mi patria, mudé vestido, y en el trage que me veis, vine á servir á vuestro dueño: si vos lo quisieredes ser mio, por los medios que mas á vuestra honestidad convengan, mirad qué pruebas quereis que haga para enteraros de esta verdad; y enterada en ella, siendo gusto vuestro, seré vuestro esposo, y me tendré por el mas bien afortunado del mundo. Solo por ahora os pido que no echeis tan enamorados y limpios pensamientos como los mios en la calle: que si vuestro dueño los sabe, y no los cree, me condenará á destierro de vuestra presencia, que sería lo mismo que condenarme á muerte. Dexadme, Señora, que os vea hasta que me creais, considerando que no merece el riguroso castigo de no

ve-

veros el que no ha cometido otra culpa que adoraros: con los ojos podreis responderme á hurto de los muchos que siempre os están mirando, que ellos son tales que airados matan, y piadosos resucitan. En tanto que Tomás entendió que Costanza se habia ido á leer su papel, le estuvo palpitando el corazon, temiendo y esperando ó ya la sentencia de su muerte, ó la restauracion de su vida. Salió en esto Costanza tan hermosa, aunque rebozada, que si pudiera recibir aumento su hermosura con algun accidente, se pudiera juzgar que el sobresalto de haber visto en el papel de Tomás otra cosa tan lejos de la que pensaba, habia acrecentado su belleza. Salió con el papel entre las manos hecho menudas piezas, y dixo á Tomás que apenas se podia tener en pie: Hermano Tomás, esta tu oracion mas parece hechiceria y embuste, que oracion santa, y asi yo no la quiero creer ni usar, y por eso la he rasgado, porque no la vea nadie que sea mas credula que yo: aprende otras oraciones, porque esta será imposible que te sea de provecho. En diciendo esto se entró con su ama, y Tomás quedó suspenso; pero algo consolado, viendo que en solo el pecho de Costanza quedaba el secreto de su deseo, pareciendole que pues no habia dado cuenta de él á su amo, por lo menos no estaba en peligro de que le echasen de casa. Parecióle que en el primer paso que habia dado en su pretension, habia atropellado por mil montes de inconvenientes, y

que

que en las cosas grandes y dudosas la mayor dificultad está en los principios.

En tanto que esto sucedió en la posada, andaba el Asturiano comprando el asno donde los vendian; y aunque halló muchos, ninguno le satisfizo, puesto que un Gitano anduvo muy solicito por encaxarle uno que mas caminaba por el azogue que le habia echado en los oidos, que por la ligereza suya; pero lo que contentaba con el paso, desagradaba con el cuerpo, que era muy pequeño, y no del grandor y talle que Lope queria, que le buscaba suficiente para llevarle á él por añadidura, ora fuesen vacios, ó llenos los cantaros. Llegóse á él en esto un mozo, y dixole al oido: Galan, si busca bestia comoda para el oficio de aguador, yo tengo un asno aqui cerca en un prado, que no le hay mejor ni mayor en la Ciudad, y aconsejole que no compre bestia de Gitanos, porque aunque parezcan sanas y buenas, todas son falsas y llenas de dolames; si quiere comprar la que le conviene, vengase conmigo, y calle la boca. Creyóle el Asturiano, y dixole que guiase adonde estaba el asno, que tanto encarecia. Fueronse los dos mano á mano, como dicen, hasta que llegaron á la huerta del Rey, donde á la sombra de una azuda hallaron muchos Aguadores, cuyos asnos pacian en un prado que alli cerca estaba. Mostró el vendedor su asno, tal que le hinchó el ojo al Asturiano, y de todos los que alli estaban fue alabado el asno de fuerte, de cami-

na-

nador, y comedor sobre manera. Hicieron su concierto, y sin otra seguridad ni informacion, siendo corredores y medianeros los demas Aguadores, dió diez y seis ducados por el asno, con todos los aderentes del oficio: hizo la paga real en escudos de oro. Dieronle el parabien de la compra y de la entrada en el oficio, y certificaronle que habia comprado un asno dichosisimo; porque el dueño que le dexaba, sin que se le mancase ni matase, habia ganado con él en menos tiempo de un año, despues de haberse sustentado á él y al asno honradamente, dos pares de vestidos, y mas aquellos diez y seis ducados, con que pensaba volver á su tierra, donde le tenian concertado un casamiento con una media parienta suya. Amen de los corredores del asno, estaban otros quatro Aguadores jugando á la primera, tendidos en el suelo, sirviendoles de bufete la tierra, y de sobremesa sus capas. Pusose el Asturiano á mirarlos, y vió que no jugaban como Aguadores, sino como Arcedianos, porque tenia de resto cada uno mas de cien reales en quartos y en plata. Llegó una mano de echar todo el resto; y si uno no hiciera partido á otro, él hiciera mesa gallega. Finalmente á los dos en aquel resto se les acabó el dinero, y se levantaron. Viendo lo qual el vendedor del asno, dixo que si hubiera quarto, que él jugara, porque era enemigo de jugar en tercio. El Asturiano que era de propiedad del azucar, que jamas gastó menestra como dice el Italia-

liano, dixo que él haria quarto. Sentaronse luego, anduvo la cosa de buena manera, y queriendo jugar antes el dinero que el tiempo, en poco rato perdió Lope seis escudos que tenia, y viendose sin blanca, dixo que si le querian jugar el asno, que él le jugaria. Aceptaronle el envite, y hizo de resto un quarto del asno, diciendo que por quartos queria jugarle. Dixole tan mal, que en quatro restos consecutivamente perdió los quatro quartos del asno, y ganóselos el mismo que se le habia vendido; y levantandose para volver á entregarse en él, dixo el Asturiano, que advirtiesen que él solamente habia jugado los quatro quartos del asno, pero la cola que se la diesen, y se le llevasen norabuena. Causóles gran risa á todos la demanda de la cola; y hubo Letrados que fueron de parecer que no tenia razon en lo que pedia, diciendo que quando se vende un carnero ú otra res alguna, no se saca ni quita la cola, que con uno de los quartos traseros ha de ir forzosamente. Á lo qual replicó Lope, que los carneros de Berberia ordinariamente tienen cinco quartos, y que el quinto es de la cola; y quando los tales carneros se quartean, tanto vale la cola como qualquier quarto: y que á lo de ir la cola junto con la res que se vende viva y no se quartea, que lo concedia; pero que la suya no fue vendida, sino jugada, y que nunca su intencion fue jugar la cola, y que al punto se la volviesen luego con todo lo á ello anexo y concerniente, que

era

era desde la punta del celebro con toda la osamenta del espinazo donde ella tomaba principio y descendia, hasta parar en los ultimos pelos de ella. Dadme vos, dixo uno, que ello sea asi como decís, y que os la den como la pedís, y sentaos junto á lo que del asno queda. Pues asi es, replicó Lope, venga mi cola; si no, por Dios que no me lleven el asno, si bien viniesen por él quantos Aguadores hay en el mundo; y no piensen que por ser tantos los que aqui están, me han de hacer su percheria, porque soy yo un hombre que me sabré llegar á otro hombre, y meterle dos palmos de daga por las tripas, sin que sepa de quien, por donde, ó cómo le vino; y mas, que no quiero que me paguen la cola del asno rata por cantidad, sino que quiero que me la den en sér y la corten del asno, como tengo dicho. Al ganancioso, y á los demas les pareció no ser bien llevar aquel negocio por fuerza, porque juzgaron ser de tal brio el Asturiano, que no consentiria que se la hiciesen; el qual como estaba hecho al trato de las almadrabas, donde se exercita todo genero de rumbo, y xacara, y de extraordinarios juramentos, y votos, voleó alli el capelo, y empuñó un puñal que debaxo del capotillo traía, y pusose en tal postura, que infundió temor y respeto en toda aquella aguadora compañia. Finalmente uno de ellos, que parecia de mas razon y discurso, los concertó en que se echase la cola contra un quarto del asno á una quinola, ó á dos y pasan-

sante. Fueron contentos, ganó la quinola Lope, picóse el otro, echó el otro quarto, y á otras tres manos quedó sin asno. Quiso jugar el dinero, no queria Lope; pero tanto le porfiaron todos, que lo hubo de hacer, con que hizo el viage del desposado, dexandole sin un solo maravedí; y fue tanta la pesadumbre que de esto recibió el perdidoso, que se arrojó en el suelo, y comenzó á darse de calabazadas por la tierra. Lope como bien nacido, y como liberal, y compasivo le levantó, y le volvió todo el dinero que le habia ganado, y los diez y seis ducados del asno, y aun de los que él tenia repartió con los circunstantes, cuya extraña liberalidad pasmó á todos: y si fueran los tiempos y las ocasiones del Gran Tamorlan, le alzaran por Rey de los Aguadores. Con grande acompañamiento volvió Lope á la Ciudad, donde contó á Tomás lo sucedido, y Tomás asimismo le dió cuenta de sus buenos sucesos. No quedó taberna, ni bodegon, ni junta de picaros, donde no se supiese el juego del asno, el desquite por la cola, y el brio y la liberalidad del Asturiano; pero como la mala bestia del vulgo por la mayor parte es mala, maldita, y maldiciente, no tomó de memoria la liberalidad, brio, y buenas partes del gran Lope, sino solamente la cola: y asi apenas hubo andado dos dias por la Ciudad echando agua, quando se vió señalar de muchos con el dedo que decian: Este es el Aguador de la cola. Estuvieron los muchachos atentos, supieron el ca-

so, y no habia asomado Lope por la entrada de qualquiera calle, quando por toda ella le gritaban, quien de aqui, quien de alli: Asturiano, daca la cola: daca la cola, Asturiano. Lope que se vió asaetear de tantas lenguas, y con tantas voces, dió en callar, creyendo que en su mucho silencio se anegaria tanta insolencia: mas ni por esas, pues mientras mas callaba, mas los muchachos gritaban; y asi probó á mudar su paciencia en colera, y apeandose del asno, dió á palos tras los muchachos, que fue afinar el polvorin, y ponerle fuego, y fue otro cortar las cabezas de la serpiente, pues en lugar de una que quitaba, apaleando á algun muchacho, nacian en el mismo instante no otras siete sino setecientas, que con mayor ahinco y menudeo le pedian la cola. Finalmente tuvo por bien de retirarse á una posada, que habia tomado fuera de la de su compañero, por huir de la Arguello, y de estarse en ella hasta que la influencia de aquel mal planeta pasase, y se borrase de la memoria de los muchachos aquella demanda de la cola que le pedian. Seis dias se pasaron sin que saliese de casa sino era de noche, que iba á ver á Tomas, y á preguntarle del estado en que se hallaba, el qual le contó, que despues que habia dado el papel á Costanza, nunca mas habia podido hablarla una sola palabra, y que le parecia que andaba mas recatada que solia, puesto que una vez tuvo lugar de llegar á hablarla, y viendolo ella le habia dicho antes que llegase: Tomás, no

me

me duele nada, y asi ni tengo necesidad de tus palabras, ni de tus oraciones; contentate que no te acuso á la Inquisicion, y no te canses: pero que estas razones las dixo sin mostrar ira en los ojos, ni otro desabrimiento que pudiera dar indicio de riguridad alguna. Lope le contó á él la grita que le daban los muchachos, pidiendole la cola, porque él habia pedido la de su asno, con que hizo el famoso desquite. Aconsejóle Tomás, que no saliese de casa, á lo menos sobre el asno, y que si saliese, fuese por calles solas y apartadas; y que quando esto no bastase, bastaria dexar el oficio, ultimo remedio de poner fin á tan poco honesta demanda. Preguntóle Lope, si habia acudido mas la Gállega? Tomás dixo que no; pero que no dexaba de sobornarle la voluntad con regalos y presentes de lo que hurtaba en la cocina á los huespedes. Retiróse con esto á su posada Lope con determinacion de no salir de ella en otros seis dias, á lo menos con el asno. Las once serian de la noche, quando de improviso y sin pensarlo vieron entrar en la posada muchas varas de Justicia, y al cabo el Corregidor. Alborotóse el huesped, y aun los huespedes; porque asi como los Cometas quando se muestran, siempre causan temores de desgracias é infortunios: ni mas ni menos la Justicia, quando de repente y de tropel se entra en una casa, sobresalta y atemoriza hasta las conciencias no culpadas. Entróse el Corregidor en una sala, y llamó al huesped de casa, el qual vi-

vino temblando á ver lo que el Señor Corregidor queria. Y asi como le vió el Corregidor, le preguntó con mucha gravedad: Sois vos el huesped? Sí, Señor, respondió él, para lo que Vmd. me quisiere mandar. Mandó el Corregidor que saliesen de la sala todos los que en ella estaban, y que le dexasen solo con el huesped. Hicieronlo asi, y quedandose solos, dixo el Corregidor al huesped: Huesped, qué gente de servicio teneis en esta vuestra posada? Señor, respondió él, tengo dos mozas Gallegas, y una ama, y un mozo que tiene cuenta con dar la cebada y paja. No mas? replicó el Corregidor. No, Señor, respondió el huesped. Pues decidme, huesped, dixo el Corregidor, dónde está una muchacha que dicen que sirve en esta casa, tan hermosa, que por toda la Ciudad la llaman la ilustre Fregona, y aun me han llegado á decir que mi hijo Don Periquito es su enamorado, y que no hay noche que no la dé musicas? Señor, respondió el huesped, esa Fregona ilustre que dicen, es verdad que está en mi casa, pero ni es mi criada, ni dexa de serlo. No entiendo lo que decís, huesped, en eso de ser, y no ser vuestra criada la Fregona. Yo he dicho bien, añadió el huesped, y si Vmd. me da licencia, le diré lo que hay en esto, lo qual jamas he dicho á persona alguna. Primero quiero ver á la Fregona, que saber otra cosa: llamadla acá, dixo el Corregidor. Asomóse el huesped á la puerta de la sala, y dixo: Oislo, Señora? haced que entre

aqui Costanza. Quando la huespeda oyó que el Corregidor llamaba á Costanza, turbóse, y comenzó á torcerse las manos, diciendo: Ay desdichada de mí! el Corregidor á Costanza, y á solas! algun gran mal debe de haber sucedido, que la hermosura de esta muchacha trae encantados los hombres. Costanza que lo oía, dixo: Señora, no se congoje, que yo iré á ver lo que el Señor Corregidor quiere, y si algun mal hubiere sucedido, esté segura Vmd. que no tendré yo la culpa; y en esto sin aguardar que otra vez la llamasen, tomó una vela encendida sobre un candelero de plata, y con mas vergüenza que temor, fue donde el Corregidor estaba. Asi como el Corregidor la vió, mandó al huesped que cerrase la puerta de la sala: lo qual hecho, el Corregidor se levantó, y tomando el candelero que Costanza traía, llegandole la luz al rostro, la anduvo mirando toda de arriba abaxo; y como Costanza estaba con sobresalto, habiasele encendido la color del rostro y estaba tan hermosa y tan honesta, que al Corregidor le pareció que estaba mirando la hermosura de un Angel en la tierra, y despues de haberla bien mirado, dixo: Huesped, esta no es joya para estar en el baxo engaste de un meson, desde aqui digo que mi hijo Periquito es discreto, pues tan bien ha sabido emplear sus pensamientos: digo, doncella, que no solamente os pueden y deben llamar ilustre, sino ilustrisima; pero estos titulos no habian de caer sobre el nombre de Fregona, sino so-

sobre el de una Duquesa. No es Fregona, Señor, dixo el huesped, que no sirve de otra cosa en casa que de traer las llaves de la plata, que por la bondad de Dios tengo alguna, con que se sirven los huespedes honrados que á esta posada vienen. Con todo eso, dixo el Corregidor: digo, huesped, que ni es decente ni conviene que esta doncella esté en un meson. Es parienta vuestra por ventura? Ni es mi parienta, ni es mi criada; y si Vmd. gustare de saber quien es, como ella no esté delante, oirá Vmd. cosas que juntamente con darle gusto, le admiren. Sí gustaré, dixo el Corregidor, salgase Costancica allá fuera, y prometase de mí lo que de su mismo padre pudiera prometerse, que su mucha honestidad y hermosura obligan á que todos los que la vieren se ofrezcan á su servicio. No respondió palabra Costanza, sino con mucha mesura hizo una profunda reverencia al Corregidor: salióse de la sala, y halló á su ama desalada esperandola para saber de ella qué era lo que el Corregidor la queria: ella le contó lo que habia pasado, y como su Señor quedaba con él para contarle no sé qué cosas, que no queria que ella las oyese. No acabó de sosegarse la huespeda, y siempre estuvo rezando hasta que se fue el Corregidor, y vió salir libre á su marido, el qual en tanto que estuvo con el Corregidor, le dixo: Hoy hacen, Señor, segun mi cuenta quince años, un mes, y quatro dias, que llegó á esta posada una Señora en habito de Peregrina

en una litera, acompañada de quatro criados de á caballo, y de dos dueñas, y una doncella, que en un coche venian: traía asimismo dos acemilas cubiertas con dos ricos reposteros, y cargadas con una rica cama, y con aderezos de cocina: finalmente el aparato era principal, y la Peregrina representaba ser una gran Señora; y aunque en la edad mostraba ser de quarenta ó pocos mas años, no por eso dexaba de parecer hermosa en todo extremo: venia enferma y descolorida, y tan fatigada, que mandó que luego luego le hiciesen la cama, y en esta misma sala se la hicieron sus criadas. Preguntaronme quál era el Medico de mas fama de esta Ciudad? Dixeles que el Doctor de la Fuente. Fueron luego por él, y él vino luego: comunicó á solas con él su enfermedad; y lo que de su platica resultó fue, que mandó el Medico que se le hiciese la cama en otra parte, y en lugar donde no le diesen ningun ruido. Al momento la mudaron á otro aposento, que está aqui arriba apartado y con la comodidad que el Doctor pedia. Ninguno de los criados entraba donde estaba su Señora, y solas las dos dueñas y la doncella la servian. Yo y mi muger preguntamos á los criados quién era aquella Señora, y cómo se llamaba, de dónde venia, y adónde iba, si era casada, viuda ó doncella, y por qué causa se vestia aquel habito de Peregrina? Á todas estas preguntas que les hicimos una y muchas veces, no hubo alguno que nos respondiese otra cosa, sino que

aque-

aquella Peregrina era una Señora principal y rica de Castilla la Vieja, y que era viuda, y que no tenia hijos que la heredasen; y que porque habia algunos meses que estaba enferma de hidropesia, habia ofrecido de ir á nuestra Señora de Guadalupe en romeria, por la qual promesa iba en aquel habito. En quanto á decir su nombre, traían orden de no llamarla sino la Señora Peregrina. Esto supimos por entonces; pero á cabo de tres dias, que por enferma la Señora Peregrina se estaba en casa, una de las dueñas nos llamó á mí y á mi muger de su parte: fuimos á ver lo que nos queria, y á puerta cerrada y delante de sus criadas casi con lagrimas en los ojos nos dixo, creo que estas mismas razones: Señores mios, los Cielos me son testigos que sin culpa mia me hallo en el riguroso trance que ahora os diré: Yo estoy preñada, y tan cerca del parto, que ya los dolores me van apretando. Ninguno de los criados que vienen conmigo, saben mi necesidad ni desgracia: á estas mis mugeres ni he podido, ni he querido encubrirselo: por huir de los maliciosos ojos de mi tierra, y porque esta hora no me tomase en ella, hice voto de ir á nuestra Señora de Guadalupe: ella debe de haber sido servida que en esta vuestra casa me tome el parto: á vosotros está ahora el remediarme y acudirme con el secreto que merece la que su honra pone en vuestras manos. La paga de la merced que me hiciereded (que asi quiero llamarla) si

no

no respondiere al gran beneficio que espero, responderá á lo menos á dar muestra de una voluntad muy agradecida, y quiero que comiencen á dar muestras de mi voluntad estos ducientos escudos de oro que van en este bolsillo; y sacando debaxo de la almohada de la cama un bolsillo de aguja de oro y verde, se le puso en las manos de mi muger, la qual como simple y sin mirar lo que hacia, porque estaba suspensa y colgada de la Peregrina, tomó el bolsillo sin responderle palabra de agradecimiento ni de comedimiento alguno: yo me acuerdo que le dixe, que no era menester nada de aquello, que no eramos personas que por interes mas que por caridad nos moviamos á hacer bien quando se ofrecia. Ella prosiguió diciendo: Es menester, amigos, que busqueis donde llevar lo que pariere, luego luego, buscando tambien mentiras que decir á quien lo entregaredes, que por ahora será en la Ciudad, y despues quiero que se lleve á una aldea: de lo que despues se hubiere de hacer, siendo Dios servido de alumbrarme y de llevarme á cumplir mi voto, quando de Guadalupe vuelva lo sabreis, porque el tiempo me habrá dado lugar de que piense y escoja lo mejor que me convenga: partera no la he menester ni la quiero, que otros partos mas honrados que he tenido, me aseguran que con sola la ayuda de estas mis criadas facilitaré sus dificultades, y ahorraré un testigo mas de mis sucesos. Aqui dió fin á su razonamiento la lasti-

ma-

mada y afligida Peregrina, y principio á un copioso llanto, que en parte fue consolado por las muchas y buenas razones que mi muger ya vuelta en mas acuerdo le dixo: finalmente yo salí luego á buscar donde llevar lo que pariese á qualquier hora que fuese; y entre las doce y la una de aquella misma noche, quando toda la gente de casa estaba entregada al sueño, la buena Señora parió una niña la mas hermosa que mis ojos hasta entonces habian visto, que es esta misma que Vmd. acaba de ver ahora. Ni la madre se quejó en el parto, ni la hija nació llorando: en todos habia sosiego y silencio maravilloso, y tal, qual convenia para el secreto de aquel extraño caso. Otros seis dias estuvo en la cama, y en todos ellos venia el Medico á visitarla; pero no porque ella le hubiese declarado de qué procedia su mal; y las medicinas que le ordenaba, nunca las puso en execucion, porque solo pretendió engañar á sus criados con la visita del Medico. Todo esto me dixo ella misma despues que se vió fuera de peligro, y á los ocho dias se levantó con el mismo bulto, ó con otro que se parecia á aquel con que se habia echado. Fue á su romeria, y volvió de alli á veinte dias ya casi sana, porque poco á poco se iba quitando el artificio, con que despues de parida se mostraba hidropica. Quando volvió, estaba ya la niña dada á criar por mi orden con nombre de mi sobrina en una aldea dos leguas de aqui: en el Bautismo se le puso por nombre Costanza, que

asi

asi lo dexó ordenado su madre, la qual contenta de lo que yo habia hecho, al tiempo de despedirse me dió una cadena de oro que hasta ahora tengo, de la qual quitó seis trozos, los quales dixo que traeria la persona que por la niña viniese. Tambien cortó un blanco pergamino á vueltas y á ondas, á la traza y manera como quando se enclavijan las manos, y en los dedos se escribe alguna cosa, que estando enclavijados los dedos se puede leer, y despues de apartadas las manos queda dividida la razon, porque se dividen las letras, que en volviendo á enclavijar los dedos se juntan y corresponden de manera, que se pueden leer continuamente: digo, que el un pergamino sirve de alma del otro, y encaxados se leerán, y divididos no es posible, sino es adivinando. La mitad del pergamino, y casi toda la cadena quedó en mi poder, y todo lo tengo, esperando el contraseño hasta ahora; puesto que ella me dixo, que dentro de dos años embiaria por su hija, encargandome que la criase no como quien ella era, sino del modo que se suele criar una Labradora. Encargóme tambien que si por algun suceso no le fuese posible enviar tan presto por su hija, que aunque creciese y llegase á tener entendimiento, no la dixese del modo que habia nacido; y que la perdonase el no decirme su nombre, ni quién era, que lo guardaba para otra ocasion mas importante. En resolucion, dandome otros quatrocientos escudos de oro, y abrazando á mi muger con tiernas la-

gri-

grimas, se partió, dexandonos admirados de su discrecion, valor, hermosura y recato. Costanza se crió en el aldea dos años, y luego la traxe conmigo, y siempre la he traido en habito de Labradora, como su madre me lo dexó mandado. Quince años, un mes, y quatro dias ha que aguardo á quien ha de venir por ella, y la mucha tardanza me ha consumido la esperanza de ver esta venida, y si en este año en que estamos, no vienen, tengo determinado de prohijarla, y darle toda mi hacienda, que vale mas de seis mil ducados, Dios sea bendito. Resta ahora, Señor Corregidor, decir á Vmd., si es posible que yo sepa decir, las bondades, y virtudes de Costancica. Ella, lo primero y principal, es devotisima de nuestra Señora: confiesa y comulga cada mes: sabe escribir y leer: no hay mayor randera en Toledo: canta á la almohadilla como unos Angeles: en ser honesta no hay quien la iguale; pues en lo que toca á ser hermosa, ya Vmd. lo ha visto. El Señor Don Pedro hijo de Vmd. en su vida la ha hablado: bien es verdad que de quando en quando la da alguna musica, que ella jamas escucha. Muchos Señores, y de Titulo han posado en esta posada, y á posta por hartarse de verla han detenido su camino muchos dias; pero yo sé bien, que no habrá ninguno que con verdad se pueda alabar que ella le haya dado lugar de decirle una palabra sola, ni acompañada. Esta es, Señor, la verdadera historia de la Ilustre Fregona, que
no

no friega, en la qual no he salido de la verdad un punto. Calló el huesped, y tardó un gran rato el Corregidor en hablarle; tan suspenso le tenia el suceso que el huesped le habia contado: en fin le dixo que le traxese alli la cadena, y el pergamino, que queria verlo. Fue el huesped por ello, y trayendoselo, vió que era asi como le habia dicho: la cadena era de trozos curiosamente labrada: en el pergamino estaban escritas una debaxo de otra en el espacio que habia de henchir el vacio de la otra mitad, estas letras: E, T, E, L, S, N, V, D, D, R, por las quales letras vió ser forzoso que se juntasen con las de la mitad del otro pergamino, para poder ser entendidas. Tuvo por discreta la señal del conocimiento, y juzgó por muy rica á la Señora Peregrina, que tal cadena habia dexado al huesped; y teniendo en pensamiento de sacar de aquella posada á la hermosa muchacha, quando hubiese concertado un Monasterio donde llevarla, por entonces se contentó de llevar solo el pergamino, encargando al huesped, que si acaso viniesen por Costanza, le avisase y diese noticia de quién era el que por ella venia, antes que le mostrase la cadena que dexaba en su poder. Con esto se fue tan admirado del cuento y suceso de la Ilustre Fregona, como de su incomparable hermosura. Todo el tiempo que gastó el huesped en estar con el Corregidor, y el que ocupó Costanza quando la llamaron, estuvo Tomás fuera de sí, combatida el alma de mil

va-

varios pensamientos, sin acertar jamas con ninguno de su gusto; pero quando vió que el Corregidor se iba, y que Costanza se quedaba, respiró su espiritu, y volvieronle los pulsos que ya casi desamparado le tenian: no osó preguntar al huesped lo que el Corregidor queria, ni el huesped lo dixo á nadie, sino á su muger, con que ella tambien volvió en sí, dando gracias á Dios que de tan grande sobresalto la habia librado. El dia siguiente cerca de la una entraron en la posada con quatro hombres de á caballo dos Caballeros ancianos de venerable presencia, habiendo primero preguntado uno de dos mozos que á pie con ellos venian, si era aquella la posada del Sevillano? Y habiendole respondido que sí, se entraron todos en ella. Apearonse los quatro, y fueron á apear á los dos ancianos, señal por donde se conoció, que aquellos dos eran Señores de los seis. Salió Costanza con su acostumbrada gentileza á ver los nuevos huespedes; y apenas la hubo visto uno de los dos ancianos, quando dixo al otro: Yo creo, Señor Don Juan, que hemos hallado todo aquello que venimos á buscar. Tomás que acudió á dar recado á las cabalgaduras, conoció luego á dos criados de su padre, y luego conoció á su padre, y al padre de Carriazo, que eran los dos ancianos á quien los demas respetaban; y aunque se admiró de su venida, consideró que le debian de ir á buscar á él y á Carriazo á las almadrabas, que no habria faltado quien les hubiese dicho que en

ellas,

ellas, y no en Flandes los hallarian; pero no se atrevió á dexarse conocer en aquel trage, antes aventurandolo todo, puesta la mano en el rostro pasó por delante de ellos, y fue á buscar á Costanza, y quiso la buena suerte que la hallase sola, y á priesa y con voz turbada, temeroso que ella no le daria lugar para decirle nada, le dixo: Costanza, uno de estos dos Caballeros ancianos que aqui han llegado ahora, es mi padre, que es aquel que oyeres llamar Don Juan de Avendaño, informate de sus criados si tiene un hijo que se llama Don Tomás de Avendaño que soy yo, y de aqui podrás ir coligiendo y averiguando que te he dicho verdad en quanto á la calidad de mi persona, y que te la diré en quanto de mi parte te tengo ofrecido; y quedate á Dios, que hasta que ellos se vayan, no pienso volver á esta casa. No le respondió nada Costanza, ni él aguardó á que le respondiese, sino volviendose á salir cubierto como habia entrado, se fue á dar cuenta á Carriazo de como sus padres estaban en la posada. Dió voces el huesped á Tomás, que viniese á dar cebada; pero como no pareció, dióla él mismo. Uno de los dos ancianos llamó aparte á una de las dos mozas gallegas, y preguntóle cómo se llamaba aquella muchacha hermosa que habian visto, y que si era hija ó parienta del huesped, ó huespeda de casa? La Gallega le respondió: La moza se llama Costanza, ni es parienta del huesped ni de la huespeda, ni sé lo que es: solo digo, que la

doy

doy á la mala landre, que no sé que tiene, que no dexa hacer baza á ninguna de las mozas que estamos en casa; pues en verdad que tenemos nuestras facciones como Dios nos las puso: no entra huesped que no pregunte luego, quién es la hermosa? y que no diga: Bonita es, bien parece, á fe que no es mala, mal año para la mas pintada, nunca peor me la depare la fortuna: y á nosotras no hay quien nos diga qué teneis ahí, diablos, ó mugeres, ó lo que sois? Luego esta niña á esa cuenta, replicó el Caballero, debe de dexarse manosear y requebrar de los huespedes? Sí, respondió la Gallega, tenedle el pie al herrar, bonita es la niña para eso: par Dios, Señor, si ella se dexara siquiera mirar, manara en oro: es mas aspera que un erizo: es una traga Ave Marias: labrando está todo el día y rezando: para el dia que ha de hacer milagros, quisiera yo tener un cuento de renta: mi ama dice, que trae un cilicio pegado á las carnes, y que es una santa. Contentisimo el Caballero de lo que habia oido á la Gallega, sin esperar á que le quitasen las espuelas, llamó al huesped, y retirandose con él aparte en una sala, le dixo: Yo, Señor huesped, vengo á quitaros una prenda mia que ha algunos años que teneis en vuestro poder, para quitarosla os traygo mil escudos de oro, y estos trozos de cadena, y este pergamino; y diciendo esto, sacó los seis de la seña de la cadena que el huesped tenia: este conoció asimismo el pergamino, y alegre sobre manera con

el

el ofrecimiento de los mil escudos, respondió: Señor, la prenda que quereis quitar, está en casa, pero no están en ella la cadena ni el pergamino con que se ha de hacer la prueba de la verdad, que yo creo que Vmd. trata; y asi le suplico tenga paciencia, que yo vuelvo luego: y al momento fue á avisar al Corregidor de lo que pasaba, y de como estaban dos Caballeros en su posada que venian por Costanza. Acababa de comer el Corregidor, y con el deseo que tenia de ver el fin de aquella historia, subió luego á caballo y vino á la posada del Sevillano, llevando consigo el pergamino de la muestra; y apenas hubo visto á los dos Caballeros, quando abiertos los brazos fue á abrazar al uno, diciendo: Valgame Dios! qué buena venida es esta, Señor Don Juan de Avendaño, primo y Señor mio? El Caballero le abrazó asimismo, diciendole: Sin duda, Señor primo, habrá sido buena mi venida, pues os veo, y con la salud que siempre os deseo: abrazad, primo, á este Caballero, que es el Señor Don Diego de Carriazo, gran Señor y amigo mio. Ya conozco al Señor Don Diego, respondió el Corregidor, y le soy muy servidor: y abrazandose los dos, despues de haberse recibido con grande amor y grandes cortesias, se entraron en una sala, donde se quedaron solos con el huesped, el qual ya tenia consigo la cadena, y dixo: Ya el Señor Corregidor sabe á lo que Vmd. viene, Señor Don Diego de Carriazo, Vmd. saque los trozos que faltan á

es-

esta cadena, y el Señor Corregidor sacará el pergamino que está en su poder, y hagamos la prueba que ha tantos años que espero á que se haga. De esa manera, respondió Don Diego, no habrá necesidad de dar cuenta de nuevo al Señor Corregidor de nuestra venida, pues bien se verá que ha sido á lo que vos, Señor huesped, habreis dicho. Algo me ha dicho, dixo el Corregidor, pero mucho me quedó por saber: el pergamino hele aqui. Sacó Don Diego el otro, y juntando las dos partes, se hicieron una, y á las letras del que tenia el huesped, que como se ha dicho eran E, T, E, L, S, N, V, D, D, R, respondian en el otro pergamino estas S, A, S, A, E, A, L, E, R, A, E, A, que todas juntas decian: *Esta es la señal verdadera.* Cotejaronse luego los trozos de la cadena, y hallaron ser las señas verdaderas. Esto está hecho, dixo el Corregidor, resta ahora saber si es posible, quienes son los padres de esta hermosisima prenda. El padre, respondió Don Diego, yo lo soy, la madre ya no vive, basta saber que fue tan principal, que pudiera yo ser su criado; y porque como se encubre su nombre, no se encubra su fama, ni se culpe lo que en ella parece manifiesto error y culpa conocida, se ha de saber que la madre de esta prenda, siendo viuda de un gran Caballero, se retiró á vivir á una aldea suya, y alli con recato y con honestidad grandisima pasaba con sus criados y vasallos una vida sosegada y quieta. Ordenó la suerte que un dia

yen-

yendo yo á caza por el termino de su lugar, quise visitarla, y era la hora de siesta quando llegué á su Alcazar, que asi se puede llamar su gran Casa: dexé el caballo á un criado mio, subí sin topar á nadie hasta el mismo aposento donde ella estaba durmiendo la siesta sobre un estrado negro. Era por extremo hermosa, y el silencio, la soledad, y la ocasion despertaron en mí un deseo mas atrevido que honesto, y sin ponerme á hacer discretos discursos, cerré tras mí la puerta, y llegandome á ella, la desperté, y teniendola asida fuertemente, le dixe: Vmd. Señora mia, no grite, que las voces que diere, serán pregoneras de su deshonra: nadie me ha visto entrar en este aposento, que mi suerte, porque la tenga bonisima en gozaros, ha llovido sueño en todos vuestros criados; y quando ellos acudan á vuestras voces, no podrán mas que quitarme la vida, y esto ha de ser en vuestros mismos brazos, y no por mi muerte dexará de quedar en opinion vuestra fama. Finalmente yo la gozé contra voluntad suya y á pura fuerza mia: ella cansada, rendida, y turbada ó no pudo, ó no quiso hablarme palabra; y yo dexandola como atonita y suspensa, me volví á salir por los mismos pasos por donde habia entrado, y me vine á la aldea de otro amigo mio que estaba dos leguas de la suya. Esta Señora se mudó de aquel lugar á otro, y sin que yo jamas la viese ni lo procurase, se pasaron dos años, al cabo de los quales supe que era muerta;

ta;

ta; y podrá haber veinte dias, que con grandes encarecimientos, escribiendome que era cosa que me importaba en ella el contento y la honra, me envió á llamar un Mayordomo de esta Señora: fui á ver lo que me queria, bien lejos de pensar en lo que me dixo: halléle á punto de muerte, y por abreviar razones, en muy breves me dixo como al tiempo que murió su Señora le dixo todo lo que conmigo le habia sucedido, y como habia quedado preñada de aquella fuerza, y que por encubrir el bulto habia venido en romería á nuestra Señora de Guadalupe, y como habia parido en esta casa una niña que se habia de llamar Costanza: dióme las señas con que la hallaria, que fueron las que habeis visto, de la cadena y pergamino; y dióme asimismo treinta mil escudos de oro, que su Señora dexó para casar á su hija: dixome asimismo que el no habermelos dado luego como su Señora habia muerto, ni declaradome lo que ella encomendó á su confianza y secreto, habia sido por pura codicia y por poderse aprovechar de aquel dinero; pero que ya que estaba á punto de ir á dar cuenta á Dios, por descargo de su conciencia me daba el dinero, y me avisaba adónde y cómo habia de hallar á mi hija. Recibí el dinero, y las señales, y dando cuenta de esto al Señor Don Juan de Avendaño, nos pusimos en camino de esta Ciudad. Á estas razones llegaba Don Diego, quando oyeron que en la puerta de la calle decian á grandes voces: Diganle á Tomás Pedro el

mozo de la cebada, como llevan á su amigo el Asturiano preso, que acuda á la carcel, que alli le espera. Á la voz de carcel y de preso, dixo el Corregidor que entrase el preso, y el Alguacil que le llevaba. Dixeron al Alguacil que el Corregidor que estaba alli, le mandaba entrar con el preso, y asi lo hubo de hacer. Venia el Asturiano todos los dientes bañados en sangre, y muy mal parado, y muy bien asido del Alguacil; y asi como entró en la sala, conoció á su padre y al de Avendaño: turbóse, y por no ser conocido, con un paño como que se limpiaba la sangre, se cubrió el rostro. Preguntó el Corregidor que qué habia hecho aquel mozo que tan mal parado le llevaban? Respondió el Alguacil, que aquel mozo era un Aguador que le llamaban el Asturiano, á quien los muchachos por las calles decian: Daca la cola, Asturiano, daca la cola; y luego en breves palabras contó la causa por que le pedian la tal cola, de que no rieron poco todos. Dixo mas, que saliendo por la puerta de Alcantara, dandole los muchachos priesa con la demanda de la cola, se habia apeado del asno, y dando tras todos, alcanzó á uno á quien dexaba medio muerto á palos; y que queriendole prender, se habia resistido, y que por eso iba tan mal parado. Mandó el Corregidor que se descubriese el rostro, y porfiando á no querer descubrirse, llegó el Alguacil, y quitóle el pañuelo, y al punto le conoció su padre, y dixo todo alterado: Hijo Don Diego, cómo estás de es-

esta manera? qué trage es este? aun no se te han olvidado tus muchas picardias? Hincó las rodillas Carriazo, y fuese á poner á los pies de su padre que con lagrimas en los ojos le tuvo abrazado un buen espacio. Don Juan de Avendaño, como sabía que Don Diego habia venido con Don Tomás su hijo, preguntóle por él: á lo qual respondió que Don Tomás de Avendaño era el mozo que daba cebada y paja en aquella posada. Con esto que el Asturiano dixo, se acabó de apoderar la admiracion en todos los presentes, y mandó el Corregidor al huesped que traxese alli al mozo de la cebada. Yo creo que no está en casa, respondió el huesped, pero yo le buscaré, y asi fue á buscarle. Preguntó Don Diego á Carriazo que qué transformaciones eran aquellas, y qué les habia movido á ser él Aguador, y Don Tomás mozo de meson? Á lo qual respondió Carriazo que no podia satisfacer á aquellas preguntas tan en publico, que él responderia á solas. Estaba Tomás Pedro escondido en su aposento, para ver desde alli sin ser visto lo que hacian su padre, y el de Carriazo: teniale suspenso la venida del Corregidor, y el alboroto que en toda la casa andaba. No faltó quien le dixese al huesped como estaba alli escondido: subió por él, y mas por fuerza que por grado le hizo baxar; y aun no baxara, si el mismo Corregidor no saliera al patio y le llamara por su nombre, diciendo: Baxe Vmd. Señor pariente, que aqui no le aguardan osos ni leones. Baxó Tomás,

más, y con los ojos baxos y sumision grande se hincó de rodillas ante su padre, el qual le abrazó con grandisimo contento á fuer del que tuvo el padre del hijo Prodigo, quando le cobró de perdido. Ya en esto habia venido un coche del Corregidor para volver en él, pues la gran fiesta no permitia volver á caballo. Hizo llamar á Costanza, y tomandola de la mano, se la presentó á su padre diciendo: Recibid, Señor Don Diego, esta prenda, y estimadla por la mas rica que acertarades á desear; y vos, hermosa doncella, besad la mano á vuestro padre, y dad gracias á Dios que con tan honrado suceso ha enmendado, subido y mejorado la baxeza de vuestro estado. Costanza que no sabía ni imaginaba lo que le habia acontecido, toda turbada y temblando no supo hacer otra cosa que hincarse de rodillas ante su padre, y tomandole las manos se las comenzó á besar tiernamente, bañandoselas con infinitas lagrimas que por sus hermosisimos ojos derramaba. En tanto que esto pasaba, habia persuadido el Corregidor á su primo Don Juan que se viniesen todos con él á su casa: y aunque Don Juan lo rehusaba, fueron tantas las persuasiones del Corregidor, que lo hubo de conceder, y asi entraron en el coche todos; pero quando dixo el Corregidor á Costanza que entrase tambien en el coche, se le anubló el corazon, y ella y la huespeda se asieron una á otra, y comenzaron á hacer tan amargo llanto que quebraba los corazones de quantos le

es-

escuchaban. Decia la huespeda: Cómo es esto, hija de mi corazon, que te vas y me dexas? cómo tienes animo de dexar á esta madre, que con tanto amor te ha criado? Costanza lloraba, y la respondia con no menos tiernas palabras; pero el Corregidor enternecido, mandó que asimismo la huespeda entrase en el coche, y que no se apartase de su hija, pues por tal la tenia, hasta que saliese de Toledo. Asi la huespeda y todos entraron en el coche, y fueron á casa del Corregidor, donde fueron bien recibidos de su muger que era una principal Señora. Comieron regalada y suntuosamente, y despues de comer contó Carriazo á su padre como por amores de Costanza Don Tomás se habia puesto á servir en el meson, y que estaba enamorado de tal manera de ella, que sin que le hubiera descubierto ser tan principal como era siendo su hija, la tomara por muger en el estado de fregona. Vistió luego la muger del Corregidor á Costanza con unos vestidos de una hija que tenia de la misma edad y cuerpo de Costanza; y si parecia hermosa con los de Labradora, con los cortesanos parecia cosa del Cielo: tan bien le quadraban, que daba á entender que desde que nació habia sido Señora, y usado los mejores trages que el uso trae consigo. Pero entre tantos alegres no pudo faltar un triste que fue Don Pedro el hijo del Corregidor, que luego se imaginó que Costanza no habia de ser suya, y asi fue la verdad; porque entre el Corregidor, y Don Die-

go de Carriazo, y Don Juan de Avendaño se concertaron en que Don Tomás se casase con Costanza, dandole su padre los treinta mil escudos que su madre le habia dexado, y el Aguador Don Diego de Carriazo casase con la hija del Corregidor, y Don Pedro el hijo del Corregidor con una hija de Don Juan de Avendaño, que su padre se ofrecia á traer dispensacion del parentesco. De esta manera quedaron todos contentos, alegres, y satisfechos; y la nueva de los casamientos y de la ventura de la Fregona ilustre se extendió por la Ciudad, y acudia infinita gente á ver á Costanza en el nuevo habito, en el qual tan Señora se mostraba como se ha dicho. Vieron al mozo de la cebada Tomás Pedro vuelto en Don Tomás de Avendaño y vestido como Señor: notaron que Lope Asturiano era muy gentil hombre despues que habia mudado vestido, y dexado el asno, y las aguaderas; pero con todo eso no faltaba quien en medio de su pompa, quando iba por la calle, le pidiese la cola. Un mes se estuvieron en Toledo, al cabo del qual se volvieron á Burgos Don Diego de Carriazo y su muger, su padre, y Costanza con su marido Don Tomás, y el hijo del Corregidor que quiso ir á ver á su parienta y esposa. Quedó el Sevillano rico con los mil escudos, y con muchas joyas que Costanza dió á su Señora, que siempre con este nombre llamaba á la que la habia criado. Dió ocasion la historia de la Fregona ilustre á que los Poetas del do-

dorado Tajo exercitasen sus plumas en solemnizar, y en alabar la sin par hermosura de Costanza, la qual aun vive en compañia de su buen mozo de meson: y Carriazo ni mas ni menos con tres hijos que sin tomar el estilo del padre, ni acordarse si hay almadrabas en el mundo, hoy están todos estudiando en Salamanca; y su padre apenas ve algun asno de Aguador, quando se le representa y viene á la memoria el que tuvo en Toledo, y teme que quando menos se cate, ha de remanecer en alguna satira: El daca la cola, Asturiano: Asturiano, daca la cola.

Las dos Doncellas.

Cinco leguas de la Ciudad de Sevilla está un lugar que se llama Castilblanco, y en uno de muchos mesones que tiene, á la hora que anochecia entró un caminante sobre un hermoso quartago extrangero: no traía criado alguno, y sin esperar á que le tuviesen el estribo, se arrojó de la silla con gran ligereza. Acudió luego el huesped (que era hombre diligente y de recato) mas no fue tan presto que no estuviese ya el caminante sentado en un poyo que en el portal habia, desabrochandose muy apriesa los botones del pecho, y luego dexó caer los brazos á una y otra parte, dando manifiesto indicio de desmayarse. La huespeda que era caritativa; se llegó á él, y rociandole con agua el rostro, le hizo volver en su acuerdo; y él dando muestras que le habia pesado de que asi le hubiesen visto, se volvió á abrochar, pidiendo que le diesen luego un aposento donde se recogiese, y que si fuese posible, fuese solo. Dixole la huespeda que no habia mas de uno en toda la casa, y que tenia dos camas, y que era forzoso si algun huesped acudiese, acomodarle en la una. Á lo qual res-

pon-



To. II. P. 136.



pondió el caminante que él pagaria los dos lechos, viniese ó no huesped alguno; y sacando un escudo de oro, se lo dió á la huespeda con condicion que á nadie diese el lecho vacio. No se descontentó la huespeda de la paga, antes se ofreció de hacer lo que le pedia, aunque el mismo Dean de Sevilla llegase aquella noche á su casa. Preguntóle si queria cenar? y respondió que no; mas que solo queria que se tuviese gran cuidado con su quartago. Pidió la llave del aposento, y llevando consigo unas bolsas grandes de cuero, se entró en él, y cerró tras sí la puerta con llave, y aun (á lo que despues pareció) arrimó á ella dos sillas. Apenas se hubo encerrado, quando se juntaron á consejo el huesped, la huespeda, y el mozo que daba la cebada, y otros dos vecinos que acaso alli se hallaron, y todos trataron de la grande hermosura y gallarda disposicion del nuevo huesped, concluyendo que jamas tal belleza habian visto: tantearonle la edad, y resolvieron que tendria de diez y seis á diez y siete años: fueron y vinieron, y dieron y tomaron, como se suele decir, sobre qué podria haber sido la causa del desmayo que le dió; pero como no la alcanzaron, quedaronse con la admiracion de su gentileza. Fueronse los vecinos á sus casas, y el huesped á pensar el quartago, y la huespeda á aderezar algo de cenar por si otros huespedes viniesen: y no tardó mucho quando entró otro de poca mas edad que el primero, y no de menos gallardia; y apenas le hu-

bo

bo visto la huespeda, quando dixo: Valame Dios! qué es esto ? vienen por ventura esta noche á posar Angeles á mi casa? Por qué dice eso la Señora huespeda ? dixo el Caballero. No lo digo por nada, Señor, respondió la mesonera, solo digo que Vmd. no se apee, porque no tengo cama que darle, que dos que tenia las ha tomado un Caballero que está en aquel aposento, y me las ha pagado entrambas, aunque no habia menester mas de la una sola, porque nadie le entre en el aposento, y es que debe de gustar de la soledad; y en Dios y en mi anima que no sé yo por qué, que no tiene él cara ni disposicion para esconderse, sino para que todo el mundo le vea y le bendiga. Tan lindo es, Señora huespeda ? replicó el Caballero. Y cómo si es lindo ? dixo ella, y aun mas que relindo. Ten aqui, mozo, dixo entonces el Caballero, que aunque duerma en el suelo, tengo de ver hombre tan alabado; y dando el estribo á un mozo de mulas que con él venia, se apeó, y hizo que le diesen luego de cenar, y asi fue hecho: y estando cenando, entró un Alguacil del pueblo (como de ordinario en los lugares pequeños se usa) y sentóse á conversacion con el Caballero en tanto que cenaba, y no dexó entre razon y razon de echar abaxo tres cubiletes de vino, y de roer una pechuga y una cadera de perdiz que le dió el Caballero, y todo se lo pagó el Alguacil con preguntarle nuevas de la Corte, y de las guerras de Flandes y baxada del Turco, no olvi-
dan-

dandose de los sucesos del Transilvano, que nuestro Señor guarde. El Caballero cenaba y callaba, porque no venia de parte que le pudiese satisfacer á sus preguntas. Ya en esto habia acabado el Mesonero de dar recado al quartago, y sentóse á hacer tercio en la conversacion, y á probar de su mismo vino no menos tragos que el Alguacil, y á cada trago que envasaba, volvia y derribaba la cabeza sobre el hombro izquierdo, y alababa el vino, que le ponia en las nubes, aunque no se atrevia á dexarle mucho en ellas, porque no se aguase. De lance en lance volvieron á las alabanzas del huesped encerrado, y contaron de su desmayo y encerramiento, y de que no habia querido cenar cosa alguna: ponderaron el aparato de las bolsas, y la bondad del quartago y del vestido vistoso que de camino traía, todo lo qual requeria no venir sin mozo que le sirviese. Todas estas exâgeraciones pusieron nuevo deseo de verle, y rogó al Mesonero hiciese de modo como él entrase á dormir en la otra cama, y le daria un escudo de oro; y puesto que la codicia del dinero acabó con la voluntad del Mesonero de darsela, halló ser imposible á causa que estaba cerrado por de dentro, y no se atrevia á despertar al que dentro dormia y que tan bien tenia pagados los dos lechos. Todo lo qual facilitó el Alguacil, diciendo: Lo que se podrá hacer es, que yo llamaré á la puerta, diciendo que soy la Justicia, que por mandado del Señor Alcalde traygo á aposentar á este Caba-

ba-

ballero á este meson, y que no habiendo otra cama, se le manda dar aquella: á lo qual ha de replicar el huesped que se le hace agravio, porque ya está alquilada, y no es razon quitarla al que la tiene: con esto quedará el Mesonero disculpado, y Vmd. conseguirá su intentó. Á todos les pareció bien la traza del Alguacil, y por ella le dió el deseoso quatro reales. Pusose luego por obra: y en resolucion, mostrando gran sentimiento el primer huesped abrió á la Justicia, y el segundo pidiendole perdon del agravio que al parecer se le habia hecho, se fue á acostar en el lecho desocupado; pero ni el otro le respondió palabra, ni menos se dexó ver el rostro, porque apenas hubo abierto, quando se fue á su cama, y vuelta la cara á la pared, por no responder hizo que dormia. El otro se acostó, esperando cumplir por la mañana su deseo, quando se levantasen. Eran las noches de las perezosas y largas de Diciembre, y el frio y el cansancio del camino forzaba á procurar pasarlas con reposo: pero como no le tenia el huesped primero, á poco mas de la media noche comenzó á suspirar tan amargamente, que con cada suspiro parecia despedirsele el alma, y fue de tal manera, que aunque el segundo dormia, hubo de despertar al lastimero son del que se quejaba, y admirado de los sollozos con que acompañaba los suspiros, atentamente se puso á escuchar lo que al parecer entre sí murmuraba. Estaba la sala obscura, y las camas bien desviadas; pero no

por

por esto dexó de oir entre otras razones, estas que con voz debilitada y flaca el lastimado huesped primero decia : Ay sin ventura ! adónde me lleva la fuerza incontrastable de mis hados? qué camino es el mio , ó qué salida espero tener del intrincado laberinto donde me hallo ? ay pocos y mal experimentados años , incapaces de toda buena consideracion , y consejo! qué fin ha de tener esta no sabida peregrinacion mia? ay honra menospreciada ! ay amor mal agradecido! ay respetos de honrados padres y parientes atropellados ! y ay de mí una y mil veces , que tan á rienda suelta me dexé llevar de mis deseos! ó palabras fingidas , que tan de veras me obligasteis á que con obras os respondiese ! Pero de quién me quejo cuitada? yo no soy la que quise engañarme ? no soy yo la que tomé el cuchillo en mis mismas manos , con que corté y eché por tierra mi credito , con el que de mi valor tenian mis ancianos padres ? ó fementido Marco Antonio! cómo es posible que en las dulces palabras que me decias , viniese mezclada la hiel de tus descortesias y desdenes ? adónde estás, ingrato? adónde te fuiste desconocido ? respondeme , que te hablo : esperame , que te sigo : sustentame, que descaezco : pagame lo que me debes : socorreme , pues por tantas vias te tengo obligado. Calló en diciendo esto , dando muestra en los ayes y suspiros que no dexaban los ojos de derramar tiernas lagrimas. Todo lo qual con sosegado silencio estuvo escuchando el segundo huesped,

ped, coligiendo por las razones que habia oido, que sin duda alguna era muger la que se quejaba, cosa que le avivó mas el deseo de conocerla, y estuvo muchas veces determinado de irse á la cama de la que creía ser muger; y hubieralo hecho, si en aquella sazon no le sintiera levantar, y que abriendo la puerta de la sala, dió voces al huesped de casa que le ensillase el quartago, porque queria partirse. Á lo qual al cabo de un buen rato que el Mesonero se dexó llamar, le respondió que se sosegase, porque aun no era pasada la media noche, y que la obscuridad era tanta, que sería temeridad ponerse en camino. Quietóse con esto, y volviendo á cerrar la puerta, se arrojó en la cama de golpe, dando un recio suspiro. Parecióle al que escuchaba que sería bien hablarle, y ofrecerle para su remedio lo que de su parte podia, por obligarle con esto á que se descubriese y su lastimera historia le contase, y asi le dixo: Por cierto, Señor gentilhombre, que si los suspiros que habeis dado, y las palabras que habeis dicho, no me hubieran movido á condolerme del mal de que os quejais, entendiera que carecia de natural sentimiento, ó que mi alma era de piedra, y mi pecho de bronce duro; y si esta compasion que os tengo, y el presupuesto que en mí ha nacido de poner mi vida por vuestro remedio (si es que vuestro mal le tiene) merece alguna cortesia, en recompensa ruegoos que la useis conmigo, declarandome sin encubrirme cosa, la causa de

vues-

vuestro dolor. Si él no me hubiera sacado de sentido, respondió el que se quejaba, bien debiera yo de acordarme que no estaba solo en este aposento, y asi hubiera puesto mas freno á mi lengua, y mas tregua á mis suspiros; pero en pago de haberme faltado la memoria en parte donde tanto me importaba tenerla, quiero hacer lo que me pedís, porque renovando la amarga historia de mis desgracias, podria ser que el nuevo sentimiento me acabase: mas si quereis que haga lo que me pedís, habeisme de prometer por la fe que me habeis mostrado en el ofrecimiento que me habeis hecho, y por quien vos sois (que á lo que en vuestras palabras mostrais, prometeis mucho) que por cosas que de mí oygais en lo que os dixere, no os habeis de mover de vuestro lecho, ni venir al mio, ni preguntarme mas de aquello que yo quisiere deciros; porque si al contrario de esto hicieredes, en el punto que os sienta mover, con una espada que á la cabecera tengo, me pasaré el pecho. El otro (que mil imposibles prometiera por saber lo que tanto deseaba) le respondió que no saldria un punto de lo que le habia con tan corteses palabras pedido, afirmandoselo con mil juramentos. Con ese seguro pues, dixo el primero, yo haré lo que hasta ahora no he hecho, que es dar cuenta de mi vida á nadie, y asi escuchad.

Habeis de saber, Señor, que yo que en esta posada entré (como sin duda os habrán dicho) en trage de varon, soy una desdichada doncella,

lla, á lo menos una que lo fue no ha ocho dias, y lo dexó de ser por inadvertida y loca, y por creerse de palabras compuestas y afectadas de fementidos hombres. Mi nombre es Teodosia, mi patria un principal lugar de esta Andalucia, cuyo nombre callo porque no os importa á vos tanto el saberlo, como á mí el encubrirlo: mis padres son nobles y mas que medianamente ricos, los quales tuvieron un hijo y una hija, él para descanso y honra suya, y ella para todo lo contrario: á él enviaron á estudiar á Salamanca, y á mí me tenian en su casa, adonde me criaban con el recogimiento y recato que su virtud y nobleza pedian, y yo sin pesadumbre alguna siempre les fui obediente, ajustando mi voluntad á la suya sin discrepar un solo punto, hasta que mi suerte menguada ó mi mucha demasia me ofreció á los ojos un hijo de un vecino nuestro mas rico que mis padres, y tan noble como ellos. La primera vez que le miré, no sentí otra cosa que fuese mas de una complacencia de haberle visto, y no fue mucho, porque su gala, gentileza, rostro y costumbres eran de los alabados y estimados del pueblo, con su rara discrecion y cortesia; pero de qué me sirve alabar á mi enemigo, ni ir alargando con razones el suceso tan desgraciado mio, ó por mejor decir, el principio de mi locura? Digo en fin, que él me vió una y muchas veces desde una ventana que frontero de otra mia estaba: desde alli, á lo que me pareció, me envió el alma por los ojos, y los mios

mios con otra manera de contento que el primero gustaron de mirarle, y aun me forzaron á que creyese que eran puras verdades quanto en sus ademanes y en su rostro leía. Fue la vista la intercesora y medianera de la habla, la habla de declarar su deseo, su deseo de encender el mio y de dar fe al suyo. Llegóse á todo esto las promesas, los juramentos, las lagrimas, los suspiros, y todo aquello que á mi parecer puede hacer un firme amador, para dar á entender la entereza de su voluntad y la firmeza de su pecho, y en mí desdichada (que jamas en semejantes ocasiones y trances me habia visto) cada palabra era un tiro de artilleria que derribaba parte de la fortaleza de mi honra: cada lagrima era un fuego en que se abrasaba mi honestidad: cada suspiro un furioso viento que el incendio aumentaba de tal suerte, que acabó de consumir la virtud que hasta entonces aun no habia sido tocada; y finalmente con la promesa de ser mi esposo á pesar de sus padres (que para otra le guardaban) di con todo mi recogimiento en tierra, y sin saber cómo, me entregué en su poder á hurto de mis padres, sin tener otro testigo de mi gran desatino, que un page de Marco Antonio (que este es el nombre del inquietador de mi sosiego) y apenas hubo tomado de mí la posesion que quiso, quando de alli á dos dias desapareció del pueblo, sin que sus padres ni otra persona alguna supiesen decir ni imaginar donde habia ido. Qual yo quedé, digalo quien tuviere

poder para decirlo, que yo no sé ni supe mas de sentirlo. Castigué mis cabellos, como si ellos tuvieran la culpa de mi yerro: martiricé mi rostro, por parecerme que él habia dado toda la ocasion á mi desventura: maldixe mi suerte, acusé mi presta determinacion: derramé muchas é infinitas lagrimas, vime casi ahogada entre ellas y entre los suspiros que de mi lastimado pecho salian: quejéme en silencio al Cielo: discurrí con la imaginacion, por ver si descubria algun camino ó senda á mi remedio, y la que hallé fue vestirme en habito de hombre, y irme á buscar á este segundo engañador Eneas, á este cruel y fementido Vireno, á este defraudador de mis buenos pensamientos, y legitimas y bien fundadas esperanzas; y asi sin ahondar mucho en mis discursos, ofreciendome la ocasion un vestido de camino de mi hermano, y un quartago de mi padre, que yo por mi mano ensillé, una noche obscurisima salí de casa con intencion de ir á Salamanca, donde segun despues se dixo, creían que Marco Antonio podia haber venido, porque tambien es Estudiante, y grande amigo y camarada del hermano mio que os he dicho. No dexé asimismo de sacar cantidad de dinero en oro, para todo aquello que en mi impensado viage pueda sucederme: lo que mas me fatiga es, que mis padres me han de seguir y hallar por las señas del vestido y del quartago que traygo, y quando esto no tema, temo á mi hermano que está en Salamanca, del qual si soy

co-

conocida, ya se puede entender el peligro en que está puesta mi vida; porque aunque él escuche mis disculpas, el menor punto de su honor pasa á quantas yo pudiera darle. Con todo esto mi principal determinacion es, aunque pierda la vida, buscar al desalmado de mi esposo, que no puede negar el serlo sin que le destnientan las prendas que dexó en mi poder, que son una sortija de diamantes con unas cifras que dicen: Es Marco Antonio esposo de Teodosia. Si le hallo, sabré de él qué halló en mí que tan presto le movió á dexarme; y en resolucion haré que me cumpla la palabra y fe prometida, ó le quitaré la vida, mostrandome tan presta á la venganza, como fui facil á dexar agraviarme; porque la nobleza de la sangre que mis padres me han dado, va despertando en mí brios que me prometen ó ya remedio, ó ya venganza de mi agravio. Esta es, Señor Caballero, la verdadera y desdichada historia que deseabades saber, la qual será bastante disculpa de los suspiros y palabras que os despertaron: lo que os ruego y suplico es, que ya que no podais darme remedio, á lo menos me deis consejo con que pueda huir los peligros que me contrastan, y templar el temor que tengo de ser hallada, y facilitar los medios que he de usar para conseguir lo que tanto deseo y he menester. Un gran espacio de tiempo estuvo sin responder palabra el que habia estado escuchando la historia de la enamorada Teodosia, y tanto, que ella pensó que es-

taba dormido, y que ninguna cosa le habia oido; y para certificarse de lo que sospechaba, le dixo: Dormís, Señor? y no sería malo que durmiesedes, porque el apasionado que cuenta sus desdichas á quien no las siente, bien es que causen en quien las escucha mas sueño que lastima. No duermo, respondió el Caballero, antes estoy tan despierto y siento tanto vuestra desventura, que no sé si diga que en el mismo grado me aprieta y duele, que á vos misma, y por esta causa el consejo que me pedís, no solo ha de parar en aconsejaros, sino en ayudaros con todo aquello que mis fuerzas pudieren y alcanzaren: que puesto que en el modo que habeis tenido en contarme vuestro lastimero y triste suceso, se ha mostrado el raro entendimiento de que sois dotada, y que conforme á esto os debió de engañar mas vuestra voluntad rendida, que las persuasiones de Marco Antonio; todavia quiero tomar por disculpa de vuestro yerro vuestros pocos años, en los quales no cabe tener experiencia de los muchos engaños de los hombres. Sosegad, Señora, y dormid si podeis, lo poco que debe de quedar de la noche; que en viniendo el dia nos aconsejarémos los dos, y verémos qué salida se podrá dar á vuestro remedio. Agradecióselo Teodosia lo mejor que supo, y procuró reposar un rato por dar lugar á que el Caballero durmiese, el qual no fue posible sosegar un punto, antes comenzó á revolcarse por la cama, y á suspirar de manera, que le fue forzoso

á Teodosia preguntarle qué era lo que sentia, que si era alguna pasion á quien ella pudiese remediar, lo haria con la voluntad misma que él á ella se le habia ofrecido. Á esto respondió el Caballero: Puesto que sois vos, Señora, la que causa el desasosiego que en mí habeis sentido, no sois vos la que podeis remediarle, que á serlo, no tuviera yo pena alguna. No pudo entender Teodosia adonde se encaminaban aquellas confusas razones; pero todavia sospechó que alguna pasion amorosa le fatigaba, y aun pensó ser ella la causa, y era de sospechar y de pensar, pues la comodidad del aposento, la soledad, y la obscuridad, y el saber que era muger, no fuera mucho haber despertado en él algun mal pensamiento: y temerosa de esto se vistió con grande priesa, y con mucho silencio, y se ciñó su espada y daga, y de aquella manera, sentada sobre la cama estuvo esperando el dia, que de alli á poco espacio dió señal de su venida con la luz que entraba por los muchos lugares y entradas que de ordinario tienen los aposentos de los mesones y ventas; y lo mismo que Teodosia, habia hecho el Caballero; y apenas vió estrellado el aposento con la luz del dia, quando se levantó de la cama, diciendo: Levantaos, Señora Teodosia, que yo quiero acompañaros en esta jornada, y no dexaros de mi lado hasta que como legitimo esposo tengais en el vuestro á Marco Antonio, ó que él, ó yo perdamos las vidas, y aqui vereis la obligacion y voluntad en que me ha

pues-

puesto vuestra desgracia ; y diciendo esto , abrió las ventanas y puertas del aposento. Estaba Teodosia deseando ver la claridad , para ver con la luz , qué talle y parecer tenia aquel con quien habia estado hablando toda la noche ; mas quando le miró y le conoció , quisiera que jamas hubiera amanecido , sino que alli en perpetua noche se le hubieran cerrado los ojos : porque apenas hubo el Caballero vuelto los ojos á mirarla (que tambien deseaba verla) quando ella conoció que era su hermano , de quien tanto se temia , á cuya vista casi perdió la de sus ojos , y quedó suspensa , y muda , y sin color en el rostro ; pero sacando del temor esfuerzo , y del peligro discrecion , echando mano á la daga , la tomó por la punta , y se fue á hincar de rodillas delante de su hermano , diciendo con voz turbada y temerosa : Toma , Señor y querido hermano mio , y haz con este hierro el castigo del que he cometido, satisfaciendo tu enojo , que para tan grande culpa como la mia , no es bien que ninguna misericordia me valga : yo confieso mi pecado , y no quiero que me sirva de disculpa mi arrepentimiento : solo te suplico que la pena sea de suerte , que se extienda á quitarme la vida , y no la honra , que puesto que yo la he puesto en manifiesto peligro , ausentandome de casa de mis padres , todavia quedará en opinion, si el castigo que me dieres fuere secreto. Mirabala su hermano , y aunque la soltura de su atrevimiento le incitaba á la venganza , las palabras tan

tan tiernas y tan eficaces con que manifestaba su culpa, le ablandaron de tal suerte las entrañas, que con rostro agradable y semblante pacifico la levantó del suelo, y la consoló lo mejor que pudo y supo, diciendole entre otras razones, que por no hallar castigo igual á su locura, le suspendia por entonces: y asi por esto, como por parecerle que aun no habia cerrado la fortuna de todo en todo las puertas á su remedio, queria antes procurarsele por todas las vias posibles, que no tomar venganza del agravio que de su mucha liviandad en él redundaba. Con estas razones volvió Teodosia á cobrar los perdidos espiritus, tornó la color á su rostro, y revivieron sus casi muertas esperanzas. No quiso mas Don Rafael (que asi se llamaba su hermano) tratarle del suceso: solo le dixo que mudase el nombre de Teodosia en Teodoro, y que diesen luego la vuelta á Salamanca los dos juntos, á buscar á Marco Antonio, puesto que él imaginaba que no estaba en ella; porque siendo su camarada, le hubiera hablado, aunque podia ser que el agravio que le habia hecho, le enmudeciese, y le quitase la gana de verle. Remitióse el nuevo Teodoro á lo que su hermano quiso. Entró en esto el huesped, al qual ordenaron que les diese algo de almorzar, porque querian partirse luego. Entre tanto que el mozo de mulas ensillaba, y el almuerzo venia, entró en el meson un hidalgo que venia de camino, que de Don Rafael fue conocido luego. Conociale tambien

bien Teodoro, y no osó salir del aposento por no ser visto. Abrazaronse los dos, y preguntó Don Rafael al recien venido qué nuevas habia en su lugar? Á lo qual respondió que él venia del Puerto de Santa Maria, adonde dexaba quatro Galeras de partida para Napoles, y que en ellas habia visto embarcado á Marco Antonio Adorno, el hijo de Don Leonardo Adorno. Con las quales nuevas se holgó Don Rafael, pareciendole que pues tan sin pensar habia sabido nuevas de lo que tanto le importaba, era señal que tendria buen fin su suceso: rogóle á su amigo que trocase con el quartago de su padre (que él muy bien conocia) la mula que él traía, no diciendole que venia, sino que iba á Salamanca, y que no queria llevar tan buen quartago en tan largo camino. El otro que era comedido y amigo suyo, se contentó del trueque, y se encargó de dar el quartago á su padre: almorzaron juntos, y Teodoro solo, y llegado el punto de partirse, el amigo tomó el camino de Cazalla, donde tenia una rica heredad. No partió Don Rafael con él, que por hurtarle el cuerpo, le dixo que le convenia volver aquel dia á Sevilla; y asi como le vió ido, estando en orden las cabalgaduras, hecha la cuenta y pagado al huesped, diciendo á Dios, se salieron de la posada, dexando admirados á quantos en ella quedaban de su hermosura y gentil disposicion, que no tenia para hombre menor gracia, brio y compostura Don Rafael, que su hermana belleza y donay-

re.

re. Luego en saliendo contó Don Rafael á su hermana las nuevas que de Marco Antonio le habian dado, y que le parecia que con la diligencia posible caminasen la vuelta de Barcelona, donde de ordinario suelen parar algun dia las Galeras que pasan á Italia, ó vienen á España, y que si no hubiesen llegado, podian esperarlas, y allí sin duda hallarian á Marco Antonio. Su hermana le dixo que hiciese todo aquello que mejor le pareciese, porque ella no tenia mas voluntad que la suya. Dixo Don Rafael al mozo de mulas que consigo llevaba, que tuviese paciencia, porque le convenia pasar á Barcelona, asegurandole la paga á todo su contento del tiempo que con él anduviese. El mozo que era de los alegres del oficio, y que conocia que Don Rafael era liberal, respondió que hasta el cabo del mundo le acompañaria y serviria. Preguntó Don Rafael á su hermana, qué dineros llevaba? Respondió que no los tenia contados, y que no sabía mas de que en el escritorio de su padre habia metido la mano siete ú ocho veces, y sacadola llena de escudos de oro: y segun aquello imaginó Don Rafael que podia llevar hasta quinientos escudos, que con otros ducientos que él tenia, y una cadena de oro que llevaba, le pareció no ir muy desacomodado; y mas persuadiendose que habia de hallar en Barcelona á Marco Antonio. Con esto se dieron priesa á caminar sin perder jornada, y sin acaecerles desman ó impedimento alguno llegaron á dos leguas de

un

un lugar que está nueve de Barcelona, que se llama Igualada. Habian sabido en el camino, como un Caballero que pasaba por Embaxador á Roma, estaba en Barcelona esperando las Galeras que aun no habian llegado: nueva que les dió mucho contento. Con este gusto caminaron hasta entrar en un bosquecillo que en el camino estaba, del qual vieron salir un hombre corriendo y mirando atrás como espantado. Pusosele Don Rafael delante, diciendole: Por qué huis, buen hombre? ó qué caso os ha acontecido, que con muestras de tanto miedo os hace parecer tan ligero? No quereis que corra apriesa y con miedo, respondió el hombre, si por milagro me he escapado de una compañía de Bandoleros que queda en ese bosque? Malo, dixo el mozo de mulas, malo, vive Dios: Bandoleritos á estas horas? para mi santiguada que ellos nos pongan como nuevos. No os congojeis, hermano, replicó el del bosque, que ya los Bandoleros se han ido, y han dexado atados á los arboles de este bosque mas de treinta pasageros, dexandolos en camisa: á solo un hombre dexaron libre para que desatase á los demas despues que ellos hubiesen traspuesto una montañuela, que le dieron por señal. Si eso es, dixo Calvete (que asi se llamaba el mozo de mulas) seguros podemos pasar, á causa que al lugar donde los Bandoleros hacen el salto, no vuelven por algunos dias, y puedo asegurar esto como aquel que ha dado dos veces en sus manos, y sabe de molde su u-

san-

sanza y costumbres. Asi es, dixo el hombre, lo qual oido por Don Rafael, determinó pasar adelante; y no anduvieron mucho, quando dieron en los atados que pasaban de quarenta, que los estaba desatando el que dexaron suelto. Era extraño espectaculo el verlos: unos desnudos del todo, otros vestidos con los vestidos astrosos de los Bandoleros: unos llorando de verse robados, otros riendo de ver los extraños trages de los otros: este contaba por menudo lo que le llevaban, aquel decia que le pesaba mas de una caxa de Agnus que de Roma traía, que de otras infinitas cosas que le llevaban. En fin todo quanto alli pasaba eran llantos y gemidos de los miserables despojados. Todo lo qual miraban no sin mucho dolor los dos hermanos, dando gracias al Cielo que de tan grande y tan cercano peligro los habia librado: pero lo que mas compasion les puso, especialmente á Teodoro, fue ver al tronco de una encina atado un muchacho de edad al parecer de diez y seis años, con sola la camisa y unos calzones de lienzo; pero tan hermoso de rostro, que forzaba y movia á todos que le mirasen. Apeóse Teodoro á desatarle, y él le agradeció con muy corteses razones el beneficio; y por hacersele mayor, pidió á Calvete el mozo de mulas le prestase su capa hasta que en el primer lugar comprasen otra para aquel gentil mancebo. Dióla Calvete, y Teodoro cubrió con ella al mozo, preguntandole de dónde era? de dónde venia? y adónde caminaba? Á

to-

todo esto estaba presente Don Rafael, y el mozo respondió que era del Andalucia, y de un lugar que en nombrandole, vieron que no distaba del suyo sino dos leguas: dixo que venia de Sevilla, y que su designio era pasar á Italia á probar ventura en el exercicio de las armas, como otros muchos Españoles acostumbraban; pero que la suerte suya habia salido azar con el mal encuentro de los Bandoleros, que le llevaban una buena cantidad de dineros, y vestidos tales, que no se compraran tan buenos con trecientos escudos; pero que con todo eso pensaba proseguir su camino, porque no venia de casta, que se le habia de helar al primer mal suceso el calor de su fervoroso deseo. Las buenas razones del mozo, junto con haber oido que era tan cerca de su lugar, y mas con la carta de recomendacion que en su hermosura traía, pusieron voluntad en los dos hermanos de favorecerle en quanto pudiesen: y repartiendo entre los que mas necesidad á su parecer tenian algunos dineros, especialmente entre Frayles y Clerigos, que habia mas de ocho, hicieron que subiese el mancebo en la mula de Calvete, y sin detenerse mas, en poco espacio se pusieron en Igualada, donde supieron que las Galeras el dia antes habian llegado á Barcelona, y que de alli á dos dias se partirian, si antes no les forzaba la poca seguridad de la playa. Estas nuevas hicieron que la mañana siguiente madrugasen antes que el Sol, puesto que aquella noche no la durmieron toda,

si-

sino con mas sobresalto de los dos hermanos que ellos se pensaron, causado de que estando á la mesa, y con ellos el mancebo que habian desatado, Teodoro puso ahincadamente los ojos en su rostro, y mirandole algo curiosamente, le pareció que tenia las orejas horadadas; y en esto y en un mirar vergonzoso que tenia, sospechó que debia de ser muger, y deseaba acabar de cenar para certificarse á solas de su sospecha: y entre la cena le preguntó Don Rafael, qué cuyo hijo era? porque él conocia toda la gente principal de su lugar, si era aquel que antes habia dicho. Á lo qual respondió el mancebo, que era hijo de Don Enrique de Cardenas. Á esto dixo Don Rafael, que él conocia bien á Don Enrique, pero que sabía y tenia por cierto que no tenia hijo alguno; mas que si lo habia dicho por no descubrir sus padres, que no importaba, y que nunca mas se lo preguntaria. Verdad es, replicó el mozo, que Don Enrique no tiene hijos; pero tienelos un hermano suyo que se llama Don Sancho. Ese tampoco, respondió Don Rafael, tiene hijos, sino una hija sola, y aun dicen que es de las mas hermosas doncellas que hay en la Andalucia, y esto no lo sé mas de por fama; que aunque muchas veces he estado en su lugar, jamas la he visto. Todo lo que decís, Señor, es verdad, respondió el mancebo, que Don Sancho no tiene mas de una hija, pero no tan hermosa como su fama dice; y si yo dixe que era hijo de Don Enrique, fue porque me tuvie-

sedes, Señores, en algo, pues no lo soy, sino de un Mayordomo de Don Sancho, que ha muchos años que le sirve, y yo nací en su casa, y por cierto enojo que dí á mi padre, habiendole tomado buena cantidad de dineros, quise venirme á Italia, como os he dicho, y seguir el camino de la guerra, por quien vienen segun he visto á hacerse ilustres aun los de obscuro linage. Todas estas razones y el modo con que las decia, notaba atentamente Teodoro, y siempre se iba confirmando en su sospecha. Acabóse la cena, alzaronse los manteles, y en tanto que Don Rafael se desnudaba, habiendole dicho lo que del mancebo sospechaba, con su parecer y licencia se apartó con el mancebo á un balcon de una ancha ventana que á la calle salia, y en él puestos los dos de pechos, Teodoro asi comenzó á hablar con el mozo: Quisiera, Señor Francisco (que asi habia dicho él que se llamaba) haberos hecho tantas buenas obras, que os obligara á no negarme qualquiera cosa que pudiera ó quisiera pediros; pero el poco tiempo que ha que os conozco, no ha dado lugar á ello: podria ser que en el que está por venir, conociesedes lo que merece mi deseo; y si al que ahora tengo no gustaredes de satisfacer, no por eso dexaré de ser vuestro servidor. Quiero tambien que antes que os le descubra, sepais que aunque tengo tan pocos años como los vuestros, tengo mas experiencia de las cosas del mundo que ellos prometen, pues con ella he venido á sospechar que vos no

sois

sois varon como vuestro trage lo muestra, sino muger, y tan bien nacida como vuestra hermosura publíca, y quizá tan desdichada como lo da á entender la mudanza del trage; pues jamas tales mudanzas son por bien de quien las hace: si es verdad lo que sospecho, decidmelo, que os juro por la fe de Caballero que profeso, de ayudaros y serviros en todo aquello que pudiere. De que seais muger, no me lo podeis negar, pues por las ventanas de vuestras orejas se ve esta verdad bien clara, y habeis andado descuidada en no cerrar y disimular esos agujeros con alguna cera encarnada, que pudiera ser que otro tan curioso como yo y no tan honrado, sacara á luz lo que vos tan mal habeis sabido encubrir: digo que no dudeis de decirme quien sois, con presupuesto que os ofrezco mi ayuda, y os aseguro el secreto que quisieredes que tenga. Con grande atencion estaba el mancebo escuchando lo que Teodoro le decia, y viendo que ya callaba, antes que le respondiese palabra, le tomó las manos, y llegandoselas á la boca, se las besó por fuerza, y aun se las bañó con gran cantidad de lagrimas que de sus hermosos ojos derramaba, cuyo extraño sentimiento le causó en Teodoro de manera, que no pudo dexar de acompañarle en ellas (propia y natural condicion de mugeres principales enternecerse de los sentimientos y trabajos agenos) pero despues que con dificultad retiró sus manos de la boca del mancebo, estuvo atenta á ver lo que le respondia, el qual dan-

dando un profundo gemido, acompañado de muchos suspiros, dixo: No quiero ni puedo negaros, Señor, que vuestra sospecha no haya sido verdadera: muger soy, y la mas desdichada que echaron al mundo las mugeres; y pues las obras que me habeis hecho, y los ofrecimientos que me haceis, me obligan á obedeceros en quanto me mandaredes, escuchad, que yo os diré quien soy (si ya no os cansa oir agenas desventuras). En ellas viva yo siempre, replicó Teodoro, sino llegue el gusto de saberlas á la pena que me darán el ser vuestras, que ya las voy sintiendo como propias mias; y tornandole á abrazar, y á hacer nuevos y verdaderos ofrecimientos, el mancebo algo mas sosegado comenzó á decir estas razones:

En lo que toca á mi patria, la verdad he dicho, en lo que toca á mis padres, no la dixe; porque Don Enrique no lo es, sino mi tio, y su hermano Don Sancho mi padre, que yo soy la hija desventurada, que vuestro hermano dice que Don Sancho tiene tan celebrada de hermosa, cuyo engaño y desengaño se echa de ver en la ninguna hermosura que tengo: mi nombre es Leocadia: la ocasion de la mudanza de mi trage oireis ahora. Dos leguas de mi lugar está otro de los mas ricos y nobles de la Andalucia, en el qual vive un principal Caballero que trae su origen de los nobles y antiguos Adornos de Genova: este tiene un hijo, que sino es que la fama se adelanta en sus alabanzas, como en las mias, es

es de los gentiles hombres que desear se pueden. Este pues, asi por la vecindad de los lugares, como por ser aficionado al exercicio de la caza como mi padre, algunas veces venia á mi casa, y en ella se estaba cinco ó seis dias, que todos y aun parte de las noches él y mi padre las pasaban en el campo. De esta ocasion tomó la fortuna, ó el amor, ó mi poca advertencia la que fue bastante para derribarme de la alteza de mis buenos pensamientos á la baxeza del estado en que me veo; pues habiendo mirado mas de aquello que fuera licito á una recatada doncella, la gentileza y discrecion de Marco Antonio, y considerado la calidad de su linage, y la mucha cantidad de los bienes que llaman de fortuna que su padre tenia, me pareció que si le alcanzaba por esposo, era toda la felicidad que podia caber en mi deseo: con este pensamiento le comencé á mirar con mas cuidado, y debió de ser sin duda con mas descuido, pues él vino á caer en que yo le miraba; y no quiso ni le fue menester al traydor otra entrada para entrarse en el secreto de mi pecho, y robarme las mejores prendas de mi alma. Mas no sé para qué me pongo á contaros, Señor, punto por punto las menudencias de mis amores, pues hacen tan poco al caso, sino deciros de una vez lo que él con muchas de solicitud grangeó conmigo, que fue, que habiendome dado su fe y palabra debaxo de grandes, y á mi parecer firmes y christianos juramentos de ser mi esposo, me ofrecí á que hi-

ciese de mí todo lo que quisiese; pero aun no bien satisfecha de sus juramentos y palabras, porque no se las llevase el viento, hice que las escribiese en una cedula que él me dió firmada de su nombre, con tantas circunstancias y fuerzas escrita, que me satisfizo. Recibida la cedula, di traza como una noche viniese de su lugar al mio, y entrase por las paredes de un jardin á mi aposento, adonde sin sobresalto alguno podia coger el fruto que para él solo estaba destinado: llegóse en fin la noche por mí tan deseada. Hasta este punto habia estado callando Teodoro, teniendo pendiente el alma de las palabras de Leocadia, que con cada una de ellas le traspasaba el alma, especialmente quando oyó el nombre de Marco Antonio, y vió la peregrina hermosura de Leocadia, y consideró la grandeza de su valor con la de su rara discrecion, que bien lo mostraba en el modo de contar su historia. Mas quando llegó á decir: Llegó la noche por mí tan deseada; estuvo por perder la paciencia, y sin poder hacer otra cosa, le salteó la razon, diciendo: Y bien? asi como llegó esa felicisima noche, qué hizo? entró por dicha? gozasteisle? confirmó de nuevo la cedula? quedó contento en haber alcanzado de vos lo que decís que era suyo? supolo vuestro padre? ó en qué pararon tan honestos y sabios principios? Pararon, dixo Leocadia, en ponerme de la manera que veis, porque no le gozé, ni me gozó, ni vino al concierto señalado. Respiró con estas razones Teodo-

dosia, y detuvo los espiritus que poco á poco la iban dexando, estimulados y apretados de la rabiosa pestilencia de los zelos, que á mas andar se le iban entrando por los huesos y medulas, para tomar entera posesion de su paciencia; mas no la dexó tan libre, que no volviese á escuchar con sobresalto lo que Leocadia prosiguió, diciendo: No solamente no vino, pero de alli á ocho dias supe por nueva cierta que se habia ausentado de su pueblo, y llevado de casa de sus padres á una doncella de su lugar, hija de un principal Caballero, llamada Teodosia, doncella de extremada hermosura y de rara discrecion; y por ser de tan nobles padres, se supo en mi pueblo el robo, y luego llegó á mis oidos, y con él la fria y temerosa lanza de los zelos, que me pasó el corazon, y me abrasó el alma en fuego tal, que en él se hizo ceniza mi honra, y se consumió mi credito, se secó mi paciencia, y se acabó mi cordura. Ay de mí desdichada! que luego se me figuró en la imaginacion Teodosia mas hermosa que el Sol, y mas discreta que la discrecion misma, y sobre todo mas venturosa que yo sin ventura: leí luego las razones de la cedula, vílas firmes y valederas, y que no podian faltar en la fe que publicaban; y aunque á ellas como á cosa sagrada se acogiera mi esperanza, en cayendo en la cuenta de la sospechosa compañia que Marco Antonio llevaba consigo, daba con todas ellas en el suelo. Maltraté mi rostro, arranqué mis cabellos, maldixe mi

suerte ; y lo que mas sentia, era no poder hacer estos sacrificios á todas horas por la forzosa presencia de mi padre. En fin por acabar de quejarme sin impedimento, ó por acabar la vida, que es lo mas cierto, determiné dexar la casa de mi padre ; y como para poner por obra un mal pensamiento, parece que la ocasion facilita y allana todos los inconvenientes, sin temer alguno hurté á un page de mi padre sus vestidos, y á mi padre mucha cantidad de dineros, y una noche cubierta con su negra capa, salí de casa, y á pie caminé algunas leguas, y llegue á un lugar que se llama Osuna, y acomodandome en un carro, de alli á dos dias entré en Sevilla, que fue haber entrado en la seguridad posible para no ser hallada, aunque me buscasen. Alli compré otros vestidos, y una mula, y con unos Caballeros que venian á Barcelona con priesa por no perder la comodidad de unas Galeras que pasaban á Italia, caminé hasta ayer, que me sucedió lo que ya habreis sabido de los Bandoleros que me quitaron quanto traía, y entre otras cosas la joya que sustentaba mi salud y aliviaba la carga de mis trabajos, que fue la cedula de Marco Antonio, que pensaba con ella pasar á Italia, y hallando á Marco Antonio presentarsela por testigo de su poca fe, y á mí por abono de mi mucha firmeza, y hacer de suerte, que me cumpliese la promesa ; pero juntamente con esto he considerado que con facilidad negará las palabras que en un papel están escritas, el que nie-

niega las obligaciones que debian estar grabadas en el alma: que claro está, que si él tiene en su compañia á la sin par Teodosia, no ha de querer mirar á la desdichada Leocadia; aunque con todo esto pienso morir, ó ponerme en la presencia de los dos, para que mi vista les turbe su sosiego. No piense aquella enemiga de mi descanso gozar tan á poca costa lo que es mio: yo la buscaré, yo la hallaré, y yo la quitaré la vida, si puedo. Pues qué culpa tiene Teodosia, dixo Teodoro, si ella quizá tambien fue engañada de Marco Antonio, como vos, Señora, lo habeis sido? Cómo puede ser eso así, dixo Leocadia, si se la llevó consigo, y estando juntos los que bien se quieren, qué engaño puede haber? Ninguno por cierto: ellos están contentos, pues están juntos, ora estén como suele decirse en los remotos y abrasados desiertos de Livia, ó en los solos y apartados de la Scitia: ella le goza sin duda sea donde fuere, y ella sola ha de pagar lo que he sentido hasta que le halle. Podia ser que os engañasedes, replicó Teodosia, que yo conozco muy bien á esa enemiga vuestra que decís, y sé de su condicion y recogimiento que nunca ella se aventuraria á dexar la casa de sus padres, ni acudir á la voluntad de Marco Antonio; y quando lo hubiese hecho, no conociendoos, ni sabiendo cosa alguna de lo que con él teniades, no os agravió en nada, y donde no hay agravio, no viene bien la venganza. Del recogimiento, dixo Leocadia, no hay

que

que tratarme, que tan recogida y tan honesta era yo como quantas doncellas hallarse pudieran, y con todo eso hice lo que habeis oido: de que él la llevase, no hay duda, y de que ella no me haya agraviado, mirandolo sin pasion, yo lo confieso; mas el dolor que siento de los zelos, me la representan en la memoria bien asi como espada que atravesada tengo por mitad de las entrañas, y no es mucho que como á instrumento que tanto me lastíma, le procure arrancar de ellas y hacerle pedazos: quanto mas, que prudencia es apartar de nosotros las cosas que nos dañan, y es natural cosa aborrecer las que nos hacen mal, y aquellas que nos estorban el bien. Sea como vos decís, Señora Leocadia, respondió Teodosia, que asi como veo que la pasion que sentís, no os dexa hacer mas acertados discursos, veo que no estais en tiempo de admitir consejos saludables: de mí os sé decir lo que ya os he dicho, que os he de ayudar y favorecer en todo aquello que fuere justo y yo pudiere; y lo mismo os prometo de mi hermano, que su natural condicion y nobleza no le dexarán hacer otra cosa. Nuestro camino es á Italia; si gustaredes venir con nosotros, ya poco mas ó menos sabeis el trato de nuestra compañia: lo que os ruego es, que deis licencia que diga á mi hermano lo que sé de vuestra hacienda, para que os trate con el comedimiento y respeto que se os debe, y para que se obligue á mirar por vos como es razon: junto con esto me parece no

ser

ser bien mudeis de trage; y si en este pueblo hay comodidad de vestiros, por la mañana os compraré los vestidos mejores que hubiere, y que mas os convengan, y en lo demás de vuestras pretensiones, dexad el cuidado al tiempo, que es gran maestro de dar y hallar remedio á los casos mas desesperados. Agradeció Leocadia á Teodosia (que ella pensaba ser Teodoro) sus muchos ofrecimientos, y dióle licencia de decir á su hermano todo lo que quisiese, suplicandole que no la desamparase, pues veía á quantos peligros estaba expuesta, si por muger fuese conocida. Con esto se despidieron, y se fueron á acostar, Teodosia al aposento de su hermano, y Leocadia á otro que junto de él estaba. No se habia aun dormido Don Rafael, esperando á su hermana, por saber lo que le habia pasado con el que pensaba ser muger, y en entrando, antes que se acostase, se lo preguntó: la qual punto por punto le contó todo quanto Leocadia le habia dicho, cuya hija era, sus amores, la cedula de Marco Antonio, y la intencion que llevaba. Admiróse Don Rafael, y dixo á su hermana: Si ella es la que dice, séos decir, hermana, que es de las mas principales de su lugar, y una de las mas nobles Señoras de toda la Andalucia. Su padre es bien conocido del nuestro, y la fama que ella tenia de hermosa, corresponde muy bien á lo que ahora vemos en su rostro: y lo que de esto me parece es, que debemos andar con recato de manera, que ella no hable primero con Marco

An-

Antonio que nosotros, que me da algun cuidado la cedula que dice que le hizo, puesto que la haya perdido; pero sosegaos, y acostaos, hermana, que para todo se buscará remedio. Hizo Teodosia lo que su hermano la mandaba, en quanto al acostarse, mas en lo de sosegarse no fue en su mano, que ya tenia tomada posesion de su alma la rabiosa enfermedad de los zelos. O quanto mas de lo que ella era se le representaba en la imaginacion la hermosura de Leocadia, y la deslealtad de Marco Antonio! ó quantas veces leía ó fingia leer la cedula que le habia dado! qué de palabras y razones la añadia, que la hacian cierta y de mucho efecto! quantas veces no creyó que se le habia perdido! y quantas imaginó que sin ella Marco Antonio no dexaria de cumplir su promesa, sin acordarse de lo que á ella estaba obligado! Pasósele en esto la mayor parte de la noche sin dormir sueño. Y no la pasó con mas descanso Don Rafael su hermano; porque asi como oyó decir quien era Leocadia, asi se le abrasó el corazon en sus amores, como si de mucho antes para el mismo efecto la hubiera comunicado: que esta fuerza tiene la hermosura, que en un punto, en un momento lleva tras sí el deseo de quien la mira y la conoce; y quando descubre ó promete alguna via de alcanzarse y gozarse, enciende con poderosa vehemencia el alma de quien la contempla, bien asi del modo y facilidad con que se enciende la seca y dispúesta polvora con qualquiera minima

cen-

centella que la toca. No la imaginaba atada al arbol, ni vestida en el roto trage de varon, sino en el rico suyo de muger, y en casa de sus padres ricos, y de tan principal y rico linage como ellos eran: no detenia ni queria detener el pensamiento en la causa que la habia traido á que la conociese: deseaba que el dia llegase para proseguir su jornada, y buscar á Marco Antonio, no tanto para hacerle su cuñado, como para estorbar que no fuese marido de Leocadia; y ya le tenian el amor y el zelo de manera, que tomara á buen partido ver á su engañada hermana sin el remedio que le procuraba, y á Marco Antonio sin vida, á trueque de no verse sin esperanza de alcanzar á Leocadia: la qual esperanza ya le iba prometiendo feliz suceso en su deseo, ó ya por el camino de la fuerza, ó por el de los regalos y buenas obras, pues para todo le daba lugar el tiempo y la ocasion. Con esto que él á sí mismo se prometia, se sosegó algun tanto, y de alli á poco se dexó ver el dia, y ellos dexaron las camas, y llamando Don Rafael al huesped le preguntó, si habia comodidad en aquel pueblo para vestir á un page á quien los Bandoleros habian desnudado? El huesped dixo que él tenia un vestido razonable que vender: traxole, y vinole bien á Leocadia: pagóle Don Rafael, y ella se le vistió, y se ciñó una espada y una daga con tanto donayre y brio, que en aquel mismo trage suspendió los sentidos de Don Rafael, y dobló los zelos en Teodosia.

En-

Ensilló Calvete, y á las ocho del dia partieron para Barcelona, sin querer subir por entonces al famoso Monasterio de Monserrate, dexandolo para quando Dios fuese servido de volverlos con mas sosiego á su patria. No se podrá contar buenamente los pensamientos que los dos hermanos llevaban, ni con quan diferentes animos los dos iban mirando á Leocadia, deseandola Teodosia la muerte, y Don Rafael la vida, entrambos zelosos y apasionados. Teodosia buscando tachas que ponerla, por no desmayar en su esperanza: Don Rafael hallandole perfecciones, que de punto en punto le obligaban mas á amarla. Con todo esto no se descuidaron de darse priesa, de modo que llegaron á Barcelona poco antes que el Sol se pusiese. Admiróles el hermoso sitio de la Ciudad, y la estimaron por flor de las bellas Ciudades del mundo, honra de España, temor y espanto de los circunvecinos y apartados enemigos, regalo y delicia de sus moradores, amparo de los extrangeros, escuela de la caballeria, exemplo de lealtad, y satisfaccion de todo aquello que de una grande, famosa, rica, y bien fundada Ciudad puede pedir un discreto y curioso deseo. En entrando en ella, oyeron grandisimo ruido, y vieron correr un gran tropel de gente con grande alboroto, y preguntando la causa de aquel ruido y movimiento, les respondieron, que la gente de las Galeras que estaban en la playa, se habia revuelto y trabado con la de la Ciudad. Oyendo lo qual Don Rafael, quiso

ir

ir á ver lo que pasaba, aunque Calvete le dixo que no lo hiciese, por no ser cordura irse á meter en un manifiesto peligro, que él sabía bien quan mal libraban los que en tales pendencias se metian, que eran ordinarias en aquella Ciudad quando á ella llegaban Galeras. No fue bastante el buen consejo de Calvete para estorbar á Don Rafael la ida, y asi le siguieron todos: y en llegando á la marina, vieron muchas espadas fuera de las vaynas, y mucha gente acuchillandose sin piedad alguna: con todo esto sin apearse llegaron tan cerca, que distintamente veían los rostros de los que peleaban, porque aun no era puesto el Sol. Era infinita la gente que de la Ciudad acudia, y mucha la que de las Galeras se desembarcaba, puesto que el que las traía á cargo (que era un Caballero Valenciano llamado Don Pedro Vique) desde la popa de la Galera Capitana amenazaba á los que se habian embarcado en los Esquifes, para ir á socorrer á los suyos; mas viendo que no aprovechaban sus voces ni sus amenazas, hizo volver las proas de las Galeras á la Ciudad, y disparar una pieza sin bala, señal de que si no se apartasen, otra no iria sin ella. En esto estaba Don Rafael atentamente mirando la cruel y bien trabada riña, y vió y notó que de parte de los que mas se señalaban de las Galeras, lo hacia gallardamente un mancebo de hasta veinte y dos ó pocos mas años, vestido de verde, con un sombrero de la misma color adornado con un rico trencillo, al parecer de dia-

mantes: la destreza con que el mozo se combatia, y la bizarria del vestido hacia que volviesen á mirarle todos quantos la pendencia miraban, y de tal manera le miraron los ojos de Teodosia y de Leocadia, que ambas á un mismo punto y tiempo dixeron: Valgame Dios! ó yo no tengo ojos, ó aquel de lo verde es Marco Antonio: y en diciendo esto, con gran ligereza saltaron de las mulas, y poniendo mano á sus dagas y espadas, sin temor alguno se entraron por mitad de la turba, y se pusieron la una á un lado, y la otra al otro de Marco Antonio (que él era el mancebo de lo verde, que se ha dicho). No temais, dixo asi como llegó Leocadia, Señor Marco Antonio, que á vuestro lado teneis quien os hará escudo con su propia vida, por defender la vuestra. Quién lo duda, replicó Teodosia, estando yo aqui? Don Rafael que vió y oyó lo que pasaba, las siguió asimismo, y se puso de su parte. Marco Antonio ocupado en ofender y defenderse, no advirtió en las razones que las dos le dixeron, antes cebado en la pelea, hacia cosas al parecer muy increibles; pero como la gente de la Ciudad por momentos crecia, fueles forzoso á los de las Galeras retirarse hasta meterse en el agua. Retirabase Marco Antonio de mala gana, y á su mismo compas se iban retirando á sus lados las dos valientes, y nuevas Bradamante y Marfisa, ó Hipolita y Pantasilea. En esto vino un Caballero Catalán de la famosa familia de los Cardonas sobre un poderoso caba-

ba-

ballo, y poniendose en medio de las dos partes, hacia retirar los de la Ciudad, los quales le tuvieron respeto en conociendole; pero algunos desde lejos tiraban piedras á los que ya se iban acogiendo al agua: y quiso la mala suerte que una acertase en la sien á Marco Antonio con tanta furia, que dió con él en el agua que ya le daba á la rodilla; y apenas Leocadia le vió caido, quando se abrazó con él y le sostuvo en sus brazos, y lo mismo hizo Teodosia. Estaba Don Rafael un poco desviado, defendiendose de las infinitas piedras que sobre él llovian; y queriendo acudir al remedio de su dama, y al de su hermana y cuñado, el Caballero Catalán se le puso delante, diciendole: Sosegaos, Señor, por lo que debeis á buen Soldado, y hacedme merced de poneros á mi lado, que yo os libraré de la insolencia y demasia de este desmandado vulgo. Ah Señor! respondió Don Rafael, dexadme pasar, que veo en gran peligro puestas las cosas que en esta vida mas quiero. Dexóle pasar el Caballero, mas no llegó tan á tiempo, que ya no hubiesen recogido en el Esquife de la Galera Capitana á Marco Antonio, y á Leocadia que jamas le dexó de los brazos; y queriendose embarcar con ellos Teodosia, ó ya fuese por estar cansada, ó por la pena de haber visto herido á Marco Antonio, ó por ver que se iba con él su mayor enemiga, no tuvo fuerzas para subir en el Esquife, y sin duda cayera desmayada en el agua, si su hermano no llegara á tiempo de so-

cor-

correrla, el qual no sintió menor pena de ver que con Marco Antonio se iba Leocadia, que su hermana habia sentido, que ya tambien él habia conocido á Marco Antonio. El Caballero Catalán, aficionado de la gentil presencia de Don Rafael y de su hermana (que por hombre tenia) los llamó desde la orilla, y les rogó que con él se viniesen; y ellos forzados de la necesidad, y temerosos de que la gente que aun no estaba pacifica, les hiciese algun agravio, hubieron de aceptar la oferta que se les hacia. El Caballero se apeó, y tomandolos á su lado, con la espada desnuda pasó por medio de la turba alborotada, rogandoles que se retirasen, y asi lo hicieron. Miró Don Rafael á todas partes por ver si veía á Calvete con las mulas, y no le vió á causa que él asi como ellos se apearon, las antecogió y se fue á un meson donde solia posar otras veces. Llegó el Caballero á su casa que era una de las principales de la Ciudad, y preguntando á Don Rafael en qual Galera venia? le respondió que en ninguna, pues habia llegado á la Ciudad al mismo punto que se comenzaba la pendencia, y que por haber conocido en ella al Caballero que llevaron herido de la pedrada en el Esquife, se habia puesto en aquel peligro; y que le suplicaba diese orden como sacasen á tierra al herido, que en ello le importaba el contento y la vida. Eso haré yo de buena gana, dixo el Caballero, y sé que me le dará seguramente el General, que es principal Caballero y pariente mio. Y sin de-

detenerse mas, volvió á la Galera, y halló que estaban curando á Marco Antonio, y la herida que tenia era peligrosa, por ser en la sien izquierda, y decir el Cirujano ser de peligro: alcanzó con el General se le diese para curarle en tierra, y puesto con gran tiento en el Esquife, le sacaron, sin quererle dexar Leocadia que se embarcó con él como en seguimiento del norte de su esperanza. En llegando á tierra, hizo el Caballero traer de su casa una silla de manos donde le llevasen. En tanto que esto pasaba, habia enviado Don Rafael á buscar á Calvete que en el meson estaba con cuidado de saber lo que la suerte habia hecho de sus amos, y quando supo que estaban buenos, se alegró en extremo, y vino adonde Don Rafael estaba. En esto llegaron el Señor de la casa, Marco Antonio, y Leocadia, y á todos alojó en ella con muy grande amor y magnificencia. Ordenó luego como se llamase un Cirujano famoso de la Ciudad para que de nuevo curase á Marco Antonio: vino, pero no quiso curarle hasta otro dia, diciendo que siempre los Cirujanos de los Exercitos y Armadas eran muy experimentados, por los muchos heridos que á cada paso tenian entre las manos, y asi no convenia curarle hasta otro dia: lo que ordenó fue, le pusiesen en un aposento abrigado, donde le dexasen sosegar. Llegó en aquel instante el Cirujano de las Galeras, y dió cuenta al de la Ciudad de la herida, y de cómo le habia curado, y del peligro que de la vida á

su

su parecer tenia el herido, con lo qual se acabó de enterar el de la Ciudad de que estaba bien curado; y asimismo (segun la relacion que se le habia hecho) exâgeró el peligro de Marco Antonio. Oyeron esto Leocadia y Teodosia con aquel sentimiento que si oyeran la sentencia de su muerte; mas por no dar muestras de su dolor, le reprimieron y callaron, y Leocadia determinó de hacer lo que le pareció convenir para satisfaccion de su honra: y fue que asi como se fueron los Cirujanos, se entró en el aposento de Marco Antonio, y delante del Señor de la casa, de Don Rafael, Teodosia, y de otras personas se llegó á la cama del herido, y asiendole de la mano le dixo estas razones: No estais en tiempo, Señor Marco Antonio Adorno, en que se puedan ni deban gastar con vos muchas palabras, y asi solo querria que me oyesedes algunas que convienen, sino para la salud de vuestro cuerpo, á lo menos para la de vuestra alma; y para deciroslas es menester que me deis licencia, y me advirtais si estais con sugeto de escucharme: que no sería razon, que habiendo yo procurado desde el punto que os conocí, no salir de vuestro gusto, en este instante que le tengo por el postrero, seros causa de pesadumbre. Á estas razones abrió Marco Antonio los ojos, y los puso atentamente en el rostro de Leocadia, y habiendola casi conocido mas por el organo de la voz, que por la vista, con voz debilitada y doliente le dixo: Decid, Señor, lo que quisieredes, que

no

no estoy tan al cabo, que no pueda escucharos, ni esa voz me es tan desagradable, que me cause fastidio el oirla. Atentisima estaba á todo este coloquio Teodosia, y cada palabra que Leocadia decia, era una aguda saeta que le atravesaba el corazon, y aun el alma de Don Rafael que asimismo la escuchaba. Y prosiguiendo Leocadia dixo: Si el golpe de la cabeza, ó por mejor decir, el que á mí me han dado en el alma, no os ha llevado, Señor Marco Antonio, de la memoria la imagen de aquella, que poco tiempo ha que vos deciades ser vuestra gloria y vuestro cielo, bien os debeis acordar quien fue Leocadia, y qual fue la palabra que le distes firmada en una cedula de vuestra mano y letra, ni se os habrá olvidado el valor de sus padres, la entereza de su recato y honestidad, y la obligacion en que le estais, por haber acudido á vuestro gusto en todo lo que quisistes: si esto nó se os ha olvidado, aunque me veais en este trage tan diferente, conocereis con facilidad que yo soy Leocadia, que temerosa que nuevos accidentes, y nuevas ocasiones no me quitasen lo que tan justamente es mio, asi como supe que de vuestro lugar os habiades partido, atropellando por infinitos inconvenientes, determiné seguiros en este habito, con intencion de buscaros por todas las partes de la tierra hasta hallaros: de lo qual no os debeis maravillar, si es que alguna vez habeis sentido hasta donde llegan las fuerzas de un amor verdadero, y la rabia de una muger

engañada. Algunos trabajos he pasado en esta mi demanda, todos los quales los juzgo y tengo por descanso, con el descuento que han traido de veros, que puesto que esteis de la manera que estais, si fuere Dios servido de llevaros de esta á mejor vida, con hacer lo que debeis á quien sois antes de la partida, me juzgaré por mas que dichosa, prometiendoos como os prometo, de darme tal vida despues de vuestra muerte, que bien poco tiempo se pase, sin que os siga en esta ultima y forzosa jornada: y asi os ruego primeramente por Dios, á quien mis deseos é intentos van encaminados, luego por vos, que debeis mucho á ser quien sois, ultimamente por mí, á quien debeis mas que á otra persona del mundo, que aqui luego me recibais por vuestra legitima esposa, no permitiendo haga la justicia lo que con tantas veras y obligaciones la razon os persuade. No dixo mas Leocadia, y todos los que en la sala estaban, guardaron un maravilloso silencio en tanto que estuvo hablando, y con el mismo silencio esperaban la respuesta de Marco Antonio, que fue esta: No puedo negar, Señora, el conoceros, que vuestra voz y vuestro rostro no consentirán que lo niegue: tampoco puedo negar lo mucho que os debo, ni el gran valor de vuestros padres junto con vuestra incomparable honestidad y recogimiento, ni os tengo ni os tendré en menos por lo que habeis hecho en venirme á buscar en trage tan diferente del vuestro, antes por esto os estimo y esti-

ma-

maré en el mayor grado que ser pueda ; pero pues mi corta suerte me ha traido á termino, como vos decís, que creo que será el postrero de mi vida, y son los semejantes trances los apuraderos de las verdades, quiero deciros una verdad, que sino os fuere ahora de gusto, podria ser que despues os fuese de provecho. Confieso, hermosa Leocadia, que os quise bien, y me quisistes, y juntamente con esto confieso que la cedula que os hice, fue mas por cumplir con vuestro deseo, que con el mio ; porque antes que la firmase con muchos dias, tenia entregada mi voluntad y mi alma á otra doncella de mi mismo lugar, que vos bien conoceis, llamada Teodosia, hija de tan nobles padres como los vuestros ; y si á vos os di cedula firmada de mi mano, á ella le di mano firmada y acreditada con tales obras y testigos, que quedé imposibilitado de dar mi libertad á otra persona en el mundo. Los amores que con vos tuve, fueron de pasatiempo, sin que de ellos alcanzase otra cosa sino las flores que vos sabeis, las quales no os ofendieron, ni pueden ofender en cosa alguna : lo que con Teodosia me pasó, fue alcanzar el fruto que ella pudo darme, y yo quise que me diese, con fe y seguro de ser su esposo, como lo soy : y si á ella, y á vos os dexé en un mismo tiempo, á vos suspensa y engañada, y á ella temerosa y á su parecer sin honra, hicelo con poco discurso, y con juicio de mozo como lo soy, creyendo que todas aquellas cosas eran

de poca importancia, y que las podia hacer sin escrupulo alguno, con otros pensamientos que entonces me vinieron y solicitaron lo que queria hacer, que fue venirme á Italia, y emplear en ella algunos de los años de mi juventud, y despues volver á ver lo que Dios habia hecho de vos y de mi verdadera esposa; mas doliendose de mí el Cielo, sin duda creo que ha permitido ponerme de la manera que me veis, para que confesando estas verdades, nacidas de mis muchas culpas, pague en esta vida lo que debo, y vos quedeis desengañada y libre para hacer lo que mejor os pareciere: y si en algun tiempo Teodosia supiere mi muerte, sabrá de vos y de los que están presentes, como en la muerte le cumplo la palabra que le di en la vida: y si en el poco tiempo que de ella me queda, Señora Leocadia, os puedo servir en algo, decidmelo, que como no sea recibiros por esposa, pues no puedo, ninguna otra cosa dexaré de hacer que á mí sea posible, por daros gusto. En tanto que Marco Antonio decia estas razones, tenia la cabeza sobre el codo, y en acabandolas, dexó caer el brazo, dando muestras que se desmayaba. Acudió luego Don Rafael, y abrazandole estrechamente, le dixo: Volved en vos, Señor mio, y abrazad á vuestro amigo y á vuestro hermano, pues vos quereis que lo sea: conoced á Don Rafael vuestro camarada, que será el verdadero testigo de vuestra voluntad, y de la merced que á su hermana quereis hacer con admitirla por

vues-

vuestra. Volvió en sí Marco Antonio, y al momento conoció á Don Rafael, y abrazandole muy estrechamente y besandole en el rostro, le dixo: Ahora digo, hermano y Señor mio, que la suma alegria que he recibido en veros, no puede traer menos descuento, que un pesar grandisimo, pues se dice que tras el gusto se sigue la tristeza; pero yo daré por bien empleada qualquiera que me viniere, á trueque de haber gustado del contento de veros. Pues yo os le quiero hacer mas cumplido, replicó Don Rafael, con presentaros esta joya que es vuestra esposa; y buscando á Teodosia la halló llorando detrás de la gente, suspensa y atonita entre el pesar y la alegria por lo que veía, y por lo que habia oido decir. Asióla su hermano de la mano, y ella sin hacer resistencia se dexó llevar donde él quiso, que fue ante Marco Antonio, que la conoció y se abrazó con ella, llorando los dos tiernas y amorosas lagrimas. Admirados quedaron quantos en la sala estaban, viendo tan extraño acontecimiento: mirabanse unos á otros, sin hablar palabra, esperando en qué habian de parar aquellas cosas. Mas la desengañada y sin ventura Leocadia que vió por sus ojos lo que Marco Antonio hacia, y vió al que pensaba ser hermano de Don Rafael en brazos del que tenia por su esposo, viendo junto con esto burlados sus deseos y perdídas sus esperanzas, se hurtó de los ojos de todos (que atentos estaban mirando lo que el enfermo hacia con el page que abrazado

te-

tenia) y se salió de la sala ó aposento, y en un instante se puso en la calle con intencion de irse desesperada por el mundo ó adonde gentes no la viesen; mas apenas habia llegado á la calle, quando Don Rafael la echó menos, y como si le faltara el alma, preguntó por ella, y nadie le supo dar razon donde se habia ido: y asi sin esperar mas, desesperado salió á buscarla, y acudió adonde le dixeron que posaba Calvete, por si habia ido allá á procurar alguna cabalgadura en que irse; y no hallandola alli, andaba como loco por las calles, buscandola de unas partes á otras, y pensando si por ventura se habia vuelto á las Galeras, llegó á la marina, y un poco antes que llegase, oyó que á grandes voces llamaban desde tierra al Esquife de la Capitana, y conoció que quien las daba, era la hermosa Leocadia, la qual rezelosa de algun desman, sintiendo pasos á sus espaldas, empuñó la espada, y esperó apercebida que llegase Don Rafael, á quien ella luego conoció, y le pesó de que la hubiese hallado y mas en parte tan sola, que ya ella habia entendido por mas de una muestra, que Don Rafael le habia dado, que no la queria mal, sino tan bien, que tomara por buen partido, que Marco Antonio la quisiera otro tanto. Con qué razones podré yo decir ahora las que Don Rafael dixo á Leocadia, declarandole su alma, que fueron tantas y tales, que no me atrevo á escribirlas? mas pues es forzoso decir algunas, las que entre otras le dixo, fue-

fueron estas: Si con la ventura que me falta, me faltase ahora, ó hermosa Leocadia, el atrevimiento de descubriros los secretos de mi alma, quedaria encerrada en los senos del perpetuo olvido la mas enamorada y honesta voluntad, que ha nacido ni puede nacer en un enamorado pecho; pero por no hacer este agravio á mi justo deseo, vengame lo que viniere, quiero, Señora, que advirtais, si es que os da lugar vuestro arrebatado pensamiento, que en ninguna cosa se me aventaja Marco Antonio, sino es en el bien de ser de vos querido. Mi linage es tan bueno como el suyo, y en los bienes que llaman de fortuna, no me hace mucha ventaja; en los de naturaleza no conviene que me alabe, y mas si á los ojos vuestros no son de estima: todo esto digo, apasionada Señora, porque tomeis el remedio y el medio que la suerte os ofrece en el extremo de vuestra desgracia. Ya veis que Marco Antonio no puede ser vuestro, porque el Cielo le hizo de mi hermana, y el mismo Cielo que hoy os ha quitado á Marco Antonio, os quiere hacer recompensa conmigo, que no deseo otro bien en esta vida, que entregarme por esposo vuestro: mirad que el buen suceso está llamando á las puertas del malo, que hasta ahora habeis tenido, y no penseis que el atrevimiento que habeis mostrado en buscar á Marco Antonio, ha de ser parte para que no os estime y tenga en lo que merecierades, si nunca le hubierades tenido, que en la hora que quiero y determino igualarme

me con vos, eligiendoos por perpetua Señora mia, en aquella misma se me ha de olvidar, y ya se me ha olvidado todo quanto en esto he sabido y visto; que bien sé que las fuerzas que á mí me han forzado á que tan de rondon y á rienda suelta me disponga á adoraros y á entregarme por vuestro, esas mismas os han traido á vos al estado en que estais, y asi no habrá necesidad de buscar disculpa, donde no ha habido yerro alguno. Callando estuvo Leocadia á todo quanto Don Rafael le dixo, sino que de quando en quando daba unos profundos suspiros, salidos de lo intimo de sus entrañas; tuvo atrevimiento Don Rafael de tomarle una mano, y ella no tuvo esfuerzo para estorbarselo, y asi besandosela muchas veces, le decia: Acabad, Señora de mi alma, de serlo del todo á vista de estos estrellados Cielos que nos cubren, y de este sosegado mar que nos escucha, y de estas bañadas arenas que nos sustentan: dadme ya el sí, que sin duda conviene tanto á vuestra honra como á mi contento: vuelvoos á decir que soy Caballero como vos sabeis y rico, y que os quiero bien, que es lo que mas habeis de estimar, y que en cambio de hallaros sola y en trage que desdice mucho del de vuestra honra, lejos de la casa de vuestros padres y parientes, sin persona que os acuda á lo que menester hubieredes, y sin esperanza de alcanzar lo que buscabades; podeis volver á vuestra patria en vuestro propio, honrado y verdadero trage, acompañada de tan buen

es-

esposo como el que vos supistes escogeros, rica, contenta, estimada, y servida, y aun loada de todos aquellos á cuya noticia llegaren los sucesos de vuestra historia: si esto es asi, como lo es, no sé en qué estais dudando: acabad (que otra vez os lo digo) de levantarme del suelo de mi miseria al cielo de mereceros, que en ello hareis por vos misma, y cumplireis con las leyes de la cortesia, y del buen conocimiento, mostrandoos en un mismo punto agradecida y discreta. Ea pues, dixo á esta sazon la dudosa Leocadia, pues asi lo ha ordenado el Cielo, y no es en mi mano ni en la de viviente alguno oponerse á lo que él determinado tiene, hagase lo que él quiere, y vos quereis, Señor mio; y sabe el mismo Cielo con la vergüenza que vengo á condescender con vuestra voluntad, no porque no entienda lo mucho que en obedeceros gano, sino porque temo que en cumpliendo vuestro gusto, me habeis de mirar con otros ojos de los que quizá hasta ahora mirandome, os han engañado; mas sea como fuere, que en fin el nombre de muger legitima de Don Rafael de Villavicencio no le podré perder, y con este titulo solo viviré contenta: y si las costumbres que en mí viéredes despues de ser vuestra, fueren parte para que me estimeis en algo, daré al Cielo las gracias de haberme traido por tan extraños rodeos y por tantos males á los bienes de ser vuestra: dadme, Señor Don Rafael, la mano de ser mio, y veis aqui os la doy de ser vuestra, y sirvan de

tes-

testigos los que vos decís, el Cielo, la mar, las arenas, y este silencio solo interrumpido de mis suspiros y de vuestros ruegos. Diciendo esto se dexó abrazar, y le dió la mano, y Don Rafael le dió la suya, celebrando el nocturno y nuevo desposorio solas las lagrimas, que el contento á pesar de la pasada tristeza sacaba de sus ojos. Luego se volvieron á casa del Caballero, que estaba con grandisima pena de su falta, y la misma tenian Marco Antonio y Teodosia: los quales ya por mano de Clerigo estaban desposados, que á persuasion de Teodosia (temerosa que algun contrario accidente no le turbase el bien que habia hallado) el Caballero envió luego por quien los desposase, de modo que quando Don Rafael y Leocadia entraron, y Don Rafael contó lo que con Leocadia le habia sucedido, asi les aumentó el gozo, como si ellos fueran sus cercanos parientes; que es condicion natural y propia de la nobleza Catalana saber ser amigos y favorecer á los extrangeros que de ellos tienen necesidad alguna. El Sacerdote que presente estaba, ordenó que Leocadia mudase el habito, y se vistiese en el suyo; y el Caballero acudió á ello con presteza, vistiendo á las dos de los ricos vestidos de su muger, que era una principal Señora, del linage de los Granolleques, famoso y antiguo en aquel Reyno. Avisó al Cirujano, quien por caridad se dolia del herido como hablaba mucho, y no le dexaban solo, el qual vino y ordenó lo primero que le dexasen en

si-

silencio. Pero Dios, que asi lo tenia ordenado, tomando por medio é instrumento de sus obras (quando á nuestros ojos quiere hacer alguna maravilla) lo que la naturaleza no alcanza, ordenó que el alegria, y el poco silencio que Marco Antonio habia guardado, fuese parte para mejorarle, de manera que otro dia quando le curaron le hallaron fuera de peligro, y de alli á catorce se levantó tan sano, que sin temor alguno se pudo poner en camino. Es de saber que en el tiempo que Marco Antonio estuvo en el lecho, hizo voto, si Dios le sanase, de ir en romeria á pie á Santiago de Galicia, en cuya promesa le acompañaron Don Rafael, Leocadia, y Teodosia, y aun Calvete el mozo de mulas (obra pocas veces usada de los de oficio semejante); pero la bondad y llaneza que habia conocido en Don Rafael, le obligó á no dexarle hasta que volviese á su tierra: y viendo que habian de ir á pie como Peregrinos, envió las mulas á Salamanca con la que era de Don Rafael, que no faltó con quien enviarlas. Llegóse pues el dia de la partida, y acomodados de sus esclavinas y de todo lo necesario, se despidieron del liberal Caballero, que tanto les habia favorecido y agasajado, cuyo nombre era Don Sancho de Cardona, ilustrisimo por sangre, y famoso por su persona: ofrecieronsele todos de guardar perpetuamente ellos y sus descendientes, á quien se lo dexarian mandado, la memoria de las mercedes tan singulares de él recibidas, para agrade-

cer-

cerlas siquiera, ya que no pudiesen servirlas. Don Sancho los abrazó á todos, diciendoles que de su natural condicion nacia hacer aquellas obras, ó otras que fuesen buenas, á todos los que conocia, ó imaginaba ser hidalgos Castellanos. Reiteraronse dos veces los abrazos, y con alegria mezclada con algun sentimiento triste se despidieron, y caminando con la comodidad que permitia la delicadeza de las dos nuevas Peregrinas, en tres dias llegaron á Monserrate, y estando alli otros tantos haciendo lo que á buenos y Catolicos Christianos debian, con el mismo espacio volvieron á su camino, y sin sucederles reves ni desman alguno, llegaron á Santiago: y despues de cumplir su voto con la mayor devocion que pudieron, no quisieron dexar el habito de Peregrinos hasta entrar en sus casas, á las quales llegaron poco á poco, descansados y contentos; mas antes que llegasen, estando á vista del lugar de Leocadia, que como se ha dicho, era una legua del de Teodosia, desde encima de un recuesto los descubrieron á entrambos, sin poder encubrir las lagrimas, que el contento de verlos les traxo á los ojos, á lo menos á las dos desposadas, que con su vista renovaron la memoria de los pasados sucesos. Descubriase desde la parte donde estaban un ancho valle, que los dos pueblos dividia, en el qual vieron á la sombra de un olivo un dispuesto Caballero, sobre un poderoso caballo, con una blanquisima adarga en el brazo izquierdo, y una gruesa y larga lanza terciada

en

en el derecho ; y mirandole con atencion, vieron que asimismo por entre unos olivares venian otros dos Caballeros con las mismas armas, y con el mismo donayre y apostura, y de alli á poco vieron que se juntaron todos tres, y habiendo estado un pequeño espacio juntos, se apartaron, y uno de los que á lo ultimo habian venido, se apartó con el que estaba primero debaxo del olivo: los quales poniendo las espuelas á los caballos, arremetieron el uno al otro, con muestras de ser mortales enemigos, comenzando á tirarse bravos y diestros botes de lanza, ya hurtando los golpes, ya recogiendolos con tanta destreza, que daban bien á entender ser maestros en aquel exercicio: el tercero los estaba mirando, sin moverse de un lugar; mas no pudiendo Don Rafael sufrir estar tan lejos mirando aquella tan reñida y singular batalla, á todo correr baxó del recuesto, siguiendole su hermana y su esposa, y en poco espacio se puso junto á los dos combatientes, á tiempo que andaban ya algo heridos; y habiendosele caido al uno el sombrero, y con él un casco de acero, al volver el rostro conoció Don Rafael ser su padre, y Marco Antonio conoció que el otro era el suyo. Leocadia que con atencion habia mirado al que no se combatia, conoció que era el padre que la habia engendrado, de cuya vista todos quatro suspensos, atonitos, y fuera de sí quedaron ; pero dando el sobresalto lugar al discurso de la razon, los dos cuñados, sin detenerse se pusieron en medio de

los

los que peleaban, diciendo á voces: No mas, Caballeros, no mas, que los que esto os piden, son vuestros propios hijos: yo soy Marco Antonio, Padre y Señor mio, decia Marco Antonio: yo soy aquel por quien, á lo que imagino, están vuestras canas venerables puestas en este riguroso trance: templad la furia, y arrojad la lanza, ó volvedla contra otro enemigo; que el que teneis delante, ya de hoy mas ha de ser vuestro hermano. Casi estas mismas razones decia Don Rafael á su padre, á las quales se detuvieron los Caballeros, y atentamente se pusieron á mirar á los que se las decian, y volviendo la cabeza, vieron que Don Sancho, el padre de Leocadia, se habia apeado, y estaba abrazado con el que pensaban ser Peregrino: y era que Leocadia se habia llegado á él, y dandosele á conocer, le rogó que pusiese en paz á los que se combatian, contandole en breves razones como Don Rafael era su esposo, y Marco Antonio lo era de Teodosia. Oyendo esto su padre, se apeó, y la tenia abrazada, como se ha dicho; pero dexandola, acudió á ponerlos en paz, aunque no fue menester, pues ya los dos habian conocido á sus hijos, y estaban en el suelo, teniendolos abrazados, llorando todos lagrimas de amor y de contento nacidas. Juntaronse todos y volvieron á mirar á sus hijos, y no sabian qué decirse: atentabanles los cuerpos, por ver si eran fantasticos, que su improvisa llegada esta y otras sospechas engendraba; pero desengañados algun tan-

tanto, volvieron á las lagrimas, y á los abrazos: y en esto asomó por el mismo valle gran cantidad de gente armada, de á pie y de á caballo, los quales venian á defender al Caballero de su lugar; pero como llegaron; y los vieron abrazados de aquellos Peregrinos, y preñados los ojos de lagrimas, se apearon y admiraron, estando suspensos, hasta tanto que Don Sancho les dixo brevemente lo que Leocadia su hija le habia contado. Todos fueron á abrazar á los Peregrinos con muestras de contento, tales, que no se pueden encarecer. Don Rafael de nuevo contó á todos con la brevedad que el tiempo requeria, todo el suceso de sus amores, y de como venia casado con Leocadia, y su hermana Teodosia con Marco Antonio: nuevas que de nuevo causaron nueva alegria. Luego de los mismos caballos de la gente que llegó al socorro, tomaron los que hubieron menester para los cinco Peregrinos, y acordaron de irse al lugar de Marco Antonio, ofreciendoles su padre de hacer alli las bodas de todos, y con este parecer se partieron; y algunos de los que se habian hallado presentes, se adelantaron á pedir albricias á los parientes y amigos de los desposados. En el camino supieron Don Rafael y Marco Antonio la causa de aquella pendencia, que fue, que el padre de Teodosia y el de Leocadia habian desafiado al padre de Marco Antonio en razon de que él habia sido sabedor de los engaños de su hijo; y habiendo venido los dos, y hallandole solo, no quisieron com-

combatirse con alguna ventaja, sino uno á uno como Caballeros, cuya pendencia parara en la muerte de uno, ó en la de entrambos, si ellos no hubieran llegado. Dieron gracias á Dios los quatro Peregrinos del suceso felice: y otro dia despues que llegaron, con real y esplendida magnificencia, y suntuoso gasto hizo celebrar el padre de Marco Antonio las bodas de su hijo y Teodosia, y las de Don Rafael y Leocadia. Los quales luengos y felices años vivieron en compañia de sus esposas, dexando de sí ilustre generacion y descendencia, que hasta hoy dura en estos dos lugares, que son de los mejores de la Andalucia; y si no se nombran, es por guardar el decoro á las dos doncellas, á quien quizá las lenguas maldicientes, ó neciamente escrupulosas les harán cargo de la ligereza de sus deseos y del subito mudar de trages: á los quales ruego que no se arrojen á vituperar semejantes libertades, hasta que miren en sí, si alguna vez han sido tocados de estas que llaman flechas de Cupido, que en efecto es una fuerza (si asi se puede llamar) incontrastable, que hace el apetito á la razon. Calvete el mozo de mulas se quedó con la que Don Rafael habia enviado á Salamanca, y con otras muchas dadivas que los dos desposados le dieron; y los Poetas de aquel tiempo tuvieron ocasion donde emplear sus plumas, exâgerando la hermosura y los sucesos de las dos tan atrevidas quanto honestas doncellas, sugeto principal de este extraño suceso.

La

To II P 193



La Señora Cornelia.

Don Antonio de Isunza, y Don Juan de Gamboa, Caballeros principales, de una edad, muy discretos, y grandes amigos, siendo Estudiantes en Salamanca determinaron de dexar sus estudios por irse á Flandes, llevados del hervor de la sangre moza y del deseo (como decirse suele) de ver mundo, y por parecerles que el exercicio de las armas, aunque arma y dice bien á todos, principalmente asienta y dice mejor en los bien nacidos y de ilustre sangre. Llegaron pues á Flandes á tiempo que estaban las cosas en paz, ó en conciertos, y tratos de tenerla presto. Recibieron en Amberes cartas de sus padres, donde les escribieron el grande enojo que habian recibido, por haber dexado sus estudios sin avisarselo, para que hubieran venido con la comodidad que pedia el ser quien eran. Finalmente conociendo la pesadumbre de sus padres, acordaron de volverse á España, pues no habia que hacer en Flandes; pero antes de volverse quisieron ver todas las mas famosas Ciudades de Italia; y habiendolas visto todas, pararon en Bolonia, y admirados de los estudios de aquella insigne Uni-

versidad, quisieron en ella proseguir los suyos. Dieron noticia de su intento á sus padres, de que se holgaron infinito, y lo mostraron con proveerles magnificamente, y de modo que mostrasen en su tratamiento quienes eran, y qué padres tenian: y desde el primero dia que salieron á las escuelas, fueron conocidos de todos por Caballeros, galanes, discretos y bien criados. Tendria Don Antonio hasta veinte y quatro años, y Don Juan no pasaba de veinte y seis; y adornaban esta buena edad con ser muy gentiles hombres, musicos, poetas, diestros y valientes: partes que los hacian amables y bien queridos de quantos los comunicaban. Tuvieron luego muchos amigos asi Estudiantes Españoles, de los muchos que en aquella Universidad cursaban, como de los mismos de la Ciudad, y de los extrangeros. Mostrabanse con todos liberales, y comedidos, y muy agenos de la arrogancia, que dicen que suelen tener los Españoles: y como eran mozos y alegres, no se disgustaban de tener noticia de las hermosas de la Ciudad; y aunque habia muchas Señoras doncellas, y casadas, con gran fama de ser honestas y hermosas, á todas se aventajaba la Señora Cornelia Bentibolli, de la antigua y generosa Familia de los Bentibollis, que un tiempo fueron Señores de Bolonia. Era Cornelia hermosisima en extremo, y estaba debaxo de la guarda y amparo de Lorenzo Bentibolli su hermano, honradisimo y valiente Caballero, huerfanos de padre y madre: que aunque los

los dexaron solos, los dexaron ricos, y la riqueza es grande alivio de la orfandad. Era el recáto de Cornelia tanto, y la solicitud de su hermano tanta en guardarla, que ni ella se dexaba ver, ni su hermano consentia que la viesen. Esta fama traía deseosos á Don Juan, y á Don Antonio de verla, aunque fuera en la Iglesia; pero el trabajo que en ello pusieron, fue en balde, y el deseo, por la imposibilidad cuchillo de la esperanza, fue menguando; y asi con solo el amor de sus estudios y el entretenimiento de algunas honestas mocedades, pasaban una vida tan alegre como honrada: pocas veces salian de noche, y si salian, iban juntos, y bien armados. Sucedió pues que habiendo de salir una noche, dixo Don Antonio á Don Juan, que él se queria quedar á rezar ciertas devociones, que se fuese, que luego le seguiria. No hay para qué, dixo Don Juan, que yo os aguardaré, y sino salieremos esta noche, importa poco. No por vida vuestra, replicó Don Antonio, salid á coger el ayre, que yo seré luego con vos, si es que vais por donde solemos ir. Haced vuestro gusto, dixo Don Juan, quedaos en buen hora, y si salieredes, las mismas estaciones andaré esta noche que las demás. Fuese Don Juan, y quedóse Don Antonio. Era la noche entre obscura, y la hora las once; y habiendo andado dos ó tres calles, y viendose solo, y que no tenia con quien hablar, determinó volverse á casa, y poniendolo en efecto, al pasar por una calle que tenia portales sustentados de

marmoles, oyó que de una puerta le ceceaban. La obscuridad de la noche, y la que causaban los portales, no le dexaban atinar el ceceo. Detuvose un poco, estuvo atento, y vió entreabrir una puerta, llegóse á ella, y oyó una voz baxa que dixo: Sois por ventura Fabio? Don Juan, por si ó por no, respondió que sí. Pues tomad, respondieron de dentro, y ponedlo en cobro, y volved luego, que importa. Alargó la mano Don Juan, y topó un bulto, y queriendolo tomar, vió que eran menester las dos manos, y asi le hubo de asir con entrambas; y apenas se le dexaron en ellas, quando le cerraron la puerta, y él se halló cargado en la calle, y sin saber de qué: pero casi luego comenzó á llorar una criatura, al parecer recien nacida, á cuyo lloro quedó Don Juan confuso y suspenso, sin saber qué hacerse, ni qué corte dar en aquel caso; porque en volver á llamar á la puerta, le pareció que podia correr algun peligro cuya era la criatura, y en dexarla alli, la criatura misma; pues el llevarla á su casa, no tenia en ella quien la remediase, ni él conocia en toda la Ciudad persona adonde poder llevarla: pero viendo que le habian dicho que la pusiese en cobro, y que volviese luego, determinó de traerla á su casa, y dexarla en poder de una ama que los servia, y volver luego á ver si era menester su favor en alguna cosa, puesto que bien habia visto que le habian tenido por otro, y que habia sido error darle á él la criatura. Finalmente sin hacer mas

dis-

discursos se vino á casa con ella á tiempo que ya Don Antonio no estaba en ella : entróse en un aposento , y llamó al ama, descubrió la criatura, y vió que era la mas hermosa, que jamas hubiese visto : los paños en que venia envuelta, mostraban ser de ricos padres nacida : desenvolvióla el ama , y hallaron que era varon. Menester es, dixo Don Juan , dar de mamar á este niño , y ha de ser de esta manera : que vos, ama, le habeis de quitar estas ricas mantillas , y ponerle otras mas humildes, y sin decir que yo le he traido , le habeis de llevar en casa de una partera, que las tales siempre suelen dar recaudo y remedio á semejantes necesidades : llevareis dineros con que la dexeis satisfecha, y dareisle los padres que quisieredes , para encubrir la verdad de haberlo yo traido. Respondió el ama que asi lo haria, y Don Juan con la priesa que pudo , volvió á ver si le ceceaban otra vez; pero un poco antes que llegase á la casa adonde le habian llamado , oyó gran ruido de espadas, como de mucha gente que se acuchillaba. Estuvo atento , y no oyó palabra alguna : la herreria era á la sorda , y á la luz de las centellas, que las piedras heridas de las espadas levantaban , casi pudo ver que eran muchos los que á uno solo acometian, y confirmóse en esta verdad oyendo decir : Ah traydores , que sois muchos, y yo solo ; pero con todo eso no os ha de valer vuestra supercheria. Oyendo y viendo lo qual Don Juan , llevado de su valeroso corazon , en dos brincos se puso á su

la-

lado, y metiendo mano á la espada, y á un broquel que llevaba, dixo al que se defendia en lengua Italiana, por no ser conocido por Español: No temais, que socorro os ha venido que no os faltará hasta perder la vida, menead los puños, que traydores pueden poco, aunque sean muchos. Á estas razones respondió uno de los contrarios: Mientes, que aqui no hay ningun traydor, que el querer cobrar la honra perdída, á toda demasia da licencia. No le habló mas palabras, porque no les daba lugar á ello la priesa que se daban á herirle los enemigos, que al parecer de Don Juan debian de ser seis. Apretaron tanto á su compañero, que de dos estocadas que le dieron á un tiempo en los pechos, dieron con él en tierra. Don Juan creyó que le habian muerto, y con ligereza y valor extraño se puso delante de todos, y los hizo arredrar á fuerza de una lluvia de cuchilladas y estocadas; pero no fuera bastante su diligencia para ofender y defenderse, sino le ayudara la buena suerte, con hacer que los vecinos de la calle sacasen luces á las ventanas, y á grandes voces llamasen á la Justicia, lo qual visto por los contrarios, dexaron la calle y á espaldas vueltas se ausentaron. Ya en esto se habia levantado el caido, porque las estocadas hallaron un peto como de diamante en que toparon. Habiasele caido á Don Juan el sombrero en la refriega, y buscandole halló otro, que se puso acaso, sin mirar si era el suyo ó no. El caido se llegó á él y le dixo: Señor Caba-

ballero, quien quiera que seais, yo confieso que os debo la vida que tengo, la qual con lo que valgo y puedo gastaré á vuestro servicio: hacedme merced de decirme quien sois, y vuestro nombre, para que yo sepa á quien tengo de mostrarme agradecido. Á lo qual respondió Don Juan: No quiero ser descortes, ya que soy desinteresado: por hacer, Señor, lo que me pedís y por daros gusto, solamente os digo que soy un Caballero Español, y Estudiante en esta Ciudad: si el nombre os importara saberlo, os le dixera; mas por si acaso os quisieredes servir de mí en otra cosa, sabed que me llamo Don Juan de Gamboa. Mucha merced me habeis hecho, respondió el caido; pero yo, Señor Don Juan de Gamboa, no quiero deciros quien soy ni mi nombre, porque he de gustar mucho de que lo sepais de otro que de mí, y yo tendré cuidado de que os hagan sabedor de ello. Habiale preguntado primero Don Juan si estaba herido, porque le habia visto dar dos grandes estocadas; y habiale respondido, que un famoso peto que traía puesto, despues de Dios le habia defendido; pero que con todo eso sus enemigos le acabaran, si él no se hallara á su lado. En esto vieron venir hácia ellos un bulto de gente, y Don Juan dixo: Si estos son los enemigos que vuelven, apercibios, Señor, y haced como quien sois. Á lo que yo pienso, dixo el caido, no son enemigos, sino amigos los que aqui vienen; y asi fue la verdad, porque los que llegaron que fueron ocho hom-

bres,

bres, rodearon al caido, y hablaron con él pocas palabras, pero tan calladas y secretas, que Don Juan no las pudo oir. Volvió luego el defendido á Don Juan, y dixole: Á no haber venido estos amigos, en ninguna manera, Señor Don Juan, os dexara hasta que acabarades de ponerme en salvo; pero ahora os suplico con todo encarecimiento, que os vais, y me dexeis, que me importa. Hablando esto, se tentó la cabeza, y vió que estaba sin sombrero, y volviendose á los que habian venido, pidió que le diesen un sombrero, que se le habia caido el suyo. Apenas lo hubo dicho, quando Don Juan le puso en la cabeza el que habia hallado. Tentóle el caido, y volviendosele á Don Juan, dixo: Este sombrero no es mio, por vida del Señor Don Juan que se le lleve por trofeo de esta refriega, y guardele, que creo es conocido. Dieronle otro sombrero al defendido: y Don Juan por cumplir lo que le habia pedido, pasando otros algunos aunque breves comedimientos, le dexó sin saber quien era, y se vino á su casa, sin querer llegar á la puerta donde le habian dado la criatura, por parecerle que todo el barrio estaba despierto y alborotado con la pendencia. Sucedió pues que volviendose á su posada, en la mitad del camino encontró con Don Antonio de Isunza su camarada, y conociendose, dixo Don Antonio: Volved conmigo, Don Juan, hasta aqui arriba, y en el camino os contaré un extraño cuento que ahora poco ha me ha sucedido, que no le habreis

breis oido tal en toda vuestra vida. Como esos cuentos os podré contar yo, respondió Don Juan, pero vamos donde quereis, y contadme el vuestro. Guió Don Antonio, y dixo: Habeis de saber, que poco mas de una hora despues que salistes de casa, salí á buscaros, y no treinta pasos de aqui vi venir casi á encontrarme un bulto negro de persona, que venia muy aguijando, y llegandose cerca, conocí ser muger en el habito largo, la qual con voz interrumpida de sollozos y suspiros me dixo: Por ventura, Señor, sois Extrangero, ú de la Ciudad? Extrangero soy, y Español, respondí yo. Y ella dixo: Gracias al Cielo, que no quiere que muera sin Sacramentos. Venís herida, Señora, repliqué yo, ó traeis algun mal de muerte? Podria ser que el que traygo lo fuese, si presto no se me da remedio: por la cortesia que siempre suele reynar en los de vuestra Nacion, os suplico, Señor Español, que me saqueis de estas calles, y me lleveis á vuestra posada con la mayor priesa que pudieredes, que allá, si gustaredes de ello, sabreis el mal que llevo, y quien soy, aunque sea á costa de mi credito. Oyendo lo qual, pareciendome que tenia necesidad de lo que pedia, sin replicarla mas, la así de la mano, y por calles desviadas la llevé á la posada: abrióme Santistevan el page, hicele que se retirase, y sin que él la viese, la llevé á mi estancia, y ella en entrando se arrojó encima de mi lecho desmayada. Lleguéme á ella, y descubríla el rostro que con el

man-

manto traía cubierto, y descubrí en él la mayor belleza que humanos ojos han visto: será á mi parecer de hasta diez y ocho años, antes menos que mas. Quedé suspenso de ver tal extremo de belleza: acudí á echarle un poco de agua en el rostro, con que volvió en sí, suspirando tiernamente; y lo primero que me dixo, fue: conoceisme, Señor? No, respondí yo, ni es bien que yo haya tenido ventura de haber conocido tanta belleza y hermosura. Desdichada de aquella, respondió ella, á quien se la da el Cielo para mayor desgracia suya; pero, Señor, no es tiempo este para alabar hermosuras, sino de remediar desdichas: por quien sois que me dexeis aqui encerrada, y no permitais que ninguno me vea, y volved luego al mismo lugar que me topastes, y mirad si riñe alguna gente, y no favorezcais á ninguno de los que riñeren, sino poned paz, que qualquier daño de las partes ha de resultar en acrecentar el mio. Déxola encerrada, y vengo á poner en paz esta pendencia. Teneis mas que decir, Don Antonio? preguntó Don Juan. Pues no os parece que he dicho harto, respondió Don Antonio, pues he dicho, que tengo debaxo de llave y en mi aposento la mayor belleza que humanos ojos han visto? El caso es extraño sin duda, dixo Don Juan; pero oid el mio: y luego le contó todo lo que le habia sucedido, y como la recien nacida criatura que le habian dado, estaba en casa en poder de su ama, y la orden que le habia dexado de mudarle las ricas

man-

mantillas en pobres, y de llevarla adonde la criasen, ó á lo menos socorriesen la presente necesidad; y dixo mas, que la pendencia que él venia á buscar, ya era acabada y puesta en paz, que él se habia hallado en ella, y que á lo que él imaginaba, todos los de la pendencia debian de ser gentes de prendas y de gran valor. Quedaron entrambos ádmirados del suceso de cada uno, y con priesa se volvieron á la posada por ver lo que habia menester la encerrada. En el camino dixo Don Antonio á Don Juan, que él habia prometido á aquella Señora que no la dexaria ver de nadie, ni entraria en aquel aposento, sino él solo, en tanto que ella no gustase de otra cosa. No importa nada, respondió Don Juan, que no faltará orden para verla, que ya lo deseo en extremo segun me la habeis alabado de hermosa. Llegaron en esto, y á la luz que sacó uno de los tres pages que tenian, alzó los ojos Don Antonio al sombrero que Don Juan traía, y vióle resplandeciente de diamantes; quitósele, y vió que las luces salian de muchos que en un cintillo riquisimo traía. Miraronle y remiraronle entrambos, y concluyeron que si todos eran finos como parecian, valia mas de doce mil ducados. Aqui acabaron de conocer ser gente principal la de la pendencia, especialmente el socorrido de Don Juan, de quien se acordó haberle dicho, que traxese el sombrero y le guardase, porque era conocido. Mandaron retirar los pages, y Don Antonio abrió su aposento, y halló

á

á la Señora sentada en la cama con la mano en la mexilla, derramando tiernas lagrimas. Don Juan con el deseo que tenia de verla, se asomó á la puerta tanto, quanto pudo entrar la cabeza, y al punto la lumbre de los diamantes dió en los ojos de la que lloraba, y alzandolos, dixo: Entrad, Señor Duque, entrad; para qué me quereis dar con tanta escaseza el bien de vuestra vista? Á esto dixo Don Antonio: Aqui, Señora, no hay ningun Duque, que se excuse de veros. Cómo no? replicó ella, el que alli se asomó ahora es el Duque de Ferrara, que mal le puede encubrir la riqueza de su sombrero. En verdad, Señora, que el sombrero que vistes, no le trae ningun Duque; y si quereis desengañaros con ver quien le trae, dadle licencia que entre. Entre en hora buena, dixo ella, aunque sino fuese el Duque, mis desdichas serian mayores. Todas estas razones habia oido Don Juan, y viendo que tenia licencia de entrar, con el sombrero en la mano entró en el aposento; y asi como se le puso delante, y ella conoció no ser quien decia el del rico sombrero, con voz turbada y lengua presurosa dixo: Ay desdichada de mí! Señor mio, decidme luego, sin tenerme mas suspensa, conoceis el dueño de ese sombrero? dónde le dexastes, ó cómo vino á vuestro poder? es vivo por ventura, ó son esas las nuevas que me envia de sn muerte? Ay bien mio! qué sucesos son estos! Aqui veo tus prendas, aqui me veo sin tí encerrada, y en poder (que á no saber que es de gen-

gentiles hombres Españoles) el temor de perder mi honestidad me hubiera quitado la vida. Sosegaos, Señora, dixo Don Juan, que ni el dueño de este sombrero es muerto, ni estais en parte donde se os ha de hacer agravio alguno, sino serviros con quanto las fuerzas nuestras alcanzaren, hasta exponer las vidas por defenderos y ampararos: que no es bien que os salga vana la fe que teneis de la bondad de los Españoles; y pues nosotros lo somos, y principales (que aqui viene bien esta que parece arrogancia) estad segura que se os guardará el decoro que vuestra presencia merece. Asi lo creo yo, respondió ella, pero con todo eso decidme, Señor, cómo vino á vuestro poder ese rico sombrero, ó adónde está su dueño, que por lo menos es Alfonso de Este, Duque de Ferrara? Entonces Don Juan, por no tenerla mas suspensa, le contó como le habia hallado en una pendencia, y en ella habia favorecido y ayudado á un Caballero, que por lo que ella decia, sin duda debia de ser el Duque de Ferrara, y que en la pendencia habia perdido el sombrero y hallado aquel, y que aquel Caballero le habia dicho que le guardase, que era conocido, y que la refriega se habia concluido sin quedar herido el Caballero ni él tampoco; y que despues de acabada habia llegado gente, que al parecer debian de ser criados ó amigos del que él pensaba ser el Duque, el qual le habia pedido le dexase y se viniese, mostrandose muy agradecido al favor

que

que yo le habia dado : de manera, Señora mia, que este rico sombrero vino á mi poder por la manera que os he dicho, y su dueño, si es el Duque como vos decís, no ha una hora que le dexé bueno, sano, y salvo : sea esta verdad parte para vuestro consuelo, si es que le tendreis con saber del buen estado del Duque. Para que sepais, Señores, si tengo razon, y causa para preguntar por él, estadme atentos, y escuchad la, no sé si diga, mi desdichada historia. Todo el tiempo en que esto pasó, le entretuvo el ama en paladear al niño con miel, y en mudarle las mantillas de ricas en pobres; y ya que lo tuvo todo aderezado, quiso llevarla en casa de una partera, como Don Juan se lo dexó ordenado, y al pasar con ella por junto á la estancia donde estaba la que queria comenzar su historia, lloró la criatura de modo, que lo sintió la Señora, y levantandose en pie, pusose atentamente á escuchar, y oyó mas distintamente el llanto de la criatura, y dixo : Señores mios, qué criatura es aquella, que parece recien nacida ? Don Juan respondió : Es un niño que esta noche nos han echado á la puerta de casa, y va el ama á buscar quien le dé de mamar. Trayganmele aqui por amor de Dios, dixo la Señora, que yo haré esa caridad á los hijos agenos, pues no quiere el Cielo que la haga con los propios. Llamó Don Juan al ama, y tomóle el niño, y entrósele á la que le pedia, y pusosele en los brazos, diciendo: Veis aqui, Señora, el presente que nos han hecho

cho

cho esta noche, y no ha sido este el primero, que pocos meses se pasan, que no hallamos á los quicios de nuestras puertas semejantes hallazgos. Tomóle ella en los brazos, y miróle atentamente asi el rostro, como los pobres aunque limpios paños en que venia envuelto, y luego sin poder tener las lagrimas se echó la toca de la cabeza encima de los pechos, para poder dar con honestidad de mamar á la criatura, y aplicandosela á ellos, juntó su rostro con el suyo, y con la leche le sustentaba, y con las lagrimas le bañaba el rostro; y de esta manera estuvo sin levantar el suyo tanto espacio, quanto el niño no quiso dexar el pecho. En este espacio guardaban todos quatro silencio: el niño parecia que mamaba, pero no era asi, porque las recien paridas no pueden dar el pecho; y asi cayendo en la cuenta la que se lo daba, se le volvió á Don Juan, diciendo: En balde me he mostrado caritativa, bien parezco nueva en estas cosas: haced, Señor, que á este niño le paladeen con un poco de miel, y no consintais que á estas horas le lleven por las calles: dexad llegar el dia, y antes que le lleven, vuelvanmele á traer, que me consuelo en verle. Volvió Don Juan el niño á la ama, y ordenóle le entretuviese hasta el dia, y que le pusiese las ricas mantillas con que le habia traido, y que no le llevase sin primero decirselo. Y volviendo á entrar, y estando los tres solos, la hermosa Cornelia dixo: Si quereis que hable, dadme primero algo que coma, que me des-

desmayo, y tengo bastante ocasion para ello. Acudió prestamente Don Antonio á un escritorio, y sacó de él muchas conservas, y de algunas comió la desmayada, y bebió un vidrio de agua fria, con que volvió en sí, y algo sosegada dixo: Sentaos, Señores, y escuchadme. Hicieronlo asi, y ella recogiendose encima del lecho, y abrigandose bien con las faldas del vestido, dexó descolgar por las espaldas un velo que en la cabeza traía, dexando el rostro exênto y descubierto, mostrando en él el mismo de la Luna, ó por mejor decir, del mismo Sol quando mas hermoso y mas claro se muestra: llovianle liquidas perlas de los ojos, y limpiabaselas con un lienzo blanquisimo, y con unas manos tales, que entre ellas y el lienzo fuera de buen juicio el que supiera diferenciar la blancura. Finalmente despues de haber dado muchos suspiros, y de haber procurado sosegar algun tanto el pecho, con voz algo doliente y turbada dixo: Yo, Señores, soy aquella que muchas veces sin duda alguna habreis oido nombrar por ahí; porque la fama de mi belleza, tal qual ella es, pocas lenguas hay que no la publiquen: soy en efecto Cornelia Bentibolli, hermana de Lorenzo Bentibolli, que con deciros esto, quizá habré dicho dos verdades: la una de mi nobleza, la otra de mi hermosura. De pequeña edad quedé huerfana de padre y madre, en poder de mi hermano, el qual desde niña puso en mi guarda el recato mismo, puesto que mas confiaba de mi honrada con-

di-

dicion, que de la solicitud que ponia en guardarme. Finalmente entre paredes y entre soledades, acompañada no mas que de mis criadas, fui creciendo, y juntamente conmigo crecia la fama de mi gentileza, sacada en publico de los criados, y de aquellos que en secreto me trataban, y de un retrato que mi hermano mandó hacer á un famoso Pintor, para que (como él decia) no quedase sin mí el mundo, ya que el Cielo á mejor vida me llevase; pero todo esto fuera poca parte para apresurar mi perdicion, si no sucediera venir el Duque de Ferrara á ser padrino de unas bodas de una prima mia, donde me llevó mi hermano con sana intencion y por honra de mi parienta: alli miré, y fui vista: alli segun creo, rendí corazones, y avasallé voluntades: alli sentí que daban gusto las alabanzas, aunque fuesen dadas por lisonjeras lenguas: alli finalmente vi al Duque, y él me vió á mí, de cuya vista ha resultado verme ahora como me veo. No os quiero decir, Señores, porque sería proceder en infinito, los terminos, las trazas, y los modos por donde el Duque y yo venimos á conseguir al cabo de dos años los deseos que en aquellas bodas nacieron; porque ni guardas, ni recatos, ni honrosas amonestaciones, ni otra humana diligencia fue bastante para estorbar el juntarnos, que en fin hubo de ser debaxo de la palabra que él me dió de ser mi esposo, porque sin ella fuera imposible rendir la roca de la valerosa y honrada presuncion mia: mil veces le

dixe que publicamente me pidiese á mi hermano, pues no era posible que me negase, y que no habia que dar disculpas al vulgo de la culpa que le pondrian de la desigualdad de nuestro casamiento, pues no desmentia en nada la nobleza del linage Bentibolli á la suya Estense. Á esto me respondió con excusas, que yo las tuve por bastantes y necesarias, y confiada como rendida, creí como enamorada, y entreguéme de toda mi voluntad á la suya por intercesion de una criada mia, mas blanda á las dadivas y promesas del Duque, que lo que debia á la confianza que de su fidelidad mi hermano hacia. En resolucion al cabo de pocos dias me sentí preñada, y antes que mis vestidos manifestasen mis libertades (por no darles otro nombre) me fingí enferma y melancolica, y hice con mi hermano me traxese en casa de aquella mi prima, de quien habia sido padrino el Duque: alli le hice saber el termino en que estaba, y el peligro que me amenazaba, y la poca seguridad que tenia de mi vida, por tener barruntos de que mi hermano sospechaba mi desenvoltura: quedó de acuerdo entre los dos, que en entrando en el mes mayor se lo avisase, que él vendria por mí con otros amigos suyos y me llevaria á Ferrara, donde en la sazon que esperaba, se casaria publicamente conmigo: esta noche en que estamos fue la del concierto de su venida, y esta misma noche, estandole esperando, sentí pasar á mi hermano con otros muchos hombres al parecer armados

se-

segun les cruxian las armas, de cuyo sobresalto de improviso me sobrevino el parto, y en un instante parí un hermoso niño. Aquella criada mia, sabedora y medianera de mis hechos, que estaba ya prevenida para el caso, envolvió la criatura en otros paños, que no los que tiene la que á vuestra puerta echaron; y saliendo á la puerta de la calle, la dió (á lo que ella dixo) á un criado del Duque. Yo desde alli á un poco, acomodandome lo mejor que pude (segun la presente necesidad) salí de la casa, creyendo que estaba en la calle el Duque, y no lo debiera hacer hasta que él llegara á la puerta; mas el mucho miedo que me habia puesto la quadrilla armada de mi hermano, creyendo que ya esgrimia su espada sobre mi cuello, no me dexó hacer otro mejor discurso, y asi desatentada y loca salí donde me sucedió lo que habeis visto: y aunque me veo sin hijo, y sin esposo, y con temor de peores sucesos, doy gracias al Cielo, que me ha traido á vuestro poder, de quien me prometo todo aquello que de la cortesia Española puedo prometerme, y mas de la vuestra, que la sabreis realzar por ser tan nobles como pareceis. Diciendo esto, se dexó caer del todo encima del lecho, y acudiendo los dos á ver si se desmayaba, vieron que no, sino que amargamente lloraba, y dixole Don Juan: Si hasta aqui, hermosa Señora, yo, y Don Antonio mi camarada os teniamos compasion y lastima por ser muger, ahora que sabemos vuestra calidad, la

lastima y compasion pasa á ser obligacion precisa de serviros: cobrad animo, y no desmayeis, y aunque no acostumbrada á semejantes casos, tanto mas mostrareis quien sois, quanto con mas paciencia supieredes llevarlos: creed, Señora, que imagino que estos tan extraños sucesos han de tener un felice fin, que no han de permitir los Cielos que tanta belleza se goce mal, y tan honestos pensamientos se malogren: acostaos, Señora, y curad de vuestra persona, que lo habeis menester, que aqui entrará una criada nuestra que os sirva, de quien podeis hacer la misma confianza, que de nuestras personas: tambien sabrá tener en silencio vuestras desgracias, como acudir á vuestras necesidades. Tal es la que tengo, que á cosas mas dificultosas me obliga, respondió ella: entre, Señor, quien vos quisieredes, que encaminada por vuestra parte, no puedo dexar de tenerla muy buena en lo que menester hubiere; pero con todo eso os suplico, que no me vean mas que vuestra criada. Asi será, respondió Don Antonio, y dexandola sola, se salieron; y Don Juan dixo al ama que entrase dentro, y llevase la criatura con los ricos paños, si se los habia puesto. El ama dixo que sí, y que ya estaba de la misma manera que él la habia traido. Entró el ama advertida de lo que habia de responder á lo que acerca de aquella criatura la Señora que hallaria alli dentro, le preguntase. En viendola Cornelia le dixo: Vengais en buen hora, amiga mia, dadme esa criatura, y llegadme aqui esa vela.

Hi-

Hizolo asi el ama, y tomando Cornelia el niño en sus brazos, se turbó toda, y le miró ahincadamente, y dixo al ama: Decidme, Señora, este niño, y el que me traxistes, ó me traxeron poco ha, es todo uno? Sí, Señora, respondió el ama. Pues cómo trae tan trocadas las mantillas? replicó Cornelia: en verdad, amiga, que me parece, ó que estas son otras mantillas, ó que esta no es la misma criatura. Todo podia ser, respondió el ama. Pecadora de mí, dixo Cornelia, cómo todo podia ser? cómo es eso, ama mia? que el corazon me revienta en el pecho hasta saber este trueque: decidmelo, amiga, por todo aquello que bien quereis, digo, que me digais de donde habeis habido estas tan ricas mantillas, porque os hago saber que son mias, si la vista no me miente, ó la memoria no se acuerda: con estas mismas ú otras semejantes entregué yo á mi doncella la prenda querida de mi alma: quién se las quitó? ay desdichada! y quién las traxo aqui? ay sin ventura! Don Juan y Don Antonio, que todas estas quejas escuchaban, no quisieron que mas adelante pasase en ellas, ni permitieron que el engaño de las trocadas mantillas mas la tuviese en pena, y asi entraron, y Don Juan le dixo: Estas mantillas, y este niño son cosa vuestra, Señora Cornelia; y luego le contó punto por punto como él habia sido la persona á quien su doncella habia dado el niño, y como le habia traido á casa con la orden que habia dado al ama del trueque de las

man-

mantillas, y la ocasion porque lo habia hecho: aunque despues que le contó su parto, siempre tuvo por cierto que aquel era su hijo, y que si no se lo habia dicho, habia sido porque tras el sobresalto del estar en duda de conocerle, sobreviniese la alegria de haberle conocido. Alli fueron infinitas las lagrimas de alegria de Cornelia, infinitos los besos que dió á su hijo, infinitas las gracias que rindió á sus favorecedores, llamandolos Angeles humanos de su guarda, y otros titulos que de su agradecimiento daban notoria muestra. Dexaronla con el ama, encomendandole mirase por ella, y la sirviese quanto fuese posible, advirtiendola en el termino en que estaba, para que acudiese á su remedio, pues ella por ser muger sabía de aquel menester mas que ellos. Con esto se fueron á reposar lo que faltaba de la noche, con intencion de no entrar en el aposento de Cornelia, sino fuese ó que ella los llamase, ó la necesidad precisa. Vino el dia, y el ama traxo quien secretamente y á escuras diese de mamar al niño, y preguntando ellos por Cornelia, dixo el ama que reposaba un poco. Fueronse á las escuelas, y pasaron por la calle de la pendencia, y por la casa de donde habia salido Cornelia, por ver si era ya publica su falta, ó si hacian corrillos de ella; pero en ningun modo sintieron ni oyeron cosa ni de la riña, ni de la ausencia de Cornelia. Con esto oidas sus liciones se volvieron á su posada. Llamólos Cornelia con el ama, á quien respondieron que

te-

tenian determinado de no poner los pies en su aposento, para que con mas decoro se guardase el que á su honestidad se debia; pero ella replicó, que entrasen á verla, que aquel era el decoro mas conveniente, sino para su remedio, á lo menos para su consuelo. Hicieronlo asi, y ella los recibió con rostro alegre, y con mucha cortesia: pidióles le hiciesen merced de salir por la Ciudad, y ver si oían algunas nuevas de su atrevimiento: respondieronle que ya estaba hecha aquella diligencia con toda curiosidad, pero que no se decia nada. En esto llegó un page de tres que tenian, á la puerta del aposento, y desde fuera dixo: Á la puerta está un Caballero con dos criados, que dice se llama Lorenzo Bentibolli, y busca á mi Señor Don Juan de Gamboa. Á este recado cerró Cornelia ambos puños, y se los puso en la boca, y por entre ellos salió la voz baxa y temerosa, y dixo: Mi hermano, Señores, mi hermano es ese, sin duda debe de haber sabido que estoy aqui, y viene á quitarme la vida: socorro, Señores, y amparo. Sosegaos, Señora, le dixo Don Antonio, que en parte estais y en poder de quien no os dexará hacer el menor agravio del mundo. Acudid vos, Señor Don Juan, y mirad lo que quiere ese Caballero, y yo me quedaré aqui á defender si menester fuere á Cornelia. Don Juan sin mudar semblante baxó abaxo, y Don Antonio hizo traer dos pistoletes armados, y mandó á los pages que tomasen sus espadas, y estuviesen apercibidos. El

ama

ama viendo aquellas prevenciones, temblaba: Cornelia temerosa de algun mal suceso, temia: solos Don Antonio y Don Juan estaban en sí, y muy bien puestos en lo que habian de hacer. En la puerta de la calle halló Don Juan á Don Lorenzo, el qual en viendo á Don Juan, le dixo: Suplico á V. S. (que esta es la merced de Italia) me haga merced de venirse conmigo á aquella Iglesia que está alli frontero, que tengo un negocio que comunicar con V. S. en que me va la vida y la honra. De muy buena gana, respondió Don Juan: vamos, Señor, donde quisieredes. Dicho esto, mano á mano se fueron á la Iglesia, y sentandose en un escaño, y en parte donde no pudiesen ser oidos, Lorenzo habló primero, y dixo: Yo, Señor Español, soy Lorenzo Bentibolli, sino de los mas ricos, de los mas principales de esta Ciudad; ser esta verdad tan notoria servirá de disculpa de alabarme yo propio. Quedé huerfano algunos años ha, y quedó en mi poder una mi hermana, tan hermosa, que á no tocarme tanto, quizá os la alabara de manera, que me faltaran encarecimientos por no poder ningunos corresponder del todo á su belleza. Ser yo honrado, y ella muchacha y hermosa, me hacia andar solicito en guardarla; pero todas mis prevenciones y diligencias las ha defraudado la voluntad arrojada de mi hermana Cornelia, que este es su nombre. Finalmente por acortar, por no cansaros, este que pudiera ser cuento largo, digo que el Duque de Ferrara Al-

fon-

fonso de Este con ojos de lince venció á los de Argos, derribó y triunfó de mi industria, venciendo á mi hermana, y anoche me la llevó y sacó de casa de una parienta nuestra, y aun dicen que recien parida: anoche lo supe, y anoche le salí á buscar, y creo que le hallé y acuchillé; pero fue socorrido de algun Angel, que no consintió que con su sangre sacase la mancha de mi agravio: hame dicho mi parienta (que es la que todo esto me ha contado) que el Duque engañó á mi hermana debaxo de palabra de recibirla por muger: esto yo no lo creo, por ser desigual el matrimonio en quanto á los bienes de fortuna, que en quanto á los de naturaleza el mundo sabe la calidad de los Bentibollis de Bolonia: lo que creo es, que él se atuvo á lo que se atienen los poderosos, que quieren atropellar una doncella temerosa y recatada, poniendole á la vista el dulce nombre de esposo, haciendola creer que por ciertos respetos no se desposaba luego: mentiras aparentes de verdades, pero falsas y mal intencionadas. Pero sea lo que fuere, yo me veo sin hermana y sin honra, puesto que todo esto hasta ahora por mi parte lo tengo puesto debaxo de la llave del silencio, y no he querido contar á nadie este agravio, hasta ver si le puedo remediar y satisfacer en alguna manera: que las infamias mejor es que se presuman y sospechen, que no que se sepan de cierto y distintamente, que entre el sí y el no de la duda, cada uno puede inclinarse á la parte

te

te que mas quisiere, y cada uno tendrá sus valedores. Finalmente yo tengo determinado de ir á Ferrara, y pedir al mismo Duque la satisfaccion de mi ofensa, y si la negare, desafiarle sobre el caso; y esto no ha de ser con esquadrones de gente, pues no los puedo ni formar ni sustentar, sino de persona á persona: para lo qual queria el ayuda de la vuestra, y que me acompañasedes en este camino, confiado en que lo hareis por ser Español y Caballero como ya estoy informado; y por no dar cuenta á ningun pariente ni amigo mio, de quien no espero sino consejos y disuasiones, y de vos puedo esperar los que sean buenos y honrosos, aunque rompan por qualquier peligro. Vos, Señor, me habeis de hacer merced de venir conmigo, que llevando un Español á mi lado, y tal como vos me pareceis, haré cuenta que llevo en mi guarda los Exercitos de Xerxes: mucho os pido, pero á mas obliga la deuda de responder á lo que la fama de vuestra Nacion pregona. No mas, Señor Lorenzo, dixo á esta sazon Don Juan (que hasta alli sin interrumpirle palabra le habia estado escuchando) no mas, que desde aqui me constituyo por vuestro defensor y consejero, y tomo á mi cargo la satisfaccion ó venganza de vuestro agravio; y esto no solo por ser Español, sino por ser Caballero, y serlo vos tan principal como habeis dicho, y como yo sé, y como todo el mundo sabe: mirad quando quereis que sea nuestra partida, y sería mejor que fuese luego,

por-

porque el hierro se ha de labrar mientras estuviere encendido, y el ardor de la colera acrecienta el animo, y la injuria reciente despierta la venganza. Levantóse Lorenzo y abrazó apretadamente á Don Juan, y dixo: Á tan generoso pecho como el vuestro, Señor Don Juan, no es menester moverle con ponerle otro interes delante que el de la honra que ha de ganar en este hecho, la qual desde aqui os la doy, si salimos felizmente de este caso, y por añadidura os ofrezco quanto tengo, puedo, y valgo: la ida quiero que sea mañana, porque hoy pueda prevenir lo necesario para ella. Bien me parece, dixo Don Juan, y dadme licencia, Señor Lorenzo, que yo pueda dar cuenta de este hecho á un Caballero camarada mio, de cuyo valor y silencio os podeis prometer harto mas que del mio. Pues vos, Señor Don Juan, segun decís, habeis tomado mi honra á vuestro cargo, disponed de ella como quisieredes, y decid de ella lo que quisieredes y á quien quisieredes; quanto mas, que camarada vuestro quién puede ser que muy bueno no sea? Con esto se abrazaron y despidieron, quedando que otro dia por la mañana le enviaria á llamar, para que fuera de la Ciudad se pusiesen á caballo, y siguiesen disfrazados su jornada. Volvió Don Juan, y dió cuenta á Don Antonio y á Cornelia de lo que con Lorenzo habia pasado, y el concierto que quedaba hecho. Valgame Dios! dixo Cornelia, grande es, Señor, vuestra cortesia, y grande vuestra confianza: cómo? y

tan

tan presto os habeis arrojado á emprender una hazaña tan llena de inconvenientes? y qué sabeis vos, Señor, si os lleva mi hermano á Ferrara, ó á otra parte? Pero donde quiera que os llevare, bien podeis hacer cuenta que va con vos la fidelidad misma, aunque yo como desdichada en los atomos del Sol tropiezo, de qualquier sombra temo; y no quereis que tema, si está puesta en la respuesta del Duque mi vida ó mi muerte? y qué sé yo, si responderá tan atentamente, que mi hermano se contenga en los limites de su discrecion? y quando asi no salga, pareceos que tiene flaco enemigo? y no os parece que los dias que tardaredes, he de quedar colgada, temerosa, y suspensa, esperando las dulces ó amargas nuevas del suceso? quiero yo tan poco al Duque, ó á mi hermano, que de qualquiera de los dos no tema las desgracias y las sienta en el alma? Mucho discurris, y mucho temeis, Señora Cornelia, dixo Don Juan; pero dad lugar entre tantos miedos á la esperanza, y fiad en Dios, y en mi industria y buen deseo, que habeis de ver con toda felicidad cumplido el vuestro: la ida de Ferrara no se excusa, ni el dexar de ayudar yo á vuestro hermano tampoco: hasta ahora no sabemos la intencion del Duque, ni tampoco si él sabe vuestra falta, y todo esto se ha de saber de su boca, y nadie se lo podrá preguntar como yo: y entended, Señora Cornelia, que la salud y contento de vuestro hermano, y del Duque llevo puestos en las niñas de mis ojos:

yo miraré por ellos como por ellas. Si asi os da el Cielo, Señor Don Juan, respondió Cornelia, poder para remediar, como gracia para consolar, en medio de estos mis trabajos me cuento por bien afortunada, y ya querria veros ir y volver, por mas que el temor me aflija en vuestra ausencia, ó la esperanza me suspenda. Don Antonio aprobó la determinacion de Don Juan y le alabó la buena correspondencia, que en él habia hallado la confianza de Lorenzo Bentibolli: dixole mas, que él queria ir á acompañarlos por lo que podia suceder. Eso no, dixo Don Juan, asi porque no será bien que la Señora Cornelia quede sola, como porque no piense el Señor Lorenzo, que me quiero valer de esfuerzos agenos. El mio es el vuestro mismo, replicó Don Antonio, y asi, aunque sea desconocido y desde lejos, os tengo de seguir, que la Señora Cornelia sé que gustará de ello, y no quedará tan sola, que le falte quien la sirva. Á lo qual Cornelia dixo: Gran consuelo será para mí, Señores, si sé que vais juntos, ó á lo menos de modo que os favorezcais el uno al otro, si el caso lo pidiere; y pues al que vais, á mí se me semeja ser de peligro, hacedme merced, Señores, de llevar estas reliquias con vosotros, y diciendo esto, sacó del seno una Cruz de diamantes de mucho valor, y un Agnus de oro tan rico como la Cruz. Miraron los dos las ricas joyas, y apreciaronlas aun mas que lo que habian apreciado el cintillo; pero volvieronselas, diciendo que ellos llevaban

re-

reliquias consigo, sino tan bien adornadas, á lo menos en su calidad tan buenas. Pesóle á Cornelia el no aceptarlas, pero al fin hubo de estar á lo que ellos querian. El ama tenia gran cuidado de regalar á Cornelia, y sabiendo la partida de sus amos, de que la dieron cuenta, pero no á lo que iban ni adonde, se encargó de mirar por la Señora (cuyo nombre aun no sabía) de manera, que sus mercedes no hiciesen falta. Otro dia bien de mañana ya estaba Lorenzo á la puerta, y Don Juan de camino con el sombrero del cintillo, á quien adornó de plumas negras y amarillas, y cubrió el cintillo con una toquilla negra. Despidieronse de Cornelia, la qual imaginando que tenia á su hermano tan cerca, estaba tan temerosa, que no acertó á decir palabra á los dos que de ella se despidieron. Salió primero Don Juan, y con Lorenzo se fue fuera de la Ciudad, y en una huerta algo desviada hallaron dos muy buenos caballos con dos mozos, que del diestro los tenian. Subieron en ellos, y los mozos delante, por sendas y caminos desviados caminaron á Ferrara: Don Antonio sobre un quartago suyo, y otro vestido, disimulando los seguia; pero parecióle que se recataban de él, especialmente Lorenzo, y asi acordó de seguir el camino derecho de Ferrara, con seguridad que alli los encontraria. Apenas hubieron salido de la Ciudad, quando Cornelia dió cuenta al ama de todos sus sucesos, y de como aquel niño era suyo, y del Duque de Ferrara,

con

con todos los puntos que hasta aqui se han contado, tocantes á su historia, no encubriendole como el viage que llevaban sus Señores era á Ferrara, acompañando á su hermano, que iba á desafiar al Duque Alfonso. Oyendo lo qual el ama (como si el demonio se lo mandara, para intrincar, estorbar ú dilatar el remedio de Cornelia) dixo: Ay Señora de mi alma! y todas esas cosas han pasado por vos, y os estais aqui descuidada y á pierna tendida? ó no teneis alma, ó teneisla tan desmazalada, que no siente: cómo? y pensais vos por ventura, que vuestro hermano va á Ferrara? no lo penseis, sino pensad y creed que ha querido llevar á mis amos de aqui, y ausentarlos de esta casa, para volver á ella y quitaros la vida, que lo podrá hacer como quien bebe un jarro de agua: mirad debaxo de qué guarda y amparo quedamos, sino de tres pages, que harto tienen ellos que hacer en rascarse la sarna de que están llenos, que en meterse en dibuxos: á lo menos de mí sé decir, que no tendré animo para esperar el suceso, y ruina que á esta casa amenaza. El Señor Lorenzo, Italiano, y que se fie de Españoles, y les pida favor y ayuda! para mi ojo, si tal crea (y dióse ella misma una higa); si vos, hija mia, quisieredes tomar mi consejo, yo os le daria tal, que os luciese. Pasmada, atonita, y confusa estaba Cornelia, oyendo las razones del ama, que las decia con tanto ahinco, y con tantas muestras de temor, que le pareció ser todo verdad lo que le de-

decia, y que quizá estaban muertos Don Juan y Don Antonio, y que su hermano entraba por aquellas puertas, y la cosia á puñaladas; y asi le dixo: Y qué consejo me dariades vos, amiga, que fuese saludable, y que previniese la sobrestante desventura? Y cómo que le daré tal, y tan bueno que no pueda mejorarse, dixo el ama. Yo, Señora, he servido á un Piovano, á un Cura digo de una aldea, que está dos millas de Ferrara, es una persona santa y buena, y que hará por mí todo lo que yo le pidiere, porque me tiene obligacion mas que de amo: vamonos allá, que yo buscaré quien nos lleve luego, y la que viene á dar de mamar al niño es muger pobre, y se irá con nosotras al cabo del mundo, y ya, Señora, que presupongamos que has de ser hallada, mejor será que te hallen en casa de un Sacerdote de Misa, viejo y honrado, que en poder de dos Estudiantes mozos y Españoles, que los tales (como yo soy buen testigo) no desechan ripio, y ahora, Señora, como estás mala, te han guardado respeto; pero si sanas, y convaleces en su poder, Dios lo podrá remediar: porque en verdad, que si á mí no me hubieran guardado mis repulsas, desdenes y enterezas, ya hubieran dado conmigo y con mi honra al traste; porque no es todo oro lo que en ellos reluce: uno dicen, y otro piensan; pero hanlo habido conmigo, que soy taymada, y sé do me aprieta el zapato, y sobre todo soy bien nacida, que soy de los Cribelos de Milán, y tengo el punto de la hon-

honra diez millas mas allá de las nubes; y en esto se podrá echar de ver, Señora mia, las calamidades que por mí han pasado, pues con ser quien soy, he venido á ser masara de Españoles, á quien ellos llaman ama: aunque á la verdad no tengo de que quejarme de mis amos, porque son unos benditos, como no estén enojados, y en esto parecen Vizcainos, como ellos dicen que lo son; pero quizá para contigo serán Gallegos, que es otra Nacion, segun es fama, algo menos puntual y mirada que la Vizcaina. En efecto tantas y tales razones le dixo, que la pobre Cornelia se dispuso á seguir su parecer; y asi en menos de quatro horas, disponiendolo el ama, y consintiendolo ella, se vieron dentro de una carroza las dos y la ama del niño, y sin ser sentidas de los pages, se pusieron en camino para la aldea del Cura; y todo esto se hizo á persuasion del ama, y con sus dineros, porque habia poco que la habian pagado sus Señores un año de sueldo, y asi no fue menester empeñar una joya que la Señora Cornelia le daba: y como habian oido decir á Don Juan, que él y su hermano no habian de seguir el camino derecho de Ferrara, sino por sendas apartadas, quisieron ellas seguir el derecho y poco á poco por no encontrarse con ellos, y el dueño de la carroza se acomodó al paso de la voluntad de ellas, porque le pagaron al gusto de la suya. Dexemoslas ir, que ellas van tan atrevidas como bien encaminadas, y sepamos qué les sucedió á Don

Juan de Gamboa, y al Señor Lorenzo Bentibolli: de los quales se dice que en el camino supieron que el Duque no estaba en Ferrara, sino en Bolonia; y asi dexando el rodeo que llevaban, se vinieron al camino real, ó á la estrada maestra como allá se dice, considerando que aquella habia de traer el Duque quando de Bolonia volviese. Y á poco espacio que en ella habian entrado, habiendo tendido la vista hácia Bolonia por ver si por él alguno venia, vieron un tropel de gente de á caballo, y entonces dixo Don Juan á Lorenzo que se desviase del camino, porque si acaso entre aquella gente viniese el Duque, le queria hablar alli antes que se encerrase en Ferrara que estaba poco distante. Hizolo asi Lorenzo, y aprobó el parecer de Don Juan. Asi como se apartó Lorenzo, quitó Don Juan la toquilla que encubria el rico cintillo, y esto no sin falta de discreto discurso, como él despues lo dixo. En esto llegó la tropa de los caminantes, y entre ellos venia una muger sobre una pia, vestida de camino, y el rostro cubierto con una mascarilla, ó por mejor encubrirse, ó por guardarse del Sol y del ayre. Paró el caballo Don Juan en medio del camino, y estuvo con el rostro descubierto, á que llegasen los caminantes; y en llegando cerca, el talle, el brio, el poderoso caballo, la bizarria del vestido, y las luces de los diamantes llevaron tras sí los ojos de quantos alli venian, especialmente los del Duque de Ferrara, que era uno

de

de ellos, el qual como puso los ojos en el cintillo, luego se dió á entender que el que le traía era Don Juan de Gamboa, el que le habia librado en la pendencia, y tan de veras aprehendió esta verdad, que sin hacer otro discurso, arremetió su caballo hácia Don Juan, diciendo: No creo que me engañaré en nada, Señor Caballero, si os llamo Don Juan de Gamboa, que vuestra gallarda dispcsicion y el adorno de ese capelo me lo están diciendo. Asi es la verdad, respondió Don Juan, porque jamas supe, ni quise encubrir mi nombre; pero decidme, Señor, quién sois, porque yo no cayga en alguna descortesia. Eso será imposible, respondió el Duque, que para mí tengo, que no podeis ser descortés en ningun caso: con todo eso os digo, Señor Don Juan, que yo soy el Duque de Ferrara, y el que está obligado á serviros todos los dias de su vida, pues no ha quatro noches que vos se la distes. No acabó de decir esto el Duque, quando Don Juan con extraña ligereza saltó del caballo, y acudió á besar los pies del Duque; pero por presto que llegó, ya el Duque estaba fuera de la silla, de modo que se acabó de apear en brazos de Don Juan. El Señor Lorenzo que desde algo lejos miraba estas ceremonias, no pensando que lo eran de cortesia, sino de colera, arremetió su caballo; pero en la mitad del repelon le detuvo, porque vió abrazados muy estrechamente al Duque, y á Don Juan que ya habia conocido al Duque. El Duque por

encima de los hombros de Don Juan miró á Lorenzo, y conocióle, de cuyo conocimiento algun tanto se sobresaltó, y asi como estaba abrazado preguntó á Don Juan, si Lorenzo Bentibolli que alli estaba, venia con él, ó no? Á lo qual Don Juan respondió: Apartemonos algo de aqui, y contaréle á V. Excelencia grandes cosas. Hizolo asi el Duque, y Don Juan le dixo: Señor, Lorenzo Bentibolli, el que alli veis, tiene una queja de vos no pequeña: dice que habrá quatro noches que sacastes á su hermana la Señora Cornelia de casa de una prima suya, y que la habeis engañado y deshonrado, y quiere saber de vos, qué satisfaccion le pensais hacer, para que él vea lo que le conviene: pidióme que fuese su valedor y medianero, y yo se lo ofrecí, porque por los barruntos que él me dió de la pendencia, conocí que vos, Señor, erades el dueño de este cintillo, que por liberalidad y cortesia vuestra quisistes que fuese mio; y viendo que ninguno podia hacer vuestras partes mejor que yo, como ya he dicho, le ofrecí mi ayuda: querria yo ahora, Señor, me dixesedes lo que sabeis acerca de este caso, y si es verdad lo que Lorenzo dice. Ay amigo! respondió el Duque, es tan verdad, que no me atreveria á negarla, aunque quisiese: yo no he engañado, ni sacado á Cornelia, aunque sé que falta de la casa que dice: no la he engañado, porque la tengo por mi esposa; no la he sacado, porque no sé de ella: si publicamente no celebré mis desposorios, fue

por-

porque aguardaba que mi madre (que está ya en lo ultimo) pasase de esta á mejor vida, que tiene deseo que sea mi esposa la Señora Livia, hija del Duque de Mantua; y por otros inconvenientes quizá mas eficaces que los dichos, y no conviene que ahora se digan: lo que pasa es, que la noche que me socorristes, la habia de traer á Ferrara, porque estaba ya en el mes de dar á luz la prenda que ordenó el Cielo que en ella depositase, ó ya fuese por la riña, ó ya por mi descuido, quando llegué á su casa hallé que salia de ella la secretaria de nuestros conciertos: preguntéle por Cornelia: dixome que ya habia salido, y que aquella noche habia parido un niño muy bello, y que se le habia dado á un Fabio mi criado: la doncella es aquella que alli viene, el Fabio está aqui, y el niño ni Cornelia no parecen: yo he estado estos dos dias en Bolonia, esperando y escudriñando oir algunas nuevas de Cornelia, pero no he sentido nada. De modo, Señor, dixo Don Juan, que quando Cornelia y vuestro hijo pareciesen, no negariais ser vuestra esposa, y él vuestro hijo? No por cierto, porque aunque me precio de Caballero, mas me precio de Christiano; y mas que Cornelia es tal, que merece ser Señora de un Reyno: pareciese ella, y viva ó muera mi madre, que el mundo sabrá que si supe ser amante, supe la fe que di en secreto, guardarla en publico. Luego bien direis, dixo Don Juan, lo que á mí me habeis dicho, á vuestro hermano el Señor Loren-

renzo? Antes me pesa, respondió el Duque, de que tarde tanto en saberlo. Al instante hizo Don Juan señas á Lorenzo, que se apease, y viniese donde ellos estaban, como lo hizo, bien ageno de pensar la buena nueva que le esperaba. Adelantóse el Duque á recibirle con los brazos abiertos, y la primera palabra que le dixo, fue llamarle hermano. Apenas supo Lorenzo responder á salutacion tan amorosa, ni á tan cortes recibimiento; y estando asi suspenso, antes que hablase palabra, Don Juan le dixo: El Duque, Señor Lorenzo, confiesa la conversacion secreta que ha tenido con vuestra hermana la Señora Cornelia: confiesa asimismo, que es su legitima esposa, y que como lo dice aqui, lo dirá publicamente quando se ofreciere: concede asimismo que fue ha quatro noches á sacarla de casa de su prima para traerla á Ferrara, y aguardar coyuntura de celebrar sus bodas, que las ha dilatado por justisimas causas que me ha dicho: dice asimismo la pendencia que con vos tuvo, y que quando fue por Cornelia, encontró con Sulpicia su doncella, que es aquella muger que alli viene, de quien supo que Cornelia no habia una hora que habia parido, y que ella dió la criatura á un criado del Duque, y que luego Cornelia, creyendo que estaba alli el Duque, habia salido de casa medrosa, porque imaginaba que ya vos, Señor Lorenzo, sabiades sus tratos: Sulpicia no dió el niño al criado del Duque, sino á otro en su cambio: Cornelia no parece, él se cul-

culpa de todo, y dice que cada y quando que la Señora Cornelia parezca, la recibirá como á su verdadera esposa: mirad, Señor Lorenzo, si hay mas que decir, ni mas que desear, sino es el hallazgo de las dos tan ricas, como deseadas prendas. Á esto respondió el Señor Lorenzo, arrojandose á los pies del Duque que porfiaba por levantarle: De vuestra christiandad y grandeza, Serenisimo Señor, y hermano mio, no podiamos mi hermana y yo esperar menor bien del que á entrambos nos haceis: á ella en igualarla con vos, y á mí en ponerme en el numero de vuestros criados. Ya en esto se le arrasaban los ojos de lagrimas, y al Duque lo mismo, enternecidos, el uno con la pérdida de su esposa, y el otro con el hallazgo de tan buen cuñado; pero considerando que parecia flaqueza dar muestras con lagrimas de tanto sentimiento, las reprimieron, y volvieron á encerrar en los ojos: y los de Don Juan alegres casi les pedian las albricias de haber parecido Cornelia y su hijo, pues los dexaba en su misma casa. En esto estaban, quando se descubrió Don Antonio, que fue conocido de Don Juan en el quartago desde algo lejos; pero llegando cerca paró, y vió los caballos de Don Juan, y de Lorenzo, que los mozos tenian acullá desviados: conoció á Don Juan, y á Lorenzo, pero no al Duque, y no sabía qué hacerse, si llegaria ó no adonde Don Juan estaba: y llegandose á los criados del Duque, les preguntó si conocian á aquel Caballero que con los otros dos es-

estaba ? señalando al Duque. Fuele respondido ser el Duque de Ferrara : con que quedó mucho mas confuso, y menos sin saber que hacerse; pero sacóle de su perplexidad Don Juan llamandole por su nombre. Apeóse Don Antonio, viendo que todos estaban á pie, y llegóse á ellos: recibióle el Duque con mucha cortesia, porque Don Juan le dixo que era su camarada. Finalmente Don Juan contó á Don Antonio todo lo que con el Duque le habia sucedido hasta que él llegó. Alegróse en extremo Don Antonio, y dixo á Don Juan : Por qué, Señor Don Juan, no acabais de poner la alegria y el contento de estos Señores en su punto, pidiendo las albricias del hallazgo de la Señora Cornelia, y de su hijo? Si vos no llegarades, Señor Don Antonio, yo las pidiera; pero pedidlas vos, que yo aseguro que os las den de muy buena gana. Como el Duque y Lorenzo oyeron tratar del hallazgo de Cornelia, y de albricias, preguntaron qué era aquello ? Qué ha de ser, respondió Don Antonio, sino que yo quiero hacer un personage en esta tragica comedia, y ha de ser el que pide las albricias del hallazgo de la Señora Cornelia y de su hijo que quedan en mi casa; y luego les contó punto por punto todo lo que hasta aqui se ha dicho : de lo qual el Duque y el Señor Lorenzo recibieron tanto placer y gusto, que Don Lorenzo se abrazó con Don Juan, y el Duque con Don Antonio : el Duque prometió todo su estado en albricias, y el Señor Lorenzo toda su hacien-

cien-

cienda. Llamaron á la doncella, que entregó á Don Juan la criatura, la qual habiendo conocido á Lorenzo, estaba temblando: preguntaronle si conoceria al hombre á quien habia dado el niño? dixo que no, sino que ella le habia preguntado si era Fabio, y él habia respondido que sí, y con esta buena fe se le habia entregado. Asi es la verdad, respondió Don Juan, y vos, Señora, cerrastes la puerta luego, y me dixistes que le pusiese en cobro, y diese luego la vuelta. Asi es, Señor, respondió la doncella llorando; y el Duque dixo: Ya no son menester lagrimas aqui, sino jubilos y fiestas: el caso es, que yo no tengo de entrar en Ferrara, sino dar la vuelta luego á Bolonia, porque todos estos contentos son en sombra hasta que los haga verdaderos la vista de Cornelia. Y sin mas decir, de comun consentimiento dieron la vuelta á Bolonia. Adelantóse Don Antonio para apercibir á Cornelia, por no sobresaltarla con la improvisa llegada del Duque y de su hermano; pero como no la halló, ni los pages le supieron dar nuevas de ella, quedó el mas triste y confuso hombre del mundo; y como vió que faltaba el ama, imaginó que por su industria faltaba Cornelia. Los pages le dixeron que faltó el ama el mismo dia que ellos habian faltado, y que la Cornelia por quien preguntaba, nunca ellos la vieron. Fuera de sí quedó Don Antonio con el no pensado caso, temiendo que quizá el Duque los tendria por mentirosos ó embusteros, ó quizá imagina-

ria

ria otras peores cosas, que redundasen en perjuicio de su honra y del buen credito de Cornelia. En esta imaginacion estaba, quando entraron el Duque, y Don Juan, y Lorenzo, que por calles desusadas y encubiertas, dexando la demas gente fuera de la Ciudad, llegaron á la casa de Don Juan, y hallaron á Don Antonio sentado en una silla, con la mano en la mexilla, y con una color de muerto. Preguntóle Don Juan, qué mal tenia, y dónde estaba Cornelia? Respondió Don Antonio: Qué mal quereis que no tenga? pues Cornelia no parece, que con el ama que le dexamos para su compañia, el mismo dia que de aqui faltamos, faltó ella. Poco le faltó al Duque para espirar, y á Lorenzo para desesperarse, oyendo tales nuevas. Finalmente todos quedaron turbados y suspensos. En esto se llegó un page á Don Antonio, y al oido le dixo: Señor, Santistevan el page del Señor Don Juan desde el dia que vuesas mercedes se fueron, tiene una muger muy bonita encerrada en su aposento, y yo creo que se llama Cornelia, que asi la he oido llamar. Alborotóse de nuevo Don Antonio, y mas quisiera que no hubiera parecido Cornelia (que sin duda pensó que era la que el page tenia escondida) que no que la hallaran en tal lugar. Con todo eso no dixo nada, sino callando se fue al aposento del page, y halló cerrada la puerta, y que el page no estaba en casa: llegóse á la puerta, y dixo con voz baxa: Abrid, Señora Cornelia, y salid á recibir á vues-

tro

tro hermano Lorenzo y al Duque vuestro esposo, que vienen á buscaros. Respondieronle de dentro : Hacen burla de mí? pues en verdad que no soy tan fea ni tan desdichada, que no podian buscarme Duques y Condes, y eso se merece la persona que trata con pages. Por las quales palabras entendió Don Antonio que no era Cornelia la que respondia. Estando en esto vino Santistevan el page, y acudió luego á su aposento, y hallando alli á Don Antonio, que pedia que le traxesen las llaves que habia en casa, por ver si alguna hacia á la puerta, el page hincado de rodillas, y con la llave en la mano le dixo: El ausencia de vuesas mercedes, y mi bellaqueria, por mejor decir, me hizo traer una muger estas tres noches á estar conmigo: suplico á Vmd. Señor Don Antonio de Isunza, asi oyga buenas nuevas de España, que sino lo sabe mi Señor Don Juan, que no se lo diga, que yo la echaré al momento. Y cómo se llama la tal muger? preguntó Don Antonio. Llamase Cornelia, respondió el page. El page que habia descubierto la celada, que no era muy amigo de Santistevan, ni se sabe si simplemente, ó con malicia, baxó donde estaban el Duque, Don Juan y Lorenzo, diciendo: Tomame el page, por Dios que le han hecho gormar á la Señora Cornelia: escondidita la tenia: á buen seguro que no quisiera él que hubieran venido los Señores, para alargar mas el gaudeamus tres ó quatro dias mas. Oyó esto Lorenzo, y preguntóle: Qué es lo que decís, gentil

til

til hombre, dónde está Cornelia? Arriba, respondió el page. Apenas oyó esto el Duque, quando como un rayo subió la escalera arriba á ver á Cornelia, que imaginó que habia parecido, y dió luego en el aposento donde estaba Don Antonio, y entrando dixo: Dónde está Cornelia? dónde está la vida de mi vida? Aqui está Cornelia, respondió una muger, que estaba envuelta en una sabana de la cama y cubierto el rostro, y prosiguió diciendo: Valamos Dios! es este algun buey de hurto? es cosa nueva dormir una muger con un page, para hacer tantos milagrones? Lorenzo que estaba presente, con despecho y colera tiró de un cabo de la sabana, y descubrió una muger moza, y no de mal parecer, la qual de vergüenza se puso las manos delante del rostro, y acudió á tomar sus vestidos que le servian de almohada, porque la cama no la tenia, y en ellos vieron que debia de ser alguna picara de las perdidas del mundo. Preguntóle el Duque, que si era verdad que se llamaba Cornelia? respondió que sí, y que tenia muy honrados parientes en la Ciudad, y que nadie dixese de esta agua no beberé. Quedó tan corrido el Duque, que casi estuvo por pensar si hacian los Españoles burla de él; pero por no dar lugar á tan mala sospecha, volvió las espaldas, y sin hablar palabra, siguiendole Lorenzo, subieron en sus caballos, y se fueron, dexando á Don Juan y á Don Antonio harto mas corridos que ellos iban, y determinaron de hacer las diligencias

cias posibles, y aun imposibles en buscar á Cornelia, y satisfacer al Duque de su verdad y buen deseo. Despidieron á Santistevan por atrevido, y echaron á la picara Cornelia, y en aquel punto se les vino á la memoria, que se les habia olvidado de decir al Duque las joyas del Agnus, y la Cruz de diamantes, que Cornelia les habia ofrecido; pues con estas señas creeria que Cornelia habia estado en su poder, y que si faltaba, no habia estado en su mano. Salieron á decirle esto, pero no le hallaron en casa de Lorenzo, donde creyeron que estaria: á Lorenzo sí, el qual les dixo que sin detenerse un punto se habia vuelto á Ferrara, dexandole orden de buscar á su hermana. Dixeronle lo que iban á decirle; pero Lorenzo les dixo que el Duque iba muy satisfecho de su buen proceder, y que entrambos habian echado la falta de Cornelia á su mucho miedo, y que Dios sería servido de que pareciese, pues no habia de haber tragado la tierra al niño, al ama, y á ella. Con esto se consolaron todos, y no quisieron hacer la inquisicion de buscarla por bandos publicos, sino por diligencias secretas, pues de nadie, sino de su prima, se sabía su falta; y entre los que no sabian la intencion del Duque, correria riesgo el credito de su hermana, si la pregonasen, y ser gran trabajo andar satisfaciendo á cada uno de las sospechas, que una vehemente presuncion les infunde. Siguió su viage el Duque, y la buena suerte que iba disponiendo su ventura, hizo que lle-

llegase á la aldea del Cura, donde ya estaban Cornelia, y el niño, y su ama, y la consejera; y ellas le habian dado cuenta de su vida, y pedidole consejo de lo que harian. Era el Cura grande amigo del Duque, en cuya casa acomodada á lo de Clerigo rico y curioso, solia el Duque venirse desde Ferrara muchas veces, y desde alli salia á caza, porque gustaba mucho asi de la curiosidad del Cura, como de su donayre que le tenia en quanto decia y hacia. No se alborotó por ver al Duque en su casa, porque como se ha dicho, no era la vez primera; pero descontentóle verle venir triste, porque luego echó de ver que con alguna pasion traía ocupado el animo. Entreoyó Cornelia que el Duque de Ferrara estaba alli, y turbóse en extremo por no saber con qué intencion venia, torciase las manos, y andaba de una parte á otra, como persona fuera de sentido: quisiera hablar Cornelia al Cura, pero estaba entreteniendo al Duque, y no tenia lugar de hablarle. El Duque le dixo: Yo vengo, padre mio, tristisimo, y no quiero hoy entrar en Ferrara, sino ser vuestro huesped; decid á los que vienen conmigo, que pasen á Ferrara, y que solo se quede Fabio. Hizolo asi el buen Cura, y luego fue á dar orden como regalar y servir al Duque, y con esta ocasion le pudo hablar Cornelia, la qual tomandole de las manos le dixo: Ay padre y Señor mio! qué es lo que quiere el Duque? Por amor de Dios, Señor, que le dé algun toque en mi ne-

go-

gocio, y procure descubrir y tomar algun indicio de su intencion; en efecto guielo como mejor le pareciere y su mucha discrecion le aconsejare. Á esto le respondió el Cura: El Duque viene triste, hasta ahora no me ha dicho la causa: lo que se ha de hacer es, que luego se aderece ese niño muy bien, y ponedle, Señora, las joyas todas que tuvieredes, principalmente las que os hubiere dado el Duque, y dexadme hacer, que yo espero en el Cielo, que hemos de tener hoy un buen dia. Abrazóle Cornelia, y besóle la mano, y retiróse á aderezar y componer el niño. El Cura salió á entretener al Duque en tanto que se hacia hora de comer, y en el discurso de su platica preguntó el Cura al Duque, si era posible saberse la causa de su melancolia, porque sin duda de una legua se echaba de ver que estaba triste. Padre, respondió el Duque, claro está que las tristezas del corazon salen al rostro, en los ojos se lee la relacion de lo que está en el alma; y lo peor es, que por ahora no puedo comunicar mi tristeza con nadie. Pues en verdad, Señor, respondió el Cura, que si estuvierades para ver cosas de gusto, que os enseñara yo una, que tengo para mí que os le causara y grande. Simple sería, respondió el Duque, aquel que ofreciendole el alivio de su mal, no quisiese recibirle: por vida mia, padre, que me mostreis eso que decís, que debe de ser alguna de vuestras curiosidades, que para mí son todas de grandisimo gusto. Levantóse el Cura, y fue don-

donde estaba Cornelia, que ya tenia adornado á su hijo, y puestole las ricas joyas de la Cruz y del Agnus, con otras tres piezas preciosisimas, todas dadas del Duque á Cornelia, y tomando al niño entre sus brazos, salió adonde el Duque estaba, y diciendole que se levantase, y se llegase á la claridad de una ventana, quitó al niño de sus brazos, y le puso en los del Duque, el qual, quando miró y reconoció las joyas, y vió que eran las mismas que él habia dado á Cornelia, quedó atonito, y mirando ahincadamente al niño, le pareció que miraba su mismo retrato; y lleno de admiracion preguntó al Cura, cuya era aquella criatura, que en su adorno y aderezo parecia hijo de algun Principe? No sé, respondió el Cura, solo sé que habrá no sé quantas noches, que aqui me le traxo un Caballero de Bolonia, y me encargó mirase por él y le criase, que era hijo de un valeroso padre, y de una principal y hermosisima madre: tambien vino con el Caballero una muger para dar leche al niño, á quien yo he preguntado si sabe algo de los padres de esta criatura, y responde que no sabe palabra; y en verdad que si la madre es tan hermosa como el ama, que debe de ser la mas hermosa muger de Italia. No la veriamos? preguntó el Duque. Sí por cierto, respondió el Cura, veníos, Señor, conmigo, que si os suspende el adorno y la belleza de esa criatura como creo que os ha suspendido, el mismo efecto entiendo que ha de hacer la vista de su ama.

Qui–

Quisole tomar la criatura el Cura al Duque, pero él no la quiso dexar, antes la apretó en sus brazos, y le dió muchos besos. Adelantóse el Cura un poco, y dixo á Cornelia que saliese sin turbacion alguna á recibir al Duque. Hizolo asi Cornelia, y con el sobresalto le salieron tales colores al rostro, que sobre el modo mortal la hermosearon. Pasmóse el Duque quando la vió, y ella arrojandose á sus pies, se los quiso besar. El Duque sin hablar palabra dió el niño al Cura, y volviendo las espaldas se salió con gran priesa del aposento. Lo qual visto por Cornelia, volviendose al Cura, dixo: Ay Señor mio! si se ha espantado el Duque de verme? si me tiene aborrecida? si le he parecido fea? si se le han olvidado las obligaciones que me tiene? no me hablara siquiera una palabra? tanto le cansaba ya su hijo, que asi le arrojó de sus brazos? Á todo lo qual no respondia palabra el Cura, admirado de la huida del Duque, que asi le pareció que fuese huida, antes que otra cosa, y no fue sino que salió á llamar á Fabio, y decirle: Corre, Fabio amigo, y á toda diligencia vuelve á Bolonia, y di que al momento Lorenzo Bentibolli, y los dos Caballeros Españoles Don Juan de Gamboa, y Don Antonio de Isunza, sin poner excusa alguna vengan luego á esta aldea: mira, amigo, que vueles, y no te vengas sin ellos, que me importa la vida el verlos. No fue perezoso Fabio, que luego puso en efecto el mandamiento de su Señor. El Duque volvió luego adonde Cor-

nelia estaba derramando hermosas y cristalinas lagrimas de sentimiento : cogióla el Duque en sus brazos, y añádiendo lagrimas á lagrimas, mil veces le bebió el aliento de la boca, teniendoles el contento atadas las lenguas; y asi en silencio honesto y amoroso se gozaban los dos felices amantes y esposos verdaderos. El ama del niño, y la Cribela por lo menos como ella decia, que por entre las puertas de otro aposento habian estado mirando lo que entre el Duque y Cornelia pasaba, de gozo se daban de calabazadas por las paredes, que no parecia sino que habian perdido el juicio. El Cura daba mil besos al niño que tenia en sus brazos, y con la mano derecha que desocupó, no se hartaba de echar bendiciones á los dos abrazados Señores. El ama del Cura, que no se habia hallado presente al grave caso por estar ocupada aderezando la comida, quando la tuvo en su punto, entró á llamarlos que se sentasen á la mesa. Esto apartó los estrechos abrazos, y el Duque desembarazó al Cura del niño, y le tomó en sus brazos, y en ellos le tuvo todo el tiempo que duró la limpia y bien sazonada, mas que suntuosa comida : y en tanto que comian, dió cuenta Cornelia de todo lo que le habia sucedido hasta venir á aquella casa por consejo de la ama de los dos Caballeros Españoles, que la habian servido, amparado y guardado con el mas honesto y puntual decoro que pudiera imaginarse. El Duque le contó asimismo á ella todo lo que por él habia pasado hasta

aquel

aquel punto. Hallaronse presentes las dos amas, y hallaron en el Duque grandes ofrecimientos y promesas. En todos se renovó el gusto con el felice fin del suceso, y solo esperaban á colmarle, y á ponerle en el estado mejor que acertara á desearse, con la venida de Lorenzo, de Don Juan, y Don Antonio, los quales de alli á tres dias vinieron desalados y deseosos por saber si alguna nueva sabía el Duque de Cornelia, que Fabio que los fue á llamar, no les pudo decir ninguna cosa de su hallazgo, pues no la sabía. Saliólos á recibir el Duque á una sala antes de donde estaba Cornelia, y esto sin muestras de contento alguno, de que los recien venidos se entristecieron. Hizolos sentar el Duque, y él se sentó con ellos, y encaminando su platica á Lorenzo, le dixo: Bien sabeis, Señor Lorenzo Bentibolli, que yo jamas engañé á vuestra hermana, de lo que es buen testigo el Cielo y mi conciencia: sabeis asimismo la diligencia con que la he buscado, y el deseo que he tenido de hallarla para casarme con ella como se lo tengo prometido: ella no parece, y mi palabra no ha de ser eterna: yo soy mozo, y no tan experto en las cosas del mundo, que no me dexe llevar de las que me ofrece el deleyte á cada paso: la misma aficion que me hizo prometer ser esposo de Cornelia, me llevó tambien á dar antes que á ella palabra de matrimonio á una Labradora de esta aldea, á quien pensaba dexar burlada por acudir al valor de Cornelia, aunque no acudiera á lo que la con-

ciencia me pedia, que no fuera pequeña muestra de amor; pero pues nadie se casa con muger que no parece, ni es cosa puesta en razon, que nadie busque la muger que le dexa, por no hallar la prenda que le aborrece; digo que veais, Señor Lorenzo, qué satisfaccion puedo daros del agravio que no os hice, pues jamas tuve intencion de hacerosle, y luego quiero que me deis licencia para cumplir mi primera palabra, y desposarme con la Labradora que ya está dentro de esta casa. En tanto que el Duque esto decia, el rostro de Lorenzo se iba mudando de mil colores, y no acertaba á estar sentado de una manera en la silla, señales claras que la colera le iba tomando posesion de todos sus sentidos. Lo mismo pasaba por Don Juan, y por Don Antonio, que luego propusieron de no dexar salir al Duque con su intencion, aunque le quitasen la vida. Leyendo pues el Duque en sus rostros sus intenciones, dixo: Sosegaos, Señor Lorenzo, que antes que me respondais palabra, quiero que la hermosura que vereis en la que quiero recibir por mi esposa, os obligue á darme la licencia que os pido; porque es tal y tan extremada, que de mayores yerros será disculpa. Esto dicho, se levantó, y entró donde Cornelia estaba riquisimamente adornada, con todas las joyas que el niño tenia, y muchas mas. Quando el Duque volvió las espaldas, se levantó Don Juan, y puestas ambas manos en los dos brazos de la silla donde estaba sentado Lorenzo, al oido le dixo: Por Santiago

de

de Galicia, Señor Lorenzo, y por la fe de Christiano y de Caballero que tengo, que asi dexe yo salir con su intencion al Duque como volverme Moro: aqui, aqui, y en mis manos ha de dexar la vida, ó ha de cumplir la palabra que á la Señora Cornelia vuestra hermana tiene dada, ó á lo menos nos ha de dar tiempo de buscarla, y hasta que de cierto se sepa que es muerta, él no ha de casarse. Yo estoy de ese parecer mismo, respondió Lorenzo. Pues del mismo estará mi camarada Don Antonio, replicó Don Juan. En esto entró por la sala adelante Cornelia en medio del Cura y del Duque, que la traía de la mano, detras de los quales venian Sulpicia la doncella de Cornelia, que el Duque habia enviado por ella á Ferrara, y las dos amas, la del niño, y la de los Caballeros. Quando Lorenzo vió á su hermana, y la acabó de refigurar y conocer, que al principio la imposibilidad á su parecer de tal suceso no le dexaba enterar en la verdad, tropezando en sus mismos pies, fue á arrojarse á los del Duque, que le levantó, y le puso en los brazos de su hermana, quiero decir que su hermana le abrazó con las muestras de alegría posible. Don Juan, y Don Antonio dixeron al Duque, que habia sido la mas discreta y mas sabrosa burla del mundo. El Duque tomó el niño que Sulpicia traía, y dandosele á Lorenzo le dixo: Recibid, Señor hermano, á vuestro sobrino, y mi hijo, y ved si quereis darme licencia que me case con esta Labradora, que

es

es la primera á quien he dado palabra de casamiento. Sería nunca acabar contar lo que respondió Lorenzo, lo que preguntó Don Juan, lo que sintió Don Antonio, el regocijo del Cura, la alegria de Sulpicia, el contento de la consejera, el jubilo del ama, la admiracion de Fabio, y finalmente el general contento de todos. Luego el Cura los desposó, siendo su padrino Don Juan; y entre todos se dió traza que aquellos desposorios estuviesen secretos hasta ver en qué paraba la enfermedad, que tenia muy al cabo á la Duquesa su madre, y que en tanto la Señora Cornelia se volviese á Bolonia con su hermano. Todo se hizo asi: la Duquesa murió, Cornelia entró en Ferrara alegrando al mundo con su vista, los lutos se volvieron en galas, las amas quedaron ricas, Sulpicia por muger de Fabio, Don Antonio y Don Juan contentisimos de haber servido en algo al Duque, el qual les ofreció dos primas suyas por mugeres con riquisimo dote. Ellos dixeron que los Caballeros de la Nacion Vizcaina por la mayor parte se casaban en su patria, y que no por menosprecio, pues no era posible, sino por cumplir con su loable costumbre y la voluntad de sus padres que ya los debian de tener casados, no aceptaban tan ilustre ofrecimiento. El Duque admitió su disculpa, y por modos honestos y honrosos, y buscando ocasiones licitas les envió muchos presentes á Bolonia, y algunos tan ricos y enviados á tan buena sazon y coyuntura, que aunque pudie-

dieran no admitirse por no parecer que recibian paga, el tiempo en que llegaban, lo facilitaba todo: especialmente los que les envió al tiempo de su partida para España, y los que les dió quando fueron á Ferrara á despedirse de él, y hallaron á Cornelia con otras dos criaturas hembras, y al Duque mas enamorado que nunca. La Duquesa dió la Cruz de diamantes á Don Juan, y el Agnus á Don Antonio, que sin ser poderosos á hacer otra cosa, las recibieron. Llegaron á España y á su tierra, adonde se casaron con ricas, principales, y hermosas mugeres, y siempre tuvieron correspondencia con el Duque, y la Duquesa, y con el Señor Lorenzo Bentibolli con grandisimo gusto y contento de todos.

El Curioso Impertinente.

En Florencia, Ciudad rica y famosa de Italia, en la Provincia que llaman Toscana, vivian Anselmo y Lotario, dos Caballeros ricos y principales, y tan amigos que por excelencia y antonomasia, de todos los que los conocian, los dos amigos eran llamados: eran solteros, mozos de una misma edad y de unas mismas costumbres, todo lo qual era bastante causa á que los dos con reciproca amistad se correspondiesen: bien es verdad que el Anselmo era algo mas inclinado á los pasatiempos amorosos que el Lotario, al qual llevaban tras sí los de la caza; pero quando se ofrecia, dexaba Anselmo de acudir á sus gustos por seguir los de Lotario, y Lotario dexaba los suyos por acudir á los de Anselmo, y de esta manera andaban tan á una sus voluntades, que no habia concertado relox que asi lo anduviese. Andaba Anselmo perdido de amores de una doncella principal y hermosa de la misma Ciudad, hija de tan buenos padres y tan buena ella por sí, que se determinó con el parecer de su amigo Lotario, sin el qual ninguna cosa hacia, de pedirla por esposa á sus padres,

y


To.2.P.248.

y asi lo puso en execucion, y el que llevó la embaxada fue Lotario, y el que concluyó el negocio tan á gusto de su amigo, que en breve tiempo se vió puesto en la posesion que deseaba, y Camila tan contenta de haber alcanzado á Anselmo por esposo, que no cesaba de dar gracias al Cielo y á Lotario, por cuyo medio tanto bien le habia venido. Los primeros dias, como todos los de boda suelen ser alegres, continuó Lotario como solia la casa de su amigo Anselmo, procurando honrarle, festejarle y regocijarle con todo aquello que á él le fue posible; pero acabadas las bodas, y sosegada ya la freqüencia de las visitas y parabienes, comenzó Lotario á descuidarse con cuidado de las idas en casa de Anselmo, por parecerle á él (como es razon que parezca á todos los que fueren discretos) que no se han de visitar, ni continuar las casas de los amigos casados de la misma manera que quando eran solteros, porque aunque la buena y verdadera amistad no puede ni debe de ser sospechosa en nada, con todo eso es tan delicada la honra del casado, que parece que se puede ofender aun de los mesmos hermanos, quanto mas de los amigos. Notó Anselmo la remision de Lotario, y formó de él quejas grandes, diciendole que si él supiera que el casarse habia de ser parte para no comunicarle como solia, que jamas lo hubiera hecho, y que si por la buena correspondencia que los dos tenian mientras él fue soltero, habian alcanzado tan dulce nombre como el ser

lla-

llamados lös dos amigos, que no permitiese por querer hacer del circunspecto sin otra ocasion alguna, que tan famoso y tan agradable nombre se perdiese, y que asi le suplicaba, si era licito que tal termino de hablar se usase entre ellos, que volviese á ser Señor de su casa, y á entrar y salir en ella como de antes, asegurandole que su esposa Camila no tenia otro gusto, ni otra voluntad, que la que él queria que tuviese; y que por haber sabido ella con quantas veras los dos se amaban, estaba confusa de ver en él tanta esquivez. Á todas estas y otras muchas razones que Anselmo dixo á Lotario, para persuadirle volviese como solia á su casa, respondió Lotario con tanta prudencia, discrecion y aviso, que Anselmo quedó satisfecho de la buena intencion de su amigo, y quedaron de concierto que dos dias en la semana, y las fiestas fuese Lotario á comer con él; y aunque esto quedó asi concertado entre los dos, propuso Lotario de no hacer mas de aquello que viese que mas convenia á la honra de su amigo, cuyo credito estimaba en mas que el suyo propio. Decia él, y decia bien, que el casado, á quien el Cielo habia concedido muger hermosa, tanto cuidado habia de tener qué amigos llevaba á su casa, como en mirar con qué amigas su muger conversaba; porque lo que no se hace, ni concierta en las plazas, ni en los templos, ni en las fiestas publicas, ni estaciones (cosas que no todas veces las han de negar los maridos á sus mugeres) se concierta, y facilita

en

en casa de la amiga, ó la parienta de quien mas satisfaccion se tiene. Tambien decia Lotario que tenian necesidad los casados de tener cada uno algun amigo, que le advirtiese de los descuidos que en su proceder hiciese, porque suele acontecer que con el mucho amor que el marido á la muger tiene, ó no le advierte, ó no le dice por no enojarla, que haga, ó dexe de hacer algunas cosas, que el hacerlas, ó no, le sería de honra, ó de vituperio: de lo qual siendo del amigo advertido, facilmente pondria remedio en todo. Pero dónde se hallará amigo tan discreto, y tan leal y verdadero como aqui Lotario le pide? No lo sé yo por cierto, solo Lotario era este, que con toda solicitud y advertimiento miraba por la honra de su amigo, y procuraba dezmar, frisar, y acortar los dias del concierto del ir á su casa, porque no pareciese mal al vulgo ocioso, y á los ojos vagabundos y maliciosos la entrada de un mozo rico, gentil hombre y bien nacido, y de las buenas partes que él pensaba que tenia, en la casa de una muger tan hermosa como Camila; que puesto que su bondad y valor podia poner freno á toda maldiciente lengua, todavia no queria poner en duda su credito, ni el de su amigo, y por esto los mas de los dias del concierto los ocupaba y entretenia en otras cosas, que él daba á entender ser inexcusables: asi que en quejas del uno y disculpas del otro se pasaban muchos ratos y partes del dia. Sucedió pues, que uno que los dos se anda-

daban paseando por un prado fuera de la Ciudad, Anselmo dixo á Lotario semejantes razones:

Bien sé, amigo Lotario, que á las mercedes que Dios me ha hecho en hacerme hijo de tales padres como fueron los mios, y en darme no con mano escasa los bienes, asi los que llaman de naturaleza, como los de fortuna, no puedo yo corresponder con agradecimiento que llegue al bien recibido, y mucho menos al que me hizo en darme á tí por amigo y á Camila por muger propia, dos prendas que las estimo, si no en el grado que debo, á lo menos en el que puedo. Pues con todas estas partes, que suelen ser el todo con que los hombres suelen y pueden vivir contentos, vivo yo el mas despechado y el mas desabrido hombre de todo el mundo; porque no sé de que dias á esta parte me fatiga y aprieta un deseo tan extraño y tan fuera del uso comun de otros, que yo me maravillo de mí mesmo, y me culpo y me riño á solas, y procuro callarlo y encubrirlo de mis propios pensamientos, y asi me ha sido posible salir con este intento, como si de industria procurara decirlo á todo el mundo: y pues que en efecto él ha de salir á plaza, quiero que sea en la del archivo de tu secreto, confiado que con él y con la diligencia que pondrás como mi amigo verdadero en remediarme, yo me veré presto libre de la angustia que me causa, y llegará mi alegria por tu solicitud al grado que ha llegado mi descontento por mi locura. Suspenso tenian á Lotario

las

las razones de Anselmo, y no sabía en qué habia de parar tan larga prevencion, ó preambulo: y aunque iba revolviendo en su imaginacion qué deseo podria ser aquel que á su amigo tanto fatigaba, dió siempre muy lejos del blanco de la verdad, y por salir presto de la agonia que le causaba aquella suspension, le dixo que hacia notorio agravio á su mucha amistad en andar buscando rodeos para decirle sus mas encubiertos pensamientos, pues tenia cierto que se podia prometer de él, ó ya consejos para entretenerlos, ó ya remedio para cumplirlos. Asi es la verdad, respondió Anselmo, y con esa confianza te hago saber, amigo Lotario, que el deseo que me fatiga es pensar si Camila mi esposa es tan buena y tan perfecta como yo pienso, y no puedo enterarme en esta verdad, sino es probandola de manera, que la prueba manifieste los quilates de su bondad como el fuego muestra los del oro: porque yo tengo para mí, ó amigo, que no es una muger mas buena de quanto es, ó no es solicitada, y que aquella sola es fuerte, que no se dobla á las promesas, á las dadivas, á las lagrimas, y á las continuas importunidades de los solicitos amantes. Porque qué hay que agradecer (decia él) que una muger sea buena, si nadie le dice que sea mala? qué mucho que esté recogida y temerosa la que no le dan ocasion para que se suelte, y la que sabe que tiene marido que en cogiendola en la primera desenvoltura, la ha de quitar la vida? Asi que la que es bue-

buena por temor, ó por falta de lugar, yo no la quiero tener en aquella estima en que tendré á la solicitada y perseguida que salió con la corona del vencimiento. De modo que por estas razones y por otras muchas que te pudiera decir para acreditar y fortalecer la opinion que tengo, deseo que Camila mi esposa pase por estas dificultades, y se acrisole y aquilate en el fuego de verse requerida y solicitada, y de quien tenga valor para poner en ella sus deseos; y si ella sale, como creo que saldrá, con la palma de esta batalla, tendré yo por sin igual mi ventura: podré yo decir que está colmado el vacio de mis deseos: diré que me cupo en suerte la muger fuerte, de quien el Sabio dice, que quién la hallará? Y quando esto suceda al reves de lo que pienso, con el gusto de ver que acerté en mi opinion, llevaré sin pena la que de razon podrá causarme mi tan costosa experiencia: y presupuesto que ninguna cosa de quantas me dixeres en contra de mi deseo, ha de ser de algun provecho para dexar de ponerle por obra, quiero, ó amigo Lotario, que te dispongas á ser el instrumento que labre aquesta obra de mi gusto, que yo te daré lugar para que lo hagas, sin faltarte todo aquello que yo viere ser necesario para solicitar á una muger honesta, honrada, recogida y desinteresada: y mueveme entre otras cosas á fiar de tí esta tan ardua empresa, el ver que si de tí es vencida Camila, no ha de llegar el vencimiento á todo trance y rigor, sino á so-

lo

lo tener por hecho lo que se ha de hacer por buen respeto, y asi no quedaré yo ofendido mas de con el deseo, y mi injuria quedará escondida en la virtud de tu silencio, que bien sé que en lo que me tocare, ha de ser eterno como el de la muerte: asi que si quieres que yo tenga vida que pueda decir que lo es, desde luego has de entrar en esta amorosa batalla, no tibia ni perezosamente, sino con el ahinco y diligencia que mi deseo pide, y con la confianza que nuestra amistad me asegura. Estas fueron las razones que Anselmo dixo á Lotario, á todas las quales estuvo tan atento, que si no fueron las que quedan escritas que le dixo, no desplegó sus labios hasta que hubo acabado; y viendo que no decia mas, despues que le estuvo mirando un buen espacio, como si mirara otra cosa que jamas hubiera visto, que le causara admiracion y espanto, le dixo: No me puedo persuadir, ó amigo Anselmo, á que no sean burlas las cosas que me has dicho, que á pensar que de veras las decias, no consintiera que tan adelante pasaras, porque con no escucharte previniera tu larga arenga: sin duda imagino, ó que no me conoces, ó que yo no te conozco; pero no, que bien sé que eres Anselmo, y tú sabes que yo soy Lotario: el daño está en que yo pienso que no eres el Anselmo que solias, y tú debes de haber pensado que tampoco yo soy el Lotario que debia ser: porque las cosas que me has dicho, ni son de aquel Anselmo mi amigo, ni las que me pides, se han

de

de pedir á aquel Lotario que tú conoces; porque los buenos amigos han de probar á sus amigos y valerse de ellos, como dixo un Poeta, *usque ad Aras*, que quiso decir, que no se habian de valer de su amistad en cosas que fuesen contra Dios. Pues si esto sintió un Gentil de la amistad, quanto mejor es que lo sienta el Christiano, que sabe que por ninguna humana ha de perder la amistad divina? y quando el amigo tirase tanto la barra, que pusiese aparte los respetos del Cielo por acudir á los de su amigo, no ha de ser por cosas ligeras y de poco momento, sino por aquellas en que vaya la honra y la vida de su amigo. Pues dime tú ahora, Anselmo, quál de estas dos cosas tienes en peligro, para que yo me aventure á complacerte, yá hacer una cosa tan detestable como me pides? Ninguna por cierto, antes me pides, segun yo entiendo, que procure y solicite quitarte la honra y la vida, y quitarmela á mí juntamente; porque si yo he de procurar quitarte la honra, claro está que te quito la vida, pues el hombre sin honra peor es que un muerto, y siendo yo el instrumento, como tú quieres que lo sea, de tanto mal tuyo, no vengo á quedar deshonrado, y por el mesmo consiguiente sin vida? Escucha, amigo Anselmo, y ten paciencia de no responderme hasta que acabe de decirte lo que se me ofreciere acerca de lo que te ha pedido tu deseo, que tiempo quedará para que tú me repliques y yo te escuche. Que me place, dixo Anselmo, di lo que quisieres.

res. Y Lotario prosiguió diciendo : Pareceme , ó Anselmo , que tienes tú ahora el ingenio como el que siempre tienen los Moros , á los quales no se les puede dar á entender el error de su secta con las acotaciones de la santa Escritura , ni con razones que consistan en especulacion del entendimiento , ni que vayan fundadas en articulos de fe , sino que les han de traer exemplos palpables, faciles , inteligibles, demostrativos, indubitables, con demostraciones Matematicas que no se pueden negar , como quando dicen : Si de dos partes iguales quitamos partes iguales , las que quedan tambien son iguales : y quando esto no entiendan de palabra , como en efecto no lo entienden , haseles de mostrar con las manos y ponerselo delante de los ojos , y aun con todo esto no basta nadie con ellos á persuadirles las verdades de mi sacra Religion. Y este mismo termino y modo me convendrá usar contigo , porque el deseo que en tí ha nacido , va tan descaminado y tan fuera de todo aquello que tenga sombra de razonable, que me parece que ha de ser tiempo gastado el que ocupare en darte á entender tu simplicidad , que por ahora no le quiero dar otro nombre, y aun estoy por dexarte en tu desatino en pena de tu mal deseo ; mas no me dexa usar de este rigor la amistad que te tengo, la qual no consiente que te dexe puesto en tan manifiesto peligro de perderte : y porque claro lo veas , dime , Anselmo , tú no me has dicho que tengo de solicitar á una retirada ? persuadir á

una honesta? ofrecer á una desinteresada? servir á una prudente? Sí que me lo has dicho: pues si tú sabes que tienes muger retirada, honesta, desinteresada y prudente, qué buscas? y si piensas que de todos mis asaltos ha de salir vencedora (como saldrá sin duda) qué mejores titulos piensas darle despues, que los que ahora tiene? ó qué será mas despues de lo que es ahora? Ó es que tú no la tienes por la que dices, ó tú no sabes lo que pides. Si no la tienes por la que dices, para qué quieres probarla, sino como á mala hacer de ella lo que mas te viniere en gusto? mas si es tan buena como crees, impertinente cosa será hacer experiencia de la mesma verdad, pues despues de hecha se ha de quedar con la estimacion que primero tenia. Asi que es razon concluyente, que el intentar las cosas, de las quales antes nos puede suceder daño que provecho, es de juicios sin discurso y temerarios, y mas quando quieren intentar aquellas á que no son forzados, ni compelidos, y que de muy lejos traen descubierto, que el intentarlas es manifiesta locura. Las cosas dificultosas se intentan por Dios, ó por el mundo, ó por entrambos á dos: las que se acometen por Dios, son las que acometieron los Santos, acometiendo á vivir vida de Angeles en cuerpos humanos: las que se acometen por respeto del mundo, son las de aquellos que pasan tanta infinidad de agua, tanta diversidad de climas, tanta extrañeza de gentes por adquirir estos que llaman bienes de fortuna:

y

y las que se intentan por Dios y por el mundo juntamente, son aquellas de los valerosos soldados, que apenas ven en el contrario muro abierto tanto espacio quanto es el que pudo hacer una redonda bala de artilleria, quando puesto aparte todo temor, sin hacer discurso, ni advertir al manifiesto peligro que les amenaza, llevados en vuelo de las alas del deseo de volver por su Fe, por su Nacion y por su Rey, se arrojan intrepidamente por la mitad de mil contrapuestas muertes que los esperan. Estas cosas son las que suelen intentarse, y es honra, gloria y provecho intentarlas, aunque tan llenas de inconvenientes y peligros; pero la que tú dices que quieres intentar y poner por obra, ni te ha de alcanzar gloria de Dios, bienes de fortuna, ni fama con los hombres: porque puesto que salgas con ella como deseas, no has de quedar ni mas ufano, ni mas rico, ni mas honrado que estás ahora; y si no sales, te has de ver en la mayor miseria que imaginarse pueda: porque no te ha de aprovechar pensar entonces que no sabe nadie la desgracia que te ha sucedido, porque bastará para afligirte y deshacerte, que la sepas tú mesmo. Y para confirmacion de esta verdad, te quiero decir una estancia que hizo el famoso Poeta Luis Tansilo, en el fin de su primera Parte de las Lagrimas de S. Pedro, que dice asi:

Crece el dolor y crece la vergüenza
En Pedro, quando el dia se ha mostrado,

Y aunque alli no ve á nadie, se avergüenza
De sí mismo, por ver que habia pecado:
Que á un magnanimo pecho á haber vergüenza
No solo ha de moverle el ser mirado,
Que de sí se avergüenza quando yerra,
Si bien otro no ve que Cielo y tierra.

Asi que no excusarás con el secreto tu dolor, antes tendrás que llorar continuo, si no lagrimas de los ojos, lagrimas de sangre del corazon, como las lloraba aquel simple Doctor que nuestro Poeta nos cuenta, que hizo la prueba del vaso, que con mejor discurso se excusó de hacerla el prudente Reynaldos: que puesto que aquello sea ficcion poetica, tiene en sí encerrados secretos morales dignos de ser advertidos, y entendidos, é imitados: quanto mas, que con lo que ahora pienso decirte, acabarás de venir en conocimiento del grande error que quieres cometer. Dime Anselmo, si el Cielo, ó la suerte buena te hubiera hecho Señor y legitimo posesor de un finisimo diamante, de cuya bondad y quilates estuviesen satisfechos quantos Lapidarios le viesen, y que todos á una voz y de comun parecer dixesen que llegaba en quilates, bondad y fineza á quanto se podia extender la naturaleza de tal piedra, y tú mesmo lo creyeses asi, sin saber otra cosa en contrario, sería justo que te viniese en deseo de tomar aquel diamante, y ponerle entre un ayunque y un martillo, y alli á pura fuerza de golpes y brazos probar si es tan duro

y

y tan fino como dicen ? Y mas si lo pusieses por obra, que puesto caso que la piedra hiciese resistencia á tan necia prueba, no por eso se le añadiria mas valor, ni mas fama: y si se rompiese, cosa que podria ser, no se perdia todo ? Sí por cierto, dexando á su dueño en estimacion de que todos le tengan por simple. Pues haz cuenta, Anselmo amigo, que Camila es finisimo diamante, asi en tu estimacion como en la agena, y que no es razon ponerla en contingencia de que se quiebre, pues aunque se quede con su entereza, no puede subir á mas valor del que ahora tiene; y si faltase y no resistiese, considera desde ahora qual quedarias sin ella, y con quanta razon te podrias quejar de tí mesmo, por haber sido causa de su perdicion y la tuya. Mira que no hay joya en el mundo que tanto valga como la muger casta y honrada, y que todo el honor de las mugeres consiste en la opinion buena que de ellas se tiene : y pues la de tu esposa es tal, que llega al extremo de bondad que sabes, para qué quieres poner esta verdad en duda ? Mira, amigo, que la muger es animal imperfecto, y que no se le han de poner embarazos donde tropiece y cayga, sino quitarselos y despejarle el camino de qualquier inconveniente, para que sin pesadumbre corra ligera á alcanzar la perfeccion que le falta, que consiste en el ser virtuosa. Cuentan los Naturales, que el Armiño es un animalejo que tiene una piel blanquisima, y que quando quieren cazarle los cazadores, usan de este

ar-

artificio, que sabiendo las partes por donde suele pasar y acudir, las atajan con lodo, y despues ojeandole le encaminan hácia aquel lugar, y asi como el Armiño llega al lodo, se está quedo, y se dexa prender y cautivar, á trueque de no pasar por el cieno, y perder y ensuciar su blancura, que la estima en mas que la libertad y la vida. La honesta y casta muger es Armiño, y es mas que nieve blanca y limpia la virtud de la honestidad, y el que quisiere que no la pierda, antes la guarde y conserve, ha de usar de otro estilo diferente que con el Armiño se tiene, porque no le han de poner delante el cieno de los regalos y servicios de los importunos amantes, porque quizá, y aun sin quizá, no tiene tanta virtud y fuerza natural, que pueda por sí mesma atropellar y pasar por aquellos embarazos: y es necesario quitarselos y ponerle delante la limpieza de la virtud y la belleza que encierra en sí la buena fama. Es asimesmo la buena muger como espejo de cristal luciente y claro; pero está sujeto á empañarse y escurecerse con qualquier aliento que le toque. Hase de usar con la honesta muger el estilo que con las reliquias, adorarlas y no tocarlas: hase de guardar y estimar la muger buena, como se guarda y estima un hermoso jardin que está lleno de flores y rosas, cuyo dueño no consiente que nadie le pasee, ni manosee, basta que desde lejos y por entre las verjas de hierro gocen de su fragrancia y hermosura. Finalmente quiero decirte unos versos

que

que se me han venido á la memoria, que los oí en una Comedia moderna, que me parece que hacen al proposito de lo que vamos tratando. Aconsejaba un prudente viejo á otro, padre de una doncella, que la recogiese, guardase y encerrase, y entre otras razones le dixo estas:

Es de vidrio la muger;
pero no se ha de probar
si se puede, ó no quebrar,
porque todo podria ser.
Y es mas facil el quebrarse,
y no es cordura ponerse
á peligro de romperse
lo que no puede soldarse.
Y en esta opinion estén
todos, y en razon la fundo,
que si hay Danaes en el mundo,
hay pluvias de oro tambien.

Quanto hasta aqui te he dicho, ó Anselmo, ha sido por lo que á tí te toca, y ahora es bien que se oyga algo de lo que á mí me conviene: y si fuere largo perdoname, que todo lo requiere el laberinto donde te has entrado, y de donde quieres que yo te saque. Tú me tienes por amigo y quieres quitarme la honra, cosa que es contra toda amistad: y aun no solo pretendes esto, sino que procuras que yo te la quite á tí. Que me la quieres quitar á mí, está claro, pues quando Camila vea que yo la solicito, como me pides,
cier–

cierto está que me ha de tener por hombre sin honra y mal mirado, pues intento y hago una cosa tan fuera de aquello que el ser quien soy y tu amistad me obliga. De que quieres que te la quite á tí, no hay duda, porque viendo Camila que yo la solicito, ha de pensar que yo he visto en ella alguna liviandad, que me dió atrevimiento á descubrirle mi mal deseo, y teniendose por deshonrada, te toca á tí como á cosa suya su mesma deshonra; y de aqui nace lo que comunmente se platica, que el marido de la muger adultera, puesto que él no lo sepa, ni haya dado ocasion para que su muger no sea la que debe, ni haya sido en su mano, ni en su descuido y poco recato estorbar su desgracia, con todo le llaman y le nombran con nombre de vituperio y baxo: y en cierta manera le miran los que la maldad de su muger saben, con ojos de menosprecio, en cambio de mirarle con los de lastima, viendo que no por su culpa, sino por el gusto de su mala compañera está en aquella desventura. Pero quierote decir la causa, porque con justa razon es deshonrado el marido de la muger mala, aunque él no sepa que lo es, ni tenga culpa, ni haya sido parte, ni dado ocasion para que ella lo sea: y no te canses de oirme, que todo ha de redundar en tu provecho. Quando Dios crió á nuestro primero padre en el Paraiso terrenal, dice la divina Escritura que infundió Dios sueño en Adan, y que estando durmiendo le sacó una costilla del lado siniestro,

de

de la qual formó á nuestra madre Eva, y asi como Adan despertó y la miró, dixo: Esta es carne de mi carne y hueso de mis huesos. Y Dios dixo: Por esta dexará el hombre á su padre y madre, y serán dos en una carne misma: y entonces fue instituido el divino Sacramento del Matrimonio con tales lazos, que sola la muerte puede desatarlos. Y tiene tanta fuerza y virtud este milagroso Sacramento, que hace que dos diferentes personas sean una mesma carne: y aun hace mas en los buenos casados, que aunque tienen dos almas, no tienen mas de una voluntad. Y de aqui viene, que como la carne de la esposa sea una mesma con la del esposo, las manchas que en ella caen, ó los defectos que se procura, redundan en la carne del marido, aunque él no haya dado, como queda dicho, ocasion para aquel daño: porque asi como el dolor del pie, ó de qualquier miembro del cuerpo humano le siente todo el cuerpo por ser todo de una carne mesma, y la cabeza siente el daño del tobillo sin que ella se le haya causado; asi el marido es participante de la deshonra de la muger, por ser una mesma cosa con ella: y como las honras y deshonras del mundo sean todas y nazcan de carne y sangre, y las de la muger mala sean de este genero, es forzoso que al marido le quepa parte de ellas y sea tenido por deshonrado sin que él lo sepa. Mira pues, ó Anselmo, al peligro que te pones en querer turbar el sosiego en que tu buena esposa vive: mira por quan vana, é im-

impertinente curiosidad quieres revolver los humores que ahora están sosegados en el pecho de tu casta esposa: advierte, que lo que aventuras á ganar es poco, y que lo que perderás será tanto, que lo dexaré en su punto, porque me faltan palabras para encarecerlo. Pero si todo quanto he dicho no basta á moverte de tu mal proposito, bien puedes buscar otro instrumento de tu deshonra y desventura, que yo no pienso serlo aunque por ello pierda tu amistad, que es la mayor perdida que imaginar puedo. Calló en diciendo esto el virtuoso y prudente Lotario, y Anselmo quedó tan confuso y pensativo, que por un buen espacio no le pudo responder palabra; pero en fin le dixo: Con la atencion que has visto, he escuchado, Lotario amigo, quanto has querido decirme, y en tus razones, exemplos y comparaciones he visto la mucha discrecion que tienes y el extremo de la verdadera amistad que alcanzas: y asimismo veo y confieso, que si no sigo tu parecer y me voy tras el mio, voy huyendo del bien y corriendo tras el mal. Presupuesto esto, has de considerar, que yo padezco ahora la enfermedad que suelen tener algunas mugeres, que se les antoja comer tierra, yeso, carbon y otras cosas peores, aun asquerosas para mirarse quanto mas para comerse: asi que es menester usar de algun artificio para que yo sane, y esto se podia hacer con facilidad, solo con que comiences, aunque tibia y fingidamente, á solicitar á Camila, la qual no ha de ser

tan

tan tierna, que á los primeros encuentros dé con su honestidad por tierra, y con solo este principio quedaré contento, y tú habrás cumplido con lo que debes á nuestra amistad, no solamente dandome la vida, sino persuadiendome de no verme sin honra: y estás obligado á hacer esto por una razon sola, y es, que estando yo, como estoy, determinado de poner en platica esta prueba, no has tú de consentir que yo dé cuenta de mi desatino á otra persona, con que pondria en aventura el honor que tú procuras que no pierda: y quando el tuyo no esté en el punto que debe en la intencion de Camila en tanto que la solicitares, importa poco, ó nada, pues con brevedad, viendo en ella la entereza que esperamos, le podrás decir la pura verdad de nuestro artificio, con que volverá tu credito al sér primero: y pues tan poco aventuras, y tanto contento me puedes dar aventurandote, no lo dexes de hacer, aunque mas inconvenientes se te pongan delante, pues como ya he dicho, con solo que comiences daré por concluida la causa. Viendo Lotario la resuelta voluntad de Anselmo, y no sabiendo qué mas exemplos traerle, ni qué mas razones mostrarle, para que no la siguiese, y viendo que le amenazaba, que daria á otro cuenta de su mal deseo; por evitar mayor mal determinó de contentarle y hacer lo que le pedia, con proposito é intencion de guiar aquel negocio de modo que sin alterar los pensamientos de Camila, quedase Anselmo satisfecho: y asi le respon-

pondió, que no comunicase su pensamiento con otro alguno, que él tomaba á su cargo aquella empresa, la qual comenzaria quando á él le diese mas gusto. Abrazóle Anselmo tierna y amorosamente, y agradecióle su ofrecimiento, como si alguna grande merced le hubiera hecho, y quedaron de acuerdo entre los dos, que desde otro dia siguiente se comenzase la obra, que él daria lugar y tiempo como á sus solas pudiese hablar á Camila, y asimesmo le daria dineros y joyas que darla y que ofrecerla. Aconsejóle que le diese musicas, que escribiese versos en su alabanza, y que quando él no quisiese tomar trabajo de hacerlos, él mesmo los haria. Á todo se ofreció Lotario, bien con diferente intencion que Anselmo pensaba: y con este acuerdo se volvieron á casa de Anselmo, donde hallaron á Camila con ansia y cuidado esperando á su esposo, porque aquel dia tardaba en venir mas de lo acostumbrado. Fuese Lotario á su casa, y Anselmo quedó en la suya tan contento, como Lotario fue pensativo, no sabiendo que traza dar para salir bien de aquel impertinente negocio; pero aquella noche pensó el modo que tendria para engañar á Anselmo sin ofender á Camila, y otro dia vino á comer con su amigo, y fue bien recibido de Camila, la qual le recibia y regalaba con mucha voluntad, por entender la buena que su esposo le tenia. Acabaron de comer, levantaron los manteles, y Anselmo dixo á Lotario, que se quedase alli con Camila en tanto que

él

él iba á un negocio forzoso, que dentro de hora y media volveria. Rogóle Camila que no se fuese, y Lotario se ofreció á hacerle compañia; mas nada aprovechó con Anselmo, antes importunó á Lotario que se quedase y le aguardase, porque tenia que tratar con él una cosa de mucha importancia. Dixo tambien á Camila, que no dexase solo á Lotario en tanto que él volviese. En efecto él supo tan bien fingir la necesidad, ó necedad de su ausencia, que nadie pudiera entender que era fingida. Fuese Anselmo, y quedaron solos á la mesa Camila y Lotario, porque la demas gente de casa toda se habia ido á comer. Vióse Lotario puesto en la estacada que su amigo deseaba, y con el enemigo delante, que pudiera vencer con sola su hermosura á un esquadron de Caballeros armados: mirad si era razon que le temiera Lotario; pero lo que hizo fue poner el codo sobre el brazo de la silla, y la mano abierta en la mexilla, y pidiendo perdon á Camila del mal comedimiento, dixo que queria reposar un poco en tanto que Anselmo volvia. Camila le respondió, que mejor reposaria en el estrado que en la silla, y asi le rogó se entrase á dormir en él. No quiso Lotario, y alli se quedó dormido hasta que volvió Anselmo, el qual como halló á Camila en su aposento, y á Lotario durmiendo, creyó que como se habia tardado tanto, ya habrian tenido los dos lugar para hablar y aun para dormir, y no vió la hora en que Lotario despertase para volverse con él fuera

ra

ra y preguntarle de su ventura. Todo le sucedió como él quiso. Lotario despertó, y luego salieron los dos de casa, y asi le preguntó lo que deseaba, y le respondió Lotario, que no le habia parecido ser bien que la primera vez se descubriese del todo, y asi no habia hecho otra cosa que alabar á Camila de hermosa, diciendole que en toda la Ciudad no se trataba de otra cosa que de su hermosura y discrecion, y que este le habia parecido buen principio para entrar ganando la voluntad y disponiendola á que otra vez le escuchase con gusto: usando en esto del artificio que el demonio usa quando quiere engañar á alguno que está puesto en atalaya de mirar por sí, que se transforma en Angel de luz, siendolo él de tinieblas, y poniendole delante apariencias buenas, al cabo descubre quien es, y sale con su intencion, si á los principios no es descubierto su engaño. Todo esto le contentó mucho á Anselmo, y dixo que cada dia daria el mesmo lugar, aunque no saliese de casa, porque en ella se ocuparia en cosas que Camila no pudiese venir en conocimiento de su artificio. Sucedió pues, que se pasaron muchos dias, que sin decir Lotario palabra á Camila, respondia á Anselmo que la hablaba, y jamas podia sacar de ella una pequeña muestra de venir en ninguna cosa que mala fuese, ni aun dar una señal de sombra de esperanza; antes decia que le amenazaba, que si de aquel mal pensamiento no se quitaba, que lo habia de decir á su esposo.

Bien

Bien está, dixo Anselmo, hasta aqui ha resistido Camila á las palabras, es menester ver como resiste á las obras: yo os daré mañana dos mil escudos de oro para que se los ofrezcais, y aun se los deis, y otros tantos para que compreis joyas con que cebarla, que las mugeres suelen ser aficionadas, y mas si son hermosas, por mas castas que sean, á esto de traerse bien y andar galanas: y si ella resiste á esta tentacion, yo quedaré satisfecho y no os daré mas pesadumbre. Lotario respondió, que ya que habia comenzado, que él llevaria hasta el fin aquella empresa, puesto que entendia salir de ella cansado y vencido. Otro dia recibió los quatro mil escudos, y con ellos quatro mil confusiones, porque no sabía que decirse para mentir de nuevo; pero en efecto determinó de decirle, que Camila estaba tan entera á las dadivas y promesas, como á las palabras, y que no habia para que cansarse mas, porque todo el tiempo se gastaba en balde. Pero la suerte que las cosas guiaba de otra manera, ordenó que habiendo dexado Anselmo solos á Lotario y á Camila, como otras veces solia, él se encerró en un aposento, y por los agujeros de la cerradura estuvo mirando y escuchando lo que los dos trataban, y vió que en mas de media hora Lotario no habló palabra á Camila, ni se la hablara si alli estuviera un siglo: y cayó en la cuenta de que quanto su amigo le habia dicho de las respuestas de Camila, todo era ficcion y mentira: y para ver si esto era asi, salió

lió del aposento, y llamando á Lotario aparte, le preguntó qué nuevas habia, y de qué temple estaba Camila. Lotario le respondió, que no pensaba mas darle puntada en aquel negocio, porque respondia tan aspera y desabridamente, que no tendria animo para volver á decirle cosa alguna. Ah, dixo Anselmo, Lotario, Lotario, y quan mal correspondes á lo que me debes y á lo mucho que de tí confio! Ahora te he estado mirando por el lugar que concede la entrada de esta llave, y he visto que no has dicho palabra á Camila, por donde me doy á entender, que aun las primeras le tienes por decir: y si esto es asi, como sin duda lo es, para qué me engañas? ó por qué quieres quitarme con tu industria los medios que yo podria hallar para conseguir mi deseo? No dixo mas Anselmo, pero bastó lo que habia dicho para dexar corrido y confuso á Lotario, el qual casi tomando por punto de honra el haber sido hallado en mentira, juró á Anselmo que desde aquel momento tomaba tan á su cargo el contentarle y no mentirle, qual lo veria si con curiosidad lo espiaba: quanto mas, que no sería menester usar de ninguna diligencia, porque la que él pensaba poner en satisfacerle, le quitaria de toda sospecha. Creyóle Anselmo, y para darle comodidad mas segura y menos sobresaltada, determinó de hacer ausencia de su casa por ocho dias, yendose á la de un amigo suyo que estaba en una aldea no lejos de la Ciudad: con el qual amigo concertó que le

en-

enviase á llamar con muchas veras, para tener ocasion con Camila de su partida. Desdichado y mal advertido de tí, Anselmo, qué es lo que haces? qué es lo que trazas? qué es lo que ordenas? Mira que haces contra tí mismo, trazando tu deshonra y ordenando tu perdicion. Buena es tu esposa Camila, quieta y sosegadamente la posees, nadie sobresalta tu gusto, sus pensamientos no salen de las paredes de su casa, tú eres su cielo en la tierra, el blanco de sus deseos, el cumplimiento de sus gustos, y la medida por donde mide su voluntad, ajustandola en todo con la tuya y con la del Cielo: pues si la mina de su honor, hermosura, honestidad y recogimiento te da sin ningun trabajo toda la riqueza que tiene, y tú puedes desear; para qué quieres ahondar la tierra y buscar nuevas vetas de nuevo y nunca visto tesoro, poniendote á peligro que toda venga abaxo, pues en fin se sustenta sobre los debiles arrimos de su flaca naturaleza? Mira que el que busca lo imposible, es justo que lo posible se le niegue: como lo dixo mejor un Poeta, diciendo:

Busco en la muerte la vida,
salud en la enfermedad,
en la prision libertad,
en lo cerrado salida,
y en el traydor lealtad.
Pero mi suerte, de quien
jamas espero algun bien,

con el Cielo ha estatuido,
que pues lo imposible pido,
lo posible aun no me den.

Fuese otro dia Anselmo á la aldea, dexando dicho á Camila, que el tiempo que él estuviese ausente, vendria Lotario á mirar por su casa, y á comer con ella, que tuviese cuidado de tratarle como á su mesma persona. Afligióse Camila, como muger discreta y honrada, de la orden que su marido le dexaba, y dixole que advirtiese, que no estaba bien que nadie, él ausente, ocupase la silla de su mesa; y que si lo hacia por no tener confianza que ella sabria gobernar su casa, que probase por aquella vez, y veria por experiencia como para mayores cuidados era bastante. Anselmo le replicó, que aquel era su gusto, y que no tenia mas que hacer que baxar la cabeza y obedecerle. Camila dixo que asi lo haria, aunque contra su voluntad. Partióse Anselmo, y otro dia vino á su casa Lotario, donde fue recibido de Camila con amoroso y honesto acogimiento: la qual jamas se puso en parte donde Lotario la viese á solas, porque siempre andaba rodeada de sus criados y criadas, especialmente de una doncella suya llamada Leonela, á quien ella mucho queria, por haberse criado desde niñas las dos juntas en casa de los padres de Camila, y quando se casó con Anselmo, la traxo consigo. En los tres dias primeros nunca Lotario le dixo nada, aunque pudiera, quando se

le-

levantaban los manteles, y la gente se iba á comer con mucha priesa, porque asi se lo tenia mandado Camila: y aun tenia orden Leonela, que comiese primero que Camila, y que de su lado jamas se quitase; mas ella, que en otras cosas de su gusto tenia puesto el pensamiento, y habia menester aquellas horas y aquel lugar para ocuparle en sus contentos, no cumplia todas veces el mandamiento de su Señora, antes los dexaba solos, como si aquello le hubieran mandado. Mas la honesta presencia de Camila, la gravedad de su rostro, la compostura de su persona era tanta, que ponia freno á la lengua de Lotario; pero el provecho que las muchas virtudes de Camila hicieron, poniendo silencio en la lengua de Lotario, redundó mas en daño de los dos, porque si la lengua callaba, el pensamiento discurria y tenia lugar de contemplar parte por parte todos los extremos de bondad y de hermosura que Camila tenia, bastantes á enamorar una estatua de marmol, no que un corazon de carne. Mirabala Lotario en el lugar y espacio que habia de hablarla, y consideraba quan digna era de ser amada, y esta consideracion comenzó poco á poco á dar asalto á los respetos que á Anselmo tenia, y mil veces quiso ausentarse de la Ciudad, y irse donde jamas Anselmo le viese á él, ni él viese á Camila; mas ya le hacia impedimento y detenia el gusto que hallaba en mirarla. Haciase fuerza y peleaba consigo mismo por desechar y no sentir el contento

que le llevaba á mirar á Camila: culpabase á solas de su desatino, llamabase mal amigo y aun mal Christiano: hacia discursos y comparaciones entre él y Anselmo, y todos paraban en decir, que mas habia sido la locura y confianza de Anselmo que su poca fidelidad, y que si asi tuviera disculpa para con Dios como para con los hombres, de lo que pensaba hacer, que no temiera pena por su culpa. En efecto la hermosura y la bondad de Camila juntamente con la ocasion que el ignorante marido le habia puesto en las manos, dieron con la lealtad de Lotario en tierra. Y sin mirar á otra cosa que aquella á que su gusto le inclinaba, al cabo de tres dias de la ausencia de Anselmo, en los quales estuvo en continua batalla por resistir á sus deseos, comenzó á requebrar á Camila con tanta turbacion y con tan amorosas razones, que Camila quedó suspensa, y no hizo otra cosa que levantarse de donde estaba, y entrarse en su aposento sin responderle palabra alguna. Mas no por esta sequedad se desmayó en Lotario la esperanza que siempre nace juntamente con el amor, antes tuvo en mas á Camila. La qual habiendo visto en Lotario lo que jamas pensara, no sabía que hacerse. Y pareciendole no ser cosa segura, ni bien hecha, darle ocasion, ni lugar á que otra vez la hablase, determinó de enviar aquella mesma noche, como lo hizo, á un criado suyo con un billete á Anselmo, donde le escribió estas razones:

»Asi como suele decirse, que parece mal el

»Exer-

»Exercito sin su General, y el Castillo sin su »Castellano, digo yo, que parece muy peor la »muger casada y moza sin su marido, quando »justisimas ocasiones no lo impiden. Yo me ha»llo tan mal sin vos, y tan imposibilitada de no »poder sufrir esta ausencia, que si presto no ve»nís, me habré de ir á entretener en casa de mis »padres, aunque dexe sin guarda la vuestra; por»que la que me dexastes, si es que quedó con »tal titulo, creo que mira mas por su gusto que »por lo que á vos os toca: y pues sois discreto, »no tengo mas que deciros, ni aun es bien que »mas os diga.

Esta carta recibió Anselmo, y entendió por ella que Lotario habia ya comenzado la empresa, y que Camila debia de haber respondido como él deseaba: y alegre sobremanera de tales nuevas, respondió á Camila de palabra, que no hiciese mudamiento de su casa en modo ninguno, porque él volveria con mucha brevedad. Admirada quedó Camila de la respuesta de Anselmo, que la puso en mas confusion que primero, porque ni se atrevia á estar en su casa, ni menos irse á la de sus padres; porque en la quedada corria peligro su honestidad, y en la ida iba contra el mandamiento de su esposo. En fin se resolvió en lo que le estuvo peor, que fue en el quedarse, con determinacion de no huir la presencia de Lotario, por no dar que decir á sus criados, y ya le pesaba de haber escrito lo que escribió á su esposo, temerosa de que no pensa-

se

se que Lotario habia visto en ella alguna desenvoltura, que le hubiese movido á no guardarle el decoro que debia; pero fiada en su bondad, se fió en Dios y en su buen pensamiento, con que pensaba resistir callando á todo aquello que Lotario decirle quisiese, sin dar mas cuenta á su marido, por no ponerle en alguna pendencia y trabajo; y aun andaba buscando manera como disculpar á Lotario con Anselmo, quando le preguntase la ocasion que le habia movido á escribirle aquel papel. Con estos pensamientos, mas honrados que acertados ni provechosos, estuvo otro dia escuchando á Lotario, el qual cargó la mano de manera, que comenzó á titubear la firmeza de Camila, y su honestidad tuvo harto que hacer en acudir á los ojos, para que no diesen muestra de alguna amorosa compasion, que las lagrimas y las razones de Lotario en su pecho habian despertado. Todo esto notaba Lotario, y todo le encendia. Finalmente á él le pareció que era menester en el espacio y lugar que daba la ausencia de Anselmo, apretar el cerco á aquella fortaleza, y asi acometió á su presuncion con las alabanzas de su hermosura, porque no hay cosa que mas presto rinda y allane las encastilladas torres de la vanidad de las hermosas, que la mesma vanidad puesta en las lenguas de la adulacion. En efecto él con toda diligencia minó la roca de su entereza con tales pertrechos, que aunque Camila fuera toda de bronce, viniera al suelo. Lloró, rogó, ofreció, aduló, porfió,

y

y fingió Lotario con tantos sentimientos, con muestras de tantas veras, que dió al traves con el recato de Camila, y vino á triunfar de lo que menos se pensaba, y mas deseaba. Rindióse Camila, Camila se rindió: pero qué mucho, si la amistad de Lotario no quedó en pie? Exemplo claro que nos muestra, que solo se vence la pasion amorosa con huirla, y que nadie se ha de poner á brazos con tan poderoso enemigo, porque es menester fuerzas divinas para vencer las suyas humanas. Solo supo Leonela la flaqueza de su Señora, porque no se la pudieron encubrir los dos malos amigos y nuevos amantes. No quiso Lotario decir á Camila la pretension de Anselmo, ni que él le habia dado lugar para llegar á aquel punto, porque no tuviese en menos su amor, y pensase que asi acaso y sin pensar, y no de proposito la habia solicitado. Volvió de alli á pocos dias Anselmo á su casa, y no echó de ver lo que faltaba en ella, que era lo que menos temia, y mas estimaba. Fuese luego á ver á Lotario, y hallóle en su casa: abrazaronse los dos, y el uno preguntó por las nuevas de su vida, ó de su muerte. Las nuevas que te podré dar, ó amigo Anselmo, dixo Lotario, son de que tienes una muger, que dignamente puede ser exemplo y corona de todas las mugeres buenas: las palabras que le he dicho, se las ha llevado el ayre, los ofrecimientos se han tenido en poco, las dadivas no se han admitido, de algunas lagrimas fingidas mias se ha hecho burla nota-

table. En resolucion, asi como Camila es cifra de toda belleza, es archivo donde asiste la honestidad, y vive el comedimiento y el recato, y todas las virtudes que pueden hacer loable y bien afortunada á una honrada muger. Vuelve á tomar tus dineros, amigo, que aqui los tengo sin haber tenido necesidad de tocar á ellos, que la entereza de Camila no se rinde á cosas tan baxas como son dadivas, ni promesas. Contentate, Anselmo, y no quieras hacer mas pruebas de las hechas: y pues á pie enxuto has pasado el mar de las dificultades y sospechas, que de las mugeres suelen y pueden tenerse, no quieras entrar de nuevo en el profundo pielago de nuevos inconvenientes, ni quieras hacer experiencia con otro piloto de la bondad y fortaleza del navio que el Cielo te dió en suerte, para que en él pases la mar de este mundo; sino haz cuenta que estás ya en seguro puerto, y aferrate con las ancoras de la buena consideracion, y dexate estar, hasta que te vengan á pedir la deuda, que no hay hidalguia humana que de pagarla se excuse. Contentisimo quedó Anselmo de las razones de Lotario, y asi se las creyó como si fueran dichas por algun Oraculo; pero con todo eso le rogó, que no dexase la empresa, aunque no fuese mas de por curiosidad y entretenimiento, aunque no se aprovechase de alli adelante de tan ahincadas diligencias como hasta entonces: y que solo queria que le escribiese algunos versos en su alabanza debaxo del nombre de Clori, porque él

le

le daria á entender á Camila, que andaba enamorado de una Dama, á quien le habia puesto aquel nombre, por poder celebrarla con el decoro que á su honestidad se le debia; y que quando Lotario no quisiera tomar trabajo de escribir los versos, que él los haria. No será menester eso, dixo Lotario, pues no me son tan enemigas las musas, que algunos ratos del año no me visiten: dile tú á Camila lo que has dicho del fingimiento de mis amores, que los versos yo los haré, si no tan buenos como el sugeto merece, serán por lo menos los mejores que yo pudiere. Quedaron de este acuerdo el impertinente y el traydor amigo, y vuelto Anselmo á su casa, preguntó á Camila lo que ella ya se maravillaba que no se lo hubiese preguntado: que fue, le dixese la ocasion por que le habia escrito el papel que le envió. Camila le respondió, que le habia parecido que Lotario la miraba un poco mas desenvueltamente que quando él estaba en casa; pero que ya estaba desengañada, y creía que habia sido imaginacion suya, porque ya Lotario huía de verla y de estar con ella á solas. Dixole Anselmo, que bien podia estar segura de aquella sospecha, porque él sabía que Lotario andaba enamorado de una doncella principal de la Ciudad, á quien él celebraba debaxo del nombre de Clori, y que aunque no lo estuviera, no habia que temer de la verdad de Lotario y de la mucha amistad de entrambos: y á no estar avisada Camila de Lotario, de que eran fingidos

aque-

aquellos amores de Clori, y que él se lo habia dicho á Anselmo, por poder ocuparse algunos ratos en las mismas alabanzas de Camila, ella sin duda cayera en la desesperada red de los zelos; mas por estar ya advertida, pasó aquel sobresalto sin pesadumbre. Otro dia, estando los tres sobre mesa, rogó Anselmo á Lotario, dixese alguna cosa de las que habia compuesto á su amada Clori, que pues Camila no la conocia, seguramente podia decir lo que quisiese. Aunque la conociera, respondió Lotario, no encubriera yo nada, porque quando algun amante loa á su Dama de hermosa, y la nota de cruel, ningun oprobrio hace á su buen credito; pero sea lo que fuere, lo que sé decir es, que ayer hice un Soneto á la ingratitud de esta Clori, que dice asi:

En el silencio de la noche, quando
Ocupa el dulce sueño á los mortales,
La pobre cuenta de mis ricos males
Estoy al Cielo y á mi Clori dando.
Y al tiempo, quando el Sol se va mostrando
Por las rosadas puertas orientales,
Con suspiros y acentos desiguales
Voy la antigua querella renovando.
Y quando el Sol de su estrellado asiento
Derechos rayos á la tierra envia,
El llanto crece, y doblo los gemidos.
Vuelve la noche, y vuelvo al triste cuento,
Y siempre hallo en mi mortal porfia
Al Cielo sordo, á Clori sin oidos.

Bien

Bien le pareció el Soneto á Camila, pero mejor á Anselmo, pues le alabó, y dixo que era demasiadamente cruel la Dama que á tan claras verdades no correspondia. Á lo que dixo Camila: Luego todo aquello que los Poetas enamorados dicen, es verdad? En quanto Poetas no la dicen, respondió Lotario, mas en quanto enamorados, siempre quedan tan cortos como verdaderos. No hay duda en eso, replicó Anselmo, todo por apoyar y acreditar los pensamientos de Lotario con Camila, tan descuidada del artificio de Anselmo, como ya enamorada de Lotario. Y asi con el gusto que de sus cosas tenia, y mas teniendo por entendido que sus deseos y escritos á ella se encaminaban, y que ella era la verdadera Clori, le rogó que si otro Soneto, ú otros versos sabía, los dixese. Sí sé, respondió Lotario; pero no creo que es tan bueno como el primero, ó por mejor decir, menos malo, y podreislo bien juzgar, pues es este:

Yo sé que muero, y si no soy creido,
Es mas cierto el morir, como es mas cierto
Verme á tus pies, ó bella ingrata, muerto,
Antes que de adorarte arrepentido.
Podré yo verme en la region de olvido,
De vida, y gloria, y de favor desierto,
Y alli verse podrá en mi pecho abierto,
Como tu rostro hermoso está esculpido.
Que esta reliquia guardo para el duro
Trance, que me amenaza mi porfia,

Que

Que en tu mismo rigor se fortalece.
Ay de aquel que navega, el cielo escuro,
Por mar no usado y peligrosa via,
Adonde norte, ó puerto no se ofrece!

Tambien alabó este segundo Soneto Anselmo, como habia hecho el primero, y de esta manera iba añadiendo eslabon á eslabon á la cadena con que se enlazaba y trababa su deshonra, pues quando mas Lotario le deshonraba, entonces le decia que estaba mas honrado: y con esto todos los escalones que Camila baxaba hácia el centro de su menosprecio, los subia en la opinion de su marido hácia la cumbre de la virtud y de su buena fama. Sucedió en esto, que hallandose una vez entre otras, sola Camila con su doncella, le dixo: Corrida estoy, amiga Leonela, de ver en quan poco he sabido estimarme, pues siquiera no hice que con el tiempo comprara Lotario la entera posesion que le di tan presto de mi voluntad. Temo que ha de desestimar mi presteza, ó ligereza, sin que eche de ver la fuerza que él me hizo para no poder resistirle. No te dé pena eso, Señora mia, respondió Leonela, que no está la monta, ni es causa para menguar la estimacion, darse lo que se da presto, si en efecto lo que se da es bueno, y ello por sí digno de estimarse: y aun suele decirse, que el que luego da, da dos veces. Tambien se suele decir, dixo Camila, que lo que cuesta poco se estima en menos. No corre por tí esa razon, respon-

pondió Leonela, porque el amor, segun he oido decir, unas veces vuela, y otras anda: con este corre, y con aquel va de espacio, á unos entibia, y á otros abrasa, á unos hiere, y á otros mata: en un mesmo punto comienza la carrera de sus deseos, y en aquel mesmo punto la acaba y concluye: por la mañana suele poner el cerco á una fortaleza, y á la noche la tiene rendida, porque no hay fuerza que la resista: y siendo asi, de qué te espantas, ó de qué temes, si lo mismo debe de haber acontecido á Lotario, habiendo tomado el amor por instrumento de rendiros la ausencia de mi Señor? Y era forzoso que en ella se concluyese lo que el amor tenia determinado, sin dar tiempo al tiempo, para que Anselmo le tuviese de volver, y con su presencia quedase imperfecta la obra, porque el amor no tiene otro mejor ministro para executar lo que desea, que es la ocasion: de la ocasion se sirve en todos sus hechos, principalmente en los principios. Todo esto sé yo muy bien mas de experiencia que de oidas, y algun dia te lo diré, Señora, que yo tambien soy de carne y de sangre, y moza: quanto mas, Señora Camila, que no te entregaste, ni diste tan luego, que primero no hubieses visto en los ojos, en los suspiros, en las razones, y en las promesas y dadivas de Lotario toda su alma, viendo en ella y en sus virtudes, quan digno era Lotario de ser amado. Pues si esto es asi, no te asalten la imaginacion esos escrupulosos y melindrosos

pen-

pensamientos, sino asegurate que Lotario te estima como tú le estimas á él, y vive con contento y satisfaccion de que ya que caiste en el lazo amoroso, es el que te aprieta de valor y de estima: y que no solo tiene las quatro SS que dicen que han de tener los buenos enamorados, sino todo un A. B. C. entero: sino, escuchame, y verás como te le digo de coro. Él es, segun yo veo y á mí me parece, agradecido, bueno, caballero, dadivoso, enamorado, firme, gallardo, honrado, ilustre, leal, mozo, noble, onesto, principal, quantioso, rico, y las SS que dicen; y luego tacito, verdadero: la X no le quadra, porque es letra aspera: la Y ya está dicha: la Z zelador de tu honra. Rióse Camila del A. B. C. de su doncella, y tuvola por mas platica en las cosas de amor que ella decia: y asi lo confesó ella, descubriendo á Camila, como trataba amores con un mancebo bien nacido de la mesma Ciudad: de lo qual se turbó Camila, temiendo que era aquel camino por donde su honra podia correr riesgo. Apuróla, si pasaban sus platicas á mas que serlo. Ella con poca vergüenza y mucha desenvoltura le respondió, que sí pasaban: porque ės cosa ya cierta, que los descuidos de las Señoras quitan la vergüenza á las criadas, las quales, quando ven á las amas echar traspies, no se les da nada á ellas de coxear, ni de que lo sepan. No pudo hacer otra cosa Camila, sino rogar á Leonela, no dixese nada de su hecho al que decia ser su amante, y que tra-

ta-

tase sus cosas con secreto; porque no viniesen á noticia de Anselmo, ni de Lotario. Leonela respondió, que asi lo haria, mas cumpliólo de manera que hizo cierto el temor de Camila, de que por ella habia de perder su credito; porque la deshonesta y atrevida Leonela, despues que vió que el proceder de su ama no era el que solia, atrevióse á entrar y poner dentro de casa á su amante, confiada que aunque su Señora le viese, no habia de osar descubrirle: que este daño acarrean entre otros los pecados de las Señoras, que se hacen esclavas de sus mesmas criadas, y se obligan á encubrirles sus deshonestidades y vilezas, como aconteció con Camila: que aunque vió una y muchas veces, que su Leonela estaba con su galan en un aposento de su casa, no solo no la osaba reñir, mas dabale lugar á que lo encerrase, y quitabale todos los estorbos para que no fuese visto de su marido; pero no los pudo quitar, que Lotario no le viese una vez salir al romper del alba: el qual sin conocer quien era, pensó primero que debia de ser alguna fantasma, mas quando le vió caminar, embozarse y encubrirse con cuidado y recato, cayó de su simple pensamiento, y dió en otro, que fuera la perdicion de todos, si Camila no lo remediara. Pensó Lotario, que aquel hombre que habia visto salir tan á deshora de casa de Anselmo, no habia entrado en ella por Leonela, ni aun se acordó si Leonela era en el mundo: solo creyó que Camila, de la misma manera que habia si_

do

do facil y ligera con él, lo era para otro; que estas añadiduras trae consigo la maldad de la muger mala, que pierde el credito de su honra con el mesmo á quien se entregó rogada y persuadida: y cree que con mayor facilidad se entrega á otros, y da infalible credito á qualquiera sospecha que de esto le venga. Y no parece sino que le faltó á Lotario en este punto todo su buen entendimiento, y se le fueron de la memoria todos sus advertidos discursos, pues sin hacer alguno que bueno fuese, ni aun razonable, sin mas ni mas, antes que Anselmo se levantase, impaciente y ciego de la zelosa rabia que las entrañas le roía, muriendo por vengarse de Camila, que en ninguna cosa le habia ofendido, se fue á Anselmo, y le dixo: Sabete, Anselmo, que ha muchos dias que he andado peleando conmigo mesmo, haciendome fuerza á no decirte lo que ya no es posible, ni justo, que mas te encubra: sabete, que la fortaleza de Camila está yá rendida y sujeta á todo aquello que yo quisiere hacer de ella, y si he tardado en descubrirte esta verdad, ha sido por ver si era algun liviano antojo suyo, ó si lo hacia por probarme, y ver si eran con proposito firme tratados los amores que con tu licencia con ella he comenzado: creí asimismo que ella, si fuera la que debia y la que entrambos pensabamos, ya te hubiera dado cuenta de mi solicitud; pero habiendo visto que se tarda, conozco que son verdaderas las promesas que me ha dado, de que quando

otra

otra vez hagas ausencia de tu casa, me hablará en la recamara donde está el repuesto de tus alhajas (y era la verdad que alli le solia hablar Camila): y no quiero que precipitadamente corras á hacer alguna venganza, pues no está aun cometido el pecado sino con pensamiento, y podria ser que desde este hasta el tiempo de ponerle por obra se mudase el de Camila, y naciese en su lugar el arrepentimiento: y asi ya que en todo, ó en parte has seguido siempre mis consejos, sigue y guarda uno que ahora te daré, para que sin engaño y con medroso advertimiento te satisfagas de aquello que mas vieres que te convenga. Finge que te ausentas por dos ó tres dias, como otras veces sueles, y haz de manera que te quedes escondido en tu recamara, pues los tapices que alli hay, y otras cosas con que te puedes encubrir, te ofrecen mucha comodidad, y entonces verás por tus mismos ojos y yo por los mios lo que Camila quiere: y si fuere la maldad, que se puede temer antes que esperar, con silencio, sagacidad y discrecion podrás ser el verdugo de tu agravio. Absorto, suspenso y admirado quedó Anselmo con las razones de Lotario, porque le cogieron en tiempo donde menos las esperaba oir, porque ya tenia á Camila por vencedora de los fingidos asaltos de Lotario, y comenzaba á gozar la gloria del vencimiento. Callando estuvo por un buen espacio, mirando al suelo sin mover pestaña, y al cabo dixo: Tú lo has hecho, Lotario, como yo esperaba de tu a-

mistad, en todo he de seguir tu consejo, haz lo que quisieres, y guarda aquel secreto que ves que conviene en caso tan no pensado. Prometióselo Lotario, y en apartandose de él, se arrepintió totalmente de quanto le habia dicho, viendo quan neciamente habia andado, pues pudiera él vengarse de Camila, y no por camino tan cruel y tan deshonrado. Maldecia su entendimiento, afeaba su ligera determinacion, y no sabía qué medio tomarse para deshacer lo hecho, ó para darle alguna razonable salida. Al fin acordó de dar cuenta de todo á Camila, y como no faltaba lugar para poderlo hacer, aquel mismo dia la halló sola, y ella asi como vió que le podia hablar, le dixo: Sabed, amigo Lotario, que tengo una pena en el corazon, que me le aprieta de suerte, que parece que quiere reventar en el pecho, y ha de ser maravilla si no lo hace, pues ha llegado la desvergüenza de Leonela á tanto, que cada noche encierra á un galan suyo en esta casa, y se está con él hasta el dia, tan á costa de mi credito, quanto le quedará campo abierto de juzgarlo al que le viere salir á horas tan inusitadas de mi casa: y lo que me fatiga es, que no la puedo castigar, ni reñir, que el ser ella secretario de nuestros tratos me ha puesto un freno en la boca para callar los suyos, y temo que de aqui ha de nacer algun mal suceso. Al principio que Camila esto decia, creyó Lotario que era artificio para desmentirle que el hombre que habia visto salir era de Leonela,

y

y no suyo; pero viendola llorar y afligirse y pedirle remedio, vino á creer la verdad, y en creyendola, acabó de estar confuso y arrepentido del todo; pero con todo esto respondió á Camila, que no tuviese pena, que él ordenaria remedio para atajar la insolencia de Leonela: dixole asimismo lo que instigado de la furiosa rabia de los zelos habia dicho á Anselmo, y como estaba concertado de esconderse en la recamara, para ver desde alli á la clara la poca lealtad que ella le guardaba: pidióle perdon de esta locura, y consejo para poder remediarla y salir bien de tan revuelto laberinto, como su mal discurso le habia puesto. Espantada quedó Camila de oir lo que Lotario le decia, y con mucho enojo y muy discretas razones le riñó y afeó su mal pensamiento, y la simple y mala determinacion que habia tenido; pero como naturalmente tiene la muger ingenio presto para el bien y para el mal, mas que el varon, puesto que le va faltando, quando de proposito se pone á hacer discursos, luego al instante halló Camila el modo de remediar tan al parecer irremediable negocio, y dixo á Lotario, que procurase que otro dia se escondiese Anselmo donde decia, porque ella pensaba sacar de su escondimiento comodidad, para que desde alli en adelante los dos se gozasen sin sobresalto alguno: y sin declararle del todo su pensamiento, le advirtió que tuviese cuidado, que en estando Anselmo escondido, él viniese quando Leonela le llamase, y que á quanto ella

le dixese, le respondiese como respondiera, aunque no supiera que Anselmo le escuchaba. Porfió Lotario, que le acabase de declarar su intencion, porque con mas seguridad y aviso guardase todo lo que viese ser necesario. Digo, dixo Camila, que no hay mas que guardar, sino fuere responderme como yo os preguntare: no queriendo Camila darle antes cuenta de lo que pensaba hacer, temerosa que no quisiese seguir el parecer que á ella tan bueno le parecia, y siguiese, ó buscase otros que no podrian ser tan buenos. Con esto se fue Lotario, y Anselmo otro dia con la excusa de ir á aquella aldea de su amigo, se partió y volvió á esconderse, que lo pudo hacer con comodidad, porque de industria se la dieron Camila y Leonela. Escondido pues Anselmo con aquel sobresalto que se puede imaginar que tendria el que esperaba ver por sus ojos hacer anatomia de las entrañas de su honra, ibase á pique de perder el sumo bien, que él pensaba que tenia en su querida Camila. Seguras ya y ciertas Camila y Leonela, que Anselmo estaba escondido, entraron en la recamara, y apenas hubo puesto los pies en ella Camila, quando dando un grande suspiro, dixo: Ay Leonela amiga! no sería mejor que antes que llegase á poner en execucion lo que no quiero que sepas, porque no procures estorbarlo, que tomases la daga de Anselmo que te he pedido, y pasases con ella este infame pecho mio? Pero no hagas tal, que no será razon que yo lleve la

pe-

pena de la agena culpa. Primero quiero saber, qué es lo que vieron en mí los atrevidos y deshonestos ojos de Lotario, que fuese causa de darle atrevimiento á descubrirme un tan mal deseo, como es el que me ha descubierto en desprecio de su amigo y en deshonra mia. Ponte, Leonela, á esa ventana, y llamale, que sin duda alguna él debe de estar en la calle, esperando poner en efecto su mala intencion; pero primero se pondrá la cruel quanto honrada mia. Ay Señora mia! respondió la sagaz y advertida Leonela, y qué es lo que quieres hacer con esta daga? quieres por ventura quitarte la vida, ó quitarsela á Lotario? que qualquiera de estas cosas que quieras, ha de redundar en perdida de tu credito y fama. Mejor es que disimules tu agravio, y no des lugar á que este mal hombre entre ahora en esta casa, y nos halle solas: mira, Señora, que somos flacas mugeres, y él es hombre y determinado, y como viene con aquel mal proposito, ciego y apasionado, quizá antes que tú pongas en execucion el tuyo, hará él lo que te estaria mas mal que quitarte la vida. Mal haya mi Señor Anselmo, que tanta mano ha querido dar á este desuella caras en su casa: y ya, Señora, que le mates, como yo pienso que quieres hacer, qué hemos de hacer de él despues de muerto? Qué, amiga? respondió Camila: dexarémosle para que Anselmo le entierre, pues será justo que tenga por descargo el trabajo que tomare en poner debaxo de la tierra su misma in-

infamia. Llamale, acaba, que todo el tiempo que tardo en tomar la debida venganza de mi agravio, parece que ofendo á la lealtad que á mi esposo debo. Todo esto escuchaba Anselmo, y á cada palabra que Camila decia, se le mudaban los pensamientos; mas quando entendió que estaba resuelta en matar á Lotario, quiso salir y descubrirse, porque tal cosa no se hiciese; pero detuvole el deseo de ver en qué paraba tan gallarda y honesta resolucion, con proposito de salir á tiempo que la estorbase. Tomóle en esto á Camila un fuerte desmayo, y arrojandose encima de una cama que alli estaba, comenzó Leonela á llorar muy amargamente y á decir: Ay desdichada de mí, si fuese tan sin ventura que se me muriese aqui entre mis brazos la flor de la honestidad del mundo, la corona de las buenas mugeres, el exemplo de la castidad! con otras cosas á estas semejantes, que ninguno la escuchara, que no la tuviera por la mas lastimada y leal doncella del mundo, y á su Señora por otra nueva y perseguida Penelope. Poco tardó en volver de su desmayo Camila, y al volver en sí, dixo: Por qué no vas, Leonela, á llamar al mas desleal amigo de amigo que vió el Sol, ó cubrió la noche? Acaba, corre, aguija, camina, no se desfogue con la tardanza el fuego de la colera que tengo, y se pase en amenazas y maldiciones la justa venganza que espero. Ya voy á llamarle, Señora mia, dixo Leonela, mas hasme de dar primero esa daga, porque

no

no hagas cosa en tanto que falto, que dexes con ella que llorar toda la vida á todos los que bien te quieren. Ve segura, Leonela amiga, que no haré, respondió Camila, porque ya que sea atrevida y simple á tu parecer en volver por mi honra, no lo he de ser tanto como aquella Lucrecia, de quien dicen que se mató sin haber cometido error alguno, y sin haber muerto primero á quien tuvo la culpa de su desgracia: yo moriré, si muero, pero ha de ser vengada y satisfecha del que me ha dado ocasion de venir á este lugar á llorar sus atrevimientos, nacidos tan sin culpa mia. Mucho se hizo de rogar Leonela antes que saliese á llamar á Lotario; pero en fin salió, y entre tanto que volvia, quedó Camila diciendo, como que hablaba consigo misma: Valame Dios, no fuera mas acertado haber despedido á Lotario, como otras muchas veces lo he hecho, que no ponerle en condicion, como ya le he puesto, que me tenga por deshonesta y mala, siquiera este tiempo que he de tardar en desengañarle? Mejor fuera sin duda, pero no quedara yo vengada, ni la honra de mi marido satisfecha, si tan á manos lavadas y tan á paso llano se volviera á salir de donde sus malos pensamientos le entraron: pague el traydor con la vida, lo que intentó con tan lascivo deseo: sepa el mundo (si acaso llegare á saberlo) de que Camila no solo guardó la lealtad á su esposo, sino que le dió venganza del que se atrevió á ofenderle. Mas con todo creo que fuera me-

mejor dar cuenta de esto á Anselmo ; pero ya se la apunté en la carta que le escribí á la aldea, y creo que el no acudir él al remedio del daño que allí le señalé, debió de ser, que de puro bueno y confiado, no quiso, ni pudo creer, que en el pecho de su tan firme amigo pudiese caber genero de pensamiento que contra su honra fuese, ni aun yo lo creí despues por muchos dias, ni lo creyera jamas, si su insolencia no llegara á tanto que las manifiestas dadivas y las largas promesas, y las continuas lagrimas no me lo manifestaran. Mas para qué hago yo ahora estos discursos? tiene por ventura una resolucion gallarda necesidad de consejo alguno? no por cierto. Afuera pues traydor, aqui venganzas: entre el falso, venga, llegue, muera, acabe, y suceda lo que sucediere. Limpia entré en poder del que el Cielo me dió por mio, y limpia he de salir de él, y quando mucho saldré bañada en mi casta sangre y en la impura del mas falso amigo que vió la amistad en el mundo : y diciendo esto se paseaba por la sala con la daga desenvaynada, dando tan desconcertados y desaforados pasos, y haciendo tales ademanes, que no parecia sino que le faltaba el juicio y que no era muger delicada, sino un rufian desesperado. Todo lo miraba Anselmo cubierto detras de unos tapices donde se habia escondido, y de todo se admiraba, y ya le parecia que lo que habia visto y oido, era bastante satisfaccion para mayores sospechas : y ya quisiera que la prueba de venir

Lo-

Lotario faltara, temeroso de algun mal repentino suceso: y estando ya para manifestarse, y salir para abrazar y desengañar á su esposa, se detuvo, porque vió que Leonela volvia con Lotario de la mano, y asi como Camila le vió, haciendo con la daga en el suelo una grande raya delante de ella, le dixo: Lotario, advierte lo que te digo, si á dicha te atrevieres á pasar de esta raya que ves, ni aun llegar á ella, en el punto que viere que lo intentas, en ese mismo me pasaré el pecho con esta daga que en las manos tengo: y antes que á esto me respondas palabra, quiero que otras algunas me escuches, que despues responderás lo que mas te agradare. Lo primero quiero, Lotario, que me digas, si conoces á Anselmo mi marido, y en qué opinion le tienes; y lo segundo, quiero saber tambien, si me conoces á mí. Respondeme á esto, y no te turbes, ni pienses mucho lo que has de responder; pues no son dificultades las que te pregunto. No era tan ignorante Lotario, que desde el primer punto que Camila le dixo que hiciese esconder á Anselmo, no hubiese dado en la cuenta de lo que ella pensaba hacer, y asi correspondió con su intencion tan discretamente y tan á tiempo, que hicieran los dos pasar aquella mentira por mas que cierta verdad, y asi respondió á Camila de esta manera: No pensé yo, hermosa Camila, que me llamabas para preguntarme cosas tan fuera de la intencion con que yo aqui vengo: si lo haces por dilatarme la prometida

mer-

merced, desde mas lejos pudieras entretenerla, porque tanto mas fatiga el bien deseado, quanto la esperanza está mas cerca de poseerlo; pero porque no digas que no respondo á tus preguntas, digo que conozco á tu esposo Anselmo, y nos conocemos los dos desde nuestros mas tiernos años, y no quiero decir lo que tú tan bien sabes de nuestra amistad, por no hacerme testigo del agravio que el amor hace que le haga, poderosa disculpa de mayores yerros. Á tí te conozco y tengo en la misma posesion que él te tiene, que á no ser asi, por menos prendas que las tuyas, no habia yo de ir contra lo que debo á ser quien soy, y contra las santas leyes de la verdadera amistad, ahora por tan poderoso enemigo como el amor por mí rompidas y violadas. Si eso confiesas, respondió Camila, enemigo mortal de todo aquello que justamente merece ser amado, con qué rostro osas parecer ante quien sabes, que es el espejo donde se mira aquel en quien tú te debieras mirar, para que vieras con quan poca ocasion le agravias? Pero ya caygo, ay desdichada de mí! en la cuenta de quien te ha hecho tener tan poca con lo que á tí mismo debes, que debe de haber sido alguna desenvoltura mia, que no quiero llamarla deshonestidad, pues no habrá procedido de deliberada determinacion, sino de algun descuido de los que las mugeres, que piensan que no tienen de quien recatarse, suelen hacer inadvertidamente. Si no dime, quándo, ó traydor, respondí á tus ruegos

gos con alguna palabra, ó señal, que pudiese despertar en tí alguna sombra de esperanza de cumplir tus infames deseos? quándo tus amorosas palabras no fueron deshechas y reprehendidas de las mias con rigor y con aspereza? quándo tus muchas promesas y mayores dadívas fueron de mí creidas, ni admitidas? Pero por parecerme que alguno no puede perseverar en el intento amoroso luengo tiempo, si no es sustentado de alguna esperanza, quiero atribuirme á mí la culpa de tu impertinencia, pues sin duda algun descuido mio ha sustentado tanto tiempo tu cuidado, y asi quiero castigarme y darme la pena que tu culpa merece: y porque vieses, que siendo conmigo tan inhumana, no era posible dexar de serlo contigo, quise traerte á ser testigo del sacrificio, que pienso hacer á la ofendida honra de mi tan honrado marido, agraviado de tí con el mayor cuidado que te ha sido posible, y de mí tambien con el poco recato que he tenido del huir la ocasion, si alguna te di para favorecer y canonizar tus malas intenciones. Torno á decir, que la sospecha que tengo, que algun descuido mio engendró en tí tan desvariados pensamientos, es la que mas me fatiga y la que yo mas deseo castigar con mis propias manos, porque castigandome otro verdugo, quizá sería mas publica mi culpa; pero antes que esto haga, quiero matar muriendo, y llevar conmigo quien me acabe de satisfacer el deseo de la venganza que espero y tengo, viendo allá donde quiera que

fue-

fuere, la pena que da la justicia desinteresada, y que no se dobla, al que en terminos tan desesperados me ha puesto. Y diciendo estas razones, con una increible fuerza y ligereza arremetió á Lotario con la daga desenvaynada, con tales muestras de querer enclavarsela en el pecho, que casi él estuvo en duda, si aquellas demostraciones eran falsas, ó verdaderas, porque le fue forzoso valerse de su industria y de su fuerza, para estorbar que Camila no le diese: la qual tan vivamente fingia aquel extraño embuste y falsedad, que por darle color de verdad, la quiso matizar con su misma sangre, porque viendo que no podia herir á Lotario, ó fingiendo que no podia, dixo: Pues la suerte no quiere satisfacer del todo mi tan justo deseo, á lo menos no será tan poderosa, que en parte me quite que no le satisfaga: y haciendo fuerza para soltar la mano de la daga que Lotario la tenia asida, la sacó, y guiando su punta por parte que pudiese herir no profundamente, se la entró y escondió por mas arriba de la islilla del lado izquierdo junto al hombro, y luego se dexó caer en el suelo como desmayada. Estaban Leonela y Lotario suspensos y atonitos de tal suceso, y todavia dudaban de la verdad de aquel hecho, viendo á Camila tendida en tierra y bañada en su sangre. Acudió Lotario con mucha presteza, despavorido y sin aliento á sacar la daga, y en ver la pequeña herida salió del temor que hasta entonces tenia, y de nuevo se admiró de la sagacidad,

pru-

prudencia y mucha discrecion de la hermosa Camila: y por acudir con lo que á él le tocaba, comenzó á hacer una larga y triste lamentacion sobre el cuerpo de Camila, como si estuviera difunta, echandose muchas maldiciones, no solo á él, sino al que habia sido causa de haberle puesto en aquel termino: y como sabía que le escuchaba su amigo Anselmo, decia cosas, que el que le oyera, le tuviera mucha mas lastima que á Camila, aunque por muerta la juzgara. Leonela la tomó en brazos y la puso en el lecho, suplicando á Lotario fuese á buscar quien secretamente á Camila curase: pediale asimismo consejo y parecer de lo que dirian á Anselmo de aquella herida de su Señora, si acaso viniese antes que estuviese sana. Él respondió, que dixesen lo que quisiesen, que él no estaba para dar consejo que de provecho fuese, solo le dixo, que procurase tomarle la sangre, porque él se iba adonde gentes no le viesen: y con muestras de mucho dolor y sentimiento se salió de casa, y quando se vió solo y en parte donde nadie le veía, no cesaba de hacerse cruces, maravillandose de la industria de Camila, y de los ademanes tan propios de Leonela. Consideraba quan enterado habia de quedar Anselmo de que tenia por muger á una segunda Porcia, y deseaba verse con él para celebrar los dos la mentira, y la verdad mas disimulada que jamas pudiera imaginarse. Leonela tomó, como se ha dicho, la sangre á su Señora, que no era mas de aquello que bastó pa-

para acreditar su embuste, y lavando con un poco de vino la herida, se la ató lo mejor que supo, diciendo tales razones en tanto que la curaba, que aunque no hubieran precedido otras, bastaran á hacer creer á Anselmo, que tenia en Camila un simulacro de la honestidad. Juntaronse á las palabras de Leonela otras de Camila, llamandose cobarde y de poco animo, pues le habia faltado al tiempo que fuera mas necesario tenerle, para quitarse la vida que tan aborrecida tenia. Pedia consejo á su doncella, si diria, ó no todo aquel suceso á su querido esposo, la qual le dixo que no se lo dixese, porque le pondria en obligacion de vengarse de Lotario, lo qual no podria ser sin mucho riesgo suyo, y que la buena muger estaba obligada á no dar ocasion á su marido á que riñese, sino á quitarle todas aquellas que le fuese posible. Respondió Camila, que le parecia muy bien su parecer, y que ella le seguiria; pero que en todo caso convenia buscar que decir á Anselmo de la causa de aquella herida, que él no podria dexar de ver: á lo que Leonela respondia, que ella, ni aun burlando, no sabía mentir. Pues yo, hermana, replicó Camila, qué tengo de saber? que no me atreveré á forjar, ni sustentar una mentira, si me fuese en ello la vida. Y si es que no hemos de saber dar salida á esto, mejor será decirle la verdad desnuda, que no que nos alcance en mentirosa cuenta. No tengas pena, Señora: de aqui á mañana, respondió Leonela, yo pensaré qué le diga-

gamos, y quizá, por ser la herida donde es, se podrá encubrir sin que él la vea, y el Cielo será servido de favorecer á nuestros tan justos y tan honrados pensamientos. Sosiegate, Señora mia, y procura sosegar tu alteracion, porque mi Señor no te halle sobresaltada: y lo demas dexalo á mi cargo y al de Dios, que siempre acude á los buenos deseos. Atentisimo habia estado Anselmo á escuchar y á ver representar la tragedia de la muerte de su honra: la qual con tan extraños y eficaces afectos la representaron los personages de ella, que pareció que se habian transformado en la misma verdad de lo que fingian. Deseaba mucho la noche, y el tener lugar para salir de su casa, é ir á verse con su buen amigo Lotario, congratulandose con él de la margarita preciosa que habia hallado en el desengaño de la bondad de su esposa. Tuvieron cuidado las dos de darle lugar y comodidad á que saliese, y él sin perderla salió, y luego fue á buscar á Lotario, el qual hallado, no se puede buenamente contar los abrazos que le dió, las cosas que de su contento le dixo, y las alabanzas que dió á Camila: todo lo qual escuchó Lotario sin poder dar muestras de alguna alegria, porque se le representaba á la memoria quan engañado estaba su amigo, y quan injustamente él le agraviaba: y aunque Anselmo veía que Lotario no se alegraba, creía ya ser la causa por haber dexado á Camila herida y haber él sido la causa, y asi entre otras razones le dixo, que no tuvie-

se

se pena del suceso de Camila, porque sin duda la herida era ligera, pues quedaban de concierto de encubrirsela á él, y que segun esto no habia de que temer, sino que de alli adelante se gozase y alegrase con él, pues por su industria y medio él se veía levantado á la mas alta felicidad que acertara desearse, y queria que no fuesen otros sus entretenimientos, que en hacer versos en alabanza de Camila, que la hiciesen eterna en la memoria de los siglos venideros. Lotario alabó su buena determinacion, y dixo que él por su parte ayudaria á levantar tan ilustre edificio. Con esto quedó Anselmo el hombre mas sabrosamente engañado que pudo haber en el mundo: él mismo llevaba por la mano á su casa, creyendo que llevaba el instrumento de su gloria, toda la perdicion de su fama: recibiale Camila con rostro al parecer torcido, aunque con alma risueña. Duró este engaño algunos dias, hasta que al cabo de pocos meses volvió fortuna su rueda, y salió á plaza la maldad con tanto artificio hasta alli cubierta, y á Anselmo le costó la vida su impertinente curiosidad.

Sucedió pues, que por la satisfaccion que Anselmo tenia de la bondad de Camila, vivia una vida contenta y descuidada, y Camila de industria hacia mal rostro á Lotario, porque Anselmo entendiese al reves de la voluntad que le tenia, y para mas confirmacion de su hecho pidió licencia Lotario para no venir á su casa, pues claramente se mostraba la pesadumbre que

con

con su vista Camila recibia; mas el engañado Anselmo le dixo, que en ninguna manera tal hiciese: y de esta manera por mil maneras era Anselmo el fabricador de su deshonra, creyendo que lo era de su gusto. En esto el que tenia Leonela de verse calificada en sus amores, llegó á tanto, que sin mirar á otra cosa, se iba tras él á rienda suelta, fiada en que su Señora le encubria, y aun la advertia del modo que con poco rezelo pudiese ponerle en execucion. En fin una noche sintió Anselmo pasos en el aposento de Leonela, y queriendo entrar á ver quien los daba, sintió que le detenian la puerta: cosa que le puso mas voluntad de abrirla, y tanta fuerza hizo que la abrió, y entró dentro á tiempo que vió, que un hombre saltaba por la ventana á la calle: y acudiendo con presteza á alcanzarle, ó conocerle, no pudo conseguir lo uno ni lo otro, porque Leonela se abrazó con él, diciendole: Sosiegate, Señor mio, y no te alborotes, ni sigas al que de aqui saltó: es cosa mia, y tanto que es mi esposo. No lo quiso creer Anselmo, antes ciego de enojo sacó la daga, y quiso herir á Leonela, diciendole que le dixese la verdad, si no que la mataria. Ella con el miedo, sin saber lo que se decia, le dixo: No me mates, Señor, que yo te diré cosas de mas importancia de las que puedes imaginar. Dilas luego, dixo Anselmo, si no muerta eres. Por ahora será imposible, dixo Leonela, segun estoy de turbada, dexame hasta mañana, que entonces sabrás de mí lo que te ha

de admirar: está seguro, que el que saltó por esta ventana, es un mancebo de esta Ciudad que me ha dado la mano de ser mi esposo. Sosegóse con esto Anselmo, y quiso aguardar el termino que se le pedia, porque no pensaba oir cosa que contra Camila fuese, por estar de su bondad tan satisfecho y seguro, y asi se salió del aposento, y dexó encerrada en él á Leonela, diciendole que de alli no saldria hasta que le dixese lo que tenia que decirle. Fue luego á ver á Camila y á decirle, como le dixo, todo aquello que con su doncella le habia pasado, y la palabra que le habia dado de decirle grandes cosas y de importancia. Si se turbó Camila, ó no, no hay para que decirlo, porque fue tanto el temor y espanto que cobró, creyendo verdaderamente (y era de creer) que Leonela habia de decir á Anselmo todo lo que sabía de su poca fe, que no tuvo animo para esperar si su sospecha salia falsa, ó no, y aquella mesma noche, quando le pareció que Anselmo dormia, juntó las mejores joyas que tenia y algunos dineros, y sin ser de nadie sentida, salió de casa, y se fue á la de Lotario, á quien contó lo que pasaba, y le pidió que la pusiese en cobro, ó que se ausentasen los dos donde de Anselmo pudiesen estar seguros. La confusion en que Camila puso á Lotario, fue tal, que no le sabía responder palabra, ni menos sabía resolverse en lo que haria. En fin acordó de llevar á Camila á un Monasterio en quien era Priora una su hermana. Consintió Camila en ello,

y

y con la presteza que el caso pedia, la llevó Lotario y la dexó en el Monasterio, y él asimismo se ausentó luego de la Ciudad, sin dar parte á nadie de su ausencia. Quando amaneció, sin echar de ver Anselmo que Camila faltaba de su lado, con el deseo que tenia de saber lo que Leonela queria decirle, se levantó, y fue adonde la habia dexado encerrada. Abrió y entró en el aposento, pero no halló en él á Leonela, solo halló puestas unas sabanas añudadas á la ventana, indicio y señal, que por alli se habia descolgado é ido. Volvió luego muy triste á decirselo á Camila, y no hallandola en la cama, ni en toda la casa, quedó asombrado. Preguntó á los criados de casa por ella, pero nadie le supo dar razon de lo que pedia. Acertó acaso, andando á buscar á Camila, que vió sus cofres abiertos y que de ellos faltaban las mas de sus joyas, y con esto acabó de caer en la cuenta de su desgracia, y en que no era Leonela la causa de su desventura: y asi como estaba, sin acabarse de vestir, triste y pensativo, fue á dar cuenta de su desdicha á su amigo Lotario; mas quando no le halló, y sus criados le dixeron que aquella noche habia faltado de casa, y habia llevado consigo todos los dineros que tenia, pensó perder el juicio: y para acabar de concluir con todo, volviendose á su casa, no halló en ella ninguno de quantos criados, ni criadas tenia, sino la casa desierta y sola. No sabía qué pensar, qué decir, ni qué hacer, y poco á poco se le iba volviendo

el juicio. Contemplabase y mirabase en un instante sin muger, sin amigo y sin criados, desamparado á su parecer del Cielo que le cubria, y sobre todo sin honra, porque en la falta de Camila vió su perdicion. Resolvióse en fin, á cabo de una gran pieza, de irse á la aldea de su amigo, donde habia estado quando dió lugar á que se maquinase toda aquella desventura. Cerró las puertas de su casa, subió á caballo, y con desmayado aliento se puso en camino: y apenas hubo andado la mitad, quando acosado de sus pensamientos, le fue forzoso apearse y arrendar su caballo á un arbol, á cuyo tronco se dexó caer dando tiernos y dolorosos suspiros, y alli se estuvo hasta que casi anochecia, y á aquella hora vió que venia un hombre á caballo de la Ciudad, y despues de haberle saludado, le preguntó qué nuevas habia en Florencia. El Ciudadano respondió: Las mas extrañas que muchos dias ha se han oido en ella, porque se dice publicamente que Lotario, aquel grande amigo de Anselmo el rico, que vivia á San Juan, se llevó esta noche á Camila muger de Anselmo, el qual tampoco parece. Todo esto ha dicho una criada de Camila, que anoche la halló el Gobernador descolgandose con una sabana por las ventanas de la casa de Anselmo. En efecto no sé puntualmente cómo pasó el negocio, solo sé que toda la Ciudad está admirada de este suceso, porque no se podia esperar tal hecho de la mucha y familiar amistad de los dos, que dicen que era tanta,

que

que los llamaban los dos amigos. Sabese por ventura, dixo Anselmo, el camino que llevan Lotario y Camila? Ni por pienso, dixo el Ciudadano, puesto que el Gobernador ha usado de mucha diligencia en buscarlos. Á Dios vais, Señor, dixo Anselmo. Con él quedeis, respondió el Ciudadano, y fuese. Con tan desdichadas nuevas casi casi llegó á terminos Anselmo no solo de perder el juicio, sino de acabar la vida. Levantóse como pudo, y llegó á casa de su amigo, que aun no sabía su desgracia; mas como le vió llegar amarillo, consumido y seco, entendió que de algun grave mal venia fatigado. Pidió luego Anselmo que le acostasen, y que le diesen aderezo de escribir. Hizose asi, y dexaronle acostado y solo, porque él asi lo quiso, y aun que le cerrasen las puertas. Viendose pues solo, comenzó á cargar tanto la imaginacion de su desventura, que claramente conoció que se le iba acabando la vida, y asi ordenó de dexar noticia de la causa de su extraña muerte: y comenzando á escribir, antes que acabase de poner todo lo que queria, le faltó el aliento, y dexó la vida en las manos del dolor que le causó su curiosidad impertinente. Viendo el Señor de casa que era ya tarde, y que Anselmo no llamaba, acordó de entrar á saber si pasaba adelante su indisposicion, y hallóle tendido boca abaxo, la mitad del cuerpo en la cama y la otra mitad sobre el bufete, sobre el qual estaba con el papel escrito y abierto, y él tenia aun la pluma en la mano.

Lle-

Llegóse el huesped á él, habiendole llamado primero, y trabandole por la mano, viendo que no le respondia, y hallandole frio, vió que estaba muerto. Admiróse y congojóse en gran manera, y llamó á la gente de casa para que viesen la desgracia á Anselmo sucedida: y finalmente leyó el papel, que conoció que de su mesma mano estaba escrito, el qual contenia estas razones:

Un necio é impertinente deseo me quitó la vida. Si las nuevas de mi muerte llegaren á los oidos de Camila, sepa que yo la perdono, porque no estaba ella obligada á hacer milagros, ni yo tenia necesidad de querer que ella los hiciese: y pues yo fui el fabricador de mi deshonra, no hay para que....

Hasta aqui escribió Anselmo, por donde se echó de ver, que en aquel punto, sin poder acabar la razon, se le acabó la vida. Otro dia dió aviso su amigo á los parientes de Anselmo de su muerte, los quales ya sabian su desgracia, y el Monasterio donde Camila estaba casi en el termino de acompañar á su esposo en aquel forzoso viage, no por las nuevas del muerto esposo, mas por las que supo del ausente amigo. Dicese, que aunque se vió viuda, no quiso salir del Monasterio, ni menos hacer profesion de Monja, hasta que no de alli á muchos dias le vinieron nuevas que Lotario habia muerto en una batalla que en aquel tiempo dió Monsieur de Lautrec al gran Capitan Gonzalo Fernandez de Cordo-

doba en el Reyno de Napoles, donde habia ido á parar el tarde arrepentido amigo: lo qual sabido por Camila, hizo profesion, y acabó en breves dias la vida á las rigurosas manos de tristezas y melancolias. Este fue el fin que tuvieron todos, nacido de un tan desatinado principio.

El



El Casamiento Engañoso.

Salia del hospital de la Resurreccion que está en Valladolid fuera de la puerta del Campo, un Soldado que por servirle su espada de baculo, y por la flaqueza de sus piernas, y amarillez de su rostro mostraba bien claro que, aunque no era el tiempo muy caloroso, debia de haber sudado en veinte dias todo el humor que quizá grangeó en una hora: iba haciendo pinitos, y dando traspies como convaleciente; y al entrar por la puerta de la Ciudad vió que hácia él venia un su amigo á quien no habia visto en mas de seis meses, el qual santiguandose como si viera alguna mala vision, llegandose á él le dixo: Qué es esto Señor Alferez Campuzano? es posible que está Vmd. en esta tierra? Como quien soy, que le hacia en Flandes, antes terciando allá la pica, que arrastrando aqui la espada: qué color, qué flaqueza es esta? Á lo qual respondió Campuzano: Á lo si estoy en esta tierra, ó no, Señor Licenciado Peralta, el verme en ella le responde: á las demas preguntas no tengo que decir, sino que salgo de aquel hospital de sudar catorce cargas de bubas, que me echó á cuestas una



To. 11. P. 312.



una muger que escogí por mia, que no debiera. Luego casóse Vmd.? replícó Peralta. Sí, Señor, respondió Campuzano. Sería por amores, dixo Peralta, y tales casamientos traen consigo aparejada la execucion del arrepentimiento. No sabré decir si fue por amores, respondió el Alferez, aunque sabré afirmar que fue por dolores, pues de mi casamiento ó cansamiento saqué tantos en el cuerpo, y en el alma, que los del cuerpo para entretenerlos me cuestan quarenta sudores, y los del alma no hallo remedio para aliviarlos siquiera; pero porque no estoy para tener largas platicas en la calle, Vmd. me perdone, que otro dia con mas comodidad le daré cuenta de mis sucesos, que son los mas nuevos y peregrinos que Vmd. habrá oido en todos los dias de su vida. No ha de ser asi, dixo el Licenciado, sino que quiero que venga conmigo á mi posada, y alli haremos penitencia juntos, que la olla es muy de enfermo, y aunque está tasada para dos, un pastel suplirá con mi criado, y si la convalecencia lo permite, unas lonjas de jamon de Rute nos harán la salva, y sobre todo la buena voluntad con que la ofrezco, no solo esta vez, sino todas las que Vmd. quisiere. Agradecióselo Campuzano, y aceptó el convite y los ofrecimientos. Fueron á San Lorente, oyeron Misa, llevóle Peralta á su casa, dióle lo prometido, y ofreciósele de nuevo, y pidióle en acabando de comer le contase los sucesos que tanto le habia encarecido. No se hizo de rogar Campuzano, antes comen-

menzó á decir de esta manera : Bien se acordará Vmd. Señor Licenciado Peralta, como yo hacia en esta Ciudad camarada con el Capitan Pedro de Herrera , que ahora está en Flandes. Bien me acuerdo, respondió Peralta. Pues un dia, prosiguió Campuzano , que acababamos de comer en aquella posada de la Solana donde viviamos, entraron dos mugeres de gentil parecer con dos criadas : la una se puso á hablar con el Capitan en pie , arrimados á una ventana ; y la otra se sentó en una silla junto á mí , derribado el manto hasta la barba , sin dexar ver el rostro mas de aquello que concedia la raridad del manto: y aunque le supliqué por cortesia me hiciese merced de descubrirse , no fue posible acabarlo con ella , cosa que me encendió mas el deseo de verla ; y para acrecentarle mas , ó ya fuese de industria , ó acaso sacó la Señora una muy blanca mano , con muy buenas sortijas. Estaba yo entonces bizarrisimo, con aquella gran cadena que Vmd. debió de conocerme, el sombrero con plumas y cintillo , el vestido de colores á fuer de Soldado , y tan gallardo á los ojos de mi locura, que me daba á entender que las podia matar en el ayre. Con todo esto le rogué que se descubriese : á lo que ella me respondió : No seais importuno , casa tengo , haced á un page que me siga , que aunque soy mas honrada de lo que promete esta respuesta, todavia á trueque de ver si responde vuestra discrecion á vuestra gallardia, holgaré de que me veais mas despacio. Beséle las

ma-

manos por la grande merced que me hacia, en pago de la qual le prometí montes de oro. Acabó el Capitan su platica: ellas se fueron: siguiólas un criado mio. Dixome el Capitan que lo que la dama le queria, era que le llevase unas cartas á Flandes á otro Capitan que decia ser su primo, aunque él sabía que no era sino su galan. Yo quedé abrasado con las manos de nieve que habia visto, y muerto por el rostro que deseaba ver; y asi otro dia, guiandome mi criado, dióseme libre entrada: hallé una casa muy bien aderezada, y una muger de hasta treinta años, á quien conocí por las manos: no era hermosa en extremo, pero eralo de suerte, que podia enamorar comunicada, porque tenia un tono de habla tan suave, que se entraba por los oidos en el alma. Pasé con ella luengos y amorosos coloquios: blasoné, hendí, rajé, ofrecí, prometí, y hice todas las demostraciones que me pareció ser necesarias para hacerme bien quisto con ella; pero como ella estaba hecha á oir semejantes ofrecimientos y razones, parecia que les daba atento oido, antes que credito alguno. Finalmente nuestra platica se pasó en flores quatro dias que continué en visitarla, sin que llegase á coger el fruto que deseaba. En el tiempo que la visité, siempre hallé la casa desembarazada, sin que viese visiones en ella de parientes fingidos, ni de amigos verdaderos: serviala una moza mas taymada que simple. Finalmente tratando mis amores como Soldado que está á vispera de mudar, apu-

apuré á mi Señora Doña Estefanía de Caycedo (que este es el nombre de la que asi me tiene) y respondióme: Señor Alferez Campuzano, simplicidad sería si yo quisiese venderme á Vmd. por santa, pecadora he sido y aun ahora lo soy; pero no de manera, que los vecinos me murmuren, ni los apartados me noten: ni de mis padres, ni de otro pariente heredé hacienda alguna, y con todo esto vale el menage de mi casa bien validos dos mil y quinientos ducados; y estos en cosas, que puestas en almoneda, lo que se tardare en ponerlas se tardará en hacerlas dinero. Con esta hacienda busco marido á quien entregarme, y á quien tener obediencia: á quien juntamente con la enmienda de mi vida, le entregaré una increible solicitud de regalarle y servirle; porque no tiene Principe cocinero mas goloso, ni que mejor sepa dar el punto á los guisados, que le sé dar yo, quando mostrando ser casera, me quiero poner á ello. Sé ser mayordomo en casa, moza en la cocina, y Señora en la sala: en efecto sé mandar, y sé hacer que me obedezcan. No desperdicio nada, y allego mucho: mi real no vale menos, sino mucho mas, quando se gasta por mi orden. La ropa blanca que tengo, que es mucha y muy buena, no se sacó de tiendas ni lenceros, estos pulgares y los de mis criadas la hilaron; y si pudiera texerse en casa, se texiera. Digo estas alabanzas mias, porque no acarrean vituperio, quando es forzosa la necesidad de decirlas. Finalmente quiero decir,

que

que yo busco marido que me ampare, me mande y me honre, y no galan que me sirva y me vitupere: si Vmd. gustare de aceptar la prenda que se le ofrece, aqui estoy moliente y corriente, sujeta á todo aquello que Vmd. ordenare, sin andar en venta, que es lo mismo andar en lenguas de casamenteros, y no hay ninguno tan bueno para concertar el todo, como las mismas partes. Yo que tenia entonces el juicio no en la cabeza, sino en los carcañales, haciendoseme el deleyte en aquel punto mayor de lo que en la imaginacion le pintaba, y ofreciendoseme tan á la vista la cantidad de hacienda, que ya la contemplaba en dineros convertida, sin hacer otros discursos de aquellos á que daba lugar el gusto que me tenia echado grillos al entendimiento, le dixe que yo era el venturoso y bien afortunado en haberme dado el Cielo casi por milagro tal compañera para hacerla Señora de mi voluntad, y de mi hacienda que no era tan poca, que no valiese con aquella cadena que traía al cuello, y con otras joyuelas que tenia en casa, y con deshacerme de algunas galas de Soldado, mas de dos mil ducados, que juntos con los dos mil y quinientos suyos, era suficiente cantidad para retirarnos á vivir á una aldea de donde yo era natural, y adonde tenia algunas raices, hacienda tal, que sobrellevada con el dinero, vendiendo los frutos á su tiempo, nos podia dar una vida alegre y descansada. En resolucion, aquella vez se concertó nuestro desposorio, y se dió

tra-

traza como los dos hiciesemos informacion de solteros ; y en los tres dias de fiesta que vinieron luego juntos en una Pasqua , se hicieron las amonestaciones , y al quarto dia nos desposamos, hallandose presentes al desposorio dos amigos mios, y un mancebo que ella dixo ser primo suyo , á quien yo me ofrecí por pariente con palabras de mucho comedimiento , como lo habian sido todas las que hasta entonces á mi nueva esposa habia dado con intencion tan torcida y traydora que la quiero callar , porque aunque estoy diciendo verdades , no son verdades de confesion, que no pueden dexar de decirse. Mudó mi criado el baul de la posada á casa de mi muger: encerré en él delante de ella mi magnifica cadena : mostréle otras tres ó quatro sino tan grandes , de mejor hechura , con otros tres ó quatro cintillos de diversas suertes : hicele patentes mis galas , y mis plumas , y entreguéle para el gasto de casa hasta quatrocientos reales que tenia. Seis dias gocé del pan de la boda , espaciandome en casa como el yerno ruin en la del suegro rico : pisé ricas alfombras , ajé sabanas de holanda , alumbréme con candeleros de plata , almorzaba en la cama , levantabame á las once , comia á las doce , y á las dos sesteaba en el estrado: baylabanme Doña Estefanía y la moza el agua delante : mi mozo que hasta alli le habia conocido perezoso y lerdo , se habia vuelto un corzo: el rato que Doña Estefanía faltaba de mi lado, la habia de hallar en la cocina toda solicita en

or-

ordenar guisados que me despertasen el gusto y me avivasen el apetito: mis camisas, cuellos y pañuelos eran un nuevo Aranjuez de flores segun olian, bañados en agua de angeles y de azahar, que sobre ellos se derramaba. Pasaronse estos dias volando, como se pasan los años que están debaxo de la jurisdiccion del tiempo; en los quales dias, por verme tan regalado y tan bien servido, iba mudando en buena la mala intencion con que aquel negocio habia comenzado: al cabo de los quales, una mañana (que aun estaba con Doña Estefanía en la cama) llamaron con grandes golpes á la puerta de la calle. Asomóse la moza á la ventana, y quitandose al momento, dixo: Ó que sea ella la bien venida! han visto, y como ha venido mas presto de lo que escribió el otro dia? Quién es la que ha venido, moza? le pregunté. Quién? respondió ella, es mi Señora Doña Clementa Bueso, y viene con ella el Señor Don Lope Melendez de Almendarez, con otros dos criados, y Hortigosa la dueña que llevó consigo. Corre, moza, bien haya yo, y abreles, dixo á esta sazon Doña Estefanía; y vos, Señor, por amor de mí, que no os alboroteis ni respondais por mí á ninguna cosa que contra mí oyeredes. Pues quién ha de decir cosa que os ofenda, y mas estando yo delante? decidme qué gente es esta, que me parece que os ha alborotado su venida. No tengo lugar de responderos, dixo Doña Estefanía, solo sabed que todo lo que aqui pasare es fingido, y que tira á cierto designio

nio que despues sabreis. Y aunque quisiera replicarle á esto, no me dió lugar la Señora Doña Clementa Bueso, que se entró en la sala vestida de raso verde prensado, con muchos pasamanos de oro, sombrero con plumas verdes, blancas, y encarnadas, y con rico cintillo de oro, y con un delgado velo cubierto la mitad del rostro. Entró con ella el Señor Don Lope Melendez de Almendarez no menos bizarro, que ricamente vestido de camino. La dueña Hortigosa fue la primera que habló, diciendo: Jesus, qué es esto! ocupado el lecho de mi Señora Doña Clementa, y mas con ocupacion de hombre! á fe que se ha ido bien del pie á la mano la Señora Doña Estefanía, fiada en la amistad de mi Señora. Yo te lo prometo, Hortigosa, replicó Doña Clementa; pero yo yo me tengo la culpa, que jamas escarmiento en tomar amigas, que no lo saben ser, sino es quando les viene á cuento. Á todo lo qual respondió Doña Estefanía: No reciba Vmd. pesadumbre, mi Señora Doña Clementa, y entienda que no sin misterio ve lo que ve en esta su casa, que quando lo sepa, yo sé que quedaré disculpada y Vmd. sin ninguna queja. En esto ya me habia puesto yo en calzas y en jubon, y tomandome Doña Estefanía de la mano, me llevó á otro aposento, y alli me dixo que aquella su amiga queria hacer una burla á aquel Don Lope que venia con ella, con quien pretendia casarse, y que la burla era darle á entender que aquella casa y quanto estaba én ella,

era todo suyo, de lo qual pensaba hacerle carta de dote, y que hecho el casamiento, se le daba poco que se descubriese el engaño, fiada en el grande amor que el Don Lope la tenia, y luego se me volverá lo que es mio, y no se le tendrá á mal á ella ni á otra muger alguna, de que procure buscar marido honrado, aunque sea por medio de qualquier embuste. Yo le respondí que era grande extremo de amistad el que queria hacer, y que primero se mirase bien en ello; porque despues podria ser tener necesidad de valerse de la Justicia para cobrar su hacienda. Pero ella me respondió con tantas razones, representando tantas obligaciones que la obligaban á servir á Doña Clementa aun en cosas de mas importancia, que mal de mi grado y con remordimiento de mi juicio hube de condescender con el gusto de Doña Estefanía, asegurandome ella que solos ocho dias podia durar el embuste, los quales estariamos en casa de otra amiga suya. Acabamonos de vestir ella y yo, y luego entrandose á despedir de la Señora Doña Clementa Bueso, y del Señor Don Lope Melendez de Almendarez, hizo á mi criado que se cargase el baul, y que la siguiese, á quien yo tambien seguí, sin despedirme de nadie. Paró Doña Estefanía en casa de una amiga suya, y antes que entrasemos dentro, estuvo un buen espacio hablando con ella, al cabo del qual salió una moza y dixo, que entrasemos yo y mi criado. Llevónos á un aposento estrecho, en el qual habia

dos camas tan juntas, que parecian una, á causa que no habia espacio que las dividiese, y las sabanas de entrambas se besaban. En efecto alli estuvimos seis dias, y en todos ellos no se pasó hora, que no tuviesemos pendencia, diciendole la necedad que habia hecho en dexar su casa y hacienda, aunque fuera por su misma madre. En esto iba yo y venia por momentos tanto, que la huespeda de casa un dia que Doña Estefanía dixo que iba á ver en qué termino estaba su negocio, quiso saber de mí qué era la causa que me movia á reñir tanto con ella, y qué cosa habia hecho, que tanto se la afeaba, diciendole que habia sido necedad notoria mas que amistad perfecta. Contéle todo el cuento, y quando llegué á decir que me habia casado con Doña Estefanía, y la dote que traxo, y la simplicidad que habia hecho en dexar su casa, y hacienda á Doña Clementa, aunque fuese con tan sana intencion, como era alcanzar tan principal marido como Don Lope, se comenzó á santiguar y á hacerse cruces con tanta priesa, y con tanto Jesus! Jesus! de la mala hembra, que me puso en gran turbacion, y al fin me dixo: Señor Alferez, no sé si voy contra mi conciencia en descubriros lo que me parece que tambien la cargaria si lo callase; pero á Dios y á ventura, sea lo que fuere, viva la verdad, y muera la mentira. La verdad es, que Doña Clementa Bueso es la verdadera Señora de la casa, y de la hacienda de que os hicieron la dote: la mentira

es

es todo quanto os ha dicho Doña Estefanía, que ni ella tiene casa, ni hacienda, ni otro vestido del que trae puesto; y el haber tenido lugar y espacio para hacer este embuste, fue que Doña Clementa fue á visitar á unos parientes suyos á la Ciudad de Plasencia, y de alli fue á tener novenas en nuestra Señora de Guadalupe, y en este entre tanto dexó en su casa á Doña Estefanía que mirase por ella, porque en efecto son grandes amigas; aunque bien mirado, no hay que culpar á la pobre Señora, pues ha sabido grangear á una tal persona, como la del Señor Alferez, por marido. Aqui dió fin á su platica, y yo di principio á desesperarme, y sin duda lo hiciera si tantico se descuidara el Angel de mi Guarda en socorrerme, acudiendo á decirme en el corazon que mirase que era Christiano, y que el mayor pecado de los hombres era el de la desesperacion por ser pecado de demonios. Esta consideracion, ó buena inspiracion me confortó algo, pero no tanto, que dexase de tomar mi capa, y espada, y salir á buscar á Doña Estefanía, con presupuesto de hacer en ella un exemplar castigo; pero la suerte, que no sabré decir si mis cosas empeoraba ó mejoraba, ordenó que en ninguna parte donde pensé hallar á Doña Estefanía, la hallase. Fuime á San Lorente, encomendéme á nuestra Señora, sentéme sobre un escaño, y con la pesadumbre me tomó un sueño tan pesado, que no despertara tan presto sino me despertaran: fui lleno de pensamientos y

congojas á casa de Doña Clementa, y halléla con tanto reposo como Señóra de su casa; no le osé decir nada, porque estaba el Señor Don Lope delante: volví en casa de mi huespeda, que me dixo haber contado á Doña Estefanía, como yo sabía toda su maraña y embuste, y que ella le preguntó qué semblante habia yo mostrado con tal nueva? y que le habia respondido, que muy malo, y que á su parecer habia salido yo con mala intencion y con peor determinacion á buscarla: dixome finalmente que Doña Estefanía se habia ido llevando quanto en el baul tenia, sin dexarme en él sino un solo vestido de camino. Aqui fue ello, aqui me tuvo de nuevo Dios de su mano: fui á ver mi baul, y halléle abierto, y como sepultura que esperaba cuerpo difunto, y á buena razon habia de ser el mio, si yo tuviera entendimiento para saber sentir y ponderar tamaña desgracia. Bien grande fue, dixo á esta sazon el Licenciado Peralta, haberse llevado Doña Estefanía tanta cadena, y tanto cintillo, que como suele decirse, todos los duelos &c. Ninguna pena me dió esa falta, respondió el Alferez, pues tambien podré decir: Pensóse Don Simueque que me engañaba con su hija la tuerta, y por el Dio contrecho soy de un lado. No sé á qué proposito puede Vmd. decir eso, respondió Peralta. El proposito es, respondió el Alferez, de que toda aquella balumba y aparato de cadenas, cintillos, y brincos podia valer hasta diez ó doce escudos. Eso no es posible, repli-

plicó el Licenciado, porque la que el Señor Alferez traía al cuello, mostraba pesar mas de ducientos ducados. Asi fuera, respondió el Alferez, si la verdad respondiera al parecer; pero como no es todo oro lo que reluce, las cadenas, cintillos, joyas, y brincos con solo ser de alquimia se contentaron, pero estaban tan bien hechas, que solo el toque ó el fuego podia descubrir su malicia. De esa manera, dixo el Licenciado, entre Vmd. y la Señora Doña Estefanía pata es la traviesa. Y tan pata, respondió el Alferez, que podemos volver á barajar; pero el daño está, Señor Licenciado, en que ella se podrá deshacer de mis cadenas, y yo no de la falsía de su termino; y en efecto, mal que me pese, es prenda mia. Dad gracias á Dios, Señor Campuzano, dixo Peralta, que fue prenda con pies, y que se os ha ido, y que no estais obligado á buscarla. Asi es, respondió el Alferez; pero con todo eso, sin que la busque la hallo siempre en la imaginacion, y adonde quiera que estoy, tengo mi afrenta presente. No sé qué responderos, dixo Peralta, sino es traeros á la memoria dos versos del Petrarca, que dicen:

Che qui prende dileto di far frode,
Non s' ha di lamentar s' altro l' inganna.

Que responden en nuestro Castellano: que el que tiene costumbre y gusto de engañar á otro, no se debe quejar quando es engañado. Yo no

me

me quejo, respondió el Alferez, sino lastimome; que el culpado no por conocer su culpa dexa de sentir la pena del castigo: bien veo que quise engañar y fui engañado, porque me hirieron por mis propios filos; pero no puedo tener tan á raya el sentimiento, que no me queje de mí mismo. Finalmente por venir á lo que hace mas al caso á mi historia (que este nombre se le puede dar al cuento de mis sucesos) digo que supe que se habia llevado á Doña Estefanía el primo que dixe que se halló á nuestros desposorios, el qual de luengos tiempos atras era su amigo á todo ruedo: no quise buscarla, por no hallar el mal que me faltaba. Mudé posada, y mudé el pelo dentro de pocos dias; porque comenzaron á pelarseme las cejas y pestañas, y poco á poco me dexaron los cabellos, y antes de edad me hice calvo, dandome una enfermedad que llaman lupicia, y por otro nombre mas claro la peladera: halléme verdaderamente hecho pelon, porque ni tenia barbas que peynar, ni dineros que gastar. Fue la enfermedad caminando al paso de mi necesidad, y como la pobreza atropella á la honra, y á unos lleva á la horca, y á otros al hospital, y á otros les hace entrar por las puertas de sus enemigos con ruegos y sumisiones, que es una de las mayores miserias que puede suceder á un desdichado; por no gastar en curarme los vestidos que me habian de cubrir y honrar en salud, llegado el tiempo en que se dan los sudores en el hospital de la Resurreccion, me

en-

entré en él, donde he tomado quarenta sudores: dicen que quedaré sano, si me guardo: espada tengo, lo demas Dios lo remedie. Ofreciósele de nuevo el Licenciado, admirandose de las cosas que le habia contado. Pues de poco se maravilla Vmd. Señor Peralta, dixo el Alferez, que otros sucesos me quedan por decir, que exceden á toda imaginacion, pues van fuera de todos los terminos de naturaleza: no quiera Vmd. saber mas, sino que son de suerte que doy por bien empleadas todas mis desgracias, por haber sido parte de haberme puesto en el hospital, donde vi lo que ahora diré, que es lo que ahora, ni nunca Vmd. podrá creer, ni habrá persona en el mundo que lo crea. Todos estos preambulos y encarecimientos, que el Alferez hacia antes de contar lo que habia visto, encendian el deseo de Peralta de manera que con no menores encarecimientos le pidió que luego luego le dixese las maravillas que le quedaban por decir. Ya Vmd. habrá visto, dixo el Alferez, dos perros que con dos linternas andan de noche con los hermanos de la Capacha, alumbrandoles quando piden limosna. Sí he visto, respondió Peralta. Tambien habrá visto ú oido Vmd., dixo el Alferez, lo que de ellos se cuenta, que si acaso echan limosna de las ventanas y se cae en el suelo, ellos acuden luego á alumbrar, y á buscar lo que se cae, y se paran delante de las ventanas donde saben que tienen costumbre de darles limosna, y con ir alli con tanta mansedumbre, que mas pa-

parecen corderos que perros, en el hospital son unos leones, guardando la casa con grande cuidado y vigilancia. Yo he oido decir, dixo Peralta, que todo es asi; pero eso no me puede ni debe causar maravilla. Pues lo que ahora diré de ellos, dixo el Alferez, es razon que la cause, y que sin hacerse cruces, ni alegar imposibles, ni dificultades, Vmd. se acomode á creerlo: y es que yo oí y casi vi con mis ojos á estos dos perros, que el uno se llama Cipion, y el otro Berganza, estar una noche, que fue la penultima que acabé de sudar, echados detras de mi cama en unas esteras viejas, y á la mitad de aquella noche estando á escuras y desvelado pensando en mis pasados sucesos y presentes desgracias, oí hablar alli junto, y estuve con atento oido escuchando, por ver si podia venir en conocimiento de los que hablaban, y de lo que hablaban, y á poco rato vine á conocer por lo que hablaban á los que hablaban, que eran los perros Cipion, y Berganza. Apenas acabó de decir esto Campuzano, quando levantandose el Licenciado, dixo: Vmd. quede mucho en buen hora, Señor Campuzano, que hasta aqui estaba en duda, si creeria ó no lo que de su casamiento me habia contado; y esto que ahora me cuenta de que oyó hablar los perros, me ha hecho declarar por la parte de no creerle ninguna cosa: por amor de Dios, Señor Alferez, que no cuente esos disparates á persona alguna, si ya no fuere á quien sea tan su amigo como yo. No me tenga

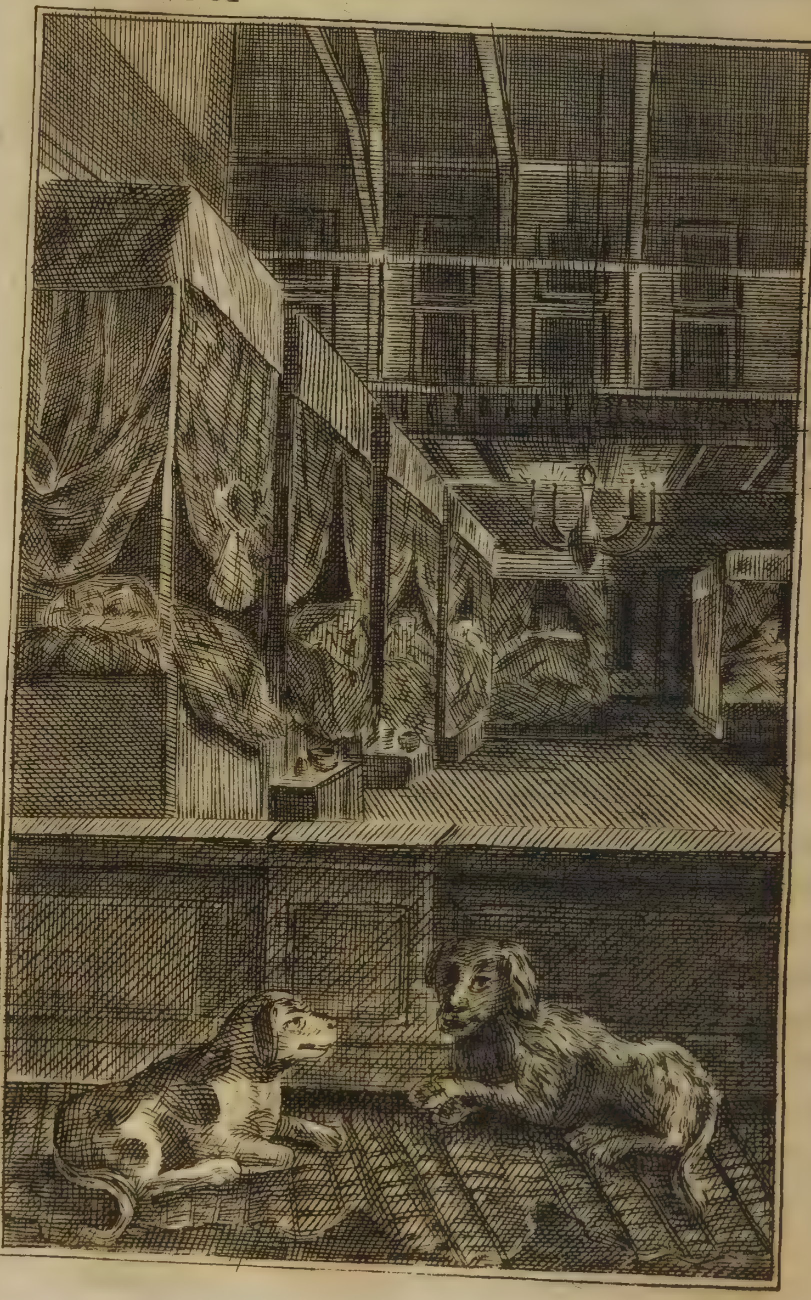
ga Vmd. por tan ignorante, replicó Campuzano, que no entienda que si no es por milagro no pueden hablar los animales: que bien sé que si los tordos, picazas, y papagayos hablan, no son sino las palabras que aprenden, y toman de memoria, y por tener la lengua estos animales comoda para poder pronunciarlas; mas no por esto pueden hablar, y responder con discurso concertado como estos perros hablaban; y asi muchas veces despues que los oí, yo mismo no me he querido dar credito á mí mismo, y he querido tener por cosa soñada lo que realmente estando despierto con todos mis cinco sentidos, tales quales nuestro Señor fue servido darmelos, oí, escuché, noté, y finalmente escribí sin faltar palabra por su concierto, de donde se puede tomar indicio bastante que mueva y persuada á creer esta verdad que digo. Las cosas de que trataron fueron grandes, y diferentes, y mas para ser tratadas por Varones sabios, que para ser dichas por bocas de perros: asi que, pues yo no las pude inventar de mio, á mi pesar y contra mi opinion vengo á creer que no soñaba, y que los perros hablaban. Cuerpo de mí, replicó el Licenciado, si se nos ha vuelto el tiempo de Maricastaña, quando hablaban las calabazas, ó el de Esopo, quando departia el gallo con la zorra, y unos animales con otros! Uno de ellos sería yo y el mayor, replicó el Alferez, si creyese que ese tiempo ha vuelto: y aun tambien lo sería, si dexase de creer lo que oí, y lo que vi,

y

y lo que me atreveré á jurar con juramento que obligue y aun fuerce á que lo crea la misma incredulidad ; pero puesto caso que me haya engañado , y que mi verdad sea sueño , y el porfiarla disparate , no se holgará Vmd., Señor Peralta , de ver escritas en un coloquio las cosas que estos perros , ó sean quien fueren , hablaron ? Como Vmd. , replicó el Licenciado , no se canse mas en persuadirme que oyó hablar á los perros , de muy buena gana oiré ese coloquio , que por ser escrito y notado del buen ingenio del Señor Alferez , ya le juzgo por bueno. Pues hay en esto otra cosa, dixo el Alferez , que como yo estaba tan atento y tenia delicado el juicio , delicada , sutil y desocupada la memoria (merced á las muchas pasas y almendras que habia comido) todo lo tomé de coro , y casi por las mismas palabras que habia oido , lo escribí otro dia , sin buscar colores para adornarlo , ni que añadir ni quitar para hacerle gustoso. No fue una noche sola la platica, que fueron dos consecutivamente, aunque yo no tengo escrita mas de una , que es la vida de Berganza : la del compañero Cipion pienso escribir (que fue la que se contó la noche segunda) quando viere ó que esta se crea, ó á lo menos no se desprecie : el coloquio traygo en el seno ; puselo en forma de coloquio , por ahorrar de *dixo Cipion* , *respondió Berganza* , que suele alargar la escritura. Y en diciendo esto , sacó del pecho un cartapacio , y le puso en las manos del Licenciado , el qual le

to–

To. II. Pa. 331



tomó riendose, y como haciendo burla de todo lo que habia oido, y de lo que pensaba leer. Yo me recuesto, dixo el Alferez, en esta silla en tanto que Vmd. lee, si quiere, esos sueños ó disparates que no tienen otra cosa de bueno, sino es el poderlos dexar quando enfaden. Haga Vmd. su gusto, dixo Peralta, que yo con brevedad me despediré de esta lectura. Recostóse el Alferez, abrió el Licenciado el cartapacio, y en el principio vió que estaba puesto este titulo:

COLOQUIO QUE PASÓ ENTRE Cipion y Berganza, perros del hospital de la Resurreccion, que está en la Ciudad de Valladolid fuera de la puerta del Campo, á quien comunmente llaman los perros de Mahudes.

Cipion. Berganza amigo, dexemos esta noche el hospital en guarda de la confianza, y retiremonos á esta soledad y entre estas esteras, donde podrémos gozar sin ser sentidos, de esta no vista merced, que el Cielo en un mismo punto á los dos nos ha hecho.

Berganza. Cipion hermano, oygote hablar, y sé que te hablo, y no puedo creerlo, por parecerme que el hablar nosotros pasa de los terminos de naturaleza.

Cip. Asi es la verdad, Berganza, y viene á ser mayor este milagro, en que no solamente ha-

bla-

blamos, sino en que hablamos con discurso como si fueramos capaces de razon, estando tan sin ella, que la diferencia que hay del animal bruto al hombre, es ser el hombre animal racional, y el bruto irracional.

Berg. Todo lo que dices, Cipion, entiendo, y el decirlo tú, y entenderlo yo me causa nueva admiracion y nueva maravilla; bien es verdad, que en el discurso de mi vida diversas y muchas veces he oido decir grandes prerogativas nuestras, tanto que parece que algunos han querido sentir que tenemos un natural distinto, tan vivo y tan agudo en muchas cosas, que da indicios y señales de faltar poco para mostrar que tenemos un no sé qué de entendimiento capaz de discurso.

Cip. Lo que yo he oido alabar y encarecer, es nuestra mucha memoria, el agradecimiento, y gran fidelidad nuestra, tanto que nos suelen pintar por simbolo de la amistad; y asi habrás visto (si has mirado en ello) que en las sepulturas de alabastro, donde suelen estar las figuras de los que alli están enterrados, quando son marido y muger, ponen entre los dos á los pies una figura de perro en señal que se guardaron en la vida amistad y fidelidad inviolable.

Berg. Bien sé que ha habido perros tan agradecidos, que se han arrojado con los cuerpos difuntos de sus amos en la misma sepultura: otros han estado sobre las sepulturas donde estaban enterrados sus Señores, sin apartarse de ellas,

sin

sin comer hasta que se les acababa la vida: sé tambien que despues del elefante el perro tiene el primer lugar de parecer que tiene entendimiento; luego el caballo, y el ultimo la xîmia.

Cip. Asi es; pero bien confesarás que ni has visto ni oido decir jamas que haya hablado ningun elefante, perro, caballo, ó mona: por donde me doy á entender que este nuestro hablar tan de improviso, cae debaxo del numero de aquellas cosas que llaman portentos, las quales quando se muestran y parecen, tiene averiguado la experiencia que alguna calamidad grande amenaza á las gentes.

Berg. De esa manera no haré yo mucho en tener por señal portentosa lo que oí decir los dias pasados á un Estudiante, pasando por Alcalá de Henares.

Cip. Qué le oiste decir?

Berg. Que de cinco mil Estudiantes que cursaban aquel año en la Universidad, los dos mil oian Medicina.

Cip. Pues qué vienes á inferir de eso?

Berg. Infiero, ó que estos dos mil Medicos han de tener enfermos que curar (que sería harta plaga y mala ventura) ó que se habrán de morir de hambre.

Cip. Pero sea lo que fuere, nosotros hablemos, sea portento ó no, que lo que el Cielo tiene ordenado que suceda, no hay diligencia ni sabiduria humana que lo pueda prevenir; y asi no hay para que ponernos á disputar cómo ó por

qué

qué hablamos: mejor será, que este buen dia, ó buena noche la metamos en nuestra casa, y pues la tenemos tan buena en estas esteras, y no sabemos quanto durará esta nuestra ventura, sepamos aprovecharnos de ella, y hablemos toda esta noche, sin dar lugar al sueño que nos impida este gusto, de mí por largos tiempos deseado.

Berg. Y aun de mí, qué desde que tuve fuerzas para roer un hueso, tuve deseo de hablar para decir cosas que depositaba en la memoria, y alli de antiguas y muchas ó se enmohecian, ó se me olvidaban; empero ahora que tan sin pensarlo me veo enriquecido de este divino don de la habla, pienso gozarle y aprovecharme de él lo mas que pudiere, dandome priesa á decir todo aquello que se me acordare, aunque sea atropellada y confusamente, porque no sé quando me volverán á pedir este bien, que por prestado tengo.

Cip. Sea esta la manera, Berganza amigo: que esta noche me cuentes tu vida, y los trances por donde has venido al punto en que ahora te hallas; y si mañana en la noche estuvieremos con habla, yo te contaré la mia, porque mejor será gastar el tiempo en contar las propias, que en procurar saber las agenas vidas.

Berg. Siempre, Cipion, te he tenido por discreto y por amigo, y ahora mas que nunca, pues como amigo quieres decirme tus sucesos y saber los mios, y como discreto has repartido el tiem-

po

po donde podamos manifestarlos : pero advierte primero si nos oye alguno.

Cip. Ninguno á lo que creo, puesto que aqui cerca está un Soldado tomando sudores; pero en esta sazon mas estará para dormir, que para ponerse á escuchar á nadie.

Berg. Pues si puedo hablar con ese seguro, escucha, y si te cansare lo que te fuere diciendo, ó me reprehende, ó manda que calle.

Cip. Habla hasta que amanezca, ó hasta que seamos sentidos, que yo escucharé de muy buena gana sin impedirte, sino quando viere ser necesario.

Berg. Pareceme que la primera vez que vi el Sol, fue en Sevilla, y en su matadero que está fuera de la puerta de la Carne : por donde imaginara (sino fuera por lo que despues diré) que mis padres debieron de ser alanos de aquellos que crian los ministros de aquella confusion, á quien llaman xiferos. El primero que conocí por amo, fue uno llamado Nicolás el Romo, mozo robusto, doblado y colerico como lo son todos aquellos que exercitan la xiferia : este tal Nicolás me enseñaba á mí y á otros cachorros á que en compañia de alanos viejos arremetiesemos á los toros, y les hiciesemos presa de las orejas: con mucha facilidad salí un aguila en esto.

Cip. No me maravillo, Berganza, que como el hacer mal viene de natural cosecha, facilmente se aprende el hacerle.

Berg. Qué te diria, Cipion hermano, de lo

que

que vi en aquel matadero, y de las cosas exôrbitantes que en él pasan? Primero has de presuponer, que todos quantos en él trabajan desde el menor hasta el mayor, es gente ancha de conciencia, desalmada, sin temer al Rey, ni á su justicia: los mas amancebados: son aves de rapiña carniceras: mantienense ellos y sus amigas de lo que hurtan: todas las mañanas que son dias de carne, antes que amanezca están en el matadero gran cantidad de mugercillas y muchachos, todos con talegas, que viniendo vacias, vuelven llenas de pedazos de carne, y las criadas con criadillas, y lomos medio enteros: no hay res alguna que se mate, de quien no lleve esta gente diezmos y primicias de lo mas sabroso y bien parado; y como en Sevilla no hay obligado de la carne, cada uno puede traer la que quisiere, y la que primero se mata ó es la mejor, ó la de mas baxa postura; y con este concierto hay siempre mucha abundancia. Los dueños se encomiendan á esta buena gente que he dicho, no para que no les hurten (que esto es imposible) sino para que se moderen en las tajadas y sacaliñas que hacen en las reses muertas, que las escamondan y podan, como si fuesen sauces ó parras; pero ninguna cosa me admiraba mas ni me parecia peor, que el ver que estos xiferos con la misma facilidad matan á un hombre, que á una vaca; por quitame allá esa paja, á dos por tres meten un cuchillo de cachas amarillas por la barriga de una persona, como si acogo-

ta-

tasen un toro. Por maravilla se pasa dia sin pendencias y sin heridas, y á veces sin muertes: todos se pican de valientes, y aun tienen sus puntas de rufianes: no hay ninguno que no tenga su angel de guarda en la plaza de San Francisco, grangeado con lomos y lenguas de vaca: finalmente oí decir á un hombre discreto, que tres cosas tenia el Rey por ganar en Sevilla: la calle de la Caza, la costanilla, y el matadero.

Cip. Si en contar las condiciones de los amos que has tenido y las faltas de sus oficios, te has de estar, amigo Berganza, tanto como esta vez, menester será pedir al Cielo nos conceda la habla siquiera por un año, y aun temo que al paso que llevas, no llegarás á la mitad de tu historia: y quierote advertir de una cosa, de la qual verás la experiencia quando te cuente los sucesos de mi vida, y es que los cuentos unos encierran y tienen la gracia en ellos mismos; otros en el modo de contarlos: quiero decir, que algunos hay, que aunque se cuenten sin preambulos y ornamentos de palabras, dan contento; otros hay, que es menester vestirlos de palabras, y con demonstraciones del rostro, y de las manos, y con mudar la voz se hacen algo de nonada, y de floxos y desmayados se vuelven agudos y gustosos, y no se te olvide este advertimiento para aprovecharte de él en lo que te queda por decir.

Berg. Yo lo haré asi, si pudiere, y si me da lugar la grande tentacion que tengo de hablar,

aunque me parece que con grandisima dificultad me podré ir á la mano.

Cip. Vete á la lengua, que en ella consisten los mayores daños de la humana vida.

Berg. Digo pues, que mi amo me enseñó á llevar una espuerta en la boca, y á defenderla de quien quitarmela quisiese: enseñóme tambien la casa de su amiga, y con esto se excusó la venida de su criada al matadero, porque yo le llevaba las madrugadas lo que él habia hurtado las noches: y un dia, que entre dos luces iba yo diligente á llevarle la porcion, oí que me llamaban por mi nombre desde una ventana, alcé los ojos, y vi una moza hermosa en extremo, detuveme un poco, y ella baxó á la puerta de la calle, y me tornó á llamar: lleguéme á ella como si fuera á ver lo que me queria, que no fue otra cosa que quitarme lo que llevaba en la cesta, y ponerme en su lugar un chapin viejo: entonces dixe entre mí, la carne se ha ido á la carne. Dixome la moza, en habiendome quitado la carne: Andad, Gavilan, ó como os llamais, y decid á Nicolás el Romo vuestro amo, que no se fie de animales, y que del lobo un pelo, y ese de la espuerta. Bien pudiera yo volver á quitar lo que me quitó, pero no quise, por no poner mi boca xifera y sucia en aquellas manos limpias y blancas.

Cip. Hiciste muy bien, por ser prerogativa de la hermosura, que siempre se le tenga respeto.

Berg. Asi lo hice, y asi me volví á mi amo sin

la

la porcion, y con el chapin: parecióle que volví presto, vió el chapin, imaginó la burla, sacó uno de cachas, y tiróme una puñalada, que á no desviarme, nunca tú oyeras ahora este cuento, ni aun otros muchos que pienso contarte. Puse pies en polvorosa, y tomando el camino en las manos y en los pies por detras de San Bernardo, me fui por aquellos campos de Dios, adonde la fortuna quisiese llevarme. Aquella noche dormí al Cielo abierto, y otro dia me deparó la suerte un hato ó rebaño de ovejas y carneros: asi como le vi, creí que habia hallado en él el centro de mi reposo, pareciendome ser propio y natural oficio de los perros guardar ganado, que es obra donde se encierra una virtud tan grande, como es amparar y defender de los poderosos y soberbios los humildes y los que poco pueden. Apenas me hubo visto uno de tres Pastores que el ganado guardaban, quando diciendo: To, to, me llamó, y yo, que otra cosa no deseaba, me llegué á él, baxando la cabeza y meneando la cola: traxome la mano por el lomo, abrióme la boca, escupióme en ella, miróme las presas, conoció mi edad, y dixo á otros Pastores, que yo tenia todas las señales de ser perro de casta. Llegó á este instante el Señor del ganado sobre una yegua rucia á la gineta, con lanza y adarga, que mas parecia atajador de la costa, que Señor de ganado: preguntó al Pastor: Qué perro es este? que tiene señales de ser bueno. Bien lo puede Vmd. creer, respondió el Pas-

tor, que yó le he cotejado bien, y no hay señal en él, que no muestre y prometa que ha de ser un gran perro: ahora se llegó aqui, y no sé cuyo sea, aunque sé que no es de los rebaños de la redonda. Pues asi es, respondió el Señor, ponle luego el collar de Leoncillo el perro que se murió, y denle la racion que á los demas, y acariciale, porque tome cariño al hato, y se quede de hoy adelante en él. En diciendo esto se fue, y el Pastor me puso luego al cuello unas carlancas llenas de puntas de acero, habiéndome dado primero en un dornajo gran cantidad de sopas en leche: y asimismo me puso nombre, y me llamó Barcino. Vime harto y contento con el segundo amo, y con el nuevo oficio: mostréme solicito y diligente en la guarda del rebaño, sin apartarme de él sino las siestas, que me iba á pasarlas ó ya á la sombra de algun arbol, ó de algun ribazo, ó peña, ó á la de alguna mata, ó á la margen de algun arroyo de los muchos que por alli corrian; y estas horas de mi sosiego no las pasaba ociosas, porque en ellas ocupaba la memoria en acordarme de muchas cosas, especialmente en la vida que habia tenido en el matadero, y en la que tenia mi amo, y todos los como él, que están sujetos á cumplir los gustos impertinentes de sus amigas. Ó qué de cosas te pudiera decir ahora de las que aprendí en la escuela de aquella xifera dama de mi amo! pero habrélas de callar, porque no me tengas por largo y por murmurador.

Cip.

Cip. Por haber oido decir que dixo un gran Poeta de los antiguos, que era dificil cosa el escribir satiras, consentiré que murmures un poco de luz, y no de sangre, quiero decir, que señales, y no hieras, ni des mate á ninguno en cosa señalada: que no es buena la murmuracion, aunque haga reir á muchos, si mata á uno; y si puedes agradar sin ella, te tendré por muy discreto.

Berg. Yo tomaré tu consejo, y esperaré con gran deseo que llegue el tiempo en que me cuentes tus sucesos; que de quien tan bien sabe conocer y enmendar los defectos que tengo en contar los mios, bien se puede esperar que contará los suyos de manera, que enseñen y deleyten á un mismo punto. Pero anudando el roto hilo de mi cuento, digo que en aquel silencio y soledad de mis siestas entre otras cosas consideraba, que no debia de ser verdad lo que habia oido contar de la vida de los Pastores, á lo menos de aquellos que la dama de mi amo leía en unos libros quando yo iba á su casa, que todos trataban de Pastores y Pastoras, diciendo que se les pasaba toda la vida cantando y tañendo con gaytas, zampoñas, rabeles, y chirumbelas, y con otros instrumentos extraordinarios: deteniame á oirla leer, y leía como el Pastor de Anfriso cantaba extremada y divinamente, alabando á la sin par Belisarda, sin haber en todos los montes de Arcadia arbol, en cuyo tronco no se hubiese sentado á cantar desde que salia el Sol en brazos

zos

zos de la Aurora, hasta que se ponia en los de Tetis; y aun despues de haber tendido la negra noche por la faz de la tierra sus negras y obscuras alas, él no cesaba de sus bien cantadas y mejor lloradas quejas: no se le quedaba entre renglones el Pastor Elicio, mas enamorado que atrevido, de quien decia que sin atender á sus amores ni á su ganado, se entraba en los cuidados agenos: decia tambien que el gran Pastor de Filida, unico pintor de un retrato, habia sido mas confiado que dichoso: de los desmayos de Sireno, y arrepentimiento de Diana decia que daba gracias á Dios y á la sabia Felicia, que con su agua encantada deshizo aquella maquina de enredos, y aclaró aquel laberinto de dificultades: acordabame de otros muchos libros, que de este jaez la habia oido leer, pero no eran dignos de traerlos á la memoria.

Cip. Aprovechandote vas, Berganza, de mi aviso, murmura, pica, y pasa, y sea tu intencion limpia, aunque la lengua no lo parezca.

Berg. En estas materias nunca tropieza la lengua, sino cae primero la intencion; pero si acaso por descuido ó por malicia murmurare, responderé á quien me reprehendiere, lo que respondió Mauleon, Poeta tonto, y Academico de burla de la Academia de los Imitadores, á uno que le preguntó qué queria decir *Deum de Deo*, y respondió, que dé donde diere.

Cip. Esa fue respuesta de un simple; pero tú, si eres discreto ó lo quieres ser, nunca has de

de-

decir cosa de que debas dar disculpa: di adelante.

Berg. Digo que todos los pensamientos que he dicho, y muchos mas, me causaron ver los diferentes tratos y exercicios que mis Pastores y todos los demas de aquella marina tenian, de aquellos que habia oido leer que tenian los Pastores de los libros; porque si los mios cantaban, no eran canciones acordadas y bien compuestas, sino un *cata el lobo: do va Juanica*, y otras cosas semejantes, y esto no al son de chirumbelas, rabeles, ó gaytas, sino al que hacia el dar un cayado con otro, ó al de algunas tejuelas puestas entre los dedos, y no con voces delicadas, sonoras y admirables, sino con voces roncas, que solas ó juntas parecia no que cantaban, sino que gritaban ó gruñian: lo mas del dia se les pasaba espulgandose, ó remendandose sus abarcas, ni entre ellos se nombraban Amarilis, Filidas, Galateas, y Dianas, ni habia Lisardos, Lausos, Jacintos, ni Riselos; todos eran Antones, Domingos, Pablos, ó Llorentes: por donde vine á entender lo que pienso que deben de creer todos, que todos aquellos libros son cosas soñadas y bien escritas para entretenimiento de los ociosos, y no verdad alguna: que á serlo, entre mis Pastores hubiera alguna reliquia de aquella felicisima vida, y de aquellos amenos prados, espaciosas selvas, sagrados montes, hermosos jardines, arroyos claros, y cristalinas fuentes, y de aquellos tan honestos quanto bien declarados requie-

quiebros, y de aquel desmayarse aqui el Pastor, alli la Pastora, acullá resonar la zampoña del uno, acá el caramillo del otro.

Cip. Basta, Berganza, vuelve á tu senda, y camina.

Berg. Agradezcotelo, Cipion amigo, porque si no me avisaras, de manera se me iba calentando la boca, que no pasara hasta pintarte un libro entero de estos que me tenian engañado; pero tiempo vendrá en que lo diga todo con mejores razones y con mejor discurso que ahora.

Cip. Mirate á los pies, y desharás la rueda, Berganza: quiero decir, que mires que eres un animal que carece de razon, y si ahora muestras tener alguna, ya hemos averiguado entre los dos ser cosa sobrenatural y jamas vista.

Berg. Eso fuera asi, si yo estuviera en mi primera ignorancia; mas ahora que me ha venido á la memoria lo que te habia de haber dicho al principio de nuestra platica, no solo no me maravillo de lo que hablo, pero espantome de lo que dexo de hablar.

Cip. Pues ahora no puedes decir lo que ahora se te acuerda?

Berg. Es una cierta historia, que me pasó con una grande hechicera, discipula de la Camacha de Montilla.

Cip. Digo que me la cuentes antes que pases mas adelante en el cuento de tu vida.

Berg. Eso no haré yo por cierto hasta su tiempo, ten paciencia, y escucha por su orden mis

su-

sucesos, que asi te darán mas gusto, si ya no te fatiga querer saber los medios antes que los principios.

Cip. Sé breve, y cuenta lo que quisieres, y como quisieres.

Berg. Digo pues, que yo me hallaba bien con el oficio de guardar ganado, por parecerme que comia el pan de mi sudor y trabajo, y que la ociosidad, raiz y madre de todos los vicios, no tenia que ver conmigo, á causa que si los dias holgaba, las noches no dormia, dandonos asaltos á menudo, y tocandonos al arma los lobos; y apenas me habian dicho los Pastores: Al lobo, Barcino, quando acudia primero que los otros perros, á la parte que me señalaban que estaba el lobo: corria los valles, escudriñaba los montes, desentrañaba las selvas, saltaba barrancos, cruzaba caminos, y á la mañana volvia al hato, sin haber hallado lobo ni rastro de él, anhelando, cansado, hecho pedazos, y los pies abiertos de los garranchos, y hallaba en el hato ó ya una oveja muerta, ó un carnero degollado, y medio comido del lobo: desesperabame de ver de quan poco servia mi mucho cuidado y diligencia. Venia el Señor del ganado, salian los Pastores á recibirle con la piel de la res muerta: culpaba á los Pastores por negligentes, y mandaba castigar á los perros por perezosos: llovian sobre nosotros palos, y sobre ellos reprehensiones, y asi viendome castigado sin culpa, y que mi cuidado, ligereza y braveza no eran de provecho

pa-

para coger el lobo, determiné de mudar estilo, no desviandome á buscarle, como tenia de costumbre, lejos del rebaño, sino estarme junto á él, que pues el lobo alli venia, alli sería mas cierta la presa. Cada semana nos tocaban á rebato, y en una obscura noche tuve yo vista para ver los lobos, de quien era imposible que el ganado se guardase: agachéme detras de una mata, pasaron los perros mis compañeros adelante, y desde alli oteé y vi que dos Pastores asieron de un carnero de los mejores del aprisco, y le mataron de manera, que verdaderamente pareció á la mañana que habia sido su verdugo el lobo: pasméme, quedé suspenso, quando vi que los Pastores eran los lobos, y que despedazaban el ganado los mismos que le habian de guardar. Al punto hacian saber á su amo la presa del lobo, dabanle el pellejo, y parte de la carne, y comianse ellos lo mas, y lo mejor: volvia á reñirles el Señor, y volvia tambien el castigo de los perros: no habia lobos, menguaba el rebaño: quisiera yo descubrirlo, hallabame mudo: todo lo qual me traía lleno de admiracion y de congoja. Valame Dios! decia entre mí, quién podrá remediar esta maldad? quién será poderoso á dar á entender, que la defensa ofende, que las centinelas duermen, que la confianza roba, y el que os guarda os mata?

Cip. Y decias muy bien, Berganza, porque no hay mayor ni mas sutil ladron, que el domestico, y asi mueren muchos mas de los confiados,

que

que de los recatados; pero el daño está en que es imposible que puedan pasar bien las gentes en el mundo, sino se fia y se confia: mas quedese aqui esto, que no quiero que parezcamos Predicadores: pasa adelante.

Berg. Paso adelante, y digo que determiné dexar aquel oficio, aunque parecia tan bueno, y escoger otro, donde por hacerle bien, ya que no fuese remunerado, no fuese castigado: volvíme á Sevilla, y entré á servir á un Mercader muy rico.

Cip. Qué modo tenias para entrar con amo? porque segun lo que se usa, con gran dificultad el dia de hoy halla un hombre de bien Señor á quien servir: muy diferentes son los Señores de la tierra del Señor del Cielo: aquellos para recibir un criado, primero le espulgan el linage, exâminan la habilidad, le marcan la apostura, y aun quieren saber los vestidos que tiene; pero para entrar á servir á Dios, el mas pobre es mas rico, el mas humilde de mejor linage, y con solo que se disponga con limpieza de corazon á querer servirle, luego le manda poner en el libro de sus gages, señalandoselos tan aventajados, que de muchos y de grandes apenas pueden caber en su deseo.

Berg. Todo eso es predicar, Cipion amigo.

Cip. Asi me lo parece á mí, y asi callo.

Berg. Á lo que me preguntaste del orden que tenia para entrar con amo, digo que ya tú sabes que la humildad es la basa y fundamento de

to-

todas virtudes, y que sin ella no hay ninguna que lo sea: ella allana inconvenientes, vence dificultades, y es un medio que siempre á gloriosos fines nos conduce, de los enemigos hace amigos, templa la colera de los airados, y menoscaba la arrogancia de los soberbios, es madre de la modestia, y hermana de la templanza: en fin con ella no pueden atravesar triunfo que les sea de provecho, los vicios; porque en su blandura y mansedumbre se embotan y despuntan las flechas de los pecados: de esta pues me aprovechaba yo, quando queria entrar á servir en alguna casa, habiendo primero considerado, y mirado muy bien ser casa que pudiese mantener, y donde pudiese entrar un perro grande: luego arrimabame á la puerta, y quando á mi parecer entraba algun forastero, le ladraba, y quando venia el Señor, baxaba la cabeza, y moviendo la cola me iba á él y con la lengua le limpiaba los zapatos: si me echaban á palos, sufrialos, y con la misma mansedumbre volvia á hacer halagos al que me apaleaba, que ninguno segundaba, viendo mi porfia y mi noble termino: de esta manera á dos porfias me quedaba en casa: servia bien, querianme luego bien, y nadie me despidió, sino era que yo me despidiese, ó por mejor decir, me fuese: y tal vez hallé amo, que este fuera el dia que yo estuviera en su casa, si la contraria suerte no me hubiera perseguido.

Cip. De la misma manera que has contado, en-

entraba yo con los amos que tuve, y parece que nos leimos los pensamientos.

Berg. Como en esas cosas nos hemos encontrado, sino me engaño, y yo te las diré á su tiempo como tengo prometido, y ahora escucha lo que me sucedió despues que dexé el ganado en poder de aquellos perdidos. Volvíme á Sevilla como dixe, que es amparo de pobres y refugio de desechados, que en su grandeza no solo caben los pequeños, pero no se echan de ver los grandes: arriméme á la puerta de una gran casa de un Mercader, hice mis acostumbradas diligencias, y á pocos lances me quedé en ella: recibieronme para tenerme atado detras de la puerta de dia, y suelto de noche: servia con gran cuidado y diligencia, ladraba á los forasteros, y gruñia á los que no eran muy conocidos: no dormia de noche, visitando los corrales, subiendo á los terrados, hecho universal centinela de la mia y de las casas agenas: agradóse tanto mi amo de mi buen servicio, que mandó que me tratasen bien, y me diesen racion de pan, y los huesos que se levantasen ó arrojasen de su mesa, con las sobras de la cocina, á lo que yo me mostraba agradecido, dando infinitos saltos quando veía á mi amo, especialmente quando venia de fuera, que eran tantas las muestras de regocijo que daba, y tantos los saltos, que mi amo ordenó que me desatasen, y me dexasen andar suelto de dia y de noche: como me vi suelto, corrí á él, rodeéle todo, sin osar llegarle con

las

las manos, acordandome de la fabula de Esopo quando aquel asno, tan asno que quiso hacer á su Señor las mismas caricias que le hacia una perrilla regalada suya, que le grangearon ser molido á palos: parecióme que en esta fabula se nos dió á entender, que las gracias y donayres de algunos no están bien en otros: apode el truhan, juegue de manos y voltee el istrion, rebuzne el picaro, imite el canto de los paxaros, y los diversos gestos y acciones de los animales y los hombres el hombre baxo, que se hubiere dado á ello, y no lo quiera hacer el hombre principal, á quien ninguna habilidad de estas le puede dar credito ni nombre honroso.

Cip. Basta, adelante Berganza, que ya estás entendido.

Berg. Oxala, que como tú me entiendes, me entendiesen aquellos por quien lo digo! que no sé que tengo de buen natural, que me pesa infinito quando veo que un Caballero se hace chocarrero, y se precia de saber jugar los cubiletes, y las agallas, y que no hay quien como él sepa baylar la chacona: un Caballero conozco yo, que se alababa que á ruegos de un Sacristan habia cortado de papel treinta y dos flores para poner en un monumento sobre paños negros, y de estas cortaduras hizo tanto caudal, que asi llevaba á sus amigos á verlas, como si los llevara á ver las banderas y despojos de enemigos, que sobre la sepultura de sus padres y abuelos estaban puestas. Este Mercader pues tenia dos hi-

hijos, el uno de doce, y el otro de hasta catorce años, los quales estudiaban Gramatica en el estudio de la Compañia de Jesus: iban con autoridad, con ayo, y con pages que les llevaban los libros, y aquel que llaman vademecum: el verlos ir con tanto aparato, en sillas si hacia Sol, en coche si llovia, me hizo considerar y reparar en la mucha llaneza con que su padre iba á la lonja á negociar sus negocios, porque no llevaba otro criado, que un negro, y algunas veces se desmandaba á ir en un machuelo, aun no bien aderezado.

Cip. Has de saber, Berganza, que es costumbre y condicion de los Mercaderes de Sevilla y aun de las otras Ciudades mostrar su autoridad y riqueza no en sus personas, sino en las de sus hijos; porque los Mercaderes son mayores en su sombra, que en sí mismos, y como ellos por maravilla atienden á otra cosa que á sus tratos y contratos, tratanse modestamente; y como la ambicion y la riqueza muere por manifestarse, revienta por sus hijos, y asi los tratan y autorizan como si fuesen hijos de algun Principe; y algunos hay que les procuran Titulos, y ponerles en el pecho la marca, que tanto distingue la gente principal de la plebeya.

Berg. Ambicion es, pero ambicion generosa, la de aquel que pretende mejorar su estado sin perjuicio de tercero.

Cip. Pocas, ó ninguna vez se cumple con la ambicion, que no sea con daño de tercero.

Berg.

Berg. No hemos dicho, que no hemos de murmurar?

Cip. Sí, que yo no murmuro de nadie.

Berg. Ahora acabo de confirmar por verdad lo que muchas veces he oido decir: Acaba un maldiciente murmurador de echar á perder diez linages, y de calumniar veinte buenos, y si alguno le reprehende por lo que ha dicho, responde que él no ha dicho nada, y que si ha dicho algo, no lo ha dicho por tanto, que si pensara que alguno se habia de agraviar, no lo dixera. A la fe, Cipion, mucho ha de saber y muy sobre los estribos ha de andar el que quisiere sustentar dos horas de conversacion sin tocar los límites de la murmuracion; porque yo veo en mí, que con ser un animal como soy, á quatro razones que digo, me acuden palabras á la lengua como mosquitos al vino, y todas maliciosas y murmurantes: por lo qual vuelvo á decir lo que otra vez he dicho, que el hacer y el decir mal lo heredamos de nuestros primeros padres, y lo mamamos en la leche: vese claro en que apenas ha sacado el niño el brazo de las faxas, quando levanta la mano con muestras de querer vengarse de quien á su parecer le ofende; y casi la primera palabra articulada que habla, es llamar puta á su ama, ó á su madre.

Cip. Asi es verdad, y yo confieso mi yerro, y quiero que me le perdones, pues te he perdonado tantos: echemos pelillos á la mar (como dicen los muchachos) y no murmuremos de aqui ade-

adelante, y sigue tu cuento, que le dexaste en la autoridad con que los hijos del Mercader tu amo iban al estudio de la Compañia de Jesus.

Berg. Á él me encomiendo en todo acontecimiento; y aunque el dexar de murmurar lo tengo por dificultoso, pienso usar de un remedio, que oí decir que usaba un gran jurador, el qual arrepentido de su mala costumbre, cada vez que despues de su arrepentimiento juraba, se daba un pellizco en el brazo ó besaba la tierra en pena de su culpa; pero con todo esto juraba: asi yo cada vez que fuere contra el precepto que me has dado de que no murmure, y contra la intencion que tengo de no murmurar, me morderé el pico de la lengua, de modo que me duela, y me acuerde de mi culpa para no volver á ella.

Cip. Tal es ese remedio, que si usas de él, espero que te has de morder tantas veces, que has de quedar sin lengua, y asi quedarás imposibilitado de murmurar.

Berg. Á lo menos yo haré de mi parte mis diligencias, y supla las faltas el Cielo. Y asi digo que los hijos de mi amo se dexaron un dia un cartapacio en el patio, donde yo á la sazon estaba, y como estaba enseñado á llevar la esportilla del xifero mi amo, así del vademecum, y fuime tras ellos con intencion de no soltarle hasta el estudio: sucedióme todo como lo deseaba, que mis amos que me vieron venir con el vademecum en la boca, asido sutilmente de las cin-

tas, mandaron á un page me le quitase; mas yo no lo consentí, ni le solté hasta que entré en el aula con él, cosa que causó risa á todos los Estudiantes: lleguéme al mayor de mis amos, y á mi parecer con mucha crianza se le puse en las manos, y quedéme sentado en cuclillas á la puerta de la aula, mirando de hito en hito al Maestro que en la catedra leía. No sé que tiene la virtud, que con alcanzarseme á mí tan poco ó nada de ella, luego recibí gusto de ver el amor, el termino, la solicitud, y la industria, con que aquellos benditos Padres y Maestros enseñaban á aquellos niños, enderezando las tiernas varas de su juventud, porque no torciesen ni tomasen mal siniestro en el camino de la virtud, que juntamente con las letras les mostraban: consideraba como los reñian con suavidad, los castigaban con misericordia, los animaban con exemplos, los incitaban con premios, y los sobrellevaban con cordura: y finalmente como les pintaban la fealdad y horror de los vicios, y les dibuxaban la hermosura de las virtudes, para que aborrecidos ellos y amadas ellas consiguiesen el fin para que fueron criados.

Cip. Muy bien dices, Berganza, porque yo he oido decir de esa bendita gente, que para republicos del mundo no los hay tan prudentes en todo él, y para guiadores y adalides del camino del Cielo, pocos les llegan: son espejos donde se mira la honestidad, la Catolica doctrina, la singular prudencia, y finalmente la humildad pro-

fun-

funda, basa sobre quien se levanta todo el edificio de la bienaventuranza.

Berg. Todo es asi como lo dices : y siguiendo mi historia, digo que mis amos gustaron de que les llevase siempre el vademecum, con lo qual tenia una vida de Rey, y aun mejor, porque era descansada, á causa que los Estudiantes dieron en burlarse conmigo, y domestiquéme con ellos de tal manera, que me metian la mano en la boca, y los mas chiquillos subian sobre mí: arrojaban los bonetes ó sombreros, y yo se los volvia á la mano limpiamente, y con muestras de grande regocijo : dieron en darme de comer quanto ellos podian, y gustaban de ver que quando me daban nueces ó avellanas, las partia como mona, dexando las cascaras, y comiendo lo tierno : tal hubo, que por hacer prueba de mi habilidad, me traxo en un pañuelo gran cantidad de ensalada, la qual comí como si fuera persona. Era tiempo de Invierno, quando campean en Sevilla los molletes y mantequillas, de quien era tan bien servido, que mas de dos Antonios se empeñaron ó vendieron para que yo almorzase. Finalmente yo pasaba una vida de Estudiante sin hambre y sin sarna, que es lo mas que se puede encarecer para decir que era buena; porque si la sarna y la hambre no fuesen tan unas con los Estudiantes, en las vidas no habria otra de mas gusto y pasatiempo, porque corren parejas en ella la virtud y el gusto, y se pasa la mocedad aprendiendo y holgandose : de esta gloria y

de esta quietud me vino á quitar una Señora, que á mi parecer llaman por ahí razon de estado, que quando con ella se cumple, se ha de descumplir con otras razones muchas. Es el caso, que á aquellos Señores Maestros les pareció que la media hora que hay de licion á licion, la ocupaban los Estudiantes no en repasar las liciones, sino en holgarse conmigo; y asi ordenaron á mis amos que no me llevasen mas al estudio: obedecieron, volvieronme á casa, y á la antigua guarda de la puerta, y sin acordarse Señor el viejo de la merced que me habia hecho, de que de dia y de noche anduviese suelto, volví á entregar el cuello á la cadena, y el cuerpo á una esterilla que detras de la puerta me pusieron. Ay amigo Cipion, si supieses quan dura cosa es de sufrir el pasar de un estado felice á un desdichado! Mira, quando las miserias y desdichas tienen larga la corriente y son continuas, ó se acaban presto con la muerte, ó la continuacion de ellas hace un habito y costumbre en padecerlas, que suele en su mayor rigor servir de alivio; mas quando de la suerte desdichada y calamitosa, sin pensarlo y de improviso se sale á gozar de otra suerte prospera, venturosa, y alegre, y de alli á poco se vuelve á padecer la suerte primera y á los primeros trabajos y desdichas, es un dolor tan riguroso, que sino acaba la vida, es por atormentarla mas viviendo. Digo en fin que volví á mi racion perruna, y á los huesos que una negra de casa me arrojaba, y aun estos me dezma-

maban dos gatos romanos, que como sueltos y ligeros, erales facil quitarme lo que no caía debaxo del distrito que alcanzaba mi cadena. Cipion hermano, asi el Cielo te conceda el bien que deseas, que sin que te enfades me dexes ahora filosofar un poco; porque si dexase de decir las cosas que en este instante me han venido á la memoria de aquellas que entonces me ocurrieron, me parece que no sería mi historia cabal, ni de fruto alguno.

Cip. Advierte, Berganza, no sea tentacion del demonio esa gana de filosofar, que dices te ha venido; porque no tiene la murmuracion mejor velo para paliar y encubrir su maldad disoluta, que darse á entender el murmurador, que todo quanto dice son sentencias de Filosofos, y que el decir mal es reprehension, y el descubrir los defectos agenos buen zelo, y no hay vida de ningun murmurante, que si la consideras y escudriñas, no la halles llena de vicios y de insolencias: y debaxo de saber esto, filosofea ahora quanto quisieres.

Berg. Seguro puedes estar, Cipion, de que mas murmure, porque asi lo tengo propuesto. Es pues el caso, que como me estaba todo el dia ocioso, y la ociosidad sea madre de los pensamientos, di en repasar por la memoria algunos latines que me quedaron en ella de muchos que oí quando fui con mis amos al estudio, con que á mi parecer me hallé algo mas mejorado de entendimiento, y determiné, como si hablar supiera, apro-

aprovecharme de ellos en las ocasiones que se me ofreciesen; pero en manera diferente de la que se suelen aprovechar algunos ignorantes. Hay algunos Romancistas, que en las conversaciones disparan de quando en quando con algun latin breve y compendioso, dando á entender á los que no lo entienden, que son grandes latinos, y apenas saben declinar un nombre, ni conjugar un verbo.

Cip. Por menor daño tengo ese, que el que hacen los que verdaderamente saben latin, de los quales hay algunos tan imprudentes, que hablando con un Zapatero ó con un Sastre, arrojan latines como agua.

Berg. De eso podrémos inferir que tanto peca el que dice latines delante de quien los ignora, como el que los dice ignorandolos.

Cip. Pues otra cosa puedes advertir, y es que hay algunos que no les excusa el ser latinos de ser asnos.

Berg. Pues quién lo duda? la razon está clara, pues quando en tiempo de los Romanos hablaban todos latin como lengua materna suya, algun majadero habria entre ellos, á quien no excusaria el hablar latin dexar de ser necio.

Cip. Para saber callar en romance, y hablar en latin, discrecion es menester, hermano Berganza.

Berg. Asi es, porque tambien se puede decir una necedad en latin, como en romance, y yo he visto Letrados tontos, y Gramaticos pesados,

y

y Romancistas vareteados con sus listas de latin, que con mucha facilidad pueden enfadar al mundo no una, sino muchas veces.

Cip. Dexemos esto, y comienza á decir tus filosofias.

Berg. Ya las he dicho: estas son que acabo de decir.

Cip. Quáles?

Berg. Estas de los latines y romances, que yo comencé, y tú acabaste.

Cip. Al murmurar llamas filosofar? asi va ello: canoniza, canoniza, Berganza, á la maldita plaga de la murmuracion, y dale el nombre que quisieres, que ella dará á nosotros el de Cinicos, que quiere decir perros murmuradores; y por tu vida que calles ya, y sigas tu historia.

Berg. Cómo la tengo de seguir, si callo?

Cip. Quiero decir, que la sigas de golpe, sin que la hagas que parezca pulpo segun la vas añadiendo colas.

Berg. Habla con propiedad, que no se llaman colas las del pulpo.

Cip. Ese es el error que tuvo el que dixo que no era torpedad, ni vicio nombrar las cosas por sus propios nombres, como sino fuese mejor, ya que sea forzoso nombrarlas, decirlas por circunloquios y rodeos, que templen la asquerosidad que causa el oirlas por sus mismos nombres: las honestas palabras dan indicio de la honestidad del que las pronuncia ó las escribe.

Berg. Quiero creerte, y digo que no contenta

mi

mi fortuna de haberme quitado de mis estudios, y de la vida que en ellos pasaba tan regocijada y compuesta, y haberme puesto atraillado tras de una puerta, y de haber trocado la liberalidad de los Estudiantes en la mezquindad de la negra, ordenó de sobresaltarme en lo que ya por quietud y descanso tenia: mira, Cipion, ten por cierto y averiguado como yo lo tengo, que al desdichado las desdichas le buscan y le hallan, aunque se esconda en lo ultimo de la tierra: digolo, porque la negra de casa estaba enamorada de un negro asimismo esclavo de casa, el qual negro dormia en el zaguan que es entre la puerta de la calle y la de en medio, detras de la qual yo estaba, y no se podian juntar sino de noche, y para esto habian hurtado ó contrahecho las llaves; y asi las mas de las noches baxaba la negra, y tapandome la boca con algun pedazo de carne ó queso, abria al negro con quien se daba buen tiempo, facilitandolo mi silencio, y á costa de muchas cosas que la negra hurtaba: algunos dias me estragaron la conciencia las dadivas de la negra, pareciendome que sin ellas se me apretarian las hijadas, y daria de mastin en galgo; pero en efecto, llevado de mi buen natural, quise responder á lo que á mi amo debia, pues tiraba sus gages y comia su pan, como lo deben hacer no solo los perros honrados, á quienes se les da renombre de agradecidos, sino todos aquellos que sirven.

Cip. Esto sí, Berganza, quiero que pase por

Fi-

Filosofia, porque son razones que consisten en buena verdad, y en buen entendimiento; y adelante, y no hagas soga por no decir cola de tu historia.

Berg. Primero te quiero rogar me digas, si es que lo sabes, qué quiere decir Filosofia? que aunque yo la nombro, no sé lo que es, solo me doy á entender que es cosa buena.

Cip. Con brevedad te lo diré. Este nombre se compone de dos nombres Griegos, que son, filos y sofia: filos quiere decir amor, y sofia la ciencia: asi que Filosofia significa amor de la ciencia, y Filosofo amador de la ciencia.

Berg. Mucho sabes, Cipion, quién diablos te enseñó á tí nombres Griegos?

Cip. Verdaderamente, Berganza, que eres simple, pues de esto haces caso; porque estas son cosas que las saben los niños de la escuela, y tambien hay quien presume saber la lengua Griega sin saberla, como la Latina ignorandola.

Berg. Eso es lo que yo digo, y quisiera que á estos tales los pusieran en una prensa, y á fuerza de vueltas les sacaran el jugo de lo que saben, porque no anduviesen engañando el mundo con el oropel de sus gregüescos rotos y sus latines falsos, como hacen los Portugueses con los negros de Guinea.

Cip. Ahora si, Berganza, que te puedes morder la lengua, y tarazarmela yo, porque todo quanto decimos es murmurar.

Berg. Sí, que no estoy obligado á hacer lo que

he

he oido decir, que hizo uno llamado Corondas, Tirio, el qual puso ley que ninguno entrase en el Ayuntamiento de su Ciudad con armas, so pena de la vida: descuidóse de esto, y otro dia entró en el Cabildo ceñida la espada: advirtieronselo, y acordandose de la pena por él puesta, al momento desenvaynó su espada, y se pasó con ella el pecho, y fue el primero que puso, y quebrantó la ley, y pagó la pena. Lo que yo dixe no fue poner ley, sino prometer que me morderia la lengua quando murmurase; pero ahora no van las cosas por el tenor y rigor de las antiguas: hoy se hace una ley, y mañana se rompe, y quizá conviene que asi sea: ahora promete uno de enmendarse de sus vicios, y de alli á un momento cae en otros mayores: una cosa es alabar la disciplina, y otra el darse con ella, y en efecto, del dicho al hecho hay gran trecho: muerdase el diablo, que yo no quiero morderme, ni hacer finezas detras de una estera, donde de nadie soy visto que pueda alabar mi honrosa determinacion.

Cip. Segun eso, Berganza, si tú fueras persona, fueras hipocrita, y todas las obras que hicieras, fueran aparentes, fingidas y falsas, cubiertas con la capa de la virtud, solo porque te alabaran, como todos los hipocritas hacen?

Berg. No sé lo que entonces hiciera, esto sé que quiero hacer ahora, que es no morderme, quedandome tantas cosas por decir, que no sé como ni quando podré acabarlas, y mas estando

do temeroso, que al salir del Sol nos hemos de quedar á escuras, faltandonos la habla.

Cip. Mejor lo hará el Cielo, sigue tu historia, y no te desvies del camino carretero con impertinentes digresiones; y asi por larga que sea, la acabarás presto.

Berg. Digo pues, que habiendo visto la insolencia, ladronicio, y deshonestidad de los negros, determiné como buen criado estorbarlo por los mejores medios que pudiese, y pude tan bien, que salí con mi intento. Baxaba la negra como has oido, á refocilarse con el negro, fiada en que me enmudecian los pedazos de carne, pan ó queso que me arrojaba: mucho pueden las dadivas, Cipion.

Cip. Mucho: no te diviertas, pasa adelante.

Berg. Acuerdome, que quando estudiaba, oí decir al Preceptor un refran latino, que ellos llaman adagio, que decia: *Habet bovem in lingua.*

Cip. Ó que en hora mala hayais encaxado vuestro latin! tan presto se te ha olvidado lo que poco ha diximos contra los que entremeten latines en las conversaciones de romance?

Berg. Este latin viene aqui de molde: que has de saber que los Atenienses usaban entre otras de una moneda sellada con la figura de un buey, y quando algun Juez dexaba de decir ó hacer lo que era razon y justicia por estar cohechado, decian: Este tiene el buey en la lengua.

Cip. La aplicacion falta.

Berg. No está bien clara, si las dadivas de la ne–

negra me tuvieron muchos dias mudo, que ni queria ni osaba ladrar quando baxaba á verse con su negro enamorado? por lo que vuelvo á decir que pueden mucho las dadivas.

Cip. Ya te he respondido que pueden mucho; y si no fuera por no hacer ahora una larga digresion, con mil exemplos probara lo mucho que las dadivas pueden, mas quizá lo diré, si el Cielo me concede tiempo, lugar, y habla para contarte mi vida.

Berg. Dios te dé lo que deseas, y escucha. Finalmente mi buena intencion rompió por las malas dadivas de la negra, á la qual baxando una noche muy obscura á su acostumbrado pasatiempo, arremetí sin ladrar, porque no se alborotasen los de casa, y en un instante le hice pedazos toda la camisa, y le arranqué un pedazo de un muslo: burla que fue bastante á tenerla de veras mas de ocho dias en la cama, fingiendo para con sus amos no sé qué enfermedad. Sanó, volvió otra noche, y yo volví á la pelea con ella, y sin morderla la arañé todo el cuerpo como si la hubiera cardado como manta: nuestras batallas eran á la sorda, de las quales salia siempre vencedor, y la negra mal parada, y peor contenta; pero sus enojos se parecian bien en mi pelo y en mi salud, alzóseme con la racion y los huesos, y los mios poco á poco iban señalando los nudos del espinazo: con todo esto, aunque me quitaron el comer, no me pudieron quitar el ladrar. Pero la negra por acabarme de una

vez

vez me traxo una esponja frita con manteca: conocí la maldad, vi que era peor que comer zarazas; porque á quien la come se le hincha el estomago, y no sale de él sin llevarse tras sí la vida: y pareciendome ser imposible guardarme de las asechanzas de tan indignados enemigos, acordé de poner tierra en medio, quitandome de delante de sus ojos: halléme un dia suelto, y sin decir á Dios á ninguno de casa, me puse en la calle, y á menos de cien pasos me deparó la suerte el Alguacil, que dixe al principio de mi historia que era grande amigo de mi amo Nicolás el Romo, el qual apenas me hubo visto, quando me conoció y me llamó por mi nombre: tambien le conocí yo, y al llamarme, me llegué á él con mis acostumbradas ceremonias y caricias: asióme del cuello, y dixo á los Corchetes suyos: Este es famoso perro de ayuda, que fue de un grande amigo mio, llevemosle á casa. Holgaronse los Corchetes, y dixeron que si era de ayuda, á todos sería de provecho: quisieron asirme para llevarme, y mi amo dixo que no era menester asirme, que yo me iria, porque le conocia. Haseme olvidado decirte que las carlancas con puntas de acero que saqué quando me desgarré y ausenté del ganado, me las quitó un Gitano en una venta, y ya en Sevilla andaba sin ellas; pero el Alguacil me puso un collar tachonado todo de laton morisco. Considera, Cipion, ahora esta rueda variable de la fortuna mia: ayer me vi Estudiante, y hoy me ves Corchete.

Cip.

Cip. Asi va el mundo, y no hay para que te pongas ahora á exâgerar los vayvenes de fortuna, como si hubiera mucha diferencia de ser mozo de un xifero á serlo de un Corchete: no puedo sufrir ni llevar en paciencia oir las quejas que dan de la fortuna algunos hombres, que la mayor que tuvieron, fue tener premisas y esperanzas de llegar á ser escuderos: con qué maldiciones la maldicen! con quantos improperios la deshonran! y no por mas de que porque piense el que los oye, que de la alta, prospera y buena ventura han venido á la desdichada y baxa en que los miran.

Berg. Tienes razon; y has de saber que este Alguacil tenia amistad con un Escribano con quien se acompañaba: estaban los dos amancebados con dos mugercillas, no de poco mas á menos, sino de menos en todo: verdad es que tenian algo de buenas caras; pero mucho de desenfado, y de taymeria putesca: estas les servian de red y de anzuelo para pescar en seco en esta forma: Vestianse de suerte, que por la pinta descubrian la figura, y á tiro de arcabuz mostraban ser damas de la vida libre: andaban siempre á caza de extrangeros, y quando llegaba la Vendeja á Cadiz y á Sevilla, llegaba la huella de su ganancia, no quedando Breton con quien no embistiesen, y en cayendo el grasiento con alguna de estas limpias, avisaban al Alguacil y al Escribano adonde y á qué posada iban, y en estando juntos les daban asalto, y los prendian

por

por amancebados; pero nunca los llevaban á la carcel, á causa que los extrangeros siempre redimian la vexacion con dineros. Sucedió pues, que la Colindres (que asi se llamaba la amiga del Alguacil) pescó un Breton, unto y visunto: concertó con él cena y noche en su posada: dió el cañuto á su amigo, y apenas se habian desnudado, quando el Alguacil, el Escribano, dos Corchetes, y yo dimos con ellos. Alborotaronse los amantes, exâgeró el Alguacil el delito, mandólos vestir á toda priesa para llevarlos á la carcel, afligióse el Breton, terció movido de caridad el Escribano, y á puros ruegos reduxo la pena á solos cien reales. Pidió el Breton unos follados de camuza, que habia puesto en una silla á los pies de la cama, donde tenia dineros para pagar su libertad, y no parecieron los follados ni podian parecer; porque asi como yo entré en el aposento, llegó á mis narices un olor de tocino que me consoló todo, descubríle con el olfato, y halléle en una faltriquera de los follados: digo que hallé en ella un pedazo de jamon famoso, y por gozarle y poderle sacar sin rumor, saqué los follados á la calle, y alli me entregué en el jamon á toda mi voluntad, y quando volví al aposento, hallé que el Breton daba voces, diciendo en lenguage adultero y bastardo aunque se entendia, que le volviesen sus calzas, que en ellas tenia cincuenta escuti de oro in oro: imaginó el Escribano ó que la Colindres, ó los Corchetes se los habian robado: el Alguacil pensó

lo

lo mismo: llamólos aparte, no confesó ninguno, y dieronse al diablo todos. Viendo yo lo que pasaba, volví á la calle donde habia dexado los follados, para volverlos, pues á mí no me aprovechaba nada el dinero, no los hallé, porque ya algun venturoso que pasó, se los habia llevado. Como el Alguacil vió que el Breton no tenia dinero para el cohecho, se desesperaba, y pensó sacar de la huespeda de casa lo que el Breton no tenia: llamóla, y vino medio desnuda, y como oyó las voces y quejas del Breton, y á la Colindres desnuda y llorando, al Alguacil en colera, y al Escribano enojado, y á los Corchetes despabilando lo que hallaban en el aposento, no le plugo mucho: mandó el Alguacil que se cubriese, y se viniese con él á la carcel, porque consentia en su casa hombres y mugeres de mal vivir. Aqui fue ello: aqui sí que fue quando se aumentaron las voces, y creció la confusion, porque dixo la huespeda: Señor Alguacil, y Señor Escribano, no conmigo tretas, que entreveo toda costura: no conmigo dixes ni póleos, callen la boca, y vayanse con Dios; sino por mi santiguada que arroje el bodegon por la ventana, y que saque á plaza toda la chirinola de esta historia, que bien conozco á la Señora Colindres, y tambien sé que ha muchos meses que es su cobertor el Señor Alguacil, y no hagan que me aclare mas, sino vuelvase el dinero á este Señor, y quedemos todos por buenos; porque yo soy muger honrada, y tengo

un

un marido con su carta de executoria, y con *à perpenan rei de memoria*, con sus colgaderos de plomo, Dios sea loado, y hago este oficio muy limpiamente, y sin daño de barras: el arancel tengo clavado donde todo el mundo le vea, y no conmigo cuentos, que por Dios que sé despolvorearme: bonita soy yo, para que por mi orden entren mugeres con los huespedes: ellos tienen las llaves de sus aposentos, y yo no soy quince, que tengo de ver tras siete paredes. Pasmados quedaron mis amos de haber oido la arenga de la huespeda, y de ver como les leía la historia de sus vidas; pero como vieron que no tenian de quien sacar dinero, si de ella no, porfiaban en llevarla á la carcel. Quejabase ella al Cielo de la sinrazon é injusticia que la hacian, estando su marido ausente, y siendo tan principal hidalgo. El Breton bramaba por sus cincuenta escuti: los Corchetes porfiaban, que ellos no habian visto los follados, ni Dios permitiese tal. El Escribano por lo callado insistia al Alguacil que mirase los vestidos de la Colindres, que le daba sospecha que ella debia de tener los cincuenta escuti, por tener de costumbre visitar los escondrijos y faltriqueras de aquellos que con ella se envolvian. Ella decia que el Breton estaba borracho, y que debia de mentir en lo del dinero. En efecto todo era confusion, gritos y juramentos, sin llevar modo de apaciguarse, ni se apaciguaran, si al instante no entrara en el aposento el Teniente de Asistente, que viniendo

á visitar aquella posada, las voces le llevaron adonde era la grita: preguntó la causa de aquellas voces: la huespeda se la dió muy por menudo: dixo quien era la ninfa Colindres, que ya estaba vestida: publicó la publica amistad suya y del Alguacil, echó en la calle sus tretas y modo de robar, disculpóse á sí misma de que con su consentimiento jamas habia entrado en su casa muger de mala sospecha: canonizóse por santa, y á su marido por un bendito, y dió voces á una moza que fuese corriendo y traxese de un cofre la carta executoria de su marido, para que la viese el Señor Teniente, diciendole que por ella echaria de ver, que muger de tan honrado marido no podia hacer cosa mala, y que si tenia aquel oficio de casa de camas, era á no poder mas, que Dios sabía lo que le pesaba, y si quisiera ella mas tener alguna renta y pan quotidiano para pasar la vida, que tener aquel exercicio. El Teniente enfadado de su mucho hablar, y presumir de executoria, le dixo: Hermana camera, yo quiero creer que vuestro marido tiene carta de hidalguia, con que vos me confeseis que es hidalgo mesonero. Y con mucha honra, respondió la huespeda, y qué linage hay en el mundo, por bueno que sea, que no tenga algun dime y direte? Lo que yo os digo, hermana, es que os cubrais, que habeis de venir á la carcel: la qual nueva dió con ella en el suelo, arañóse el rostro, alzó el grito; pero con todo eso el Teniente demasiadamente severo los llevó á todos á

la

la carcel: conviene á saber al Breton, á la Colindres, y á la huespeda. Despues supe que el Breton perdió sus cincuenta escuti, y mas dicen, que le condenaron en las costas: la huespeda pagó otro tanto: y la Colindres salió libre por la puerta afuera; y el mismo dia que la soltaron, pescó á un Marinero que pagó por el Breton con el mismo embuste del soplo: porque veas, Cipion, quantos y quan grandes inconvenientes nacieron de mi golosina.

Cip. Mejor dixeras de la bellaqueria de tu amo.

Berg. Pues escucha, que aun mas adelante tiraba la barra, puesto que me pesa de decir mal de Alguaciles y de Escribanos.

Cip. Sí, que decir mal de uno, no es decirlo de todos: sí, que muchos y muy muchos Escribanos hay buenos, fieles y legales, y amigos de hacer placer, sin daño de tercero: sí, que no todos entretienen los pleytos, ni avisan á las partes, ni todos llevan mas de sus derechos, ni todos van buscando é inquiriendo las vidas agenas para ponerlas en tela de juicio, ni todos se aunan con el Juez para hazme la barba, y hacertehe el copete, ni todos los Alguaciles se conciertan con los vagabundos y fulleros, ni tienen todos las amigas como la de tu amo para sus embustes: muchos y muy muchos hay hidalgos por naturaleza, y de hidalgas condiciones: muchos no son arrojados, insolentes, ni mal criados, ni rateros como los que andan por los mesones midiendo las espadas á los extrangeros, y hallan-

dolas un pelo mas de la marca, destruyen á sus dueños: sí, que no todos como prenden sueltan, y son Jueces y Abogados quando quieren.

Berg. Mas alto picaba mi amo, otro camino era el suyo: presumia de valiente y de hacer prisiones famosas, sustentaba la valentia sin peligro de su persona, pero á costa de su bolsa: un dia acometió en la puerta de Xerez él solo á seis famosos rufianes, sin que yo le pudiese ayudar en nada, porque llevaba con un freno de cordel impedida la boca (que asi me traía de dia, y de noche me le quitaba): quedé maravillado de ver su atrevimiento, su brio, y su denuedo; asi se entraba y salia por las seis espadas de los rufos, como si fueran varas de mimbre: era cosa maravillosa ver la ligereza con que acometia, las estocadas que tiraba, los reparos, la cuenta, el ojo alerta porque no le tomasen las espaldas. Finalmente él quedó en mi opinion y en la de todos quantos la pendencia miraron y supieron, por un nuevo Radamonte, habiendo llevado á sus enemigos desde la puerta de Xerez hasta los marmoles del Colegio de Maese Rodrigo, que hay mas de cien pasos: dexólos encerrados, y volvió á coger los trofeos de la batalla, que fueron tres vaynas, y luego se las fue á mostrar al Asistente, que si mal no me acuerdo, lo era entonces el Licenciado Sarmiento de Valladares, famoso por la destruicion de la Sauceda. Miraban á mi amo por las calles do pasaba, señalandole con el dedo, como si dixeran: aquel es el va-

valiente que se atrevió á reñir solo con la flor de los bravos de la Andalucia. En dar vueltas á la Ciudad para dexarse ver, se pasó lo que quedaba del dia; y la noche nos halló en Triana en una calle junto al molino de la polvora, y habiendo mi amo avizorado (como en la xacara se dice) si alguien le veía, se entró en una casa, y yo tras él, y hallamos en el patio á todos los jayanes de la pendencia sin capas, ni espadas, y todos desabrochados; y uno que debia de ser el huesped, tenia un gran jarro de vino en la una mano, y en la otra una copa grande de taberna, la qual colmandola de vino generoso y espumante, brindaba á toda la compañia: apenas hubieron visto á mi amo, quando todos se fueron á él con los brazos abiertos, y todos le brindaron, y él hizo la razon á todos, y aun la hiciera á otros tantos, si le fuera algo en ello, por ser de condicion afable y amigo de no enfadar á nadie por pocas cosas. Quererte yo contar ahora lo que alli se trató, la cena que cenaron, las peleas que se contaron, los hurtos que se refirieron, las damas que de su trato se calificaron y las que se reprobaron, las alabanzas que los unos á los otros se dieron, los bravos ausentes que se nombraron, la destreza que alli se puso en su punto, levantandose en mitad de la cena á poner en practica las tretas que se les ofrecian, esgrimiendo con las manos, los vocablos tan exquisitos de que usaban, y finalmente el talle de la persona del huesped, á quien todos respetaban

ban como á Señor y padre ; sería meterme en un laberinto donde no me fuese posible salir quando quisiese. Finalmente vine á entender con toda certeza, que el dueño de la casa, á quien llamaban Monipodio, era encubridor de ladrones y pala de rufianes, y que la gran pendencia de mi amo habia sido primero concertada con ellos, con las circunstancias del retirarse y de dexar las vaynas, las quales pagó mi amo alli luego de contado, con todo quanto Monipodio dixo que habia costado la cena, que se concluyó casi al amanecer con mucho gusto de todos ; y fue su postre dar soplo á mi amo de un rufian forastero que nuevo y flamante habia llegado á la Ciudad, debia de ser mas valiente que ellos, y de envidia le soplaron : prendióle mi amo la noche siguiente desnudo en la cama, que si vestido estuviera, yo vi en su talle, que no se dexara prender tan á mano salva. Con esta prision que sobrevino sobre la pendencia, creció la fama de mi cobarde amo, que lo era mas que una liebre, y á fuerza de meriendas y tragos sustentaba la fama de ser valiente, y todo quanto con su oficio y con sus inteligencias grangeaba, se le iba y desaguaba por la canal de la valentia. Pero ten paciencia, y escucha ahora un cuento que le sucedió, sin añadir ni quitar de la verdad una tilde. Dos ladrones hurtaron en Antequera un caballo muy bueno, traxeronle á Sevilla, y para venderle sin peligro usaron de un ardid, que á mi parecer tiene del agudo y del discreto:

fue-

fueronse á posar á posadas diferentes, y el uno se fue á la justicia, y pidió por una peticion que Pedro de Losada le debia quatrocientos reales prestados, como aparecia por una cedula firmada de su nombre, de la qual hacia presentacion. Mandó el Teniente que el tal Losada reconociese la cedula, y que si la reconociese por suya, le sacasen prendas de la cantidad, ó le pusiesen en la carcel: tocó hacer esta diligencia á mi amo y al Escribano su amigo: llevóles el ladron á la posada del otro, y al punto reconoció su firma, y confesó la deuda, y señaló por prenda de la execucion el caballo, el qual visto por mi amo, le creció el ojo, y le marcó por suyo, si acaso se vendiese. Dió el ladron por pasados los terminos de la ley, y el caballo se puso en venta, y se remató en quinientos reales en un tercero que mi amo echó de manga, para que se le comprase: valia el caballo tanto y medio mas de lo que dieron por él; pero como el bien del vendedor estaba en la brevedad de la venta, á la primer postura remató su mercaderia. Cobró el un ladron la deuda que no le debian, y el otro la carta de pago que no habia menester, y mi amo se quedó con el caballo, que para él fue peor que el Seyano lo fue para sus dueños. Mondaron luego la haza los ladrones, y de alli á dos dias, despues de haber trastejado mi amo las guarniciones, y otras faltas del caballo, pareció sobre él en la plaza de San Francisco, mas hueco y pomposo, que aldeano vestido de fiesta: dieronle mil

pa-

parabienes de la compra, afirmandole que valia ciento y cincuenta ducados, como un huevo un maravedí, y él volteando y revolviendo el caballo, representaba su tragedia en el teatro de la referida plaza. Y estando en sus caracoles y rodeos, llegaron dos hombres de buen talle y de mejor ropage, y el uno dixo: Vive Dios, que este es pie de hierro mi caballo, que ha pocos dias que me le hurtaron en Antequera! Todos los que venian con él, que eran quatro criados, dixeron que asi era la verdad, que aquel era pie de hierro el caballo que le habian hurtado. Pasmóse mi amo, querellóse el dueño, hubo pruebas, y fueron las que hizo el dueño tan buenas, que salió la sentencia en su favor, y mi amo fue desposeido del caballo. Supose la burla, y la industria de los ladrones, que por manos é intervencion de la misma justicia vendieron lo que habian hurtado, y casi todos se holgaban de que la codicia de mi amo le hubiese rompido el saco: y no paró en esto su desgracia, que aquella noche saliendo á rondar el mismo Asistente, por haberle dado noticia que hácia los barrios de San Julian andaban ladrones, al pasar de una encrucijada vieron pasar un hombre corriendo, y dixo á este punto el Asistente, asiendome por el collar y zuzandome: Al ladron, Gavilan, ea, Gavilan hijo, al ladron. Yo, á quien ya tenian cansado las maldades de mi amo, por cumplir lo que el Señor Asistente me mandaba sin discrepar en nada, arremetí con mi propio amo,

y sin que pudiese valerse, di con él en el suelo, y si no me le quitaran, yo hiciera á mas de quatro vengados: quitaronme con mucha pesadumbre de entrambos. Quisieran los Corchetes castigarme, y aun matarme á palos, y lo hicieran, si el Asistente no les dixera: No le toque nadie, que el perro hizo lo que yo le mandé. Entendióse la malicia, y yo sin despedirme de nadie, por un agujero de la muralla salí al campo, y antes que amaneciese ya estaba yo en Mayrena, que es un lugar que está quatro leguas de Sevilla. Quiso mi buena suerte, que hallé alli una Compañia de Soldados, que segun oí decir se iban á embarcar á Cartagena: estaban en ella quatro rufianes de los amigos de mi amo; y el Tambor era uno, que habia sido Corchete y gran chocarrero, como lo suelen ser los mas Tambores: conocieronme todos, y todos me hablaron, y asi me preguntaban por mi amo, como si les hubiera de responder; pero el que mas aficion me mostró, fue el Tambor, y asi determiné de acomodarme con él, si él quisiese, y seguir aquella jornada, aunque me llevase á Italia ó á Flandes; porque me parece á mí, y aun á tí te debe parecer lo mismo, que puesto que dice el refran: Quien necio es en su Villa, necio es en Castilla: el andar tierras, y comunicar con diversas gentes, hace á los hombres discretos.

Cip. Es eso tan verdad, que me acuerdo haber oido decir á un amo que tuve de bonisimo ingenio, que al famoso Griego llamado Ulises le dieron

ron renombre de prudente, por solo haber andado muchas tierras, y comunicado con diversas gentes, y varias Naciones; y asi alabo la intencion que tuviste de irte donde te llevasen.

Berg. Es pues el caso, que el Tambor, por tener con que mostrar mas sus chocarrerias, comenzó á enseñarme á baylar al son del tambor, y á hacer otras monerias tan agenas de poder aprenderlas otro perro que no fuera yo, como las oirás quando te las diga: por acabarse el districto de la comision se marchaba poco á poco: no habia Comisario que nos limitase: el Capitan era mozo, pero muy buen Caballero y gran Christiano: el Alferez no habia muchos meses que habia dexado la Corte y el tinelo: el Sargento era moatrero y sagaz, y grande arriero de Compañias desde donde se levantan hasta el embarcadero: iba la Compañia llena de rufianes churrulleros, los quales hacian algunas insolencias por los lugares por do pasabamos, que redundaban en maldecir á quien no lo merecia: infelicidad es del buen Principe ser culpado de sus subditos por la culpa de sus subditos, á causa que los unos son verdugos de los otros sin culpa del Señor, pues aunque quiera y lo procure, no puede remediar estos daños, porque todas ó las mas cosas de la guerra traen consigo aspereza, riguridad, y desconveniencia. En fin en menos de quince dias, con mi buen ingenio y con la diligencia que puso el que habia escogido por patron, supe saltar por el Rey de Francia, y á no

sal-

saltar por la mala tabernera: enseñóme á hacer corbetas como caballo Napolitano, y á andar á la redonda como mula de tahona, con otras cosas, que si yo no tuviera cuenta en no adelantarme á mostrarlas, pusiera en duda si era algun demonio en figura de perro el que las hacia: pusome nombre del perro sabio, y no habiamos llegado al alojamiento, quando tocando su tambor, andaba por todo el lugar pregonando que todas las personas que quisiesen venir á ver las maravillosas gracias y habilidades del perro sabio, en tal casa, ó en tal hospital las mostraban á ocho maravedis ó á quatro, segun era el pueblo de grande ó pequeño. Con estos encarecimientos no quedaba persona en todo el lugar, que no me fuese á ver, y ninguno habia que no saliese admirado, y contento de haberme visto. Triunfaba mi amo con la mucha ganancia, y sustentaba seis camaradas como unos Reyes. La codicia y la envidia despertó en los rufianes voluntad de hurtarme, y andaban buscando ocasion para ello, que esto de ganar el comer holgando, tiene muchos aficionados, y golosos: por esto hay tantos titiriteros en España, tantos que muestran retablos, tantos que venden alfileres y coplas, que todo su caudal, aunque lo vendiesen todo, no llega á poderse sustentar un dia; y con esto los unos y los otros no salen de los bodegones y tabernas en todo el año, por do me doy á entender que de otra parte, que de la de sus oficios sale la coriente de sus

bor-

borracheras: toda esta gente es vagabunda, inutil, y sin provecho, esponjas del vino, y gorgojos del pan.

Cip. No mas, Berganza, no volvamos á lo pasado, sigue, que se va la noche, y no querria què al salir del Sol quedasemos á la sombra del silencio.

Berg. Tenle, y escucha. Como sea cosa facil añadir á lo ya inventado, viendo mi amo quan bien sabía imitar el corsel Napolitano, hizome unas cubiertas de guadamacil, y una silla pequeña, que me açomodó en las espaldas, y sobre ella puso una figura liviana de un hombre con una lancilla de correr sortija, y enseñóme á correr derechamente á una sortija que entre dos palos ponia; y el dia que habia de correrla, pregonaba que aquel dia corria sortija el perro sabio, y hacia otras nuevas y nunca vistas galanterias, las quales de mi santiscario, como dicen, las hacia, por no sacar mentiroso á mi amo. Llegamos pues por nuestras jornadas contadas á Montilla, Villa del famoso y gran Christiano Marques de Priego, Señor de la Casa de Aguilar, y de Montilla. Alojaron á mi amo, porque él lo procuró, en un hospital: echó luego el ordinario bando, y como ya la fama se habia adelantado á llevar las nuevas de las habilidades y gracias del perro sabio, en menos de una hora se llenó el patio de gente. Alegróse mi amo, viendo que la cosecha iba de guilla, y mostróse aquel dia chocarrero en demasía. Lo primero en que

co-

comenzaba la fiesta, era en los saltos que yo daba por un aro de cedazo que parecia de cuba: conjurabame por las ordinarias preguntas, y quando él baxaba una varilla de mimbre que en la mano tenia, era señal del salto; y quando la tenia alta, de que me estuviese quedo. El primero conjuro de este dia (memorable entre todos los de mi vida) fue decir: Ea, Gavilan amigo, salta por aquel viejo verde que tú conoces, que se escabecha las barbas, y sino quieres, salta por la pompa y aparato de Doña Pimpinela de Plafagonia, que fue compañera de la moza Gallega que servia en Valdeastillas. No te quadra el conjuro, hijo Gavilan? pues salta por el Bachiller Pasillas, que se firma Licenciado sin tener grado alguno. O qué perezoso estás! por qué no saltas? pero ya entiendo y alcanzo tus marrullerias: ahora salta por el licor de Esquivias, famoso á par del de Ciudad-Real, San Martin, y Ribadavia. Baxó la varilla, y salté yo, y noté sus malas entrañas. Volvióse luego al pueblo, y en voz alta dixo: No piense Vmd. senado valeroso, que es cosa de burla lo que este perro sabe: veinte y quatro piezas le tengo enseñadas, que por la menor de ellas volaria un gavilan, quiero decir, que por ver la menor se pueden caminar treinta leguas: sabe baylar la zarabanda y chacona mejor que su inventora misma: bebese un azumbre de vino sin dexar gota: entona un sol, fa, mi, re, tan bien como un Sacristan: todas estas cosas y otras muchas que me

que-

quedan por decir, las irán viendo vuesas mercedes en los dias que estuviere aqui la Compañia; y por ahora dé otro salto nuestro sabio, y luego entrarémos en lo grueso. Con esto suspendió el auditorio, que habia llamado senado, y les encendió el deseo de no dexar de ver todo lo que yo sabía. Volvióse á mí mi amo, y dixo: Volved, hijo Gavilan, y con gentil agilidad y destreza deshaced los saltos que habeis hecho; pero ha de ser á devocion de la famosa hechicera, que dicen que hubo en este lugar. Apenas hubo dicho esto, quando alzó la voz la hospitalera, que era una vieja al parecer de mas de sesenta años, diciendo: Bellaco, charlatan, embaidor, aqui no hay hechicera alguna: si lo decís por la Camacha, ya ella pagó su pecado, y está donde Dios se sabe: si lo decís por mí, chocarrero, ni yo soy, ni he sido hechicera en mi vida; y si he tenido fama de haberlo sido, merced á los testigos falsos, y á la ley del encaxe, y al Juez arrojadizo y mal informado, ya sabe todo el mundo la vida que hago en penitencia no de los hechizos que no hice, sino de otros muchos pecados que como pobre pecadora he cometido: asi que, socarron, tamborilero, salid del hospital; si no, por vida de mi santiguada que os haga salir mas que de paso: y con esto comenzó á dar tantos gritos, y á decir tantas y tan atropelladas injurias á mi amo, que le puso en confusion y sobresalto: finalmente, no dexó que pasase adelante la fiesta en ningun modo.

No

No le pesó á mi amo del alboroto, porque se quedó con los dineros, y aplazó para otro dia y en otro hospital lo que en aquel habia faltado. Fuese la gente maldiciendo á la vieja, añadiendo al nombre de hechicera el de bruxa, y el de barbuda sobre vieja. Con todo esto nos quedamos en el hospital aquella noche, y encontrandome la vieja en el corral solo, me dixo: Eres tú, hijo, Montiel? eres tú por ventura, hijo? Alcé la cabeza, y miréla muy de espacio: lo qual visto por ella, con lagrimas en los ojos se vino á mí, y me echó los brazos al cuello, y si la dexara, me besara en la boca; pero tuve asco, y no lo consentí.

Cip. Bien hiciste, porque no es regalo, sino tormento el besar ni dexar besarse de una vieja.

Berg. Esto que ahora te quiero contar, te lo habia de haber dicho al principio de mi cuento, y asi excusaramos la admiracion que nos causó el vernos con habla; porque has de saber, que la vieja me dixo: Hijo Montiel, vente tras mí, y sabrás mi aposento, y procura que esta noche nos veamos á solas en él, que yo dexaré abierta la puerta, y sabe que tengo muchas cosas que decirte de tu vida y para tu provecho. Baxé yo la cabeza en señal de obedecerla, por lo qual ella se acabó de enterar en que yo era el perro Montiel que buscaba, segun despues me lo dixo. Quedé atonito y confuso, esperando la noche, por ver en lo que paraba aquel misterio ó prodigio de haberme hablado la vieja; y como

ha–

habia oido llamarla de hechicera, esperaba de su vista y habla grandes cosas. Llegóse en fin el punto de verme con ella en su aposento, que era obscuro, estrecho y baxo, y solamente claro con la debil luz de un candil de barro, que en él estaba: atizóle la vieja, y sentóse sobre una arquilla, y llegóme junto á sí, y sin hablar palabra me volvió á abrazar, y yo volví á tener cuenta con que no me besase. Lo primero que me dixo, fue: Bien esperaba yo en el Cielo que antes que estos mis ojos se cerrasen con el ultimo sueño, te habia de ver, hijo mio, y ya que te he visto, venga la muerte, y lleveme de esta cansada vida: has de saber, hijo, que en esta Villa vivió la mas famosa hechicera que hubo en el mundo, á quien llamaron la Camacha de Montilla: fue tan unica en su oficio, que las Eritos, las Circes, las Medeas, de quien he oido decir que están las historias llenas, no la igualaron: ella congelaba las nubes quando queria, cubriendo con ellas la faz del Sol; y quando se le antojaba, volvia sereno el mas turbado Cielo: traía los hombres en un instante de lejas tierras: remediaba maravillosamente las doncellas que habian tenido algun descuido en guardar su entereza: cubria á las viudas de modo, que con honestidad fuesen deshonestas: descasaba casadas, y casaba las que ella queria: por Diciembre tenia rosas frescas en su jardin, y por Enero segaba trigo: esto de hacer nacer berros en una artesa, era lo menos que ella hacia, ni el hacer ver en

un

un espejo, ó en la uña de una criatura los vivos, ó los muertos que le pedian que mostrase: tuvo fama que convertia los hombres en animales, y que se habia servido de un Sacristan seis años en forma de asno real y verdaderamente, lo que yo nunca he podido alcanzar cómo se haga; porque lo que se dice de aquellas antiguas magas, que convertian los hombres en bestias, dicen los que mas saben que no era otra cosa, sino que ellas con su mucha hermosura y con sus halagos atraían los hombres de manera á que las quisiesen bien, y los sujetaban de suerte sirviendose de ellos en todo quanto querian, que parecian bestias; pero en tí, hijo mio, la experiencia me muestra lo contrario, que sé que eres persona racional, y te veo en semejanza de perro, si ya esto no se hace con aquella ciencia, que llaman Tropelia, que hace parecer una cosa por otra. Sea lo que fuere, lo que me pesa es que yo ni tu madre, que fuimos discipulas de la buena Camacha, nunca llegamos á saber tanto como ella, y no por falta de ingenio, sino por sobra de su malicia, que nunca quiso enseñarnos las cosas mayores, porque las reservaba para ella. Tu madre, hijo, se llamó la Montiela, que despues de la Camacha fue famosa: yo me llamo la Cañizares, si ya no tan sabia como las dos, á lo menos de tan buenos deseos como qualquiera de ellas: verdad es, que en el animo que tu madre tenia de hacer, y entrar en un cerco, y encerrarse en él con una legion de demonios, no le

hacia ventaja la misma Camacha: yo fui siempre algo medrosilla, con conjurar media legion me contentaba; pero con paz sea dicho de entrambas, en esto de conficionar las unturas con que las bruxas nos untamos, á ninguna de las dos diera ventaja, ni la daré á quantas hoy siguen y guardan nuestras reglas: que has de saber, hijo, que como yo he visto y veo que la vida que corre sobre las ligeras alas del tiempo, se acaba, he querido dexar todos los vicios de la hechiceria en que estaba engolfada muchos años habia, y solo me he quedado con la curiosidad de ser bruxa, que es un vicio dificultosisimo de dexar: tu madre hizo lo mismo, de muchos vicios se apartó, muchas buenas obras hizo en esta vida; pero al fin murió bruxa, y no murió de enfermedad alguna, sino de dolor de que supo que la Camacha su maestra, de envidia que la tuvo porque se le iba subiendo á las barbas en saber tanto como ella, ó por otra pendenzuela de zelos que nunca pude averiguar, estando tu madre preñada, y llegandose la hora del parto, fue su comadre la Camacha, la qual recibió en sus manos lo que tu madre parió, y mostróle que habia parido dos perritos; y asi como los vió, dixo: Aqui hay maldad, aqui hay bellaqueria; pero, hermana Montiela, tu amiga soy, yo encubriré este parto, y atiende tú á estar sana, y haz cuenta que esta tu desgracia queda sepultada en el mismo silencio, no te dé pena alguna este suceso, pues ya sabes tú que puedo yo saber

ber que sino es con Rodriguez el ganapan, tu amigo, dias ha que no tratas con otro; asi que este perruno parto de otra parte viene, y algun misterio contiene. Admiradas quedamos tu madre, y yo que me hallé presente á todo, del extraño suceso. La Camacha se fue y se llevó los cachorros: yo me quedé con tu madre para asistir á su regalo, la qual no podia creer lo que le habia sucedido. Llegóse el fin de la Camacha, y estando en la ultima hora de su vida llamó á tu madre, y le dixo como ella habia convertido á sus hijos en perros por cierto enojo que con ella tuvo; pero que no tuviese pena, que ellos volverian á su sér quando menos lo pensasen; mas que no podia ser primero que ellos por sus mismos ojos viesen lo siguiente:

Volverán en su forma verdadera,
Quando vieren con presta diligencia
Derribar los soberbios levantados,
Y alzar á los humildes abatidos
Con poderosa mano para hacerlo.

Esto dixo la Camacha á tu madre al tiempo de su muerte como ya te he dicho: tomólo tu madre por escrito y de memoria, y yo lo fixé en la mia para si sucediese tiempo de poderlo decir á alguno de vosotros; y para poder conoceros, á todos los perros que veo de tu color, los llamo con el nombre de tu madre no por pensar que los perros han de saber el nombre, sino por ver

si respondian á ser llamados tan diferentemente como se llaman los otros perros: y esta tarde como te vi hacer tantas cosas, y que te llaman el perro sabio, y tambien como alzaste la cabeza á mirarme quando te llamé en el corral, he creido que tú eres hijo de la Montiela, á quien con grandisimo gusto doy noticia de tus sucesos y del modo con que has de cobrar tu forma primera, el qual modo quisiera yo que fuera tan facil como el que se dice de Apuleyo en el Asno de oro, que consistia en solo comer una rosa; pero este tuyo va fundado en acciones agenas, y no en tu diligencia. Lo que has de hacer, hijo, es encomendarte á Dios allá en tu corazon, y espera que estas, que no quiero llamarlas profecias sino adivinanzas, han de suceder presto y prosperamente; que pues la buena de la Camacha las dixo, sucederán sin duda alguna, y tú, y tu hermano, si es vivo, os vereis como deseais: de lo que á mí me pesa, es que estoy tan cerca de mi acabamiento, que no tendré lugar de verlo: muchas veces he querido preguntar á mi cabron qué fin tendrá vuestro suceso; pero no me he atrevido, porque nunca á lo que le preguntamos responde á derechas, sino con razones torcidas y de muchos sentidos: asi que á este nuestro amo y Señor no hay que preguntarle nada, porque con una verdad mezcla mil mentiras, y á lo que yo he colegido de sus respuestas, él no sabe nada de lo por venir de cierto, sino por conjeturas: con todo esto nos trae tan engañadas á las

que

que somos bruxas, que con hacernos mil burlas, no le podemos dexar : vamos á verle muy lejos de aqui á un gran campo, donde nos juntamos infinidad de gente, bruxos y bruxas, y alli nos da de comer desabridamente, y pasan otras cosas, que en verdad, y en Dios, y en mi anima, que no me atrevo á contarlas segun son de sucias y asquerosas, y no quiero ofender tus castas orejas : hay opinion que no vamos á estos convites sino con la fantasia, en la qual nos representa el demonio las imagenes de todas aquellas cosas, que despues contamos que nos han sucedido : otros dicen que no, sino que verdaderamente vamos en cuerpo y en anima; y entrambas opiniones tengo para mí que son verdaderas, puesto que nosotras no sabemos quando vamos de una ó de otra manera, porque todo lo que nos pasa en la fantasia, es tan intensamente, que no hay diferenciarlo de quando vamos real y verdaderamente : algunas experiencias de esto han hecho los Señores Inquisidores con algunas de nosotras que han tenido presas, y pienso que han hallado ser verdad lo que digo : quisiera yo, hijo, apartarme de este pecado, y para ello he hecho mis diligencias : heme acogido á ser hospitalera, curo á los pobres, y algunos se mueren que me dan á mí la vida con lo que me mandan, ó con lo que se les queda entre los remiendos, por el cuidado que yo tengo de espulgarlos los vestidos : rezo poco y en publico, murmuro mucho y en secreto : vame mejor con ser hipocrita,

que

que con ser pecadora declarada: las apariencias de mis buenas obras presentes van borrando en la memoria de los que me conocen, las malas obras pasadas. En efecto la santidad fingida no hace daño á ningun tercero, sino al que la usa. Mira, hijo Montiel, este consejo te doy, que seas bueno en todo quanto pudieres; y si has de ser malo, procura no parecerlo en todo quanto pudieres: bruxa soy, no te lo niego, bruxa y hechicera fue tu madre, que tampoco te lo puedo negar; pero las buenas apariencias de las dos podian acreditarnos en todo el mundo: tres dias antes que muriese habiamos estado las dos en un valle de los montes Pirineos en una gran gira; y con todo eso quando murió fue con tal sosiego y reposo, que si no fueron algunos visages que hizo un quarto de hora antes que rindiese el alma, no parecia sino que estaba en aquella cama como en un talamo de flores: llevaba atravesados en el corazon sus dos hijos, y nunca quiso aun en el articulo de la muerte perdonar á la Camacha: tal era ella de entera y firme en sus cosas: yo le cerré los ojos, y fui con ella hasta la sepultura: alli la dexé para no verla mas, aunque no tengo perdída la esperanza de verla antes que me muera; porque se ha dicho por el lugar, que la han visto algunas personas andar por los cimenterios, y encrucijadas en diferentes figuras, y quizá alguna vez la toparé yo, y le preguntaré si manda que haga alguna cosa en descargo de su conciencia. Cada cosa de estas,

que

que la vieja me decia en alabanza de la que decia ser mi madre, era una lanzada que me atravesaba el corazon, y quisiera arremeter á ella, y hacerla pedazos entre los dientes; y si lo dexé de hacer, fue porque no le tomase la muerte en tan mal estado. Finalmente me dixo que aquella noche pensaba untarse para ir á uno de sus usados convites, y que quando allá estuviese, pensaba preguntar á su dueño algo de lo que estaba por sucederme. Quisierale yo preguntar, qué unturas eran aquellas que decia? y parece que me leyó el deseo, pues respondió á mi intento como si se lo hubiera preguntado, pues dixo: Este ungüento con que las bruxas nos untamos, es compuesto de jugos de yerbas en todo extremo frios, y no es como dice el vulgo, hecho con la sangre de los niños que ahogamos. Aqui pudieras tambien preguntarme, qué gusto ó provecho saca el demonio de hacernos matar las criaturas tiernas, pues sabe que estando bautizadas, como inocentes y sin pecado se van al Cielo, y él recibe pena particular con cada alma Christiana que se le escapa? Á lo que no te sabré responder otra cosa, sino lo que dice el refran: que tal hay que se quiebra dos ojos, porque su enemigo se quiebre uno; y por la pesadumbre que da á sus padres, matandoles los hijos, que es la mayor que se puede imaginar; y lo que mas le importa, es hacer que nosotras cometamos á cada paso tan cruel y perverso pecado: y todo esto lo permite Dios por nuestros

pe-

pecados, que sin su permision yo he visto por experiencia que no puede ofender el diablo á una hormiga; y es tan verdad esto, que rogandole yo una vez que destruyese una viña de un mi enemigo, me respondió que ni aun tocar á una hoja de ella no podia, porque Dios no queria: por lo qual podrás venir á entender, quando seas hombre, que todas las desgracias que vienen á las gentes, á los reynos, á las ciudades, y á los pueblos, las muertes repentinas, los naufragios, las caidas, en fin todos los males que llaman de daño, vienen de la mano del Altisimo, y de su voluntad permitente: y los daños y males, que llaman de culpa, vienen y se causan por nosotros mismos. Dios es impecable, de do se infiere que nosotros somos autores del pecado, formandole en la intencion, en la palabra, y en la obra: todo permitiendolo Dios por nuestros pecados, como ya he dicho. Dirás tú ahora, hijo, si es que acaso me entiendes, que quien me hizo á mí Teologa? y aun quizá dirás entre tí: Cuerpo de tal con la puta vieja, por qué no dexa de ser bruxa, pues sabe tanto; y se vuelve á Dios, pues sabe que está mas pronto á perdonar pecados, que á permitirlos? Á esto te respondo como si me lo preguntaras, que la costumbre del vicio se vuelve en naturaleza, y este de ser bruxas se convierte en sangre y carne, y en medio de su ardor que es mucho, trae un frio que pone el alma tal, que la resfria y entorpece aun en la Fe, de donde nace un olvido de sí

mis-

misma, y ni se acuerda de los temores con que Dios la amenaza, ni de la gloria con que la convida; y en efecto como es pecado de carne y deleytes, es fuerza que amortigüe todos los sentidos, y los embelese, y absorte, sin dexarlos usar sus oficios como deben, y asi quedando el alma inutil, floxa y desmazalada, no puede levantar la consideracion siquiera á tener algun buen pensamiento; y asi dexandose estar sumida en la profunda sima de su miseria, no quiere alzar la mano á la de Dios, que se la está dando por sola su misericordia, para que se levante: yo tengo una de estas almas que te he pintado, todo lo veo, y todo lo entiendo; y como el deleyte me tiene echados grillos á la voluntad, siempre he sido y seré mala. Pero dexemos esto, y volvamos á lo de las unturas, y digo que son tan frias, que nos privan de todos los sentidos en untandonos con ellas, y quedamos tendidas en el suelo, y entonces dicen que en la fantasia pasamos todo aquello que nos parece pasar verdaderamente. Otras veces acabadas de untar, á nuestro parecer mudamos forma, y convertidas en gallos, lechuzas ó cuervos, vamos al lugar donde nuestro dueño nos espera, y alli cobramos nuestra primera forma, y gozamos de los deleytes, que te dexo de decir por ser tales, que la memoria se escandaliza en acordarse de ellos, y asi la lengua huye de contarlos; y con todo esto soy bruxa, y cubro con la capa de la hipocresia todas mis muchas faltas: verdad es, que si algu-

nos

nos me estiman y honran por buena, no faltan muchos que me dicen no dos dedos del oido el nombre de las fiestas, que es el que nos imprimió la furia de un Juez colerico, que en los tiempos pasados tuvo que ver conmigo y con tu madre, depositando su ira en las manos de un verdugo, que por no estar sobornado usó de toda su plena potestad y rigor con nuestras espaldas; pero esto ya pasó, y todas las cosas se pasan, las memorias se acaban, las vidas no vuelven, las lenguas se cansan, los sucesos nuevos hacen olvidar los pasados, hospitalera soy, buenas muestras doy de mi proceder, buenos ratos me dan mis unturas, no soy tan vieja, que no pueda vivir un año, puesto que tengo setenta y cinco; y ya que no puedo ayunar por la edad, ni rezar por los vaguidos, ni andar romerias por la flaqueza de mis piernas, ni dar limosna porque soy pobre, ni pensar en bien porque soy amiga de murmurar, y para haberlo de hacer es forzoso pensarlo primero; asi que siempre mis pensamientos han de ser malos: con todo esto sé que Dios es bueno, y misericordioso, y que él sabe lo que ha de ser de mí, y basta, y quedese aqui esta platica, que verdaderamente me entristece: ven, hijo, y verásme untar, que todos los duelos con pan son menos: el buen dia meterle en casa, pues mientras se rie, no se llora; quiero decir, que aunque los gustos que nos da el demonio son aparentes y falsos, todavia nos parecen gustos, y el deleyte mucho mayor es ima-

gi-

ginado, que gozado, aunque en los verdaderos gustos debe de ser al contrario. Levantóse en diciendo esta larga arenga, y tomando el candil, se entró en otro aposentillo mas estrecho: seguíla, combatido de mil varios pensamientos, y admirado de lo que habia oido, y de lo que esperaba ver. Colgó la Cañizares el candil en la pared, y con mucha priesa se desnudó hasta la camisa, y sacando de un rincon una olla vidriada, metió en ella la mano, y murmurando entre dientes, se untó de los pies á la cabeza que tenia sin toca; y antes que se acabase de untar me dixo, que ora se quedase su cuerpo en aquel aposento sin sentido, ora desapareciese de él, que no me espantase, ni dexase de aguardar alli hasta la mañana, porque sabria las nuevas de lo que me quedaba por pasar hasta ser hombre. Dixele baxando la cabeza, que sí haria, y con esto acabó su untura, y se tendió en el suelo como muerta: llegué mi boca á la suya, y vi que no respiraba poco ni mucho. Una verdad te quiero confesar, Cipion amigo, que me dió gran temor verme encerrado en aquel estrecho aposento con aquella figura delante, la qual te la pintaré como mejor supiere. Ella era larga de mas de siete pies, toda era notomia de huesos, cubiertos con una piel negra, bellosa y curtida, con la barriga que era de badana, se cubria las partes deshonestas, y aun le colgaba hasta la mitad de los muslos: las tetas semejaban dos vexigas de vaca secas y arrugadas, denegridos los labios,

tras-

traspillados los dientes, la nariz corva y entablada, desencaxados los ojos, la cabeza desgreñada, las mexillas chupadas, angosta la garganta, y los pechos sumidos: finalmente toda era flaca y endemoniada. Puseme de espacio á mirarla, y á priesa comenzó á apoderarse de mí el miedo, considerando la mala vision de su cuerpo y la peor ocupacion de su alma: quise morderla por ver si volvia en sí, y no hallé parte en toda ella, que el asco no me lo estorbase; pero con todo eso la así de un carcañal, y la saqué arrastrando al patio; mas ni por esto dió muestras de tener sentido. Alli con mirar el Cielo y verme en parte ancha, se me quitó el temor, á lo menos se templó de manera, que tuve animo de esperar á ver en lo que paraba la ida y vuelta de aquella mala hembra, y lo que me contaba de mis sucesos. En esto me preguntaba yo á mí mismo: Quién hizo á esta mala vieja tan discreta y tan mala? de dónde sabe ella quales son males de daño, y quales de culpa? cómo entiende y habla tanto de Dios, y obra tanto del diablo? cómo peca tan de malicia, no excusandose con ignorancia? En estas consideraciones se pasó la noche, y se vino el dia que nos halló á los dos en mitad del patio: ella no vuelta en sí, y á mí junto á ella en cuclillas, atento mirando su espantosa y fea catadura. Acudió la gente del hospital, y viendo aquel retablo, unos decian: Ya la bendita Cañizares es muerta, mirad quan desfigurada y flaca la tenia

la

la penitencia: otros mas considerados la tomaron el pulso, y vieron que le tenia, y que no era muerta, por do se dieron á entender que estaba en extasis, y arrobada de puro buena: otros hubo que dixeron: Esta puta vieja sin duda debe de ser bruxa, y debe de estar untada, que nunca los Santos hacen tan deshonestos arrobos, y hasta ahora entre los que la conocemos, mas fama tiene de bruxa, que de santa: curiosos hubo, que se llegaron á hincarle alfileres por las carnes desde la punta hasta la cabeza, ni por esto recordaba la dormilona, ni volvió en sí hasta las siete del dia, y como se sintió acribada de los alfileres, y mordida de los carcañales, y magullada del arrastramiento fuera de su aposento, y á vista de tantos ojos que la estaban mirando, creyó, y creyó la verdad, que yo habia sido el autor de su deshonra: y asi arremetió á mí, y echandome ambas manos á la garganta, procuraba ahogarme, diciendo: Ó bellaco, desagradecido, ignorante, y malicioso, y es este el pago que merecen las buenas obras que á tu madre hice, y de las que te pensaba hacer á tí? Yo que me vi en peligro de perder la vida entre las uñas de aquella fiera arpia, sacudíme, y asiendola de las luengas faldas de su vientre, la zamarreé y arrastré por todo el patio, y ella daba voces, que la librasen de los dientes de aquel maligno espiritu. Con estas razones de la mala vieja creyeron los mas que yo debia de ser algun demonio de los que tienen ojeriza continua con los

bue-

buenos Christianos, y unos acudieron á echarme agua bendita, otros no osaban llegar á quitarme, otros daban voces que me conjurasen, la vieja gruñia, yo apretaba los dientes, crecia la confusion, y mi amo que ya habia llegado al ruido, se desesperaba, oyendo decir que yo era demonio: otros, que no sabian de exôrcismos, acudieron á tres ó quatro garrotes, con los quales comenzaron á santiguarme los lomos: escocióme la burla, solté la vieja, y en tres saltos me puse en la calle, y en pocos mas salí de la Villa perseguido de una infinidad de muchachos que iban á grandes voces diciendo: Apartense, que rabia el perro sabio: otros decian: No rabia, sino que es demonio en figura de perro. Con este molimiento á campana herida salí del pueblo, siguiendome muchos que indubitablemente creyeron que era demonio, asi por las cosas que me habian visto hacer, como por las palabras que la vieja dixo quando despertó de su maldito sueño: dime tanta priesa á huir y á quitarme delante de sus ojos, que creyeron que me habia desaparecido como demonio: en seis horas anduve doce leguas, y llegué á un rancho de Gitanos, que estaba en un campo junto á Granada: alli me reparé un poco, porque algunos de los Gitanos me conocieron por el perro sabio, y con no pequeño gozo me acogieron y escondieron en una cueva, porque no me hallasen si me fuesen buscando, con intencion á lo que despues entendí de ganar conmigo, como lo hacia el

Tam-

Tambor mi amo. Veinte dias estuve con ellos, en los quales supe y noté su vida y costumbres, que por ser notables, es forzoso que te las cuente.

Cip. Antes, Berganza, que pases adelante, es bien que reparemos en lo que te dixo la bruxa, y averigüemos si puede ser verdad la grande mentira á quien das credito. Mira, Berganza, grandisimo disparate sería creer que la Camacha pudiese mudar los hombres en bestias, y que el Sacristan en forma de jumento la sirviese los años que dicen que la sirvió: todas estas cosas y las semejantes son embelecos, mentiras, ó apariencias del demonio; y si á nosotros nos parece ahora que tenemos algun entendimiento y razon, pues hablamos siendo verdaderamente perros, ó estando en su figura, ya hemos dicho que este es caso portentoso y jamas visto, y que aunque le tocamos con las manos, no le habemos de dar credito hasta tanto que el suceso de él nos muestre lo que conviene que creamos. Quiereslo ver mas claro? considera en quan vanas cosas, y en quan tontos puntos dixo la Camacha que consistia nuestra restauracion, y que aquellas que á tí te deben parecer profecias, no son sino palabras de consejas, ó cuentos de viejas, como aquellos del caballo sin cabeza, y de la varilla de virtudes, con que se entretienen al fuego las dilatadas noches del Invierno, porque á ser otra cosa ya estaban cumplidas; sino es, que sus palabras se han de tomar en un sentido, que he oido decir se llama alegorico, el qual sentido no quiere

re decir lo que la letra suena, sino otra cosa, que aunque diferente, le haga semejanza, y asi, decir:

> Volverán en su forma verdadera,
> Quando vieren con presta diligencia
> Derribar los soberbios levantados,
> Y alzar á los humildes abatidos
> Con poderosa mano para hacerlo:

Tomandolo en el sentido que he dicho, pareceme que quiere decir que cobrarémos nuestra forma, quando vieremos que los que ayer estaban en la cumbre de la rueda de la fortuna, hoy están hollados y abatidos á los pies de la desgracia, y tenidos en poco de aquellos que mas los estimaban: y asimismo quando vieremos que otros que no ha dos horas que no tenian de este mundo otra parte, que servir en él de numero que acrecentase el de las gentes, y ahora están tan encumbrados sobre la buena dicha, que los perdemos de vista; y si primero no parecian por pequeños y encogidos, ahora no los podemos alcanzar por grandes y levantados: y si en esto consistiera volver nosotros á la forma que dices, ya lo hemos visto y lo vemos á cada paso: por do me doy á entender que no en el sentido alegorico, sino en el literal se han de tomar los versos de la Camacha; ni tampoco en este consiste nuestro remedio, pues muchas veces hemos visto lo que dicen, y nos estamos tan perros, como

mo ves: asi que la Camacha fue burladora falsa, y la Cañizares embustera, y la Montiela tonta, maliciosa, y bellaca, con perdon sea dicho, si acaso es nuestra madre de entrambos, ó tuya, que yo no la quiero por madre. Digo pues, que el verdadero sentido es un juego de bolos, donde con presta diligencia derriban los que están en pie, y vuelven á alzar los caidos, y esto por la mano de quien lo puede hacer. Mira pues, si en el discurso de nuestra vida habremos visto jugar á los bolos, y si hemos visto por esto haber vuelto á ser hombres, si es que lo somos.

Berg. Digo que tienes razon, Cipion hermano, y que eres mas discreto de lo que pensaba, y de lo que has dicho vengo á pensar, y creer que todo lo que hasta aqui hemos pasado, y lo que estamos pasando, es sueño, y que somos perros; pero no por esto dexemos de gozar de este bien de la habla que tenemos, y de la excelencia tan grande de tener discurso humano todo el tiempo que pudieremos; y asi no te canse el oirme contar lo que me pasó con los Gitanos que me escondieron en la cueva.

Cip. De buena gana te escucho por obligarte á que me escuches quando te cuente, si el Cielo fuere servido, los sucesos de mi vida.

Berg. La que tuve con los Gitanos, fue considerar en aquel tiempo sus muchas malicias, sus embaimientos, y los hurtos en que se exercitan asi Gitanas como Gitanos desde el punto casi que salen de las mantillas, y saben andar: ves la

multitud que hay de ellos esparcida por España? pues todos se conocen, y tienen noticia los unos de los otros, y trasiegan y trasponen los hurtos de estos en aquellos, y los de aquellos en estos: dan la obediencia mejor que á su Rey, á uno que ellos llaman Conde, el qual y todos los que de él suceden, tienen el sobrenombre de Maldonado; y no porque vengan del apellido de este noble linage, sino porque un page de un Caballero de este nombre se enamoró de una Gitana muy hermosa, la qual no quiso condescender á su amor, ni cumplir su deseo, sino se hacia Gitano y la tomaba por muger: hizolo asi el page, y agradó tanto á los demas Gitanos, que le alzaron por Señor y le dieron la obediencia; y como en señal de vasallage le acuden con parte de los hurtos que hacen, como sean de importancia. Ocupanse por dar color á su ociosidad en labrar cosas de hierro, haciendo instrumentos con que facilitan sus hurtos; y asi los verás siempre traer á vender por las calles tenazas, barrenas, martillos, trebedes y badiles: todas ellas son parteras, y en esto llevan ventaja á las nuestras, porque sin costa ni adherentes sacan sus partos á luz, y lavan las criaturas con agua fria en naciendo; y desde que nacen hasta que mueren, se curten y muestran á sufrir las inclemencias y rigores del Cielo; y asi verás que todos son alentados, volteadores, corredores y bayladores: casanse siempre entre ellos, porque no salgan sus malas costumbres á ser conocidas

de

de otros : ellas guardan el decoro á sus maridos, y pocas hay que les ofendan con otros que no sean de su generacion : quando piden limosna, mas la sacan con invenciones y chocarrerias, que con devociones, y á titulo que no hay quien se fie de ellas, no sirven, y dan en ser holgazanas; y pocas ó ninguna vez he visto, si mal no me acuerdo, ninguna Gitana al pie del Altar comulgando, puesto que muchas veces he entrado en las Iglesias : son sus pensamientos imaginar como han de engañar, y donde han de hurtar : confieren sus hurtos, y el modo que tuvieron en hacerlos; y asi un dia contó un Gitano delante de mí á otros un engaño y hurto que un dia habia hecho á un Labrador, y fue, que el Gitano tenia un asno rabon, y en el pedazo de la cola que tenia sin cerdas, le ingirió otra peluda, que parecia ser suya natural : sacóle al mercado, comprósele un Labrador por diez ducados; y en habiendosele vendido y cobrado el dinero, le dixo que si queria comprarle otro asno hermano del mismo, y tan bueno como el que llevaba, que se le venderia por mas buen precio. Respondióle el Labrador que fuese por él, y le traxese, que él se le compraria, y que en tanto que volviese, llevaria el que habia comprado á su posada. Fuese el Labrador y siguióle el Gitano, y sea como sea, el Gitano tuvo maña de hurtar al Labrador el asno que le habia vendido, y al mismo instante le quitó la cola postiza, y quedó con la suya pelada : mudóle la albarda y

xaquima, y atrevióse á ir á buscar al Labrador para que se le comprase: hallóle antes que hubiese echado menos el asno primero; y á pocos lances compró el segundo: fuesele á pagar á la posada, donde halló menos la bestia á la bestia, y aunque lo era mucho, sospechó que el Gitano se le habia hurtado, y no queria pagarle: acudió el Gitano por testigos, y traxo á los que habian cobrado la alcabala del primer jumento, y juraron que el Gitano habia vendido al Labrador un asno con una cola muy larga, y muy diferente del asno segundo que vendia. Á todo esto se halló presente un Alguacil, que hizo las partes del Gitano con tantas veras, que el Labrador hubo de pagar el asno dos veces. Otros muchos hurtos contaron, y todos, ó los mas de bestias, en quien son ellos graduados, y en lo que mas se exercitan. Finalmente ella es mala gente, y aunque muchos y muy prudentes Jueces han salido contra ellos, no por eso se enmiendan. Al cabo de veinte dias me quisieron llevar á Murcia: pasé por Granada, donde ya estaba el Capitan, cuyo Tambor era mi amo: como los Gitanos lo supieron, me encerraron en un aposento del meson donde vivian: oíles decir la causa, no me pareció bien el viage que llevaban, y asi determiné soltarme como lo hice, y saliendome de Granada, di en una huerta de un Morisco que me acogió de buena voluntad, y yo quedé con mejor, pareciendome que no me queria para mas de para guardar la huer-

huerta, oficio á mi cuenta de menos trabajo, que el de guardar ganado; y como no habia alli altercar sobre tanto mas, quanto al salario, fue cosa facil hallar el Morisco criado á quien mandar, y yo amo á quien servir. Estuve con él mas de un mes no por el gusto de la vida que tenia, sino por el que me daba saber la de mi amo, y por ella la de todos quantos Moriscos viven en España. Ó quantas, y quales cosas te pudiera decir, Cipion amigo, de esta Morisca canalla, sino temiera no poderlas dar fin en dos semanas! y si las hubiera de particularizar, no acabara en dos meses; mas en efecto habré de decir algo, y asi oye en general lo que yo vi, y noté en particular de esta buena gente. Por maravilla se hallará entre tantos uno que crea derechamente en la sagrada ley Christiana: todo su intento es acuñar y guardar dinero acuñado, y para conseguirle trabajan, y no comen: en entrando el real en su poder, como no sea sencillo le condenan á carcel perpetua y á escuridad eterna, de modo que ganando siempre, y gastando nunca, llegan y amontonan la mayor cantidad de dinero que hay en España: ellos son su hucha, su polilla, sus picazas, y sus comadrejas: todo lo allegan, todo lo esconden, y todo lo tragan: considerese que ellos son muchos, y que cada dia ganan, y esconden poco ó mucho, y que una calentura lenta acaba la vida, como la de un tabardillo, y como van creciendo, se van aumentando los escondedores, que crecen y han de crecer

cer

cer en infinito, como la experiencia lo muestra: entre ellos no hay castidad, ni entran en Religion ellos, ni ellas: todos se casan, todos multiplican, porque el vivir sobriamente aumenta las causas de la generacion: no los consume la guerra, ni exercicio que demasiadamente los trabaje: robannos á pie quedo, y con los frutos de nuestras heredades que nos revenden, se hacen ricos: no tienen criados, porque todos lo son de sí mismos: no gastan con sus hijos en los estudios, porque su ciencia no es otra que la de robarnos: de los doce hijos de Jacob que he oido decir que entraron en Egipto, quando los sacó Moyses de aquel cautiverio, salieron seiscientos mil varones sin niños y mugeres: de aqui se podrá inferir lo que multiplicarán las de estos, que sin comparacion son en mayor numero.

Cip. Buscado se ha remedio para todos los daños que has apuntado y bosquejado en sombra, que bien sé que son mas y mayores los que callas, que los que cuentas, y hasta ahora no se ha dado con el que conviene; pero zeladores prudentisimos tiene nuestra Republica, que considerando que España cria y tiene en su seno tantas vivoras como Moriscos, ayudados de Dios hallarán á tanto daño cierta, presta, y segura salida: di adelante.

Berg. Como mi amo era mezquino, como lo son todos los de su casta, sustentabame con pan de mijo, y con algunas sobras de zahinas, comun sustento suyo; pero esta miseria me ayudó

á llevar el Cielo por un modo tan extraño, como el que ahora oirás. Cada mañana juntamente con el alba amanecia sentado al pie de un granado de muchos que en la huerta habia, un mancebo al parecer Estudiante, vestido de bayeta, no tan negra ni tan peluda, que no pareciese parda y tundida: ocupabase en escribir en un cartapacio, y de quando en quando se daba palmadas en la frente, y se mordia las uñas, estando mirando al Cielo: y otras veces se ponia tan imaginativo, que no movia pie, ni mano, ni aun las pestañas, tal era su embelesamiento. Una vez me llegué junto á él sin que me echase de ver, oíle murmurar entre dientes, y al cabo de un buen espacio dió una gran voz, diciendo: Vive el Señor, que es la mejor octava que he hecho en todos los dias de mi vida; y escribiendo apriesa en su cartapacio, daba muestras de gran contento: todo lo qual me dió á entender que el desdichado era Poeta: hicele mis acostumbradas caricias, por asegurarle de mi mansedumbre: echéme á sus pies, y él con esta seguridad prosiguió en sus pensamientos, y tornó á rascarse la cabeza, y á sus arrobos, y á volver á escribir lo que habia pensado. Estando en esto entró en la huerta otro mancebo galan y bien aderezado con unos papeles en la mano, en los quales de quando en quando leía: llegó donde estaba el primero, y dixole: Habeis acabado la primera jornada? Ahora le di fin, respondió el Poeta, lo mas gallardamente que imaginarse

pue-

puede. De qué manera? preguntó el segundo. De esta, respondió el primero. Sale su Santidad el Papa vestido de pontifical con doce Cardenales, todos vestidos de morado, porque quando sucedió el caso que cuenta la historia de mi comedia, era tiempo de *mutatio caparum*, en el qual los Cardenales no se visten de roxo, sino de morado; y asi en todas maneras conviene para guardar la propiedad, que estos mis Cardenales salgan de morado; y este es un punto que hace mucho al caso para la comedia, y á buen seguro dieran en él, y asi hacen á cada paso mil impertinencias y disparates: yo no he podido errar en esto, porque he leido todo el Ceremonial Romano por solo acertar en estos vestidos. Pues de dónde quereis vos, replicó el otro, que tenga mi autor vestidos morados para doce Cardenales? Pues si me quita uno tan solo, respondió el Poeta, asi le daré yo mi comedia, como volar: cuerpo de tal, esta apariencia tan grandiosa se ha de perder? Imaginad vos desde aqui lo que parecerá en un teatro un Sumo Pontifice con doce graves Cardenales, y con otros Ministros de acompañamiento que forzosamente han de traer consigo: vive el Cielo que sea uno de los mayores y mas altos expectaculos, que se haya visto en comedia, aunque sea la del Ramillete de Daraxa! Aqui acabé de entender que el uno era Poeta, y el otro Comediante. El Comediante aconsejó al Poeta, que cercenase algo de los Cardenales, sino queria im-

po-

posibilitar al autor el hacer la comedia. Á lo que dixo el Poeta, que le agradeciesen que no habia puesto todo el conclave que se halló junto al acto memorable, que pretendia traer á la memoria de las gentes en su felicisima comedia. Rióse el recitante, y dexóle en su ocupacion, por irse á la suya que era estudiar un papel de una comedia nueva. El Poeta, despues de haber escrito algunas coplas de su magnifica comedia, con mucho sosiego y espacio sacó de la faltriquera algunos mendrugos de pan, y obra de veinte pasas, que á mi parecer entiendo que se las conté, y aun estoy en duda si eran tantas, porque juntamente con ellas hacian bulto ciertas migajas de pan, que las acompañaban: sopló y apartó las migajas, y una á una se comió las pasas y los palillos, porque no le vi arrojar ninguno, ayudandolas con los mendrugos, que morados con la borra de la faltriquera, parecian mohosos, y eran tan duros de condicion, que aunque él procuró enternecerlos, paseandolos por la boca una y muchas veces, no fue posible moverlos de su terquedad: todo lo qual redundó en mi provecho, porque me los arrojó, diciendo: To, to, toma, que buen provecho te hagan. Mirad, dixe entre mí, que nectar, ó ambrosia me da este Poeta, de los que ellos dicen que se mantienen los Dioses, y su Apolo allá en el Cielo: en fin por la mayor parte grande es la miseria de los Poetas; pero mayor era mi necesidad, pues me obligó á comer lo que él desechaba. En tanto que du-

duró la composicion de su comedia, no dexó de venir á la huerta, ni á mí me faltaron mendrugos, porque los repartia conmigo con mucha liberalidad, y luego nos ibamos á la noria donde yo de burces y él con un cangilon satisfaciamos la sed como unos Monarcas; pero faltó el Poeta, y sobró en mí la hambre tanto, que determiné dexar al Morisco, y entrarme en la Ciudad á buscar ventura, que la halla el que se muda. Al entrar de la Ciudad vi que salia del famoso Monasterio de San Geronimo mi Poeta, que como me vió, se vino á mí con los brazos abiertos, y yo me fui á él con nuevas muestras de regocijo por haberle hallado: luego al instante comenzó á desembaular pedazos de pan mas tiernos de los que solia llevar á la huerta, y á entregarlos á mis dientes, sin repasarlos por los suyos: merced, que con nuevo gusto satisfizo mi hambre. Los tiernos mendrugos, y el haber visto salir á mi Poeta del Monasterio dicho, me pusieron en sospecha de que tenia las musas vergonzantes, como otros muchos las tienen. Encaminóse á la Ciudad, y yo le seguí con determinacion de tenerle por amo, si él quisiese, imaginando que las sobras de su castillo podian mantener mi real, porque no hay mayor ni mejor bolsa, que la de la caridad, cuyas liberales manos jamas están pobres; y asi no estoy bien con aquel refran, que dice: Mas da el duro que el desnudo; como si el duro y avaro diese algo, como lo da el liberal desnudo, que en efecto da

el

el buen deseo, quando mas no tiene. De lance en lance paramos en la casa de un autor de comedias, que á lo que me acuerdo se llamaba Angulo el Malo, por distinguirle de otro Angulo no autor sino representante, el mas gracioso que entonces tuvieron y ahora tienen las comedias. Juntóse toda la compañia á oir la comedia de mi amo, que ya por tal le tenia; y á la mitad de la jornada primera, uno á uno, y dos á dos se fueron saliendo todos, excepto el autor y yo que serviamos de oyentes. La comedia era tal, que con ser yo un asno en esto de la poesia, me pareció que la habia compuesto el mismo Satanás para total ruina y perdicion del Poeta, que ya iba tragando saliva, viendo la soledad en que el auditorio le habia dexado; y no era mucho, si el alma presaga le decia allá dentro la desgracia que le estaba amenazando, que fue volver todos los recitantes que pasaban de doce, y sin hablar palabra asieron de mi Poeta, y si no fuera porque la autoridad del autor llena de ruegos y voces se puso de por medio, sin duda le mantearan. Quedé yo del caso como pasmado, el autor desabrido, los farsantes alegres, y el Poeta mohino, el qual con mucha paciencia, aunque algo torcido el rostro, tomó su comedia, y encerrandosela en el seno, medio murmurando dixo: No es bien echar las margaritas á los puercos; y sin decir mas palabra se fue con mucho sosiego: yo de corrido ni pude ni quise seguirle, y acertélo, á causa que el autor me hi-

hizo tantas caricias, que me obligaron á que con él me quedase, y en menos de un mes salí grande entremesista y gran farsante de figuras mudas: pusieronme un freno de orillos, y me enseñaron á que arremetiese en el teatro á quien ellos querian, de modo, que como los entremeses solian acabar por la mayor parte en palos, en la compañia de mi amo acababan en zuzarme, y yo derribaba y atropellaba á todos, con que daba que reir á los ignorantes, y mucha ganancia á mi dueño. Ó Cipion, quién te pudiera contar lo que vi en esta y en otras dos compañias de comediantes, en que anduve! mas por no ser posible reducirlo á narracion sucinta y breve, lo habré de dexar para otro dia, si es que ha de haber otro dia en que nos comuniquemos. Ves quan larga ha sido mi platica? ves mis muchos y diversos sucesos? consideras mis caminos y mis amos tantos como han sido? pues todo lo que me has oido, es nada en comparacion de lo que te pudiera contar de lo que noté, averigüé, y vi de esta gente, su proceder, su vida, sus costumbres, sus exercicios, su trabajo, su ociosidad, su ignorancia, y su agudeza, con otras infinitas cosas: unas para decirse al oido; otras para aclamarlas en publico: y todas para hacer memoria de ellas, y para desengaño de muchos que idolatran en figuras fingidas, y en bellezas de artificio y transformacion.

Cip. Bien se me trasluce, Berganza amigo, el largo campo que se te descubria para dilatar tu pla-

platica, y soy de parecer que la dexes para cuento particular, y para sosiego no sobresaltado.

Berg. Sea asi, y escuchame ahora un poco. Con una compañia llegué á esta Ciudad de Valladolid, donde en un entremes me dieron una herida que me llegó casi al fin de la vida, no pude vengarme entonces por estar enfrenado, y despues á sangre fria no quise; que la venganza pensada arguye crueldad y mal animo: cansóme aquel exercicio no por ser trabajo, sino porque veía en él cosas que juntamente pedian enmienda y castigo, y como á mí me estaba mas bien el sentirlo, que el remediarlo, acordé de no verlo, y asi me acogí á sagrado, como hacen aquellos que dexan los vicios quando no pueden exercitarlos, aunque mas vale tarde que nunca. Digo pues, que viendote una noche llevar la linterna con el buen Christiano Mahudes, te consideré contento, y justa y santamente ocupado, y lleno de buena envidia quise seguir tus pasos, y con esta loable intencion me puse delante de Mahudes, que luego me eligió para tu compañero, y me traxo á este hospital: lo que en él me ha sucedido, no es tan poco que no haya menester espacio para contarlo, especialmente lo que oí á quatro enfermos, que la suerte y la necesidad traxo á este hospital y á estar todos quatro juntos en quatro camas apareadas: perdoname, porque el cuento es breve, y no sufre dilacion, y viene aqui de molde.

Cip. Sí perdono: concluye presto, que á lo

que

que creo, no debe de estar muy lejos el dia.

Berg. Digo pues que en las quatro camas, que están al cabo de esta enfermeria, en la una estaba un Alquimista, en la otra un Poeta, en la otra un Matematico, y en la otra uno de los que llaman Arbitristas.

Cip. Ya me acuerdo haber visto á esa buena gente.

Berg. Digo pues que una siesta de las del Verano pasado, estando cerradas las ventanas, y yo cogiendo el ayre debaxo de la cama del uno de ellos, el Poeta se comenzó á quejar lastimosamente de su fortuna: y preguntandole el Matematico de qué se quejaba? respondió que de su corta suerte. Cómo? y no será razon que me queje, prosiguió, que habiendo yo guardado lo que Horacio manda en su Poetica, que no salga á luz la obra que despues de compuesta no hayan pasado diez años por ella, y que tenga yo una de veinte años de ocupacion, y doce de pasante, grande en el sugeto, admirable y nueva en la invencion, grave en el verso, entretenida en los episodios, maravillosa en la division; porque el principio responde al medio y al fin, de manera que constituyen el poema alto, sonoro, heroyco, deleytable, y substancioso, y que con todo esto no hallo un Principe á quien dirigirla? Principe digo, que sea inteligente, liberal, y magnanimo: misera edad y depravado siglo nuestro! De qué trata el libro? preguntó el Alquimista. Respondió el Poeta: Trata de lo

que

que dexó de escribir el Arzobispo Turpin del Rey Artus de Inglaterra, con otro suplemento de la historia de la demanda del santo Grial, y todo en verso heroyco, parte en octavas, y parte en verso suelto; pero todo esdruxulamente, digo en esdruxulos de nombres substantivos, sin admitir verbo alguno. Á mí, respondió el Alquimista, poco se me entiende de Poesia; y asi no sabré poner en su punto la desgracia de que Vmd. se queja, puesto que aunque fuera mayor, no se igualaba á la mia, que es que por faltarme instrumento, ó un Principe que me apoye, y me dé á la mano los requisitos que la ciencia de la Alquimia pide, no estoy ahora manando en oro, y con mas riquezas que los Midas, que los Crasos, y Cresos. Ha hecho Vmd., dixo á esta sazon el Matematico, Señor Alquimista, la experiencia de sacar plata de otros metales? Yo, respondió el Alquimista, no la he sacado hasta ahora; pero realmente sé que se saca, y á mí no me faltan dos meses para acabar la piedra filosofal, con que se puede hacer plata y oro de las mismas piedras. Bien han exâgerado vuesas mercedes sus desgracias, dixo á esta sazon el Matematico; pero al fin el uno tiene libro que dirigir, y el otro está en potencia propinqua de sacar la piedra filosofal, con que quedara tan rico como lo han quedado todos aquellos que han seguido este rumbo: mas qué diré yo de la mia, que es tan sola, que no tiene donde arrimarse? veinte y dos años ha que ando tras el punto fixo,
y

y aqui lo dexo, y alli lo tomo, y pareciendome que ya lo he hallado, y que no se me puede escapar en ninguna manera, quando no me cato, me hallo tan lejos de él, que me admiro: lo mismo me acaece con la quadratura del circulo, que he llegado tan al remate de hallarla, que no sé ni puedo pensar como no la tengo ya en la faltriquera; y asi es mi pena semejable á las de Tantalo, que está cerca del fruto, y muere de hambre, y propinquo al agua, y perece de sed: por momentos pienso dar en la coyuntura de la verdad, y por minutos me hallo tan lejos de ella, que vuelvo á subir el monte que acabé de baxar con el canto de mi trabajo á cuestas, como otro nuevo Sisifo. Habia hasta este punto guardado silencio el Arbitrista, y aqui le rompió, diciendo: Quatro quejosos, tales que lo pueden ser del Gran Turco, ha juntado en este hospital la pobreza, y reniego yo de oficios y exercicios que ni entretienen ni dan de comer á sus dueños: yo, Señores, soy Arbitrista, y he dado á su Magestad en diferentes tiempos muchos y diferentes arbitrios, todos en provecho suyo, y sin daño del Reyno, y ahora tengo hecho un memorial donde le suplico me señale persona con quien comunique un nuevo arbitrio que tengo, tal que ha de ser la total restauracion de sus empeños; pero por lo que me ha sucedido con los otros memoriales, entiendo que tambien este ha de parar en el carnero: mas porque vuesas mercedes no me tengan por mente-

te-

tecato, aunque mi arbitrio quede desde este punto publico, le quiero decir, que es este: Hase de pedir en Cortes, que todos los vasallos de su Magestad desde edad de catorce á sesenta años sean obligados á ayunar una vez en el mes á pan y agua, y esto ha de ser el dia que se escogiere y señalare, y que todo el gasto que en otros condumios de fruta, carne, y pescado, vino, huevos, y legumbres se ha de hacer aquel dia, se reduzga á dinero, y se dé á su Magestad sin defraudarle un ardite so cargo de juramento, y con esto en veinte años queda libre de sacaliñas y desempeñado; porque si se hace la cuenta como yo la tengo hecha, bien hay en España mas de tres millones de personas de la dicha edad, fuera de los enfermos, mas viejos ó mas muchachos, y ninguno de estos dexará de gastar, y esto contado al menorete, cada dia real y medio, y yo quiero que no sea mas de un real, que no puede ser menos, aunque coma alholvas. Pues pareceles á vuesas mercedes, que sería barro tener cada mes tres millones de reales como aechados? y esto antes sería provecho que daño á los ayunantes; porque con el ayuno agradarian al Cielo, y servirian á su Rey, y tal podria ayunar que le fuese conveniente para su salud. Este es el arbitrio limpio de polvo y de paja, y podriase coger por Parroquias sin costa de Comisarios, que destruyen la Republica. Rieronse todos del arbitrio y del arbitrante, y él tambien se rió de sus disparates, y yo quedé admirado

de haberlos oido, y de ver que por la mayor parte los de semejantes humores venian á morir en los hospitales.

Cip. Tienes razon, Berganza: mira si te queda mas que decir.

Berg. Dos cosas no mas, con que daré fin á mi platica, que ya me parece que viene el dia. Yendo una noche mi mayor á pedir limosna en casa del Corregidor de esta Ciudad, que es un gran Caballero, y muy gran Christiano, hallamosle solo, y parecióme á mí tomar ocasion de aquella soledad para decirle ciertos advertimientos, que habia oido decir á un viejo enfermo de este hospital, acerca de como se podia remediar la perdicion tan notoria de las mozas vagamundas, que por no servir dan en malas, y tan malas, que pueblan los hospitales de los perdidos que las siguen, plaga intolerable, y que pedia presto y eficaz remedio; digo pues que queriendo decirselo, alcé la voz, pensando que tenia habla, y en lugar de pronunciar razones concertadas, ladré con tanta priesa y con tan levantado tono, que enfadado el Corregidor, dió voces á sus criados, que me echasen de la sala á palos, y un lacayo que acudió á la voz de su Señor, que fuera mejor que por entonces estuviera sordo, asió de una cantimplora de cobre que halló mas á la mano, y diómela tal en mis costillas, que hasta ahora guardo las reliquias de aquellos golpes.

Cip. Y quejaste de eso, Berganza?

Berg.

Berg. Pues no me tengo de quejar, si hasta ahora me duele, como he dicho, y si me parece que no merecia tal castigo mi buena intencion?

Cip. Mira, Berganza, nadie se ha de meter donde no lo llaman, ni ha de querer usar del oficio que por ningun caso le toca: y has de considerar que nunca el consejo del pobre, por bueno que sea, fue admitido; ni el pobre humilde ha de tener presuncion de aconsejar á los grandes, y á los que piensan que se lo saben todo: la sabiduria en el pobre está asombrada, que la necesidad y miseria son las sombras y nubes que la escurecen, y si acaso se descubre, la juzgan por tontedad, y tratan con menosprecio.

Berg. Tienes razon, y escarmentado en mi cabeza, de aqui adelante seguiré tus consejos. Entré asimismo otra noche en casa de una Señora principal, la qual tenia en los brazos una perrilla de estas que llaman de falda, tan pequeña, que la pudiera esconder en el seno, la qual quando me vió, saltó de los brazos de su Señora, y arremetió á mí ladrando, y con tan gran denuedo, que no paró hasta morderme de una pierna. Volvíla á mirar con respeto y con enojo, y dixe entre mí: si yo os cogiera, animalejo ruin, en la calle, ó no hiciera ningun caso de vos, ó os hiciera mil pedazos entre mis dientes. Consideré en ella, que hasta los cobardes y de poco animo son atrevidos é insolentes, quando ven que son favorecidos, y se adelantan á ofender á

los que valen mucho mas que ellos, aunque por no tener tan buena fortuna, ni se habla de ellos, ni les dan el lugar que merecen.

Cip. Una muestra y señal de esa verdad que dices, nos dan algunos hombrecillos que á la sombra de sus amos se atreven á ser insolentes; y si acaso la muerte, ó otro accidente de fortuna derriba el arbol donde se arriman, luego se descubre y manifiesta su poco valor, porque en efecto no son de mas quilates sus prendas, que los que les dan sus dueños y valedores: la virtud y el buen entendimiento siempre es una, y siempre es uno, desnudo ó vestido, solo ó acompañado: no ha menester apoyos, ni necesita de amparos, por sí solo vale, sin que las grandes dichas le ensoberbezcan, ni las adversidades le desanimen: bien es verdad, que puede padecer acerca de la estimacion de las gentes, mas no en la realidad verdadera de lo que merece y vale. Y con esto pongamos fin á esta platica, que la luz que entra por estos resquicios, muestra que es muy entrado el dia, y esta noche que viene, sino nos ha dexado este grande beneficio de la habla, será la mia para contarte mi vida.

Berg. Sea asi, y mira que acudas á este mismo puesto; que yo fio en el Cielo, que nos ha de conservar el habla para decir las muchas verdades que ahora se nos quedan por falta de tiempo.

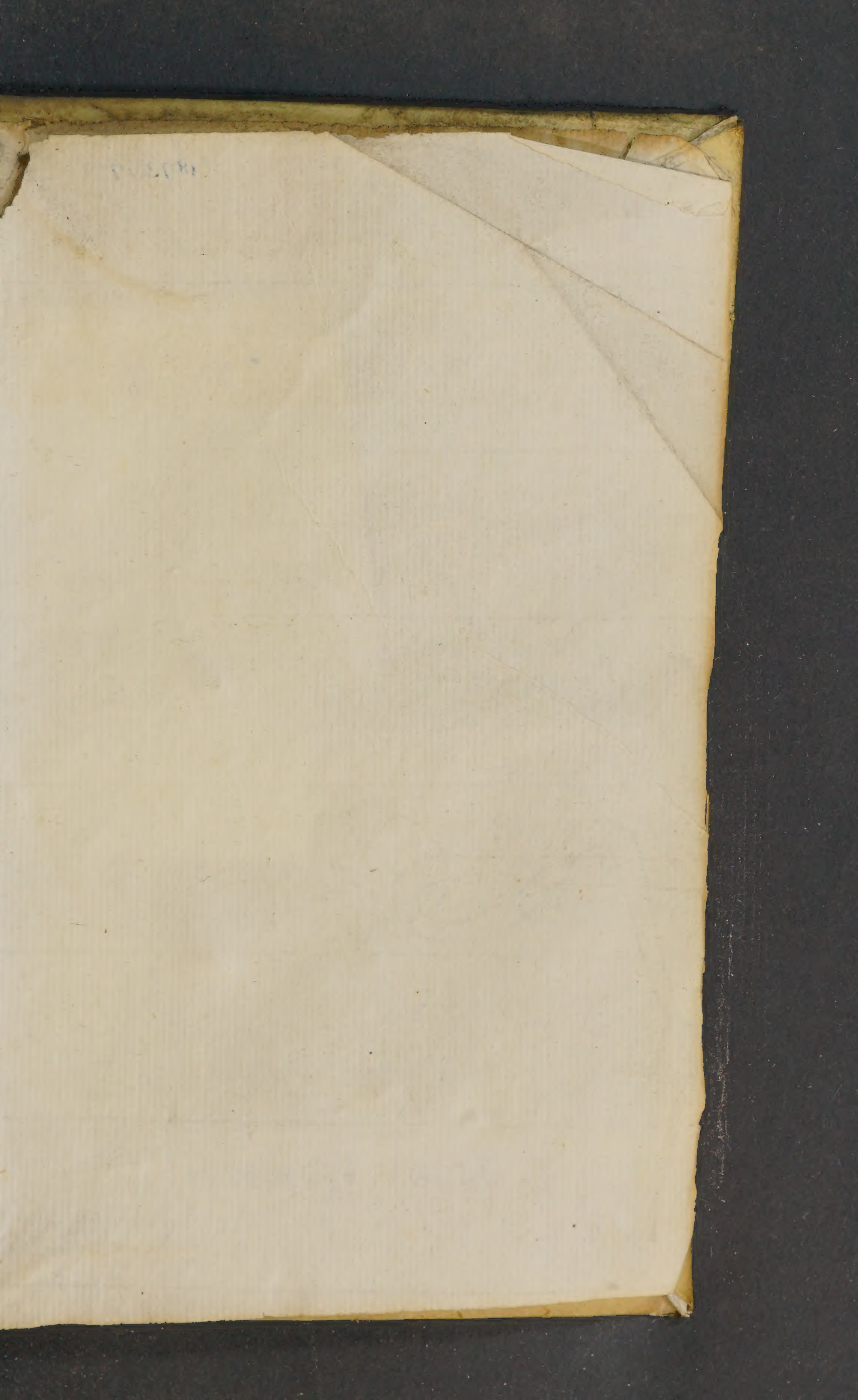
El acabar el Coloquio el Licenciado, y el despertar el Alferez, fue todo á un tiempo, y

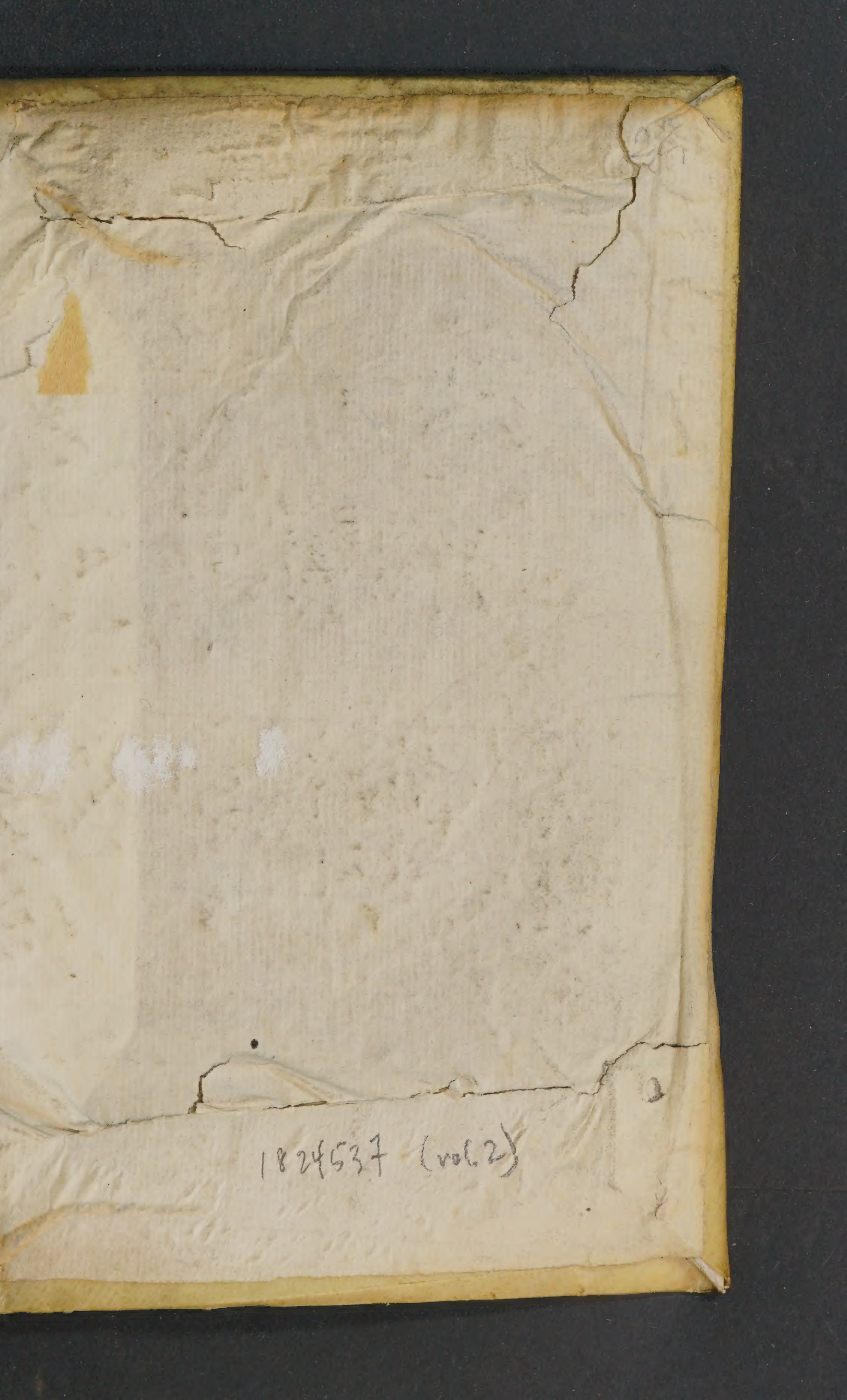
el

el Licenciado dixo: Aunque este Coloquio sea fingido, y nunca haya pasado, pareceme que está tan bien compuesto, que puede el Señor Alferez pasar adelante con el segundo. Con ese parecer, respondió el Alferez, me animaré, y dispondré á escribirle, sin ponerme mas en disputas con Vmd. si hablaron los perros, ó no hablaron. Á lo qual dixo el Licenciado: Señor Alferez, no volvamos mas á esa disputa; yo alcanzo el artificio del Coloquio y la invencion, y basta: vamonos al Espolon á recrear los ojos del cuerpo, pues ya he recreado los del entendimiento. Vamos en buen hora, dixo el Alferez; y con esto se fueron.

FIN DEL SEGUNDO TOMO.

TABLA
DE LAS NOVELAS
DE ESTE SEGUNDO TOMO.




1824537 (vol.2)